3 1761 07032066 8

PURCHASED FOR THE

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

FROM THE

CANADA COUNCIL SPECIAL GRANT

FOR

HISTORY

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/recuerdosdeundip03cont

409 (47) A

NUEVA BIBLIOTECA UNIVERSAL
SECCION HISTORICA

AUGUSTO CONTE

Recuerdos de un Diplomático

TOMO III

GÓNGORA
CASA EDITORIAL FUNDADA EN 1875
MADRID

Recuerdos de un Diplomático.

AUGUSTO CONTE

RECUERDOS DE UN DIPLOMÁTICO

TOMO TERCERO

MADRID
IMPRENTA DE J. GÓNGORA Y ÁLVAREZ
San Bernardo, núm. 85.
1903

LIBRARY
JUL 20 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

ESTA OBRA ES PROPIEDAD DEL AUTOR

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

DP
202
C6
t3

ÍNDICE

Páginas.

CAPITULO LXXVI

Copenhague, de 1865 á 1869.

Feliz situación de Copenhague.—Grandeza de la tierra.—Estados escandinavos.—Su antigua ferocidad.—Su presente cultura.—Honradez de los dinamarqueses.—Palacio colosal de Cristianborg.—Amalienborg, más pequeño, es la residencia actual de la Corte.—Arquitectura danesa.—Estilo de Cristián IV.—Iglesia de Nuestra Señora.—Cómo se introdujo el luteranismo en Dinamarca.—Moderna tolerancia.—La Plaza Real.—La Plaza de Santa Ana.—Estatua de Ochlenschlager.—Mérito de este poeta.—Numerosos Museos.—Fama de Thorwaldsen.—Antigüedades escandinavas.—Palacio y Museo de Rosenberg.—Recuerdo de la Reina Matilde.—Biblioteca pública.—Un epigrama de Rebolledo..... 1

CAPITULO LXXVII

Copenhague, de 1865 á 1869.

Sistema político del Norte.—Tiranía de Cristián II. Reino brillante de Cristián IV.—Es eclipsado por Gustavo Adolfo, protector de los protestantes.—Ambición desapoderada de la Suecia.—Guerras de

Páginas.

Carlos Gustavo.—Sitio de Copenhague.—Revolución de Dinamarca en 1661.—Ley Regia.—Guerras de Carlos XII.—Es al fin vencido por Pedro el Grande.—Paz en el siglo XVIII.—Napoleón renueva las locuras de Carlos XII.—La Dinamarca paga cara su adhesión á la Francia.—Los dos bombardeos de Copenhague.—Pérdida de la Noruega en 1814.—Ha perdido ahora los Ducados del Elba.—Triste situación de Cristián IX.—Sus bellas dotes privadas.—Formaba con la Reina Luisa una familia patriarcal.—Brillante destino de sus hijos.—Su yerno Alejandro III.—Fiestas palaciegas..... 17

CAPITULO LXXVIII

Copenhague, de 1865 á 1869.

Bello carácter de la Reina Amalia.—La Princesa Carolina.—Un hermano del Rey.—El padre de la Reina.—Altos cargos de Palacio.—El General Oxholm, Gran Mariscal.—Ordenes del Elefante y del Danebrog.—El Conde Danneskiold, Caballerizo Mayor.—La Condesa de Reventlow, dama de la Reina. El Cuerpo diplomático.—Originalidad del Ministro francés Dotezac.—Talento del ruso Mohrenheim.—Heydebrand, buen jugador de ajedrez.—El Conde de Vachtmeister y la Unión escandinava.—Tres Ministros de Inglaterra.—Sir Charles Wike, defensor de Prim.—Un Secretario español que se hizo jesuíta.—Exito y chasco del Ministro norteamericano.—Unión que reinaba entre los diplomáticos.... 31

CAPITULO LXXIX

Copenhague, de 1865 á 1869.

Los Ministros del país.—El Conde de Friis, amigo de los campesinos.—Origen y significación de este

Páginas.

partido.—Exageraciones en que al fin incurre.—Constancia con que las combate el Ministro conservador Estrup.—Vida social en Copenhague.—Lujo del Conde de Friis.—Recepciones de la aristocracia.—Belleza de las dinamarquesas.—Afición de los daneses al baile.—Su notable apetito.—Su sed todavía más notable.—Los famosos Skols.—Teatros de Copenhague.—Dureza del idioma.—Las operetas.—Las comedias de Holberg.—La Sociedad de Conciertos.—Los Jardines de Tívoli.—Recuerdo de los bombardeos de Copenhague..... 45

CAPITULO LXXX

Copenhague, de 1865 á 1869.

Hermoso parque de Frederiksberg.—Belleza de los árboles.—Klampenborg y el bosque de Dyrehaven. Aspecto pintoresco del Sund.—Elsenor y su castillo.—Recuerdo de *Hamlet*.—El astrónomo Ticho Brahe.—Visita á Roskilde.—Su bella catedral.—Palacio de Frederiksborg.—Voy con Dotezac al castillo de Bille Brahe en Fionia.—Chasco que nos da la Dama blanca.—Visita al barón de Holstein. Razón con que éste critica á los campesinos.—Recuerdo de la expedición de La Romana.—Congreso de anticuarios en Copenhague.—Noble carácter de Quatrefages.—Cómo refutaba á Darwin.—Otros viajeros notables..... 59

CAPITULO LXXXI

Copenhague, de 1865 á 1869.

Historia de tres grandes catástrofes.—Guerra entre Prusia y Austria.—Capacidad extraordinaria de Bismarck.—La Prusia victoriosa adquiere el Norte de Alemania y excluye al Austria de la Confederación.—Guerra civil en México.—Maximiliano

Páginas.

intenta sostenerse sin el auxilio de Francia.—El traidor López le vende.—El fanático Juárez le fusila.—Nueva revolución en España.—Muerte de Narváez y de O'Donnell.—La Reina llama á González Bravo.—Conspiración para destronarla.—Montpensier la fomenta.—Serrano, Topete y Prim la realizan.—Levantamiento en Andalucía.—Victoria de Serrano en Alcolea.—Establece un Gobierno provisional.—La Reina se retira á Francia. 71

CAPITULO LXXXII

Copenhague, de 1865 á 1869.

Embarazo en que me ponen los sucesos de España. El Gobierno provisional suprime la Legación en Copenhague.—Decido retirarme á Florencia.—Asisto antes á las bodas del Príncipe Federico.—Mi viaje á través de la Alemania.—Belleza de Hamburgo.—La Corte de Meiningen.—Matrimonio de aquel Duque con una comedianta.—Munich y sus Museos.—La locura en la Casa Real de Wittelsbach.—El Rey Luis I y Lola Montes.—El Rey Luis II y el compositor Wagner.—Suicidio de aquel Monarca.—Carácter sufrido de los Bávaros.—Curioso error de Madama Staël.—Gusto con que vuelvo á ver la Italia.—Bolonia y sus pintores eclécticos.—El Colegio de Albornoz.—Llegada á Florencia 87

CAPITULO LXXXIII

Florencia, de 1869 á 1875.

Florencia, capital provisional de Italia.—Mejoras que en ella noto.—Bellos barrios nuevos.—Paseo de las Colinas.—Cuerpo diplomático venido de Turín.—El Barón de Malaret y Sir Augusto Paget.—El Rey Víctor Manuel en el apogeo de su gloria.—

Páginas.

Conserva, sin embargo, sus malas costumbres.—Grandes cualidades de su Ministro Menabrea.—Piamonteses y napolitanos venidos á Florencia.—Salones de aquel tiempo.—Las Princesas de Corsini y de Strozzi.—Nuevos teatros y actores.—La Máscara de Stenterello.—Restos de las antiguas divisiones.—Una manifestación reaccionaria abortada.—La Cofradía de la Misericordia.—Descontento ocasionado por las excesivas contribuciones. 101

CAPITULO LXXXIV

Florencia, de 1869 á 1875.

Nuevas tragedias europeas.—Cómo justifico mis digresiones.—Guerra entre Alemania y Francia.—Su causa, la ambición de la última.—Su pretexto, la elección del Príncipe Hohenzollern para Rey de España.—Victorias de los alemanes.—Napoleón vencido y prisionero en Sedán.—Establécese en Francia una tercera República.—Inútiles esfuerzos de Thiers y Gambetta para prolongar la lucha. Sitio de París.—La Francia hace al fin la paz, perdiendo la Alsacia y la Lorena.—Efecto que esto produce en otros países.—El Rey de Italia entra en Roma á cañonazos y la declara su capital.—La España elige por Rey al Duque de Aosta.—Una Comisión de las Cortes viene á buscarle á Florencia..... 117

CAPITULO LXXXV

España, en 1871.

Voy á España en 1871.—Visito en París á la Reina Isabel.—Emoción que experimento al verla.—Novedades de París.—Literatura realista.—Poesías de Coppée.—Cuadros de Meissonier.—Sigo á Madrid.—Difícil situación del Rey Amadeo.—La

Páginas.

muerte de Prim perjudicó mucho á su causa.—División de sus partidarios.—Los republicanos atentan contra su vida.—Hostilidad del clero y la nobleza.—Novedades de Madrid.—Novelas de Alarcón.—Cuadros de Fortuny.—Visita al Escorial.—Cuadro de la Sacra Forma.—Recuerdos de Felipe II y de la famosa Armada.—Paso una larga temporada en Cádiz.—Placer con que acompaño á mi anciana madre.—Regreso de nuevo á Italia... 133

CAPITULO LXXXVI

Florencia, de 1869 á 1875.

Restituído á Florencia me ocupo de la educación de mis hijos.—Nuevos libros de enseñanza.—Efecto que han tenido en los estudios las victorias de Alemania.—Excursiones que hago por Italia.—Estado del país después de la ocupación de Roma.—El Papa se considera prisionero y se esfuerza por recobrar el poder temporal.—Publica el *Syllabus*.—Un Concilio celebrado en el Vaticano había declarado su infalibilidad.—El clero y el partido católico se mezclan en la política.—Dan lugar en Alemania al *Cultur-Kampf*.—Favorecen en Francia los planes legitimistas.—Ayudan en España á Don Carlos.—Excusa que tiene esta conducta.—Mal éxito que obtuvo en todas partes..... 147

CAPITULO LXXXVII

España, en 1874.

Anuncios de una restauración Alfonsina en España. Desórdenes producidos por la República.—Castelar quiere en vano remediarlos.—El carlismo vuelve á levantar su bandera.—Causas que se oponen á su triunfo.—Insurrecciones de Cuba y Filipinas. Triste situación del país.—Hago un nuevo viaje á

Páginas.

España en el año 74.—Los carlistas pintados por un caballero vizcaíno.—Estado de Madrid.—El General Serrano quería mantenerse en el poder.—Otros Generales y D. Antonio Cánovas trabajan para proclamar á D. Alfonso.—Auxilio que les prestaban las señoras de Madrid.—La Mano Negra en Andalucía.—Regreso á Italia por Marsella. Veo el escándalo del juego en Monte Carlo..... 163

CAPITULO LXXXVIII

España, en 1875.

Tengo el dolor de perder una hija.—Proclamación de Alfonso XII en Sagunto.—Me traslado sin demora á Madrid.—Entusiasmo que excita el nuevo Rey.—Cualidades que le adornan.—Usos que suprime.—Muéstrase un modelo de Soberano constitucional.—Posición envidiable de Cánovas.—Grandes dotes de este Ministro.—Enemigos que le hostilizan.—Chasco que se llevan las señoras de Madrid.—Pretensiones de Sagasta.—Cuestión de los empleos.—Dificultades que hallo para volver á la carrera.—Soy al fin nombrado Ministro Plenipotenciario en Constantinopla.—Salones y literatura de aquel tiempo.—Una novela de Valera.—Dramas de Echegaray.—Poesías de Becquer, Grilo y Núñez de Arce..... 177

CAPITULO LXXXIX

La Grecia, en 1875.

Voy á embarcarme en Brindisi.—El Santuario de Loreto.—Recuerdos históricos y literarios.—Llegada á Corfú.—Interés que me inspira la Grecia.—El ermitaño del Cabo Matapán.—Llegada al Pireo y á Atenas.—Bellas ruinas del Partenón.—Placer que me causa cuanto observo.—Injusticia con que

Páginas.

se juzga á los griegos.—Olvídanse sus desventuras y su heroísmo.—Olvídase que eran antes un puñado de esclavos.—Han crecido, sin embargo, en población y riqueza.—Han creado una capital y una lengua.—Egoísmo con que son tratados por las grandes Potencias.—Sigo mi viaje por el Archipiélago.—Entrada en el Helesponto.—Un telón que se descorre.—Vista sorprendente de Constantinopla..... 191

CAPITULO XC

Constantinopla, de 1875 á 1878.

Constantinopla es más bella por fuera que por dentro.—Mal estado del Palacio de España.—Visito á Estambul.—Restos de la época griega.—Santa Sofía y el Hipódromo.—Arquitectura bizantina.—Sus cúpulas y mosaicos.—Exageración con que se critica el imperio griego.—Servicios que prestó á la legislación y al cristianismo.—Mérito de algunos Emperadores.—Heroico fin del último.—Causas de su gobierno despótico.—Los turcos gobiernan como ellos.—Imitan también su arquitectura.—Mezquitas Solimanié y Osmanié.—Bella invención de los alminares.—Ricos mausoleos.—El viejo Serrallo y sus memorias de sangre.—El Bazar de Estambul.—El puente de Kadikoi.—Gálata y su torre. Aspecto europeo de Pera..... 205

CAPITULO XCI

Constantinopla, de 1875 á 1878.

Fisonomía y carácter de los turcos.—Su gravedad, honradez y valor.—Pereza y ferocidad de que se les tacha.—Son, sin embargo, muy religiosos.—Rigor con que guardan el ayuno del Ramadán.—Sus otras devociones.—Lectores del *Alcorán*.—Ca-

Páginas

rácter de este libro.—Fanatismo de Mahoma.—Astucia que también demuestra.—Su pintura del paraíso.—Circunstancias que han contribuído á su éxito.—Fué quizás suscitado por Dios para destruir la idolatría.—Sectas musulmanas.—Derviches de varias clases.—Los giradores causan una impresión agradable.—Los aulladores son horribles.—Fanáticos persas y sus sangrientas penitencias.—Santones y curas milagrosas que se les atribuyen.—Carácter flemático de los turcos..... 221

CAPITULO XCII

Constantinopla, de 1875 á 1878.

Otros pueblos que habitan la Turquía.—Los judíos de Constantinopla y Salónica.—Constancia con que conservan la lengua española.—Modificaciones que han sufrido sus costumbres.—Cismáticos de todas clases.—Atraso y ferocidad de montenegrinos y croatas.—Hecho atroz que uno de éstos me propone.—Mayor cultura de servios y búlgaros.—Los griegos del Tanar y de Pera.—Talento que han mostrado en todos tiempos.—Servicios que han prestado á la Turquía.—Defectos de su plebe.—Aptitudes comerciales de los armenios.—Católicos y protestantes.—Libertad religiosa de que todos gozan.—Lindas iglesias de todas naciones.—Bellos hospitales y colegios.—Por qué no se convierten los cismáticos.—Por qué no se convierten los turcos..... 235

CAPITULO XCIII

Constantinopla, de 1875 á 1878.

Presento mis credenciales al Sultán.—Palacio de Dolma Bagtché.—Lujo de alfombras y muebles.—Ausencia de cuadros y estatuas.—Fisonomía y ca-

Páginas.

rácter de Abdul Aziz.—Su parecido con el Rey de Nápoles.—Su afición á la música.—Ceremonia del Selamlik.—Las fiestas de Bairám ó Pascua turca. El harén de Abdul Aziz.—Celos de una Sultana.—La poligamia en Turquía.—Cómo la justifican los turcos.—Cuáles son sus inconvenientes.—Degradación de las mujeres.—Institución de los eunucos.—Tragedias domésticas en la Casa Otomana. Despotismo de los Sultanes.—Posibilidad de que todo esto se modifique con el progreso de la cultura 251

CAPITULO XCIV

Constantinopla, de 1875 á 1878.

Los representantes extranjeros en Turquía.—Antes solían ser encerrados en las Siete Torres.—Ahora viven como Príncipes.—Sus palacios en Pera y en el Bósforo.—Sus banquetes y fiestas.—Dragomanes, Cavases y Protegidos.—El General Ignatief gran enemigo de los turcos.—Facilidad con que los calumniaba.—Sir Enrique Elliot, no menos enemigo de los rusos.—Los representantes de Austria, Alemania, Italia, Grecia y Francia seguían el ejemplo de Ignatief.—Los demás opinábamos como Elliot.—Razón de esta diferencia.—No podíamos aprobar que las Grandes Potencias tratasen con tanta insolencia á la Turquía.—Instrucciones que yo recibía.—Personal de mi Legación. Los frailes españoles.—Recuerdo del Padre Enrique 265

CAPITULO XCV

Constantinopla, de 1875 á 1878.

La Sociedad de Constantinopla.—La oligarquía turca.—Sus banquetes y reuniones.—Dónde se ve á

Páginas.

las señoras turcas.—Los baños públicos.—El paseo de las Aguas dulces.—Supuestas intrigas amorosas entre cristianos y turcas.—Poca afición de los turcos á divertirse.—El pulchinela Karagós.—Lengua y literatura turcas.—Grupo que forman con la árabe y persa.—*Las Mil y una noches.*—El poema de Ferdusi.—*El Gulistán* de Saadi.—La Sociedad griega y armenia.—La bella Madama Alá Verdi.—Señoras levantinas.—La piadosa Madama Sneider.—Teatros de Pera.—Comedias griegas.—El Casino.—El veraneo en el Bósforo.—Terapia y Buyukderé.—El árbol de Godofredo..... 279

CAPITULO XCVI

Constantinopla, de 1875 á 1878.

Situación política de Turquía.—Su presente decadencia.—Necesidad de reformas.—Las empieza el Sultán Mahamud.—Las continúan Tuad y Alí.—Obstáculos que encuentran.—Las provincias cristianas desean ya su independencia.—Apoyo que les presta la Rusia.—Insurrecciones de Herzegovina, Bosnia y Montenegro.—Nota de Andrassy, aconsejando grandes concesiones.—Matanzas en Bulgaria.—La Servia se une á los rebeldes.—La Joven Turquía promueve tumultos contra el Visir Mahamud.—Cede el Sultán y nombra Visir á Midhat.—Apresúrase éste á deponerle.—Muere á poco el Sultán y hacen creer en su suicidio.—Descúbrese más tarde que había sido asesinado por orden de Midhat y sus amigos..... 293

CAPITULO XCVII

Constantinopla, de 1875 á 1878.

El circasiano Hassán asesina á varios Ministros.—El nuevo Sultán Murad pierde el juicio.—Procla-

Páginas.

man á Abdul Hamid.—Pompa con que se ciñe el sable de Othman.—Los Servios, batidos por Abdul-Kerim, piden socorro al Zar.—Impone éste un armisticio y logra la reunión de una Conferencia en Constantinopla.—Llegada de Lord Salisbury y otros segundos Embajadores.—Todos piden la autonomía de los esclavos.—El Sultán lo rehusa y otorga una Constitución.—Retíranse los Embajadores y la Rusia se prepara á la guerra.—Mientras ésta no comienza hago una visita á mi familia en Florencia.—Encuentro allí á la Emperatriz Eugenia con su hijo.—Regreso á Turquía por el Danubio y el Mar Negro..... 309

CAPITULO XCVIII

Constantinopla, de 1875 á 1878.

Apertura del Parlamento otomano.—Cómo terminó aquel ensayo de constitucionalismo.—*Ultimatum* de Gortschakof.—La Turquía lo desoye.—Los rusos pasan el Danubio.—Bella resistencia de Plevna.—Otras ventajas de los turcos.—Vuelta de los Embajadores.—Layard reemplaza á Elliot.—La Rusia, detenida, hace alianza con Rumanía y Servia. Osmán y Suleymán capitulan.—Los rusos llegan hasta las puertas de Constantinopla.—Terror del Sultán.—Tratado de San Estéfano.—La Inglaterra no lo aprueba.—La Rusia se irrita, pero cede.—El Congreso de Berlín limita sus pretensiones.—Quédale la gloria de haber devuelto su libertad á los cristianos de Oriente..... 323

CAPITULO XCIX

Constantinopla, de 1875 á 1878.

Constantinopla después de la guerra.—Carácter estoico de los turcos.—Cualidades y defectos de los

Páginas.

rusos.—El General Skobelef.—El Embajador Labanof.—Tristes noticias de España.—Muerte de la Reina Doña Mercedes.—Me llaman á Madrid.—Visito otra vez á Atenas.—Atravieso la Italia y la Francia.—Llego á Barcelona y Madrid.—El Rey Don Alfonso piensa ya en contraer segundas nupcias.—Encargo que sobre ello me confía.—Soy nombrado Ministro en Viena.—Instrucciones que recibo de los Ministros.—Ideas del mismo Rey.—Deseos de las señoras de Madrid.—Hago un viaje á Toledo.—Su hermosa Catedral.—Palacio de Carlos V.—Recuerdos de este Emperador y de Padilla. Voy también á Andalucía.—Parto al fin para Viena..... 339

CAPITULO C

Viena, de 1878 á 1885.

Llegada á Viena.—Alegría de su cielo.—La ciudad de los Babenberg.—La ciudad de los Hausburgos. La Catedral de San Esteban.—Los Capuchinos y el panteón imperial.—San Agustín y el monumento de María Cristina.—La Burg ó Palacio imperial.—Otros palacios notables.—Estatuas de Emperadores y Príncipes.—El nuevo Ring ó bulevar. Construcciones de Francisco José.—Iglesia votiva. Parlamento, Casas consistoriales, Universidad, Museo y Teatros.—Jardines públicos.—El *Teseo* de Canova.—La ciudad más moderna.—Palacio de Belvedere.—La galería de pinturas.—Cuadros de Rafael, Velázquez y Rubens.—Colección Ambrás. Galería Liechtenstein.—El famoso Prater.—Sitios imperiales de Schönbrunn y Laxenburgo... 355

CAPITULO CI

Viena, de 1878 á 1885.

Voy á Buda para entregar mis Credenciales.—Soy recibido allí por el Emperador.—Noble aspecto de

Páginas.

Francisco José.—Sus grandes cualidades.—Su bondad y sencillez.—Su constancia en las adversidades.—Exactitud con que cumple sus deberes.—De regreso á Viena soy recibido por los Archiduques. Amabilidad de Carlos Luis.—Belleza de María Teresa.—Luis Víctor, ocioso y elegante.—Alberto, gloria del Austria.—Grande ilustración de Raniero y María.—Bondad de los Toscanos.—Originalidad de Juan Salvador.—Más tarde fuí presentado á la Emperatriz.—Hermosura que conservaba.—Rarezas de su carácter.—Su hijo Rodolfo tiene también las suyas.—Varios Príncipes extranjeros, Cumberland, Nassao y Brunsvick..... 371

CAPITULO CII

Viena, de 1878 á 1885.

Refiero de qué modo desempeñé los encargos del Rey.—Soy recibido por la Archiduquesa Isabel y por su hija.—Exterior agradable de ambas.—Noticias que adquiero sobre Doña Cristina.—Su bondad y talento.—Su carácter serio y reservado.—Su educación religiosa.—Su instrucción nada común. El Rey se inclina á tomarla por esposa.—Ella quiere que la conozca antes de decidirse.—Tienen una entrevista en Arcachón.—Confírmase el Rey en su propósito y manda al Duque de Bailén para que pida su mano.—Marcha luego la Archiduquesa á España, acompañada de su madre, y se celebran las bodas en Madrid.—El Príncipe Rodolfo va también á España.—Cómo se desvanecieron ciertas esperanzas fundadas en su viaje..... 387

CAPITULO CIII

Viena, de 1878 á 1885.

Conducta política del Emperador.—Antecedentes históricos.—Aquel Imperio es una federación de Estados muy diferentes.—Dificultad de gobernar-

Páginas.

los.—El Príncipe de Metternich exageró el absolutismo.—La revolución del año 1848 le derriba.—Francisco José lucha contra ella; pero vencedor al principio, fué al fin vencido.—Por no ceder á tiempo pierde sus posesiones de Italia y su supremacía en Alemania.—Mayor prudencia que ha demostrado después.—Establece el dualismo entre Austria y Hungría.—Otorga instituciones liberales á todos sus pueblos.—Las mantiene con lealtad en medio de las furiosas pasiones de alemanes y checos.—Acepta la Bosnia y la Herzegovina y hace alianza con Alemania é Italia.—Merece un lugar muy distinguido entre los Monarcas de su siglo..... 403

CAPITULO CIV

Viena, de 1878 á 1885.

La Corte de Viena.—El Príncipe de Hohenlohe, Mayordomo mayor.—Otros altos funcionarios.—Fiestas palaciegas.—Bailes y banquetes.—Funciones religiosas.—La procesión del Corpus.—El Lavatorio del Jueves Santo.—La política austriaca.—Los Ministros y jefes de partido.—Schmerling, Decano de los liberales.—Anersperg, centralista.—Hohenwart, federalista. — Liechtenstein, clerical. — Los checos Krieger y Clam.—Tres Ministros más importantes que los demás.—Beust, autor del dualismo.—Andrassy, que concluyó la alianza con Alemania.—Taaffe, que logra durar catorce años. Haymerle y Kalnoky continuaron la obra de Andrassy.—Los periódicos de Viena..... 419

CAPITULO CV

Viena, de 1878 á 1885.

El Cuerpo diplomático extranjero.—Frialdad con que es acogido.—Posición excepcional del Príncipe de Reuss.—Visible prestigio de la Alemania.—Los Embajadores Elliot y Paget.—Simpatías que allí

Páginas.

inspira Inglaterra.—D'Oubril y Labanof.—Partidarios que aun conserva la Rusia.—El Conde de Robilant, primero sospechoso, después amigo.—Buena posición de Duchatel.—Prestigio de los Nuncios Jacobini y Vannutelli.—Posición poco agradable de Edhem Bajá.—Los Ministros Plenipotenciarios.—Espíritu separatista de Baviera, Sajonia y Wurthemberg.—Dificultades que suscitan los tres nuevos Estados del Danubio.—Lujo del Conde de Valmar, Ministro de Portugal.—Agradable posición que tuve yo en Viena..... 435

CAPITULO CVI

Viena, de 1878 á 1885.

La sociedad de Viena.—Su espíritu exclusivo.—Su carácter frívolo.—Tiranía de las señoritas.—Costumbres decorosas de las señoras.—Salones principales de aquel tiempo.—Recepciones de la Condesa Goes y de Hohenlohe.—La Condesa Clam y la Princesa Dietrichstein tenían el cetro de la sociedad.—Carácter excéntrico de la Princesa Metternich.—Originalidades de la Condesa Taaffe.—El pianista Liszt en casa de Andrassy.—Zimialkosky y las señoras polacas.—Salón de la Baronesa Langenao.—Grandes bailes de Schwarzenberg, Anersperg, Pallavicino y Harrach.—Un abrazo que no se olvida.—Tertulia de la Baronesa Löwenthal. Banquetes del Príncipe Kinski.—El Jockey Club y el Casino de la Nobleza.—La sociedad burguesa y la israelita.—Los paseos y el patinaje..... 451

CAPITULO CVII

Viena, de 1878 á 1885.

Afición de los vieneses al teatro.—Pasión por la música.—El Gran teatro de la Opera.—Su variado repertorio.—Respeto por Gluck y Mozart.—Pasión por Meyerbeer.—Aprecio de otros maestros.—En-

Páginas

tusiasmo por Wagner.—La Lucca, la Bianchi, la Materna.—Afición también al baile.—*Silvia*, *Coppelia* y *Excelsior*.—Las bailarinas y sus amantes.—Teatros de Operetas.—La Finali y Girardi.—Teatros de comedias y dramas.—El famoso de la Burg. Mérito de sus actores.—Dramas de Schiller y Gœthe.—Piezas francesas, inglesas y españolas.—La Wolter y la Hohenfels.—Sonnenthal y Lewinsky. Carácter alegre del pueblo vienés.—Corrupción que se le nota.—Causas que la limitan..... 467

CAPITULO CVIII

Viena, de 1878 á 1885.

Visitas que hace á Viena la familia Real de España. Llegada de la Infanta Isabel.—Su bello carácter.—Su grande actividad.—Venida de la Reina Cristina en 1883.—Vida tranquila que lleva al lado de su Augusta Madre.—Cambio que en ella advierto.—Viaje del Rey Don Alfonso en 1883.—Acogida lisonjera que obtuvo en Austria y Alemania.—Simpatías que inspiraba.—Defectos que se le notaban. Regresa á España pasando por París.—Es allí insultado por el populacho.—Culpa que en esto tuvo nuestro Gobierno.—Visita de la Reina Isabel en 1885.—Cómo conservaba su antiguo carácter.—Venida de otros personajes.—Veo á Cánovas en Carlsbad.—Encuentro allí á la Emperatriz Eugenia 483

CAPITULO CIX

Viena, de 1878 á 1885.

Viajes que hago en la buena estación.—Voy á ver la Exposición de Pesth.—Progresos de la Hungría.—Analogía del carácter húngaro con el nuestro.—Temporadas que paso con mi familia en Gorizia. Amenidad de aquel pueblo.—Visito el Palacio de Miramar en Trieste.—Lecturas que hago en Gorizia y en Viena.—Libros alemanes que fuí cono-

Páginas.

ciendo.—Los Nibelungos y los poemas de Klopstock y Wieland.—Las poesías de Schiller, Gœthe, Korner y Uhland.—La *Luisa* de Voss.—Mi juicio sobre Heine.—Los historiadores más notables.—El bello libro de Herder.—Mérito de Kant.—Errores de Hegel y Schopenhaüer.—El *Guillermo Meister* y otras buenas novelas..... 497

CAPITULO CX

Viena, de 1878 á 1885.

Noticias alarmantes de España.—Grave enfermedad del Rey Don Alfonso.—Muerte de este amado Monarca.—Honda pena que causa.—Grandes méritos que se le reconocen.—Se le debe la sincera práctica del sistema constitucional, y la tolerancia religiosa.—La Reina Cristina asume la Regencia.—Cánovas cede el poder á Sagasta, á fin de que los liberales den su apoyo á la Reina.—El nuevo Ministro de Estado me separa de mi cargo.—Pesar con que dejé á Viena.—Me despido del Emperador y los Archiduques.—Refiero el fin trágico de Rodolfo.—Atribuyo su conducta á un acceso de locura.—Decido fijar mi residencia en Florencia.—Vida agradable que llevo en ella..... 513

CAPITULO CXI

Florencia, de 1886 á 1899.

Novedades que hallo en Florencia.—La fachada del Duomo.—Fiestas con que se inaugura.—Los nuevos bulevares.—El nuevo centro de la ciudad.—Escalera monumental de la Galería Pitti.—Nuevos objetos de arte en el Bargello.—Pintores y escultores del día.—Barabino y Romanelli.—La presente sociedad de Florencia.—Casas florentinas y extranjeras que reciben.—Damas que se distinguen por su belleza.—Teatros de música y dramas.—Operas de Mascagni y Puccini.—Dramas de Pietro

Páginas.

Cossa y Giacosa.—Poesías de Carducci.—Novelas de Fogazzaro, Serao y D'Annunzio.—Historias de Checchi y de Cesare.—Obras filosóficas de Conti. Escritos criminalistas de Lombroso.—Muchas reformas modernas son consecuencias naturales del Cristianismo 527

CAPITULO CXII

Italia, de 1886 á 1899.

Importancia del nuevo Reino de Italia.—Sus adelantos de todo género.—Circunstancias que le favorecen.—Mérito de sus Reyes y Príncipes.—Ilustración de la nobleza.—Liberalismo de la burguesía.—Sensatez del pueblo.—Parte que han tenido todos en la formación del nuevo Estado.—Circunstancias que le debilitan.—La ocupación de Roma. La consiguiente hostilidad del Papa y del clero.—Peligro de una futura intervención de la Francia. Inconveniente de la megalomanía é irredentismo. Dificultades para practicar el régimen parlamentario.—Crecimiento del socialismo y del anarquismo.—Atraso de Nápoles y Sicilia.—Necesidad de que los italianos vivan muy unidos..... 543

CAPITULO CXIII

España, de 1886 á 1900.

Hago varios viajes á España.—Progresos de Cataluña.—Mejoras de Madrid.—Restauración de San Francisco el Grande.—Tengo el honor de ser recibido por la Reina Cristina.—Virtudes que todos le reconocen.—Imperfecciones que le notan.—Poder excesivo de los Ministros.—Estado atrasado del país.—Lentitud con que progresa.—Desidia de la nobleza.—Bandos en que se divide la burguesía.—Inmoralidad administrativa.—Actitud hostil del clero.—Reacción favorecida por religiosos y frailes.—Pereza del pueblo.—Progresos del socialismo.

Páginas.

Crímenes de los anarquistas.—La lealtad del ejército compensa estos males.—Doy una idea sucinta de la vida de Madrid y de nuestra literatura y artes á fines de siglo..... 557

CAPITULO CXIV

España, de 1886 á 1900.

Temporadas que paso en Andalucía.—La feria de Sevilla.—La Semana Santa.—Procesión y corridas.—Reacción en la burguesía.—Malas costumbres del pueblo.—Veo en Cádiz las tropas que iban á Cuba.—Nueva insurrección de aquella isla, apoyada por los norteamericanos.—Resistencia exagerada de Cánovas.—Muerte de este Ministro.—Sagasta concede la autonomía á los rebeldes.—Insuficiencia de esta medida.—Ilusiones de nuestro país.—Voladura del *Maine*.—Irritación que produce en los Estados Unidos.—Conminaciones brutales de Mac Kinley.—Sagasta se decide á la guerra. Desastres de Cavite y Santiago.—Pronta conclusión de la paz.—Pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas..... 573

CAPITULO CXV

España, de 1886 á 1900.

Dolor producido por nuestros desastres.—Los partidos extremos quieren aprovecharlos para sus fines.—Exageraciones en que incurren.—Nuestra vanidad y nuestra imprevisión fueron sus verdaderas causas.—No pueden atribuirse á la forma actual de Gobierno.—El sistema parlamentario, á vuelta de sus defectos, tiene también sus ventajas.—Es susceptible, asimismo, de perfección y mejoras.—Bastaría que cada cual cumpliera bien con su deber.—Concluyo mi libro pidiéndole á Dios se digne proteger á la noble Nación española..... 589

RECUERDOS DE UN DIPLOMÁTICO

CAPÍTULO LXXVI

Copenhague, de 1865 á 1869.

Feliz situación de Copenhague.—Grandeza de la tierra.—Estados escandinavos.—Su antigua ferocidad.—Su presente cultura.—Honradez de los dinamarqueses.—Palacio colosal de Cristianborg.—Amalienborg, más pequeño, es la residencia actual de la Corte.—Arquitectura danesa.—Estilo de Cristián IV.—Iglesia de Nuestra Señora.—Cómo se introdujo el luteranismo en Dinamarca.—Moderna tolerancia.—La Plaza Real.—La Plaza de Santa Ana.—Estatua de Oehlenschlager.—Mérito de este poeta.—Numerosos Museos.—Fama de Thorwaldsen.—Antigüedades escandinavas.—Palacio y Museo de Rosenberg.—Recuerdo de la Reina Matilde.—Biblioteca pública.—Un epigrama de Rebolledo.

Hétenos ya en Dinamarca ó «Dannemark», que significa país bajo, y en la ciudad de Copenhague ó «Kiobenhaven», que quiere decir puerto comercial, la cual, aunque pequeña, es considerada como una de las más bellas de Europa por su feliz situación á la entrada del Báltico y por la regularidad de sus edificios. Pero antes de dar de ella alguna noticia, quiero recordar aquí la impresión que me causó el aspecto de aquel nuevo pueblo, después de haber visitado tantos otros de América y del Occidente de Europa. Devánanse los sesos los escépticos con la supuesta pequeñez de la tierra y del hombre, y no pueden persuadirse de que Dios haya creado tantas maravillas y poblado el cielo de tantos millones de astros sólo para que sean admirados

por una criatura á su parecer tan despreciable. No advierten estos tales que por grande que fuese la tierra siempre nos parecería lo mismo, porque todo lo demás sería infinito. Por mi parte, me río de semejantes dificultades, y dejando á la hormiga que les diga á los incrédulos cuán grande le parece el hombre visto desde el polvo donde ella habita, creo lo que me dicen mis propios ojos sobre la magnitud y variedad de nuestro planeta.

¿Cómo, me decía yo á mí mismo, acabas de visitar los montes de la Escocia; has visto antes tantas ciudades populosas en España, Portugal, México, Italia, Inglaterra y otros países de Europa y América; has llegado ahora hasta las playas del Báltico, y cuando te era lícito creer que tocabas á los términos habitados por aquella parte, descubres que no tienes más que navegar algunas horas para encontrarte en otra nación civilizada y rica, llena de un pueblo inteligente y belicoso, sembrada de bellas ciudades y ocupada en un comercio muy activo? ¿Es posible que existan allí historia, lengua, leyendas y hasta una antigua mitología, diferentes, no sólo de las que tienen las otras partes del mundo, sino de las del resto de Europa? Verdaderamente que la tierra es grande, grandísima, y que cuando se viaja mucho espanta casi el número y variedad de los pueblos que la habitan. Y no acaba todo en Dinamarca, sino que detrás de ella está la Noruega, y más allá la Suecia, formando estos tres Estados una nacionalidad particular que ha recibido el nombre de Escandinavia, y que tiene sus caracteres propios, aunque á veces se confunda con la germánica.

La lengua, que es el pergamino más seguro para tales alcurnias, revela, sin duda, en esa Escandinavia, el elemento teutónico en palabras, ora del alemán, ora del sajón,

inglés antiguo; pero añade también otras que no se parecen á ninguna de las de esos idiomas y provienen de una lengua separada á que dan el nombre de *norska* ó del Norte, y tienen sus letras antiguas particulares que dicen *runas*, y sus antiguos poemas llamados Eddas, que contienen las Sagas ó leyendas históricas, y una mitología singular en que andan mezcladas las invenciones de la India y las de Grecia, con un Odin, padre de los dioses; un Thor, dios de la guerra, y una Freya, que es una especie de Venus; y multitud de otras ficciones menos risueñas, á la verdad, que las que inventaban los poéticos helenos, pero que corresponden muy bien al carácter feroz de aquellos pueblos. Así, por ejemplo, en su Paraíso, que dicen Valhála, pasaban los héroes el tiempo en una sucesión, para ellos deliciosa, de desafíos y comilonas. Servíanles el vino las hermosas Valkirias y no conservaban señal alguna de las heridas que recibían.

De aquel país salieron los Godos, y era tal su multitud, que un escritor llama á la Escandinavia la fábrica de las naciones *(gentium officina)*. De allí salieron aquellos terribles guerreros daneses que invadieron en el siglo X la Inglaterra y establecieron en ella una dinastía. De allí, los que con el nombre de normandos se apoderaron de una provincia de la Francia y conquistaron luego la Inglaterra y Nápoles. Pero véase qué gran transformación causan algunos siglos de orden y cultura. El duro noruego se ocupa ahora casi exclusivamente en cortar los árboles de sus bosques y sacar el hierro de sus minas para cambiarlos por mercancías extranjeras, y noruegos y daneses van ahora á pescar bacalao en los bancos de Terranova, con objeto de venderlo luego en España é Italia. Éstas son sus expediciones marítimas, éstas sus conquistas.

Hemos visto que el pueblo florentino, tan turbulento durante la Edad Media, se convirtió en el más afable y tranquilo de Italia bajo el gobierno paternal de los Médicis.

Así los escandinavos han depuesto la antigua ferocidad, gracias á la cultura moderna. Los suecos pasan por los más vivos é inteligentes, y de ellos se ha dicho que son los franceses del Norte; los noruegos tienen el aire franco de los montañeses; los dinamarqueses, más pesados, se parecen mucho á los alemanes. Con todo, poco á poco se advierte entre unos y otros cierta diferencia. Los daneses tienen la fisonomía expresiva y el aspecto libre de los pueblos marítimos; sus mujeres son de un rubio más pálido que las alemanas, y en vez de tirar á hombrunas y macizas como éstas, propenden á ser muy delgadas.

La honradez es la prenda más notable del carácter dinamarqués, y según algunos, puede contribuir mucho á ello la frialdad del clima. En cinco años que estuve en aquel país no hubo más crimen ruidoso que un parricidio. No riñen allí las gentes como en los pueblos meridionales; los perros mismos ladran raras veces. Lo primero que me llamó la atención fué que las ventanas de las tiendas quedan toda la noche sin más resguardo que los cristales, como durante el día, y no se oye nunca que abusen de esta confianza los ladrones. Son de religión protestante, mas sin puritanismo ni fanatismo de ninguna especie; y tocante á las costumbres, siguen la regla de todos los pueblos del Norte; es decir, que comen y beben con exceso y no tienen nada de castos. Copenhague, es en punto á nacimientos ilegítimos tan escandaloso como París ó Berlín. Hay, esto no obstante, más recato. Nación de poca industria, no tiene, como la Inglaterra, la plaga de la pobreza, ni la de

una vergonzosa prostitución. Todo es allí tranquilo, moderado y tolerable.

Pero habiendo visto ya cuáles son los habitantes, digamos también algo sobre las cosas notables de su capital. El edificio más importante de ella es el Palacio de Cristianborg, construído por el pacífico Cristián VI. Su diseño es sencillo, pero sus dimensiones colosales. La Corte ha dejado de habitarlo, prefiriendo el más pequeño de Amalienborg, y sólo lo usa hoy día para las grandes fiestas, singularmente para el suntuoso baile que suele dar en los primeros días del año. Hay en él una galería de pinturas que vale la pena de visitarse, aunque no es más que de tercer orden y no guarda muchos cuadros de extraordinario mérito: son sólo agradables. Llevan algunos los nombres ilustres de Rubens, Rembrandt, Ruysdael, Salvator Rosa y Van-Dyck, mas no sé si son auténticos. Además, el clima los ha deteriorado bastante, ennegreciendo sus colores. Interesante es un retrato, debido al holandés Bol, discípulo é imitador de Rembrandt, que representa á aquel famoso almirante Ruyter, gloria de Holanda, que venció muchas veces á los franceses é ingleses, y fué al fin vencido por Duquesne en las aguas de Sicilia; y es curioso observar que el ilustre marino era bastante obeso y tenía cara de fraile.

Amalienborg es un palacio, ó más bien una reunión de palacios pequeños y de modesta apariencia, donde reside ahora toda la Real familia. Su interior, bien alhajado, es digno de su destino, y posee muchas y buenas salas para las recepciones ordinarias, que son allí muy frecuentes. Los cuatro edificios de que consta forman una hermosa plaza, en cuyo centro campea la estatua ecuestre de Federico V, obra excelente ejecutada en bronce por el escultor

francés Saly, fundador, en tiempo de aquel Rey, de la Escuela de Bellas Artes de Copenhague. Federico, honor del siglo XVIII, fué pacífico como su padre Cristián IV; protegió las ciencias y las artes, y preparó la emancipación de los labradores. Digno es, pues, de tener estatua, ya que la tienen otros monarcas que sólo se han ocupado en guerras y galanteos.

La ciudad de Copenhague es moderna como Corte. La capital estaba antiguamente en Roskilde, cuyo nombre significa la Fuente de las Rosas; por lo cual, el famoso luterano Peter Lile ó el pequeño, que había nacido en ella, tomó en latín el poético nombre de *Rosae fontanus*. Allí, pues, y en otras ciudades también antiguas, están los monumentos más notables del país. Del estilo románico hay en Roskilde la Catedral, que es bonita, y en Lund una iglesia que recuerda la de los Apóstoles, de Colonia. Del estilo gótico se conservan las iglesias de Viborg y Aarhus, en Jutlandia. En Copenhague, todo es posterior á la época gótica, y sus edificios más importantes pertenecen á la arquitectura dicha de Cristián IV, porque fué inventada en el siglo XVII, en tiempo de este Monarca, el cual tenía una verdadera pasión por las construcciones de toda clase. Y lo mismo ha sucedido en casi todos los países. Siempre vemos que ha habido en ellos un Rey apasionado por ese arte. En España, Carlos III; en Francia, Luis XIV; en Portugal, José I; en Inglaterra, Isabel. Sintióse primero en Dinamarca la influencia alemana y después la inglesa. El estilo de Cristián IV, con sus frontones muy elevados, sus gabinetes salientes y el uso de las pilastras en vez de columnas, recuerda mucho el inglés isabelino. El Palacio de Frederiksborg, el de Rosenberg, la Bolsa y otros varios, son de ese período.

En otro lugar hablaré de algunos de ellos. Ahora diré que en punto á iglesias no hay en aquella capital más que una notable, que es la de Nuestra Señora (*True kirke*), la cual es elegante, pero sencilla. Lo que más llama la atención en ella son las hermosas estatuas de Thorwaldsen, que representan el Salvador y los Apóstoles. El Salvador tiene mucha majestad; los Apóstoles están bien caracterizados. Sin embargo, no poseía el artista danés tanta aptitud para los asuntos religiosos, como para los mitológicos y profanos. En los días de entre semana concurre á aquel templo muy poca gente; en los domingos no falta, aunque no hay tanta como en las iglesias de Inglaterra.

Han adoptado los dinamarqueses la reforma de Lutero, la cual es monárquica en política y poco rígida en moral. Suprimen ó se desentienden de la epístola de Santiago, y dicen que basta la fe sin las obras; opinión disparatada, pero cómoda, que ha contribuído mucho á la propagación del luteranismo. Tienen sus exaltados y pietistas, si bien en menor número que en Prusia; mas la generalidad es indiferente. Las personas que van á la iglesia una vez al mes pasan por devotas. Introdújose allí esta reforma en tiempo de Cristián II, en el siglo XVI, y al principio se limitó al canto de los salmos en dinamarqués; es decir, á la cuestión de la lengua. Admitióse después el matrimonio de los clérigos, y así paulatinamente se hallaron protestantes.

Hicieron los Obispos bastante oposición á estas novedades; mas la caída del tiránico Cristián II, trajo consigo la usurpación de su tío Federico I, el cual era favorable á la reforma; primero, porque había sido educado en Alemania y se había contagiado allí de las nuevas ideas, y segundo, porque tuvo que buscar para sus ambiciosos proyectos la alianza de Gustavo Wasa, que era ya protestante, y de

las ciudades hanseáticas, que también lo eran. Favoreció, pues, al punto las nuevas opiniones, y apoyándose en los nobles, los cuales le preferían al cruel Cristiano, persiguió y maltrató al alto clero. De él fué dicho que había pasado su juventud cazando liebres y su edad madura cazando Obispos.

Durante algún tiempo los Monarcas de aquella nación molestaron bastante á los católicos, aunque sin recurrir á grandes violencias, con la sola excepción de la Islandia, donde se puede decir que fué introducido el protestantismo á sangre y fuego. Ahora se muestran más tolerantes, profesan la libertad de cultos y permiten que tengamos allí algunas iglesias. La de Copenhague es muy linda y está dedicada á San Ascario, que fué el primer apóstol de Dinamarca, habiendo predicado allí el cristianismo en tiempo de Carlomagno. Los clérigos que la sirven son, por lo general, alemanes, y el superior de ellos, llamado el Padre Grüder, era un modelo de sacerdotes, con quien me unió desde luego una cordial amistad.

Tiene Copenhague muy buenas calles, siendo las principales la llamada Ancha ó «Bredgade» y la Occidental ú «Oestergade». La primera, en la cual vivía yo, corre desde la Plaza del Rey á la marina, y es la más aristocrática, por hallarse en ella los palacios de Moltke, Schimelman, Friis, Scavenius y otras familias ilustres. La segunda atraviesa también la ciudad, aunque en sentido contrario, y está llena de hermosas tiendas. La Plaza del Rey ó «Kongensnytor» es el centro de la población y en ella se encuentra el teatro de la Opera, que entonces era muy mediano, pero que ha sido después reconstruído con muy bella arquitectura y mayores dimensiones. A su frente se alza una estatua ecuestre de plomo y de escaso mérito, de Cristián V,

Monarca notable por el buen código de leyes que dió á sus pueblos en el siglo XVII.

La plaza de Santa Ana es también espaciosa y abunda en buenos edificios. Ultimamente han pretendido adornarla con la estatua en mármol del poeta Oehlenschlager, la cual, en mi opinión, no merece mucha alabanza. El personaje está sentado, y aunque esto era de uso común entre griegos y romanos para los patricios togados, no creo que sea conveniente, tratándose de un inspirado vate. A los daneses, sin embargo, les parece excelente, quizás porque retrata muy al vivo las nobles facciones de aquel escritor, que es el ídolo de ellos, casi tanto como Schiller y Gœthe de los alemanes, y Oehlenschlager es á la par dinamarqués y alemán, en atención á que él mismo tradujo á este segundo idioma todas sus obras. La principal de ellas es el drama de *Correggio*, en el cual dió muestras de tanta imaginación como elegancia. Sus otros dramas son algo fríos; pero sus baladas, cuyos asuntos están tomados de historias y leyendas del Norte, tienen mucha armonía. Ha dejado asimismo una autobiografía, que contiene anécdotas muy interesantes.

Copenhague es rica en bibliotecas y museos de todas clases; de pintura, escultura, grabados, antigüedades, etnografía é historia natural. El más notable de todos es el llamado de Thorwaldsen, por contener vaciados de las obras de este renombrado escultor. Cobre ánimo Portugal, que si han pasado tantos siglos sin que produzca ningún genio sobresaliente en las nobles artes, lo mismo le aconteció á la Dinamarca, y cuando menos lo pensaba, ha visto brotar de su seno una pléyade de pintores y escultores de primer orden. Melby, por ejemplo, ha sido en las marinas un verdadero maestro; Skongaard y Kildrup son exce-

lentes paisajistas, y Blok ha ejecutado con verdadero talento cuadros de historia y retratos. En cuanto á Thorwaldsen, baste decir que los mejores críticos de Europa le proclaman el primero de los escultores que vivieron en los comienzos de la pasada centuria. Estudió é imitó con fruto á Canova, genio sublime, cuya influencia se hizo sentir en el arte plástico por más de cincuenta años, mas supo ser original y variado. No tuvo tal vez tanta gracia como Pradier, ni tanta energía como la que mostró nuestro Solá en el hermoso grupo de Daoiz y Velarde; pero fué más elegante y más fecundo.

Admira el número de estatuas y bajos relieves que llegó á producir y la perfección de todos ellos. Tenía aquel hombre del Norte un alma griega y una imaginación del Mediodía. Su *Venus* es graciosa, aunque peca de gordita. Su *Mercurio* sentado, que adormece á *Argos*, parece una obra antigua, lo mismo que el *Marte* y el *Ganimedes*. Entre sus bajos relieves tiene mucha elegancia el de la *Aurora*. En fin, su cincel es siempre expresivo, correcto y bello. Horroriza casi el pensar que aquel gran genio estuvo á punto de pasar ignorado, como tantos otros poco favorecidos de la fortuna. Según me contaba mi amigo Solá, que estudió á la par que él en Roma, hubo un momento en que el joven danés, no ganando bastante para mantenerse, quería ya abandonar aquella ciudad y volver á enterrarse en Copenhague, donde su padre esculpía las figuras de madera con que adornan allí la proa de los barcos, cuando de repente vió entrar un día en su taller á un caballero inglés, el cual, hombre de buen gusto, se prendó al instante del modelo de su *Marte*, y le encargó que lo ejecutase en mármol. Esta estatua, no sólo le procuró buenas libras esterlinas, sino que fué el cimiento de su fama, y desde

aquel día llovieron sobre él las comisiones y las alabanzas.

Entre los Museos de objetos antiguos merece especial mención el etnológico, cuyo Director era el erudito Vorsóo. Hállanse en él muy bien clasificados los diversos pueblos de la tierra, según su estado de adelanto material é intelectual, empezando por los que ni saben trabajar los metales ni tienen conocimiento de las letras.

Es notable igualmente la colección de objetos hallados en recientes excavaciones verificadas en aquel país, los cuales pertenecen á las tres edades de la piedra, el bronce y el hierro, en que la ciencia divide ahora las distintas civilizaciones que se han sucedido en el mundo, aunque en realidad no puedan considerarse como enteramente separadas, puesto que muchas veces las armas y los utensilios de piedra han sido conservados al lado de los de metal, y vemos, por ejemplo, que los hebreos empleaban siempre los cuchillos de sílice para ciertos ritos y que los héroes de Homero usaban en una edad relativamente moderna, armas de bronce, y los soldados de Darío chuzos de madera aguzados al fuego. Los anticuarios modernos, materialistas en su mayor parte, han querido hacer una ensalada de todo esto, con el piadoso designio de probar que el hombre es mucho más antiguo de lo que supone la Biblia. Mas hasta ahora no han conseguido su objeto.

Hay también en el Museo de Copenhague ejemplares de lo que llaman restos de cocina (Kokenmodings) ó sean depósitos de conchas y huesos de animales que sirvieron de alimento á los primitivos habitantes de la Escandinavia. Y también sobre estos restos han querido los naturalistas y antropologistas fundar multitud de suposiciones, de las cuales ha dicho con razón el ilustrado Mantegazza

que merecen todas ir seguidas de muchos puntos interrogativos. Y el descreído Lubbock opina también que nuestros conocimientos geológicos son aun muy imperfectos, y que sobre muchos puntos será sin duda necesario cambiar de opinión en lo sucesivo.

El pequeño Palacio de Rosenberg, con sus fachadas de ladrillo rojo, sus adornos de piedra blanca y sus esbeltas torres, es por sí mismo un objeto de arte muy precioso. Edificólo Cristián IV para habitación de los Príncipes: ahora está dedicado á Museo y contiene una colección de monedas, muebles, armas, vestidos y retratos de los cuatro últimos siglos, que ofrecen mucho interés. Entre los retratos hay algunos muy bellos, aunque ninguno tanto como el del Príncipe Federico, hijo, según creo, de Cristián IV, que se halla en la Galería Pitti de Florencia, y es obra del holandés Susterman. Interesa allí mucho á los extranjeros todo lo que se refiere á la desgraciada Reina Matilde, de la cual quieren hacer una segunda María Stuardo, á pesar de que no acabó, como ella, en el cadalso.

Matilde, esposa de Cristián VII en el siglo XVIII, era hermana de Jorge III de Inglaterra, é hija de aquella Princesa de Gales, bastante ligera, que tuvo por favorito á Lord Bute. El Rey, su marido, no tenía á la verdad ninguna de las dotes necesarias para hacerse amar de una Princesa como ella, joven y bonita. Era un hombre dado á la crápula y usado por los vicios, cuyo cerebro estaba algo reblandecido. Aprovechóse de estas circunstancias un médico alemán, de nombre Struensée, el cual tuvo oportunidad de ejercer su profesión en aquella Corte, y después de haber seducido á Matilde, hizo que ésta le elevase al más alto puesto del Estado, con menosprecio de la nobleza y del ilustre Conde de Bernstorf, que era el Floridablanca de

Dinamarca. Mantúvose Struensée por algún tiempo, y aun dió pruebas de talento en la administración de los negocios públicos; mas no sólo la nobleza, sino el pueblo todo se sintió pronto humillado por aquella escandalosa privanza, y no faltó quien se encargara de derrocarla. El Conde de Rantzau, hombre de gran energía, entró una noche en el aposento del Rey Cristián, y obligó á este desdichado Monarca á firmar una orden de arresto contra Struensée y contra Matilde misma. Sometido el favorito á un tribunal, compuesto de sus mayores enemigos, confesó su adulterio y fué condenado al patíbulo. La Reina, recluída un momento en el castillo de Cronenborg, fué luego desterrada á Hannover, donde el dolor y la vergüenza acabaron pronto sus días.

El caso no es nuevo. Hallámosle ya entre los griegos en la historia de Egisto y Clitemnestra, y por cierto es muy notable que al referirla Homero, dice que lo primero que hizo Egisto fué alejar de Argos á cierto poeta (*aoidon*) que Agamenón había dejado al lado de la Reina su esposa para que, á guisa de confesor y capellán, la mantuviese en la senda de la virtud. Murió Egisto, como es sabido, á manos de Orestes, y un fin no menos trágico han tenido después varios seductores y favoritos de Reinas, entre los cuales recuerdo á Rizzio, muerto por Darnley; Concini, asesinado por Vitry, y Godoy, que estuvo á punto de perecer á manos del pueblo de Aranjuez, excitado por el Conde del Montijò. Pero la opinión pública de Inglaterra llevó muy á mal que los dinamarqueses hubieran desterrado á la Reina Matilde, y pocos años después un caballero de aquella nación, deseoso de vengarla, y dándola de Quijote, provocó en desafío al Conde de Rantzau, y le mató de una estocada.

Quédame por hablar de la colección de grabados y de la biblioteca pública. La primera es muy rica y hay allí grandes facilidades para examinarla hasta el punto de que confían al que lo pide, grandes carteras con las obras completas de cada autor. Imagínese el lector aficionado á estampas, las horas deliciosas que pasaría en aquella amena ocupación. Es el grabado invención muy moderna, de que no tuvieron idea los antiguos. Conocida primero para los naipes y otros usos vulgares, fué aplicada á objetos más nobles por el florentino Finiguerra y perfeccionada después en Alemania y Holanda, rivalizó casi con la pintura. En la actualidad no se cultiva tanto, á causa sobre todo de la concurrencia que le hacen por su baratura las buenas fotografías. Pero en otros tiempos disfrutaban de grande estima las estampas, y no sólo reproducían las obras ajenas, sino que eran á veces del todo originales y valían tanto como cuadros. Los de Rembrandt y Durero pertenecen á este elevado género, y es innegable, por ejemplo, que el grabado del primero representando al burgomaestre Six tiene el mérito de una pintura, y algunos de Durero son de tan buena invención, que de uno de ellos sacó el divino Rafael las ideas principales de su *Pasmo de Sicilia.*

En la biblioteca, también muy rica, hay la misma ó mayor facilidad para tomar libros y aun permiten que se lleven á domicilio por algunos días, dando el competente recibo. Allí sacié por entonces la curiosidad que tenía de conocer ú hojear al menos algunos libros curiosos y antiguos, pues los había en gran número, incluso muchos españoles, entre los cuales no faltaban ciertamente las poesías de aquel Conde de Rebolledo, que me honro de contar entre mis predecesores, puesto que fué, como yo, Ministro de España en Copenhague. Sucedió esto en el siglo XVII, y toda-

vía se conserva allí memoria suya entre los literatos y aficionados á libros. Escribió Rebolledo en una época de decadencia, mas á pesar de eso, no deja de tener cierto mérito, y Tiknor cita un epigrama suyo, que considera no sólo bueno, sino de un carácter muy español. Está dirigido á una dama, y dice así:

Pues el rosario tomais,
No dudo que le receis
Por mí que muerto me habeis,
O por vos, que me matais.

CAPÍTULO LXXVII

Copenhague, de 1865 á 1869

Sistema político del Norte.—Tiranía de Cristián II.—Reino brillante de Cristián IV. Es eclipsado por Gustavo Adolfo, protector de los protestantes.—Ambición desapoderada de la Suecia.—Guerras de Carlos Gustavo.—Sitio de Copenhague.—Revolución de Dinamarca en 1661.—Ley Regia.—Guerras de Carlos XII.—Es al fin vencido por Pedro el Grande.—Paz en el siglo XVIII.—Napoleón renueva las locuras de Carlos XII.—La Dinamarca paga cara su adhesión á la Francia. Los dos bombardeos de Copenhague.—Pérdida de la Noruega en 1814.—Ha perdido ahora los Ducados del Elba.—Triste situación de Cristián IX.—Sus bellas dotes privadas.—Formaba con la Reina Luisa una familia patriarcal.—Brillante destino de sus hijos.—Su yerno Alejandro III.—Fiestas palaciegas.

Cuando llegué yo á Dinamarca en la primavera de 1865, estaba muy reciente la guerra que había sostenido aquella nación contra la Prusia y el Austria para defender los Ducados del Elba, de la cual he hablado en otro capítulo; y como siempre sucede después de tales luchas, el vencido no podía consolarse de su pérdida, ni sufrir en ninguna parte la presencia del vencedor. Veíanse muchas familias enlutadas, porque las últimas refriegas en Düppel y Alsen habían sido muy sangrientas, y todos hablaban aún de ellas y no ocultaban su odio á los invasores, principalmente á los prusianos. Érales sobremanera odioso el idioma alemán, y aunque casi todos los tenderos de Copenhague lo sabían, porque hasta aquel momento la mitad del país era alemana, fingían ignorarlo de todo punto, y no respondían cuando en él se les decía alguna cosa. Ni se

hablaba ya como antes en la Corte, ni lo empleaba la burguesía ni la nobleza. «Sucio alemán», «bárbaro alemán»; eran los dicterios más moderados que usaban siempre que tenían que aludir á ellos. Recordábame esto lo que sucedía á mi llegada á Italia, en el año 48, cuando todos detestaban allí el *tedesco*.

Y en verdad, la situación de Dinamarca era por todos modos deplorable. Privada ya de la Noruega en 1814, veíase entonces despojada de los Ducados del Elba y reducida á la Jutlandia y las islas, con una población menor que la de algunas capitales de Europa. Entre los Estados decaídos ninguno lo es tanto como aquél. Quédale sólo la independencia, que defienden los mismos celos de las grandes Potencias vecinas. Conserva siempre las llaves del Báltico y un espíritu altivo que la hace superior á sus desgracias; es, en fin, como la Holanda y la Bélgica, una villa de Naboth, protegida por la justicia divina y por el interés de varios Gobiernos.

La historia de tales vicisitudes ofrece bastante interés y contiene serias lecciones. La trazaré brevemente. Los Estados que rodean el Báltico han formado de antiguo un grupo separado y distinto del que constituyen los Estados del Mediterráneo. A veces se han unido éstos con aquéllos, como la España y la Suecia en tiempo de Alberoni; mas por regla general, han tenido una historia diferente. A principios del siglo XVI, los tres Reinos escandinavos se hallaban todavía reunidos, como en tiempo de Margarita de Valdemar, y obedecían al Rey de Dinamarca, que se llamaba Cristián II. Estaba éste casado con Isabel de Castilla, hermana de Carlos V, y era, al parecer, uno de los Monarcas más poderosos de Europa. Pero existía allí entonces la lucha de la Corona con la aristocracia, y los no-

bles suecos, temerosos de aquel Rey, decidieron devolver la independencia á su país, proclamando á Gustavo Wasa.

Cristián, cuya condición era todavía más cruel que la de Enrique VIII de Inglaterra ó Pedro el Cruel de Castilla, extremó la resistencia. Tenía aquel Soberano por querida á una hermosa joven llamada Dyveke ó la Palomita, la cual era hija de cierta posadera holandesa que, dotada de notable talento, había logrado bastante influjo en la Corte. Según algunas crónicas, los nobles exasperaron el ánimo del Rey, matando á Dyveke con veneno. Como quiera, Cristián, fuera de sí y uniendo el engaño á la crueldad, logró reunir en Stokolmo á muchos obispos y próceres y les mandó cortar la cabeza. Llaman este hecho tan atroz la matanza de Stokolmo, y es allí recordado con el mismo horror que la noche de San Bartolomé entre el pueblo de Francia.

Mas Cristián fué vencido, á pesar de esto, por el valiente Gustavo Wasa, y no sólo perdió así la Suecia, sino que vió pronto sublevada la misma Dinamarca, donde los nobles habían proclamado á su tío Federico de Oldenburgo. Vencióle también éste, ayudado por Wasa y por las ciudades hanseáticas, que en aquellas regiones hacían entonces un papel parecido al de la Holanda en Occidente, y el orgulloso Cristián fué al fin preso y encerrado en el castillo de Sonderburgo, en la isla de Alsen, donde permaneció hasta su muerte, acaecida doce años después. Algunos viajeros tienen la curiosidad de visitar aquella prisión, y cuentan que todavía se conserva en los ladrillos el surco que hizo en ellos el mísero Rey, dando vueltas como una fiera alrededor de una mesa. Compadeciéronle al fin muchos de sus súbditos, pero los nobles de los tres Reinos le

habían hecho jurar al nuevo Rey Federico I, que jamás le pondría en libertad.

Fué, pues, completo por el momento el triunfo de la nobleza, hasta el extremo de que el Reino de Dinamarca vino á ser casi electivo, puesto que cada nuevo Soberano necesitaba ser confirmado por un Senado compuesto exclusivamente de los grandes señores del país. Veremos, sin embargo, que el carácter exclusivo de este triunfo fué causa de que no durara mucho, confirmando este ejemplo la regla general de que es indispensable el equilibrio de los tres elementos, de Rey, próceres y pueblo, para que el Gobierno sea estable, además de justo.

Desde la época de esta usurpación de Federico, ha sido costumbre de aquella nación que cada Rey reciba alternativamente ora este nombre, ora el de Cristián, tocándoles á los Federicos el más pequeño guarismo. Reinaron, pues, consecutivamente un Cristián III y un Federico II, que abrazaron el protestantismo; y vino luego Cristián IV, el cual fué muy notable por su bello carácter y por sus nobles aficiones, que le inclinaron á proteger las ciencias y las artes. Fué sobre todo muy dado á la arquitectura, según lo he indicado ya en otro capítulo, y no sólo hizo edificar palacios, fortalezas é iglesias, sino también ciudades enteras, como Cristianía y Cristiansand. Ambicionó, asimismo, la gloria de las armas, y al empezar la guerra de *Treinta años* salió á campaña en defensa de los protestantes, consiguiendo al principio algunas ventajas. Pronto, sin embargo, pudo conocer que no poseía las dotes necesarias para lucirse en aquella empresa, y batido por Filly, se apresuró á renunciar á ella, ajustando la paz de Lubeck.

Había sido Cristián IV un Monarca magnífico y brillante, á la manera de Luis XIV, y cual Luis XIV también, de

costumbres harto orientales. Tuvo varias queridas que alojaba en el palacio de Rosenberg, siendo las principales de ellas Cristina Munck, de buen linaje, con quien se casó al cabo morganáticamente, y la sensual Wibecque, que algunos comparan á Madama Montespán. De todas tuvo prole, y las hijas de Cristina se unieron en matrimonio con varios señores del país, los cuales, á su muerte, quisieron excluir del trono á Federico, que era hijo de su primera esposa Ana de Brandeburgo, y proclamar á uno de ellos. No consiguieron su intento; mas tanto el mismo Federico, que fué el tercer Rey de su nombre, como el pueblo dinamarqués, quedaron altamente ofendidos de tales pretensiones.

Creció luego esta indignación cuando la Dinamarca se vió amenazada por la Suecia, á quien alentaba la actitud de los nobles. Porque el genio batallador de la raza escandinava había pasado de aquella nación á ésta, después de la paz de Lubeck.

Túvolo primero el animoso Gustavo Adolfo, quien eclipsó por completo la gloria de Cristián IV, porque tomando en su mano la defensa de los protestantes, venció al temible Walenstein y dictó su voluntad al Imperio. Fué entonces la Suecia cual una España del Norte, y así como la una derramaba su sangre en defensa del catolicismo en los campos de Alemania y de Flandes, así la otra agotaba sus recursos en favor de la causa protestante en Alemania; y ambas acabaron también de una manera parecida, es decir, despobladas, empobrecidas y perdiendo sus antiguas posesiones por el deseo de adquirir otras nuevas. Duró con todo mucho tiempo la locura sueca, y no ya sólo para sostener el protestantismo, sino también para satisfacer la desapoderada ambición que inspiraron á aquel país las

victorias de Gustavo Adolfo. Creíase capaz de conquistar toda Europa.

Carlos Gustavo, sucesor de Adolfo, no contento con las empresas de Alemania, acometió también la de sojuzgar á Dinamarca, sin más razón que su capricho, y creyendo tal vez que la reciente hostilidad de los nobles dinamarqueses había dejado poco firme el trono de Federico III. Su campaña fué verdaderamente extraordinaria. Aprovechándose de un invierno excepcionalmente riguroso, que había helado los dos Belts, pasó de Jutlandia á Fionia y de allí á Seelandia, marchando siempre sobre el hielo con cañones, carros y caballos, y llegó improvisamente á las puertas de Copenhague. El sitio que sufrió entonces esta ciudad tuvo también algo de fantástico y legendario. En el primer momento no contaba más que con tres mil soldados; pero el clero y el pueblo, poseídos de ardiente entusiasmo, organizaron luego una resistencia que dió tiempo á la Holanda, interesada en que la Suecia no se apoderara de la entrada del Báltico, para mandar allí sus escuadras y hacer vanos los asaltos de Carlos Gustavo.

Retiróse éste al fin bastante escarmentado, y vióse libre la Dinamarca de tan terrible adversario. Pero aumentó mucho aquel sitio la indignación de la burguesía contra los nobles, porque no demostraron durante él la previsión y energía necesarias. Por cuyo motivo ofreció entonces aquel país el espectáculo singular de un pueblo que en lugar de hacer una revolución para asegurar sus libertades, la hace para convertir al Rey en Monarca absoluto, otorgándole una Constitución *sui géneris*. Tal era el odio que le inspiraban los nobles. Fué redactada en 1661 por una especie de dieta, presidida por Ivane, obispo de Seelandia, y Nanser, presidente del tercer Estado, y se llamó Ley Regia.

Tiene 40 artículos, pero á excepción del primero, que se refiere á la religión, son todos corolarios del segundo, que dice de esta manera: «Los Reyes de Dinamarca y Noruega serán en realidad y deberán ser considerados por sus súbditos, como los solos jefes supremos que tienen sobre la tierra. Serán superiores á todas las leyes humanas y no reconocerán en los negocios eclesiásticos y civiles otro juez superior más que Dios solo».

Como se ve, pasóse de un extremo á otro: de la omnipotencia de los nobles á la de los Reyes. Sin embargo, no abusaron éstos de su poder, y la Dinamarca gozó de bastante quietud después de esta revolución al revés. Mas no sucedía lo mismo en la vecina Suecia. Salió de allí entonces otro Rey belicoso, el famoso Carlos XII, el cual quiso también conquistar, como sus predecesores, todo lo que se hallaba á su alcance. ¡Infeliz Europa! ¿Qué hubiera sido de ella en esta y otras ocasiones semejantes si la divina Providencia no le hubiera concedido una configuración física que favorece la formación de Estados separados, y un clima que da á sus habitantes un carácter enérgico é independiente? Logró al principio Carlos XII vencer á los polacos, batir á los rusos y revolver completamente las naciones de Oriente; mas sucumbió al fin en las llanuras de la Rusia, siendo vencido en Pultava por Pedro el Grande. Monarca digno de su título, porque fué á la par un gran capitán y un reformador perseverante.

Vencida la Suecia y despojada de todas sus conquistas, empezó también para ella la era de las convulsiones interiores, sólo que siendo allí los Reyes los que habían arruinado el país, les tocó á ellos el ser humillados por los nobles, al contrario de lo que acontecía en Copenhague. Cesó desde entonces de mover guerras y dejó en paz á Dina-

marca, la cual aprovechó aquel período tranquilo para realizar varias mejoras interiores, descollando entre ellas la emancipación de los labradores, siervos todavía del terruño; medida indicada desde que el pueblo contribuyó tanto á la defensa de Copenhague y á la revolución de 1661. Fué inspirador de esta importante reforma el ilustrado Conde de Bernsdorf, quien merece un lugar preeminente entre los grandes Ministros de aquel siglo. Y venturosa habría sido por mucho tiempo la suerte de aquel Reino, si no hubiese estallado al fin la funesta revolución de Francia, que convirtió la ilustración en jacobinismo.

Durante todo el siglo XVIII había sufrido bastante la Europa por la ambición de la Prusia, nueva nación que parecía desde luego destinada á realizar la unidad de los Estados alemanes del Norte, harto divididos hasta aquel tiempo. Pero no fueron aquellas guerras comparables con las que la esperaban al despuntar el siglo actual. Despertóse entonces en Francia más fuerte que nunca el espíritu dominador. y belicoso, propio siempre de aquel pueblo, y conducida por Bonaparte, que tenía más ambición todavía que Luis XIV y contaba con el apoyo moral de las ideas revolucionarias, paseó por toda Europa sus banderas. Renovó aquel capitán las locuras de Carlos XII y no tuvo tampoco reposo hasta que fué á sucumbir en Moscou, no lejos de Pultava, fascinado y atraído por las llanuras de la Rusia, como la nave por el vórtice ó el insecto por la luz.

Lamentable es la historia de las diversas vicisitudes que sufrieron entonces los Monarcas de Europa. El de Portugal se refugió en el Brasil, el de Nápoles en Sicilia, el de Piamonte en Cerdeña, el de España, engañado por el tirano, fué llevado á Francia y encerrado allí en la quinta de Valençay, mientras que el de Suecia era destronado por sus

propios súbditos y el de Rusia perdía la vida á manos de algunos nobles, porque querían uno y otro hacerle la guerra á Bonaparte. Y por lo que hace á los de Prusia y Austria, ambos vieron sus territorios invadidos, y el segundo, para colmo de ignominia, tuvo que dar una hija suya por esposa á su afortunado vencedor. El Papa mismo se vió preso y privado de sus dominios por aquel insolente soldado. Parecía que el Rey de Dinamarca podría permanecer libre de tales peligros en atención á que se inclinó desde luego á una neutralidad que debía ser agradable á la Francia, mas vió pronto á su costa que en épocas de tan terribles trastornos es más difícil ser neutral que amigo ó enemigo declarado.

La Inglaterra, la cual había emprendido una lucha á muerte con Napoleón I, pensó que la actitud de Federico VI era sospechosa, y por dos veces mandó sus escuadras á bombardear á Copenhague, la primera en 1801, al mando de Parker y Nelson, con pretexto de impedir que la Dinamarca se uniese con la Suecia y la Rusia para sostener los derechos de los neutrales; y la segunda á las órdenes de Gambier, en 1807, para evitar que la escuadra danesa cayese en poder de Francia; acto este último, que ha sido calificado con razón de verdadera piratería, como el asalto de nuestras fragatas que venían con caudales de América, pero que aprobó la mayoría de los políticos ingleses, á quienes parecía sin duda permitido todo lo que era útil. Despechado el Monarca dinamarqués, acabó por contraer alianza declarada con Napoleón, y esta conducta, que era contraria á los intereses generales de Europa, le costó sumamente caro, porque le atrajo la animadversión de los demás Soberanos y fué causa de que á la caída del efímero Imperio francés, le quitaran la Noruega para dársela á la Sue-

cia, la cual se había unido con tiempo al campo de las Potencias aliadas, cometiendo así éstas un despojo que no pareció tampoco muy de acuerdo con los principios de derecho de gentes proclamados por ellas mismas, y que tuvo indudablemente el aspecto de una venganza.

Compendiando cuanto antecede, resulta que la desgraciada Dinamarca no hizo más que decaer desde el siglo XVI hasta el XIX, primero porque era demasiado pequeña para sostener el peso de las tres coronas del Norte, segundo porque el carácter ambicioso de sus nobles la hacía todavía más débil, y en fin, porque tenía que combatir con naciones mucho más poderosas. Quedábanle al menos los Ducados del Elba; mas ya hemos visto de qué manera el espíritu que impelía á los alemanes á realizar la unidad de su país y hacerse potencia marítima, fué causa de que la Prusia y el Austria la despojaran también de ellos, uniendo con este objeto sus armas.

El Rey Cristián IX ha sido el heredero de esta Monarquía tan desventurada y reducida. Su posición era al principio por todo extremo desairada. Como el Ricardo de Shakespeare, le podía decir á los que se descubrían en su presencia: «Me hallo sin poder y sin súbditos y todavía me llamais Rey.» Pero poco á poco fué adquiriendo con su conducta una grande estimación de propios y de extraños. De bella presencia, lo cual es siempre una recomendación para todos, digno, afable, modesto, laborioso, no muy inteligente, pero dotado al menos de un gran sentido común, era imposible no apreciarle. Su predecesor Federico VII no había sido muy severo en sus costumbres, y murió casado morganáticamente con una de sus antiguas queridas que había sido modista, y á la cual había dado el título de Condesa Danner. Cristián IX, casado con la bella, inte-

ligente y virtuosa Reina Luisa de Hesse, fué un esposo modelo, y ambos formaron un matrimonio tan digno de respeto como el del Príncipe Alberto y la Reina Victoria de Inglaterra.

Llegados á los límites de la juventud, haciendo una vida casi privada, y disponiendo de pocos recursos, habían contraído hábitos de orden y economía que conservaron luego en el trono, cuando fueron llamados de repente á él por la muerte del Príncipe heredero Federico y las decisiones del tratado de Londres. Sus hijos también habían recibido una educación muy modesta, como en la generalidad de las familias alemanas y danesas, y se contaba que las princesas se cosían ellas mismas sus vestidos, como cualquiera joven burguesa. Pero siendo muy bellas y muy distinguidas era un encanto el verlas reunidas alrededor de sus excelsos padres. Y la divina Providencia premió pronto á aquella patriarcal familia, escogiendo á todos sus príncipes y princesas, para los más altos destinos. El hijo mayor, Federico, obtuvo la mano de la Princesa Real de Suecia; su hermano Jorge fué elegido Rey por los Helenos y no ha dejado de conducir bien su barca en el mar proceloso de la política griega; la hija mayor, la dulce Alejandra, fué esposa del Príncipe de Gales y es ahora Reina de Inglaterra; la segunda Dagmar de ojos hermosos y facciones, si no más lindas, más expresivas, llegó á ser Emperatriz de Rusia; otra, Thyra, algo menos bella que sus hermanas, se unió en matrimonio con el último Rey de Hannover, y el Príncipe Valdemar, Benjamín de la familia, es marido feliz de una Princesa de Orleans. Y todos vivieron tan unidos como antes de que sus padres fuesen Reyes, y es bien seguro que éstos han preciado siempre más la corona que les formaban sus hijos, que la que debían á

la voluntad de Europa. Es este un caso notable en que las virtudes domésticas hacen parecer más grande un trono y más brillante una diadema.

Casi todos los años recibían los Reyes la visita de sus hijas y de sus yernos, y era tal la influencia de aquel hogar respetable, que hasta el Príncipe de Gales, tan ligero en otras ciudades, se conducía allí con el mayor decoro. En cuanto al Emperador Alejandro III, esto le era más fácil, porque tenía inclinaciones naturalmente honestas. Tuve la honra de conocerle desde que vino á Copenhague, á poco de mi llegada, siendo prometido de la Princesa Dagmar, y quedé prendado de su aire franco, natural y bondadoso. Era, asimismo, muy sencillo en todas sus acciones, y como prueba, referiré que para divertir á su cuñado Valdemar, el cual era aún pequeño, le paseaba por el jardín de Bernsdorf, donde se alojaba, poniéndole en una carretilla del jardinero, de la cual tiraba él mismo. Las cosas que se contaban del interior de aquella familia eran una especie de idilio. Y desde aquel tiempo hasta su prematura muerte no cesó Alejandro de ir á Copenhague todos los años para descansar de las tareas del trono al lado de sus suegros.

Su padre Alejandro II, fué, sin duda, muy notable por haber dado la libertad á los siervos de Rusia, y merece por ello los elogios de la Historia. Pero su hijo Alejandro III no ha sido menos digno de alabanza, como Emperador, porque firme en sus propósitos, cual el varón constante de Horacio, mantuvo intactas las antiguas instituciones del Imperio, sin hacer caso de las amenazas de los nihilistas que habían asesinado á su padre. Y fué superior á éste como hombre, porque Alejandro II escandalizó mucho á la Rusia á causa de sus amores con la Princesa Dolgorouki, de la cual dejó varios hijos, mientras que Alejandro III dió

siempre á sus pueblos el buen ejemplo de sus virtudes domésticas.

Aunque la lista civil de Cristián IX era muy corta, de modo que venía á tener menos renta que muchos particulares de Europa, era tal el orden de aquella Real casa, que hacía tan buena figura como cualquiera otra más rica. Á más del gran baile que celebraba la Corte en el palacio de Cristianborg á principios del año, daba asimismo muy á menudo otros más pequeños, comidas, conciertos ó saraos en el de Amalienborg, y siempre reinaba en ellos mucha elegancia, si no lujo. Conserva aún aquella Corte unos criados llamados corredores *(löfers)*, destinados á correr al lado de la carroza real en los días de gran gala, y empleados también en el servicio interior, especialmente para los banquetes. Su librea es airosa, y llevan una especie de mitra con plumas de colores que les da un aspecto pintoresco.

La cocina real era bastante buena, y en los banquetes se servían ricos vinos. Había entre éstos uno muy añejo del Rhin que contaba un par de siglos, y cuya conservación se debe á que cada año reemplazan con vino nuevo lo que han sacado del viejo. Los extranjeros lo hallábamos algo agrio, mas nos guardábamos bien de decirlo. En cuanto á los daneses, lo proclamaban exquisito; pero el hecho es que cuando lo servían daban también azúcar para que cada cual lo endulzara á su gusto. Los toneles en que lo conservan son sólidos y de gran tamaño, de manera que aquel preciado licor durará tanto, probablemente, como la Dinamarca misma.

La Reina amaba el baile con moderación; el Rey con entusiasmo, como todos los hombres del Norte. Aunque pasaba ya de los cuarenta, no perdía danza ninguna ni de-

jaba de bailar el cotillón con alguna linda pareja. En las comidas y saraos gustaba de conversar con las señoras y también con los caballeros, especialmente los diplomáticos, y no sólo de cosas indiferentes, sino también de política. Recuerdo que más de una vez le oí lamentarse de que el anciano Rey Guillermo de Prusia le hubiera despojado hasta del pequeño Ducado de Lauenburgo, no obstante que estaba ya con un pie en el sepulcro. El buen Rey Cristián se consolaría quizá más adelante, viendo que el mismo Rey, siempre con un pie en el sepulcro, le quitaría también dos provincias á la Francia, y llegando con sus tropas victoriosas hasta París, se haría coronar Emperador de Alemania en el mismo palacio de Versalles. La ambición es de todas edades.

CAPÍTULO LXXVIII

Copenhague, de 1865 á 1869

Bello carácter de la Reina Amalia.—La Princesa Carolina.—Un hermano del Rey.—El padre de la Reina.—Altos cargos de Palacio.—El General Oxholm, Gran Mariscal.—Ordenes del Elefante y del Danebrog.—El Conde Danneskiold, Caballerizo Mayor.—La Condesa de Reventlow, dama de la Reina.—El Cuerpo diplomático.—Originalidad del Ministro francés Dotezac.—Talento del ruso Mohrenheim.—Heydebrand, buen jugador de ajedrez.—El Conde de Vachtmeister y la Unión escandinava.—Tres Ministros de Inglaterra.—Sir Charles Wike, defensor de Prim.—Un Secretario español que se hizo jesuita.—Exito y chasco del Ministro norteamericano.—Unión que reinaba entre los diplomáticos.

Después de los Monarcas reinantes ocupaba el primer lugar en aquella Corte la Reina Amalia, viuda de Cristián VIII. Pertenecía á la familia de los Augustenburgos, la cual ha sido célebre en Europa por la hermosura de sus príncipes. Uno de ellos, hermano de la Reina Amalia, rivalizó en elegancia y gallardía con el famoso Jorge IV de Inglaterra. La Soberana danesa era alta, de noble aspecto y de facciones tan finas que, á pesar de sus años y de sus cabellos blancos, podía competir con otras mucho más jóvenes. Era majestuoso su porte y hasta en sus menores movimientos se veía que era Reina. No tenía grande ingenio; pero poseía discreción natural y una bondad que la hacía por extremo agradable. Mostrábase amiga de obsequiar á todos y daba durante el invierno comidas y conciertos, y cuando llegaba la buena estación, se trasladaba

á una quinta que tenía á poca distancia de Copenhague, llamada Sorgenfri, que es traducción del «Sans Souci», del gran Federico y, allí recibía al Cuerpo diplomático y á las personas más distinguidas del país.

Con esa amable sencillez, que es propia de las Princesas alemanas, nos servía ella misma el café después de comer, y cuando íbamos á su quinta cuidaba mucho de que todos comiésemos las fresas de su jardín, que eran exquisitas.

Dice el poeta Heine que en Alemania no hay más fruta madura que las manzanas cocidas, y esto puede aplicarse también á Dinamarca. Con todo, las fresas forman una excepción, pues son allí muy hermosas y duran casi hasta Septiembre. La linda Baronesa de Rosen, que era la dama principal de aquella Reina, la ayudaba á hacer los honores con mucha distinción.

Venía después de la Reina Amalia la Princesa Carolina, viuda también, y señora tan inteligente como afable, pero cuyo físico formaba con el de aquélla el más penoso contraste. Era fea, era contrahecha, y para colmo de desdichas se había quemado en un incendio del Palacio de Cristianborg, donde habitaba en su juventud, y conservaba de ello visibles cicatrices. Su difunto marido, el Príncipe hereditario Federico, que era algo burlón, solía decirle en broma que había tenido que asegurarla de incendios. Recibía visitas del Cuerpo diplomático y de personas notables del país, pero en general vivía muy retirada, por lo cual hallaba dificultad para conservar sus damas de honor, y estando yo allí sucedió que una Baronesa Moltke, la cual lo era en aquel tiempo, deseosa de dejarla y no pudiendo conseguir que la Princesa admitiese su renuncia, tomó el partido de escaparse una noche del Palacio y no paró

hasta Hamburgo, desde donde le escribió, haciéndole las debidas excusas.

El Príncipe Juan de Glucksburgo, hermano del Rey, era asimismo un personaje notable. De mediana capacidad, pero de linda figura y carácter afable, no le costó mucho ser el favorito de las damas. Queríanse mucho los dos hermanos, y el Rey, cuando el tiempo era bueno, acababa generalmente el día dando un paseo con él entre once y doce de la noche, fumando ambos buenos cigarros. Por lo común iban á la orilla del mar, que no está lejos del Palacio, y el público suponía que el Rey le confiaba sus secretos y le pedía su parecer sobre los asuntos que le preocupaban. Decían esto algunos en son de burla, porque el Príncipe Juan no pasaba por un águila, mas olvidaban que tenía bastante buen sentido, y sobre todo que veía más gente que el Rey y podía así conocer mejor la opinión pública é informar de ella á su hermano.

De edad ya provecta y de aspecto muy diverso era el Landgrave Guillermo de Hesse Cassel, padre de la Reina. En todo absolutamente tenía el tipo del Príncipe alemán, instruído, amable y bondadoso. Daba buenas comidas y gustaba de convidar á ellas á los diplomáticos. Su palacio, pequeño, pero bien alhajado, contenía dos cosas interesantes: una rica biblioteca y una curiosa colección de cajas de tabaco. Esta última era verdaderamente notable, y hacía honor á su buen gusto. Las había de todas épocas y de todas materias y hechuras. A mí me llamaban sobre todo la atención las que contenían figuras de relieve ó miniaturas, entre las cuales sobresalían las pintadas en el siglo XVIII por el famoso Marcolini. La biblioteca era igualmente muy buena y el Landgrave leía con constancia sus libros. Mas tenía una manía muy extraña, y era que los

tomaba siguiendo el orden en que estaban colocados. Confesaba muchas veces que el que traía entre manos era poco divertido; pero aunque su secretario y otras personas le aconsejaban que escogiese otro á su gusto, no había forma de que variara el método singular que se había impuesto desde el principio.

A pesar de que todo se hacía allí con mucha sencillez, no faltaban, sin embargo, en Palacio algunos altos cargos desempeñados por individuos de la nobleza. Era Mayordomo mayor un General Oxholm, alto, bien plantado y de modales palaciegos, el cual dirigía muy bien todo el servicio de la Real Casa. No había allí grande etiqueta; mas con todo, existía, como en Rusia, un Tching, ó sea un registro en que todas las personas convidables á la Corte ó *hoffahig*, como dicen en Viena, se hallaban inscritas según su rango. Y era cuidado de Oxholm que no se faltase á esta regla. Precisamente en aquel tiempo andaban las grandes damas muy fastidiadas, porque el primer puesto en los círculos de la Corte le tocaba á una cierta Baronesa Thyle, vieja, gorda y fea. Pero no tenían más remedio que conformarse, en razón á que el marido de esta señora era antiguo Consejero de Estado y el primero en la orden del Elefante.

Porque el Elefante es en aquella nación lo que el Toisón en España y Austria. Es el Espíritu Santo de los dinamarqueses, según lo dijo una vez cierto chusco francés, aludiendo á la orden de este nombre, que era la principal de Francia antes de la Revolución. Consta que esta orden del Elefante fué renovada y confirmada por Cristián V en el siglo XVII; mas hay quien sostiene que era ya muy antigua y que fué instituída por primera vez en el siglo XII por Canuto IV, para perpetuar la memoria del valor demostrado por un Cruzado dinamarqués, el cual había matado uno

de esos animales en una batalla contra los sarracenos. En su origen fué puesta bajo la protección de la Virgen, y lleva esta noble divisa: *Magnanimi pretium.*

Inmediatamente después del Elefante viene el Danebrog, cuya orden se dice fundada en el siglo XIII por el Rey Valdemar II, en memoria de una batalla ganada contra los paganos de Livonia, en que se le apareció, como á Constantino, un lábaro maravilloso, al cual dieron aquel nombre, que significa «el estandarte danés». Fué renovada, como el Elefante, en época más reciente, y lleva este lema, caro á los monárquicos: «Dios y el Rey».

Continuando lo que decía del General Oxholm, debo añadir que los individuos del Cuerpo diplomático le estaban muy reconocidos por la cortesía que siempre usaba con ellos. Recuerdo, entre otras, una ocasión en que nos abrevió bastante un gran fastidio. Falleció el Landgrave de Hesse, padre de la Reina, y fuimos invitados á los funerales, en los cuales, según la costumbre de aquel país, se debía pronunciar el elogio fúnebre del finado. Encargóse de ello el Obispo de Copenhague y tomó su asunto con tanta prolijidad, que tenía trazas de durar un año. Y como hablaba en un idioma poco conocido de nosotros, el aburrimiento era doble. Mas he aquí que de repente se paró un poco el orador para sonarse las narices, y el amable Oxholm finge creer que ha concluído y hace la señal convenida á un oficial que estaba á la puerta. Comunícala éste á los artilleros situados en la playa; disparan ellos sus cañones, llénase el aire de estrépito y el buen Obispo tiene que suprimir el resto de su discurso, dando por terminada la ceremonia.

El Caballerizo Mayor, Conde de Danneskiold, ofrecía el tipo del gran señor. Desciende esta familia de un hijo na-

tural de Cristián V y de la bella Sofía Moth, hija de su médico. Pero ha sido siempre tan grande el prestigio de la Monarquía, que lo tienen á mucha honra, cual en su día los Fitz James de Inglaterra, los Vendôme de Francia y los dos Juanes de Austria. El Danneskiold de entonces era un caballero entrado ya en años, pero que conservaba todavía noble presencia. Estaba casado con una señora bella y amable, poseía muchos bienes y recibía muy á menudo. Bailaba aún, á pesar de acercarse á los sesenta, y mi mujer, que era á veces su pareja, me aseguraba que tenía la agilidad de un joven, y que pocos le llevaban ventaja en la difícil mazurka, que entonces estaba todavía de moda en el Norte.

Era Danneskiold gran favorito de las damas, principalmente porque conservaba esa exquisita cortesía de siglos pasados, de que van quedando pocos adeptos. Su gran pasión era la cerámica, de la cual tenía ya tal colección, que no sólo llenaba con ella los armarios y las mesas, sino hasta los mismos sillones, de tal suerte que en algunas salas no había casi donde sentarse. Estaban allí confundidos los platos y vasijas de Gubbio, Wedgwood y Sévres; las frutas de Delft, y las figuras de Capo di Monte, Buen Retiro y Sajonia. Y no faltaba el sastre caballero en una cabra, ni el concierto de monos, ni los pecados y virtudes y otras obras maestras de aquel arte pequeño, pero lindo. Llevaba su mujer muy á mal tan costosa manía, y sin duda para desquitarse, gastaba ella otro tanto en flores, moños y trapos.

La casa de la Reina Luisa constaba de un Chambelán, el amable Conde de Löwenskiold, una Camarera Mayor, la anciana Condesa de Bille Brahe, y una Dama, la Condesa Hilda Reventlow. Esta última era joven, agraciada, inteli-

gente y amable, y cuando no acompañaba á la Reina frecuentaba mucho la sociedad, donde era un gran recurso á causa de su fácil palabra. Parecía una señora francesa de aquellas que poseen en el grado más eminente el talento de la conversación.

Pero recordemos ya el Cuerpo diplomático. No obstante el empequeñecimiento de la Dinamarca, era éste todavía numeroso, porque todas las naciones tenían más ó menos interés en su conservación y querían estar bien al corriente de sus negocios. El Ministro Plenipotenciario más notable era el de Francia, llamado Mr. Dotezac. Nacido en Burdeos, unía la gracia de los meridionales al talento y al tacto. Su memoria rayaba en prodigiosa. Á mí me recitó en una ocasión todo un despacho que le había leído una vez sola el Ministro de Negocios Extranjeros. Fuera de un poco de latín, no conocía más lengua que la suya; pero esa la sabía con rara perfección y podía recitar páginas enteras de sus clásicos. Escribíala muy bien, y el *Monitor* de aquella época publicaba amenudo sus despachos, como correspondencias políticas, que llamaban la atención por su buen estilo. Llegado á Copenhague antes del año 48, estuvo allí veinticinco años, por lo cual se decía que era el diplomático que conocía mejor la intrincada cuestión de los Ducados del Elba. Tenía tanta experiencia y un carácter tan leal y tan seguro, que á él recurrían muchos de sus colegas en busca de buenos consejos.

No recibía Dotezac por las noches, pero daba buenas comidas y frecuentaba mucho los salones. Su conversación era divertidísima, por lo cual le acogían bien las señoras á pesar de que no era joven, ni elegante y ¡ay! ni siquiera limpio, pues con razón podía acusársele de hacer siempre una *toalet* muy compendiosa. Á él le hubieran venido

bien los consejos que le dió Don Quijote á Sancho, cuando fué á gobernar la ínsula. Escupía en todas partes y se permitía cosas que sólo pasaban por ser él quien las hacía. Contaban, por ejemplo, que convidado un día á comer por Federico VII en cierta intimidad, la Condesa Danner, esposa morganática de este Rey, que asistía á la comida, notó que Dotezac se estaba cortando las uñas con un cuchillo de mesa, y queriendo darle en broma una lección, mandó á un criado que tomase de su tocador un par de tijeras y se las llevase de su parte. Pero Dotezac las recibió sin ruborizarse, y haciéndole una inclinación de cabeza á la Condesa, la dijo: «Señora mía, le doy á usted mil gracias por tan lindo regalo, y lo conservaré siempre como un grato recuerdo de su amabilidad exquisita».

Por regla general, cada diplomático importante tiene su propia tesis. La de Dotezac era hacerle creer á los dinamarqueses que no tenían mejor amigo que la Francia, lo cual era quizás creído por algunos hombres políticos á quienes había sorbido los sesos, mas no así por los demás. Como quiera, la ilusión de que fuese cierto pudo sólo durar hasta la guerra del 66, después de la cual se completó la incorporación de los Ducados del Elba á la Prusia, á ciencia y paciencia de todas las naciones.

El Barón Nicolaï era Ministro de Rusia, mas duró poco tiempo, porque no le convino el clima de Dinamarca, y tuvo que retirarse. Sentílo mucho, primero por él y después por su señora, la cual, bella, discreta y amable, había contraído grande amistad con la mía. Nos veíamos muy á menudo, y más adelante un sobrino suyo, Mr. de Southoff, católico, aunque ruso, contrajo matrimonio con una de mis hijas, de modo que á más de la antigua amistad tuvimos alianza de amilia. Fué su sucesor un personaje entonces poco cono-

cido, pero que después llegó á representar un papel importante, el Barón de Mohrenheim. De origen modesto, de religión católica, no parecía destinado á hacer una gran carrera en la ortodoxa Rusia. Añádase que era bastante feo. Pero su talento, su travesura y la casualidad que le trajo á una corte cual Copenhague, donde tenía todos los años la ocasión de ver de cerca á su Emperador, le llevaron como por la mano al apogeo de la fortuna.

Era Mohrenheim más gascón que el mismo Dotezac y más exagerador que ningún bulevadero parisiense. Pretendía saberlo todo y haber leído más que Pedro Comestor, y una vez que se hablaba de las nuevas óperas de Wagner, no representadas aún en Copenhague, le oí decir con el mayor aplomo que él las conocía perfectamente, porque no necesitaba oirlas, sino que leía sus partituras como cualquier otro libro. Puso su casa con gran lujo, pero lujo de Dulcamara. Así, por ejemplo, cubrió su sala de cuadros de cuarto orden, y para engañar á los bobos los puso á todos muy ricos marcos dorados y los nombres de grandes pintores.

Gastaba sin tino y no pagaba con exactitud. Dió un año un espléndido baile en honor del Príncipe de Gales, y usó para ello de graciosa treta. Encargóle la cena á su colega de París, que se la mandó por ferrocarril; las bujías al de Munich, y así á otros varias cosas, de modo que pudo dar la fiesta sin desembolsar un franco. Pero como tenía gracia y suerte, consiguió después que el Emperador le pagase todas sus deudas.

Y obtuvo, por último, mucho más, puesto que fué nombrado Embajador de Rusia en París. Y una vez allí, desplegó más cada día su genio inventivo. No contento con frecuentar la sociedad, asistía también á las más soporíferas

sesiones de las Academias para pasar por literato. Escuchaba siempre con la cabeza inclinada y la mano puesta en el seno del chaleco; hablaba poco y despacio. Lisonjeaba de continuo la vanidad de los franceses y calmaba por otra parte los escrúpulos de los rusos; y de este modo, ayudado también por la fuerza de las cosas, que impelía á las dos naciones á contraer una alianza que contrabalancease la famosa Triple, tuvo al cabo la satisfacción de ver coronados sus esfuerzos de la manera más cumplida; pues si no fué él el único autor de esa alianza, es imposible negar que contribuyó muchísimo á ella. Estimado y aun respetado de todos, supo llegar en aquella Embajada al extremo de la vejez, y creo que á no ser por lo avanzado de su edad, hubiera reemplazado á Labanof en el alto puesto de Canciller.

Heydebrand de la Lasa, Ministro de Prusia, no tenía una tarea muy fácil, pues viniendo después de una guerra en que su país había hecho tanto daño á la Dinamarca, su presencia no era allí muy grata, y al principio, sobre todo, tuvo que emplear mucha paciencia y mucho tacto. Era, sin embargo, una persona sumamente á propósito para vencer prevenciones, á causa de su talento y agrado. Por otra parte, su consorte, hábil y agraciada, le ayudaba mucho á hacerse buen lugar entre la aristocracia. Tenía Heydebrand un mérito que le daba cierto prestigio: pasaba por el primer jugador de ajedrez de toda Alemania. Y bien lo experimentaron á su costa varios aficionados á este noble juego, entre ellos el Ministro de Inglaterra, Murray. Aunque les cedía varias piezas, no tardaba mucho en darles jaque. Convidaba con frecuencia á comer, y aunque al principio le rehusaron muchos dinamarqueses, cedieron luego poco á poco en este quijotismo, tanto más fácilmente, cuanto

que su químico (que es como llamaba Istúriz al cocinero), era excelente.

No menos embarazosa fué también por algún tiempo la posición de Haymerle y Paar, que representaron sucesivamente el Austria. Era el primero un hombre chiquitito y vivo, de mucha capacidad y de grande ambición, quien al empezar la vida estuvo á punto de ser fusilado el año 48 con otros estudiantes de Viena por haber tomado parte en los tumultos de aquella ciudad, y tuvo después la fortuna de entrar en la carrera diplomática. Recorrióla con bastante rapidez, y al cabo llegó á ser Ministro de Negocios Extranjeros á la caída del Conde de Andrassy, según lo referiré en su lugar. El Conde Paar, de quien he hecho ya mención en mis reminiscencias de Turín, donde fuímos también compañeros, era, como dije entonces, la nata de la cortesía. Tipo del diplomático de salón, tocaba divinamente el piano, era correcto en todo y vivía con cierto boato. No carecía de talento é instrucción.

Más delicada aun, si cabe, que la de estos Ministros, venía á ser la situación del Conde Wachtmeister, Plenipotenciario de Suecia. A consecuencia de la decadencia de las tres Naciones del Norte, había nacido en ellas un partido, que echaba de menos su antigua unión en los tiempos de Margarita de Valdemar, y deseaba restablecerla. Llamóse Unión escandinava, á la manera del partido, que por el mismo motivo se formó también á mediados de este siglo en España y Portugal con el nombre de Unión ibérica. Y ambos tenían el mismo defecto; que no eran realizables. Porque lo que cada país quería era dominar al otro. Los suecos se proponían hacer la reunión con una dinastía sueca y con la capital en Stockolmo; y los dinamarqueses la ambicionaban con una dinastía da-

nesa y con la Corte en Copenhague. Y aun en caso de realizarse de cualquiera de estos dos modos, hubiera sido todavía menos feliz que la unión de la sola Noruega con la Suecia, la cual lo es tan poco, que sin hipérbole puede decirse que viven como perros y gatos. Olvidóse, pues, pronto tan imposible quimera, y hoy día son ya pocos sus secuaces. Mas como entonces gozaba de mucha boga el Gobierno danés, que era el más débil, temía siempre que el Ministro de Suecia prestase su apoyo á las intrigas de aquel partido, á pesar de que él se manifestaba en todas ocasiones muy contrario á ellas.

La Inglaterra tuvo, en mi tiempo, tres Ministros: Paget, Murray y Wike. Sir Augustus Paget era un caballero de fina estirpe, sobrino de Lady Yersey, y hombre inteligente, cortés y amable cual pocos. En cuanto á Lady Paget era hermosa mujer, mas tenía el defecto de ser prusiana, y, por lo tanto, poco simpática para los daneses. Ni poseía el arte de Madama Heydebrand para hacerse querer de ellos. Sir Charles Murray era un antiguo buen mozo, casado con una señora irlandesa, joven, bella y afable. No creo que la Legación inglesa tuviera entonces muchos asuntos difíciles entre manos. De todos modos, la principal ocupación de los Murrays parecía ser la de divertir á la alta sociedad con comedias de aficionados, para las cuales hallaban buenos elementos en las damas y caballeros del Cuerpo diplomático y del país. Por cierto que una vez ocurrió, que los actores quisieron cambiar la música á las coplas de cierto *vaudeville* y no sabían á quién recurrir para ello; mas no duró mucho su embarazo, pues un joven Secretario español, que conocía muy bien el contrapunto, los sacó del apuro, componiéndoles una nueva y preciosa melodía.

¿Y quién creerá el lector que era ese Secretario? Pues nada menos que el Reverendo Padre Mendía, tan conocido hoy en Madrid por su talento y virtudes. Nada hacía presagiar entonces que su existencia tomaría este nuevo rumbo. De figura simpática, fino, elegante, instruído, parecía hecho á propósito para la carrera diplomática. Sólo se le notaba de particular, cierta tendencia al misticismo y un carácter melancólico. Por lo demás, hacía la misma vida que todo el mundo. Pero vino luego la revolución del año 68, y entonces el espectáculo de la Corona de San Fernando rodando por el suelo y reemplazada con una ignominiosa república, le impresionó vivamente. Creyó, como tantos otros, que había llegado el *finis Hispaniae*, y desalentado y afligido, tomó la resolución de dejar el mundo, y entró en la Compañía de Jesús, en la cual su talento y sus bellas prendas, le dieron pronto un lugar muy distinguido. Su vida pasada le da experiencia y prestigio; el público acude numeroso á oir sus bellos sermones, y hoy día es el confesor preferido de las devotas del gran mundo. A pesar de la diferencia de nuestras opiniones y carreras, nos ha unido siempre una excelente amistad.

El tercer Ministro de Inglaterra, Sir Charles Wike, será citado en la Historia, porque fué quien, siguiendo las instrucciones de su Gobierno, hizo que las tropas inglesas se retiraran de Méjico, en vista de la actitud de la Francia en favor de Maximiliano; y arrastró con su ejemplo al General Prim para que se retirase también con las suyas. De lo cual me habló muchas veces, defendiendo á Prim á capa y espada, pues al defenderle á él, se defendía á sí propio. Era Wike un hombre de corta estatura, pero vivo, de buen seso y liberal de buen origen.

El Ministro norteamericano, Mister Yeaman, era de lo mejor que he visto en su género, y tuvo allí un éxito diplomático, que no dejó de hacerle honor, no obstante que fué seguido de un chasco. El éxito fué, que obtuvo del Gobierno dinamarqués, necesitado á la sazón de recursos, que le cediera á los Estados Unidos la isla de San Thomas, en cambio de una suma considerable; y el chasco consistió en que después de estar todo ello arreglado, cambió su propio Gobierno de parecer y renunció á la anexión de la isla, sacando á España y á otras naciones de un buen susto.

Había también en aquella Corte, Ministros de Bélgica, Italia y Portugal, de los cuales no recuerdo nada más, sino que eran personas muy apreciables. Había asimismo muchos Secretarios de porvenir, entre quienes debo citar, por lo menos, al Conde de Essen, de Suecia, el cual fué más adelante mi colega en Viena, y era un tipo perfecto de los nobles de su país, y su mujer un modelo de las bellezas del Norte; el amable caballero Ozerot, que llegó á ser Ministro de Rusia en Munich; y mi propio cuñado, Sir Hugo Macdonell, el cual es ahora Ministro de Inglaterra en Lisboa, donde ha contribuído mucho á renovar la secular amistad del Portugal con la Monarquía inglesa, como lo prueba su actitud favorable en la guerra del Transvaal.

Como sucede generalmente en las pequeñas Cortes, vivíamos todos allí muy unidos, y no había casi día de la semana en que no recibiera algún Ministro ó Secretario, pasando ratos muy agradables.

CAPÍTULO LXXIX

Copenhague, de 1865 á 1869

Los Ministros del país.—El Conde de Friis, amigo de los campesinos.—Origen y significación de este partido.—Exageraciones en que al fin incurre.—Constancia con que las combate el Ministro conservador Estrup.—Vida social en Copenhague.—Lujo del Conde de Friis.—Recepciones de la aristocracia.—Belleza de las dinamarquesas.—Afición de los daneses al baile.—Su notable apetito.—Su sed todavía más notable.—Los famosos Skols.—Teatros de Copenhague.—Dureza del idioma.—Las operetas.—Las comedias de Holberg.—La Sociedad de Conciertos.—Los Jardines de Tívoli.—Recuerdo de los bombardeos de Copenhague.

Cuando llegué á Copenhague ocupaba el Ministerio de Negocios Extranjeros cierto Conde de Moltke, anciano respetable, cuyas palabras y modales estaban publicando que pertenecía á una generación ya pasada, y que había sido llamado á aquel puesto únicamente para dar tiempo á que se calmaran las pasiones suscitadas por la última guerra y pudiera reanudarse la vida política del país. Con efecto, no tardó en retirarse y fué sustituído por el Conde de Friis Friisenborg, jefe del partido que allí llaman «los amigos de los campesinos ó labradores», en danés *Bondevenner*, palabra compuesta de otras dos: *bonde*, siervo, que es anglosajona y se halla en el *bondaje* inglés, y *ven*, la cual es nordica y vale tanto como amigo. Siervos dicen aun á los labradores, no obstante que están emancipados desde el siglo anterior. Era este Conde Friis el propietario más rico de Jutlandia, y porque sus intereses estaban unidos

con los de la clase agrícola, de aquí nacía que figurase como protector de ella y defendiese calurosamente sus aspiraciones. Pero antes de pasar adelante convendrá que explique en pocas palabras en qué consisten y cuál es la significación de ese partido.

Por regla general, siempre que una nación sucumbe en la guerra y mira su poder menguado, fórmanse luego en ella dos tendencias contrarias. Los unos piensan que en vista de que la lucha ha sido imposible cuando la nación era mayor, lo ha de ser mucho más cuando es menor y se halla más escasa de recursos; y de esto deducen que es inútil seguir haciendo gastos para mantener un ejército numeroso y una marina importante, y que lo que conviene es limitar éstos á lo estrictamente indispensable para asegurar el orden público. Sostienen otros, al contrario, que por pequeño que sea un Estado, debe siempre mantener cuantas fuerzas militares le sea posible, aun á costa de grandes sacrificios, á fin de contar con medios suficientes para defender su independencia, y evitar cualquier golpe de mano por parte de sus enemigos. Las tres naciones escandinavas se hallaban precisamente en este caso desde que la Suecia tuvo que ceder á la Rusia y á la Alemania sus posesiones del Báltico, y la Dinamarca se vió privada de los Ducados del Elba; de modo que, no sólo hay en ellas, como en los demás países constitucionales, las luchas políticas inherentes á este sistema, sino que todo está allí subordinado á la cuestión de los gastos. Los unos quieren hacer armamentos, los otros se oponen á ellos. A los primeros se les considera conservadores; á los segundos demócratas. Y es peculiar también de aquellos países que ese partido generoso y conservador se encuentra entre los habitantes de las ciudades, mientras que el tacaño y de-

mocrático se halla entre los campesinos, los cuales en otras naciones son más bien reaccionarios.

La fuerza de ese partido de los labradores no era igual en los tres Estados, sino que era mayor ó menor, según también era mayor ó menor la resistencia de la aristocracia y de la burguesía urbana. En Suecia fué menor que en Dinamarca, y en ésta menor que en Noruega, donde los campesinos dominaban casi por entero, á causa de que no había allí muchos nobles, pues una parte de ellos se retiró á Dinamarca después que la Noruega fué unida á la Suecia, y los restantes fueron reducidos á la nulidad por medio de la abolición de los mayorazgos y aun de los títulos. Dicen que hoy día el bando de los campesinos está allí organizado de tal suerte, que su jefe lo maneja en la asamblea popular ó Storthing por medio de un martillo. En los casos de más apuro no tiene más que dar con él un golpe sobre la baranda de su pupitre, y todos sus partidarios se alzan, gritan y votan como un solo hombre.

En Dinamarca no tuvo tanta pujanza. Allí la nobleza, el ejército y la burguesía de las ciudades principales, le opusieron mucha resistencia. Al principio, sin embargo, fué grande el poder del Conde de Friis, y durante su mando, no sólo no se hizo ningún gasto militar fuera de los indispensables, sino que por prurito de economías fué suprimida hasta una pequeña guardia de Corps, que tenía de antiguo el Soberano y que no era muy costosa. A cuyo golpe fué muy sensible Cristián IX, ante todo por el prestigio de la corona, entonces más necesario que nunca, y después porque precisamente él mismo había sido en su juventud Comandante de aquel cuerpo escogido. Pero sucedió lo que es natural en tales casos; el exceso de cicatería acabó por disgustar á todo el mundo, y un joven diputado, noble

y rico también, como Friis, pero menos inclinado á las ideas de los labradores, que era el caballero Estrup, se hizo el representante de la tendencia contraria. Habíale escogido el mismo Friis para Ministro del Interior á causa de su talento, y porque no se había manifestado todavía tan partidario de los gastos militares; mas se desunieron poco á poco y al fin vino á sustituirle.

Causa inmediata de este cambió fué, como digo, la excesiva ruindad de los labradores, los cuales decidieron oponerse nada menos que á la fortificación de Copenhague, lo cual era cuestión de vida ó muerte para Dinamarca, porque si no se llevaba á cabo, quedaba aquella capital enteramente expuesta á un golpe de mano por parte de la Alemania, cuya escuadra estuvo estacionada en el vecino puerto de Kiel. La necesidad misma de las cosas unió entonces al Rey con Estrup, y este hombre público, encargado de formar un nuevo Ministerio á consecuencia de la dimisión de Friis, desplegó entonces una energía y una fuerza de voluntad de que nadie le creía capaz.

Sucedió esto algo después de mi salida de aquel Reino; mas descorriendo un poco el velo que cubría entonces el porvenir, diré que la lucha de Estrup con los labradores fué harto larga, puesto que duró cerca de quince años; pero que este Ministro quedó al fin vencedor, haciendo con ello un gran servicio á su país. En realidad, su conducta fué una feliz imitación de la que había seguido, también con mucho éxito, el Príncipe de Bismarck, en Prusia, exigiendo tenazmente los medios necesarios para el aumento del Ejército, á pesar de la oposición de la Cámara popular.

Estrup, contando con el apoyo del Rey y del Landthing ó Cámara alta, mantuvo año tras año la cifra de su presu-

puesto sin el consentimiento del Folkething ó Cámara baja, fundándose en un artículo de la Constitución, el cual dice que el Rey puede hacerlo así en caso de urgencia. El partido democrático no mostró menos obstinación que el Ministro, y desechó también año tras año el capítulo de los gastos militares; mas con el tiempo empezó á dividirse, especialmente después de la muerte de Berg, que era su principal corifeo, y al fin triunfó el animoso Estrup, mereciendo la aprobación de los prudentes. Y es inútil añadir que entretanto fué fortificado Copenhague, y que probablemente los mismos demócratas y campesinos se alegraron de ello.

Habiendo explicado ya la significación política del Conde Friis y de su sucesor Estrup, diré ahora algo más sobre sus personas y sobre la sociedad de Copenhague. Estrup, delgado y pequeño, era todo espíritu y vida. Había viajado mucho, visitando, entre otros países, la España, de la cual era apasionadísimo, y tenía instrucción muy vasta, especialmente en materias económicas. Friis sabía menos y brillaba sólo por su buen sentido. Extraño al pormenor de los negocios, dejaba todo lo rutinario en manos de cierto caballero Wedel, el cual, admírese el lector, ha ocupado allí el puesto de Subsecretario por cerca de cuarenta años, sin que nadie haya pensado en destituirle ni él haya ambicionado un cargo más importante. Con su auxilio, pues, no era difícil ser Ministro.

Admiraban las señoras la gallardía de Friis, y los hombres decían que la Condesa, su mujer, era una real moza. Pasaba él por un Creso y vivía con mucho lujo, siendo singular que el jefe de los avaros labradores fuese la persona que más recibía en Copenhague. Sus bailes eran suntuosos, y aunque el Conde de Moltke, el Barón Scavenius y otros

individuos de la nobleza los daban muy buenos, ninguno llegaba á los suyos.

Tienen los dinamarqueses grande afición al baile, y como en los países luteranos no se hace caso de la Cuaresma, se baila desde el primero del año hasta pasada la Pascua. Primero se celebra el árbol de Navidad, el cual, como ya he dicho, es precisamente de origen escandinavo. Esta fiesta, llamada *Yule* en lengua nordica, fué instituída en tiempos muy remotos, para celebrar el solsticio de invierno, y hase conservado después para festejar el Nacimiento del Redentor. No hay casa, por modesta que sea, donde no pongan su árbol, grande ó pequeño, y los poetas del Norte no tienen tema más conmovedor que el de la familia del pobre, cuyos niños se contentan con mirar al través de las ventanas el árbol de algún rico vecino. Y no sólo cuelgan de él juguetes para la gente menuda, sino toda clase de objetos para los parientes y amigos. Siguen luego los bailes, y señoras y caballeros se entregan con pasión á este ejercicio.

Son las dinamarquesas muy graciosas y ofrecen un tipo medio entre las inglesas y las alemanas, siendo en general más finas que éstas y un poco menos que aquéllas. En mi tiempo tenían la palma de la hermosura las Condesas de Friis y de Moltke, las hijas del General Oxholm, las Haffner, y la joven Condesa Vanda Danneskiold, sobrina del Caballerizo Mayor. Esta última poseía una fisonomía singular y unos ojos entre azules y garzos, que no se parecían á ningunos otros; pero aunque tenían algo de raro, aumentaban su gracia y eran el lunar del refrán.

El clima frío hace á los dinamarqueses todavía más comilones que los ingleses. No sólo en los grandes bailes, sino en los pequeños y hasta en los saraos y conciertos,

hay siempre cena y todos devoran á porfía. Nadie se preocupa de las indigestiones. Recuerdo que una vez, al ver que cierto Almirante Bille, que cenaba á mi lado, engullía á dos carrillos, á pesar de que acabábamos casi de comer en otra casa, no pude menos de preguntarle si no temía que le hiciese daño. A lo cual me contestó con mucho sosiego: «Amigo mío, no se apure usted por eso; al estómago hay que asombrarlo de cuándo en cuándo». Sin embargo, el resultado de estos asombros es que casi todos los daneses de cierta edad tienen que ir todos los veranos á Carlsbald para dar algún alivio á su máquina.

Respecto á la bebida, son también tan largos como los ingleses y quizás más, aunque con esta diferencia: que resisten mejor al vino y rara vez se ven borrachos por las calles. Las señoras mismas suelen también beber bastante, especialmente Champaña. He visto á algunas muy finas y bonitas apoyar en los dientes una copa de este vino y echarse todo el contenido por la garganta abajo de un solo golpe y casi sin respirar, como si lo echasen en un caño. Y en cuanto á los hombres, no sólo beben cuando les place, sino que están obligados á hacerlo cada vez que el dueño de la casa ó un amigo los invita á lo que llaman un *skol*, es decir, á beber una copa entera, y ponerla después boca abajo para mostrar que ha quedado vacía. En Harlem hay un magnífico cuadro de Hals, representando un banquete de oficiales, y en él se ve á uno de ellos haciendo esto, lo cual prueba que también era uso de Holanda.

Y en general, en todo el Norte se ha bebido siempre con exceso. Conocida es la anécdota de aquel caballero francés que acompañó al Príncipe de Conti en su viaje á Polonia y no podía beber á causa de su mala salud. En vano fué que el Príncipe mismo quisiese excusarlo; los no-

bles polacos le obligaron á ello y le gritaron en latín, que era entonces la lengua común de aquella aristocracia: «*et bibat et moriatur*», que beba y se muera. De Federico VII, inmediato predecesor de Cristián IX, se cuenta que cuando recibía las visitas de su excelso vecino el Rey Carlos XV de Suecia, tenía gusto en embriagarle, en la comida, de modo que salían siempre del comedor moros van, moros vienen, y más de una vez se cayeron bajo la mesa y tuvieron los criados que llevárselos en brazos á la cama. Cristián IX no era así, y me refirió él mismo que cuando daba grandes banquetes, singularmente á los militares, se hacía poner á su lado una botella de cierto jarabe, de color rojo, con el cual llenaba su copa para hacer los famosos *skols*. Yo mismo tuve que recurrir á la estratagema de echar con disimulo un poco de agua en la mía para que no me hiciesen daño aquellas inevitables libaciones.

Antes de pasar á otro tema, debo referir que á más de los saraos y de los tés, hay también en Copenhague reuniones íntimas de señoras durante la tarde. Generalmente acuden á ellas las vecinas y comadres, y no de las más jóvenes. Primero se atracan de café y pastelillos, que en aquel país son exquisitos, porque tienen, como en Holanda, excelente manteca para hacerlos; y después, hablan mucho de todo y principalmente del prójimo, lo cual, como se sabe, es la pasión más viva de las mujeres. Semejante costumbre es general en el Norte y también en Alemania, donde existe de muy antiguo, y á ella se refiere, sin duda, un viejo epigrama latino que allí corre, y que en castellano viene á decir:

Cuando para hablar se juntan
Marta con María y Estrella,
Dicen cosas peregrinas
De éste, de aquél y de aquélla.

Viniendo ahora á los teatros, diré que Copenhague tenía entonces pocos, pero buenos. El de la Ópera era asaz viejo, aunque había sido reconstruído con gran lujo. Allí daban las obras todas del repertorio de aquel tiempo, mas no en italiano, sino en danés, lo cual les hacía perder bastante de su encanto, porque este idioma no es, á la verdad, muy armonioso. Es duro, gutural y abundante de terminaciones oscuras. El sueco es más claro. Como muestra de la diferencia, diré que la palabra teatro es en danés *teatre*, con una final muda, y en sueco *teatra*, cuya final es abierta. Lo mismo sucede en casi todas las voces más usuales. Acontece en el danés lo que con el portugués: á los extranjeros no les agrada. Y aun para los mismos dinamarqueses creo que tiene algo de oscuro, según lo prueba el hecho de que cuando hablan entre ellos se les oye decir á cada momento: *¿va-bah?* que significa ¿qué dice usted? Y nos hacía reir mucho que al *Elixir de amor*, por ejemplo, le dicen *Elfsdrike*, y á las *Bodas de Fígaro*, *Figaros Brülup*. A ellos, sin embargo, les parece dulcísimo, y cierto filólogo danés, citado por Müller, pretende que Dios le habló á Adán en sueco y Adán le contestó en danés. Añade con todo, que por lo que hace al diablo, es cosa indudable que le habló á Eva en francés, lo cual no deja de tener gracia.

Volviendo á las óperas, diré que había en aquel tiempo algunos buenos cantantes. Schram, era un bajo excelente que ejecutaba bien todas las grandes composiciones de Meyerbeer, la *Judía* de Halevy y el *Fausto* de Gounod. La Gerbet poseía muy buena voz. En otro teatro más pequeño daban las operetas, que entonces empezaban á conocerse en toda Europa. *La bella Elena* y *Orfeo en los Infiernos* eran interpretadas con suma gracia por una actriz muy bonita, de nombre Holst, la cual tenía enloquecidos á los rancios

pecadores de Copenhague y á no pocos mozalbetes. La parte más joven y más amiga de divertirse del Cuerpo diplomático solía concurrir á aquel espectáculo, aunque lo hacía casi de contrabando y como sosteniéndose unos á otros, porque el público, como se debe, no estaba aún acostumbrado á las temeridades del teatro moderno. Nosotros éramos de los tales, y también el Conde de Ratti, Ministro de Italia, y su mujer, que era una holandesa muy guapa; los Condes de Essen, de Suecia; los Heydebrand y los Condes de Danneskiold.

Íbamos también á menudo á la *Musikverein*, ó Sociedad de música, que existe allí á ejemplo de Berlín y Viena, y donde señoreaba cierto compositor nombrado Gade, que es en Copenhague lo que Fetis en Bruselas: el rey de los Conciertos. Tienen los daneses afición á la música y mucha disposición para ella, al igual de los alemanes, aunque también á la manera de éstos, no suelen cantar solos, como los italianos y españoles, sino en coro. La Noruega ha producido un gran compositor, que es Grieg, cuya música original y aun extraña, recuerda las montañas y torrentes de aquel áspero país. La Dinamarca ha producido á Gade, el cual es más apacible y se diferencia poco de la generalidad de los alemanes y belgas.

El público que asistía á aquellos conciertos era muy escogido, pero en su mayor parte señoras y gente seria. Los jóvenes no solían ir hasta que, cansados de correr su caballo, se proponían hacer vida nueva. Cuando uno de ellos se abonaba á aquella sociedad, esto era interpretado como señal de que tenía ya proyectos de casamiento. Los Reyes asistían muchas veces, pues la Reina sobre todo era aficionadísima á la música y tocaba primorosamente el piano. El amigo Dotezac solía ir de vez en cuando, mas siempre

hallaba algo que criticar. Decía, por ejemplo, que la música falta muy á menudo á su propio genio, invadiendo el dominio de la poesía y la pintura, por la manía de parecer descriptiva. No respetaba en este caso ni la misma sinfonía pastoral del gran Beethoven, en que pretende imitar la salida del sol y el canto de las aves. Reparaba, asimismo, la multitud de veces que repiten algunos autores el mismo motivo melódico. Por mi parte, no dejaba de pensar que llevaba la razón, aunque no me atrevía á decirlo delante de nuestras damas, las cuales eran fanáticas de la música sabia. Limitábame á sustentar que sin duda por no tener la música instrumental un lenguaje determinado, los señores compositores suelen abusar de la paciencia del público, haciendo interminables sus obras. Son como ciertos pájaros, que nunca acaban de cantar.

El teatro nacional de prosa no se llevaba mucho nuestra atención, á causa del idioma. Por lo que á mí toca, no sabiendo si permanecería allí mucho tiempo, no hice de él un estudio muy profundo, contentándome con aprender lo bastante para traducir los telegramas y los artículos de los periódicos. Y no dejé algunas veces de sentirlo, porque los actores tenían fama de excelentes, y aunque la mayor parte del repertorio constaba de piezas traducidas del francés, daban también de cuándo en cuándo las buenas tragedias de Ochlenschlager y las comedias de Holsberg, y me habría gustado oirlas en su lengua. Holsberg pasa por el Molière de Dinamarca, y algunas obras suyas que he leído en traducciones me han parecido muy lindas. El *Estañero político*, por ejemplo, tiene bastante gracia y goza de mucha boga en la misma Alemania. En el repertorio moderno no estaban todavía las obras inmorales y extravagantes del noruego Ibsen; mas me dicen que ahora son

allí harto aplaudidas, ayudando á ello la circunstancia de que no necesitan traducirlas, porque el noruego y el danés son casi un mismo idioma.

Duraban estas varias diversiones todos los meses de invierno; pero en el verano teníamos las que proporcionaban ciertos jardines llamados de Tívoli, situados en un extremo de la población, y que lejos de parecerse al tranquilo Tibur de Horacio, se veían siempre llenos de una muchedumbre alegre y bulliciosa. Había allí de todo: sala de conciertos, volatines, montañas rusas, tiro de pichón, café y hasta un pequeño teatro en el cual representaba un excelente pulchinela. Sobre este último corría una curiosa historia. Decían que cierto médico de Copenhague recibió una vez la visita de un sujeto bien portado, pero de aspecto algo triste, quien le consultó sobre una enfermedad del hígado que padecía y le tenía de continuo melancólico. Recetóle el médico varios remedios y concluyó diciéndole que debía sobre todo distraerse. Vaya Vd. á Tívoli, añadió, y allí se reirá aunque no quiera, con las bufonadas del pulchinela. A lo cual le contestó el enfermo: Señor Doctor, ese último remedio no sirve para mí, porque precisamente el pulchinela de Tívoli soy yo mismo. En todo caso el pobre hombre nos hacía reir y atraía siempre á un público numerosísimo.

En general la concurrencia se componía de la burguesía, pues la nobleza no pasa el verano en la ciudad. Mas no faltaba de cuándo en cuándo algún conocido, y los Reyes mismos acudían allí á veces desde Bernstorff para divertir á sus ilustres huéspedes. Paseábanse entre el pueblo como los Grandes Duques de Toscana en los buenos tiempos de Florencia, y con ellos vi muchas veces á los Príncipes de Gales, al futuro Emperador de Rusia con su

bella consorte, y aun al Rey Jorge de Grecia, cuya esposa, la Reina Olga, era entonces una de las mujeres más bonitas de Europa.

Durante el invierno era difícil concurrir á los paseos públicos á causa del mal tiempo, pues el temple de Copenhague es uno de los más rigurosos de Europa. Hace, sin duda, más frío en otras ciudades, pero en pocas está acompañado de más humedad y de más viento. Decía Dotezac, que éste es allí redondo, porque sopla á la par en todas direcciones y no hay medio de libertarse de él. Mas no se lo digamos á los buenos dinamarqueses, los cuales no admiten que esto sea cierto, y sucede con ellos lo que cuenta Custine que sucede con los rusos, que no puede dirigírseles adulación más delicada que la de no quejarse del clima. Por todo recurso teníamos en invierno la Plaza del Rey, donde á veces luce algún sol, y un sendero llamado *Petite ligne*, que corre por el interior de la antigua ciudadela y está resguardado del aire.

Cuando llegaba el verano entonces sí teníamos donde escoger: los jardines de Rosenberg, donde se daban cita todos los niños de Copenhague; el parque de Frederiksberg, en el cual hallaba yo mi mayor recreo, y la llamada *Longue ligne*, que sigue la orilla del mar y goza de vistas bellísimas. Divísase á lo lejos la costa de Suecia: más cerca el famoso castillo de las tres Coronas, que parece nacido en el mar, y á su derecha el puerto, lleno de buques de todas las naciones. Vienen allí involuntariamente á la memoria las escenas terribles que señalaron los varios bombardeos de aquella ciudad y la batalla naval ganada por los ingleses el año primero del pasado siglo, gracias á la tenacidad de Nelson, que fingió no ver las señales puestas por Parker para que cesase el fuego. Valientes se mostra-

ron allí todos, pues según Alison, fueron reemplazados hasta tres veces los artilleros dinamarqueses, y el mismo Nelson quedó admirado de su denuedo. Llamóle sobre todo la atención la hazaña de un simple guardia-marina, muchacho de diecisiete años, llamado Villemoes. El cual viendo muertos á sus jefes, se hizo cargo sin vacilar del mando de un pontón y dirigió sus fuegos contra el navío inglés *Elefante*. Dicen que cuando Nelson fué recibido en Palacio después de ajustada la paz, le dijo al Regente que debía nombrar Almirante á aquel valeroso joven, que había dado pruebas inequívocas de entusiasmo y patriotismo.

CAPÍTULO LXXX

Copenhague, de 1865 á 1869

Hermoso parque de Frederiksberg.—Belleza de los árboles.—Klampenborg y el bosque de Dyrehaven.—Aspecto pintoresco del Sund.—Elsenor y su castillo.—Recuerdo de *Hamlet*.—El astrónomo Ticho Brahe. —Visita á Roskilde.—Su bella catedral.—Palacio de Frederiksborg.—Voy con Dotezac al castillo de Bille Brahe en Fionia.—Chasco que nos da la Dama blanca.—Visita al barón de Holstein.—Razón con que éste critica á los campesinos.—Recuerdo de la expedición de La Romana.—Congreso de anticuarios en Copenhague.—Noble carácter de Quatrefages.—Cómo refutaba á Darwin.—Otros viajeros notables.

La ciudad de Copenhague se hallaba antes rodeada, como la antigua Viena, de una ancha muralla con bastiones salientes, en los cuales había molinos de viento, que Don Quijote hubiera tomado fácilmente por otros tantos gigantes. Estaba esta muralla adornada con árboles, y formaba un paseo muy agradable. Pero posteriormente á mi salida, han hecho allí lo mismo que en Viena, han allanado aquellas fortificaciones y las han convertido en un espacioso bulevar, que une á la vieja población con sus modernos arrabales, haciendo de todo ello una sola ciudad mucho mayor y más bella.

Fuera ya de su recinto, encuéntrase el Palacio de Frederiksberg, antes citado, cuyo hermoso parque es el paseo favorito de los dinamarqueses, con especialidad los domingos. El Palacio está ahora destinado á Colegio militar. Federico VI lo habitó casi siempre, y tenía en él sus deli-

cias, para lo cual no le faltaba razón, porque no es fácil hallar árboles más frondosos ni más pintorescos que los que allí existen. Y en general, creo que la Dinamarca puede jactarse de ser el país de Europa en que adquieren éstos mayor altura y formas más bellas. En Inglaterra son asimismo muy hermosos, pero tienen los perfiles más redondos y un color casi metálico. Probablemente, el viento que los agita de continuo en Dinamarca, les da una especie de vida que produce más variedad en sus ramas. Son notables las hayas, de las cuales hay varias clases, unas de un verde claro, y otras tirando á rojo, por lo cual las llaman sangrientas. Encinas, álamos y fresnos compiten en elevación y unen allí sus ruidos. El suelo, siempre verde y florido, despide de sí un tesoro de olor. Durante los meses más calurosos, solían mi mujer y mis hijos tomar los baños de mar en el mismo Copenhague, donde hay mucha comodidad para ello, y yo hacía mi casa de campo de este parque de Frederiksberg. Allí me hacía llevar en coche, y pasaba luego algunas horas sentado bajo un árbol, cerca del gran estanque, y ocupado en la lectura de un libro agradable, prefiriendo los poetas, y entre ellos Ovidio, Metastasio, Casti, Quevedo, Beranger y otros igualmente fáciles y amables.

Siguiendo las orillas del Sund, se llega á Klampenborg, lindo lugar de baños, y al antiguo y frondoso bosque de Dyrehaven, que la imaginación del vulgo puebla de enanos y duendes. Viene luego Elsenor con su castillo. No siendo entonces todavía tan común como ahora el uso de los vapores, cruzaban aquellas aguas muchos buques de vela, y como el viento contrario los detenía á veces algunos días, formaban después una inmensa flota, la cual, con bella pompa, entraba ó salía reunida por la boca del

Báltico. El vapor ha destruído ahora toda la poesía de las naves.

Elsenor, unido á Copenhague por ferrocarril, es un puerto de alguna importancia, y su castillo, llamado Cronenborg, ofrece mucho interés. Su posición es admirable, pues domina el Sund y se halla rodeado por sus aguas. En un tiempo fué el terror de la liga hanseática. Allí se detenían antes los buques de todas naciones; allí pagaban un tributo al Tesoro danés, que no ha sido suprimido hasta el siglo pasado. Su arquitectura es notable. Reedificóle Cristián IV con su estilo particular, que conserva restos del gótico, y le adornó con ocho torres, cuyo perfil es muy elegante. Pero lo que más encanta allí es el recuerdo de *Hamlet*, tal como nos lo pinta Shakespeare. Es un privilegio de los grandes ingenios, el hacer que sus creaciones se confundan con la realidad. En el caso de *Hamlet* es esto más fácil que en otros, porque no es un personaje del todo inventado, como *Don Quijote*, *Robinsón* ó *Gil Blas*, sino que tiene algo de verdad. Hubo antiguamente en Dinamarca un Príncipe de ese nombre, cuyo padre fué asesinado por su propio hermano, el cual usurpó después su trono y se casó con su viuda. Sólo que precisamente la escena no pasó en Elsenor, sino en Jutlandia. Y sin embargo, basta que el dramático inglés la haya puesto allí para que la fantasía la vea en aquel sitio.

El lector se reirá quizá, si le cuento que una vez me quedé á pasar la noche en Elsenor sólo para contemplar el castillo y sus alrededores iluminados por la luna y ver con la imaginación la aparición del espectro y las demás escenas del drama. Por lo demás, Shakespeare hizo con esta historia lo que con las de *Otelo*, *Romeo* y tantas otras; la idealizó, y le dió más poesía y más belleza. El

autor de donde está sacada, es un dinamarqués, llamado Saxo Gramático, el cual en el siglo XIII publicó una historia de su país en lengua latina, que ha merecido los elogios de Erasmo, y en la cual hay más cuentos que en el *Gesta Romanorum*. Uno de ellos es este de *Hamlet*, que por cierto está allí escrito, sin la hache que le añadieron los traductores. Shakespeare no lo conoció por el texto original, sino por una versión inglesa de otra francesa, hecha en el siglo XVI por un tal Belleforest. Y es curioso ver los cambios que, como digo, hizo en la fábula. En el original, la escena pasa en Jutlandia; *Hamlet* se finge enteramente loco, y *Ofelia* es una muchacha vulgar, mandada para que le seduzca y averigüe lo que piensa. El autor inglés traslada la escena á la orilla del Sund y á los poéticos alrededores de Elsenor y su castillo; hace á *Hamlet* loco á medias, como *Don Quijote*, y convierte á *Ofelia* en una joven bella y pura, la cual se quita la vida por ver despreciado su amor. Tales transformaciones sabe hacer el genio.

Un poco antes de Elsenor hay una pequeña isla, la cual fué residencia en el siglo XVII del famoso astrónomo Ticho Brahe, honor de Dinamarca, á quien, como es sabido, se debieron notables descubrimientos tocante á los cometas y la luna. No fué, sin embargo, tan feliz en su empeño de conciliar á Copérnico con Ptolomeo. Según él, todos los planetas menos la tierra giran en torno al Sol; pero éste gira á su vez con todos ellos en torno á la tierra, la cual permanece inmóvil en el centro del Universo. Mas semejante hipótesis no es admisible, porque basta el sentido común para comprender que un astro tan grande como el Sol no podría dar en 24 horas una vuelta tan inmensa. Nacían todos estos errores del deseo que tenían los sabios de aquella época de conciliar la ciencia con ciertas palabras de la

Biblia, cual si ésta fuese un tratado de astronomía, ó como si ahora mismo, tanto los eruditos como los ignorantes, no se conformasen con las apariencias, diciendo que el Sol sale y se pone. En cuanto á Ticho Brahe, evitó con sus términos medios los sinsabores de Galileo, mas los tuvo de otro género, á causa de sus opiniones políticas, porque siendo individuo de la nobleza, se comprometió bastante en las luchas de aquel tiempo y tuvo al fin que retirarse á Praga, donde el Emperador Rodolfo II, que era muy aficionado á las ciencias, le dispensó una generosa acogida.

No menos interesante que Elsenor es la antigua capital de Dinamarca, Roskilde, situada asimismo en Seelandia, y fuí á visitarla con mi mujer, quedando ambos muy complacidos de su bella catedral, que es de estilo románico, y del sepulcro de Federico II, en ella erigido, obra italiana de muy buen gusto. Vimos igualmente Frederiksborg, palacio real que no debe confundirse con Frederiksberg, pues *borg* significa castillo y *berg* colina. A pesar de haber sufrido mucho de resultas de un incendio, es siempre notable aquella residencia por su hermosa arquitectura del estilo de Cristián IV, ó sea del primer renacimiento.

En el año 66 hice también una expedición algo más lejana, yendo convidado al castillo de Bille Brahe, en la isla de Fionia. Pero no fuí entonces con mi señora, á causa de la distancia, sino con mi amigo Dotezac, que lo era mucho, como yo, de la Baronesa de aquel nombre, y fué invitado á la par mía. Son numerosos los sitios de campo, castillos ó quintas que posee la nobleza de aquel país, llegando á doscientos, cantidad casi increíble tratándose de un territorio tan pequeño. Tienen más fama los de los Condes de Ahlefeld, Knuth, Moltke, Danneskiold y Friis; pero oí hablar de muchos otros, de cuyos nombres no me acuerdo.

El de los barones de Bille Brahe es seguramente muy hermoso y su aspecto antiguo indica la nobleza de sus dueños. Hállase rodeado de un ancho foso, ó más bien de un pequeño lago, lo cual es casi general en todos ellos, por la simple razón de que, siendo el terreno muy llano, no podían sus fundadores buscar seguridad en ninguna altura, y los defendían por medio del agua.

Y apéndice y adorno indispensable del pequeño lago son los cisnes, blancos y elegantes, que cuando los ilumina el Sol parecen de plata. Creo que es aquel el país en que más abundan. El mar inmediato estaba antes poblado de ellos, y de los antiguos piratas daneses se dijo que seguían el camino de esas poéticas aves, las cuales suelen deslizarse á lo largo de las costas en dirección de Occidente. Y los barcos mismos de aquellos aventureros tenían la proa en forma de cisne, según se puede ver en tapices y miniaturas antiguas.

La Baronesa de Bille Brahe era una dama que todavía no era vieja, pero que ya no era joven. No tenía malas facciones, mas había engordado con exceso. Necesitaba para sí sola un sofá, donde pudiese extender los tesoros de su persona. Por lo demás, le sobraba discreción, amabilidad y gracia. El Barón era un señor feudal, alegre, amigo de la caza, y muy aficionado á caballos y perros. Era además poco devoto de Minerva y un tipo opuesto al del Príncipe de Hesse.

Había en la quinta una magnífica biblioteca, que ocupaba varias salas del segundo piso. Hícele mi cumplido sobre ella; mas él me contestó con aire muy natural, que no era mérito suyo. Esos libros, añadió, los reunió un tío mío, y á su muerte nadie los quería por no tener local para tantos. Propusiéronme mis hermanos que me los trajese á

esta quinta, y yo les respondí, que con tal que no los leyera, podían enviarme cuantos quisiesen.

Eran los dos esposos por extremo gastrónomos y tenían siempre muy buena mesa, para lo cual hay en aquel país toda clase de elementos. El mar cercano proporciona peces exquisitos, y los ricos pastos de Jutlandia y de las islas crían animales suculentos. En punto á caza tienen en el Norte una especialidad, que es un género de perdiz de color claro, á la cual los franceses llaman *gelinotte* y nosotros *ortega*, cuya carne es muy sabrosa. Hay también un dulce especial, dicho «*roegro*», muy agradable en verano. Compónese de jalea de grosella y crema, y no sólo recrea el paladar, sino que refresca.

Tenían los Barones un solo hijo, el cual se hallaba ausente, siguiendo la carrera diplomática, de modo que aquél caserón estaba casi vacío. Esta circunstancia daba mucho alimento á la idea vulgar de que en aquel castillo, como en otros de la nobleza, había apariciones de la llamada *Dama blanca*, la cual suele visitarlos después de media noche, especialmente cuando luce la luna. Es esta una superstición muy común en el Norte, y tanto nos hablaron de ella, que al cabo mi amigo Dotezac me propuso que nos quedáramos una noche en vela, para ver qué fundamento podía tener aquel disparate. Vine gustoso en ello y bebiendo tazas de té, que nos mandó la Baronesa, y fumando y departiendo agradablemente, aguardamos la hora de la fantasma. Mas no necesito decir que no vino nunca, á pesar de que nuestros cuartos estaban bien aislados de los demás por medio de un salón de aspecto siniestro y muy á propósito para brujas, pues se hallaba adornado con grandes retratos de los antepasados del Barón, cuyas cataduras no eran muy amables. Acercábamonos á veces á las

ventanas, exponiéndonos á que, si nos veía algún campesino desvelado, nos tomase por espectros, como le sucede al mayordomo en *Las campanas de Corneville.* Pero nadie se presentó ni por fuera ni por dentro, y al fin nos fuímos á la cama casi avergonzados de nuestra curiosidad. A la mañana siguiente, cuando vino á traerme el café una de las criadas, que era guapa y festiva, mostró mucha admiración de nuestro chasco y me dijo con aire burlón, que sin duda la *Dama blanca* no había venido, porque no le gustaba aparecerse á dos, sino á uno solo.

Según la costumbre del país, hicimos también visita á algunos vecinos, y guardo grata memoria de la que le dedicamos al Barón de Holstein, anciano rico y afable, padre de la mujer del Ministro Estrup. Pasamos un día en su castillo y comimos en él, con varias señoras y señoritas, á quienes había convidado para obsequiarnos. Y por cierto que había entre ellas algunas muy guapas y muy coquetas, en la inocente acepción de esta palabra. Según Dotezac, este defecto ó cualidad es general entre las danesas y proviene, también según él, de que por ser los hombres de un temperamento muy frío, son ellas las que tienen que tomar siempre la iniciativa, pues de lo contrario no habría allí ni casamientos ni galanteos.

Dimos después de comer un paseo por el parque y por el jardín, cuyas lindas flores y regaladas plantas adulaban los sentidos y recreaban el espíritu. Llegados luego á la orilla del mar, porque el castillo no estaba lejos de ella, nos llevó el viejo Holstein á un sitio desde donde se veía la isla de Alsen, perteneciente ya á la Alemania, la cual está tan cerca que se distinguía sin necesidad de anteojo la tinta amarilla del lúpulo, en aquella estación florido. El noble Barón, quien á pesar de vivir en el campo no perte-

necía al partido de los *Bondevenner* ó amigos de los campesinos, nos dijo entonces con patriótica amargura: «Ya ven ustedes cuán inmediatas á nuestro país están ahora las costas de Alemania, y díganme si no se necesita que nuestros campesinos estén locos para oponerse, como lo hacen, á las fortificaciones de Copenhague».

Mostróme asimismo el buen Barón una cosa muy curiosa é interesante para mí: algunos caballos de buena estampa y de raza andaluza, los cuales, según tradición corriente, son nietos de los que dejaron allí al principio del siglo las tropas españolas de la expedición de la Romana. Decían que los buques ingleses, venidos á sacarlos de aquella isla, no tenían capacidad para transportar más que los soldados y dejaron aquellos animales abandonados en la playa, donde fueron luego tomados por los campesinos cercanos. Hablando después de esto mismo con la Baronesa de Bille Brahe, me dió ésta á leer el teatro de Clara Gazul, escrito por el francés Merimée, cuyo libro fué como la última y más disparatada palabra del romanticismo, y donde hay precisamente una comedia titulada *Los españoles en Dinamarca*, en la cual figuran el Marqués de la Romana y también el famoso Porlier, víctima después de sus ideas liberales. La composición vale poco, pero hace reflexionar sobre aquella absurda expedición, que fué debida tanto á la perfidia de Bonaparte, como á la comezón que siempre han tenido nuestros gobernantes de lucir nuestros soldados fuera de España, aunque sea para hacer el oso. Y quiera Dios no se repitan en lo futuro errores tan caros como peligrosos y ridículos.

La guerra que estalló aquel año entre la Prusia y el Austria nos obligó á volver á Copenhague antes de lo que pensábamos, pues Dotezac especialmente tenía mucho in-

terés en seguir la marcha de aquellos graves sucesos desde un centro oficial. De ellos hablaré en el capítulo siguiente, y entretanto terminaré este refiriendo que en el año 67 tuvimos en Copenhague un Congreso de anticuarios, que fué por extremo interesante. Tratábase de examinar principalmente los ya citados restos de cocina (*Kokenmodings*), encontrados en Dinamarca, para compararlos con los terramares de Italia y las palafitas y habitaciones lacustres de Suiza, y deducir de ellos nuevas hipótesis. Con tal motivo conocimos allí á muchas personalidades notables, pues todas las naciones de Europa cuidaron de mandar á aquella reunión la flor de sus arqueólogos y naturalistas. La España misma envió á un tal Tubino, muy conocido por sus trabajos científicos, y un cierto Villanueva, que me gustaba más aun porque unía la erudición á la modestia.

Pero el sabio más distinguido de todos era, según la opinión general, el francés Quatrefages, cuyo noble carácter daba mayor realce á los conocimientos que poseía. Comí varias veces con él en la Legación de Francia y le obsequié también en mi casa, en unión con mis sabios españoles, de modo que nos hicimos buenos amigos. De aspecto agradable y distinguido, de maneras suaves, tan modesto como docto, era un hombre muy simpático. Aunque de religión protestante, sabía unir la fe con la ciencia, y era enemigo declarado de los materialistas del siglo XIX. Muchos católicos hubieran podido aprender de él en punto á solidez de principios. Rodeábamosle algunos colegas después de comer y le inducíamos á explayar sus ideas, especialmente en lo que se refiere á las teorías de Darwin, que entonces estaban muy de moda, como hace cien años la generación espontánea y otras paradojas del mismo género.

Los libros de este autor, nos decía, contienen hechos

curiosos; mas los exagera y deduce de ellos muchas conclusiones que no tienen sólido fundamento. Su fin secreto es destruir la idea de un sabio Creador, y explicarlo todo por el efecto del tiempo y del acaso. Si él mismo no es materialista, sus teorías conducen al materialismo y han sido acogidas con entusiasmo por esa desdichada secta. Sus hipótesis tienen además algo de ridículo, como cuando dice que el oso blanco ha podido convertirse en ballena, ó que los cuadrúpedos que habitan los países cubiertos de nieve han sido cambiados en blancos para protegerlos de sus enemigos. Sobre lo cual ocurre preguntarle: ¿quién los ha puesto de ese color? ¿Acaso la famosa selección? Mas su error principal estriba en que confunde la variabilidad con la mutabilidad. No ha comprendido bien el sentido de la palabra «especie», y desconoce el hecho fisiológico innegable que se ostenta por todas partes, á saber: el aislamiento de los grupos específicos que se remonta á las primeras edades del mundo. De que sea posible hacer variar el color de los pichones, quiere deducir que se pueda mudar la especie misma. Pero no conseguirá nunca hacer de un pichón una perdiz, ni mucho menos de un mono otro animal que no sea mono. Y la verdad es que la fijeza de las especies y la infecundidad de sus cruzamientos es una ley tan notable del mundo orgánico, que se la puede comparar con la ley de la atracción en el mundo sideral. Suprímase con el pensamiento, y al punto se verá qué confusión reina sobre la tierra.

Defendía asimismo Quatrefages el principio de la unidad de la especie humana, sobre el cual escribió después un libro muy estimable. Probaba que la variedad de las razas ha nacido de la variedad de los climas. Precisamente en el Norte es sumamente notable ese influjo del aire

ambiente y de la temperatura. Allí los osos son blancos y también muchos cuadrúpedos y pájaros. El cerdo mismo, tan negro en el Mediodía, es allí de un rubio rojizo. Y si esto hace el clima frío, natural es que el ardiente produzca un efecto contrario. De todos modos, la unidad de origen es mucho más natural que no la suposición de que hayan aparecido sobre la tierra tantas parejas primitivas cuantas son las diversas razas que la pueblan. He leído más adelante los libros de Bree, Flourens y otros autores, y ninguno me ha dicho nada más agradable y persuasivo contra las paradojas de Darwin que lo que había oído á Quatrefages.

Venían también á Copenhague en la estación calurosa muchos viajeros distinguidos, los unos en busca del fresco, los otros de tránsito para Suecia y el cabo Norte. Sabido es que á medida que se sube hacia el Polo aumenta en el verano la duración de los días, de manera que en Copenhague mismo teníamos claridad del crepúsculo hasta más de las diez, y eran muchas las familias de la burguesía que se iban á la cama sin encender luz. En el cabo Norte esta claridad de la noche se une con la del nuevo día, y muchos van á contemplar en aquel sitio un grandioso espectáculo. Al llegar la media noche vese allí el carro del Sol, que baja majestuosamente hasta el mar, y en lugar de bañarse en sus aguas, se aparta de ellas poco á poco, y sube otra vez al firmamento. Es un fenómeno tan sorprendente como hermoso, y produce grata impresión en quien le mira.

CAPÍTULO LXXXI

Copenhague, de 1865 á 1869.

Historia de tres grandes catástrofes.—Guerra entre Prusia y Austria.—Capacidad extraordinaria de Bismarck.—La Prusia victoriosa adquiere el Norte de Alemania y excluye al Austria de la Confederación.— Guerra civil en México.— Maximiliano intenta sostenerse sin el auxilio de Francia. — El traidor López le vende. El fanático Juárez le fusila.—Nueva revolución en España.—Muerte de Narváez y de O'Donnell.—La Reina llama á González Bravo.—Conspiración para destronarla.—Montpensier la fomenta.—Serrano, Topete y Prim la realizan.—Levantamiento en Andalucia.—Victoria de Serrano en Alcolea.—Establece un Gobierno provisional.—La Reina se retira á Francia.

Los años 66, 67 y 68 fueron señalados sucesivamente por tres catástrofes que causaron grande impresión. Fueron éstas: la derrota del Austria en Sadowa, la trágica muerte de Maximiliano en México y el destronamiento de la Reina Isabel. Han dicho algunos que el siglo XIX se distinguió de los anteriores por sus continuos cataclismos y revoluciones. En cuanto á estas últimas no hay duda de que en pocos ha habido tantas; en cuanto á aquéllos, allá se van todos, y aun hay algunos que le sacan al citado mucha ventaja. Dejando á un lado la sucesiva caída de los grandes Imperios, tan hermosamente pintada por Bossuet, y las no menos notables que siguieron á la de Roma; omitiendo también las tragedias de la Edad Media, entre las cuales no fué la menor la conquista de España por los árabes; viniendo á sucesos más recientes y limitándonos á los cuatro últimos siglos, no es posible comparar ninguno de los dis-

turbios del XIX con la caída del Imperio griego en el XV, ni con la rebelión protestante del XVI, ni con el reparto de la Polonia en el XVIII. Lo que más bien caracteriza al pasado son, como digo, las grandes y continuas revoluciones interiores, aunque también en este punto no hizo más que imitar á los precedentes, pues ya en el XVI se levantó la Suecia contra Cristián II, en el XVII la Inglaterra contra los Estuardos y en el XVIII la Francia contra Luis XVI. De todos modos, en cada uno de los trastornos que voy á recordar, aparece con evidencia la acción de las tres causas que influyen más principalmente en el desarrollo de los sucesos históricos, á saber: el espíritu del siglo, las pasiones humanas y los designios de la Providencia.

El primero fué efecto, como he dicho, de la guerra encendida entre la Prusia y el Austria con motivo de los Ducados del Elba, cuya posesión disfrutaban en común después de haber despojado de ellos á la Dinamarca. Los vencedores se disputaron la presa. ¿Para quién debían ser aquellos Ducados? Ya he dicho que la Prusia los quería para sí, ó por lo menos pretendía le fuese dada en ellos la dirección de todo lo referente á la guerra y la marina. El Austria no podía pretender esto mismo, porque se hallaba separada de ellos por la Sajonia y la Prusia; pero temerosa del engrandecimiento de esta última, propuso que fuesen adjudicados al Duque de Augustenburgo, el cual tenía bastante derecho á poseerlos. Y para dar más fuerza á su parecer, obtuvo que los demás Estados de Alemania diesen un voto igual al suyo en este asunto.

Si las fuerzas de la Prusia no hubiesen sido mayores que las de veinte años antes, es posible que no habría intentado luchar contra el Austria y la Alemania así reunidas; pero hacía ya mucho tiempo que empleaba todos sus

esfuerzos para hacerse formidable. El espíritu que había animado á la Alemania desde el año 48, se hallaba encarnado entonces en dos hombres sumamente notables: el Rey Guillermo I de Prusia y su Ministro Bismarck; y éstos no tuvieron descanso hasta que duplicaron los ejércitos de su país, elevándolos á más de 400.000 hombres, sin contar la reserva ó Landwehr. Cuidaron, además, de darles nuevos y perfeccionados fusiles, llamados de aguja, cuyo alcance era muy grande y el tiro muy rápido. La Cámara de Diputados quiso oponerse á los grandes gastos que esto traía consigo, pero el Rey mantuvo año tras año el presupuesto que necesitaba, sosteniendo que el Poder no residía en la Cámara, sino en la Corona. Porque no era el Rey Guillermo uno de esos Soberanos que viven sometidos á las asambleas populares y parecen figuras pintadas. Su carácter era muy enérgico, y cuando se coronó en Koenigsberg, convocó ciertamente á los Diputados, pero les dirigió estas notables palabras: «Me complazco en hallarme rodeado de instituciones modernas; mas no olvido que los Reyes de Prusia reciben su corona de Dios, por lo cual la tomaré yo mismo del altar y la colocaré sobre mis sienes».

El Ministro que escogió era también del mismo temple. Físicamente parecía un hombre ordinario. Vile en Viena algunos años después, y hallé que tenía facciones de perro dogo y modales de soldado. Pero debajo de aquellas apariencias se ocultaba un talento fuera de lo común y un alma muy grande. Pertenecía á esa clase intermedia entre la alta nobleza y la burguesía, que en Alemania llaman *junkers*, y que son allí uno de los apoyos más firmes de la Realeza. Corresponde á la de nuestros antiguos hidalgos, en la cual buscó Cervantes su héroe principal y de cuyo seno salieron Cortés, Padilla, Ensenada y Jovellanos. Había

servido en el ejército y después en diversas Embajadas, como Secretario y como Jefe, por cuya razón era á la par diplomático y militar. Hombre de genio muy violento, tenía las pasiones de otros tiempos y también las modernas. Deseaba la unidad germánica, pero la quería bajo la dirección de la Prusia; comprendía el espíritu del siglo, pero detestaba el sistema parlamentario. Recordando que la Francia había humillado tantas veces á la Alemania, odiaba de muerte á aquel país. Ni amaba mucho tampoco al Austria, por considerarla un estorbo para sus planes.

Tales eran los dos primeros actores del drama. Según fué visto poco después, eran ambos muy capaces de vencer los obstáculos que hallaban en el interior, y no les faltaba tampoco fuerza para triunfar de los exteriores. Contaba el Austria con los Estados de la Confederación; la Prusia con el auxilio de Italia, la cual deseaba completar su unidad con la posesión de Venecia. A última hora quiso el Austria quitarle esta ventaja, ofreciéndole el Véneto á Napoleón, para que á su vez se lo diese á la Italia; mas ésta había ya formado una alianza con la Prusia, y no podía faltar á sus compromisos. De la Rusia, no tenía la Prusia nada que temer, porque se hallaba muy reconocida al apoyo que le había prestado durante la reciente insurrección de Polonia; y la Inglaterra permanecía neutral, por temor de que la Francia tomase ocasión de una guerra para conquistar la Bélgica ó extenderse por las márgenes del Rhin.

Quedaba sólo el peligro de la Francia, la cual deseaba efectivamente añadir nuevas adquisiciones á las que acababa de hacer en Saboya y Niza. Mas en primer lugar la expedición enviada á México había desorganizado de tal manera el ejército francés que, según confesaba el mismo Ministro de la Guerra, no tenía más que 40.000 hombres

disponibles para empezar una guerra ofensiva. Por otra parte, el hábil Bismarck había ido por dos veces á visitar al Emperador en Biarritz, y sin hacerle promesa alguna formal, le había dejado esperar que no se opondría á un engrandecimiento de la Francia. Pretendía Napoleón ser él también muy astuto, mas esto no impidió que se dejase engañar por el Ministro prusiano. Añádase que en el concepto de Napoleón, la lucha entre la Prusia y el Austria iba á durar mucho tiempo, y esto le hacía esperar que cuando ambas naciones se hubiesen debilitado, sacaría él provecho de su común postración sin necesidad de desenvainar la espada. Inútil fué que la Emperatriz Eugenia, muy inclinada á favorecer al Austria por católica y por ambiciosa, le instase para que entrara al punto en campaña. Inútil que el Ministro Drouyn de Lhuys le diese los mismis consejos. El antiguo conspirador, más propenso á los medios indirectos que á los violentos, no quiso darles oído y mantuvo una estricta neutralidad.

El rompimiento definitivo tuvo lugar de esta suerte. Quejóse la Prusia de la actitud hostil que el Austria mantenía en los Ducados y también de la que observaba la Confederación germánica, y envió á Francfort un proyecto de reforma por medio del cual hubiera quedado asegurada en ella para lo sucesivo la influencia prusiana. Las respuestas que recibió fueron, como era de suponer, poco satisfactorias; y acto continuo, porque la Prusia estaba preparada para todo, hizo avanzar cuatro ejércitos, los cuales entraron en campaña con una celeridad que llenó de asombro á sus contrarios. Sorprender y expulsar de sus Estados al Rey de Hannover y á los Duques de Hesse y Nassau, ahuyentar de su reino al Sajón, y penetrar luego en Bohemia por tres caminos diferentes, fué obra de pocos días.

En vano acudieron á la defensa los austriacos con fuerzas imponentes, y mandados por el general Benedeck, que gozaba de cierta reputación militar; los prusianos, dirigidos á su vez por el experimentado general Moltke, lograron efectuar su reunión en Sadowa y obtuvieron allí una completa victoria. El Príncipe heredero Federico llegó al campo de batalla cuando menos lo esperaban los austriacos, y éstos, atacados así por fuerzas superiores, tuvieron que abandonar el terreno después de una valerosa resistencia.

Por el lado de Italia habían obtenido los austriacos grandes ventajas. El Archiduque Alberto, dando pruebas de hábil capitán, batió en Custoza al general Lamármora, mientras que el intrépido Tegethof derrotaba en las aguas de Lissa la escuadra del almirante Persano. Pero nada de esto mejoró su posición en Bohemia, y el Emperador Francisco José, viendo amenazada la misma Viena, tuvo al fin que declararse vencido y solicitar luego la paz. Obtúvola sin dificultad, pero con condiciones muy duras. El Austria reconoció que la Confederación estaba disuelta y dió su asentimiento á una nueva organización de la Alemania, de la cual quedaba ella misma excluída. Renunció por otra parte al Véneto, el cual pasó á poder de la Italia. En cuanto á la Prusia, las ventajas que obtuvo fueron grandísimas. Adquirió los famosos Ducados, origen de la contienda: adquirió el Hannover, Hesse y Nassau, es decir, toda la Alemania del Norte; de manera que su territorio no tenía ya interrupciones de ninguna especie, y su población se elevaba á 25.000.000 de almas. Además, un tratado concluído con los demás Estados de Alemania le aseguraba en ellos una preponderancia decisiva. Resultados portentosos que llenaron de estupor á las Potencias de Europa.

Pero lo que causó por el momento mayor impresión fué

el ver privada así al Austria de su antigua posición en la Confederación germánica. El Norte se sobreponía en esta última al Mediodía; un Estado protestante sustituía á uno católico; una dinastía moderna á otra que es quizá la más antigua de Europa. ¡Qué alarma para los conservadores! ¡qué amenaza para los católicos! ¡qué pena para los románticos y tradicionalistas!

La segunda catástrofe de aquella época fué la trágica muerte del Emperador Maximiliano de México, acaecida en el año 67. Ya hemos dicho cómo le abandonó el Emperador Napoleón á consecuencia de las representaciones de los Estados Unidos y también por la necesidad que tenía de sus tropas para hacer frente á los sucesos que se preparaban en Alemania. El primer impulso de Maximiliano fué abandonar él también á México y retirarse á Europa, como se lo aconsejaban Robles, Pezuelo y otros mexicanos del partido monárquico liberal, en vista del mal estado de su causa. Porque el antiguo Presidente Juárez había vuelto de los Estados Unidos y se veía ya rodeado de un ejército numeroso, á cuyas filas acudían también muchos oficiales y soldados de la América del Norte. Además, el partido clerical, que era precisamente quien había traído á Maximiliano, se hallaba disgustado porque éste no había devuelto sus bienes á la Iglesia, y le negaba ya todo auxilio. En fin, carecía por completo de recursos pecuniarios en razón á que las aduanas estaban aun en poder de los franceses, y la mayor parte del país se rehusaba á pagar contribuciones.

Y sin embargo, el desventurado Príncipe tomó al fin la resolución de quedarse, dando oídos á los Generales Miramón y Márquez, que acababan de regresar de Europa, donde habían sido Ministros Plenipotenciarios, y no podían

conocer el verdadero estado de México. Según unos, obró por mera ambición; según otros, por un sentimiento de honor que no le permitía abandonar á sus partidarios. De todos modos, es imposible negar que fué culpable, por lo menos, de una imprudencia temeraria.

La campaña fué corta. Acompañado de los Generales Miramón y Mejía, adelantóse hasta Querétaro con sólo siete mil hombres. Escobedo y Riva Palacios, Generales de Juárez, reunieron por su parte cuarenta mil hombres y le sitiaron en aquella ciudad. El resultado no era dudoso. Para que lo fuese menos, un Coronel, de nombre López, le vendió vilmente á los sitiadores. Cayó, pues, Maximiliano en poder de Juárez, que se había establecido en la vecina ciudad de San Luis de Potosí, y estaba decidido á quitarle la vida. Sometiéronle á un consejo de guerra, el cual quiso hacerle responsable de los fusilamientos de republicanos ejecutados por el General Bazaine, y le condenó á muerte, contra toda razón y derecho. Fué aquél un odioso asesinato jurídico, como lo fueron en su día los de Conradino, los Templarios, Juana de Arco, María Estuardo, Carlos I y tantos otros que registra la Historia.

Dieron los Diplomáticos extranjeros todos los pasos posibles á fin de obtener su perdón. Magnus, Ministro de Prusia, Hoorick, de Bélgica, el austriaco Lago, el italiano Curtopassi y hasta el Plenipotenciario americano trataron de conmover á Juárez. No consta que hiciera nada nuestro Ministro el Marqués de Rivera, y de esto no le alabo. Una mujer, la Princesa de Salm, nacida en el Canadá y casada con un oficial austriaco, que había servido en el ejército de Maximiliano, realizó por dos veces el viaje de Querétaro á San Luis de Potosí, y logró hablar con el Presidente. Todo en vano. Tanto Juárez como su Ministro, Lerdo de

Tejada, poseídos de ese cruel rencor, propio de los fanáticos, y ansiosos de afrentar á las monarquías europeas en la persona de aquel Príncipe, desoyeron todas las súplicas. Maximiliano fué al fin fusilado, y no necesito decir que murió como un héroe. Dirigiéndose al Doctor Basch, su médico austriaco, le dijo, al marchar á la muerte, estas nobles palabras: «Decidle á mi madre que he cumplido mi deber como soldado y muero como buen cristiano». Los Generales Miramón y Mejía, condenados con él, murieron también con entereza. El cuerpo de Maximiliano fué traído á Europa en una fragata austriaca.

Para hacer esta tragedia todavía más lastimosa, la noble esposa de Maximiliano, la Emperatriz Carlota, que había venido á Europa algunos meses antes con objeto de impedir que Napoleón retirase sus tropas, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, perdió de repente el juicio. Hija esta ilustre señora del Rey de Bélgica, y reuniendo en sus venas las sangres ambiciosas de los Orleanes y Coburgos, había contribuído mucho á que su augusto esposo se decidiese á abrazar aquella empresa, y por esta razón debía sentir doblemente su fracaso. En una entrevista que tuvo al llegar á París con Napoleón y Eugenia, dejó ya ver el triste estado de su mente, prorrumpiendo en los más terribles denuestos contra aquél y contra todos los Bonapartes. Pasó luego á Roma con la esperanza de que el Santo Padre apoyase sus pretensiones. Sorprendió á Pío Nono en el momento del desayuno, y cediendo, sin duda, al hambre que la acosaba, porque no tomaba casi ningún alimento, imaginándose la querían envenenar sus enemigos, arrebató de manos del Pontífice una jícara de chocolate y la bebió con avidez. Quiso después quedarse en el Vaticano, por creer que la perseguían, y costó mucho tra-

bajo sacarla de allí y llevarla, por fin, al lado de sus augustos padres. Así acabó aquella triste aventura, de la cual puede decirse que no quedó más que un ataud en los Capuchinos de Viena y una Princesa loca en un Palacio de Bélgica. Aseguran que nunca supo ella la triste muerte de su infeliz marido, y que siempre se creyó famosa Emperatriz, haciendo cortesías y hablando como si estuviera aun rodeada de damas y caballeros.

Fué coincidencia muy singular que la primera noticia de la muerte de Maximiliano la recibieron los Emperadores de Francia en el momento de asistir con ostentosa pompa á la apertura de la Exposición universal, que tuvo lugar en París aquel mismo año. Leyó primero el parte el Emperador, y sin decir palabra se lo pasó á la Emperatriz. Esta, á su vez, permaneció también silenciosa, procurando ambos ocultar la terrible emoción que los embargaba. Fué aquél como un *Mane, Thecel, Phares*, que anunciaba otras desgracias, aunque por el momento no era la Francia sino la España, la nación que se hallaba amenazada. Con efecto, el único trono de los Borbones, que se conservaba todavía en pie, iba también á sucumbir como los de Francia, Nápoles y Parma. La obra entera de Luis XIV estaba á punto de derrumbarse.

La historia de este tercer cataclismo, aunque no tan trágica como la anterior, es asimismo muy lamentable. Pugnaban los progresistas españoles por llegar al poder, y Prim, el ambicioso y atrevido Prim, anhelaba tomar el lugar de Espartero, mientras que un ingeniero de talento y travesura, de nombre Sagasta, quería reemplazar á Olózaga. Si la Reina Isabel hubiera llamado entonces á aquellos dos conspiradores, confiándoles el gobierno, es muy probable que estuviese todavía sobre el trono. Pero se obs-

tinaba en excluirlos, y todo lo que pudo conseguir de ella su propia madre la Reina Cristina, la cual empezaba á ver más claro en política, fué que llamase al fin otra vez á O'Donnell, consintiendo en reconocer el reino de Italia, que era lo que hasta entonces le había parecido más odioso.

Apresuróse O'Donnell á dar este paso y lo acompañó con el destierro de la célebre monja Patrocinio y del no menos célebre Padre Claret.

En la noche de San Daniel (10 de Abril de 1865), por tercera vez hubo asonada de estudiantes á consecuencia de la actitud de Castelar, Catedrático de Historia, y del Rector de la Universidad, Don Juan Manuel Montalbán, á quienes venía el Ministerio formando expediente de resultas del artículo *El Rasgo*, diatriba odiosa del tribuno Castelar. El Gobierno, después de haber procedido con poca energía, de pronto tomó otra actitud, y sin bando ni toques de atención mandó á la Guardia civil que hiciera fuego, causándose desgracias que fueron muy lamentadas.

Así las cosas y cambiado el Gobierno, sustituyendo O'Donnell á Narváez, se sublevó el 3 de Enero de 1866 el General Prim, á quien nada satisfacía fuera del Ministerio. El bravo General Zavala se le opuso, pero no pudo alcanzarle y el General sublevado entró sin tirar un tiro en Portugal.

Poco después, el 22 de Junio de aquel mismo año, se sublevaron los artilleros del cuartel de San Gil. Incitados por los autores del movimiento, los mismos sargentos asesinaron á sus oficiales, quienes jugaban á las cartas en una sala del cuartel, acción desleal cuyo recuerdo estremece. Reprimieron tan horrenda sublevación O'Donnell, que después de dejarse sorprender, acudió con presteza; Serrano, que desempeñó brillante papel presentándose briosamente

en los cuarteles del Retiro y de la Montaña; los Generales Concha, Zavala, Echagüe, Novaliches, Quesada y otros muchos, que echaron á los insurrectos del Norte al Suroeste de la población; pero la Reina, cada día más asustada, llamó nuevamente á Narváez, el cual era siempre el último recurso cuando los demás no lograban mantener el orden. Sucedía esto, como queda dicho, el año 1866, y al siguiente hizo otra tentativa Prim por medio de Pierrad. Crecía al mismo tiempo el espíritu revolucionario y se extendía por todas partes. La prensa difamaba á la Reina en España y en el extranjero. Y aunque no todos conspiraban, eran muchos los que miraban las conspiraciones con indiferencia. En el mismo Ateneo, donde ha reinado siempre una decorosa cortesanía, se leían en voz alta los versos de cierto poeta, en que se zahería la conducta privada de la Reina. Los mismos moderados andaban divididos, no pudiendo aprobar todas las flaquezas de aquella Soberana.

Entre tanto muere O'Donnell, que se había retirado á Francia, y á poco, fallece también Narváez. La Providencia misma parecía indicar la necesidad de emprender nuevos rumbos. Pero sucedía como el año 54. Los liberales pecaban de impaciencia, porque la próxima caída de Napoleón y la fuerza misma de las cosas hubieran hecho que la España adoptase pronto ideas más modernas sin necesidad de nuevas revoluciones, y la Reina pecaba á su vez de obstinación é imprudencia temeraria, porque se exponía á un gran peligro, sin fuerzas suficientes para defenderse. Con efecto; ni aun entonces quiso tampoco ceder, sino que antes bien confió el timón de la Monarqnía á Don Luis González Bravo, hombre de gran carácter y de gran talento, el primero entre los personajes civiles, pero odioso á los progresistas por sus opiniones moderadas, é inhábil para re-

sistir por sí solo á unos adversarios que contaban con la mayor parte del ejército y con el apoyo de la burguesía y del pueblo. Resultado de esto fué que aquellos ambiciosos, en vista de la terquedad de la Reina, decidieron privarla del trono.

El movimiento no era ya simplemente progresista; á Prim se unían por una parte los demócratas y por otra muchos odonelistas. Conspiraba Serrano, conspiraba Topete, conspiraba ¡oh escándalo! el mismo Duque de Montpensier, que suministraba el dinero necesario. A lo que parece, sentían todos ellos tanto amor á la libertad, que nada le importaba á Prim deber todos sus honores á la Reina, nada á Serrano su valimiento de otros tiempos, nada á Montpensier el haber sido escogido por la Reina Cristina y los moderados como un dechado de Príncipes. En cuanto á Topete, era hombre más nuevo; era uno de los marinos que se había hecho conocer en la inútil campaña del Pacífico, la cual tuvo el inconveniente, como otras de su especie, de ser para España un semillero de Catilinas *(Seminarium Catilinarum)*, porque los jefes de ella, abultando las ventajas del cañoneo del Callao, se daban aires de héroes. Por lo demás, era de poco entendimiento, y toda su importancia nacía de tener á su devoción algunos buques y de ser el partidario más activo de Montpensier en sus pretensiones al trono. Pero aunque no todos opinaban como él ni estaban de acuerdo sobre lo que convendría hacer después de la victoria, todos cooperaban por el pronto al destronamiento de la Reina. Y hallábanse tan obcecados, que mientras decían en sus manifiestos que querían una España con honra, ninguno advertía que eran ellos quienes la deshonraban con su conducta. No parecían españoles, no parecían caballeros.

¿Con qué medios contaba González Bravo para hacer frente á tantos enemigos? La verdad es que no faltaban alrededor suyo Generales de nombradía; lo que sí faltaba era uno que tuviese la importancia y el prestigio de Narváez ó de O'Donnell. Eran personajes aislados, muy buenos para obedecer, no para sobreponerse á los demás y conducirlos á la pelea. El Conde de Cheste, carácter caballeresco, poeta y soldado, como Garcilaso, mantenía el orden en Cataluña; Blaser, enérgico y leal, mandaba en el Norte; el Marqués de Novaliches, honrado y valiente, en Castilla. Mas la revolución estalló en el Mediodía y adquirió allí mucha pujanza. Topete levantó la escuadra en Cádiz, Serrano sublevó las tropas de Sevilla, Prim propagó el movimiento por las ciudades marítimas. Quiso Novaliches impedirles que pasasen el Guadalquivir y les dió batalla en Alcolea; pero tuvo tan poca suerte, que cayó gravemente herido al comenzar la refriega, y esto hizo muy fácil la victoria de los rebeldes. Serrano cogió allí nuevos laureles con la mano de la Fortuna y marchó triunfante á Madrid.

Retirado ya del Gobierno el desgraciado González Bravo, la Reina lo había confiado al General Don José de la Concha, dando el mando de las tropas á su hermano Don Manuel, ambos brillantes, ambos simpáticos, ambos leales, pero fríos y egoístas; los cuales, después de la derrota de Novaliches, no quisieron continuar una lucha que probablemente les parecía ya inútil. La Reina, que había pasado el verano en Lequeitio, regresaba por San Sebastián á Madrid cuando le sorprendió la noticia de la insurrección y en seguida la noticia de la batalla de Alcolea; quiso volver á Madrid, pero sus nuevos Ministros dijéronla que no eran de parecer volviese con algún personaje de su Corte,

porque la opinión pública era irritadísima contra éste. Cuando llegó allí Serrano con su ejército le cedieron el puesto, y establecido luego el gobierno provisional bajo la presidencia de Serrano, cesó toda resistencia, y la Reina Isabel, viendo tan mal parada su causa, se marchó con todos los personajes de su Corte á Pau y más tarde á París.

CAPITULO LXXXII

Copenhague, de 1865 á 1869

Embarazo en que me ponen los sucesos de España.—El Gobierno provisional suprime la Legación en Copenhague.—Decido retirarme á Florencia.—Asisto antes á las bodas del Príncipe Federico.—Mi viaje á través de la Alemania.—Belleza de Hamburgo.—La Corte de Meiningen.—Matrimonio de aquel Duque con una comedianta.—Munich y sus Museos.—La locura en la Casa Real de Wittelsbach.—El Rey Luis I y Lola Montes.—El Rey Luis II y el compositor Wagner.—Suicidio de aquel Monarca.—Carácter sufrido de los Bávaros.—Curioso error de Madama Staël.—Gusto con que vuelvo à ver la Italia.—Bolonia y sus pintores eclécticos.—El Colegio de Albornoz.—Llegada á Florencia.

En todas las grandes catástrofes descritas en el capítulo anterior fueron visibles, como al principio lo dije, así la acción de las opiniones, como la de los hombres. Menos clara aparece en ellos algunas veces la que corresponde á la Providencia. Mas acerca de este punto hay que advertir dos cosas: la primera es, que cuando Dios da sus terribles lecciones á los Reyes, no siempre castiga los errores de aquellos que actualmente viven, sino que hace expiar á éstos los cometidos por sus mayores.

La segunda es que en muchas ocasiones al castigar á los Reyes castiga Dios asimismo á los pueblos, porque éstos también lo merecen. En el caso de España, por ejemplo, vimos ciertamente una Reina privada de su trono; pero no fué menos triste la suerte de la nación entera, sobre la cual cayó un cúmulo de desgracias que la hizo retroceder muchos años en el camino de la cultura y del pro-

greso. Al principio, sin embargo, hubo un período de engañosa tranquilidad, porque la Reina Isabel abdicó sus derechos en favor de su hijo Don Alfonso y esto hizo esperar á muchos que sería posible una próxima restauración de la dinastía. Y ojalá se hubiera realizado al punto este proyecto, pues así nos hubiéramos ahorrado las desventuras de un largo interregno.

Entre tanto la incertidumbre de aquella situación influía poderosamente en mi ánimo y me mantenía muy perplejo. Mi conciencia me decía que desde el momento en que la Reina había sido destronada, no debía titubear en presentar mi dimisión. Mas por otra parte parecíame que no debía hacerlo mientras que existiese la esperanza á que aludo. Añádase que mi familia y mis amigos de España me aconsejaban que no lo hiciera, calificándolo de quijotismo y vaticinándome que no sólo no me lo agradecería persona alguna, sino que el día de la Restauración, que no podría menos de llegar más adelante, tendría el desengaño, como en efecto lo tuve, de ver que eran mejor tratados que yo los mismos que habían destronado á la Reina.

La Corte de Dinamarca, es decir, el Rey y la Reina, los cuales me habían mostrado siempre la mayor benevolencia, se dignaron asimismo aconsejarme que no me apresurase á dejar mi puesto hasta ver qué rumbo definitivo tomaban nuestros asuntos. Con este motivo recordaban allí muchos lo sucedido al Conde de Yoldi, un predecesor mío en aquella Corte en tiempo de la invasión de España por Napoleón. El Rey de Dinamarca Federico VI quien, como lo he dicho, fué siempre muy partidario de aquel Emperador, le aconsejó entonces al Conde que reconociese como Rey al intruso José Bonaparte. Tuvo Yoldi la debilidad de hacerlo, y según era natural, quedó sin destino y casi sin

patria á la vuelta del legítimo soberano Fernando VII. Mas el Rey de Dinamarca, comprendiendo la culpa que le cabía en aquella desgracia, y deseando en lo posible repararla, usó la generosidad de nombrarle Mayordomo Mayor de su Corte, á pesar de su cualidad de extranjero. Era con todo muy poca la analogía que hubiera habido entre los dos casos, porque el Rey que reconoció el Conde de Yoldi no había sido impuesto por ningún movimiento popular, sino por las bayonetas extranjeras.

Como quiera, el mismo Gobierno provisional de España vino á sacarme de mis vacilaciones, suprimiendo por razón de economía la Legación de Copenhague en el primer presupuesto que se presentó á las Cortes. Quiso, sin embargo, que me quedara allí todavía algún tiempo, á fin de que asistiese á las fiestas con que aquellos Reyes celebraron las bodas del Príncipe hereditario Federico con la Princesa Real de Suecia, las cuales fueron por extremo magníficas, especialmente el gran baile celebrado en el Palacio de Cristianborg. Y debo hacer notar de paso que aquel casamiento constituyó una nueva prueba de que el partido escandinavo, el cual desea la unión de los tres Reinos, había perdido mucha fuerza, puesto que las dos familias reales de Suecia y Dinamarca no repugnaban ya á unirse en matrimonio, como lo repugnaban antes, y como lo repugnan todavía las de Portugal y España, especialmente la primera.

Concluídas las fiestas me despedí de aquella Corte y me marché á Florencia, donde decidí establecerme mientras no volviesen mejores tiempos, porque allí tenía mi mujer una casa de su propiedad y allí residía mi madre política. Añádase que aquella ciudad era aun relativamente muy barata. La vida en ella era tan fácil como agradable.

Dejamos á Copenhague con pesar, á causa principalmente de los amigos que allí teníamos. Estábamos muy unidos con casi todos los diplomáticos, y especialmente con los Essen y Dotezac, y en la sociedad teníamos íntimas relaciones con los Danneskiold, los Friis y otras familias del país. Había también allí algunos parientes de mi señora, cuya madre, de nombre Ubrich, era dinamarquesa, tales como los hermanos Carstensens, de los cuales el uno, Guillermo, era un distinguido oficial de Marina, y su hermana Emilia Marcussen, señora tan inteligente como amable, que nos fué muy útil en aquella residencia. Todos se manifestaron muy pesarosos de nuestra marcha, y el Rey se dignó mostrarme también su alto aprecio, pues aprovechando la circunstancia de que mi Gobierno me había enviado una Plenipotencia especial para representarle en las bodas del Príncipe, tuvo la bondad de conferirme la Gran Cruz del Danebrog, que, en realidad, no me correspondía como Ministro residente; por lo cual le quedé muy reconocido.

Emprendimos nuestro viaje apenas cesaron los calores de Agosto, y lo hicimos á través de la Alemania y deteniéndonos varias veces. La caravana era numerosa: nueve hijos, algunos de ellos de muy poca edad, y los criados correspondientes. Antes de llegar á cada parte, tenía que telegrafiar para que me guardaran cuartos que estuviesen juntos. Parámonos primero en Hamburgo, hermosa ciudad y la más importante un día de la Liga hanseática. Carece propiamente de monumentos, ó sea de edificios, que se distinguen por su antigüedad y belleza; pero tiene algunos modernos bastante buenos y un tráfico de mucha importancia. Lo que más nos llamó la atención, fué su Jardín zoológico. El primero de Europa es sin disputa el

de Londres, donde he solido pasar muy amenos ratos; luego vienen el de París y este de Hamburgo. Ha sido siempre para mí un gran placer el contemplar reunida en tales sitios toda la creación, desde el elefante á la musaraña, desde el águila hasta el colibrí. Digo como el poeta Coppée, que cuando paseo en uno de estos jardines, pienso involuntariamente en el Paraíso terrestre.

De Hamburgo pasamos á Meiningen, ciudad sajona, algo desviada de nuestro camino, pero donde debíamos visitar á una hermana de mi mujer, la cual está casada con el barón de Stein, Mayordomo mayor de la pequeña Corte de aquel Duque, y flor de los palaciegos. La población es muy reducida; mas posee bonitos palacios, bellos jardines públicos y todo lo necesario para pasarlo gustosamente. El Duque Jorge II, hombre todavía de buena edad, venía á ser el tipo del pequeño soberano alemán, amante de las letras y las artes, buen militar, gran cazador y el padre de sus súbditos, en el buen sentido de la palabra, y no en el que suele usarla Heine. Tratónos con exquisita cortesía, y he conservado muy buen recuerdo de aquella residencia, la cual no dejaba de tener algo que la distinguía de las demás. Pues en aquel extenso país, su división en pequeños Estados ha producido una gran descentralización en la cultura, y ésta ha traído á su vez una división de aficiones, que contribuye en sumo grado á perfeccionar los diversos estudios. Meiningen, por ejemplo, tiene una especialidad, y es el teatro nacional. Buenos son los actores de Viena y otras grandes ciudades; mas en pocas hay una compañía tan igual y bien ejercitada, como la de Meiningen. Suele hacer viajes en ciertas épocas del año, y cuando venía á Viena, donde la oí varias veces, lograba un éxito extraordinario, sobre todo en las interpre-

taciones de Schiller, Gœthe y algunas traducciones de Schakespeare. Una de las primeras actrices, Elena Frantz, era tan linda é inteligente, que habiendo enviudado el Duque Jorge, no titubeó en unirse con ella en morganático matrimonio, sin que esto causara allí mucho escándalo.

Desde Meiningen nos trasladamos á Munich, ciudad grande y rica, notable por los bellos edificios con que la han adornado varios soberanos, y especialmente el Rey Maximiliano I, de amable memoria. Si se ha de decir la verdad, los arquitectos empleados por aquel Monarca no se calentaron mucho la cabeza para sus invenciones. El Palacio Real es una imitación del famoso de Pitti; en otro lugar han copiado la Logia dei Lanzi; una iglesia es bizantina, otra románica, otra gótica; en fin, vese allí más claro que en ninguna otra parte, que el siglo XIX no tuvo un estilo propio y se limitó á imitar los anteriores de todos tiempos. Sin embargo, el conjunto de tantos lindos edificios es muy noble y agradable.

Bella es, asimismo, la galería de cuadros, que llaman Pinacoteca antigua. La primera de Alemania es la de Dresde, que visité más adelante, en la cual se admiran la bellísima *Madonna de San Sixto*, de Rafael, la muy bella también de Holbein, dicha del burgomaestre Meyer, y el delicioso *Nacimiento*, llamado *La Noche de Correggio*. Pero después de Dresde viene Munich. Abundan allí, como en Madrid, los buenos cuadros de todas las escuelas, desde Stefano de Colonia hasta Mengs. Gustáronme mucho *La Virgen*, de Rafael, dicha de la *Cortina*; tan angelical como expresiva; *Unos pilluelos*, de Murillo, que por su naturalidad y buen color rivalizan con los de Dulwich; el magnífico retrato de Rubens con su primera mujer, á que he aludido en otro capítulo; una *Sacra Familia*, de Andrea, más agra-

dable que cuantas custodia la Italia; *Los Célebres Apóstoles*, de Durero, llamados los cuatro temperamentos, los cuales parece que respiran; las *Santas Bárbara é Isabel*, del pintoresco Holbein; diversos Rembrandt, con color y claro oscuro tan convencionales, que justifican la leyenda según la cual aquel pintor, nacido y criado en el molino de su padre, se acostumbró á ver la luz introducida por una claraboya, pero cuyo efecto es siempre grandísimo; y en fin, varios excelentes países de Ruysdael y otros maestros holandeses.

Notable me pareció, igualmente, la Glyptoteca ó galería de esculturas, en la cual se hallan las famosas estatuas de Egina, que son probablemente las más antiguas del arte griego.

En la Pinacoteca ó galería moderna, han reunido los cuadros de los pintores de este siglo, entre los cuales hay algunos españoles. Nótase allí la abundancia y buena calidad de los artistas alemanes de sus varias escuelas, con especialidad de las dos principales que son: la de Dusseldorf y la del mismo Munich, donde Cornelius y Kaulbach han brillado tanto en la pintura, como Schwandthaler y Zumbusch en la escultura.

Ya he dicho que casi cada ciudad de Alemania tiene sus estudios y su gloria especial. Así, Koenigsberg ha cultivado siempre la filosofía, Berlín las ciencias y las letras, Halle la jurisprudencia, Stuttgard la historia y Dusseldorf la pintura. En Weimar resonaron á un tiempo las liras armoniosas de Schiller, Gœthe y Wieland, y en Munich sienten todos gran pasión por las artes y la música. Los mismos Reyes de Baviera han tenido siempre mucho de poetas, y también ¡ay! de locos, para que el proverbio no mienta, ofreciendo por desgracia la Casa real de Wittels-

bach muchos ejemplos de extravagancia y aun de verdadera insania.

El Rey Luis I, verbi gracia, tan ilustrado, Mecenas de músicos y pintores, tan instruído y afable, cayó en la aberración de imitar en sus costumbres á Luis XV, y sus escandalosos amores con una bailarina española, nombrada Lola Montes, tan bella como intrigante, dieron lugar en 1848 á un motín, que desautorizó la persona de aquel Monarca, y le obligó á abdicar su corona. Luis II, que era en la época de que estoy hablando, el Soberano reinante, incurrió en otra clase de extravagancias. Sus retratos, que era lo único que de él se veía, le mostraban un lindo mozo, bastante parecido á mi amigo el Marqués de Casa Laiglesia; pero no tenía nada de joven ni casi de hombre. Hipólito moderno, ni quiso casarse nunca ni sentía inclinación hacia las mujeres, viviendo muy aislado y ocupado exclusivamente de las artes. Su primera pasión era la arquitectura y gastó sumas inmensas en construir en el campo un palacio, del cual decían maravillas, aunque pocos lo habían visto, porque él no lo permitía. La Princesa de Metternich quiso visitarlo á toda costa y lo solicitó por escrito. Concedióle licencia el Rey; mas la Princesa no encontró allí mas que un gentilhombre, el cual le abrió las puertas y la dejó luego sola, lo mismo en el palacio que en su bello y extenso jardín. Regresó al cabo la noble dama sin haber encontrado á nadie, y el gentilhombre, que la aguardaba en el vestíbulo, le hizo una profunda cortesía y volvió á cerrar las puertas.

Otra de sus grandes pasiones era la música, y cuando el famoso Wagner empezó á componer sus óperas, sintióse aquel Rey tan atraído hacia él, que parecía enteramente hechizado. El mérito de aquel compositor, es sin duda muy

grande. A la vez poeta y músico, inventor de un nuevo estilo y de una armonía muy vigorosa, parece á los ojos de los alemanes un genio de primer orden. Añádase que aquella nación, entrada en la liza literaria y artística después de las demás, y cuando es ya difícil superar á Bossuet, Cervantes, Dante, Shakespeare, Miguel Angel y tantos otros sublimes ingenios, quisiera consolarse de esto, obteniendo la preeminencia en otros géneros, y principalmente en la música, la cual, á su parecer, no había llegado antes de ahora á su completa perfección. Y aunque la Alemania poseía ya los grandes genios de Beethoven y Meyerbeer, le ha agradado mucho tener uno, cual Wagner, que marca una nueva era y parece alzarse sobre todos sus rivales, como el cedro sobre las demás plantas.

Este sentimiento, que era entonces general en aquel país, llegó á su exceso en el desventurado Rey Luis, y acabó de destemplarle el cerebro. No contento con oir las composiciones de tan grande artista en los teatros públicos, las hacía ejecutar en uno que tenía en su palacio, y no permitía que nadie más asistiese á ellas. ¡Caso singular el de un teatro de ópera, cuyo auditorio se componía de una sola persona! Siguieron á éstas otras extravagancias todavía más notables; los Ministros mismos no lograban ser admitidos á su presencia; una negra melancolía le hacía huir todo humano consorcio, y al fin, la familia Real, alarmada, le puso bajo la vigilancia de un médico. La precaución era necesaria, mas no fué llevada muy á bien por el augusto enfermo, el cual, paseándose un día á orillas del lago de Sternberg con aquel desgraciado, cuyo nombre era Van Gudden, se precipitó en el agua. Arrojóse también el doctor con objeto de salvarle, pero no pudo conseguirlo y ambos se ahogaron miserablemente.

Es fortuna de la Baviera, que el carácter de su pueblo sea muy pacífico y sufrido, pues en pocas partes se hubiera tolerado tanto tiempo un Monarca tan demente. E hicieron bien en tener paciencia, porque el tiempo lo remedió todo; y aunque el sucesor de Luis era también loco, gobierna allí ahora como Regente su tío Luitpoldo, príncipe ilustrado y discreto. Y si se ha de juzgar por las apariencias, es aquél uno de los países más venturosos de la tierra, y sus habitantes, de ordinario contentos, no piensan más que en comer bien y beber buena cerveza, haciendo esto último con tanto exceso, que todos los hombres de más de cuarenta años tienen el estómago saliente.

Esta costumbre es tan general allí, y en toda Alemania, que el francés Caro, hablando de las grandes paradojas en que han incurrido Schopenhaüer y otros filósofos modernos de aquella nación, los atribuye al abuso de esa bebida, y dice con gracia, que nunca podrán ser adoptadas en los países donde se bebe el buen vino de Burdeos. Mas sobre esto, como sobre todo lo que se refiere al carácter de los pueblos, es preciso siempre guardarse de generalidades, porque lo que es verdad hoy, fácilmente deja de serlo mañana. Hay de ello mil ejemplos. Véase este: Madama Staël, en su ameno y elegante libro sobre Alemania, decía que los alemanes, vencidos entonces por Napoleón, no sabían ser dominadores, y habían perdido el espíritu militar, á causa de sus hábitos de reflexión y su apego á las virtudes domésticas. Pero, si viviese en nuestro tiempo vería que saben muy bien dominar cuando las circunstancias les son propicias para ello. Añadiré otro: La Baviera es un país por extremo católico. Próximo al Tirol, participa de la fe de sus vecinos, y hay en él, como en Bélgica, un partido católico, que alterna con el llamado liberal nacional, y

ejerce mucho influjo en la política. Y sin embargo, fué un profesor de Munich, el canónigo Döllinger, quien más se declaró contra el dogma de la infalibilidad del Papa, y dió lugar á la formación del bando que se llamó de los Nuevos Católicos. No hay, pues, regla sin excepción, y es fácil tomar por permanente lo que es sólo pasajero.

Acabada nuestra visita á Munich, pasamos los Alpes y entramos en Italia, cuyo hermoso cielo, dulce clima y amenos campos nos causaron el más vivo placer, no obstante que la Alemania es también muy agradable. Hay algo en el aire de Italia que da más actividad á la sangre y acalora la imaginación de una manera extraordinaria. Siento siempre al llegar allí lo que siento al llegar á Sevilla: más vida interior y más capacidad de sentir. Por lo que hace á mis hijos, la Italia fué para ellos una Tierra prometida, donde hallaron por todas partes en grande abundancia las frutas más exquisitas, especialmente las uvas.

Parámonos en Padua para venerar el cuerpo de San Antonio, y en Bolonia para hacer lo mismo con el de Santo Domingo y ver las iglesias y capillas que les están dedicadas y cuya hermosura es tan grande, que consuela á españoles y portugueses de que las cenizas de ambos Santos reposen allí y no en sus respectivas patrias. En Padua vimos también con placer y admiración los frescos de Giotto en Santa María de la Arena y los de Mantegna en la iglesia de los Ermitaños. En Bolonia visitamos la galería de pinturas, que llaman como en Munich, Pinacoteca, palabra griega, cuyo significado es el mismo. Su joya principal es la *Santa Cecilia*, de Rafael. Contiene, además, un *Calvario*, de Guido, la *Santa Inés*, del Dominiquino, y otros cuadros muy bellos de la Escuela de aquella ciudad, que dicen boloñesa, la cual posee mucho interés para nosotros porque

ejerció grande influencia en la nuestra del siglo XVII.

Tuvo Bolonia primero un pintor de nombre Francia, quien sin haber conocido al Perugino, pintaba como él, con un espíritu muy devoto, á lo cual añadía un color más rico y un dibujo más firme, debidos á su conocimiento de las Escuelas veneciana y lombarda. Más tarde, cuando después de la desaparición de los grandes pintores del siglo XVI, empezó á reinar en todas partes un frío manerismo, los boloñeses Carraccis tomaron á su cargo la regeneración de la pintura, uniendo el estudio de la naturaleza al de los modelos antiguos, por cuya razón fueron llamados eclécticos. Siguiéronles en este camino sus discípulos é imitadores, el correcto Dominiquino, el dulce Guido, Albano, que cultivó mucho el paisaje y fué apellidado el Anacreonte de la pintura; Guercino, que dió mucho vigor al claro-oscuro, y Caravaggio, que lo exageró de una manera excesiva.

Representaron los artistas boloñeses aquella segunda época de devoción, que siguió al paganismo del Renacimiento y al protestantismo del siglo XVI y que fué muy fomentada por los jesuítas. Edificáronse entonces en todas partes nuevas y suntuosas iglesias, cuyos altares dorados ó cubiertos de ricos mármoles y jaspes ostentaban magníficos cuadros con las imágenes de los más célebres Santos, y casi todos eran debidos al valiente pincel de los boloñeses y sus imitadores de otras naciones, no habiendo casi ninguna que se viese libre de su influjo. En España, especialmente, era esto muy notable, como ya lo he dicho poco antes, y es fácil advertir, por ejemplo, el efecto de Guido en el suave Murillo, y todavía más el de Guercino en el vigoroso Zurbarán. Ribera se resentía del contagio de Caravaggio, y lo mismo le sucedía á Valentín en Francia y á

Honthorst en Holanda. Y según vemos en el *Viaje de Pons*, en las galerías particulares que existían el siglo XVIII en Sevilla y Cádiz, había muchos cuadros de los Carraccis, Guido, Albano y Guercino, y todavía se conservaban algunos en las colecciones que al principio del pasado poseían el Marqués de Motilla, el canónigo Cepero, mi tío Lerdo de Tejada y otros aficionados de Sevilla,

Bolonia fué célebre antiguamente por el estudio de la jurisprudencia, como Padua por el de la medicina. El alemán Savigny, en su *Historia del Derecho romano* en la Edad Media, cuya lectura interesa como una novela, hace el mayor elogio del famoso Irnerio, jurisconsulto de aquella ciudad, el cual fué el primero que comentó en su Universidad el Derecho civil de Roma, esparciendo sobre sus preceptos una luz que llegó después desde Salamanca y Oxford, hasta Upsal y Varsovia. Acursio, todavía más notable que Irnerio, fué uno de sus discípulos y explicó también allí su admirable glosa.

Tiene España en aquella ciudad un Colegio, fundado en el siglo XIV por el gran Cardenal Albornoz, y que ha sido reorganizado últimamente por el celoso y entendido Conde de Coello, cuando fué Ministro de España en Roma. Y espero que la disciplina escolástica ahora establecida en aquel Instituto será mejor que la antigua, pues sus colegiales estudiaban tan poco, que en España se llama comúnmente bolonio al que peca de ignorante ó necio.

Bolonia tiene para nosotros un recuerdo interesante. Allí fué donde se selló la reconciliación entre Carlos V y Clemente VII, después que el primero había tratado al segundo con sobrada dureza. Allí recibió Carlos la Corona de Emperador de Romanos del Pontífice Clemente en la grandiosa Catedral de San Petronio. Y hay en los Uffizi

de Florencia un antiguo grabado de grandes dimensiones que representa su entrada solemne en aquella ciudad. Camina el Emperador á caballo. Siguen detrás las tropas españolas, italianas y tudescas, con banderas, clarines y tambores, y va entre ellas el renombrado Antonio Leiva, á quien llevan en una silla de manos, porque era mártir de la gota.

Satisfecha nuestra curiosidad en Bolonia, nos trasladamos en pocas horas á Florencia.

CAPÍTULO LXXXIII

Florencia, de 1869 á 1875

Florencia, capital provisional de Italia.—Mejoras que en ella noto.—Bellos barrios nuevos.—Paseo de las Colinas.—Cuerpo diplomático venido de Turín.—El Barón de Malaret y Sir Augusto Paget.—El Rey Víctor Manuel en el apogeo de su gloria.—Conserva, sin embargo, sus malas costumbres.—Grandes cualidades de su Ministro Menabrea.—Piamonteses y napolitanos venidos á Florencia.—Salones de aquel tiempo.—Las Princesas de Corsini y de Strozzi.—Nuevos teatros y actores.—La Máscara de Stenterello.—Restos de las antiguas divisiones.—Una manifestación reaccionaria abortada.—La Cofradía de la Misericordia.—Descontento ocasionado por las excesivas contribuciones.

Restituído á Florencia después de doce años de vivir ausente de ella, no dejé de notar en su situación novedades de todo género. Desde luego, no era ya capital del pequeño Estado de Toscana, sino de toda Italia. Como ya lo he explicado, fué esto una exigencia de Napoleón III en cambio de haber retirado sus tropas de Roma, á fin de no herir con su presencia el amor propio de los italianos. Pero había esto de notable: que mientras aquel Soberano pretendía y creía que esta situación de cosas sería permanente, los liberales la consideraban transitoria y abrigaban la esperanza de que tarde ó temprano se libertarían de la tutela que la Francia ejercía aún sobre ellos, y podrían, al fin, apoderarse de Roma, la cual les parecía la capital natural de su país y la sola que podría acallar los celos de las demás grandes naciones, singularmente Milán y Nápoles, á

quienes su población y riqueza dan una superioridad notoria.

Entre tanto, y en la duda de cuánto tiempo duraría aquel estado provisional, habíanse animado los florentinos á ejecutar mejoras de varias clases, á fin de que su linda ciudad pudiese alojar más fácilmente la numerosa población oficial que había acudido á ella, y ser en todo digna del rango excepcional á que por el momento se hallaba elevada. Había ya el Gran Duque Leopoldo II comenzado un gran muelle que desde el puente de la Carraia debía llegar hasta el paseo llamado Le Cascine, y el nuevo gobierno se apresuró á terminarlo y á edificar á lo largo de él un barrio, que por su amplitud y elegancia es quizás el más bello de Florencia. Procedió luego á ensanchar la ciudad demoliendo para ello sus antiguos muros, sin dejar más que algunos cubos y torres de trecho en trecho, á fin de perpetuar el recuerdo del antiguo recinto. Edificó, asimismo, otro barrio espacioso en la parte que mira á la colina de Fiesole, con una plaza plantada de árboles, á ejemplo de las de Londres, á la cual dió el nombre del famoso Ministro y escritor Azeglio

Pero la obra más importante de aquel tiempo, debida á la iniciativa del famoso alcalde Peruzzi, que había sido uno de los principales promovedores del movimiento anexionista, fué el paseo llamado de las Colinas, porque está situado en la cima de las que rodean á Florencia por la parte izquierda del Arno, desde la Puerta Romana hasta la de San Nicolás. En ellas se encuentra la bella iglesia románica de San Miniato, que es una de las más antiguas de la ciudad, y otra de capuchinos, obra del arquitecto Simón Pollaiolo, dicho por burla el Crónaca, porque de regreso de un viaje á Roma, contaba, como si leyera un libro, las cosas

que allí había visto; la cual iglesia es tan linda y al mismo tiempo tan sencilla, que el gran Miguel Angel la llamaba la hermosa labradora. En las mismas colinas acampó un día Filiberto de Chalons, Príncipe de Orange, cuando sitiaba la ciudad por orden de Carlos V.

Costaron estas obras un buen número de millones, cuyo gasto causó una crisis económica en el Municipio y en el Banco llamado del pueblo; pero Florencia posee desde entonces uno de los paseos más hermosos de Europa, no sólo por la variedad y amenidad de su sitio, sino también por la vista que desde él se disfruta. Lástima es sólo que los florentinos, apegados á la costumbre de pasear en Le Cascine, no lo frecuentan como merece. Hállase con todo bastante animado, á causa del considerable número de quintas que se han edificado en aquellas alturas y que están habitadas por muchos forasteros, especialmente ingleses.

Convertida así la Florencia en capital del nuevo Reino, todos los diplomáticos que se hallaban antes en Turín tuvieron que venir á residir en ella, y había muchos que yo conocía de antiguo. El Ministro de Francia, por ejemplo, era el Barón de Malaret, que ocupaba el puesto de Secretario de la Embajada de su nación en Roma cuando yo residía allí. Su misión era delicada, pues debía vigilar los movimientos del partido radical, que quería ocupar la ciudad santa por un golpe de mano: peligro que no era ilusorio desde que en el año 67 se atrevió Garibaldi á amenazarla con sus voluntarios, contando, sin duda, con la connivencia del Ministro Ratazzi, que era una mala copia de Cavour, y tuvo Napoleón que enviar deprisa al General Tailly con un par de brigadas, las cuales le batieron completamente en Mentana. Y era Malaret en extremo á propósito para este encargo de vigilancia, porque tenía un ca-

rácter muy activo y conocía perfectamente á todos los hombres notables de Italia, habiendo residido en ella muchos años.

El Barón de Kübeck, Ministro de Austria, había sido el Plenipotenciario de aquel Imperio en la Dieta de Francfort antes de la guerra del 66, y pertenecía, por lo tanto, á la buena escuela de Metternich. Representaba bien, sin embargo, á la moderna Austria, resignada con la pérdida de sus posesiones de Italia, y preparada ya quizá para entenderse con ésta, con objeto de restablecer el equilibrio europeo.

Sir Augusto Paget, el Ministro de Inglaterra, era mi reciente colega de Copenhague. Venido para reemplazar á Hudson, que se había retirado á causa de su mucha edad, seguía la misma política que él, la cual consistía en ganar las simpatías de Italia, sosteniendo todas sus aspiraciones.

El Ministro de Prusia era mi antiguo conocido de Turín el Conde Brassier de Saint Simón, sobre cuyas excentricidades he dicho ya lo bastante en otro lugar. Estos cuatro eran los principales diplomáticos y los que más agasajaban á la sociedad florentina. Lady Paget y las Baronesas de Malaret y Kübeck tenían salones muy concurridos. Citaré también á Rustem Bey, Enviado turco, el cual se ha distinguido después entre los de su país por un talento poco común y un carácter insinuante y conciliador. Era cristiano, nacido en Venecia, de la familia de los Condes de Marini, y tenía toda la sutileza de su nación. Emigraron sus padres á Turquía, no sé si por causas políticas ó por intereses de otro género, y el joven Marini fué educado en Constantinopla y logró entrar al servicio de la Puerta en el Ministerio de Negocios extranjeros. Subió allí con rapidez de grado en grado, gracias á su mucha capacidad,

y fué luego Ministro en Italia y en Rusia, Gobernador del Líbano, con el título de Bajá y por fin Embajador en Londres, donde murió de puro viejo, convertido en una momia, pero momia muy útil para su Gobierno, el cual tuvo mucha dificultad para encontrarle un buen sucesor.

Aunque Rustem había adoptado el aire grave de los musulmanes, no dejaba de mostrarse amable con las damas y de hacer el galanteador con ellas. Tenía mucho amor propio, y este defecto estuvo á punto de costarle la vida, porque cuando fué á San Petersburgo quiso él también matar un oso en la caza, como suelen hacerlo casi todos los diplomáticos que allí llegan; mas tuvo la desgracia de errar el tiro, y el terrible animal se le echó encima, le cortó dos dedos de la mano izquierda y le hubiera matado de seguro, á no haber acudido en su socorro otros cazadores. Fuímos siempre buenos amigos y le apreciaba sinceramente.

El Ministro de Holanda, Heldevier, había sido mi colega en Londres y nos profesábamos mutuo afecto. Tenía mucha instrucción de las cosas de nuestro oficio, con especialidad de las cuestiones comerciales. Ni le faltaba sagacidad para descubrir los propósitos de sus compañeros. El de Bélgica, Solvyns, era otro camarada mío de Inglaterra, y no hay que decir que se desvivía para adquirir noticias á fin de transmitírselas á su Gobierno, el cual, temeroso siempre de guerras europeas, en las que pudiera ser víctima aquel pequeño Estado, tiene sumo interés en verlas venir con toda la anticipación posible.

Ministro de Rusia era el Consejero Kiseleff, diplomático muy fino, pero que representaba bien el estado expectante en que estaba aun su Gobierno. Casado con una hermosa dama romana, mucho más joven que él, la Princesa

Francisca Ruspoli, viuda de un Torlonia, parecía enteramente dedicado á hacerle agradable la vida. Daba buenas comidas y recibía algunas veces.

El Gobierno provisional de España tenía también su Ministro, el cual era un cierto Montemar, periodista y diputado madrileño, de bastante talento y de carácter franco y afable. Tenía un aspecto simpático; pero su voz áspera y ronca le hacía parecer ordinario. El fué quien obtuvo algún tiempo después del Rey y del Gobierno italiano que acogiesen favorablemente la candidatura del Duque de Aosta para ocupar el trono de España, después que no habían tenido éxito diversas otras ensayadas por nuestros revolucionarios. Y no creo le costara mucho trabajo conseguirlo, porque la Francia, vencida ya por la Alemania, no estaba en estado de oponerse, como se había opuesto á las otras candidaturas; y á la Italia le lisonjeaba y convenía tener un príncipe suyo en España á fin de contrarrestar allí los esfuerzos del partido católico.

Entre los Secretarios he de citar por lo menos al de Austria, el Conde de Salm, porque era particularmente simpático y se hallaba casado con una española, la linda María Alvarez de Toledo, hija del Conde de Sclafani, cuyo talento y viveza la hacían muy seductora.

Pero hablemos también del Rey mismo cerca del cual se hallaban acreditados estos Ministros, del famoso Víctor Manuel, que estaba entonces en el apogeo de su gloria, después que había conseguido dominar en toda Italia y se encontraba en vísperas de ocupar también la misma Roma. Parecióme bastante cambiado físicamente de cuando le conocí en Turín. Su propensión á engruesar había ido en aumento, y se puede decir que era ya monstruoso. Añádase que sus bigotes, todavía más desaforados que antes, le

daban un aire cómico y común. En cuanto á sus costumbres, era lo que había sido toda su vida. Casado morganáticamente, como ya lo he referido, con la viuda de un tambor mayor, la bella Rosina, de quien tenía dos hijos adulterinos, no le guardaba á ella más fidelidad que se la había guardado á su primera mujer, la Reina Adelaida. Y no era esto lo peor, sino que no se recataba de ello.

Yo convengo en que no es justo mostrar demasiada severidad con los Reyes y Príncipes, porque éstos están expuestos, no ya á las mismas, sino á mayores tentaciones que cualquiera de nosotros; pero me parece, sin embargo, que se les puede razonablemente pedir que por lo menos guarden las apariencias y no causen escándalo. A ningún particular, por ilustre que sea, se le sufre que haga alarde público de su inmoralidad, y si por ventura lo hace, todos le desestiman y critican. ¿Por qué, pues, ha de pasar sin censura la conducta de los Príncipes que obran de esa misma manera, cuando tienen precisamente más obligación de dar buenos ejemplos? Y la lista de ellos es bastante larga. Dígalo el penúltimo Emperador de Rusia, Alejandro II, que vivió amancebado públicamente con una Princesa Dolgoruki; dígalo el Rey de Bélgica, á cuya querida llaman en Bruselas la Reina del Congo; dígalo el Príncipe de Orange, á quien llamaron por mofa el Príncipe Limón; díganlo otros que cualquiera puede recordar.

En cuanto á Víctor Manuel, bastará referir acerca de él estas dos anécdotas auténticas. Una señora conocida mía le pidió al Conde de Menabrea, Ministro á la sazón, un permiso para pasear en los jardines del Palacio Real de Pitti. Nada sería más fácil, le respondió el Conde; mas le advierto á Vd. que nuestro buen Rey tiene tan mala fama en materia de mujeres, que ninguna que sea guapa

puede dejarse ver sola en sus jardines, sin que al instante pierda la suya. Estaba el Rey una vez en el teatro, en un palco bajo del proscenio, y durante la representación se puso á hablar con una de las bailarinas en voz tan alta, que el público florentino, de suyo poco sufrido, le obligó á callar siseándole. Mas, inútil es decirlo, todos sus defectos estaban cubiertos por sus opiniones liberales. Los revolucionarios le perdonaban todo con tal que obedeciese á sus exigencias y sirviese bien á sus planes. Residía poco en Florencia, prefiriendo los aires más vivos de su patria, Piamonte, y daba pocas fiestas en Pitti.

De los Ministros que tenía entonces no hago mucha memoria. Sólo recuerdo bien al principal de ellos, que era el General Conde de Menabrea, porque le había conocido en Turín y porque le veía á menudo en la tertulia de mi suegra. Era un hombre de estado notable por todos estilos, de aspecto simpático, de opiniones moderadas, serio, á fuer de piamontés, y afable, como un francés, servicial, ameno, y en la apariencia muy franco. Tenía, además, todas las cualidades necesarias para el cargo que desempeñaba. Sin obtener en nada el primer rango, de suerte que no podía ser comparado á Cavour como estadista ni á Lamármora como soldado, era en todo notable. Feliz siempre en sus empresas militares, orador fácil en la Cámara, persuasivo y prudente en el Consejo, aplicado y laborioso en sus diversos cargos, dotado, en fin, de cierta intuición que le hacía conocer hasta dónde podía llegar en sus propósitos, caminó siempre de éxito en éxito, y habiendo empezado por ser un oscuro oficial de ingenieros y un periodista reaccionario, se vió al fin Conde, Teniente General, Presidente del Consejo y Embajador en París, donde permaneció casi hasta su muerte, lleno de años y de honores.

En general, no tenía enemigos, porque su carácter era conciliador y su carrera había sido lenta y motivada. Sin embargo, el partido clerical no le quería bien y le tachaba de renegado y aun de hipócrita, porque empezó escribiendo en un periódico de ese color, y después se pasó á los liberales, y al mismo tiempo que contribuía á desposeer á los Príncipes de Italia y al Papa mismo, tenía siempre en la boca palabras de respeto y consideración para todos ellos, como si realmente sintiese verse obligado á despojarlos.

Consecuencia forzosa de la traslación de la capital á Florencia había sido la venida á ella de una gran parte de la buena sociedad de Turín y de las otras grandes ciudades. No todos los Senadores y Diputados se establecieron definitivamente en Florencia; pero casi todos pasaban allí los inviernos, y no eran pocas las damas piamontesas y napolitanas que recibían y tenían casa abierta. Citaré la Marquesa Alfieri, las Condesas de Lamármora y Menabrea, la Minghetti y la Marliani. Recibían asimismo varias florentinas, siendo tres los principales salones de entonces: el de la Princesa Corsini, el de la Marquesa Piccolellis y el de la Baronesa d'Hoogworst. Era la primera aquella Doña Leonor, de quien he hablado en otro capítulo, en cuyo salón se reunían en tiempo del gran Duque todos los partidarios de la independencia y de la libertad de Italia. Entonces se llamaba la Marquesa de Lajatico, por vivir aun el viejo Príncipe, su suegro. Era una señora ni fea ni bonita, distinguida, afable y tan discreta como llana. Nadie la llamaba nunca Princesa, sino simplemente Doña Leonor.

La Piccolellis nació Poniatowski, y á pesar de sus años conservaba el encanto de esta ilustre familia. Piccolellis

era su tercer marido, y como éste tenía muchos medios de fortuna, recibía todos los miércoles y daba exquisitas comidas. A esta dama la conocían todos por la Marquesa Isabel, y era muy querida porque poseía la rara cualidad de no hablar nunca mal del prójimo. Mundana hasta el fin, murió ya vieja, en su carruaje, un día que iba haciendo visitas.

La Baronesa de Hoogworst tuvo igualmente tres maridos. Entonces estaba en el segundo, á cuyo fallecimiento se casó con el Marqués de Malespina. Pero nunca la llamaron de otro modo que por su nombre de bautismo, que era Aurora. Pertenecía por su nacimiento á la antigua familia florentina de Guadagni, lo cual aumentaba su prestigio. Recibía todas las noches y daba también el té á las cinco, y como vivía en el muelle del Arno, que conduce á Le Cascine, era muy cómodo poder subir á su casa á la vuelta del paseo, en la seguridad de hallar en ella una docena de damas y caballeros muy agradables. Aurora Guadagni había sido guapa, y aunque iba ya cuesta abajo, conservaba muy buenos ojos y mucha gracia. Rival de Lady Orford en esto de saber vidas ajenas, gustábale bastante referirlas y también embellecerlas con toques de su feliz inventiva, por lo cual era á veces temida y muchos y muchas le hacían la corte para evitar la severidad de sus juicios.

La Princesa Strozzi no recibía muy á menudo, pero daba de cuándo en cuándo hermosos bailes, que le merecían siempre el primer lugar entre la nobleza florentina. Conservábase todavía bastante guapa, así como las otras señoras, cuya hermosura he alabado en anteriores capítulos; pero al lado de ellas había entrado entonces una nueva generación de mujeres más jóvenes y no menos boni-

tas. Las más notables, en mi concepto, eran la Condesa Alessandri y la Guicciardini. La primera, nacida Giuntini, era hermana menor de la Condesa de la Gherardesca. Pálida, pero hermosa, parecía modelada en cera. Usaban entonces las señoras llevar á los bailes los brazos desnudos, y los suyos igualaban á los de una bella estatua. Magdalena Guicciardini, hija del Marqués Niccolini, era tan graciosa como linda, y la finura de su tez, que parecía un raso, recordaba que su madre era inglesa.

Entre los salones de las damas extranjeras debo citar el de mi amable suegra, la cual no llevaba ya el nombre de Madama Macdonell, sino el de Duquesa de Talleyrand, por haberse casado en segundas nupcias con el Duque de este título, viudo como ella, y establecido de antiguo en Florencia. Recibía mucha gente los sábados en su antiguo Palacio llamado Casa Annalena, pero tenía además tertulia diaria, en la cual se veía á muchos personajes importantes de aquel tiempo, tales como Menabrea, Alfieri, Bonghi, Lamármora, Maurigi, Digny y también el erudito clerical Alberi, pues aquel salón constituía un terreno neutral, donde eran bien acogidas todas las opiniones. La Duquesa, tan discreta como amable, tenía el don de hacer que todos se tratasen allí como amigos.

Acerca de los teatros, hallábase todo como lo dejé el año 54. Sin embargo, habían construído dos nuevos; uno llamado del Príncipe Humberto, en el Barrio de Azeglio, y otro en el de Le Cascine, dicho Politeama, porque en él se daban toda suerte de espectáculos, inclusos los que son propios de los circos ecuestres. Estaba asimismo floreciente, el teatrillo de Borgo Ognisanti, en que representaba el célebre actor Corsini, á cuyo cargo se hallaba el papel del popular Stenterello, que viene á ser el pulchinela toscano.

Probablemente trae esta máscara su origen de los antiguos actores etruscos, maestros de los romanos, y de los cuales viene el vocablo mismo de histrión. Pero ahora no viste con túnica y gorro, sino con coleta y calzón corto, y tiene la particularidad de tartamudear, que es de lo que toma su actual nombre. Y en cuanto á su carácter, no sólo es alegre y burlón, sino también cobarde, que es lo que más divierte al vulgo. Es buena la respuesta que daba en el *Cervecero de Prestón*, cuando preguntado en un lance peligroso si tenía miedo, dice: «¿Miedo yo? ¡miedo no, terror!»

El repertorio de los grandes teatros, era asimismo poco diferente del que había en el 54. A más de las traducciones francesas, daban las tragedias de Alfieri y Niccolini, y las comedias de Goldoni, Ferrari y Gherardo del Testa. Entre los actores se distinguían la Marini, la Marchi, los dos Rossi, Salvini y cierto Bellotti, cómico excelente, quien, cuando interpretaba *El Improvisador* ó *El Gastrónomo sin dinero*, era capaz de hacer reir á la misma Medusa de Cellini. De las óperas teníamos también las de diez años antes, con la adición del *Fausto*. Bellini, Donizetti y Verdi reinaban casi sin contraste, y de Meyerbeer daban sólo *Roberto* y *Los Hugonotes*, en los cuales la cantante Durand hacía una Valentina admirable. Brillaba también en aquella época la Piccolomini, cuya vida fué muy corta, por desgracia del arte. Beaucardé y Moriani eran buenos cantores. El segundo fué apellidado el tenor *della bella morte*, á causa de la perfección con que cantaba el aria final de la *Lucía*.

Naturalmente, el tiempo y el cambio completo de las circunstancias, habían hecho desaparecer la enemistad que antes existía entre liberales y coletas *(codini)*, blancos y negros. Quedaba, esto no obstante, algún resto de ella. La

nueva generación no se cuidaba ya del Gran Duque ni del antiguo régimen: mas entre la antigua, había aun algunos que los echaban de menos y les conservaban un culto romancesco. El Duque de Brindisi, el Marqués de Gerini, los Condes de Ruccellai y Guicciardini, Martelli, Frescobaldi, Covoni y algún otro, evitaban el contacto con la nueva sociedad y con la nueva Corte. En cuanto al clero, no necesito decir que consideraba al Rey Víctor Manuel y á todos los liberales como étnicos y republicanos. Una tentativa de manifestación reaccionaria, hecha poco después de la caída del Gran Duque, había contribuído mucho á exasperar los ánimos de ese partido. Quiso servirse con poca prudencia de la solemne procesión del Corpus, para hacer ver cuán grande era su número, y esto produjo una indecorosa y sacrílega contrademostración por parte de los liberales, de resultas de lo cual, el Gobierno prohibió para siempre aquella hermosa y edificante fiesta, y todas las que se hacían fuera de las iglesias. Además, los masones especialmente, declararon desde entonces una guerra á muerte á todo lo que se relacionaba con el culto divino, y cuando no podían hacerlo directamente, lo hacían por cuantos medios indirectos se hallaban á su alcance.

Por fortuna, dejaron subsistir una institución, pública también, y cuya utilidad es muy grande, cual es la Archicofradía de la Misericordia. Fundada en los siglos medios, tiene el carácter de aquella edad religiosa y devota. Pertenecen sus miembros á todas las clases sociales, y para conservar entre ellos la igualdad y también la humildad, ejercen sus funciones cubiertos con un sayo negro y un capuz del mismo color, provisto de dos agujeros para los ojos. Los mismos Grandes Duques solían formar parte de esta piadosa compañía, y por esta razón, sin duda, había la

costumbre, que se conserva todavía, de descubrirse á su paso. Su objeto es llevar los muertos á su última morada, y los enfermos al hospital. Si suena de repente la campana de su capilla, que está cercana á la catedral, esto quiere decir que ha venido aviso de haberse ahogado algún imprudente en el Arno, ó de haberse caído algún pobre albañil, ó de que un infeliz ha sido herido por cualquier accidente, y luego, al punto, corren á su capilla los hermanos que están de turno, se cubren con su negro vestido, y tomando unas angarillas, van á buscar al muerto ó al enfermo y le llevan á donde pueda ser depositado ó socorrido. El grupo que forman es por extremo pintoresco, y el público, que admira su caridad, les da siempre pruebas de respeto y cariño.

Por lo demás, también entre las clases bajas había aún sus diferencias de opiniones. No todos se hallaban bien con el nuevo régimen, especialmente aquellos que estaban sujetos al pago de contribuciones. Por un lado, la necesidad de premiar y contentar á todos los que habían tomado parte en el movimiento revolucionario, y por otro la de mantener un numeroso ejército y llevar á cabo toda clase de obras públicas, habían aumentado extraordinariamente la cifra de los gastos, y era imposible hacer frente á ellos sin quintuplicar los impuestos. Vivía aún el caballero Baldasseroni, último Ministro que había sido del Gran Duque. Fuí á hacerle una visita, pues habíamos sido buenos amigos, y le pregunté su opinión sobre el nuevo gobierno. Si he de ser imparcial, me respondió, reconozco que no deja de tener sus ventajas. Con todo, sus gastos son excesivos, hasta el punto de que importan más que lo que sumaban los de todos los siete diferentes Estados que había antes en Italia. La consecuencia de esto, ha sido un aumento into-

lerable en las contribuciones. Como muestra me refirió esta anecdotilla. Había en la entrada del puente viejo un zapatero, el cual cada vez que por allí pasaba le decía: Señor Excelentísimo 50 y 400. Al principio no le hizo caso. Al fin, se paró un día y le preguntó qué quería significar con esas dos cifras. Y el buen hombre le contestó: ¡Que cuando Vuecencia era Ministro no pagaba yo más que cincuenta liras de contribución industrial y ahora pago cuatrocientas!

CAPÍTULO LXXXIV

Florencia, de 1869 á 1875

Nuevas tragedias europeas. — Cómo justifico mis digresiones. — Guerra entre Alemania y Francia.—Su causa, la ambición de la última.—Su pretexto, la elección del Príncipe Hohenzollern para Rey de España.—Victorias de los alemanes.—Napoleón vencido y prisionero en Sedán.—Establécese en Francia una tercera República.—Inútiles esfuerzos de Thiers y Gambetta para prolongar la lucha.—Sitio de París.—La Francia hace al fin la paz, perdiendo la Alsacia y la Lorena.—Efecto que esto produce en otros países.—El Rey de Italia entra en Roma á cañonazos y la declara su capital.—La España elige por Rey al Duque de Aosta.—Una Comisión de las Cortes viene á buscarle á Florencia.

No habían transcurrido más de cuatro años desde la derrota del Austria en Sadowa, cuando una nueva tragedia militar y política vino á asombrar á la Europa. Mas antes de proseguir, quiero justificarme de una tacha que quizá merezca á primera vista. El severo censor podrá decirme que hago con harta frecuencia toda clase de digresiones, ora históricas, ora descriptivas, las cuales no tienen mucho que ver con el objeto principal de mi libro, de tal suerte que más parece éste un Manual de Historia ó una Guía del viajero que no una relación de recuerdos. Yo, sin embargo, creo poder justificar esta, que parece falta, haciendo advertir que mal podrían comprenderse las cosas que de cada país voy refiriendo, si no las acompañase de aquellos antecedentes que las explican y de aquellas descripciones que les dan un color local, no de otra suerte que el novelis-

ta las introduce á cada paso en sus ficciones á fin de comunicar más vida á los personajes que pinta.

Y ofrecida esta disculpa, prosigo la relación de la nueva catástrofe á que aludo, la cual fué una guerra sangrienta entre la Alemania y la Francia, terminada por la derrota de ésta y la constitución del Imperio germánico bajo la heguemonía de la Prusia. La Francia no podía consolarse de los recientes triunfos de su rival y del aumento de gloria y prestigio que con ellas había conseguido. No satisfecha con la adquisición de Saboya y Niza, que le había cedido, la Italia como recompensa del auxilio que le había prestado en su lucha con el Austria, parecíale que debía obtener también otro engrandecimiento por el lado del Rhin ó de la Bélgica, á fin de equilibrar las ventajas reportadas por la Prusia en Alemania. Había Napoleón negociado para ello con el Príncipe de Bismarck; mas el astuto prusiano, evitando siempre darle promesas terminantes en cambio de la actitud neutral de la Francia en las cuestiones de la Prusia con el Austria, supo entretenerle de manera que conservó sus ilusiones hasta el último momento.

Codició primero Napoleón las provincias alemanas colocadas á la izquierda del Rhin; pero no pudo obtener para esto el consentimiento de aquel Ministro. Pensó luego en la anexión de la Bélgica, lo cual era aún más difícil, porque interesaba, no sólo á la Alemania, sino á la Inglaterra, y se vió también frustrado en este proyecto. Tuvo, en fin, la idea de adquirir el Luxemburgo por medio de un arreglo con el Rey de Holanda, á quien pertenecía; mas aunque este Monarca parecía inclinado á consentirlo, supo Bismarck amedrentarle de tal modo, que al fin se negó á ello. Convencido así el Soberano francés de que no le era posible obtener cosa alguna por los medios pacíficos, pensó en

recurrir á las armas. Había esperado ser el árbitro de Europa después que la Prusia y el Austria usasen mutuamente sus fuerzas; pero las rápidas victorias de aquella Potencia se lo habían hecho imposible. Era necesario que luchase con ella sin que hubiese perdido nada de su pujanza.

Con este objeto, retiró primero sus tropas de México, abandonando al desgraciado Maximiliano, y trató de reorganizar su ejército dotándole de nuevos fusiles de tiro rápido. Viendo que el partido clerical no se hallaba tan dispuesto como antes á sostenerle, á causa de las complacencias que había usado con Italia, y que le valieron el apodo de Poncio Pilato, buscó poco á poco el apoyo de los liberales, dando á Olivier la preferencia sobre Rouer, é introduciendo reformas en la Constitución, que eran favorables á aquel bando político. Solicitó también aliados, y no dejó de hallar buena acogida por parte del Austria y de Dinamarca, las cuales se hallaban deseosas de vengarse de la Prusia, y también por parte de la misma Italia. El Archiduque Alberto hizo expresamente un viaje á París á fin de combinar con Napoleón la campaña que deberían hacer juntas las dos naciones para vencer al enemigo común. El Rey de Dinamarca mandó á París á su Ministro de la Guerra con una misión parecida, pues se trataba de que un ejército de 20.000 dinamarqueses atacase á la Prusia por el Norte y la obligase á distraer allí parte de sus fuerzas. En cuanto á la Italia, su respuesta fué asimismo favorable, sólo que exigía para unirse á la Francia que ésta le permitiese ocupar á Roma.

Halló, además, el Emperador un decidido apoyo moral por parte del Papa y del partido católico de toda Europa, los cuales le hubieran perdonado todas sus faltas anteriores, con tal de que se opusiese con buen éxito al engran-

decimiento de la Prusia protestante. La Emperatriz Eugenia, cuyas opiniones habían sido siempre muy reaccionarias y cuyo carácter novelesco la llevaba á apasionarse por las empresas generosas, impelía al Emperador á aquella guerra, pareciéndole, sin duda, que estaba destinado á restablecer en Alemania un Imperio católico presidido por el Austria, en lugar del Imperio protestante dirigido por la Prusia. Esta es mi guerra, dijo aquella ilustre dama cuando al fin llegó á declararse. Por último, el Conde de Beust en Viena, y el Duque de Gramont en París, movidos del más vivo odio contra Bismarck, hacían cuanto les era posible para que el conflicto fuese inevitable. Quiso el partido constitucional francés oponerse á esta corriente, pero se vió arrastrado por la opinión pública, porque todo el resto de la nación se hallaba animado de un aborrecimiento implacable contra la Prusia, y desconocía de tal modo su inferioridad militar en aquellos momentos, que creía seguro el triunfo.

Faltaba sólo un motivo plausible para empezar las hostilidades, y la casualidad hizo que fuese precisamente España quien, sin quererlo, lo suministrase. Después del destronamiento de la Reina Isabel II, andaban ocupados los revolucionarios en buscar un nuevo Monarca. Lo más natural y lo más conveniente hubiera sido dar el trono al Príncipe Don Alfonso, con una Regencia; pero Prim, sobre todo, se oponía á los Borbones. Por otra parte, Serrano y Topete no querían república, y el mismo Prim, á pesar de haberse servido de los demócratas para llevar á cabo la sublevación de varias provincias, parecía desear de buena fe que se conservase la Monarquía. Andaban, pues, pidiendo rey como las ranas de la fábula.

Serrano y Topete deseaban dar el trono á Montpensier,

con quien tenían contraídos serios compromisos; pero Prim le puso también su veto. Además, este candidato era poco popular, á causa de ser un Orleans, de cuya familia no se fiaban los liberales; á lo cual se añadía que habiendo reñido en desafío con el Infante Don Enrique, tuvo la desgracia de matarle. Don Enrique había tenido la mayor culpa por haber provocado á Montpensier con un lenguaje insolente, pero al cabo era español y gozaba de las simpatías de los progresistas. Como quiera, la bala que le quitó la vida hizo al mismo tiempo pedazos las esperanzas de Montpensier. Pensaron entonces en ofrecerle la Corona al Rey viudo de Portugal, al Duque de Génova y á otros varios Príncipes, todos los cuales tuvieron el buen sentido de rehusarla, y al fin, tuvieron la idea de brindársela á un príncipe de Hohenzollern, pariente del Rey de Prusia, pero católico é independiente, y después de varias idas y venidas y de dos ó tres repulsas, consiguieron que aceptase. Y he aquí encontrado el *casus belli*.

Como si Napoleón fuera otro Luis XIV y la España del pasado siglo la misma de los tiempos de Carlos II, y como si nuestro país no fuese dueño de darse el Rey que más le pluguiese, tuvo el Soberano francés la impertinencia de oponerse á aquella elección y de exigir que el Príncipe de Hohenzollern renunciase á su propósito. Dirigióse para ello al Rey de Prusia, como jefe de la familia, y aunque éste llevó muy á mal semejante exigencia, hallóse un medio de evitar la dificultad, haciendo que el mismo candidato retirase su consentimiento. Mas no convenía esto al Monarca francés, ni sobre todo á sus Ministros Gramont y Ollivier, ansiosos de empezar la guerra; por lo cual, inventaron una nueva impertinencia, todavía mayor, exigiendo que el Rey de Prusia se obligase á no consentir en ningún

tiempo que Hohenzollern aceptase el trono de España. Era ya demasiado. Dicen que el Rey estaba dispuesto á ceder y que Bismarck alteró el texto de un telegrama para que se negase á toda ulterior concesión; mas de todos modos, á mí me parece que no se necesita nada de eso para explicar la repulsa de aquel Monarca y la explosión de furor que estalló en toda Alemania, indignada ya de las arrogancias de la Francia.

La guerra, pues, fué luego un hecho, y no permaneció mucho tiempo dudosa entre las dos naciones la balanza de la fortuna, porque los alemanes, atacando con fuerzas muy superiores y conducidos por un gran General, cual lo era el Conde de Moltke, obtuvieron desde luego las más decisivas victorias. El Emperador mismo se vió pronto circundado en Sedán, donde capituló con todo su ejército. Nadie vino en su auxilio. Así como el Héctor de la *Iliada* buscaba en vano á su hermano Deifobo en el momento del peligro, del mismo modo buscaba Napoleón en vano al Austria y á otras naciones, en cuya cooperación había fundado tantas esperanzas. Y como Héctor, también podía exclamar en su angustia: «Los Dioses me abandonan y ya está cercana mi muerte».

Habían esperado sus supuestos aliados que la Francia obtendría algunas ventajas, al menos al principio, y se sintieron sobrecogidos y amilanados cuando la vieron vencida tan fácilmente. Y era que no sólo la Prusia, sino la Alemania entera había entrado con sus armas en el seno de aquella nación. Los Estados del Sud habían vacilado un poco; pero Bismarck les había comunicado los despachos mismos en que Napoleón le pedía las provincias de la izquierda del Rhin, y esto había abierto sus ojos y despertado sus iras. Según lo decía con razón Bismarck, era aque-

lla la duodécima vez que la Francia le hacía la guerra á la Alemania; mas existía entonces esta diferencia: que en todas las anteriores la Francia había sido la invasora y había hecho la guerra dentro de la Alemania, aprovechándose de sus divisiones y armando unos contra otros á sus diversos Príncipes, mientras que en aquella ocasión marchaban todos unidos bajo un solo jefe y eran ellos los invasores.

Vencido Napoleón en Sedán, su fin fué tan prosaico como el de su mismo tío y el de otros tantos Soberanos desgraciados, pues como lo he dicho ya á propósito del Rey de Nápoles, no se muere cuando se quiere, ni á todos les es dado caer con la espada en la mano. Prisionero de la Prusia, fué puesto después en libertad, y al fin se retiró á vivir en Inglaterra, donde murió á los pocos años de una enfermedad crónica que padecía. Y no sólo sufrió con entereza su adversa fortuna, sino que en ocasiones exageró su indiferencia. En una carta que le dirigió á su antiguo amigo el Conde Arese de Milán, en los primeros días de su desgracia, le decía, casi con cinismo: «Después de todo, he vuelto á ser lo que era antes del año 50; de modo que ni pierdo ni gano». Dudo, sin embargo, que no le fuese sensible la ingratitud de los franceses, á quienes había dado antes algunos años de gloria, y el odio que le mostraban los partidos extremos, porque para los unos había sido demasiado clerical, y para los otros demasiado jacobino. Detestábale el clero, no obstante que le había incitado tanto á la guerra, y recuerdo haber oído poco después de su muerte un sermón de cierto elocuente jesuíta, en el cual le aplicó muchas frases tomadas del libro de Lactancio sobre la muerte de los perseguidores, y concluyó diciendo: «Ese hombre funesto, es quien más ha contribuído á las presen-

tes tribulaciones de la Iglesia, y, sin embargo, á ella le debió en parte su encumbramiento, y si ahora no se maldice su memoria, se lo debe á esa cruz que la Iglesia también ha colocado sobre su sepúlcro».

Compañera de sus desventuras fué la ilustre Emperatriz Eugenia, la cual quiso en vano asumir la regencia durante la menor edad de su hijo. La Cámara de Diputados se opuso, como en el año 48, á la continuación de la Monarquía, y proclamó en el acto la tercera República, creando un Gobierno provisional, que llamaron de la Defensa Nacional. Dirigían el movimiento dos hombres de ideas radicales, Julio Favre y Gambetta, á cuyos ánimos exaltados parecía cosa fácil renovar los tiempos de la Convención y rechazar á los alemanes. Llenos de generosas ilusiones, creyeron que ellos podrían hacer lo que no había podido hacer el Emperador; es decir, encontrar aliados é improvisar nuevos ejércitos. De lo primero se encargó el célebre Thiers; de lo segundo Gambetta. Mas ni el uno ni el otro pudieron conseguir su designio.

Precisamente no era Thiers la persona más á propósito para inspirar simpatías á la Europa. Vile en los paseos de Florencia, siendo fácil reconocerle por su pequeña estatura, sus expresivas facciones y sus prosaicos espejuelos, que le daban un aire de procurador astuto; y aunque he sentido siempre una gran simpatía por la Francia, confieso que no podía ver con buenos ojos á aquel famoso publicista. Recordaba que había glorificado los triunfos de la Revolución del año 89, y que había escrito también una historia del primer imperio, en la cual no tiene casi una palabra de interés para los Príncipes y los pueblos vencidos, ni tampoco censura con energía las injusticias y atropellos cometidos por su héroe. Recordaba también que cuando fué Mi-

nistro en el año 41 estuvo á punto de apoderarse de las Baleares sin declaración de guerra, sólo para vengarse de su mal suceso en la cuestión de Oriente, según lo dijo en las Cámaras Mr. Joubert, uno de sus colegas de Ministerio, sin que él lo contradijese.

Además, la causa misma de Francia no era, en general, muy simpática. Ningún Gobierno se sentía inclinado á exponerse á la enemistad de la Prusia para sostener los intereses de aquel país. Y si fuera lícito usar de chistes en un asunto tan serio, diría que los sentimientos de casi toda Europa se parecían entonces mucho á los de aquella viuda que no quería rezar por su marido difunto, y preguntada por qué, respondía que si estaba en el infierno no podía sacarle de él, y si se hallaba en el purgatorio, era bueno que se quedase allí algún tiempo, á fin de que pagara lo que la había hecho sufrir durante su vida.

La misión de Thiers fracasó, pues, completamente, á pesar de su gran talento, y por otra parte, la que había tomado sobre sí Gambetta no tuvo tampoco buen éxito, porque los ejércitos improvisados no podían medirse con los soldados aguerridos de Alemania, y vencidos en varios combates, tuvieron los unos que refugiarse en Suiza y los otros que rendirse prisioneros. Entre tanto, el Rey Guillermo con numerosas huestes tenía cercado París, y para mayor mortificación de la Francia, los Reyes y Príncipes alemanes le proclamaron su Emperador en el gran salón de los espejos del mismo Palacio de Versalles, lleno todavía de la sombra gloriosa de Luis XIV. Fué, pues, preciso entrar en negociaciones. Pedían los alemanes la cesión de la Alsacia y la Lorena. Pretendían los franceses que no era justo quitarles ni una pulgada de su territorio; ellos que si hubiesen vencido habrían tomado la orilla izquierda del

Rhin y quizás también el Luxemburgo; pero viendo que toda resistencia era inútil, hicieron al cabo la paz, cediendo parte de la Lorena y toda aquella Alsacia, que había tomado Richelieu dos siglos antes, uniéndose con los protestantes y aprovechándose de las discordias de la Alemania.

Acompañó á estas desventuras una nueva revolución excitada por los socialistas, los cuales establecieron en París un Gobierno de furiosos, llamado la Commune, el cual añadió al espectáculo de la derrota el de una tragedia doméstica digna de los peores días de la primera República. Mr. Thiers, el más hábil panegirista de las modernas revueltas, fué al fin nombrado Presidente del Poder ejecutivo, y tomó á su cargo el comprimir la de aquella época. Y más feliz en esta tarea que en su viaje diplomático por Europa, restableció con mano firme el orden interior, reorganizó el ejército y pagó á los alemanes los millares que habían exigido.

No había terminado aun esta notable catástrofe, cuando la Europa tuvo que presenciar otra todavía mayor, que fué su natural consecuencia: la ocupación de Roma por los italianos y la caída del poder temporal del Papa. Sucedió esto en el mismo año 70, á poco de comenzar la guerra entre Francia y Alemania, pues apenas supieron los italianos que aquélla había sido vencida y retirado sus tropas de Roma, no hubo manera de contener el deseo que sintieron de hacerse dueños de ésta. El Rey Víctor Manuel, á pesar de sus ideas ambiciosas, no parecía tener la misma impaciencia, y más tarde se dijo que cuando sobrevenían dificultades á consecuencia de este suceso, les recordaba siempre á sus Ministros que ellos eran los que le habían obligado á realizarlo. Mas sea de esto lo que fuere, el hecho

es que no puso obstáculo alguno á su cumplimiento, sino que cedió inmediatamente á la voluntad de su pueblo, la cual, preciso es decirlo, fué manifestada de la manera más explícita.

Antes del desastre de la Francia era sólo la izquierda de la Cámara la que pedía Roma, mientras que todos los Ministros, especialmente el de Negocios extranjeros, Visconti Venosta, se mostraban decididos á impedirlo. Mas apenas lo vieron posible, todos cambiaron de parecer. Sucedió lo que era natural: si en España, por ejemplo, se supiese algún día que la Inglaterra había sido invadida, todos los españoles gritarían que era preciso atacar la plaza de Gibraltar. Pues eso mismo sucedió en Italia; todos querían ocupar á Roma. En los clubs, en los cafés, en los corrillos que se formaban en las calles de Florencia, no se oía hablar de otra cosa, y todos decían: «ahora ó nunca». Hasta personas muy moderadas y graves reconocían que era difícil resistir á un impulso tan general y tan fuerte.

Y con efecto, nadie se resistió á él, ni dentro ni fuera de Italia, pues el partido clerical no disponía de ninguna fuerza, y no había en Europa nación alguna católica, que quisiera ó pudiera impedir aquel atropello. La España, debilitada y entregada á los partidos revolucionarios, mal podía acudir en socorro del Papa. El Austria, débil también y paralizada ella misma por las agitaciones que trajeron consigo una nueva Constitución liberal y una política contraria á la del antiguo Concordato, no se hallaba tampoco dispuesta á emprender una guerra en favor del Santo Padre. Además, ¿cómo era posible que el Emperador Francisco José volviese á mandar sus ejércitos á Italia, cuando estaba aun tan reciente su expulsión de aquel Reino? Probó Pío Nono á excitar su celo católico, y envió á Viena al

hábil Monseñor Nardi con una misión secreta; mas aunque según me lo refirió él mismo á su regreso, rogó, suplicó y hasta lloró y se arrojó á los pies del Emperador, no logró más que afligirle, sin poder conseguir que cambiase de política.

Entre tanto el Rey Víctor Manuel enviaba á Roma al Conde Ponza de San Martino, con una carta autógrafa dirigida al Papa, en la cual le rogaba hipócritamente, que por el bien común del Papado y de la Italia, le permitiese ocupar aquella ciudad. Y no habiendo obtenido una respuesta favorable, mandó al General Cadorna con un ejército numeroso. Ensayó también éste al principio los medios de conciliación, pero el Papa se obstinó en resistir, sin duda para que constase para siempre la violencia que con él se cometía, y entonces procedió Cadorna á un sitio en toda forma, y abrió una brecha en el muro cerca de Puerta Pía. Los defensores de Roma, entre los cuales había, además de los soldados del Papa, muchos jóvenes italianos, belgas y franceses de buenas familias, y animados del mas vivo celo católico, querían resistir á todo trance; mas el bondadoso Pontífice, considerando que bastaba lo hecho para probar la violencia de que era víctima, y deseando evitar que se derramase ya inútilmente una sangre tan generosa, mandó cesar la defensa. Entraron en seguida los italianos y ocuparon poco á poco la ciudad entera, pues aunque al principio se habían abstenido de penetrar en el barrio de Trastevere, en que se halla el Vaticano, el Papa mismo les pidió que así lo hiciesen. La Princesa Rospigliosi me ha referido que el Conde de Arnim, Embajador de Alemania y mediador en aquellos tratos, le enseñó una carta del Cardenal Antonelli, en la cual le pedía con urgencia que las tropas italianas entrasen luego en aquel

recinto, porque había ya señales inequívocas de que sus habitantes se proponían alterar el orden.

De esta manera consiguió Víctor Manuel lo que no habían logrado ni Mazzini ni Garibaldi, sin protesta de nadie y con el tácito asentimiento de toda Europa, atónita de tanta audacia, pero descreída, revuelta é impotente. Así acabó el poder temporal del Papa; así cayó, después de haber durado quince siglos, el edificio fundado por Constantino y aumentado por Carlomagno y por Matilde.

Otra consecuencia, menos trágica, pero notable también del desastre de la Francia fué el lamentable episodio del reinado de D. Amadeo de Saboya en España. Ya he dicho cómo andaban nuestros revolucionarios en busca de un nuevo Rey. Cuando Napoleón puso su veto al Príncipe de Hohenzollern, sufrieron aquella humillación sin la menor protesta, y durante la guerra franco-alemana, no se atrevieron á tomar parte en ella, como parecía exigirlo nuestro honor ofendido. Mas continuaron entre tanto sus gestiones para encontrar otro Príncipe de buena voluntad; y apenas supieron la derrota de Napoleón, se animaron á ofrecerle la corona al Duque de Aosta, hijo segundo del Rey de Italia. Parecióles sin duda que un Soberano, el cual no había titubeado en despojar de sus dominios á sus más cercanos parientes, y acababa de entrar en Roma por una brecha, era el mas apropósito para recoger aquel cetro, que andaba casi tirado por el suelo.

Ni les costó mucho trabajo conseguirlo, pues no sólo no tenían los italianos escrúpulos de ninguna clase en tales materias, sino que les parecía muy conveniente que reinase en España un príncipe suyo, á fin de impedir las maquinaciones de nuestros carlistas y clericales contra el nuevo Reino de Italia. Si el Rey Víctor Manuel titubeó un poco

al principio, cedió pronto á los consejos de Menabrea, Minghetti, Cialdini y otros hombres políticos importantes, y en cuanto al Duque de Aosta, sin ser tan ambicioso como Maximiliano, no le disgustaba ir á ocupar con su esposa la princesa María Victoria de la Cisterna, el solio de Carlos V. Y adulaba, sin duda, á toda la familia de Saboya, que uno de sus miembros fuese á sustituir á los descendientes de aquel orgulloso Felipe V, que no quiso hacer sentar al Duque Víctor Amadeo, cuando le visitó en Turín.

Conseguida, pues, la aceptación, fué de España una Comisión de las Cortes, á fin de hacer la oferta solemne de la corona, y el Rey Víctor Manuel la recibió en Florencia, porque no se había trasladado aun la capital á Roma. Vila pasar á la entrada del puente de Santa Trinita, cuando se dirigía al palacio Pitti. Era á principios de Diciembre y caía bastante nieve, cosa rara en Florencia; mas á pesar de esto, iban todos los comisionados en carretelas abiertas. Recibidos por el Rey en el gran salón de Pitti, uno de ellos, Ruiz Zorrilla, que más adelante se hizo republicano, y dió mucho que hacer á todos nuestros gobernantes como conspirador perpetuo, le dirigió un discurso pomposo, en el cual tuvo el valor de ensalzar la lealtad de los españoles hacia sus Reyes, lenguaje que en boca de aquel revoltoso, parecía una ironía de mal gusto.

Nuestro Ministro Montemar los obsequió después con un banquete, al cual asistieron además varios Diputados y periodistas del país, y también allí tomó la palabra Zorrilla y les espetó una larga arenga en español, sin duda porque no poseía bien el italiano ni el francés. Los diarios de Florencia hicieron, sin embargo, grandes elogios de su discurso, aunque no faltó alguno que confesara francamente no haberle entendido, añadiendo en son de burla, que sólo

había notado que repetía á cada momento con mucho énfasis: «nosotros, vosotros, esos otros y aquellos otros».

El General Menabrea dió también un sarao en honor de ellos, al cual fueron convidadas muchas personas de distinción. Quería el General que yo asistiera; pero me excusé cortésmente. La Condesa María de Salm, que los vió aquella noche, me dijo que no creía que hubiesen hecho buena impresión; pocos hablaban francés, y si se exceptuaba á tres ó cuatro, los demás eran, según ella, tan feos como cursis. Al fin se marcharon, llevándose á su Rey, y me ha sido referido que durante la navegación de Génova á Cartagena, hubo algunos que dejaron ver su falta de educación, fumando en su presencia sin pedirle permiso, y tratándole con muy pocas ceremonias.

CAPÍTULO LXXXV

España, en 1871.

Voy á España en 1871.—Visito en París á la Reina Isabel.—Emoción que experimento al verla.—Novedades de París.—Literatura realista.—Poesías de Coppée. Cuadros de Meissonier.—Sigo á Madrid.—Difícil situación del Rey Amadeo.—La muerte de Prim perjudicó mucho á su causa.—División de sus partidarios. Los republicanos atentan contra su vida.—Hostilidad del clero y la nobleza.—Novedades de Madrid.—Novelas de Alarcón.—Cuadros de Fortuny.—Visita al Escorial.—Cuadro de la Sacra Forma.—Recuerdos de Felipe II y de la famosa Armada.—Paso una larga temporada en Cádiz.—Placer con que acompaño á mi anciana madre.—Regreso de nuevo á Italia.

Hacía ya bastante tiempo que Don Amadeo se hallaba sentado en su nuevo trono, cuando sentí el deseo de hacer una visita á mi país, en el cual no había estado desde hacía algunos años. Verifiqué el viaje por París, y tuve allí el triste espectáculo de los estragos causados por la reciente revolución interior, porque sin necesidad de que vengan de fuera nuevos bárbaros, los hay ya en el seno mismo de cada nación. Humeaban aun las cenizas de muchos edificios incendiados, no por los soldados alemanes, sino por el mismo pueblo francés. Y sospecho que el cochero de mi fiacre era comunardo, pues al llevarme á la posada, hizo de manera que pasásemos delante de todas las ruinas. Todo me afligía, pero nada tanto como la destrucción de las Tullerías, á causa de su belleza y de los recuerdos que las hacían tan interesantes. Hubiera querido

ser por algún tiempo Rey de Francia sólo para mandar reconstruir aquel palacio como lo edificó Delorme.

Empecé luego á visitar á mis parientes y amigos. Mas antes de todo quise presentar mis respetuosos homenajes á la Reina Doña Isabel, la cual se hallaba allí alojada en el palacio Basilewski, cerca de los Campos Elíseos. Recibióme la augusta señora con su amabilidad característica; pero tardamos en empezar á hablar, tanto ella como yo; tal era la turbación de que nos hallábamos poseídos. Por mi parte confieso que en los primeros momentos me sentí muy emocionado al contemplar á la Reina de España, á la excelsa dama á quien aclamaban un día con tanto entusiasmo casi todos los españoles, y á quien debían tantos de ellos su encumbramiento, empezando por Prim y Serrano, reducida á vivir como una persona particular en una casa alquilada. Ella también se mostró conmovida adivinando lo que yo pensaba; mas sin aguardar á que le expresase mi sentimiento por hallarla en aquel estado, se adelantó á manifestarme el suyo por ver que tanto yo como otros compañeros míos habíamos visto interrumpida nuestra carrera, á consecuencia de su propia desventura. Porque la noble señora no fué nunca egoísta y ha poseído siempre esa bondad natural, que es la más amable de las virtudes y la que más redime otras faltas. Hablamos después de las cosas de aquel tiempo y la encontré poco esperanzada de que tomasen por entonces mejor rumbo los asuntos de España, á pesar de la abdicación que había hecho en favor de su hijo D. Alfonso.

Cumplido el deber de esta visita y de otras de amigos y deudos, dediquéme luego á los teatros. El hijo del célebre Dumas, hombre de tanto talento como su padre, había dado un nuevo rumbo á la escena, introduciendo en

ella novedades propias de aquellos tiempos. La burguesía había gustado de personajes decentes: la democracia ponía en el teatro y exaltaba con ingenio las heroinas del vicio. Después de *La dama de las camelias* que ya daban en el año 63, había compuesto el mismo Dumas otra pieza titula *La Semisociedad*, en la cual figuraban toda especie de aventureras. Adulterios, hijos naturales y situaciones equívocas y aun repugnantes estaban á la orden del día. La música misma tomaba estos argumentos, y Verdi lograba muchos aplausos con su ópera *La Traviata*, que no era otra cosa que *La dama de las camelias*. El público experimentaba un placer singular en ver cómo moría cantando una linda pecadora.

Notábase la misma tendencia en la novela, desde que Flaubert había escrito *Madama Bovary*, é introducido lo que fué llamado el realismo, como reacción contra el ya anticuado romanticismo. Pero la lástima era que, como si no hubiera nada real más que lo inmoral y lo feo, ya no hubo más asunto que el adulterio, y todo el esfuerzo de los autores se redujo á cubrir la monotonía de la invención con los primores del estilo y la belleza de las descripciones. Mostráronse los unos hábiles tapiceros en la pintura de casas y muebles, los otros buenos sastres y modistas en la de trajes y atavíos, no pocos hicieron gala de conocimientos botánicos, geológicos y hasta terapéuticos. Goncourt, por ejemplo, describe una sala de hospital, como el más afamado médico, y es tan exacto que no olvida ni aun el mal olor de las cataplasmas. En fin, otros como Daudet y Bourget blasonan de psicólogos, y dejando atrás á Tácito, Saint Simón y La Rochefoucauld en el análisis de las pasiones, nos dicen los motivos más recónditos que animan á los personajes de sus fábulas. Todos tienen talen-

to, todos escriben con galanura; pero todos también pintan las mismas aventuras y adolecen de una inmoralidad que corresponde bien á la situación actual de la Francia. Hasta los más correctos ponen siempre en sus novelas alguna página obscena.

La poesía lírica se ha conservado más pura, pero no tiene tanto mérito como la de Hugo y Lamartine. En general, los poetas franceses de la segunda mitad del siglo cuidan más de la forma que del fondo, lo mismo que los prosadores, y algunos han merecido por la perfección de sus versos el nombre de parnasistas. Pero abusan igualmente de las descripciones, como Leconte de Lisle, ó bien del análisis psicológico, como Sully Prudhomme. Más agradablemente que éstos me parece Coppée, porque pinta escenas interesantes de la vida común con un estilo muy sencillo. Su musa, sin dejar de ser elegante, es popular y fácil.

Vi también con placer los nuevos cuadros, especialmente los de Meissonier, que me parecieron llenos de verdad y casi comparables con los antiguos flamencos. Admiré los retratos de Carolus Durán, y las obras de Gerôme y Cabanel, aunque las hallé demasiado realistas, pues también en las artes del diseño se ha introducido ese estilo, y las del joven Bouguereau, cuyo color es excelente. Y, en fin, me causaron mucho placer los frescos de Baudry en el nuevo teatro de la Opera, debido al arquitecto Garnier. Hízome también este edificio muy agradable impresión, y era cosa nueva para mí, así como la parte moderna del Louvre. Ambos monumentos hacen honor al segundo Imperio. Había, además, otros muchos artistas de mérito, y algunos ganaban cuanto querían y vivían como ricos señores, pues el arte estaba cada día más de moda, hasta tal punto que

la suprema elegancia en los salones de París y de toda Europa en aquel tiempo era que imitasen los talleres de los pintores. Veíase en ellos gran variedad de muebles, y usábase para adornar las paredes, no sólo cuadros, sino telas de diversos colores, armas, guitarras, panderetas y cachivaches de toda especie.

Continuando luego mi viaje, fuí sin detenerme á Madrid, donde tenía curiosidad de ver al flamante Rey en el ejercicio de sus funciones. Encontréle pronto en la calle, solo, como un particular, sin acompañamiento de ninguna clase.

Hallé también á la Reina, á punto que subía á su coche después de haber hecho compras en una tienda, y me pareció linda y distinguida. Habíase agolpado á esperarla un gran número de curiosos, los cuales la saludaron después con mucha cortesía. A él me pareció que le respetaban menos. La vida de entrambos no era, á lo que creo, muy agradable.

Era Amadeo el contraste de Maximiliano. A éste le eligieron el clero y los ricos propietarios; á él le había elegido la burguesía. Pero el resultado era el mismo; es decir, que á ambos les faltaba base bastante ancha para sostenerse. La primera y mayor desgracia de Amadeo fué la muerte de Prim, asesinado poco antes de que él llegara á España. Si aquel General hubiese vivido, es muy posible que hubiera contenido á los demócratas y republicanos. Así lo temían ellos y por eso le odiaban de muerte. Añádase que querían vengarse de él, porque se había servido de ellos para encaramarse al lugar que ocupaba, y les daba en vez de República, una nueva Monarquía. Como quiera, el ambicioso Prim, que había pasado su vida conspirando, la perdió miserablemente á manos de oscuros conspiradores, y la

opinión general atribuyó este delito á los partidarios de la República.

Supo Amadeo esta triste noticia al desembarcar en Cartagena, y lo mejor que hubiera podido hacer habría sido volverse otra vez á Italia. Mas esperó, sin duda, que los demás Generales, algunos de los cuales salieron á recibirle á aquél puerto, podrían reemplazar al difunto caudillo.

Pronto, sin embargo, pudo convencerse de que su posición era muy difícil. Privada la burguesía progresista del contrapeso de otras clases, empezó enseguida á dividirse. Los unos deseaban más libertad, los otros menos. Hubo progresistas netos y progresistas democráticos, que querían transigir con la internacional y con los bandos extremos. Zorrilla derribaba á Serrano y Sagasta á Zorrilla. Mudábanse los Ministerios con la misma rapidez que en tiempo de Isabel II. Agitábanse por otra parte los carlistas y los republicanos. El jefe de los primeros, Nocedal, hacía mucho ruido en las Cortes y parecía haberse propuesto que no fuera posible gobierno alguno; partidas armadas de aquellos fanáticos recorrían ya algunas provincias. Y en cuanto á los republicanos, su violencia era aún mayor, y no contentos con la muerte de Prim, pusieron asechanzas á la vida del mismo Amadeo.

Hacía poco que había este último ocupado el trono, cuando, yendo un día de paseo por el Retiro con la Reina, su consorte, fueron ambos objeto de un atentado criminal que puso en peligro su existencia. Y puede decirse que los preservó la divina Providencia, pues el gobierno de entonces estaba tan neciamente infatuado con lo que creía condiciones de la libertad, que se jactaba de no prevenir ningún delito, siguiendo sólo una política represiva. Ab-

surdo sistema que ya criticaba con buen sentido cierto Gobernador de Lope, en estos notables versos:

Y así vemos que se engañan
Los que gobiernan, si piensan
Que sólo el castigo basta.
Prevenir que no sucedan
Delitos, con que no haya
Quien los haga, en quien gobierna
Es la prudencia más alta.

Y por si la confusión no era bastante grande, una insurrección estallada en Cuba poco tiempo antes, tomaba las más alarmantes proporciones merced al desorden que reinaba en España y al auxilio que los Estados Unidos prestaban á los revoltosos. El General Prim, que conocía bien el estado de aquella colonia, el odio que nos profesaban los criollos, su propensión natural á los Estados Unidos, los cuales están mucho más cerca de ellos que España, el deseo que tenían de imitar á los otros países de la América española y la ley fatal de expansión que impelía á los americanos del Norte á apoderarse de aquella isla, para lo cual contaban con toda clase de medios, tuvo la sagacidad de prever que al cabo tendríamos que perderla y se mostró muy inclinado á cedérsela á aquéllos, recibiendo en cambio una compensación pecuniaria. ¡Y ojalá que todos los españoles hubieran pensado entonces de la misma manera, pues así nos hubiésemos ahorrado otras insurrecciones y otras guerras que al cabo nos han privado, no sólo de Cuba, sino también de Puerto Rico y Filipinas! Decían que era vergonzoso venderla; mas podía habérsele dado la independencia ó, al menos, la autonomía.

A todas estas dificultades, nacidas de la actitud de sus mismos parciales y de los carlistas y republicanos, uníase

para Amadeo las que le ocasionaba la oposición del clero y la nobleza. El clero temía que la nueva monarquía democrática trajese consigo la libertad de cultos y una disminución de su influencia en la educación de la juventud, como sucedió efectivamente, y por este motivo se mostró enemigo del nuevo Rey y partidario más ó menos declarado de D. Carlos. La nobleza, especialmente en Madrid, movida en parte por sus sentimientos religiosos y en parte por su fidelidad á la dinastía caída, se manifestó asimismo hostil al nuevo Soberano, que era el elegido de la democracia. Las señoras, sobre todo, mostraron un alejamiento sistemático á la nueva Reina, que rayó á veces en descortesía. Quien quiera conocer bien esa conducta de nuestras grandes damas, debe leer una novela del Padre Coloma, titulada *Pequeñeces*, en que el agudo jesuíta la pinta con muy vivos colores. Algunos partidarios de Amadeo calificaron esa actitud de las damas de grosera é injusta; mas, si bien se considera, no les faltaba alguna excusa. Amadeo vino á España sabiendo perfectamente que quien le llamaba era exclusivamente la burguesía, y no toda ella, sino la menos elevada y rica; por consiguiente, no tenía derecho á exigir que las señoras de la aristocracia tratasen á su consorte como una Reina legítima. Por lo demás, no creo que ni ellas ni nadie en España dejase de reconocer su mérito, porque oí antes elogios en boca de muchos, y me atrevo á decir que lo único que ha quedado en nuestro país de aquel efímero reinado, es el recuerdo de las virtudes y nobles prendas de la Reina María Victoria.

Quise conocer también la manera de pensar de los liberales conservadores, y con este objeto visité, no sólo al ilustre Cánovas, que era ya su jefe reconocido, sino á mi antiguo amigo y favorecedor Miraflores y al venerable

Barzanallana, anciano ya y casi ciego. Hallábanse, á lo que comprendí, bastante divididos, formando bando aparte, si bien pequeño, los que no querían transigir con ninguna de las ideas defendidas por los progresistas. En cuanto á Cánovas y Miraflores, parecióme que tenían miras menos estrechas, y aun, si no me equivoco, su posición era en aquel momento más bien expectante que enemiga. Ninguno de ellos me lo dijo expresamente, pero si es posible juzgar por indicaciones y medias palabras, creo yo que no hubieran rehusado su concurso al nuevo Monarca, si éste se lo hubiera pedido. El mal estuvo, primero, en que su reinado duró muy poco, y segundo, en que Amadeo quería ser fiel á los que le habían traído, y adoptó, como su padre, una actitud pasiva. Convencidos de esto los moderados, natural es que ellos también se manifestasen siempre fieles á la dinastía antigua.

Hice luego mis visitas á los demás amigos y conocidos, y fuí también á los teatros, donde hallé siempre en boga, como en el año 63, las piezas de Tamayo, Vega y Zorrilla, al lado de las traducciones francesas. Bretón andaba ya muy olvidado, porque la sociedad de que él se burló con tanta gracia, era la que estaba triunfante. De Zorrilla representaban el *Don Juan Tenorio*, drama singular, que tiene el privilegio de agradar siempre al público de Madrid. Débese esto, en primer lugar, á la galanura de sus versos y á la buena ejecución de los actores. Entonces lo interpretaban muy bien uno llamado Calvo y una joven, Mendoza, que empezaba su carrera con mucho aplauso. Es asimismo indudable que el carácter del protagonista, con ser vicioso, posee cierto interés, gracias, sobre todo, á las modificaciones que en él han introducido los modernos, pues el inventado por el fraile Téllez, no podía ser más odioso. El

Don Juan de Zorrilla como el de Molière y como el de todos los dramaturgos posteriores á Tirso, engañan ciertamente á las mujeres; pero lo hacen fingiendo amor; mientras que el de Tirso es un bandido que goza de ellas, tomando con violencia ó engaño el lugar de sus maridos ó amantes. Los *Don Juanes* modernos son seductores sin corazón, pero algo excusables, porque dan con mujeres que se dejan fácilmente seducir, como las de la lista de Leporelo, imitada de Anacreonte. El *Don Juan* de Tirso era un salteador de mujeres; y admira, en verdad, que en una época que se decía caballeresca, existiese ó se inventase un personaje tan villano.

En punto á novelas, noté las de Alarcón, que habían seguido á las de Fernández y González, y entre las cuales doy la preferencia al *Sombrero de tres picos*. Una señora, Doña Pilar Sinués, continuaba, por su parte, con mucho talento la obra de Fernán Caballero, ó sea *Cecilia Bohl*, y su novela titulada *Isabel primera* me proporcionó grata lectura.

En artes hallé, asimismo, bastante que admirar. Fortuny, el malogrado Fortuny, me pareció el primer pintor español entre los de aquel tiempo. Rompiendo del todo con las tendencias de la primera mitad del siglo, habíase dedicado con sumo éxito á un género muy parecido al de los pequeños flamencos y al del francés Meissonier, y había adquirido en él tanta perfección, que llegó á tener muchos imitadores y á formar una especie de escuela. Su cuadro de *La Vicaría* goza de una reputación europea. Un sobrino de Madrazo hacía también retratos tan buenos como los de su ilustre tío; Zamacois pintaba muy lindos cuadros, y en el Museo del Prado vi la *Muerte de Isabel la Católica*, del gran Rosales, que me pareció excelente. Descontentába-

me sólo que todos estos pintores, como los antiguos, sin más excepción casi que Murillo, parecían como reñidos con la belleza de ambos sexos. Dícense realistas; mas á mí me parece que se puede ser tal sin necesidad de copiar siempre lo común y lo feo, y sospecho que esto nace de falta de dibujo y de pereza, en atención á que la representación de la belleza es más difícil. Y ya dijo un gracioso de Rojas que cierto pintor dió en retratarle por fuerza:

Pues por extraña y ajena
Pintó mi cara endiablada,
Que es mejor para pintada
La mala, que no la buena.

Fiel á mi plan de ir viendo en mis viajes sucesivos todo lo más notable de España, pasé á visitar el Escorial antes de marchar á Andalucía. Aunque en Madrid reinaba aun una agradable temperatura de Otoño, hallé en aquel Real Sitio frío y nieve, lo cual aumentaba su aspecto solitario y austero. El edificio es enorme, pero de proporciones muy armoniosas y de un dibujo muy bello. Empezóle Juan de Toledo y le terminó Juan de Herrera, en una época en que por fortuna, reinaba ya el estilo clásico, cultivado en Italia por Paladio y Bramante. Los frescos de Tibaldi y Zuccaro, que adornan la escalera y las salas del palacio, me parecieron muy buenos, y admiré en la iglesia los cuadros del Mudo. Quisiera decir lo mismo de algunos del Greco; mas no puedo aprobar sus tintas cenicientas, que nada tienen de verdadero ni de bello. Pero lo que más me gustó fué el magnífico cuadro, llamado de la *Sacra Forma*, debido al pincel de Claudio Coello, que se encuentra en la sacristía. Pasé más de media hora contemplándole y me pareció que se le puede poner al lado de los mejores de Murillo y Velázquez.

Interesóme luego mucho la célebre biblioteca, y causóme grande impresión el cuarto de Felipe II y las estatuas de Carlos V, del mismo Felipe y sus tres mujeres, que están á los dos lados del Altar mayor. Todo habla allí de aquel gran Rey, y la admiración que por él se siente sería mucho mayor, si ciertos importunos recuerdos no vinieran á mezclarse con el de sus glorias. Tuvo grandes cualidades; pero también grandes defectos. Su amor á la Inquisición y el rigor que empleó en Flandes le hacen odioso. Su conducta en la expedición de la Armada le hacen casi aborrecible. ¡Qué obstinación en dar el mando de ella al pobre Duque de Medina Sidonia, á pesar de que lo rehusaba de buena fe, sintiéndose inferior á tal encargo! ¡Qué indiferencia después de la catástrofe! Cuando Augusto supo el triunfo de Arminio, pasó muchas noches sin plegar los ojos, y levantando las manos al cielo exclamaba de continuo: «Varo, Varo, devuélveme mis legiones». Y cuando Germánico perdió toda su escuadra en las costas de Holanda, tuvieron sus capitanes que sujetarle para que no se arrojara al mar. En el caso de la Armada, Recalde, uno de nuestros capitanes, murió de dolor al llegar á la Coruña, y otro de ellos, Oquendo, cuyos consejos no quiso seguir Medina Sidonia, cayó también enfermo en San Sebastián, y volviendo la cara hacia la pared, se dejó morir de pena. Y Felipe se contentó con decir que no había mandado su escuadra á combatir contra los vientos. ¡Rara y poco natural impasibilidad, que por mi parte no admiro!

Pero lo peor para la memoria de aquel Rey es, en mi sentir, que su rigor y terquedad excitan la admiración de ciertos escritores modernos, los cuales, por no caer en las críticas exageradas de los enciclopedistas y protestantes, dan en otro exceso casi mayor, hallando buenas todas sus

acciones. Por efecto de esto, su conducta política ha llegado á formar escuela entre nosotros, de tal suerte que ha habido no pocos Generales y Ministros que han querido ser otros tantos Felipitos segundos, imitando sólo sus errores.

Terminada mi visita al Escorial, me trasladé sin demora á Andalucía, y después de pasar un día en Córdoba y tres en Sevilla para volver á ver sus bellezas y visitar á mis amigos, llegué al fin á Cádiz, donde permanecí aquella vez una larga temporada al lado de mi venerada madre, la cual se hallaba á la sazón sin más compañía que mi hermana con sus lindas hijas y mi cuñada. Mis dos hermanos habían ido á la Habana, por exigirlo así sus intereses. Mi cuñado el Conde de Casa Sarriá estaba de Cónsul en Jerusalén.

Hallé á Cádiz apenas repuesto de los desastres que le había causado el levantamiento del año 68, el cual había comenzado precisamente en aquella bahía, con la sublevación de los barcos de Topete. Hubo después allí mismo una nueva revolución excitada por los republicanos, á cuya cabeza se hallaba un tal Salvochea, hombre descreído y violento, que ejercitó su grande ánimo en el derribo de dos conventos. Y si aquellos amargos días duraron menos de lo que él deseaba, fué debido á la habilidad y energía de otro gaditano, mi amigo Don Manuel Rancés, Marqués de Casa Laiglesia, quien se puso al frente de los hombres honrados y contuvo á los revoltosos, hasta que al fin entró en la ciudad el General Caballero de Rodas con sus tropas y aseguró el triunfo del orden.

Y con delicia traigo ahora á la memoria los días que pasé allí al lado de mi ya anciana madre. Veía también á mis camaradas Guilloto, Aramburu y Balleras; pero á ella

le dedicaba lo mejor del día. Y cuánto gozaba en acompañarla á la misa todas las mañana y llevarla después á dar un paseo por la Alameda, donde admirábamos juntos aquel mar tan azul, que sólo tiene su igual en Sorento, y sentados en un banco charlábamos de lo pasado y lo presente, mezclando ella con su lenguaje andaluz refranes y sentencias castellanas, que había aprendido de su madre Doña Casilda. Por la noche se rezaba el rosario en familia y había después una pequeña tertulia de viejos y viejas, que duraba hasta cerca de las diez. Estaban ya próximas las Navidades, y me divertía sobremanera el ruido de trompetas y zambombas y el paseo de la Feria, donde al ver los mismos Nacimientos y los mismos juguetes que había en mi niñez, me acordaba con deleite de aquella edad ya tan lejana, en que me parecía el colmo de la dicha comprar aquellas baratijas.

Mas fuéme al fin necesario arrancarme á aquellos placeres para volver al seno de mi familla de Florencia, y después de haber comido el pavo y el turrón con mi madre y mi hermana, volví á desandar lo andado, tomando el camino de la Cornisa.

CAPÍTULO LXXXVI

Florencia, de 1869 á 1875

Restituido á Florencia me ocupo de la educación de mis hijos.—Nuevos libros de enseñanza.—Efecto que han tenido en los estudios las victorias de Alemania.—Excursiones que hago por Italia.—Estado del país después de la ocupación de Roma.—El Papa se considera prisionero y se esfuerza por recobrar el poder temporal.—Publica el *Syllabus*.—Un Concilio celebrado en el Vaticano había declarado su infalibilidad.—El clero y el partido católico se mezclan en la política. Dan lugar en Alemania al *Cultur-Kampf*.—Favorecen en Francia los planes legitimistas.—Ayudan en España á D. Carlos.—Excusa que tiene esta conducta.—Mal éxito que obtuvo en todas partes.

Luego que me restituí á Italia sin esperanzas de que mejorase por mucho tiempo el estado de España, me dediqué á la educación de mis hijos, y además de vigilar los estudios de todos, les enseñaba también yo mismo algunas cosas, principalmente el español. Dirigía igualmente sus lecturas, conformándome al gusto del tiempo, pues no deja de haber sus modas en esto como en las otras cosas. Así, por ejemplo, en aquella segunda mitad del siglo no se ponían ya en manos de la juventud *Las Veladas de la Quinta*, ni las obras de Berquín, de las cuales se burlaban en la misma Francia, llamándolas, en son de desprecio, «berquinadas», á pesar de que, en mi concepto, son siempre muy á propósito para formar el corazón de los niños. Usábase en vez de esto *El Viaje á la Luna* y otros libros de JulioVerne, los cuales son á la verdad muy divertidos, pero mezclan lo verdadero con lo imposible de tal

suerte, que llenan la cabeza de los jóvenes de más disparates é ideas falsas que los antiguos cuentos de brujas. Para las niñas había al menos las novelitas de Madama Bourdon y Madama de Segur, que han reemplazado á las de Madama Cottin y la Condesa de Genlis, y tienen, como las de éstas, un estilo elegante y una moral muy sana.

En punto á Historia había también novedades. Alvarez Levi, cuyo método es tan admirable para colocar cronológicamente los sucesos en la memoria de los niños, no gozaba ya de mucha boga. En cambio gustaban sobremanera los libritos de Lamé Fleury, útiles también, porque son un extracto de los grandes historiadores de todas épocas, pero que no deberían excluir los de Levi, en atención á que los unos son como complemento de los otros. Algunos hallan que Lamé Fleury descubre demasiado las faltas de los grandes potentados; mas por mi parte no creo que esto sea malo, pues así se ahorrarán los jóvenes más tarde desengaños y sorpresas poco agradables. Si la Historia ha de ser la maestra de la vida, es menester que diga la verdad, sin el menor disimulo. Los Compendios del antiguo Ministro Duruy son también muy apreciables.

Pero la gran novedad introducida ahora en los estudios, ha sido el multiplicarlos y extenderlos de un modo inaudito. Ha nacido esto ¿quién lo dijera? de la última guerra de la Alemania con la Francia, porque los franceses, inquiriendo la causa de su derrota, no han querido verla en la inferioridad de su ejército, ni en la de sus Generales y ni aun siquiera en la ligereza de su carácter, que les hizo proclamar la república cuando más necesidad tenían de un Gobierno fuerte; y la han visto en lugar de esto en la inferioridad de instrucción de sus oficiales, y de todos los franceses en general, en comparación de los alemanes. Ol-

vidaban que sin mayor instrucción habían vencido ellos en Crimea y en Italia. Olvidaban que los franceses del tiempo de Luis XIV y de Napoleón I, no eran más instruídos que los otros pueblos á quienes vencían. No recordaban tampoco, que los españoles del siglo XVI y los turcos del XVII no sabían más que sus enemigos, y sin embargo triunfaban de ellos en todas partes. En fin, no reflexionaban que la cuestión de la superioridad militar es por extremo compleja, y que influye mucho en ella el espíritu que anima á cada pueblo. Mas de todas maneras, el hecho es que los franceses han cometido el sofisma que se llama *post hoc, ergo propter hoc*, y á fin de recobrar su perdida supremacía militar, han decidido condenar á la juventud á una serie de estudios que abruma sus facultades intelectuales, y es un obstáculo al desarrollo de las físicas. Y de los franceses va pasando este error á las demás naciones, exigiéndose en todas, de los jóvenes, un trabajo excesivo. La Inglaterra es hasta ahora, la sola que para su bien no ha dado en éste que á mí me parece un delirio.

Fuera de las horas que dedicaba á la tarea de pedagogo, hacía en Florencia mi vida de costumbre: lecturas, paseos, visitas, asistencia al té de las cinco, general ya en toda Europa, y algunas salidas de noche con mi señora, para ir á tertulias y también al teatro, á fin de esparcir el ánimo y estar al corriente de las producciones modernas de todo género. Y cuando llegaba la buena estación, no permitiéndome mis medios, viajes más largos, tomaba el ferrocarril con una maletilla, y á guisa de estudiante hacía pequeñas excursiones á varias ciudades de Italia, que no conocía aun. Fuí de este modo á Asís, asilo predilecto de la piedad cristiana, que fué para las artes durante la Edad Media, lo que más tarde la capilla Sixtina. En las

tres iglesias de San Francisco, trabajaron aquellos pintores que dieron al fin perfección á las figuras bizantinas, y en ellas ha dejado Giotto frescos admirables, que representan las virtudes monásticas, condenadas por desgracia á degenerar en muy breve tiempo. Fuí luego á Perugia, patria del Perugino, de quien se conservan allí bellos cuadros y frescos. Estuve en Orvieto, cuya Catedral es la más linda de las pocas de Italia que pertenecen al estilo francés ó gótico, y contiene entre otras cosas hermosas, un *Juicio final* de Signorelli, comparable al de Miguel Angel, de quien fué precursor; y aun me atrevo á decir que aunque Miguel Angel es más grandioso, no mostró en aquel asunto tanto sentimiento cristiano. El grupo de las almas bienaventuradas, acompañadas por los ángeles en la obra de Signorelli, raya en lo sublime.

Visité en otra ocasión á Parma y quedé prendado de las obras del suave Correggio, Príncipe del claro-obscuro, de quien hay allí grandes frescos, ya hoy muy desvanecidos, y la Virgen dicha de San Jerónimo, no menos hermosa que la *Noche de Dresde*. En la iglesia de Santa María vi el sepulcro de Alejandro Farnesio, bien modesto, bien mezquino é indigno por todos conceptos del héroe que encierra, del que venció á Enrique IV y defendió los Países Bajos. Contiene una sala del Palacio ducal los retratos de todos los Farnesios, empezando por aquel Cardenal, que al fin llegó á ser Papa, pero que debió su primera carrera á la influencia que tenía en Roma su hermana, la bella Julia. Y caso singular: ella sola fué hermosa en aquella ilustre familia, y todos los demás tienen cara de mona.

Vi en otras excursiones á Milán y Venecía, cuyas historias son tan interesantes. Parecióme el primero un pequeño París, en lo bueno como en lo malo, pues ha sido en

todas épocas muy turbulento. Aquella ciudad es la capital moral de la península, y ha dado ella sola más voluntarios y dinero para la guerra de la Independencia, que todas las demás reunidas. Gustóme sobre manera su gran Catedral gótica y todavía más el cuadro de *Los desposorios de la Virgen*, de Rafael, que está en la galería Brera, y los lienzos de Ferrari y Luini. En estos últimos, luce mucho la gracia peculiar de la escuela lombarda.

Venecia, poética y pintoresca, realizó la idea, ó mejor dicho, el sueño, que tenía de ella. ¡Qué encanto es navegar en góndola por el canal grande, que corre entre Palacios de todos los estilos posibles, desde el gótico hasta el plateresco! ¡Qué hermoso es San Marco, imitación de Santa Sofía, pero imitación felicísima! ¡Qué bello es el Palacio de los Dux! Sucede en él lo mismo que en Pompeya: está tan bien conservado, que cree uno á veces que va á encontrar por aquellas salas algún senador del tiempo de Gradenigo ó de Dándolo. Pero lo más notable es la hermosa luz que baña allí todos los objetos, dándoles un colorido delicioso. Después que se ve aquella ciudad no extraña ya que se haya formado en ella esa gran escuela de pintura que cuenta entre sus corifeos un Ticiano, un Veronés, un Tintoretto y otros grandes coloristas, como por la misma razón se formó en Sevilla un Murillo.

Por último, la maravilla mayor de Venecia es, en mi opinión, *La Asunción*, de Ticiano, que se encuentra en la Academia de Bellas Artes. Aquella Virgen no está parada en el aire, como tantas otras, sino que, gracias á un escorzo atrevido y á la posición de su bella cabeza, parece que sube y sube, llevada por los ángeles. Es una obra pasmosa, delante de la cual la admiración no encuentra palabras. Es un cuadro tan divino que sólo por verle se puede hacer

un viaje. Yo le comparo con el *San Antonio*, de Murillo, en Sevilla; con *Las Lanzas*, de Velázquez; la *Virgen de San Sixto*, de Rafael; *El Descendimiento*, de Rubens, y *La Ronda*, de Rembrandt. Contemplando tales prodigios me he confirmado en la persuasión, ya antes expresada, de que si los estatuarios antiguos valían más que los modernos, en cambio no es posible que sus pintores fueran también más excelentes.

Podría mencionar otros viajes de aquella época, pero sería incurrir en prolijo. Y pensar que aunque he visto así muchas ciudades notables de Italia, todavía no las conozco todas. ¡Dichosa nación, en la cual un nuevo Pausanías podría describir casi tantos objetos de arte como los que contenía la Grecia antigua! Pero véamos ya cómo se hallaba tan hermoso país después que su Gobierno había ocupado á Roma y realizado su completa unidad.

Al parecer, todo caminaba perfectamente. Florencia se había resignado por fuerza á su estado de ciudad de provincia, y el Gobierno italiano se ocupaba en hacer de Roma una capital adecuada á sus nuevos destinos. El Papa seguía habitando el magnífico Palacio del Vaticano, rodeado de su Guardia noble y de sus suizos, y todas las oficinas pontificias continuaban en sus antiguos locales. El Rey, por su parte, se había instalado en el Palacio del Quirinal, alojándose allí como en su propia casa. Contábame algunos años después la Reina Luisa de Dinamarca, á quien vi en Viena de vuelta de un viaje á Italia, que convidada á comer por el Rey Humberto, hijo y sucesor de Víctor Manuel, y admirando los ricos muebles que adornaban los salones de aquella residencia, le preguntó si los había hecho traer de Turín. Nada de eso, le contestó el Rey; todo pertenecía al Papa, pues habiendo tomado el palacio, natural

era que tomásemos también lo que contenía. Cinismo que escandalizó bastante á aquella honrada Soberana.

Por parte de Italia parecía todo aquello definitivo, ó al menos estaba resuelta á trabajar para que lo fuese. Por parte del Papa era una usurpación pasajera, un hecho violento que tendría su correctivo en época quizá no lejana. Y, con efecto, posible es que alguna nueva guerra europea obligue al Rey de Italia á soltar otra vez aquella presa. Es, sin embargo, poco probable, y si sucediese algún día, no creo que duraría mucho. Porque la ocupación de Roma y la abolición del poder temporal del Pontífice no han nacido sólo, en mi sentir, de la ambición de los italianos, sino que deben también su origen á otras causas más hondas. Son el complemento de toda la revolución moderna, anhelado con siniestros fines por los masones y librepensadores, deseado también por los protestantes y revolucionarios, y consentido por muchos liberales católicos, los cuales se lisonjean, con más ó menos sinceridad, de que el Papa podrá ser ahora tan independiente como antes, y ganará, tal vez, en fuerza moral lo que ha perdido en la material. Por consiguiente, no parece probable que cese este estado de cosas mientras que la revolución moderna siga su marcha triunfante.

Mas como quiera que esto sea, tanto el Papa como el partido católico tenían y siguen teniendo la convicción de que el despojo consumado es, no sólo perjudicial é inicuo, sino también pasajero, y trabajan de consuno para remediarlo. Un sólo sacerdote, el Padre Curci, se atrevió en aquel tiempo á dar públicamente á la Santa Sede el consejo prematuro de conformarse con los hechos consumados, diciéndole, como el Filinto de Molière:

Il faut fléchir aux temps, sans obstination.

Pero á pesar de que era un teólogo de mucho talento y benemérito de la Iglesia por su ruidosa polémica con Gioberti en defensa de la Sociedad de Jesús, á que pertenecía, y por unos Comentarios de los Evangelios, en los cuales agotó tan importante materia, fué expulsado de la Compañía y se vió tratado con un rigor tan excesivo, que terminó tristemente sus días en Florencia sin predicar ni ejercer ningún ministerio, y alojado por favor en la casa de su amigo personal el Cura de Santa Felicita. *¡Fantoene animis coelestibus irae!* Pero fuera de este caso todos los clérigos italianos eran del mismo parecer, y unidos con los de los demás países, entablaron una lucha desesperada para restaurar el dominio pontificio.

En vano fué que el Gobierno italiano diese al Papa las garantías necesarias por medio de una ley especial. Pío Nono se declaró prisionero, y prisionero sigue considerándose su venerable sucesor. Añadíanse á las antiguas Encíclicas otras nuevas, vituperando los principios revolucionarios, y ya en el año 64, en vista de la invasión de los Estados pontificios por el ejército italiano, publicó Pío IX un Sílabo ó Catálogo de todas las herejías condenadas durante su largo Pontificado, las cuales comprendían todos los principios que constituyen, por decirlo así, las sociedades modernas, tales como la libertad de cultos, de enseñanza y de imprenta, el matrimonio civil, la absoluta tolerancia y en algunos casos la completa indiferencia del Estado en materias religiosas. Todo esto lo condenaba Pío Nono, declarando en cierto modo la guerra á las nuevas máximas de la sociedad civil; y para coronar su obra convocó en el año 69 un Concilio general en el Vaticano, en el cual fué proclamada, como dogma, la infalibilidad del Papa, que antes había sido siempre objeto de contro-

versias entre los teólogos de varias escuelas, con especialidad entre jesuítas y dominicanos. Sucedía esto la víspera de la entrada de los italianos en Roma; por manera que no parecía sino que el Papa anhelaba llegar al extremo de su poder espiritual en el momento mismo en que perdía el temporal.

Unióse luego á esta declaración de principios una polémica muy ardiente sostenida por los periódicos católicos, sobre todo la *Civiltá Cattolica*, órgano de los jesuítas, que eran quienes representaban el papel principal en esta guerra del Papado contra todas las innovaciones revolucionarias. Menudearon, asimismo, las procesiones y los peregrinajes, ora al Santuario de Paray le Monial, en honor del Sagrado Corazón de Jesús, ora al todavía más célebre de Lourdes, para implorar el auxilio de la Virgen. Y cuando esta agitación trajo consigo la resistencia de los Gobiernos, incluso el de Viena, alarmados por la declaración de la infalibilidad y por la actitud de algunos Obispos, los cuales querían castigar á los clérigos que se oponían á ese dogma y se intitulaban católicos viejos, dió lugar á nuevas luchas, en las cuales el partido católico hizo liga con las oposiciones parlamentarias y se mezcló ostensiblemente en la política.

En Alemania se unió á los reaccionarios, que se oponían á la política de Bismarck, y formó con ellos un Centro católico tan numeroso como influyente, capitaneado por el insigne Diputado Windhorst, hombre muy notable por su talento y elocuencia. En Francia se unieron los católicos con todos los partidos monárquicos, los cuales habían triunfado en las elecciones, aprovechándose de la reacción producida en los ánimos, especialmente entre los campesinos, por los desastres de la guerra con Alemania. Logra-

ron primero despojar del poder á Mr. Thiers, y reemplazándole con Mac-Mahón, realizaron luego una fusión entre los orleanistas y los legitimistas, enemistados y desunidos desde la Revolución del año 30. El Conde de París, nieto de Luis Felipe, fué en persona al castillo de Frohsdorf, en Stiria, residencia del Conde de Chambord, nieto de Carlos X, é hizo allí su entera sumisión al jefe de los Borbones. Todo lo cual parecía hacer ya fácil la deseada restauración, y tan seguros se creían ya de ella los monárquicos, que habían preparado hasta los coches y libreas necesarias para la entrada de Enrique V en París.

En España sucedía también una cosa parecida. Amadeo duró poco en el trono. Ensayó varias veces reunir á sus partidarios, y al fin adquirió la convicción de que esto no era posible. Ofrecióle Serrano formar un Gobierno fuerte con la condición de asumir una especie de dictadura; mas semejante recurso repugnaba mucho al Príncipe italiano, al hijo de un Rey, como Víctor Manuel, que había gobernado siempre dentro de la legalidad más estricta, y prefirió renunciar al trono en Febrero del año 73. La discordia que reinaba entre los que le habían llevado á España era ya tan grande, que el sensato Príncipe pudo decir en su mensaje de despedida á las Cortes: «Conozco que me engañó mi buen deseo, y tengo la convicción de que serían ya estériles mis esfuerzos é irrealizables mis propósitos». Dejó enseguida Madrid y fué á embarcarse en Lisboa. ¿Influyó para algo en esta conducta de Amadeo el recuerdo de lo sucedido en México á Maximiliano? Posible es que así fuese. Ni me extrañaría que esto influyera también en el ánimo de su mujer, la Reina María Victoria, cuyo carácter, lejos de parecerse al de la Emperatriz Carlota, recordaba más bien al de la Condesa de Chambord.

Vacante otra vez el trono de España, fué proclamada al instante la República; es decir, que la revolución llegó á sus últimas consecuencias, aumentando á la par, como protesta, las maquinaciones de los carlistas; y entonces el Papa, siguiendo en todas partes la misma conducta, se empeñó en favorecer este bando político por todos los medios posibles. Todo el partido católico de Europa creyó también hacer obra meritoria enviando dinero al campo carlista; hasta los ricos armenios de Constantinopla se dieron prisa á imitarlos. Tronaban al mismo tiempo los diarios de ese color contra la descreída y perseguidora República española, y ensalzaban los méritos de D. Carlos y de su hermano D. Alfonso, educados por los jesuítas. Los Padres Franco y Ballerini escribían sus elogios en la *Civiltá Cattolica*, y veían ya establecido en España, como en Francia, un Gobierno por excelencia católico y legitimista.

Ocurre aquí preguntar si hacía bien la Santa Sede en mezclarse tan abiertamente en todas estas luchas, comprometiéndose en ellas. Por mi parte considero que tenía alguna excusa. Claro está que el bello ideal en esta materia, sería que los sacerdotes no se mezclasen nunca en la política, según se los recomiendan, tanto el Evangelio como San Pablo; y es muy probable que, andando el tiempo, la historia de estos sucesos cause tanta maravilla como la que nos causa ya leer que los obispos peleaban en las Cruzadas, y que había en Alemania prelados con jurisdicción y fuerza armada, y en España Arzobispos de Toledo que hacían la guerra á sus Reyes. El mismo poder temporal del Romano Pontífice, excusable y quizás necesario en la Edad Media, es posible que dentro de un siglo parezca una cosa extraña é inútil. Mas por ahora no creo

deba sorprender que así el Papa como una gran parte de los católicos de Italia y de Europa, persuadidos aun de que ese poder es necesario para la independencia y decoro del Papado, se consideren obligados á procurar que se restaure.

Transformaciones tan transcendentales no se verifican en dos ni tres generaciones. Vemos ya cuántas se han necesitado para que haya al cabo Soberanos que se resignen á ser constitucionales sin soñar en golpes de Estado: natural será, pues, que el mundo tenga que aguardar todavía mucho antes de que ciña la tiara un Pontífice tan ilustrado que acepte la modesta posición en que le han colocado las circunstancias, sin soñar tampoco en nuevas reivindicaciones.

Mas de todas maneras, lo que más acelerará la llegada de ese nuevo período, será, sin duda alguna, el mal éxito que, como vemos, han tenido en todas partes esos esfuerzos del bando católico. Con efecto, si de Alemania se trata, su resultado fué que Bismarck aceptó pronto el reto, y ayudado del Ministro de Cultos, Falk, sostuvo una guerra, á que se llamó *Cultur-Kampf*, ó sea la lucha por la Cultura, declarando que no iría nunca á Canossa; es decir, que no se humillaría como el Emperador Enrique IV ante las exigencias del Papa; y para contrabalancear las fuerzas de los reaccionarios, recurrió al auxilio de los liberales, estableciendo el sufragio universal. Andando el tiempo, cesó por fin esa lucha y fueron abolidas las llamadas leyes de Mayo, mas sin mejorar sensiblemente la situación del Papa.

Si de Alemania pasamos á Francia, observaremos con sorpresa que una cuestión que muchos consideraban secundaria, vino á destruir los bellos planes de ambos par-

tidos monárquicos. Parece un cuento de hadas. El Conde de Chambord exigió que la bandera tricolor, símbolo de la revolución del año 89, fuese reemplazada por la blanca, por la antigua y tradicional de la Casa de Borbón: los orleanistas no quisieron concedérselo, alegando que representaba las glorias mayores y más recientes de la Francia; aunque la verdad es que recuerda también muchas derrotas y muchas humillaciones, y que su principal mérito á los ojos de los liberales consiste, como ya lo he dicho, en que es la bandera de la revolución. Así lo comprendió Chambord, y pareciéndole que si los liberales no querían renunciar á ella, esto significaba que no querían tampoco renunciar á sus principios favoritos, sino que deseaban hacer de él un Rey de bálago, como Carlos X y Luis Felipe, y expulsarle también en su día, como lo habían hecho con aquéllos, declaró que no aceptaba el trono con tales condiciones. Añadióse á esto que la Condesa de Chambord, la Archiduquesa María Teresa de Módena, sinceramente afeccionada á su augusto esposo, y libre además de las ambiciones de otras Princesas, temía por su parte que peligrase, no sólo la tranquilidad, sino la vida misma del Conde en el mar proceloso de la política francesa; por cuyo motivo le alentó cuanto pudo á perseverar en su negativa. Y á consecuencia de todo esto, la restauración no tuvo lugar, renació peor que antes la división de los monárquicos, y cayó el Presidente Mac-Mahón, dejando el campo libre á la República, con la cual ha tenido al fin que reconciliarse el prudente León XIII, sucesor de Pío IX.

Y si de Francia nos trasladamos á España, allí también veremos que si el desengaño no fué tan rápido, no

dejó tampoco de sobrevenir al cabo, merced á las torpezas del mismo pretendiente y á la actitud de las clases ilustradas. Don Carlos no pudo vencer á los liberales, y al fin era restaurado Don Alfonso sin suprimir la tolerancia religiosa, á que tanto se había opuesto la Santa Sede. Y para terminar, en la misma Italia ha continuado siempre la tranquilidad interior, y la mayoría del país no piensa ya en la restauración del poder temporal del Papa.

Y es por cierto notable que, si se exceptúan algunas personas ilusas, cuyo número no es muy grande, el resto del país ha aprobado tácitamente aquel grave acontecimiento, dándole, al parecer, poca importancia. Porque, en primer lugar, están persuadidos de que el Gobierno Papal era ya imposible en el pasado siglo; en segundo, creen que Roma es la sola capital que puede acallar los celos de las otras ciudades importantes, especialmente Milán y Nápoles; y en tercero, no atribuyen la resistencia del Papa al Papa mismo, sino á las personas que le rodean. Y es también curioso observar que el conflicto sobrevenido entre los italianos y la Santa Sede no tiene nada de protestante ni de herético, ni ha llegado, por decirlo así, á la conciencia del pueblo, no sólo cuando se trata de los hombres, sino de las mujeres; y no sólo de la generalidad de éstas, sino de las mismas esposas de los Ministros, Diputados ó Senadores. Todas siguen practicando sus deberes religiosos, como si tales cuestiones no existiesen, y cuando se les pregunta si no les hacen impresión las protestas del Santo Padre, responden las unas que son exageraciones, y las otras que no es el Papa quien así piensa, sino que los jesuítas y los Cardenales intransigentes le obli-

gan á usar ese lenguaje. Y aun añaden algunas repitiendo lo que oyen á sus maridos, que poco á poco se convencerá el mismo Papa de que puede vivir muy bien como ahora se encuentra, y que quizás no ha sido nunca más independiente ni más respetado que desde que no tiene Estados que gobernar.

CAPÍTULO LXXXVII

España, en 1874

Anuncios de una restauración Alfonsina en España.—Desórdenes producidos por la República.—Castelar quiere en vano remediarlos.—El carlismo vuelve á levantar su bandera.—Causas que se oponen á su triunfo.—Insurrecciones de Cuba y Filipinas.—Triste situación del país.—Hago un nuevo viaje á España en el año 74.—Los carlistas pintados por un caballero vizcaíno.—Estado de Madrid.—El General Serrano quería mantenerse en el poder.—Otros Generales y D. Antonio Cánovas trabajan para proclamar á D. Alfonso.—Auxilio que les prestaban las señoras de Madrid.—La Mano Negra en Andalucía.—Regreso á Italia por Marsella.—Veo el escándalo del juego en Monte Carlo.

He dicho en el capítulo anterior que en España parecía próxima la restauración de D. Alfonso XII. Así me lo indicaban el estado de las cosas y las cartas de mis amigos. La República, establecida por sorpresa, había visto su poder ejecutivo pasar con mucha rapidez de mano en mano, cual una antorcha incendiaria, que se disputaban los hombres más violentos de aquel partido. Figueras, que fué su primer jefe, viéndose acosado por otros más audaces, recurrió al poco heroico recurso de la fuga; se fué, se salió, se escapó, como dice Cicerón de Catilina. A Figueras siguió Pí y Margall; á éste Salmerón, y á Salmerón, Castelar. En vez de abogados, teníamos en el mando profesores, los cuales querían aplicar á la pobre España cuantos disparates habían leído en ciertos libros extranjeros. Alabábanse de elocuentes, cual si la elocuencia fuera una cosa

rara en España, ó como si bastara por sí sola para gobernar á los pueblos.

Querían los unos república unitaria, los otros federal, como en México y Buenos Aires. Los más exaltados proponían lo que llamaron el Cantón, ó el gobierno por ciudades, y lo establecieron en Cataluña y Andalucía, y también en la plaza de Cartagena, donde un tal Contreras, militar de escasa reputación pero de mucha audacia, resistió luego mucho tiempo á las fuerzas que el Gobierno central tuvo que mandar para someterle. Sublevóse también la escuadra que se hallaba en aquel puerto, y el Gobierno se vió obligado á declarar piratas los buques que habían iniciado en Cádiz la revolución del año 68.

El antiguo tribuno Castelar, más inteligente que sus predecesores, vino al fin á poner algún remedio á tales desórdenes. Era Castelar un hombrecito pequeño y regordete, con voz atiplada y aspecto común, pero dotado de mucho talento y de mucha elocuencia. Su lenguaje pecaba de florido y abundaba de adjetivos más propios de la poesía que de la prosa. Blasonaba también de cultiparla, como Calderón Collantes, y daba tormento á la Historia para acomodarla á sus fines de demagogo. Tachábanle de vanidoso, y las gentes de buen humor decían de él, que si asistía á una boda, habría querido ser la novia; si á un entierro, el cadáver. Mas á pesar de estos defectos, su saber era grande y fascinadora su palabra.

Tenía, sobre todo en aquella época, la gran ventaja de poseer un poco más de sentido común que los demás republicanos, por lo cual pudo al fin asumir una especie de dictadura, y desmintiendo en ella sus opiniones anteriores, empezó á reorganizar la Hacienda y el ejército conforme á los principios conservadores. Mostróse asimis-

mo arrepentido de sus pasadas faltas, y en una sesión memorable de la Cámara, dijo que le pedía perdón á Dios y olvido á la Historia. Mas no convenía esto de modo alguno á muchos de sus correligionarios, los cuales no habían derribado á Isabel II para darle una especie de trono á aquel tribuno; y ya se preparaban á privarle del poder que ejercía, según ellos, con demasiada moderación, y establecer quizás una República roja, cuando felizmente el General Pavía, á quien el mismo Castelar había dado el encargo de mantener el orden en Madrid, tuvo la oportuna idea de entrar con algunos soldados en el palacio del Congreso y, cual otro Cromwell, puso á los Diputados en la calle. Y fué coincidencia singular que un General Pavía fué quien perdió la causa de la Monarquía en Alcolea, y otro del mismo nombre, aunque de diferente familia, quien dió el primer paso para que su restauración se verificase.

He dicho ya varias veces, que la Nación española es una democracia templada por el ejército y por el carlismo. No causará, pues, extrañeza que los desórdenes de la República, con especialidad la guerra que hacía á la religión, llegando en algunas partes hasta querer impedir el ejercicio del Culto, trajese consigo un nuevo levantamiento de aquel partido. D. Carlos y su hermano D. Alfonso, vinieron luego á ponerse al frente de sus parciales, y ayudados por la anarquía reinante, no sólo consiguieron reunir numerosas huestes, sino que conquistaron la adhesión de muchos liberales, quienes asustados y arrepentidos, creían llegado el *finis Hispaniae.*

Fué notable en aquella época la confusión que reinaba en las opiniones. Así, verbi gracia, un hombre de tanto ingenio como Nocedal, que había hecho su carrera en las luchas parlamentarias, como Ministro de la Reina Isabel, se

pasó al bando carlista y llegó á ser su jefe en el Congreso. Por otra parte, un caudillo carlista tan célebre como Cabrera, el cual debía todo á la causa y á la familia de Don Carlos, y tenía manchadas sus manos con la sangre de los isabelinos, *perfusus sanguine fratrum*, abandonó de repente su partido, y acabó por reconocer como Monarca legítimo, al joven Rey D. Alfonso. ¿Qué más? El General Córdova, aquel mismo que mandó la expedición enviada en socorro del Papa en el año 49, y cuya familia había sido tan favorecida por nuestros Monarcas, se hizo á su vez republicano, y ofendió mortalmente á los oficiales del ilustre cuerpo de artillería, imponiéndoles como jefe á un General comprometido en los tristes sucesos del año 1866.

Y como estos, pudiera citar infinidad de otros casos, pues era grande el número de los que, perdida, por decirlo así, la brújula en aquella tormenta política, obraban de este modo, por interés, por venganza ó por despecho. Confirmaban lo que he referido ya que decía el veneciano Quirini sobre la facilidad que han mostrado siempre los españoles para cambiar de partido.

Pasáronse los más al campo carlista, y tanto por esto como por la desorganización que los republicanos habían introducido en su propio ejército, las tropas del Pretendiente aumentaban de día en día; y mandadas por jefes tan entendidos como el anciano Elio, Dorregaray y Lizárraga, llegaban por un lado hasta las puertas de Bilbao, y por otro hasta las de Valencia; penetraban por el centro en la ciudad de Cuenca, y se apoderaban, en fin, de la fuerte posición de Estella. Los Generales Moriones, Pavía, Martínez Campos, Zavala, Concha y el mismo Serrano, salían sucesivamente á combatirlos, mas no todos tuvieron mucha fortuna. Consiguieron los dos últimos libertar á

Bilbao, pero al querer luego recobrar Estella, el valiente Don Manuel de la Concha cayó herido de muerte, y sus soldados tuvieron que retirar á toda prisa su cadáver del campo de batalla, atravesado en una acémila. ¡Lástima que no muriera defendiendo el año 68 á la Reina Isabel!

Por fortuna, la causa de Don Carlos no era simpática á la mayoría de los españoles. Sus ideas absolutistas y su excesiva sumisión al clero, le hacían temible para los liberales y para los detentores de los bienes de la Iglesia. Sus concesiones de fueros particulares, no sólo á los vascos, sino á los aragoneses y catalanes, destruían la unidad de España, que había sido durante tantos siglos la obra mejor de nuestros Reyes, y le enajenaban los ánimos de los demás españoles. Añádase que no todos sus Generales eran dignos de mandar en un país civilizado. Algunos había que más bien que jefes militares parecían bandoleros escapados de algún presidio. Por fin, no era posible que tres ó cuatro provincias, por fanáticas y belicosas que fuesen, triunfaran de toda España. Lo que sí lograban era poner en el más terrible aprieto á la desventurada República.

Otra causa de debilidad y de grandes apuros para el Gobierno republicano era la insurrección de la isla de Cuba, estallada algunos años antes, según lo he referido en otro capítulo. No sólo continuaba en el mismo estado, sino que se había extendido á las islas Filipinas, donde existía también un partido considerable que deseaba la independencia. Y aunque no tenían entonces, como Cuba, el apoyo de los Estados Unidos, su clima abrasador y la distancia á que se encuentran de la Metrópoli hacían muy difícil y costosa la tarea de someterlas otra vez á nuestro dominio. El Gobierno central practicaba esfuerzos inaudi-

tos para mandar nuevos ejércitos á una y otra región; mas por el momento todo era poco menos que inútil. Las dos bellas colonias no podían llevar ya con paciencia el yugo de la Metrópoli, y pugnaban por sacudirlo.

Si el Gobierno de Madrid hubiera tenido previsión, habríase apresurado á concederles á aquellas islas, por lo menos, una especie de autonomía. Pero los liberales españoles se mostraron en este asunto tan egoístas é intransigentes como el antiguo Gobierno absolutista, como el mismo Fernando VII. La libertad que tanto querían para sí, no la querían para sus colonos; y olvidando que la España misma no estaba madura para ella, pretextaban que no lo estaban los cubanos y filipinos. Por cuya razón la guerra duró cerca de diez años, costándonos 100.000 hombres y muchos millones de pesetas; y hubo al fin que concluir con ellos mediante un Convenio, que no les satisfizo más que á medias, y no fué, en realidad, más que una tregua, según se ha visto, por desgracia, en estos últimos años.

Era, pues, completa la desventura de la República, la desventura de España. Nuestra democracia se mostraba más incapaz y más hechizada que el mismo Carlos II. Insurrección cantonal, guerra carlista, sublevación de las colonias, la escuadra en manos de los extranjeros, nuestros Generales rechazados, el primero de nuestros tribunos convertido en dictador, los representantes del pueblo expulsados del Congreso por un General cualquiera, y nuestra Hacienda tan apurada, que los fondos públicos llegaron á comprarse á ínfimos precios, y decían de ellos por burla, que estaban al alcance de todas las fortunas. Tal era el cuadro que ofrecía nuestra nación después de seis años de trastornos. La Reina Isabel estaba bien vengada. Los ambiciosos que la privaron del trono estaban bien cas-

tigados. A la República española, podía, con verdad, aplicarse lo que dice Dante de la República florentina de su tiempo; no era ya señora de provincias, sino burdel,

Non donna di provincie, ma bordello.

Entre tanto el General Pavía no imitaba á Cromwell más que á medias, porque después de haber disuelto el Congreso, lejos de tomar el poder para sí, se limitó á reunir una junta de notables, la cual se lo dió al siempre afortunado General Serrano. Con todo, era ya bien claro que, no habiendo podido durar la Monarquía de D. Amadeo ni mucho menos la República, y no siendo tampoco afecta á las clases ilustradas la Monarquía de D. Carlos, no había más medio de salud para España que la restauración de la dinastía caída, dando el trono al joven Príncipe D. Alfonso, á quien la mano de Dios, protectora de nuestro país, había salvado de tantas ruinas. La Reina Isabel había abdicado ya en él, y nadie podía hacerle responsable de los errores de su Augusta Madre.

El momento, pues, no podía ser más interesante, y para juzgar de todo más de cerca, decidí hacer otro viaje á España en la primavera del año 74. No pude, sin embargo, verificarlo aquella vez por tierra, en atención á que los carlistas infestaban las provincias del Norte, y era necesario atravesar á caballo los Pirineos con mucha incomodidad, y con riesgo de caer después en manos de aquellos facinerosos. Embarquéme por lo tanto en Marsella en un vapor francés, que dos veces por semana hacía la travesía de aquel puerto al de Orán, tocando en Cartagena, donde desembarqué y donde pude observar ya los estragos causados por la reciente revolución, y por el sitio que había sostenido aquella plaza. ¡Causaba honda pena ver hasta qué punto habían despedazado á España sus propios hijos!

Tomando luego el ferrocarril, me encaminé sin tardanza á Madrid, y fuí todo el viaje muy entretenido con la conversación de cierto caballero vizcaíno, el cual, aunque por excepción no era carlista, como la generalidad de sus paisanos, conocía muy bien á todos los hombres más notables de este partido, y contaba sobre ellos muchas graciosas anécdotas. Decía bastante mal de D. Carlos, pintándole como un Príncipe á la vez supersticioso y disoluto, que no carecía de valor personal, pero que escandalizaba á sus propios partidarios, dejándose ver en las calles enamorando á las mozuelas del pueblo. Alababa las cualidades de Dorregaray y Lizárraga; mas contaba horrores de Perula, Cucala y, sobre todo, del Cura de Santa Cruz, á quien los mismos carlistas consideraban como una deshonra de su bandera.

Refería también cosas chistosas sobre las ambiciones de los carlistas, los cuales no eran en esto diferentes de los liberales y demócratas. Baste decir que habían nombrado ya hasta un Gobernador de Cádiz *in partibus infidelium*. Y es igualmente muy donosa la anécdota siguiente: Paseábase mi vizcaíno un día en París, de donde venía, con un personaje carlista, y llegando á pasar por delante de la Embajada de España, la cual se hallaba entonces en el Quai d' Orsay y estaba ocupada por Olózaga, el carlista se paró y señalando á aquel edificio, le dijo: «Dentro de poco tiempo seré yo quien habite ese Palacio en lugar de Olózaga». ¿Cómo es eso? le preguntó el vizcaíno. Y el carlista le respondió con aire importante: «Porque D. Carlos me ha prometido que me hará Embajador aquí apenas ocupe el trono». ¿Quién no se había de reir de tales simplezas?

Llegado, al fin, á Madrid, me alojé en un nuevo hotel que habían establecido en la Puerta del Sol y que era, á la

verdad, cómodo y limpio, y fuí luego á ver á mis amigos. Hallé las cosas tales cuales me las habían pintado en sus cartas. No obstante los esfuerzos que hacía el General Serrano, Duque de la Torre, para combatir á los carlistas y restablecer el orden, era general el descrédito de la República y la convicción de que el solo medio de devolver la paz al país sería la proclamación del Príncipe D. Alfonso, dotado, según testimonio general, de las más bellas prendas, y educado en las ideas de nuestro siglo. Mas aquel General, deseoso principalmente de prolongar su agradable posición, no veía las cosas de la misma manera, y probablemente pensaba que entre todas las dinastías no había ninguna tan buena para España como la dinastía de los Serranos. La Duquesa, su mujer, la cual era tan ambiciosa como bella, le confirmaba en esta opinión, y ambos hacían de muy buena gana el papel de pequeños reyes. Gozaban, sin embargo, de poco prestigio, porque el Duque no era popular ni estimado, á causa de sus antecedentes de favorito y de sus cambios de partido, y la Duquesa era insoportable para las otras señoras de Madrid, quienes, si no habían sufrido la superioridad de la Reina María Victoria, mucho menos querían sufrir la de una particular encumbrada.

En general, todas las señoras principales de Madrid eran alfonsinas, en parte porque deseaban que se suprimiese la tolerancia de cultos, establecida por la República; en parte por sincera lealtad á la dinastía caída. Alfonsinas eran las Duquesas de Gor, Villahermosa, Osuna y Bailén; las Marquesas de Santa Cruz, Miraflores, Bedmar y Molins; las Condesas de Sástago, Pinohermoso y las Almenas, y en fin, toda nuestra nobleza, todo nuestro Almanaque de Gotha. Los salones de la Marquesa de Bedmar eran el cen-

tro principal de sus reuniones, y tuve el gusto de asistir á algunas de ellas, porque conocía á la Marquesa desde que era estudiante en Madrid y vecino suyo en la Carrera de San Jerónimo, y después la había visto mucho en París en casa de mi cuñada la Marquesa Emilia de las Marismas, de quien era muy amiga. Era hija la Bedmar de aquella hermosa Marquesa de Montufar, de la cual anduvo siempre enamorado el célebre Martínez de la Rosa, y aunque no tan bella como su madre, tenía también mucho agrado. Avanzando en edad, se había puesto demasiado gruesa; pero conservaba siempre mucha viveza, mucha gracia y mucho ingenio. Amiga de sus amigos, inspiraba á todos confianza y parecía como nacida para las intrigas políticas.

El Marqués, su marido, era descendiente de aquel Embajador del mismo nombre que fraguó en Venecia una famosa conjuración en tiempo de Felipe IV, y también de otro que mandaba en Flandes durante la Guerra de Sucesión y mereció los más desmedidos elogios del Duque de Saint-Simon. Su cuerpo era pequeñito; mas su travesura era grande y también su actividad y diligencia. Trabajaba mucho, por su parte, para la restauración de D. Alfonso, costeando un periódico y acalorando por todos los medios posibles el entusiasmo de sus parciales, lo cual le valió en su día para ser Embajador en Rusia y Consejero de Estado.

Pero los agentes principales de la conspiración alfonsina, eran algunos Generales ilustres y el insigne orador Don Antonio Cánovas del Castillo, á quien el joven D. Alfonso había dado sus plenos poderes, de suerte que era el jefe reconocido de su partido. A fin de facilitar la restauración que meditaba, había organizado Cánovas una mul-

titud de comités en todas las provincias, los cuales hacían la propaganda de palabra y por escrito, y preparaban la opinión pública para el movimiento proyectado. Tenía, según él mismo me dijo, el buen deseo de que éste fuese realizado por la fuerza de la opinión y no como tantos otros anteriores, por la intervención exclusiva de los militares. Y con efecto, lo más bello hubiera sido que así aconteciese; mas por otra parte era muy de temer que, si se dilataba mucho, el Duque de la Torre consolidase entre tanto su posición y crease intereses que hiciesen luego por extremo difícil una transformación pacífica, que es lo que ha sucedido en Francia.

Mas por fortuna para nosotros, los demás Generales de nuestro ejército no podían ver sin celos el encumbramiento de uno de ellos, siquiera fuese tan ilustre como Serrano. Los que habían derribado á la Reina Isabel de Borbón no querían someterse después á un hombre que era igual á ellos. Porque ha sido dicha de España, en medio de sus desgracias, que no haya podido formarse en ella una dinastía militar, como se ha formado en Francia. Y una vez que se deseaba la monarquía, no había más que dos soluciones: Don Carlos ó Don Alfonso. El primero era odioso á la nobleza ilustrada, á la burguesía y al pueblo: no había, pues, otro Rey posible que el segundo. Y ya uno de los más notables Generales, el Conde de Balmaseda, había proyectado proclamarlo en Cádiz, y sólo desistió de ello, porque se lo impidió el mismo Cánovas. Pero todo se hallaba pronto para un pronunciamiento militar, que al fin fué verificado por el ilustre General Martínez Campos antes de que acabara el año, según lo referiré en el siguiente capítulo.

Mientras esto no tenía lugar, fuí á ver á mi familia en

Andalucía, y me restituí luego á Florencia por el mismo camino que había traído; es decir, por Cartagena y Marsella. Hallé á Sevilla muy asustada con motivo de una sociedad secreta, llamada *La Mano Negra*, compuesta de campesinos, que deseaban la división de las tierras, y sacaban así las últimas consecuencias de la reciente revolución. Mataban, saqueaban, á la manera de los fenianos de Irlanda, ahuyentando de sus posesiones á los propietarios de Andalucía. Se necesitó luego que el Gobierno tomara las medidas más severas y encargara su ejecución á los Magistrados más enérgicos, á fin de extirpar aquella plaga.

Tales calamidades producían allí un espíritu contrario á la democracia y favorable á la restauración. Y es inútil decir que todas las damas principales eran alfonsinas, como las de Madrid. Con todo, no faltaban algunas que se habían vuelto carlistas; entre ellas una antigua amiga mía, Marquesa de ilustre título, quien, dada por completo á la devoción, era lo que Madama de Sevigné llama por donaire, una madre de la iglesia. Dominada por clérigos y frailes, creía á pie juntillo que tanto Don Alfonso como todos los liberales estaban excomulgados. Y lo más gracioso fué que quiso ganarme para su bando, y tuve que explicarle, en primer lugar, que el Rey es como la patria y como los padres, que no es lícito cambiarlo, cual un vestido, mucho más habiendo recibido de su madre empleos y favores, que era el caso mío. Díjele también que, en mi concepto, el ideal de Gobierno es el que se llama mixto, donde Rey, próceres y pueblo tienen cada uno su respectiva parte de influencia; y que en el carlismo quien predomina es el Monarca, como en el republicanismo la plebe; por consiguiente, ni el uno ni el otro ofrecen tipo

perfecto. El Gobierno parlamentario, que prometía Don Alfonso, no estaría tampoco exento de defectos; pero se acercaría más que los otros dos á la excelencia deseada. Mas todo era predicar en desierto con aquella rabiosa absolutista.

En Cádiz, donde tuve el placer de encontrar ya de regreso de América á mi querido hermano José, me detuve bastantes días. Sufría allí mucho el comercio por la insurrección de las colonias, y no veían el momento de que fuese proclamado Don Alfonso. Y creían, como yo, que no era bastante para esto la acción de los comités organizados por Cánovas, sino que era necesario que los Generales se pronunciasen. Viajé luego rápidamente sin descansar más que en Mónaco, á fin de visitar á mis tres hijos varones en un Colegio de jesuítas que se había establecido allí á causa del buen clima. Habíalos puesto en él porque, sea cual fuere la opinión que se tenga sobre la conducta política de la Compañía, es imposible negar que sus individuos poseen mucha aptitud para la enseñanza, tanto religiosa como literaria.

Fuí también al vecino Monte Carlo, donde, no obstante lo adelantado de la estación, había aun algunos aficionados al juego, que es á lo que está principalmente dedicado su famoso Casino. A principios del siglo XIX no había en aquel paraje más que algunas casas de campo; pero después que los Soberanos de Alemania prohibieron en sus Estados el juego de la ruleta, el Príncipe de Mónaco, que tenía pocos recursos y era menos escrupuloso sobre la manera de procurárselos, autorizó á un especulador para que allí lo estableciese, mediante el pago de una compensación muy crecida. Y á poco se levantó en aquel lugar delicioso un verdadero palacio, obra del mismo arqui-

tecto Garnier, que edificó el nuevo teatro de la Ópera en París, y fué adornado con jardines muy bellos, que baña un mar azulado y casi siempre tranquilo. Una sociedad equívoca, compuesta de la gente más desocupada y viciosa de Europa, acude allí durante el invierno y se establece en una multitud de grandes hoteles que han sido construídos á lo largo de la marina. Los más morigerados se limitan á oir la buena música que en el Casino se ejecuta; pero la mayoría se esparce por las salas de juego y se entrega con exceso á esa pasión terrible. Piérdense en aquel sitio fortunas inmensas, y no es raro que los que se ven del todo arruinados se suiciden luego, ¡oh dolor! á la vista de aquel cielo tan hermoso y entre las flores y los mirtos. Hace ya muchos años que dura este escándalo; mas como el Príncipe, lo mismo que sus súbditos, viven de él, no se curan de la opinión pública, y si alguno les echa en cara su feo proceder, se disculpan con este epigrama:

Son Mónaco sullo scoglio,
Non semino, non coglio,
E pur devo mangiar.

CAPÍTULO LXXXVIII

España, en 1875

Tengo el dolor de perder una hija.—Proclamación de Alfonso XII en Sagunto.—Me traslado sin demora á Madrid.—Entusiasmo que excita el nuevo Rey.—Cualidades que le adornan.—Usos que suprime.—Muéstrase un modelo de Soberano constitucional.—Posición envidiable de Cánovas.—Grandes dotes de este Ministro.—Enemigos que le hostilizan.—Chasco que se llevan las señoras de Madrid.—Pretensiones de Sagasta.—Cuestión de los empleos.—Dificultades que hallo para volver á la carrera. — Soy al fin nombrado Ministro Plenipotenciario en Constantinopla.—Salones y literatura de aquel tiempo.—Una novela de Valera.—Dramas de Echegaray.—Poesías de Becquer, Grilo y Núñez de Arce.

De regreso á mi casa de Florencia quiso el Cielo probar mi fe y mi constancia con una gran pesadumbre. Mi hija Luisa, bella niña de catorce años, que había gozado hasta entonces de muy buena salud, cayó enferma de repente con una calentura tifoidea, y á pesar de los esfuerzos de los médicos y de los ruegos que dirigíamos á Dios para que se dignase conservárnosla, fué arrebatada al fin á nuestro cariño. Su viva inteligencia y dulce carácter la hacían particularmente amable á nuestros ojos, y era también simpática á cuantos la conocían. Su muerte fué tan santa como lo había sido su vida; mas á pesar de creer que vive ya entre los ángeles, no hemos podido nunca consolarnos de su pérdida, y el recuerdo de su belleza y virtudes se conserva siempre tan vivo entre nosotros, que nos parece que forma parte todavía de nuestra corona de hijos.

Mi ánimo no estaba todavía enteramente repuesto del grave pesar que había sentido, cuando llegó la noticia ya esperada de que el día 31 de Diciembre del fenecido año 74 el joven Don Alfonso había sido proclamado Rey en Sagunto por el ejército del General Martínez Campos. A lo cual siguió su proclamación por el de Jovellar, situado en el centro. El Ministerio republicano quiso en vano oponerse, y llegó á detener preso á Don Antonio Cánovas; pero cedió bien pronto en su resistencia, en vista de que el movimiento se propagó por toda España como un reguero de pólvora. Y en cuanto al General Serrano, herido por los mismos filos que él había usado contra la Reina Isabel, renunció desde luego á la lucha y traspuso á su vez la frontera. Veíase con la mayor evidencia que el Gobierno monárquico es el más conforme á la naturaleza de los españoles, y que la nación entera, vuelta de sus pasajeros errores, anhelaba ya su restablecimiento.

D'une si longue erreur pleinement affranchie
Elle n'avait plus des vœux que pour la monarchie.

Mi interés me llamaba otra vez á Madrid. Llegué á la Corte casi á la par que el mismo Rey Don Alfonso, el cual supo la noticia de su proclamación estando en un palco de la Opera en París, y había corrido luego á Barcelona y Valencia, pasando desde allí á la capital. El entusiasmo que excitaba en todas partes rayaba en lo increíble. Yo fuí testigo del de Madrid, y no tendría palabras para describirlo. Con todo, debo decir que el pueblo bajo no demostraba tanta alegría como las clases medias y la aristocracia. Don Alfonso, especialmente después del manifiesto que había dado pocas semanas antes, datado en Sandhurst, no era el Rey del clero, ni tampoco de la democracia; era el Rey de

las clases más ilustradas; de las que en la experiencia de nuestras revueltas habían aprendido bastante para comprender que era preciso plantar la bandera de la Monarquía en un término medio más liberal que el anterior, adoptando en religión y en política ideas más modernas que las de los antiguos moderados.

Tuve pronto ocasión de ver al nuevo Rey y de saber muchas cosas interesantes sobre sus cualidades y carácter, y me pareció que realizaba en lo posible el ideal anhelado por España. Joven de diecisiete años, tenía toda la gracia y lozanía de esa edad temprana. Si hubiera sido un poco más alto de cuerpo, se le habría calificado de buen mozo; mas, aunque pequeño, gustaba mucho á las damas por la dulzura de sus ojos y la expresión inteligente de sus facciones. Había recibido una educación muy esmerada, primero en el Teresiano de Viena, y luego en el Colegio de Sandhurst, en Inglaterra. Era discreto y circunspecto. Hablaba con una elocuencia natural, que no era la que se aprende en las escuelas y puede ir unida con la escasez de talento, como en el caso tan conocido del Emperador Claudio, sino la que nace espontáneamente de la intensidad del sentimiento y de la viveza del espíritu. Era, además, bondadoso, ocurrente y amable, sin el menor orgullo, sin pretensiones de ninguna especie. Hubiérase querido por algunos que mostrase más apego á ciertas particularidades nacionales tocante á las cuestiones religiosas; pero los que procuraron preservarle de que fuese fanático le expusieron, sin quererlo, á que fuese en este punto más europeo que español. ¡Tan difícil es hallar en estas materias un término medio que agrade á todos!

De su conducta privada no se dijo nada en aquellos primeros tiempos. Su deseo entonces era conquistar la

estimación general y ofrecer en todo un completo contraste con su criticada madre. Además, que muy pronto se enamoró de su linda prima la Infanta Doña Mercedes, hija del Duque de Montpensier, con la cual se casó al fin, y esta casta y tierna pasión purificaba sus costumbres.

La conducta del joven Rey era por entonces ejemplar. Prestaba mucha atención á los negocios del Estado, y cuando no iba al teatro, pasaba sus noches en Palacio, al lado de su hermana mayor la Infanta Doña Isabel, Princesa de Asturias y viuda del Conde de Girgenti, señora de mucho talento y de raras virtudes, que hacía entonces con él las veces de madre.

Contábanse ya sobre el joven Monarca muchas anécdotas que le pintaban como un hombre moderno, llano, despreocupado y afable. Durante su viaje de Valencia á Madrid se detuvo en un pequeño pueblo, cuyo Alcalde quiso dirigirle una arenga; mas en mitad de ella se turbó y tuvo que pararse. Viéndole el Rey en aquel apuro, le dió una palmadita en el hombro y le dijo sonriendo: Señor Alcalde, no se aflija usted por no poder seguir adelante: se ve que usted y yo somos nuevos en nuestro oficio.

Halló todavía en Palacio la antigua costumbre de conducir los platos de la comida Real desde la cocina al comedor, escoltados por un oficial y cuatro soldados, introducida en tiempos en que, según parece, no estaba muy segura la vida de los Monarcas, y no sólo se burló de tan ridícula precaución, sino que se apresuró á quitarla. Y abolió también otra costumbre muy singular, que consistía en disponer que cuando el Rey iba al teatro, fuese seguido su coche de otro muy cerrado, el cual contenía un sillón misterioso para usos reservados del Soberano. Cosas todas introducidas en tiempos de costumbres poco refinadas.

Más importancia tuvo la supresión de ciertos usos de nuestra antigua monarquía, especialmente dos: el de tutear el Rey á todo el mundo, y el de exigir que le besaran la mano. El primero era, en mi sentir, no sólo inocente, sino grato. Tenía algo de paternal aquel lenguaje tan amigable, peculiar de nuestros Reyes, y confieso que por mi parte me he sentido lisonjeado y conmovido siempre que las dos Reinas Cristina é Isabel me han dirigido así la palabra. Mas el orgullo democrático se rebelaba ya contra esa usanza, que le parecía ofensiva á la dignidad del ciudadano. D. Alfonso, que sabía esto, se dió priesa á cambiarlo, hablando de usted á todas las personas con quienes conversaba.

Más razón tuvo, á mi parecer, en la abolición del uso de besar la mano del Monarca. Antiguamente se hacía así en todas partes, y en la misma Inglaterra, no sólo existía esa costumbre, sino que hasta la época de Jorge III los Ministros hincaban una rodilla cuando hablaban al Soberano. Pero el tiempo y las revoluciones, que han gastado el prestigio de los Reyes, han hecho también que esas muestras de respeto se consideren excesivas y por lo tanto se supriman. A la llegada de Don Alfonso se supo que no quería que nadie le besase la mano, y casi todos se conformaron con ello de buena gana. Hubo, sin embargo, algunos pocos, entre ellos el Conde de Cheste, que quisieron absolutamente besársela: pero el Rey no lo consintió, retirándola con apresuramiento.

Como digo, fué general la aprobación que mereció esta conducta; mas es ahora una contradicción singular que mientras se ha abolido el acto material de besar la mano del Rey, se conserve por otra parte la fórmula de ese mismo acto en todos los escritos oficiales, y también en la co-

rrespondencia de las personas privadas. Si no es conforme con la dignidad del ciudadano el besarle la mano al Monarca, no lo es menos el besársela á los demás, siquiera sea sólo por escrito. En mi opinión, debería abolirse semejante antigualla y conservar sólo el uso de suscribirse seguro servidor, que es ya bastante humilde y deferente.

Además de las bellas prendas que adornaban á Don Alfonso tenía también el valor propio de su raza, y era además atrevido y casi temerario, como lo probó más adelante en su viaje á Aranjuez durante el cólera, y en otras muchas ocasiones; por lo cual no es extraño que quisiera ir al instante á mostrarse al ejército y tomar parte en sus peligros. Mas no fué muy afortunado en su primera salida porque no había aun suficientes fuerzas reunidas para batir totalmente á los carlistas y hubo que aguardar un año más antes de que vencidos y desalentados, se dispersaran ó huyeran á Francia.

Entre tanto creían algunos y creía el mismo Cánovas que Don Alfonso, desplegando talentos militares, adquiriría en nuestro ejército aquel prestigio que tienen, por ejemplo, en el suyo los Soberanos de Austria y Alemania: de modo que sin dejar de ser Rey constitucional, tomaría en las cosas de la guerra una autoridad más dominante. Mas confieso que por mi parte lo dudé siempre mucho y el tiempo me fué dando razón. Había para tales esperanzas varios obstáculos difíciles de superar. Hacía siglos que nuestros Reyes no mostraban propensión al ejercicio de las armas. Felipe V y Carlos III asistieron por excepción á algunas batallas, mas no perseveraron en esa conducta. Por consiguiente, no tenía Don Alfonso de quien heredar esa afición ni podía tampoco ostentar de repente las dotes de un buen caudillo. No había nacido con el genio militar de

un Carlos V ó de un Carlos XII. Era un león, pero un león criado en jaula. No le faltaba enteramente la afición á las armas; pero la tenía más á la política y á las letras. Además no era fácil que nuestros viejos Generales, acostumbrados á dominar sin contraste, se prestasen de repente á obedecer á un joven Príncipe, que no había visto hasta entonces los campos de batalla.

Para que esto suceda algún día será menester que nuestros Reyes reciban otra clase de educación y nazcan con otros gustos. Se necesita sobre todo que nuestros militares no tengan nuevas ocasiones de adquirir y conservar grandes prestigios, de que luego abusan en política. La pérdida de nuestras colonias, á vuelta de tantos males, podrá traernos el bien de que no se les ofrezcan ya tantas como antes. La cesación de las guerras carlistas producirá también este buen resultado, y llegará quizá el día en que nuestro ejército no tenga ya Capitanes generales, como acontece en Italia y en Austria, y que el Rey sea el solo revestido de esa alta dignidad, como ha sido el solo Maestre de las Ordenes militares desde el tiempo de Fernando V. Entonces será más fácil que asuma en la milicia el rango que naturalmente le corresponde y de que le han privado nuestras discordias civiles; entonces podrá tener en su ejército la superior posición que tienen en el suyo los Monarcas de otros países. Limitóse, pues, el joven Don Alfonso á sus funciones de Soberano constitucional, y en ellas se mostró perfecto. Fidelidad á sus Ministros, deferencia á las Cámaras, respeto á la opinión pública; ninguna veleidad de reacciones ni golpes de Estado. Había confiado de antemano la Presidencia del Ministerio al célebre D. Antonio Cánovas, jefe del partido más juicioso, que intituló, no como antes, moderado, sino liberal conservador,

y este hombre político, de acuerdo con D. Alfonso, se rodeó de otros de varias procedencias, inclusos algunos amadeistas, probando así que el nuevo Rey no venía á vengar los agravios hechos á su madre, sino á procurar la felicidad de España con el auxilio de todos los españoles. Eran todos los nuevos Ministros estadistas de mucho mérito, y su nombramiento fué muy bien recibido por la opinión pública.

La posición de Cánovas era envidiable. La Restauración, si bien hecha por los Generales, se debía principalmente á sus esfuerzos y á su buen sentido. Suya era la gloria de haber acertado con el nuevo credo, con el nuevo término medio que convenía á la nación, y debía ser aceptable para todos los liberales de buena fe. Su único rival en aquellas circunstancias, el General Martínez Campos, no poseía ni la ambición ni el talento político de O'Donnell y Narváez. Militar entendido y valiente, estaba dotado sobre todo de muy buen sentido y comprendía que Cánovas era más á propósito que él para dirigir en aquellos momentos tan difíciles la gobernación del Estado. Tenía más de un Monk que de un Washington. Dejóle, pues, á Cánovas la dirección de la política, y pasó á gobernar la isla de Cuba, donde gracias á sus ideas liberales y á su carácter justo y conciliador, consiguió restablecer la paz por medio de un Convenio con los insurrectos, que igualaba aquella posesión lejana con una provincia española. Los rebeldes hubieran querido más; pero no era poco lo que obtenían, y quizá habría bastado para conservar allí nuestra soberanía, si hubiera sido seguido en plazo cercano de otras reformas más importantes.

La posición de Cánovas fué, pues, desde aquella época, enteramente excepcional, y tomó puesto desde luego en

nuestra Historia moderna, al lado de Toreno, Martínez de la Rosa, Pacheco y Bravo Murillo, como estadista eminente, orador insigne y escritor de primer orden. Fué á la vez liberal y monárquico, enérgico y conciliador, práctico, prudente, previsor, laborioso é incansable. Mostróse algunas veces demasiado indulgente con los defectos de sus partidarios; pecó otras de exceso de orgullo; mas estos lunares no disminuyen su justa fama. Tenía ya, sin embargo, quien le hostilizase, como lo han tenido y lo tendrán siempre todos los grandes Ministros. Aunque el país estaba casi pacificado, no faltaban en él, partidos enemigos y clases descontentas. Desde luego, los carlistas iban deponiendo las armas, pero no dejaban de abominar al Gobierno que los había vencido. Entre los republicanos hubo algunos, como Moret y Canalejas, que abjurando sus errores, reconocieron al nuevo Monarca; mas quedaban todavía muchos que soñaban con nuevas revoluciones. Era el principal de ellos, un tal Zorrilla, hombre díscolo y violento, quien ya durante la época de D. Amadeo había fundado un partido llamado progresista-revolucionario, que era un republicanismo disfrazado. Retirado al extranjero, no cesaba de conspirar contra la Monarquía de Alfonso XII.

Dicho se está que el clero todo, así como los más intransigentes del antiguo partido moderado, y también las señoras de Madrid, veían con desagrado que la Restauración no restableciese la unidad católica y se limitase á abolir la libertad de cultos establecida por la Revolución, sustituyéndola con la tolerancia religiosa. Las damas de nuestro libro de oro, decían con amargura que se habían llevado chasco en ese punto; mas á poco que se reflexione, no será difícil disculpar la conducta del Rey y de sus Ministros. Al estado á que habían llegado la cultura y las recípro-

cas relaciones de los pueblos, no era posible ya obstinarse en la antigua intolerancia. El Papa mismo, desde el regreso de Pío VII, permitía en Roma dos capillas del culto protestante, para uso de los extranjeros que visitan y enriquecen la ciudad eterna. Por consiguiente, España no podía continuar siendo una excepción de lo que era ya una regla tan general como conveniente. El joven Rey, educado en el extranjero, se hallaba penetrado de esta necesidad, y cuando al llegar á España fué interpelado sobre esto por un insigne Prelado, se limitó á decirle, con oportunidad, que en los colegios en que se había educado, tanto en Austria como en Inglaterra, había visto que los escolares de varias creencias vivían allí en perfecta paz, siguiendo cada uno la suya, y no comprendía por qué no había de suceder lo mismo en nuestro país.

Mucho más grave disgusto que este del clero, los moderados y las damas, sentía por otros motivos el antiguo partido progresista, cuyo jefe reconocido era ya el famoso revolucionario Sagasta, antiguo Comandante de la milicia nacional y conspirador incansable, quien al fin había recogido el manto de Olózaga, y reuniendo en torno suyo á los odonelistas más liberales y á los demócratas de más juicio, había dado á sus secuaces el nombre de fusionistas y aspiraba á su vez á la dirección del Estado. Era buen orador y mostró siempre mucha habilidad para contentar á sus partidarios, gracias á poseer precisamente lo que le faltaba á Cánovas, es decir, un carácter bondadoso y amable. Fuerte ya en la adhesión de tantos amigos, creía Sagasta tener derecho á turnar en el poder con su rival conservador, y obtuvo que el mismo Cánovas lo reconociese así y contribuyese á establecer entre ellos una perfecta alternativa, en virtud de la cual subían y bajaban sucesivamente

del poder, como Cástor y Polux subían y bajaban alternativamente desde las alturas del Olimpo á las riberas del Aqueronte. El mismo Rey Alfonso comprendía muy bien que el error principal de su Augusta madre había sido la exclusión sistemática de ese partido; por cuya razón se prestó de muy buen grado al propósito de Cánovas y confió el Gobierno á Sagasta en la primera crisis ministerial, que ocurrió en el año 81.

Por último, había también otros descontentos, á consecuencia de la distribución de puestos y recompensas, porque, en primer lugar, era difícil atender por igual á todos, y urgía también desarmar á ciertos enemigos. Por regla general, los nuevos Monarcas procuran más bien ganar á éstos á fuerza de dádivas que recompensar á los amigos, de cuya fidelidad viven seguros. Así acontecía con el nuevo Rey, y ya decían algunos «que el vencedor podía estar celoso de la felicidad del vencido». Yo mismo tuve ocasión de experimentarlo, pues á pesar de mis servicios y de la lealtad con que me había conducido, no sirviendo ni solicitando nada de D. Amadeo ni de la República, hallé mucha dificultad para ingresar de nuevo en la carrera diplomática, mientras que lo conseguían desde luego varios amadeistas y también otros muchos que no habían mostrado mayor constancia que la mía.

Afortunadamente era yo muy conocido del mismo Cánovas y del Ministro de Estado, D. Alejandro Castro, quienes tuvieron la bondad de mostrarse favorables á mi pretensión. Pero lo que más contribuyó á que me colocaran fué el empeño que tomaron en ello otros amigos y amigas, cuya influencia era muy grande en aquellos días. Nombráronme, pues, al fin, Ministro Plenipotenciario de segunda clase en Constantinopla, cargo mal retribuído, pero que era

para mí un ascenso, puesto que no había sido antes más que Ministro Residente, por cuya razón lo acepté con mucho gusto.

Antes de partir de Madrid tuve la alta honra de ser recibido por el joven Rey, á quien ofrecí mis respetos y dí las más sinceras gracias por el puesto que se había digna do confiarme. Y debo decir que quedé encantado de su linda figura, finos modales, despejo, viveza y memoria. Hablóme largo rato de los asuntos de Oriente, y lo hizo con una copia de noticias, que me dejó maravillado, pues aunque es posible que, cual suelen hacerlo en casos semejantes los grandes personajes, se hubiese preparado á mi audiencia con alguna lectura, era siempre notable que en medio de sus ocupaciones de entonces tuviese tiempo para hacerlo.

Para terminar este capítulo, diré también alguna cosa sobre la sociedad y la literatura de aquella época. Madrid ardía en fiestas para celebrar la vuelta del nuevo Rey. Aunque las damas principales estaban disgustadas con motivo de la tolerancia religiosa, sentían por otra parte una viva satisfacción al verse libres de Reyes intrusos y dictadores militares, y poseer, al fin, la Monarquía de Don Alfonso XII, por quien tanto habían trabajado. Recibían muchas de ellas, y principalmente la Duquesa de Bailén, cuyo Palacio, adornado con bellas pinturas de Gonzalo, Domingo y otros buenos artistas de aquel tiempo, es uno de los más bellos de la Corte; la Marquesa de Molins, cuyo marido era uno de los hombres más importantes del partido conservador, y la Marquesa de la Puente y Sotomayor, cuyas dos lindas hijas se casaron después, la una con el Conde de Casa-Valencia y la otra con Cánovas del Castillo. Pero el salón más político y donde más se reunían los

amigos del nuevo Ministro era siempre el de la Marquesa de Bedmar.

Acerca de la literatura, diré que en la novela había una novedad. D. Juan Valera, Diplomático, Diputado y escritor de mucho mérito, acababa de componer una, titulada *Pepita Jiménez*, en la cual pintaba con mucha gracia, á la manera de Fernán Caballero, las costumbres de Andalucía y refería los amores de una linda viuda con cierto joven seminarista, cuyo carácter recuerda el Hipólito del teatro griego. El estilo de Valera es muy castizo; únicamente es lástima que imitase en aquella obra, no sólo el lenguaje de nuestros clásicos, sino también su licencia.

En el teatro había, asimismo, algo nuevo. Los dramas de Echegaray, ingeniero y poeta, habían reemplazado los de Tamayo. No tuve entonces el gusto de oirlos, porque el luto que llevaba aun por mi querida hija me impedía ir á los teatros; pero los he conocido después, y hallo que revelan un gran talento dramático. Sin embargo, no todos tienen el mismo mérito. *O locura ó santidad* y *El Gran Galeoto*, son los más bellos. En los demás hay mucho de poco natural, de inverosímil y aun de extravagante. El autor olvida con frecuencia estos versos de Boileau:

Una merveille absurde est pour moi sans appas
L' esprit n' est point ému de ce qu' il ne croit pas.

De poetas líricos había siempre gran copia. Si Campoamor había hecho olvidar bastante á Zorrilla, á su vez tenía él ya rivales en Becquer, Grilo y Núñez de Arce, los cuales estaban todos dotados de genio poético y también de esa sensibilidad y de esa fe que raramente se hallan en el autor de las *Doloras*. Becquer es, como Musset, el poeta del amor y de la juventud; Grilo es tierno y armonioso, y

Núñez de Arce tiene un atrevido vuelo. Su carácter apasionado y activo le hizo tomar parte en la revolución y sentir luego con mucha fuerza sus desastrosos resultados. Es, pues, el vate de la reacción, el cantor del arrepentimiento y del desengaño. Deplora la caída de los tronos, se mofa de la República y odia la mentida libertad que había dado á España la ambiciosa democracia. Véase como ejemplo de su manera de sentir y decir esta enérgica estrofa:

No eres la vaga aparición que sigo
Con hondo afán desde mi edad primera,
Sin alcanzarla nunca..... Mas ¿qué digo?
No eres la libertad, disfraces fuera,
Licencia desgreñada, vil ramera
Del motín, ¡te conozco y te maldigo!

CAPÍTULO LXXXIX

La Grecia, en 1875

Voy á embarcarme en Brindisi.—El Santuario de Loreto.—Recuerdos históricos y literarios.—Llegada á Corfú.—Interés que me inspira la Grecia.—El ermitaño del Cabo Matapán.—Llegada al Pireo y á Atenas.—Bellas ruinas del Partenón.—Placer que me causa cuanto observo.—Injusticia con que se juzga á los griegos. Olvídanse sus desventuras y su heroísmo.—Olvídase que eran antes un puñado de esclavos.—Han crecido, sin embargo, en población y riqueza.—Han creado una capital y una lengua.—Egoísmo con que son tratados por las grandes Potencias.—Sigo mi viaje por el Archipiélago.—Entrada en el Helesponto.—Un telón que se descorre.—Vista sorprendente de Constantinopla.

Después de despedirme de mi madre y hermanos en Cádiz, volví otra vez á Italia á fin de hacer otro tanto con mi mujer y mis hijos, á quienes, por el momento, no podía llevar conmigo á tierra tan lejana, y fuí á embarcarme en el puerto de Brindisi. De esta manera tuve ocasión de ver las costas del Adriático, que no conocía, y que me parecieron bastante inferiores á las del Tirreno. El mar es quizá más azul, pero la tierra es más llana y aun á trozos estéril. Después del famoso pinar de Rávena, donde cayó Gastón de Foix, es raro ver bellos árboles, y todo aquel terreno se asemeja bastante á nuestras Castillas: campos de trigo, buenos pastos y un horizonte cerrado por montañas, casi siempre coronadas de nieve.

Las ciudades que se ven al pasar, no son tampoco comparables con las de la otra orilla. Ancona no vale como Pisa ni Liorna, y creo que pocos irían á visitarla si no fuera

porque tiene enfrente el célebre Santuario de Loreto, que entonces vi sólo de lejos, pero que visité algunos años después, por ser aquel uno de los lugares donde la Madre de Dios recibe con más benignidad las oraciones de sus devotos.

Las llanuras de la Puglia me recordaron la batalla de Cannas y el triunfo de Aníbal, debido en mucha parte al valor de los soldados iberos. Brindisi trajo á mi memoria el viaje descrito por Horacio con tanta gracia, aunque gracia poco decente, y también las idas y venidas de Pompeyo y César en los días de Farsalia. Y pensando en todo esto quedábame á veces como absorto, y en lugar de ver el mar azulado y las blancas casas de Brindisi, veía los patricios romanos que se disputaban el mando, y al gran Cicerón que exponía su propia vida por defender la libertad de su patria.

La travesía de Brindisi á Corfú dura sólo una noche, de suerte que al amanecer nos hallamos en aquella isla y bajamos á tierra. Pisé, pues, allí por primera vez el suelo de Grecia, y la consideración de que el país que visitaba era el mismo en que habían vivido tantos héroes, cuyas historias me eran familiares, me conmovió involuntariamente. Siendo niño, aún me deleitaba en tomar de la librería de mi padre el *Viaje de Anacarsis*, y leer algo en él ó mirar las láminas del *Atlas* que le acompaña. Después, he leído lo más notable que se ha escrito sobre aquel hermoso país, cuna de las ciencias y las artes, patria de tantos grandes patricios, de tantos filósofos, historiadores y poetas; de manera que, así como Don Quijote tenía la cabeza llena de los libros de caballería, así tenía yo llena la mía de las historias y leyendas de Grecia.

Y no me hallaba menos enterado de la historia moder-

na de aquel pueblo y del heroísmo que demostró en el año 21 para reconquistar su independencia. Para todos los que hemos nacido en la primera mitad del siglo XIX, es un grato recuerdo de infancia aquella lucha terrible, que inspiró tan bellos versos á los principales poetas de Europa. Una de las primeras novelas que yo leí de muchacho fué una intitulada el *Sitio de Misolongi*, escrita no sé por quién y desprovista de gran mérito, pero que refería con mucho interés varias páginas de aquel episodio glorioso en que tomó parte Lord Byron.

Todo, pues, me interesaba en la Grecia; el cielo, la tierra, las mujeres, aunque en general son feas, y los hombres, á pesar de que no visten ya la túnica clásica, sino la pesada nagüeta ó fustanela. Y no digo nada del idioma. Seriamente aseguro que me deleitaba el oirlo en boca de todo el mundo y prestaba un atento oído á cuanto se decía al lado mío, pareciéndome muy musical el saludo que se hacen, según las horas, diciendo: *cali imera*, *cali espera*, y *cali nicta*. Y notaba con placer que su pronunciación no es como la de Erasmo, ni como la de los jesuítas, sino mucho más suave, con pocos sonidos guturales y sin ningún diptongo. Aunque estaba muy lejos de comprenderlo todo, me sonaba tan dulce y claro como el italiano, y no veía la hora de dedicarme á su estudio, para lo cual me ayudó lo que sabía de griego antiguo.

El clima de Corfú es tan benigno como el de Nápoles, y la larga temporada que ha pasado aquella isla en poder de los ingleses, le ha dado una cultura superior á la de las demás de Grecia. Aunque estábamos todavía en invierno, hubo algunos compañeros míos de viaje que se bañaron en aquel mar sin sentir un frío excesivo.

El vapor del Lloyd Austriaco, en el cual navegábamos,

va de allí al Pireo, costeando el Peloponeso; por cuya razón vimos bien la famosa Itaca y el salto de Leucate. La primera trajo á mi memoria al elocuente, al astuto, al prudente Ulises, á cuyo carácter ha prestado el divino Homero tantos atractivos, que se le perdonan hasta sus continuos embustes, efectos muchas veces de la misma prudencia, según lo vemos en el ejemplo de Sancho, que los usaba en ocasiones con mucha gracia. El salto de Leucate despierta el recuerdo de la enamorada Safo, quien lo ejecutó con poca fortuna, puesto que en vez de curar de su pasión, como dicen que curaban tantos, pereció miserablemente sumergida por las aguas.

Al llegar al cabo Matapán fuimos cortésmente saludados por un ermitaño, que tenía allí su pobre morada, y gustaba mucho de ver pasar los vapores y desearles á los pasajeros, con expresivos gestos, un venturoso viaje. Los orientales han sido siempre muy inclinados á la vida solitaria, no sólo en la edad más moderna, sino también en la que precedió al cristianismo, y es bien conocida la historia del filósofo Epiménides, que pasó más de cincuenta años en una caverna. El ermitaño de que hablo, permaneció en la punta de Matapán hasta su muerte, que acaeció, según referencias, mucho después de mi viaje.

Y hétenos ya en el Pireo, que el mono de la fábula tomó por una persona. Entramos en su pequeña aduana para la visita del equipaje, y nos hicieron aguardar bastante, porque el empleado estaba almorzando. Tuve curiosidad de ver lo que comía, y me asomé con disimulo al aposento á que se había retirado. ¡Pobre compatriota de Pericles!; su desayuno era más frugal que el de Diógenes, puesto que se contentaba con un pan harto negro y un puñado de aceitunas. Fuí después á la Estación (*Statmon*)

y tomé un billete (*grammation*) en el ferrocarril (*siderodromon*) que va á Atenas. La distancia es corta, y no se ve por el camino más que un bosque de olivos, como los de nuestra hermosa Andalucía.

Llegado á la famosa ciudad, entré en un coche de alquiler, que me condujo á una posada (*xenodojion*) bastante limpía; mas sin poner casi atención en ella, dejé allí mi equipaje, y me encaminé luego á la colina del Akrópolis para ver las ruinas del Partenón. Al pie de ella está el templo de Teseo, muy lindo, pero muy pequeño; tan pequeño, que parece cosa de juguete. Los egipcios, que vivían en medio de llanuras inmensas, tenían necesidad de dar á sus edificios dimensiones colosales. Los griegos, que se hallaban estrechados entre el mar y pequeñas colinas, tenían que contentarse con monumentos más chicos y reemplazar la grandeza con la hermosura de las formas.

Con todo, el Partenón no es pequeño. Ciertamente, sus columnas no admiten comparación con las de Karnak ó Luxor; pero son mucho mayores que las de ningún otro edificio europeo. Añádase á esto que sus bellas proporciones les dan una gracia y una elegancia insuperables. Lo mismo digo de las del Ericteo y los otros templos, cuyas ruinas cubren de tal suerte toda la colina que, sin hipérbole, es dado decir que forman una montaña de mármol. ¡Y qué mármol!, el mármol de Paros, cuya blancura, alabada con razón por Anacreonte, resiste á la acción del tiempo y es siempre rival de la nieve.

Para gozar algo de aquel interesante país, me quedé en él tres días, dejando el vapor del Lloyd y tomando luego el de las Mensajerías francesas, que toca también en el Pireo y va á Constantinopla. Visité, pues, sin excesivo apresuramiento, la ciudad de Atenas. Vi á los Reyes en

el paseo público, bastante cambiados de cuando los había conocido en Copenhague, la Reina más gruesa, el Rey tan tostado por el clima meridional, que no tenía ya casi nada de dinamarqués, y ni aun rubio parecía. En la época presente es Atenas una población bastante linda; entonces estaba todavía en formación, y contenía más jardines que casas, y muy pocos edificios públicos. Sonreíame al leer los nombres pomposos de algunas calles y plazas no muy dignas de ellos. Entré en las confiterías (sajaroplastia) por el gusto de comer dulces griegos, y con sorpresa vi en ellas los mismos que hay en toda Europa, pues en esta materia, como en todas, unas naciones han enseñado á las otras: el español ha tomado sus golosinas del romano y del árabe, éstos del griego, y el griego del egipcio ó del asirio. De esta manera, es muy posible que los dulces que hoy se venden en las confiterías de Madrid sean iguales á los que se vendían hace cincuenta siglos en las de Menfis y Babilonia.

Visité igualmente las librerías (bibliopolia), y noté, con admiración, que los griegos modernos se han dado grandísima prisa á traducir á su renovada lengua toda la literatura europea, como el medio más adecuado de formar ellos paulatinamente una propia. Allí estaba la *Imitación de Cristo* (Mimiseos tu Jesú Cristú) al lado de la *Corina* y de *Pablo y Virginia*; los *Misterios de París* con la *Historia de la Revolución* y *Los tres mosqueteros.* De todo había, en fin; historias, novelas, viajes y también libros científicos.

Entré luego en las iglesias, y me sentí conmovido al oir que los pobres que estaban á la puerta me decían en su dulce idioma: *Kirie eleison,* como nosotros le decimos á Dios en las letanías. Algunos de aquellos templos son bastante bellos, y en ellos se observan varias cosas notables.

En primer lugar, toda la parte principal de los divinos misterios pasa fuera de la vista de los fieles y detrás de lo que llaman la *iconostasis* ó separación, adornada con pinturas de santos. En segundo, los sexos están separados, colocándose los hombres en la parte baja y las mujeres en ciertas galerías elevadas, como las que se observan en muchas iglesias románicas. En tercero, no existe en los templos griegos imagen alguna de bulto. La guerra que declararon los musulmanes á todas las estatuas por horror á la antigua idolatría, y el espíritu iconoclasta de algunos Emperadores, animados del mismo odio, han dejado allí sus huellas, á pesar de los esfuerzos que hizo después para borrarlas la Santa Emperatriz Irene. Es tal la aversión de los griegos á las imágenes, que en una vida de Ticiano he leído que, habiéndole encargado ciertos monjes de aquella nación un cuadro con varios Santos, no quisieron recibirlos porque hallaban que les había dado tanto relieve, que parecían casi de bulto.

Otra circunstancia característica de las iglesias griegas es la abundancia de reliquias, no habiendo casi altar que no contenga el cuerpo entero de un Santo Mártir. Y ya nuestro Clavijo refería en su viaje que el Emperador Juan Paleólogo las tenía en tanto aprecio, que ni aun cuando iba á la caza se separaba de la llave con que cerraba su depósito.

Noté, asimismo, mucha devoción en los que asisten á las iglesias, y supe que su religión es en ciertas cosas todavía más severa que la católica. Así, por ejemplo, tienen, no sólo una Cuaresma antes de Pascua, sino otra antes de la Asunción de la Virgen y otra antes de Navidad. Son sumamente devotos de María, á quien llaman con ternura La Toda Santa *(La Panaguía)*, y es en verdad muy dulce

en aquel idioma la salutación angélica, la cual dice en su segunda parte: «*Aguia Maria, mitéra tu Teú, paracáli dia más tus amartolús, tóra ke is tin óran tu tanátu más. Amin*».

Dos solas cuestiones separan á la religión griega ortodoxa de la católica: la del Papa y la procesión ó procedencia del Espíritu Santo. Según los griegos, no procede más que del Padre; según los católicos, del Padre y también del Hijo *(filioque)*. En lo demás son casi completamente iguales. Tienen todos nuestros Sacramentos, y además la transubstanciación, el purgatorio y las preces por los difuntos, la confesión, el culto de la Virgen y los Santos, la veneración de las reliquias, los ayunos y abstinencias; son, en fin, tan parecidas en su liturgia, que muchos católicos cederían á la tentación de oir misa en las iglesias griegas como cosa indiferente, especialmente cuando está lejos la suya, si el Papa no hubiese declarado que quien tal hace comete un pecado grave.

Dicho se está que asistí una noche al teatro, donde vi representar *La dama de las camelias (Y kiria tis camelias)*, la cual había llegado ya hasta Atenas; y no puedo ponderar cuánto me interesaba oir los conceptos apasionados de Dumas en la lengua mesurada de Eurípides. Los actores no eran malos, é imitaban más bien la escuela dramática alemana, que tienen cerca, que no la francesa. Las actrices me parecieron agradables; pero ni en la escena *(skini)*, ni en los palcos *(teoria)*, ni en el patio *(konistra)*, vi mujer alguna que pudiera recordarme la hermosura de una Elena ó de una Aspasia.

Estuve también en una reunión *(sintrofia)* en casa de una señora Lombardos, con cuyo hijo había hecho conocimiento durante la travesía de Corfú á Atenas. Hallé en ella todo como en cualquier sarao de Europa, y hubo un

poco de baile *(joros)* con contradanzas *(antijoros)* y vals, á que llaman *strobilos* ó torbellino, pues la lengua griega tiene voces para todo, y como es rica de raíces y apta para las amalgamas, halla en sí misma lo necesario para nombrar los objetos de nueva invención. Y no sólo hace esto para su uso particular, sino que presta sus vocablos á las demás de Europa, según lo estamos viendo en telégrafo, teléfono, fonógrafo, fotógrafo y un centenar de voces de uso corriente en nuestros tiempos.

Había ya en Atenas coches de alquiler *(amaxa)* y ómnibus *(pandoforia)*, y no faltaban por las calles muchachos que vendiesen los periódicos *(efemérides)*, gritando: *Astis*, *Akrópolis*, *Neo Cronos* y los demás que había ya en aquel país. En los cuales vi que al Rey le llaman *Vasilefs*, á los Ministros *Ipurgui* y al Congreso *Bule*. Todo lo cual venía á ser interesantísimo para cualquier fileleno.

En resumen, á mí me pareció que si bien aquel país está aun bastante atrasado, no hay razón para deducir de ahí que los griegos tengan poca capacidad para la vida moderna. Y en mi sentir se les juzga con harta injusticia. Olvídase la historia de aquel pueblo. Olvídase que el destino se ensañó particularmente con él y que su territorio fué invadido por varias naciones, las cuales le asolaron á porfía, pudiéndose decir que lo redujeron á polvo y ceniza. Galos, romanos, eslavos, árabes, cruzados latinos, aventureros catalanes, turcos, venecianos y otra vez turcos y egipcios; y siempre tratados con crueldad, despojados, burlados, oprimidos.

No se recuerda tampoco que á pesar de todo esto conservaron siempre, como la infeliz Polonia, su religión y su idioma, dividido en dialectos, adulterado, afeado; pero bastante vivo todavía para que renazca fácilmente de sus

cenizas. No se recuerda, por último, que cuando se sublevaron contra los turcos el año 21, lucharon con tanto denuedo bajo las banderas de Canaris y Colocotroni, que esto obligó á la Inglaterra, la Francia y la Rusia á acudir en su auxilio, destruyendo la escuadra turca en Navarino. Y aunque entonces no eran en realidad otra cosa que un puñado de esclavos, un compuesto de montañeses *(Mainotas)*, de milicias *(palicari)* y de bandidos *(clepti)*, han fundado paulatinamente una nación, han creado sobre las ruinas de la antigua una nueva Atenas, que puede ya ser comparada con cualquiera ciudad rica de Europa, y han formado una nueva lengua, fundiendo los dialectos derivados de la antigua y purgándolos de voces eslavas y turcas. Y trabajan, asimismo, para crear una nueva literatura nacional, no sólo por medio de buenas traducciones, sino también con obras originales como las de Rangabé, Rhigas y otros aventajados escritores.

Hay más. La población ha aumentado, ha triplicado en pocos años. Empezaron siendo sólo setecientos mil, y cuentan ahora dos millones y medio. Crece también su tráfico, y hay ya en Atenas banqueros y comerciantes que hacen buenos negocios. Fáltales el espíritu de empresa; viven demasiado de la política, y en vez de dedicarse al comercio y á la industria, se disputan con animosidad los cargos públicos, no obstante que están muy mal retribuídos. Pero esto no es de extrañar en una nación que hace menos de un siglo vivía aun bajo el yugo de los turcos.

Y no sólo se les juzga, en mi sentir, con injusticia, sino que se les trata con el mayor egoísmo. Sus mismos libertadores, antes muestran interés en conservar la integridad del carcomido Imperio turco, que en favorecer las legítimas aspiraciones de los griegos. Los rusos, sobre todo,

sienten ya verdaderos celos de ellos, porque en realidad, si los turcos fuesen expulsados de Constantinopla, á ninguna nación debería pertenecer ésta con más derecho que á la Grecia, que la poseyó por tantos siglos, y tiene todavía 8.000.000 de su misma raza, esparcidos por aquel Imperio. Mas como esto contraría los proyectos moscovitas y el supuesto testamento de Catalina, de ahí viene que pongan siempre obstáculos al engrandecimiento de aquel país, reservando sus favores para los servios, búlgaros y demás pueblos eslavos, de quienes no temen lo mismo.

Satisfecha ya mi curiosidad, me despedí de aquella nación pequeña, pero interesante, deseándole mayor fortuna en lo sucesivo, y volví á embarcarme en el Pireo, á bordo de un vapor francés, que me condujo á Constantinopla. Salimos de noche, pero la Luna lo iluminaba todo, y al doblar el cabo Sunium, nos permitió ver muy bien las ruinas del templo de Minerva, cuyas columnas, unidas aun por el friso, forman á manera de un gran peine clavado sobre la cabeza de un gigante. Por aquel templo empieza Pausanías su descripción de la Grecia.

A la mañana siguiente nos hallamos ya en medio de las islas del Archipiélago, que brillaban al sol como otras tantas amatistas engarzadas en un mar de záfiro. Cada una de ellas tiene su propia fábula. En una nació Venus, en otra Apolo y Diana, en otra Cástor y Polux. En todas hubo héroes y poetas. Ahora sirven de morada á pocos comerciantes y marineros, y con razón dice Byron:

Las islas de Grecia, las islas de Grecia,
Donde la ardiente Safo amó y cantó,
Donde brillaron las artes de la guerra y la paz;
Un eterno verano las dora todavía,
Pero todo ha acabado, excepto su Sol.

Venía, entre mis compañeros de viaje, el entonces joven Melchor de Vogüé, sobrino del Conde del mismo nombre, Embajador de Francia en Costantinopla. Volvía á su puesto de Secretario de aquella Embajada, después de una corta licencia, y tuve mucho gusto en hacer su conocimiento. Más tarde fué Secretario en San Petersburgo, y casado allí con una señorita rusa, se aficionó mucho á aquel país, y estudió su lengua y literatura de tal modo, que pudo luego darla á conocer en Francia y en toda Europa. Gracias á él, se buscan y se leen ahora con placer las novelas de Gogol y Turguenef, y también las de Tolstoi, algo largas, especialmente la titulada *Guerra y paz*, pero dignas todas de este gran escritor, representante genuino de la sociedad eslava, mezcla de místico y comunista, de cuáquero y ortodoxo, siempre sincero y nunca licencioso ni libre.

Pasadas las islas, nos fuímos acercando al continente, y vimos ó creímos ver á lo lejos las ruinas de Troya, *campos ubi Troia fuit*, que poco antes habían sido descubiertas y descritas por un erudito anticuario alemán, llamado Schlieman, el mismo que descubrió también en Misenas el sepulcro de Agamenón. Según él, no sólo es visible el lugar donde estuvo aquella célebre ciudad, cuyo sitio duró diez años, sino que es posible ver debajo de sus vestigios otros de una Troya más antigua, que fué reedificada por Laomedonte. He oído decir, sin embargo, que no todas las noticias de este escritor alemán merecen entero crédito, pues aunque era en extremo docto, pecaba de excesivo entusiasmo por las cosas griegas, y esto le hacía ver á veces lo que fingía su buen deseo. Cuentan en prueba de su exagerado filelenismo varias anécdotas chistosas y quiero referir una, la cual prueba también cómo las invenciones de

Cervantes pueden repetirse en la realidad y ser cosas muy verdaderas. Dicen, pues, que cuando Schlieman se dispuso para pasar á Grecia y Turquía, se hallaba en Inglaterra, y antes de ponerse en viaje con su familia, llamó á dos criadas inglesas que tenía su mujer, las cuales se llamaban Kity y Moly, y les dijo que no las llevaría consigo, si no consentían en mudarse sus nombres y llamarse, la una Aglae y la otra Ifigenia. Consintieron ellas sin dificultad, y Schlieman quedó tan contento, como el caballero de la Mancha cuando cambió los nombres de las dos mozas de la venta.

Entramos luego en el Helesponto y luego en el Mar de Mármara, y después en el Bósforo, donde ancló por fin el vapor, y no puedo decir lo que gozaba al navegar por aquellos mares, ni la multitud de recuerdos, ya mitológicos, ya históricos, ya sagrados, que se agolpaban á mi imaginación, y me tenían como embelesado. En aquellas aguas cayó Hele y les dió nombre, y en ellas pereció el enamorado Leandro. Por allí pasó Jerjes con sus persas, y después Alejandro con sus macedonios, y más tarde los árabes, que retrocedieron ante el fuego griego, y enseguida Pedro el Ermitaño con sus turbas entusiastas y Godofredo con sus cruzados, y después los ambiciosos francos, y por último Mahomet con sus huestes, no menos fanáticas que las de Pedro. Allí cerca está Nicea, donde se reunieron muchos Obispos sufrieron el martirio, antes de la conversión de Constantino, quedando cuál lisiado y cuál ciego, y condenaron al orgulloso Arrio con aplauso de un inmenso pueblo.

Mas aunque estábamos ya delante de Constantinopla, no podíamos verla aun, á causa de una niebla muy espesa que la ocultaba á nuestros ojos. Eran las ocho de la maña-

na, y el Sol no tenía todavía mucha fuerza. Al fin rompió el velo que le cubría, y que descorriéndose como el telón de un teatro, nos dejó ver el espectáculo más bello del mundo; la ciudad de Constantino, que situada sobre tres colinas, separadas por el Cuerno de Oro y el Bósforo, es un conjunto de casas de todos colores, y de palacios, iglesias, mezquitas, jardines, cúpulas, alminares y cipreses, que parecen tocar al Cielo con sus puntas.

CAPITULO XC

Constantinopla, de 1875 á 1878

Constantinopla es más bella por fuera que por dentro.—Mal estado del Palacio de España.—Visito á Estambul.—Restos de la época griega.—Santa Sofía y el Hipódromo.—Arquitectura bizantina.—Sus cúpulas y mosaicos.—Exageración con que se critica el imperio griego.—Servicios que prestó á la legislación y al cristianismo.—Mérito de algunos Emperadores.—Heroico fin del último.—Causas de su gobierno despótico.—Los turcos gobiernan como ellos.—Imitan también su arquitectura.—Mezquitas Solimanié y Osmanié.—Bella invención de los alminares.—Ricos mausoleos.—El viejo Serrallo y sus memorias de sangre.—El Bazar de Estambul.—El puente de Kadikoi.—Gálata y su torre.—Aspecto europeo de Pera.

La ciudad de Constantinopla es mucho más hermosa por fuera que por dentro, y ha habido viajero inglés tan original que, contento con verla desde su yate, no ha querido desembarcar nunca por no perder las ilusiones que le causaba su vista. Por mi parte, confieso que cuando me encontré en el muelle de Gálata y empecé á subir la cuesta que conduce á Pera, no pude menos de hallar muy malo todo cuanto veía, á pesar de que el Secretario y el Dragomán, que habían salido á recibirme, trataban de darme ánimo. Calles estrechas y mal empedradas, casas pobres y sucias, multitud de perros, que devoraban las inmundicias arrojadas al arroyo; tal fué el espectáculo que se ofreció á mis ojos al entrar en la famosa Constantinopla.

Llegados al barrio europeo y á su calle principal, que llaman enfáticamente la *grande rue de Pera*, hallé, á la ver-

dad, alguna mejora, porque había aceras á trozos y se veían casas más decentes. Mas no cesaba el mal piso ni tampoco las manadas de perros. En fin, colocado en un coche, llegué á la posada, nombrada *Hótel de Inglaterra*, y me pareció bastante limpia. Gozan sus ventanas de vistas muy hermosas, porque la colina de Pera domina el puerto, lleno de buques, y la costa opuesta de Asia, que está toda sembrada de quintas y jardines.

Fuí luego al llamado Palacio de España, que era una casa harto mala, comprada ya vieja á principios del pasado siglo y no reparada desde entonces, á causa de nuestras continuas guerras y de la parsimonia de nuestro Gobierno. En ella visité á mi predecesor, un cierto Sr. Crespo, á quien habían separado por sus ideas republicanas, por lo cual no tardó en renunciar á ellas, como tantos otros de su mismo color político, y logró volver á ser enviado más tarde á aquella misma Legación.

Marchóse pronto á Madrid, mas no por eso me dí yo priesa á ocupar el Palacio, á causa de su mal estado, y continué en el *Hótel de Inglaterra*, hasta que al cabo de bastante tiempo de continuas é inútiles quejas y reclamaciones á la Corte, me decidí á reparar un poco á mi costa aquel desvencijado edificio y pasé á habitarlo.

Mi primera ocupación fué, como es natural, la de entregar mis credenciales al Sultán y visitar á mis colegas del Cuerpo diplomático. Mas de esto hablaré en otro capítulo; ahora debo decir alguna cosa sobre aquella célebre ciudad. Su situación me pareció única y asombrosa. Con razón dijo el oráculo de Delfos á los griegos que buscaban por allí un lugar donde establecer una nueva colonia: «Colocáos enfrente de los ciegos». Porque ciegos debieron ser los habitantes de Calcedonia, al preferir el lado asiático del Mar

de Mármara. La orilla europea es más bella, y la ciudad, asentada en las alturas que se avanzan hacia la entrada del Bósforo, parece destinada por la Providencia para ser la capital del antiguo Continente. Allí hacen su unión la Europa y el Asia, y desde allí es fácil invadir la una como la otra, pasar luego al Mar Negro para dominar en las regiones que le rodean, y salir al Mediterráneo á fin de amenazar á todos los Estados que baña.

Dase ahora el nombre de Constantinopla á la reunión de tres poblaciones, á saber: primera, la antigua Bizancio, que los turcos dicen Estambul, del griego *Is tin polin*, ó la ciudad por excelencia; segunda, la de Gálata, y tercera, la de Pera. La segunda población está separada de la primera por un brazo de mar, llamado el «Cuerno de Oro» *(Crisokeros)*; la tercera, situada en una grande altura, es continuación de la segunda.

Estambul es la más antigua; es la que habitaron Constantino y Justiniano. Gálata fué edificada por los genoveses, que la ocuparon en la Edad Media. Pera ha sido construída en época más moderna, y su nombre significa *allende*; es decir, más allá de Gálata. Sólo á Estambul dan el nombre de ciudad, y consideran las otras dos como simples barrios de ella. En Estambul viven sólo los turcos, con excepción de un pequeño barrio, dicho El Fanar, al cual se retiraron los griegos después de la toma de Constantinopla por Mahomet II. Gálata contiene una población mixta de turcos, griegos, armenios y judíos, y es donde viven los principales comerciantes. Pero es casi toda europea, y en ella residen los Embajadores y Ministros extranjeros.

Mi primera visita fué á la famosa ciudad, á la antigua Bizancio, á la que recibió un día nuevo nombre de Constantino el Grande, que estableció en ella la capital de su impe-

rio; y la primera cosa que busqué en su extenso recinto fueron los restos de la época de aquel Emperador y de su sucesor Justiniano. Quedan, por desgracia, bien pocos. La civilización antigua fué, no sólo destruída, sino pulverizada por los diversos bárbaros que han recorrido el mundo; y si se conservan las ruinas de Roma, eso se debe á la feliz circunstancia de haberse establecido allí el Vicario de Jesucristo. De todas las otras grandes ciudades de aquel tiempo, no se conserva casi resto alguno. De Alejandría, que era en suntuosidad y grandeza una segunda Roma, no queda más que la columna de Pompeyo; de Atenas, el Partenón; de Verona, el anfiteatro; de Constantinopla, Santa Sofía y el Hipódromo.

Son estos, sin embargo, dos monumentos muy interesantes, especialmente el primero. La iglesia de Santa Sofía ó de la Santa Sabiduría es una de las maravillas del mundo, y aunque la han despojado de los adornos que la embellecían cuándo la describió en su bello poema Pablo el Silenciario, es todavía tan hermosa que se la ve con el mismo placer que la basílica de San Pedro en Roma. Edificóla por orden de Justiniano el arquitecto Antemio, y en ella completó y perfeccionó con verdadero genio el tipo de un nuevo estilo de arquitectura religiosa, que fué luego imitado en Rávena, Venecia y muchas otras ciudades y ha recibido el nombre de Bizantino.

Caracterízalo principalmente el uso de la cúpula, que antes sólo se empleaba en capillas y sepulcros. Prestándole una importancia dominante, desenvuelve toda la planta en una dirección central, y en forma de círculo, excluyendo por consiguiente las naves y las altas columnas. Acepta en vez de esto adiciones laterales cubiertas también con cúpulas ó medias cúpulas, las cuales se unen por

medio de grandes pilones á la construcción principal. Las columnas, reducidas á proporciones más pequeñas que en las basílicas del período anterior, sirven únicamente para sostener unas galerías altas destinadas al público, y tienen capiteles menos elegantes que los antiguos, porque las hojas de acanto que los adornan toman forma de dado ó de huevo en vez de abrirse como cáliz. Reina en las iglesias bizantinas gran lujo de mármoles, y es característico en ellas el uso de los grandes mosaicos, cuyas figuras, no siempre bien dibujadas, tienen, esto no obstante, un aspecto grandioso y noble.

Muchas veces estuve en Santa Sofía y nunca me cansaba de mirarla, y pensaba cuánta lástima es que se halle dedicada á un culto tan falso y extraño. Hay una leyenda griega, según la cual el día que entraron los turcos en Constantinopla, el sacerdote que estaba diciendo la misa se retiró á la sacristía por una puerta, que después ha desaparecido; y ese mismo sacerdote volverá, como los siete durmientes, á continuar y acabar aquella misa el día en que recobren la ciudad los cristianos. Difícil me parece por ahora que esa segunda parte se realice; mas de todos modos, lo más probable es que el clérigo que en tal caso apareciese, no sería griego, sino ruso.

El Hipódromo está todavía más alterado que Santa Sofía. Es simplemente un campo, rodeado de viejos caserones turcos, en medio del cual hay dos pequeños obeliscos y una columna de bronce, compuesta de tres sierpes enlazadas. Pero la imaginacion lo reconstruye y lo puebla de patricios y plebeyos, soldados y marineros; y ve á Justiniano y á Teodora en un suntuoso palco, y á los cocheros de varios colores que conducían los carros alrededor de su recinto. Espectáculo no muy digno de un gran pueblo,

pero bastante más culto y humano que las luchas de gladiadores y de fieras, que gracias al Cielo no eran ya usadas en aquella ciudad eminentemente cristiana, aunque no costó menos su abolición que costaría hoy la de las corridas de toros. Condenáronlas primero Constantino y Teodosio, y renovó su prohibición Honorio, después que el monje Telémaco tuvo un día el heroico valor de arrojarse á la arena y separar á los combatientes en nombre del Dios de misericordia.

Un acueducto del Emperador Valente y una cisterna, llamada de las mil y una columnas, la cual está ahora seca y sirve para hilandería de seda, son asimismo restos del tiempo bizantino. A esto se puede añadir los muros que ciñen la ciudad desde la punta del Serrallo hasta la mezquita de Eyub, pues si bien hay trozos reconstruídos por los turcos, en general son antiguos. Interesante es sobre todo la puerta de San Romano, porque en ella pereció combatiendo el último de los Emperadores griegos, el valiente Constantino Dracosés, de la familia de los Paleólogos.

Es una opinión muy general que aquel Imperio mereció su triste suerte y que era inferior á las demás naciones de Europa por la crueldad de sus príncipes y por el espíritu fútil de su pueblo. Mas por mi parte hallo harto exagerado ese juicio y lo atribuyo á las animosidades religiosas y políticas, producidas por el cisma de Cerulario y por la derrota de los ambiciosos francos.

Seguramente perdieron mucho tiempo los sútiles griegos en cuestiones tan ociosas, como la de saber en cuál idioma le habló Dios á Adán ó qué traje vestía el Arcángel Gabriel, en lo cual fueron imitados después por los escolásticos de Occidente; mas por otra parte, es fuerza re-

conocer que á ellos se debe en primer lugar la revisión y compilación de las leyes romanas, y en segundo, el majestuoso edificio del dogma cristiano. Porque en aquellos tiempos primitivos todo estaba en litigio, sobre todo nacían dudas y disputas, no sólo entre los griegos, sino entre los cristianos de todo el orbe; y quién negaba la divinidad de Jesucristo, quién le daba al contrario la sola naturaleza divina; cuál reconocía en él dos voluntades, cuál una sola; y fueron los padres reunidos, ora en Nicea, ora en Calcedonia ó en la misma Constantinopla, quienes condenaron á Arrio, Teodoro, Eutiques y Nestorio. Ellos fijaron al fin esa admirable teología cristiana que los mismos protestantes conservan siempre y respetan. Ni hay en toda la historia de la Iglesia nombres más ilustres que los de Antonio, Atanasio, Crisóstomo, Basilio y Gregorio. Y aunque la separación de la Iglesia griega fué un suceso en alto grado deplorable, ya he explicado en otro lugar cuáles fueron sus verdaderas causas y cuánta parte tuvo en ello esa ley de la historia que modifica las doctrinas religiosas por efecto de los intereses políticos.

Censúrase con severidad el carácter de los Príncipes bizantinos, y no falta motivo para ello en algunos casos. No sabría, sin embargo, decidir cuáles otros tendrían derecho á tirarles la primera piedra. No los de Inglaterra, cuya crueldad es tan conocida; no Don Pedro el Cruel de España, no un Wenceslao el Beodo de Alemania, ni Carlos IX de Francia, ni los innumerables tiranos que ha producido la Italia. Y si de las Princesas se trata, no creo tampoco que las Teodoras, Eudoxias y Zoes fueran peores que Margarita de Borgoña, Lucrecia Borgia ó Bárbara de Cilley. Como quiera, el Imperio griego pudo jactarse de haber durado más que los de Asiria, Persia y Macedonia y

de contar entre sus Soberanos un Constantino, un Teodosio y un Justiniano, alabados por el mismo Gibbon, y á quienes debemos tan sabios Códigos; un Heraclio, vencedor de los persas; un Alexis Commeno, á quien su hija Ana vengó en su bella historia de los ultrajes de los latinos; un Miguel Paleólogo, que arrojó á éstos de Constantinopla, y por fin, un Constantino Dracosés, que fué el último de sus Emperadores y no sucumbió sin pelear, como tantos otros Soberanos antiguos y modernos, sino con la espada, y defendiendo heróicamente una puerta de Constantinopla por donde querían penetrar los turcos.

Ni es tampoco muy extraño que todos aquellos Monarcas fueran más ó menos despóticos. La libertad política es planta europea. Floreció en Grecia y en Roma, y también en los bosques de la Germania, de donde volvió á retoñar en Occidente; pero en Asia no prosperó nunca. El carácter fanático de sus pueblos, el clima que los enerva, su geografía misma que facilita la formación de grandes naciones, han favorecido siempre allí el establecimiento de gobiernos patriarcales, pero despóticos. Y no fué culpa, sino desgracia de los Príncipes griegos que, estando colocados á la puerta de aquel Continente, se hallasen expuestos desde luego á su maléfico influjo. Habíalo sentido ya el grande Alejandro, cuando apenas venció á los Persas se apresuró á adoptar las ropas talares y todos los usos de sus Reyes. Sintiólo Constantino, vistiéndose á su vez con manto y peluca, y gobernando á su albedrío. Sintiéronlo, en fin, Justiniano mismo y todos sus sucesores, y Constantinopla se pareció pronto á Persépolis y Babilonia, con sus innumerables oficiales palaciegos, sus eunucos y sus máximas de despotismo.

Pero la prueba mayor de esa funesta influencia está en

lo que avino á los turcos. Ellos también, aunque nacidos en las llanuras del Turquestán y sin más cultura que la de los pueblos guerreros y pastores, adoptaron sin tardanza las ideas y costumbres de las naciones que conquistaban, y fueron una brillante imitación de los Medos y Persas. Pero dejemos ya estas digresiones y veamos lo que han hecho de la antigua Bizancio.

La fisonomía interior de la actual Estambul es más pintoresca que bella. Su arquitectura civil es mezquina. Lo que distingue á aquella ciudad es la multitud de sus jardines; mas esto mismo, unido á la continuación de muros sin ventanas y á las series de celosías pertenecientes á los harenes, dan á las habitaciones particulares el aspecto de grandes conventos y una triste monotonía. Hay, con todo, algunos edificios notables, y lo son, desde luego, las grandes mezquitas.

Tomaron los turcos su arquitectura de los árabes, los cuales, á su vez, la habían tomado de los bizantinos, introduciendo en ella algunas novedades características, tales como el arco agudo, que después fué adoptado por la arquitectura gótica, y el arco en forma de herradura. Bella invención de los árabes fué también igualmente la de labrar los techos en forma de estalactitas y el introducir en el adorno de las paredes los dibujos de los tapices y las inscripciones de letras cúficas. No permitiendo el *Alcorán* la representación de figuras humanas, recurrieron á ese sistema y obtuvieron en él un resultado muy elegante, aunque menos noble que los bajorelieves del arte griego ó los mosaicos del bizantino.

Deseando mucho espacio para su culto, edificaron las primeras mezquitas con amplios techos, sostenidos por un bosque de columnas, según lo vemos en Córdoba, El Cairo

y Damasco. Otro tanto hicieron al principio los turcos; mas luego que entraron en Constantinopla y vieron Santa Sofía, adoptaron la cúpula bizantina y con ella construyeron las grandes mezquitas, llamadas Solimanié y Osmanié, del nombre de sus fundadores; la de Bayaceto, conocida por la mezquita de los pichones, á causa del gran número de ellos que se anidan en sus paredes, y muchas otras muy bellas. Los primeros arquitectos empleados por los árabes eran bizantinos, y de Bizancio fueron llamados algunos por los Ommiadas de Córdoba. Lo mismo hicieron los turcos. Cristodulos, un griego, fué el arquitecto de la mezquita de Mahamud II, y Sinan, de origen italiano, edificó la Solimanié y también los mausoleos de Solimán II y de Mahamud.

Tanto las mezquitas como los mausoleos y también algunas fuentes adornadas de pórticos, son obras hermosas y comparables con lo mejor del arte bizantino. La Solimanié, sobre todo, con sus grandes cúpulas, ricos mármoles é infinitas lámparas de plata suspendidas del techo, hace casi tanta impresión como la misma Santa Sofía. Lo único que le falta á todos los monumentos árabes y turcos es una bella fachada. Su exterior no corresponde al interior. Con todo, una cosa hay que da mucho realce al aspecto de las mezquitas, y es el alminar de dos ó tres pisos, inventado también por los árabes. Generalmente cada una tiene cuatro y aun seis, como la de Achmed. Y alábense cuanto se quiera las célebres torres, que han alzado, así el arte románico como el gótico para contener las campanas, las personas de buen gusto hallarán también bellas esas otras más elevadas aun y más ligeras, que semejan agujas ú obeliscos. A sus pequeños balcones sube por estrecha escalera de caracol el almuecin ó sacristán, que convoca á

los fieles en las horas de oración; y si conmueve mucho el sonido de las campanas, no produce menos efecto la voz humana, cuando, modulada en tono menor, clama desde aquellas alturas.

De todos modos, la abundancia de esos elegantes alminares presta mucha belleza al exterior de las mezquitas y hace por extremo animado y pintoresco el perfil de las ciudades musulmanas. Cuando de Oriente se vuelve á Europa parecen las nuestras muy aplastadas y mochas.

Es, asimismo, muy hermoso en su género el viejo Serrallo, situado en el antiguo Acrópolis de Bizancio. Allí estuvo un día el Palacio de los Emperadores griegos, del cual no queda ningún vestigio, y allí se levantó después el de los Sultanes turcos. Su exterior no puede ser más sencillo; pero apenas se pasa la Puerta Sublime y Augusta, cuyo nombre suele darse al Palacio mismo, hállase una sucesión de patios y salones sumamente magníficos. Las pinturas que quedan en Venecia de cierto Gentile Bellini, pintor que fué de varios Sultanes, dan alguna idea de ellos. Recuerdan sus pormenores las construcciones árabes de Damasco, Granada y Sevilla; hermosos jardines rodean el edificio por la parte del mar, y un cielo muy azul le presta una luz bellísima. Pero lo más hermoso en aquel alcázar imperial es su asiento, que, como ya lo he dicho, es sobre la colina llamada un día el Acrópolis y ahora la Punta del Serrallo, la cual se adelanta hacia el mar y tiene á sus pies la Europa y el Asia. Desde allí pudiera el diablo ofrecerle á cualquier mortal el dominio del mundo.

Durante más de tres siglos fué aquel Serrallo habitado por los Sultanes, y allí se mecieron las cunas de los Mahometos, Solimanes, Selines, Mustafás y Amurates, glorias de la media luna y terror del Occidente. Llegada al fin la

época de la decadencia, después de las derrotas de Lepanto y de Viena, fué teatro aquel mismo recinto de las escenas más horribles. Morían allí á manos de los eunucos los Príncipes de quienes se recelaban los Sultanes, y el pueblo hacía somera justicia de algunos odiosos favoritos. La imaginación se figura ver sobre las lozas la sangre de aquellas víctimas, y cree oir por todas partes sus tristes gemidos.

Por esta razón, sin duda, los Sultanes modernos comenzaron por cobrarle aborrecimiento á aquel antiguo Serrallo, y al fin el bondadoso Abdul Medjid se decidió á abandonarle, y trasladó su Corte al Bósforo. Primero edificó allí un hermoso Palacio, que llamó Dolma Bagtché ó el jardín de Dolma; después, pareciéndole demasiado estrecho, empezó á construir otro á corta distancia y le puso el nombre de Tcheragan ó de las Antorchas; pero no lo concluyó él, sino su sucesor Abdul Azis, que gastó en su adorno interior, parte del dinero que le habían prestado los ingleses. Ambos son muy bellos, y en el primero tienen lugar las recepciones más solemnes. Desde entonces el viejo Serrallo de Estambul sirve sólo para ciertas fiestas de islamismo, y sus ricas habitaciones forman una especie de Museo, como sucede en Versalles y en Hampton Court.

En Estambul, como en todas las ciudades musulmanas, no hay abundancia de tiendas; pero en cambio existen en ellas varios y buenos mercados, que llaman bazares. El mayor de Constantinopla goza de mucha celebridad y es visitado con interés por todos los extranjeros. Fórmalo un laberinto de galerías cubiertas y abovedadas, donde hay tiendas espaciosas, las cuales reciben luz por grandes ventanas abiertas en el techo, y contienen todo cuanto produce la humana industria, especialmente telas de seda y

brocado, joyas, muebles, chales, alfombras, y también espadas, puñales y esos alfanjes turcos, de los cuales dice De Amicis, que parece que se encorvan para buscar el corazón de un enemigo. Llaman allí la atención los mercaderes turcos, por la gravedad, no exenta de astucia, con que tratan á sus parroquianos, los judíos por su inquieta servilidad, los cristianos por su ruidosa charla. Las buenas tiendas que se han establecido últimamente en Gálata y Pera, han perjudicado mucho á aquel mercado, pero conserva aun su especialidad para los productos de la industria turca.

A la salida de Estambul, se halla un puente de barcas que atraviesa el Cuerno de Oro y conduce á Gálata. Le llaman el puente de Kadikói y es muy largo y muy ancho. En él se disfruta á todas horas un espectáculo muy interesante.

El viajero De Amicis le compara con gracia, á la salida de un baile de máscaras. Y con efecto, basta detenerse allí un rato, para ver pasar todas las razas que pueblan aquel dilatado Imperio, y cada una con un vestido diferente: el tostado africano y el árabe amarillento con albornoces blancos, el turco de Anatolia con barbas y turbante, que recuerda al Abraham de nuestros cuadros, el griego y el albanés con sus graciosas chaquetillas, el montenegrino y el croata, armados de tantas armas que se les tomaría por bandidos, el ulema de largo ropaje, y el derviche con su ridículo cucurucho. Pasan también las mujeres turcas con sus ferrayés ó vestidos de varios colores; pasan circasios, kurdos, armenios, turcos modernos con levita negra y fez encarnado, y europeos de todas naciones. Lástima es sólo que entre aquella turba pintoresca se encuentre asimismo una multitud de mendigos, quie-

nes para excitar la compasión pública, hacen lastimosa muestra de las llagas más horribles.

El paseante que se detiene en la mitad del puente y dirige su vista á la derecha, disfruta de un panorama delicioso, porque al otro lado del Bósforo se ve la ciudad de Escutari, la cual es una pequeña Estambul, con sus mezquitas, alminares y jardines. Hállase situada en la falda de una elevada colina, en cuya cima se divisa un famoso cementerio turco, rodeado de un bosque de cipreses, cuyo sombrío follaje contrasta bellamente con el claro azul del cielo.

Después de este puente se halla el barrio de Gálata, situado en un terreno muy llano, á lo largo del Cuerno de Oro, y allí se ven ya muchas casas y tiendas de estilo europeo, mezcladas con otras musulmanas. Su edificio más notable es una torre muy elevada y sólida que servía antiguamente de fortaleza y ahora para vigía y señales del puerto.

Viene luego Pera, que está edificada en una colina muy alta, que mira al Bósforo, y á la cual se llegaba antes por una subida empinada y molesta. Ahora han construído un pequeño ferrocarril subterráneo, que en poco tiempo y por ínfimo precio conduce de un barrio al otro, pudiéndose decir que en cinco minutos se pasa de la Turquía á un pueblo europeo, pues de tal debe calificarse aquel barrio de Constantinopla, en atención á que la inmeńsa mayoría de sus habitantes pertenecen á lo que llaman francos, ó sea cristianos y europeos. Sus casas con ventanas, balcones y tiendas, sus lindas iglesias, con campanarios y cruces, y los palacios de las Embajadas y Legaciones extranjeras, dan igualmente la ilusión de ser aquello por lo menos una ciudad de segundo orden de Italia ó España. Con-

firma esta impresión la gente de levita y sombrero alto que circula por las calles, y el encuentro frecuente de clérigos, frailes y hermanas de la caridad. La sola cosa que recuerda el Oriente es el mal empedrado y la multitud increíble de perros.

Colocada Pera en una colina, como Lisboa y Edimburgo, hay que subir y bajar cuestas apenas se sale de su gran calle central, y no es posible llegar en coche á todas partes, por lo cual casi todas las visitas se hacen en silla de manos, como las hacía en tiempo de Luis XIV el Marqués de Mascarilla.

CAPÍTULO XCI

Constantinopla, de 1875 á 1878

Fisonomía y carácter de los turcos.—Su gravedad, honradez y valor.—Pereza y ferocidad de que se les tacha.—Son, sin embargo, muy religiosos.—Rigor con que guardan el ayuno del Ramadán.—Sus otras devociones.—Lectores del *Alcorán*.—Carácter de este libro.—Fanatismo de Mahoma.—Astucia que también demuestra.—Su pintura del paraíso.—Circunstancias que han contribuído á su éxito.—Fué quizás suscitado por Dios para destruir la idolatría.—Sectas musulmanas.—Derviches de varias clases.—Los giradores causan una impresión agradable.—Los aulladores son horribles.—Fanáticos persas y sus sangrientas penitencias.—Santones y curas milagrosas que se les atribuyen.—Carácter flemático de los turcos.

Visitada ya Constantinopla, digamos algo de los turcos. Son éstos de tres clases: unos poco ó nada civilizados, que visten todavía con turbante, y son iguales en todo á los que se ven en el teatro y en los cuadros; otros algo más cultos, vestidos también á la antigua, pero con un fez ó gorro de lana encarnada en vez de turbante; y otros, en fin, ya bastante civilizados, los cuales usan, por lo general, una levita cerrada de paño oscuro y un fez también colorado. Por broma dicen de ellos que parecen una botella de Burdeos, provista de su lacre. Van siendo estos últimos cada día más numerosos, y según me dijo el Ministro de Negocios Extranjeros Safvet Bajá, el día primero en que me presenté á él, su aumento marca la extensión de la cultura en aquella nación, porque los que conservan

el antiguo ropaje, conservan también las antiguas preocupaciones de todo género.

Teniendo todos nariz larga, barba y cabello negro, ojos oscuros y un aire serio y solemne, seméjanse mucho unos á otros, y diríanse hechos en el mismo molde, como los soldados de plomo. Poco á poco se les va distinguiendo; pero es siempre muy notable lo iguales que son física y moralmente. Su gravedad es proverbial, y esto les da un aire noble y distinguido, no sólo á los caballeros (*chelebí*), sino á cualquier hombre del pueblo; en lo cual, según algunos viajeros, se parecen mucho á los españoles.

Son también robustos, sobrios, sufridos y valientes, cuyas cualidades los hacen muy buenos soldados, que es para lo que parecen nacidos. Los turcomanes, de quienes descienden, eran más bien feos; pero habiendo buscado sus mujeres entre las circasianas, georgianas y otras razas muy bellas del Cáucaso, se han modificado paulatinamente, de manera que hoy día ofrecen, en su generalidad, un tipo bastante bello. Sus guerras, sus conquistas, su historia toda les ha dado un aire señoril y dominante, que agrada mucho al bello sexo. Son también benéficos y generosos, amigos de tratarse bien y de gastar cuanto poseen. El pueblo tiene fama de honrado, y es raro que en Constantinopla se oiga hablar de robos cometidos por los turcos, como tampoco que riñan entre sí y vengan á las manos.

Por regla general, siempre que sucede algún robo ó riña sangrienta, resulta que ha sido obra de montenegrinos, croatas ó griegos. Ni tampoco se sorprende á los turcos en faltas de probidad. Los cavases ó guardas de las Embajadas, Legaciones y Consulados, que son todos turcos, manejan á veces grandes sumas y van á cobrar dinero á

Gálata ó á pagar cuentas, y no hay ejemplo de que se queden con un céntimo: son en esto tan fieles como nuestros asturianos y gallegos.

Refiérome en todo esto al pueblo, á las clases más bajas; en cuanto á las más elevadas, hay que cambiar de lenguaje. Claro es, que no todos los turcos, de cierto rango, están corrompidos; pero sí muchos de ellos. Y la prueba es que allí, como en México, y también por desgracia, en algunas otras naciones cristianas, el mayor elogio que se puede hacer de cualquiera persona y aun de cualquier Ministro, es que no ha robado, que es hombre de bien, que es pobre. Mucha culpa de esto lo tienen la forma despótica del Gobierno, la escasez de los estipendios y la inseguridad de los empleos; mas no hay duda en que el hecho existe, hasta tal punto que no se cree posible obtener cosa alguna de ningún funcionario turco sin ofrecerle un *bakchich* ó propina. Dicen que lo mismo acontece en Rusia; pero de seguro no será con tanto descaro.

Son tachados los turcos de perezosos, como todos los meridionales, y de que son más aficionados á la guerra que á las faenas del campo ó de la industria; y creo que, en efecto, es así. No sólo tienen su fiesta de los viernes, que equivale á nuestro domingo, sino que á cada momento inventan otras con los más ligeros pretextos. El que emplea para cualquier cosa obreros turcos, sabe bien que, cuando menos se espera, piden *rajat*, ó sea descanso. Tienen, como nosotros, su siesta en los días calurosos del verano, y los más pudientes le añaden otro reposo, á que dan el nombre de *kief*, el cual consiste en estarse mano sobre mano, fumando la pipa y mirando el techo sin hacer nada.

Otro defecto mucho mayor de los turcos, es su carácter

feroz y sanguinario. Aquellos hombres que parecen tan tranquilos y sumisos, que usan siempre tantas cortesías y zalamelés, lo mismo entre sí que con cualquier europeo, pierden luego los estribos si se les ofende ó insulta. Abundan los ejemplos de esta propensión, no sólo en su historia antigua, sino en la de nuestros días, según lo referiré cuando me ocupe de la insurrección de Armenia y la Herzegovina. El turco enfurecido es una especie de fiera, que ningún sentimiento humano calma ni enfrena.

Para explicar esta terrible propensión, es preciso recordar que aquel pueblo procede de un país casi bárbaro, cual era antiguamente el Turquestán, y que no hace más que seis siglos que se halla en contacto con otros más cultos. Con respecto al imperio de la razón sobre las pasiones, hállanse poco más ó menos como los franceses del siglo XI, cuando saquearon á Jerusalén y pasaron á cuchillo sus moradores, á pesar de los esfuerzos de Godofredo para impedirlo, ó cuando, un siglo después, tomaron á Constantinopla y llenaron aquella ciudad, entonces todavía cristiana, de sangre y ruinas. Por consiguiente, no es posible exigir de los turcos una cultura y suavidad de costumbres igual á la de los demás pueblos de Europa, tanto más cuanto que el islamismo no es tan á propósito como la religión cristiana para dulcificar los ánimos.

Por lo demás, esta ferocidad relativa no impide que el pueblo turco sea siempre religioso á su manera. Esto es muy notable, por ejemplo, durante el mes de Ramadán, que es como su Cuaresma. El ayuno es entonces tan estricto, que empieza con el día y no termina hasta que anochece, «hasta que no se distingue un hilo blanco de uno negro». Antes de que amanezca sale de cada mezquita un Almuecín ó sacristán, y va gritando por las calles: alzáos

y comed *(nudú, colú)*. Y, con efecto, todo el mundo se levanta y almuerza opíparamente, porque luego que sale el sol disparan un cañonazo que resuena en toda Estambul, y ya no se puede ni beber, ni comer, ni aun fumar.

Las personas enfermas ó delicadas y los espíritus fuertes, que también los hay entre los turcos, no observan esto con mucho rigor. Con todo, nadie se atrevería á sentarse á la mesa en el comedor; comen, como á escondidas, en su alcoba ó gabinete. Y fuera de estos que digo, todos los demás lo cumplen con mucha exactitud, y es edificante el ver á aquellos pobres hombres que trabajan desde por la mañana hasta la noche sin meter nada en su estómago.

Cuando empieza á obscurecer, todos preparan la comida, y se observan á la puerta de los zapateros, carpinteros y otros artesanos, grandes cacerolas colocadas sobre hornillos, que despiden un olor muy agradable. Y luego que el sol se pone disparan otro cañonazo, y entonces se arrojan todos á la comida para reparar sus perdidas fuerzas. Vese, por ejemplo, á los marineros de los caiques y góndolas del Bósforo, que han bogado todo el día, soltar al punto los remos y encender un cigarrillo. Todo lo cual tiene más mérito precisamente, porque se trata de gente de suyo tan perezosa.

Había oído decir que por la noche se desquitaban del ayuno del día, entregándose á grandes francachelas y comilonas; mas no recuerdo haber visto nada de eso, al menos entre el pueblo. Hay allí, como en todas partes, hosterías y bodegones, donde se mete bastante ruido durante la noche; pero la masa del pueblo se conduce de un modo tranquilo y digno. Y desde luego, como no beben vino, mal pueden degenerar en orgías aquellas reuniones nocturnas; y el hecho es que en cerca de cuatro años que he vivido en

Constantinopla no he visto nunca un turco borracho.

Mándales Mahoma que hagan cinco oraciones al día, y son en esto tan exactos, que donde quiera que se encuentran no lo omiten. En los mismos Ministerios hay pequeñas capillas, y he visto más de una vez que al sonar el medio día todos los que paseaban por los corredores esperando audiencia, entraban en ellas y hacían sus preces. Son éstas de tres clases. Primero oran en pie con los brazos extendidos y los ojos alzados al cielo; después, se arrodillan, y por último, adoran; es decir, se postran en el suelo y le besan. Repiten siempre el nombre de Dios en una especie de letanía, llamándole grande, bueno, clemente, sabio, misericordioso, sutil, benéfico y hasta noventa y nueve calificaciones más; y lo mismo hacen después con el nombre de su profeta Mahoma, añadiéndole infinitos epítetos

Para poder practicar esto mismo en todas partes, usan los mahometanos una especie de pequeño rosario, que dicen *tespí*, y que llevan siempre en la muñeca, á guisa de pulsera, tomándolo á menudo en la mano y pasando sus cuentas por devoción, y también por mera costumbre, sin rezar cosa alguna. Los orientales todos y los mismos cristianos griegos y armenios han imitado este uso, que después de todo reemplaza al que tienen tantas personas de acariciar la cadena del reloj ó atusarse los bigotes, porque el hombre es de naturaleza tan doble, que aunque ocupe mucho su espíritu, necesita siempre que su cuerpo haga alguna cosa.

Solía ir de tiempo en tiempo á las mezquitas, á pesar de que es molesto tener que quitarse las botas y ponerse babuchas, pero me gustaba observar allí á los turcos. Lo primero que hacen es acercarse á las fuentes que hay en los atrios de todas, y lavarse en ellas la cara, los brazos hasta

el codo y las piernas hasta la rodilla; por lo cual, cuando se ve por la calle un hombre del pueblo con los pies limpios, no puede caber duda de que es turco. El croato, el griego y el armenio van, al contrario, muy sucios.

Dentro de la mezquita se encuentran muchos hombres orando, y tienen también, como nosotros, pláticas y sermones, siendo frecuente ver un imán que predica en cualquier parte del templo, rodeado de una multitud de hombres, mujeres y niños, sentados en el suelo y formando grupos tan pintorescos, que si un pintor los viera podría sacar de ellos buenas ideas para cuadros que representaran escenas del Antiguo y Nuevo Testamento.

Vense, asimismo, algunos *molás, cheikes* ó *hadchis* de turbante verde, que han estado en la Meca, y devotos especiales, quienes, colocados en un rincón, se dedican á la lectura del *Alcorán*. Estos deben de ser todos personas de cierta cultura, porque ese libro no se lee más que en árabe, cuya lectura es tan difícil para los turcos como para nosotros la del latín. Quien desea leerlo en la mezquita pide un ejemplar en la sacristía y también un atril pequeño y bajo, delante del cual va á sentarse con las piernas cruzadas sobre una pequeña alfombra. Engolfado en su lectura, no hace caso alguno de los que pasan á su lado, y murmura los versículos meciendo el cuerpo continuamente á un compás que no varía.

Como era natural, tuve también la curiosidad de leer yo mismo ese famoso *Alcorán*, nombre que, como es sabido, significa el Libro, lo mismo que nuestra Biblia. Según Herder, es una mezcla singular de poesía, elocuencia, prudencia, presunción é ignorancia; según el Padre Lacordaire, un plagio de la Biblia hecho por un estudiante de la Meca. Sus capítulos tienen títulos no menos extravagantes

que las comedias de Aristófanes, como, verbi gracia: *La Vaca*, *La Abeja*, *El Trueno*, *La Caverna*, *Los Poetas*, *La Hormiga* y *La Luna*. Hay en él trozos que parecen salmos y trozos que parecen consejas, cosas casi sublimes y cosas sucias ó chabacanas. Cansa su lectura y hay que hacerla con pausas.

Mahoma ha tomado bastante del Nuevo Testamento; pero más aun del Antiguo. Es un continuador de Abraham y de Moisés, y trae á cuento todas las historias del Libro sagrado, desde Adán hasta Salomón. Con todo, varía algunas y les conserva el colorido oriental y el carácter árabe que habían adquirido al pasar de la Palestina al Yemen. Pondré, por ejemplo, lo que añade á la historia de José. Desde luego le pone un nombre árabe á la mujer de Putifar y la llama Zuléica. Cuenta después, que habiendo sabido ésta que sus amigas y vecinas la censuraban mucho porque estaba enamorada de su esclavo José, las convida á comer, en ausencia de su marido, y cuando sirven los postres, le ordena á su mayordomo que traiga aquél á su presencia. Entra José, y al verle tan joven y tan hermoso, todas las comadres se alborotan y pierden la cabeza á tal punto, que no pueden quitarle los ojos de encima, y en vez de cortar las frutas se cortan los dedos.

Pudiera citar otras varias anécdotas por el mismo estilo á propósito de Noé, Abraham, David y Salomón, y también de *Los siete durmientes*, del sabio Lokman, y otras enteramente fabulosas. El poeta Parnell sacó del *Alcorán* su bello cuento del *Ermitaño*, que es una joya de la literatura inglesa.

¿Estaba Mahoma de buena fe? ¿Engañábase á sí propio al mismo tiempo que engañaba á los demás? En mi opinión, había mucho de ambas cosas. No era un mero filó-

sofo, como Epicteto ó Confucio, ni un fanático tan completo como el indio Sakia Muni. Tenía algo de uno y otro. Creíase destinado por la Providencia para destruir la idolatría y dar una religión á los árabes; mas esto no le impedía emplear para ese objeto mucha habilidad y mucho arte. Decíase profeta del Altísimo y aseguraba que el ángel Gabriel le dictaba su libro. Enseñaba la unidad de Dios, la inmortalidad del alma y una vida futura con premios y castigos; prescribía la circuncisión, la oración, la limosna, las abluciones y el ayuno. Mas al mismo tiempo consentía que cada musulmán tuviese cuatro mujeres legítimas y varias concubinas, y él mismo no se contentaba con tres, como Budha, sino que tuvo hasta nueve, sin contar las esclavas.

Pero lo que más le diferencia del fanático indio, y hace ver su genio político y su astucia, es que predica el fatalismo y promete el paraíso á los que mueren en defensa de su doctrina. Y este paraíso, que promete asimismo á todos los buenos musulmanes, no es el Nirvana de Budha, ó sea la absorción en la esencia divina, sino un jardín delicioso, donde tendrán satisfacción los gustos más sensuales de sus adeptos. Según el *Alcorán*, hay en él prados floridos, fuentes cristalinas y huríes ó doncellas de dulces ojos y pechos hermosísimos. Cada hombre justo tendrá en su compañía hasta setenta y dos de ellas, de modo que vivirá rodeado de perpetuas delicias. No dice nada de las que aguardan á las mujeres, sin duda, según un comentador del *Alcorán*, para no alarmar á los maridos.

Con semejantes promesas claro está que no le habían de faltar partidarios, y esto explica la facilidad con que se propagó su nueva religión por el mundo. En lugar de condenar y reprimir las pasiones, como lo hacía Jesucristo,

las autoriza de la manera más cumplida. Hubo, sin embargo, otras causas menos materiales que contribuyeron á su buen suceso, y la principal de ellas fué que predicaba é imponía ante todas cosas, la creencia en la unidad de Dios y el aborrecimiento á la idolatría. No habiendo bastado para destruir ésta, la acción de los cristianos afeminados y divididos, diríase que Dios mismo suscitó á Mahoma para que lo hiciese por sí ó por sus sucesores. Y con efecto, desde la Arabia hasta el Ganges, desde las costas de Mozambique hasta las islas de la Polinesia, los Califas musulmanes destruyeron para siempre esa, que es la mayor de las herejías. Mahoma rompió con su propia mano los ídolos que contenía la Caba, y Mahamud el Gaznevida destrozó con su maza de hierro el que se adoraba en la pagoda de Sumnat, en la India, y era servido por 2.000 brahmanes y 500 bailarinas.

Con el transcurso del tiempo, la religión de Mahoma se dividió en dos sectas principales, los sunnitas, que reconocen sólo por legítimos Califas á los sucesores de Omar, y los schiitas, que á su vez no reconocen por tales más que á los descendientes de Alí, yerno del Profeta. Los turcos son sunnitas, los persas schiitas. La diferencia entre unos y otros es pequeña. Con todo, nótase entre los segundos menos severidad en las prácticas religiosas, y más amenidad en la literatura y las artes. Los persas son más libres y sensuales, y tienen más imaginación que los turcos.

Con el contacto del Oriente, sufrió también el islamismo modificaciones y adiciones de alguna importancia. La India le dió los Fakires ó pobres, especie de fanáticos, que viven solitarios y se someten á increíbles austeridades. La Persia le mandó los Derviches ó religiosos, que viven en conventos (*tekés*), como nuestros frailes, y llevan una vida

más recogida y devota que los demás sacerdotes musulmanes. Los hay de muchas clases; mas los principales son dos: los Derviches giradores y los aulladores.

Los primeros son seres humildes y contemplativos. Al lado de mi habitación, en Pera, había uno de sus *tekés*, y como la entrada no es difícil, mediante una limosna, iba muchas veces á verlos, pareciéndome sus ceremonias, no sólo curiosas, sino bellas. Sobre un suelo de madera bien encerada, y al son de una música monótona, pero dulce, de chirimías y bandurrias, unos veinte de aquellos religiosos daban vueltas con un ritmo lento y solemne. No sólo giran de derecha á izquierda, como nosotros cuando valsamos, sino también de izquierda á derecha, á fin de fatigar menos el corazón. Muévense con los brazos abiertos y tendidos, la cabeza un poco inclinada hacia atrás y los ojos alzados al cielo. El aire llena sus largos vestidos, que tienen forma de enaguas, y los hace girar á la par del cuerpo. Forma todo ello un conjunto algo extraño, mas no exento de belleza, á pesar del ridículo cucurucho con que se cubren. Parecen estar muy en lo que hacen y hallarse poseídos de una devoción sincera. Y después de todo, bailó David delante del arca, bailaban en Roma los sacerdotes Salios y bailan también nuestros seises en Sevilla. El baile ha nacido quizás al pie de los altares, como las demás artes, y es tan natural en el regocijo espiritual como en las alegrías mundanas.

Los Derviches aulladores son menos interesantes, y en vez de bellos, parecen más bien horribles. Apoyados á la pared de sus capillas, repiten todos los nombres de Alá, dando grandes gritos, y formados en hilera, sin cambiar de lugar, mueven cabeza, brazos y piernas de tal suerte, que se les tomaría por locos. Ninguna música les marca el

ritmo, y sus contorsiones se aceleran poco á poco, acabando en convulsión, así como sus gritos terminan en aullidos. Sudan, arrojan espumarajos por la boca, y al fin, rendidos de cansancio, dan con su cuerpo en el suelo, quedando algunos sin sentido. No es posible presenciar una escena más repugnante; no parecen hombres, sino brutos.

Y tienen, á pesar de esto, sus hermanos laicos y aficionados, los cuales toman voluntariamente parte en sus ejercicios. Vi una vez un oficial de «*zapties*» ó gendarmes, que dejando á un lado la espada, se puso en la fila de aquellos fanáticos y chilló y se agitó hasta caer á su vez aturdido. Quiso mi mujer verlos cuando vino á visitarme á Constantinopla; mas no pudo resistir hasta el fin aquel espectáculo tan horrible, y tuvo que asomarse á una ventana del coro ó tribuna pública, que daba á la calle, á fin de volver de su sobrecogimiento, respirando el aire libre.

Y sin embargo, ofrecen todavía las sectas musulmanas escenas más repugnantes, aunque no de parte de los turcos, sino de los persas. En cierta época del año, que les recuerda la muerte de Alí, añaden algunos á sus penitencias ordinarias ésta que voy á referir. Hácenla públicamente, y el mismo Embajador de Persia, el amable Mohsin Kan, fué quien me convidó una vez á que la presenciara, como cosa muy curiosa. En un bazar de su nación, cuyo atrio tiene corredores cubiertos, reúnense en aquel día ciertos persas fanáticos, y formados procesionalmente, corren de prisa por ellos. El público se coloca en las tiendas que dan á los pórticos y que están adornadas con tapices. Van los penitentes desnudos de la cintura para arriba y danse golpes frecuentes con un pequeño alfanje muy afilado. Según parece, tienen la habilidad de hacerse solo heridas superficiales, que desaparecen á los pocos días;

mas por el pronto manan tanta sangre, que todo el busto se tiñe de ella, causando mucho horror á quien los mira. Extenuados también, cual los Derviches aulladores, caen por fin al suelo uno tras otro, y el pueblo los levanta con compasión y respeto. Bárbara devoción, que recuerda bastante la de aquellos disciplinantes que había todavía en España en el siglo XVII, de los cuales dice Cervantes que se abrían las carnes con sus azotes.

Mas como quiera, es un hecho que los turcos los admiran, y algunos de ellos tienen la reputación de Santones y son creídos capaces de operar curas milagrosas. En un *teké* de Derviches aulladores tuve un día ocasión de ver uno de ellos, que era un imán de turbante negro y ropón muy largo, alto, macilento, con ojos expresivos, nariz aguileña y barba casi blanca, que le llegaba á la cintura. Colocado en un ángulo de la capilla hallábase como asaltado por hombres, mujeres y niños, quienes le suplicaban que les tocase la parte del cuerpo que tenían enferma ó dolorida, ó bien se tendían en el suelo y le rogaban que les pusiese los pies encima, lo cual ejecutaba él con mucha habilidad, haciéndose sostener por dos acólitos y poniendo un pie sobre la tabla del pecho del paciente y el otro sobre uno de sus muslos. Alzaba al mismo tiempo los ojos y murmuraba algunas oraciones. Superstición que trae á la memoria la creencia que tuvieron durante tantos siglos tanto franceses como ingleses, de que sus Reyes curaban las escrófulas con sólo tocarlas.

Para completar este retrato de los turcos, debo añadir que á más de serios son también muy flemáticos. Nunca muestran apresuramiento, y son capaces de permanecer inmóviles horas enteras en un café, colocados con las piernas cruzadas en un diván ó sobre una esterilla. Suce-

dióme más de una vez observar, al salir de mi casa, un turco sentado de esa manera, y volverlo á encontrar dos horas después, á mi vuelta del paseo, en el mismo sitio y en la misma postura. Algo semejante he observado entre los bebedores de cerveza de Munich; mas no llegan á tanto. Además los turcos no tienen el pasatiempo de beber ni tomar otra cosa que una taza de café. Por excepción, hacen una partida de chaquete ó de damas, sin desplegar los labios. Lo que sí hacen es fumar, ora el cigarrillo de papel, ora el *chibuquí* de tubo largo, hecho con vara de rosal ó de cerezo, y también el *narguilé*, que es una pipa fijada en un recipiente de cristal, lleno de agua, el cual está colocado en el suelo ó sobre una mesa. El humo aspirado con fuerza, atraviesa el líquido y llega muy fresco á la boca.

Y no sólo el pueblo, sino las personas más elevadas tienen la misma cachaza. Así, por ejemplo, cuando iba á visitar al Ministro de Negocios Extranjeros, jamás noté en él la menor señal de impaciencia, aunque antes hubiera conferenciado largamente con otras personas. Fuera la hora que fuese, hallábale siempre con la misma calma y la misma sonrisa benévola, y no había forma de que empezase á hablar de negocios antes de haberme alargado un cigarrillo de papel, tomando él otro, y de que hubiéramos departido un poco sobre cosas indiferentes, ni más ni menos que si fuera mi visita la primera que hubiese recibido aquel día.

CAPÍTULO XCII

Constantinopla, de 1875 á 1878

Otros pueblos que habitan la Turquía.—Los judíos de Constantinopla y Salónica. Constancia con que conservan la lengua española.—Modificaciones que han sufrido sus costumbres.—Cismáticos de todas clases.—Atraso y ferocidad de montenegrinos y croatas.—Hecho atroz que uno de éstos me propone.—Mayor cultura de servios y búlgaros.—Los griegos del Tanar y de Pera.—Talento que han mostrado en todos tiempos.—Servicios que han prestado á la Turquía.—Defectos de su plebe.—Aptitudes comerciales de los armenios.—Católicos y protestantes.—Libertad religiosa de que todos gozan.—Lindas iglesias de todas naciones.—Bellos hospitales y colegios.—Por qué no se convierten los cismáticos.—Por qué no se convierten los turcos.

El Imperio turco es tan dilatado, y habitan en su seno tantos pueblos diferentes, en religión, raza y costumbres, que sin la menor violencia se podría hacer de ellos una enumeración todavía más larga, con ser verdadera, que la fabulosa hecha por Don Quijote de los que componían los ejércitos de Alifanfarón de Trapobana y Pentapolín del Arremangado brazo. Allí viven montenegrinos, croatas, servios y búlgaros; allí griegos, armenios y maronitas; allí kurdos, circasianos y georgianos; y los que navegan el azulado Danubio ó beben las aguas del Eufrates ó cultivan las rosas en las laderas de los Balkanes; y los beduinos, más ladrones que valientes, y los drusos, tan crueles como bárbaros. A los cuales habría que añadir los católicos de todas nacionalidades, y no pocos judíos y protestantes. Con sólo los nombres de todos ellos, podríase

llenar más de una página. Bastará, sin embargo, que diga aquí sólo alguna cosa acerca de los principales, limitándome á los que habitan en Constantinopla.

Los que más se asemejan á los musulmanes son los judíos, por lo cual empezaré por ellos. Descienden, como los árabes, de Abraham, y tienen con ellos de común la circunsición, el dogma de la unidad de Dios y el odio á la idolatría. Son muchos los que viven en Turquía, y especialmente en Palestina, Constantinopla y Salónica. Los de estas dos últimas ciudades, son particularmente interesantes para nosotros, por la razón de que provienen de los expulsados de España en varios tiempos, y con especialidad en el de Felipe III, y conservan nuestros apellidos y nuestro idioma. Conmueve el ánimo, pensar lo que sufrirían aquellos infelices desterrados, teniendo que abandonar para siempre el hermoso país en que habían nacido para buscar un asilo en otro tan lejano. Probablemente muchos de ellos vivirían siempre con la esperanza de volver á su antigua patria, deseando, como la esclava de Moratín,

Que los cielos vencidos
De su ruego y aflicción
Trajesen á sus oídos
Las campanas de León.

Y á pesar de los siglos que desde entonces han transcurrido, sus descendientes se acuerdan todavía de España, conservan su lengua y llevan con orgullo sus nombres. Es curioso que casi todos son blancos y rubios, y tienen una fisonomía agradable. Usan el fez colorado, como todos los súbditos turcos, y visten, los pobres como el pueblo, los ricos como los caballeros de aquella nación.

En general, no aman las ocupaciones fatigosas, no cul-

tivan el campo ni ejercen oficios manuales; prefieren ser mercaderes, comerciantes, corredores, usureros y también ¡ay! zurcidores de gustos, que asaltan á los extranjeros que llegan á Pera para ofrecerles su vil mercancía. Los hay, con todo, muy principales y ricos, y algunos, como los Fernández de Galata, tienen buena casa y reciben con lujo á sus amigos.

Pasan por ser muy apegados á su religión y costumbres. Con todo, ambas cosas han sufrido algunas modificaciones con el transcurso de los siglos, á causa de su contacto con los cristianos y del deseo de no parecer menos morales que éstos. Así, por ejemplo, han abolido la bigamia, que era permitida antiguamente, y han adoptado en sus catecismos, con más claridad que antes, los dogmas relativos á la resurrección de los muertos y á la vida futura. Celebran con pompa la Pascua, y conservan las poéticas conmemoraciones de la Reina Esther y de la salida de Egipto, que llaman la fiesta de las cabañas, por las que realmente construían antes, en recuerdo de su viaje por el desierto. Tienen en sus habitaciones el *mezuza* ó pergamino con versos del Pentateuco, como nosotros tenemos las imágenes de los santos, y usan siempre durante sus oraciones los filaterios ó pergaminos con inscripciones bíblicas, que se atan en torno del brazo.

Como lo he dicho ya, los de Constantinopla y Salónica conservan el idioma castellano, y es muy curioso el oirlos, porque hablan como hablaba probablemente el vulgo español en tiempo de los Felipes. Y es asimismo peculiar el acento ó sonsonete con que se expresan. Pero lo más singular es, que habiendo conservado la lengua, no conserven también la escritura, sino que empleen las letras hebraicas, de modo que fué grande mi sorpresa cuando qui-

se leer un periódico que publican en Salónica y que se halla redactado efectivamente en español, y me encontré que estaba impreso con aquellos caracteres para mí ininteligibles.

Después de los judíos, son igualmente muy numerosos los cristianos eslavos cismáticos, de los cuales los montenegrinos y croatas son los menos civilizados, y los servios y búlgaros los más cultos. En los primeros se ve bien patente la ventaja de las montañas, que sin duda creó Dios, entre otros fines, para que fuesen baluarte de la libertad de los pueblos. Mientras que todos los demás cristianos, ora griegos, ora eslavos y aun los mismos albaneses, tan temibles cuando los guiaba Escanderberg, caían uno tras otro bajo el yugo de la media luna, Montenegro defendía su independencia con tanto éxito, que nunca pudieron los otomanos dominarlos completamente.

Fueron aquellas montañas las Asturias de esa península greco-eslava, que se extiende desde el Danubio al mar Negro y al Archipiélago. Mas en cambio de tan preciosa ventaja, tuvo aquel pueblo la desgracia de permanecer hasta nuestros días en un estado de atraso deplorable, porque encerrados en sus montes por no exponerse á la invasión de sus ambiciosos vecinos, han vivido sin contacto de ninguna clase con la cultura europea y no son más que un conjunto de soldados y bandidos. Las mujeres cultivan la tierra y gimen á veces bajo las más pesadas cargas, mientras que los hombres se dedican á la caza, á la cría de ganados y al manejo de las armas.

Vienen muchos de ellos á Constantinopla y ejercen allí varios oficios, especialmente aquellos que exigen fidelidad y vigilancia, como guardas campestres y porteros. Hablan la lengua servia y profesan la religión griega ortodoxa, de

la cual tienen en su capital, Cetinge, un Obispo, á quien llaman Uladica, y que ejerció también un día el Poder temporal. Ahora son gobernados por príncipes belicosos que descienden de los antiguos uladicas. Visten con nagüetas y chaquetilla, á la albanesa, y andan siempre armados de tal manera, que parecen foragidos.

Son pendencieros y vengativos, y arman con frecuencia terribles reyertas, en las cuales hieren y aun matan con la mayor facilidad del mundo. Gozan fama de fieles, mas es peligroso deshacerse de ellos. En mi tiempo, sucedió que cierto caballero levantino, el cual poseía una casa de campo en el Bósforo, despidió por borracho á uno de esa nación que le servía de portero, y el rencoroso montenegrino le mató poco después alevosamente, ayudado de otro facineroso amigo suyo.

Los croatas, vecinos de los montenegrinos, habitan el país de los antiguos ilíricos, mas son también de origen eslavo y se parecen bastante á aquéllos en aspecto y costumbres. Fueron, sin embargo, conquistados y sometidos, mitad por el Austria, mitad por la Turquía, por cuya razón los unos son católicos y los otros griegos cismáticos, como los demás eslavos vecinos. En su país disfrutan fama de valientes y fieles, y el Austria los ha empleado como soldados desde los tiempos de Maximiliano hasta nuestros días. En Italia los tienen por crueles y sucios.

Hacen en Constantinopla los mismos oficios que los montenegrinos. Así, por ejemplo, el portero de nuestra Legación era croata, y de nombre Costí, que es un diminutivo de Constantino; y por cierto que me sucedió con él una cosa que da idea del carácter feroz de aquella raza. El pretendiente Don Carlos, vencido y fugitivo de España, había asistido como voluntario á la guerra turco-rusa, y suspen-

didas al fin las hostilidades, vino á pasar algunas semanas en Constantinopla. Pues cuál no sería mi sorpresa cuando un día se me presenta el tal Costí, y me dice con el tono más natural del mundo: «Señor Ministro, yo tendría una cosa muy buena que proponerle á usted. Don Carlos está ahora aquí, ¿quiere usted que dos amigos míos le maten cuando sale de noche? El golpe costaría poco dinero y no hay miedo de que la policía turca averigüe nunca sus autores». Dejo adivinar al lector cuál sería mi horror y mi indignación al oir una propuesta tan atroz, y cómo despedí de mi presencia á aquel bárbaro ignorante, diciéndole que si no le privaba en el acto de su empleo era por compasión hacia su mujer y sus hijos. Él, sin embargo, se mostró muy admirado de mi enojo, y me dijo, para disculparse, que no le había parecido criminal el libertar á España de un hombre que le había hecho tanto daño y podía hacérselo todavía en lo futuro.

Los herzegovinos, bosniacos, servios y búlgaros, pertenecen también, como los montenegrinos y croatas, á la raza que dicen yugo-eslava, ó eslavos del Sud. En su origen fueron el azote del Imperio griego, en el cual cometieron las mayores crueldades. Sometidos por algún tiempo, pero libres al cabo, formaron Estados independientes, los cuales adquirieron cierta importancia, especialmente los servios en tiempo de su Rey Esteban Ducán, y los búlgaros, bajo el suyo, Calopietro, hasta que fueron conquistados, como los demás pueblos de Oriente, por la vencedora cimitarra de Mahometo.

Sus dialectos tienen algunas diferencias, siendo considerado como el más dulce el de los servios, el cual posee también poesías líricas muy estimadas por los filólogos. En costumbres tienen, asimismo, ciertas diversidades. Así.

por ejemplo, los servios, cuyo país abunda en pastos y encinas, se dedican principalmente á la cría de ganados, con especialidad de cerda, de suerte que la misma familia de los Obrenovich, ahora reinante, debe sus riquezas á ese tráfico, y fué á veces llamada por menosprecio, criadora de puercos.

Los búlgaros, en vez de eso, dedícanse á la agricultura, y colocados en mayor contacto con rusos y austriacos, han dulcificado más sus costumbres. Tuvieron también en estos últimos tiempos la fortuna de que el ilustrado Midhat Bajá los gobernase por algunos años, estableciendo allí escuelas que propagaron cierta cultura, y abriendo caminos, que llevaron á todas partes el comercio y la riqueza. Desempeñan en Constantinopla varios oficios, entre otros el de peluquero, y el mío precisamente lo era, y charlaba como todos los de su profesión, por lo cual cada vez que venía á cortarme el pelo me contaba mil cosas interesantes sobre el estado agitado de su país y las esperanzas que ya habían concebido de recobrar su antigua independencia.

Mayor importancia aún tiene siempre en Turquía el pueblo numeroso de los griegos, pues no solamente en el barrio del Tanar, sino también en Gálata y Pera, ocupan un lugar preeminente.

Poseyendo aptitudes universales, ejercen toda clase de oficios y funciones, desde camareros y cocineros hasta banqueros, abogados, médicos, subsecretarios de Estado, Embajadores y Príncipes. Llámase Tanar la parte de la antigua Bizancio donde se hallaba el Palacio del Patriarca, la iglesia titulada Madre de Dios *(Aguia Teotokos)*, y probablemente un fanal que le ha dado su nombre: éste ha desaparecido, pero quedan el palacio y la iglesia. Después de la toma de Constantinopla por los turcos, fué allí donde

hallaron refugio los pocos griegos que quedaron con vida, y donde gozaron de cierta paz en virtud de su entera sumisión á los vencedores. Allí han tenido sus casas los Cantacucenos, Maurocordatos, Ipsilantis, Calimakis y otras familias ilustres.

Ocupáronse al principio los fanariotas en el comercio de joyas y sedas; fueron después empleados por los turcos en varias oficinas públicas, y al fin, su superioridad intelectual y el conocimiento que tenían de varias lenguas, los hicieron necesarios á sus mismos vencedores. Más instruídos y más fieles que los judíos y cristianos renegados de otras naciones, á ellos recurrieron los turcos para traductores, secretarios, que llamaban *gramatiki*, y dragomanes ó intérpretes. Uno de éstos, de nombre Panajoti, obtuvo el favor del famoso Visir Kupruli y le acompañó en sus expediciones militares, obteniendo, á la vuelta, el puesto de *Diván Terjumani* ó Gran Intérprete del Diván. A éste le sucedió Maurocordato, que había estudiado en Padua y Bolonia y cuya capacidad era tal, que la Puerta le nombró su representante diplomático en las negociaciones de Carlowitz.

Otros griegos del Fanar fueron luego destinados á muchas Embajadas y Consulados, formando casi un Cuerpo separado en el Estado, y pusieron el colmo á su fortuna, consiguiendo ser nombrados Hospodares ó Gobernadores de los Principados de Valaquia y Moldavia. La Revolución griega del año 21 les hizo perder mucha parte de su prestigio; mas, esto no obstante, vemos hoy mismo figurar en la diplomacia turca un Carateodori, un Musurus y tantos otros de la misma nación, mientras que un Aristarki ocupa el Principado de Samos.

Pasan las damas del Fanar por hablar el griego mo-

derno, con más pureza que las nacidas en Atenas, y tiene todo aquel barrio no sé cuál misterioso encanto que agrada de un modo particular á la imaginación de los filelenos. Sus casas son bastante parecidas á las de las viejas ciudades de Europa, y no es raro ver en sus balcones, cerrados con cristales, alguna griega de buenos ojos que trae á la memoria las Ifigenias y Elenas. En Galata y Pera hay también familias griegas muy distinguidas, las cuales deben su riqueza al comercio. En mi época Zarifi era el banquero del Sultán, y Negroponte, griego como aquél, poseía grandes bienes.

Es lástima solamente que el carácter de los griegos, especialmente su plebe, no corresponda á su privilegiada inteligencia. No son tan honrados como los armenios ni tan fieles como los croatas. Háblase á menudo en Pera de robos y asesinatos cometidos por ellos, y el Cónsul de su nación tiene de continuo las manos llenas con los procesos que su mala conducta acarrea.

Pecan también de supersticiosos, y citaré de ello algunos ejemplos. Cuando se encienden las luces el Sábado Santo, es tal el desorden que ocasionan para tomar fuego del Santuario, que tienen que pasar por la vergüenza de que la policía turca los apacigüe. Y en el día de la Epifanía, en que la Iglesia recuerda también el bautismo de Jesucristo, dan muestra de otra superstición no menos singular y bárbara. Van á la orilla del mar ó de un río y arrojan á él una cruz de madera, y acto continuo, á riesgo de coger una pulmonía en una estación tan fría como lo es en todas partes el mes de Enero, se echan muchos de ellos al agua y se pelean por quién pesca y trae á tierra la cruz, considerándolo un acto muy glorioso y devoto.

Los armenios son la única gran comunidad cristiana

establecida en Asia, y ofrecen en su fisonomía y carácter una mezcla muy notable. En calidad de asiáticos, son casi tan serios y compasados como los turcos, y por otra parte su profesión del cristianismo los hace más humanos y cultos. Según la tradición, fué en el Ararat, monte de Armenia, donde se paró después del Diluvio el Arca de Noé, y no hay duda de que, si bien no poseen una historia tan brillante como la de los griegos, son mucho más antiguos. Con efecto, existían ya como nación cuando empezó á brillar el Imperio de los asirios. Lucharon con éstos y con los macedonios, romanos y persas, vencedores unas veces, vencidos otras, y formaron en la Edad Media un Estado independiente, que duró hasta que al fin fueron sometidos, primero por los bizantinos y luego por los turcos. Su última dinastía nacional fué la de los Pagratidas, en el siglo XIII, de los cuales son descendientes los Príncipes de Bagration, establecidos hoy día en Georgia y San Petersburgo.

Actualmente la Armenia está dividida entre la Turquía y la Rusia, y su suerte es muy interesante, porque son los solos pueblos cristianos que no han conseguido todavía sacudir el yugo de la Turquía. Su lengua es ariana, y aunque modificada por la acción de los siglos, se conserva, esto no obstante, rica y expresiva. Han tenido grandes escritores, especialmente poetas é historiadores, entre los cuales descuella el famoso Moisés de Khorene, que es su Herodoto. Convirtiólos al cristianismo San Gregorio el Iluminador, Obispo católico de Cesárea; pero muchos de ellos son cismáticos y aun eutiquianos y monofisitas. Los católicos mismos conservan un rito particular y el uso de su idioma en la liturgia.

Tienen los armenios, al igual de los griegos, aptitudes

muy generales, de suerte que se les halla ejerciendo toda clase de ocupaciones. Los más pobres se dedican al oficio de *hamal* ó ajamel, que significa cargador, pues siendo robustos y fieles, todos se sirven de ellos para llevar pesos. Sus fuerzas son notables. Tenía mi mujer compasión de dos sirvientes de ese país que la llevaban en silla de manos; mas pronto se convenció de que eso era para ellos como llevar una pluma, cuando vió que subía á veces un solo armenio la cuesta de Gálata, sosteniendo en las espaldas una enorme caja de mercancías ó un piano de cola.

Dedícanse los más instruídos al comercio, y no sólo hay casas de ellos muy acaudaladas en los puertos de Turquía, sino hasta en Bombay y Calcuta. Y es tal la disposición que tienen para los negocios, que por proverbio se dice que se necesitan dos cristianos para igualar á un judío, y dos judíos para igualar á un armenio. Por fin, hacen, asimismo, buenas carreras como empleados, dragomanes y aun Cónsules y Diplomáticos, ahora, sobre todo, que el Diván no se fía tanto como antes de los griegos. Son ricos propietarios y comerciantes Nazarian, Nadian y Alá-Verdí, y sirven con brillo al Imperio Artin, Ohannes, Missak y Narsés.

Viniendo, por último, á los habitantes de Turquía, que no son ni griegos ni eslavos y tienen un origen europeo, haré mención de los llamados levantinos ó francos, cuyas familias proceden de Italia, Francia ó Alemania, pero que están establecidos de antiguo en aquel país, siendo la mayor parte súbditos protegidos de alguna nación extranjera. Los italianos son los más numerosos y su lengua es hablada en todo el Oriente, donde desde el tiempo de las Cruzadas ejercieron solos el comercio, teniendo allí sus Indias. Los franceses vienen en segundo lugar, y su idio-

ma es también de uso común en los puertos. Los austriacos y alemanes son los menos numerosos, y su lengua es poco conocida.

Tienen todos estos levantinos gran disposición para el comercio y para la intriga, hablan y escriben con perfección el italiano y el francés, ejercen la abogacía y la medicina, y no es raro que se eleven también, como los griegos y armenios, á empleos de cierta confianza. Muchos dragomanes de las Embajadas son de origen italiano, como Franchini, Pisani y Timoni, y el Embajador Rustem Bajá era un Conde Marini, de Venecia. La inmensa mayoría de ellos es católica, y la minoría protestante se compone de alemanes, ingleses y norteamericanos, que se ocupan en el comercio y las fábricas y no son propiamente súbditos de la Puerta, sino extranjeros transeuntes.

Notable es en verdad la libertad de que disfrutan allí todos estos diversos pueblos por lo que respecta á su religión y culto. No la tienen mayor ni aun igual en Rusia, Austria y España. Todos poseen sus iglesias ó capillas con bellas fachadas y ¡ay! altos campanarios con numerosas y ruidosas campanas, siendo entre las católicas las más bellas Santa María, perteneciente al Austria, Tierra Santa, perteneciente á España, San Luis, que es de Francia, y San Antonio, de Italia. San Gregorio, de los armenios, es asimismo muy linda. Los griegos poseen la de la Madre de Dios en el Fanar y otras varias tan hermosas como antiguas. Y todas estas diferentes comunidades religiosas tienen su Patriarca ó Exarca ó Presidente, que los gobierna civilmente, y los judíos un gran Rabino. Hay además hospicios y colegios de todas creencias y naciones. Las hermanas de la caridad, cuyo establecimiento es muy vasto, circulan libremente por las calles de Gálata y Pera,

y causa verdadero placer el ver sus pintorescas tocas. El Colegio de las Damas de Sión, situado en el barrio del Taxim, es también magnífico, y los Padres jesuítas y los Hermanos de la Doctrina los tienen á su vez en el centro de la ciudad de Pera.

Y es bella la variedad que se nota en el vestido de los sacerdotes de tantas naciones diversas, distinguiéndose los griegos y los demás orientales por cierta magnificencia en sus ropajes y sus mitras, porque aquellos pueblos gustan mucho de lo que impone y autoriza. De ellos han tenido que tomar todos los católicos, inclusos los jesuítas, el uso de llevar largas barbas, que les dan cierto aspecto de patriarcas. Y es esto allí tan necesario que algunos la llevan postiza, como lo descubrí una vez que entré sin ceremonias en la celda de un fraile conocido mío y me lo encontré sin ella. Fué mi sorpresa tan grande como la que tuvo Sancho cuando vió al barbero sin la suya. Pero el buen fraile me explicó que no teniéndola natural, la llevaba siempre fingida, en atención á que los orientales juzgan afeminados y no respetan á los sacerdotes que no la usan.

Todas estas comunidades cristianas viven en paz, sin que se oiga jamás que tengan cuestiones entre sí ó con los turcos.

La única excepción á esta regla es la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, en la cual suele haber disputas entre griegos y latinos acerca del turno que les corresponde para celebrar la misa. En mi tiempo ocurrió que un fogoso fraile irlandés, armado de un grueso cirio del altar, le abrió la cabeza á un monje griego, que no le quería ceder el paso. Mas en el pecado llevan la penitencia, porque sufren luego la mortificación de que los soldados turcos

acudan á separarlos y mantengan el orden en aquel santo recinto.

Nace naturalmente la curiosidad de saber si no son posibles las conversiones al catolicismo de parte de los cismáticos y turcos. La verdad es que no se verifican nunca, fuera de algún caso muy excepcional, en que interviene el interés ó el dios Cupido. Son obstáculos á la conversión de los cismáticos, no sólo el orgullo teológico, sino también el político y la diversidad de raza y de lengua, según he explicado ya en otro capítulo. Los dos imperios de Oriente y Occidente conservaron alguna amistad en los primeros tiempos, y Justiniano hablaba todavía los dos idiomas. Más tarde cesaron los Emperadores de Oriente de usar el latín, y convertidos en puramente griegos, no veían ya con buenos ojos al Pontífice de Occidente, que buscaba entonces su apoyo en los sucesores de Carlomagno. Separáronse, pues, en religión como en política, y aunque á veces los Príncipes bizantinos mostraron intenciones conciliadoras, el pueblo griego se opuso siempre á toda unión, porque odiaba á los latinos y no quería someterse á ellos. Y ese mismo sentimiento sigue oponiéndose ahora á que se conviertan.

La conversión de los turcos es igualmente difícil, aunque por otras razones. El cristianismo contraría mucho las violentas pasiones de aquel pueblo, el cual se halla demasiado bien avenido con la poligamia y con la vida sensual que su religión le permite, para que renuncie fácilmente á ellas. Añádase que el fatalismo favorece también su espíritu de conquista, y por último, que las delicias materiales que Mahoma les promete en la vida futura son mejor apreciadas por aquellas gentes groseras, que las puramente espirituales con que les brinda el cristianismo.

Hay también, por desgracia, otro motivo que contribuye á alejarlos de la religión cristiana, y es, preciso es confesarlo, la mala conducta de los que la profesan. El Padre Enrique, guardián de nuestro Convento de Tierra Santa, me decía un día hablando de esto: «El obstáculo mayor para la conversión de los turcos son los cristianos mismos. Los turcos tienen sin duda vicios secretos; mas como nadie los ve, no escandalizan. En cambio, los cristianos hacen alarde de sus desórdenes de todo género. Y si no, ¿dónde se ven estampas obscenas? En las librerías de Gálata y Pera. ¿Dónde están las malas mujeres, que provocan desde sus ventanas á los transeuntes? En los barrios cristianos. ¿Quiénes se embriagan y hacen ruido por las noches en las tabernas? Los cristianos de todas confesiones. Y siendo esto así ¿qué extraño es que no se conviertan los turcos?»

CAPÍTULO XCIII

Constantinopla, de 1875 á 1878

Presento mis credenciales al Sultán.—Palacio de Dolma Bagtché.—Lujo de alfombras y muebles.—Ausencia de cuadros y estatuas.—Fisonomía y carácter de Abdul Aziz.—Su parecido con el Rey de Nápoles.—Su afición á la música.—Ceremonia del Selamlik.—Las fiestas de Bairám ó Pascua turca.—El harén de Abdul Aziz.—Celos de una Sultana.—La poligamia en Turquía.—Cómo la justifican los turcos.—Cuáles son sus inconvenientes.—Degradación de las mujeres. Institución de los eunucos.—Tragedias domésticas en la Casa Otomana.—Despotismo de los Sultanes.—Posibilidad de que todo esto se modifique con el progreso de la cultura.

Hagamos ahora algún conocimiento con el Soberano, que es dueño absoluto de todos los pueblos antes descritos y cuyos Estados se extienden desde el Danubio hasta el Eufrates. Moría yo de curiosidad por verle de cerca, y fué para mí una verdadera fiesta el día en que fuí llamado al Palacio de Dolma Bagtché para presentarle mis cartas credenciales. Según la costumbre, iba acompañado de todo el personal de la Legación, y antes de subir al piso principal nos introdujeron en una sala baja donde nos sirvieron café, hecho á la turca; es decir, hervido, y nos ofrecieron para fumar pipas de mucho lujo, con boquillas de ámbar y anillos de diamantes.

Hecho todo esto con la formalidad y sosiego propios de aquel país, subimos las escaleras, que nos parecieron magníficas, y después de atravesar algunas salas, también muy hermosas, precedidos siempre por el Maestro de ceremo-

nias, llegamos al salón del trono. Todo nos pareció suntuoso y de bastante buen gusto, aunque poco original, pues la arquitectura de aquel palacio, lo mismo que la del inmediato del Tcheragán, no es otra cosa que un centón de ideas tomadas de las antiguas fábricas árabes ó turcas de Granada, Damasco y el antiguo Serrallo, con la sola novedad de añadir al mármol y al jaspe el empleo del cristal, al cual son muy aficionados los turcos, sin duda porque el *Alcorán* lo introduce en sus pinturas del paraíso y también los poetas orientales en sus cuentos y poemas. De cristal, pues, es el piso de la escalera, de cristal la baranda y hasta las columnas que la adornan. Pero el lujo principal de todas las salas, después del mármol y el cristal, consiste en la riqueza de las sedas empleadas en paredes, cortinas y divanes, y en la variedad y hermosura de las alfombras. Son, asimismo, notables los espejos y las arañas, y abundan sobre las mesas relojes y candelabros de oro y plata.

El dragomán que me acompañaba me hizo reparar que había ya en todas partes sillas y sillones de forma europea, lo cual era una novedad, porque hasta pocos años antes no se veían allí más que divanes y almohadas. Y había costado bastante que los turcos se acostumbraran á otra clase de muebles, pues no sólo ellos, sino los árabes y todos los orientales han preferido siempre los cojines á los sitiales, y así como el romano tenía sus sillas curules, así el oriental ha tenido sus divanes. En España misma duró esa costumbre, tomada de los árabes, hasta fines del siglo XVII, como lo vemos por las descripciones de la Condesa de D'Aulnoy, y lo denotan aún ciertas frases usuales, tales como la de *tomar la almohada*, para indicar que una señora, Grande de España, ha tomado posesión de su privilegio de sentarse delante de su Soberana.

Falta sólo una cosa entre las suntuosidades de aquel Palacio, y son las Bellas Artes, pues en ningún lado se divisa ni una estatua ni un cuadro. Débese esto á las creencias religiosas de los musulmanes que les prohiben, como idolátrica, toda representación de la figura humana; notable exageración que probablemente irá desapareciendo, como tantas otras, con el progreso de las luces, puesto que nada tienen que ver las artes en sí mismas con la idolatría. Esto es, sobre todo, verdad, por lo que hace á la pintura, con especialidad la de género y el paisaje. Y ya descubrimos alguna muestra de mayor tolerancia en este punto precisamente, en la conducta de Abdul Aziz, quien fundó en Estambul un Museo de escultura, con las provenientes de excavaciones modernas, y mostró tanta afición á los cuadros de batallas, singularmente cuando representan victorias de los turcos, que se hizo pintar algunos por un mediano artista, y los conservaba en un salón interior de su Serrallo.

Pero dejemos ya esta descripción del Palacio y digamos cómo era el Gran Señor que lo habitaba. Halléle puesto de pie delante del trono, y teniendo á su lado al Ministro de Negocios Extranjeros, Safvet Bajá, y algunos altos empleados y chambelanes. Era alto, grueso, con buenos ojos y agradables facciones, aunque de ceño severo. No sé por qué le encontré muy parecido al Rey Fernando II de Nápoles, déspota, como él, y hombre de estatura aventajada. Natural es en quien se acerca por primera vez á un Sultán de Turquía, el esperar que esté vestido como los que vemos en el teatro y en los antiguos cuadros y también en un Museo muy curioso que han formado en Estambul, en el cual están representadas de bulto las figuras de los Soberanos y funcionarios de todas épocas con sus respectivos

ropajes. Pero nada hay menos semejante que el traje moderno al antiguo, viéndose así claramente que existe en esta materia entre los pueblos de Europa la misma uniformidad que en las demás cosas. Solimán, por ejemplo, imitaba la magnificencia de Carlos V, y más tarde, á medida que Luis XIV aumentaba las dimensiones de su peluca, aumentaban los Sultanes las de su turbante, hasta el punto de que la cabeza aparecía en mitad de la persona, y como agobiada por un adorno tan absurdo. Después le dieron más elegancia para corresponder al sombrero de candil, usado en toda Europa, y, por fin, en el siglo pasado han adoptado los Sultanes, como el resto de los turcos civilizados, la levita cerrada y los pantalones, en vez de la ropa talar. Llevan, sin embargo, el fez, pero esto es porque su religión no les permite tener la cabeza desnuda.

Estaba, pues, Abdul Aziz vestido como un General turco cualquiera, con la sola diferencia de que su levita era más rica de bordados de oro, y que sus veneras eran todas de brillantes, y el sable que ceñía estaba también cuajado de ricas piedras. Conocía Abdul Aziz el idioma francés, mas lo hablaba con dificultad, por lo cual se limitó á responder en pocas palabras al discurso, también corto, que yo tuve el honor de dirigirle, según es costumbre en tales casos. Presentéle después las personas que me acompañaban; pero se contentó con hacer una inclinación de cabeza á cada una de ellas, sin decirles nada. Todos, sin embargo, le hicimos las más profundas reverencias, á la llegada y á la despedida, porque esto es allí más necesario aun que en las otras Cortes, en atención á que los turcos y todos los orientales las usan de un género tan exagerado, que cualesquiera otras parecen insignificantes. En primer lugar doblan el cuerpo, cayendo casi de rodillas al acercar-

se al Sultán, y llevan luego con rapidez la mano de la frente á la boca y de la boca al pecho, á fin de indicar que le veneran con el pensamiento, la boca y el alma; gesto antiguo en Oriente y del cual viene sin duda la palabra adorar *(ad orare)*.

Al igual también del Rey Fernando de Nápoles, veíanse reunidos en Abdul Aziz los defectos con las cualidades. Era buen padre, como lo prueba su proyecto de transmitir el trono á su hijo mayor Izzedin, cambiando para ello la ley fundamental de Turquía, que, como es sabido, llama al trono al hermano mayor, á fin de evitar las minorías y los reinados de Sultanes jóvenes. Era asimismo buen marido, según las ideas musulmanas, dando mucho lugar á una Sultana, que era la primera de sus cuatro *cadinas* ó mujeres legítimas. Tenía un barniz de cultura bastante aumentado con su viaje á París, y aunque se dejó dominar demasiado por su pasión hacia la arquitectura, gastando sumas inmensas en la construcción del Palacio de Tcheragán, empleó también mucho dinero en comprar fusiles y cañones, é hizo construir ocho fragatas acorazadas, que formaban una respetable escuadra para aquel tiempo. Era muy aficionado á la música, y protegió y tuvo casi siempre á su lado al maestro italiano Donizetti, hermano del inspirado autor de la *Lucía* y compositor de mucho talento, á quien se debe la actual marcha turca. Este era quien dirigía los conciertos privados del harén, en los cuales tomaban parte más de cien esclavas, notables como cantoras y bailarinas.

Ha sido acusado Abdul Aziz de un genio despótico y enemigo de todo progreso, mas en esto hubo siempre visible exageración, como sucedía con su contemporáneo el Rey de Nápoles. Abdul Aziz no era un Nerón ni un Sarda-

nápalo, y probó en varias ocasiones que deseaba continuar la obra de Mahamud, suprimiendo muchos abusos. Lo que le faltaba era un espíritu bastante liberal para hacer las reformas un tanto radicales que la Europa le demandaba, y que á él le parecían incompatibles con la unidad é independencia de sus Estados. Fué en esto lo mismo que tantos otros Soberanos de aquel tiempo, á quienes parecía insoportable la pérdida de sus privilegios y prerrogativas.

No frecuentando el Sultán los paseos ni los teatros de Pera, hay pocas ocasiones de verle. Con todo, existe una muy segura en cada viernes del año, pues en su calidad de sucesor del Profeta, es de antiguo costumbre que vaya en ese día festivo para los musulmanes, á una mezquita cualquiera para practicar en ella sus oraciones, y recibir después los homenajes de los altos funcionarios del Estado, que es lo que llaman *selamlik* ó besamanos. En la galería de los Uffizi de Florencia, se conserva un antiguo grabado del siglo XVI, que representa al Sultán Solimán cuando iba así á la mezquita, rodeado de su guardia y de su Corte, y lo mismo enteramente acontece ahora, con la sola diferencia de que los vestidos son modernos, y en vez de genízaros y espahis van hoy delante y detrás los soldados de la guardia imperial, uniformados á la moderna, con chaqueta corta y fez colorado. En cuanto al Sultán, va como antes, montado en un hermoso caballo blanco, de sangre árabe, y marchan á pie al lado suyo sus numerosos chambelanes y pajes. Cuando el tiempo lo permite y la mezquita á que se traslada está á orillas del Bósforo, suele ir en una hermosa falúa, tan rica y dorada como el Bucentauro de Venecia, cuyos remeros son albaneses y usan el traje pintoresco de aquel país.

Con pompa parecida va también el Sultán al antiguo

Serrallo, luego que termina el Ramadán, á fin de celebrar la Pascua turca, que llaman *Curbán Bairan* ó fiesta de la Víctima; y en su calidad de Califa, es él mismo quien sacrifica, según el rito mahometano, un carnero, que es luego servido en la mesa imperial. Los dignatarios que le acompañan, y todos los Bajás y personas pudientes, comen también aquel día carnero y distribuyen muchos de esos animales á los pobres de su barrio.

En todas estas solemnidades el público no ve nunca á las mujeres del harén. Pero las esposas de los Embajadores y Ministros, gozan el privilegio de entrar en el Serrallo, y por ellas supe que aunque Abdul Aziz tenía á más de las cuatro cadinas, un gran número de odaliscas y esclavas, sólo figuraban á los ojos de las señoras extranjeras su madre, á quien llaman la Sultana Validé, y su cadina ó Sultana preferida, la cual era entonces una circasiana hermosa y altiva, y muy celosa por añadidura. De cuyo defecto dió buena muestra cuando la Emperatriz Eugenia, que había ido á Egipto, el año 1869, para asistir en representación del Emperador, á la inauguración del canal de Suez, fué después á hacer una visita á la Corte de Constantinopla. Contábame la misma Augusta Señora, á quien vi en Florencia en 1877, que la bella Sultana, poco acostumbrada á dominar sus pasiones, llevó tan á mal los obsequios que el Sultán la dispensaba, y el placer que parecía causarle su presencia, que aprovechando un momento en que las dejó á las dos solas, le dió una bofetada á la Soberana francesa, la cual, en vez de enfadarse, lo tomó á mucha risa.

Decíase en Constantinopla que aquella hermosa Sultana tenía bastante imperio sobre su marido, lo cual no es del todo raro en Oriente, á pesar de la humillante posición

á que la poligamia reduce á la generalidad de las mujeres, y no faltan en las historias de Persia, Mongolia y Turquía, ejemplos del predominio de algunas favoritas. En Turquía, por ejemplo, han sido notables una Roxelana, que de esclava rusa pasó al harén de Solimán II, y ayudada del ambicioso Visir Rustán, procuró el trono á su propio hijo, haciendo que el engañado Sultán mandase quitar la vida á su primogénito, el Príncipe Mustafá, nacido de otra Sultana. Fueron igualmente célebres un día la veneciana Saffié, la bella Rebín Gulnez y otra de tan dulce carácter que mereció el sobrenombre de Seckerbuli, ó sea turrón de azúcar, y fué la favorita de Ibrahim. En Mongolia hubo también una Nur Dihan, que llegó á tener mucho poder, y á la cual, por cierto, se atribuye la invención de la esencia de rosas.

Para alojar todas las mujeres y las odaliscas del Sultán y también las viudas de sus predecesores, que no pasen á segundas nupcias, según es costumbre, con oficiales ó empleados de la Corte, no basta el Palacio de Tcheragán y ha habido que edificar otro más sencillo, pero de grandes dimensiones, que se extiende, asimismo, á orillas del Bósforo.

Hablando de todo esto con los turcos, tuve muchas veces ocasión de oir cómo justifican esa institución de la poligamia, la cual se aparta tanto de las costumbres europeas y es en realidad una de las causas del atraso en que se encuentra aquel país. Mis buenos amigos Galib, Kiamil y Kalil procuraban defenderla con especiosas razones. Recordábanme que la pluralidad de mujeres no es invención peculiar de Mahoma, sino una costumbre tan antigua como el mundo, no sólo en Asia, sino también en una parte de Europa, puesto que en Grecia misma vemos que Teseo tuvo varias

y también Alejandro y Demetrio y el mismo Sócrates, á pesar de ser tan gran filósofo. En Asia, Príamo dejó cincuenta hijos de diversas mujeres y concubinas; los Patriarcas y el mismo David no fueron muy continentes; y de Salomón se sabe que tenía un harén tan poblado como el del Sultán Abdul Aziz. Añadían mis amigos que, si bien es cierto que el cristianismo prohibe la poligamia, esto no implica para que los cristianos obren como si fuese permitida, siendo notorios en este punto los excesos de un Luis XIV, de quien se dijo en una ocasión que tenía tres Reinas, y los de tantos otros Soberanos antiguos y modernos. Y si de los particulares se trata, nadie ignora que los maridos cristianos, no sólo de la nobleza, sino de la burguesía, no se hacen el menor escrúpulo de mantener varias queridas, y aun tienen vanidad en ello.

A lo cual les respondía yo que por desgracia todo eso era muy cierto; pero que los excesos antiguos deben ser atribuídos al atraso de las costumbres y á la dureza del corazón de los hombres, y los modernos á la imperfección inevitable de todas las instituciones humanas. Además, no es exacto que la lucha del cristianismo con las violentas pasiones de los hombres sea del todo estéril, y una prueba de ello la tenemos en el grandísimo número de familias cristianas que ofrecen el consolador espectáculo de una admirable fidelidad conyugal, siendo natural que haya menos incontinencia donde ésta se halla prohibida que donde la ley la permite; de la misma manera que hay menos robos y asesinatos en un país donde los Tribunales los castigan que en otro donde no se reprimen.

Es preciso también reflexionar que si la poligamia es cómoda para los hombres, porque les permite satisfacer todos sus caprichos sin remordimientos de conciencia, sus

efectos son degradantes, tanto para las mujeres como para ellos mismos. Por lo que respecta á las primeras, no puede haber posición más humillante que la que tienen en los harenes. Si la Historia registra, según hemos visto, los nombres de algunas pocas que han obtenido cierta influencia, su inmensa mayoría tiene una posición degradante y una felicidad pasajera. Y por lo que hace á los hombres, no sólo carecen de esos goces de familia, que puede tener cualquier cristiano hasta en medio de sus extravíos, sino que se ven obligados á encerrar y guardar á su rebaño de esclavas por temor de que le sean infieles.

Claro es que el turco que no cuenta con ciertos recursos no se permite el lujo de tener muchas mujeres ú odaliscas. Preguntéle yo una vez á mi guardia personal ó cavás Alí, que era un turco joven y gallardo, cuántas tenía, y me contestó sin vacilar: «una, señor, y me basta». Mas á medida que se sube en la escala social aumentan también los harenes, y con excepción de tres ó cuatro bajás, como Safvet, Kiamil y Raschid, todos los demás poseían un buen número de compañeras, y por lo que hace al Sultán, las cuenta por centenares, siendo tal allí todavía la perversión de las ideas en esta materia, que su misma madre, la Sultana Validé, le regalaba todos los años una nueva esclava en la fiesta del Profeta. Tienen, pues, necesidad de custodiar y vigilar á una cantidad tan considerable de mujeres, quienes, en general, son hermosas, no sólo para impedir que tengan relaciones con ningún otro hombre, sino también para que vivan en paz entre sí, no siendo raro que riñan por celos y por los odios que naturalmente existen entre las cadinas y las odaliscas.

De esto ha nacido, asimismo, otra institución no menos vergonzosa, cual es la de los eunucos, blancos ó negros, de

los cuales hay muchos en todas las casas musulmanas, y con especialidad en la del Gran Señor. Son por necesidad tan antiguos como la poligamia misma, y de los harenes pasaron luego á los palacios, no habiendo casi ningún Estado asiático antiguo ni moderno que no haya visto algunos de esos seres desgraciados convertidos en favoritos de los Príncipes. En el Serrallo imperial de Constantinopla son tan numerosos, que su jefe, llamado el Kislar Agasí, ó sea el custodio de las mujeres, es la primera persona de la alta servidumbre después del Mayordomo mayor, y figura como tal en el Almanaque de Gotha.

Otro inconveniente deplorable de la poligamia es que trae, naturalmente, consigo una política de desconfianza respecto de los sucesores al trono. El Sultán no se fía de sus hijos y mucho menos de sus hermanos. Mahometo III hizo matar los diez y nueve que tenía y arrojar al mar á diez mujeres de éstos, las cuales se hallaban en cinta. La ley llama á la sucesión al hermano mayor con preferencia á los hijos menores; pero esto no hace más que aumentar los temores del desdichado Monarca; y la historia de la Casa Otomana ofrece ella sola más tragedias domésticas de ese género que todas las de Europa reunidas.

En fin, otra triste consecuencia de la poligamia es el carácter despótico del gobierno turco. Donde el hombre desempeña en su casa el papel de tirano, preciso es que sufra á su vez un yugo muy duro. La degradación á que está reducida la mujer produce siempre, como justo castigo, la degradación del marido. De manera que la primera cosa que deberán hacer los turcos para obtener un gobierno más liberal, será serlo ellos mismos con sus mujeres, cesando de tratarlas como meros objetos de placer y de lujo.

¿Sucederá esto algún día? Tan difícil me lo parece como que se conviertan al cristianismo. Con todo, no sería imposible que por lo menos se modificase de un modo sensible, porque puede mucho el ejemplo de otros pueblos, puede mucho la cultura. Ya el Japón y la China publican en el *Almanaque de Gotha* el nombre de la esposa de su Monarca, para indicar que han renunciado á la poligamia; y el mismo Jetife de Egipto, á pesar de ser musulmán, se atreve también á hacer lo mismo. ¿Por qué no ha de llegar el día en que turcos y persas le sigan en ese buen camino?

Y de todos modos, lo que es todavía muy difícil para el Sultán, lo es mucho menos para los Bajás y los demás particulares. El ejemplo que dan ya algunos más ilustrados, no podrá menos de hallar eco entre las personas de su misma clase. La necesidad de tener esposas bien educadas á fin de tener hijos que sean dignos de figurar al lado de los demás europeos, es ya sentida por muchos. No hay allí, en verdad, lo que pudiera propiamente llamarse una aristocracia hereditaria; pero hay sí una oligarquía política y militar, en la cual se perpetúan de padres á hijos los cargos del Estado y de la milicia Su origen es democrático, y el Sultán conserva siempre, como Soberano despótico, el derecho de hacer General ó Ministro al esclavo que le limpia las pipas; mas el uso de ese derecho es cada día más raro, siendo, por el contrario, bastante común, que el hijo alcance la misma posición que el padre, y que muchos beys y bajás puedan ya contar entre sus abuelos Generales y Embajadores. Y siguiendo la tendencia natural de todas las oligarquías, propenden ya á perfeccionarse, perfeccionando la educación de sus hijos. Los varones asisten á los buenos colegios de Pera y Estambul, y algunos van también á estudiar á París ó Berlín; y en

cuanto á las hembras, es ya muy general que tengan institutrices extranjeras.

Madama D'Ehrenhof, esposa del Ministro de Suecia, era la señora del Cuerpo diplomático que más visitaba á las damas turcas, porque nacida en Tánger, donde su padre era Cónsul de su nación, hablaba con facilidad el árabe y el turco. Pues esta señora me refería que las hijas de Raschid Bajá, por ejemplo, tenían un aya inglesa que les había enseñado su lengua y la francesa y á tocar muy bien el piano. Lo mismo acontecía con otras varias familias turcas conocidas, por manera que el nivel de la ilustración va subiendo allí insensiblemente, á pesar de los obstáculos que le oponen la religión y las viejas costumbres.

En casa de esa misma Madama D'Ehrenhof tuve un día la fortuna de conocer á una princesa egipcia, de nombre Elidé y sobrina del Jetife, la cual permitió que yo le fuese presentado, y me habló en correcto francés. No obstante el velo que la cubría, pude ver que era muy agraciada, y su conversación me probó que conocía perfectamente la literatura francesa contemporánea y las principales novelas inglesas. Pero lo que más me llamó la atención fué que confesaba ingenuamente que su mayor deseo, y también el de todas sus amigas de Egipto y Turquía, era imitar á las señoras de Europa. Añadióme que esa emulación va siendo, asimismo, general, hasta entre las mujeres de la clase que pudiéramos llamar burguesía, y si no les es dado igualarlas en todo, hacen lo posible por copiar al menos su tocado y sus trajes, en cuanto se los permite el uso nacional del *yasmak* y el *ferrayé*. Ahora bien: siendo esto así, natural es esperar que los turcos más principales vayan dando poco á poco el ejemplo de una disminución de la poligamia, por la sencilla razón de que á ellos mismos les

ha de repugnar, á medida que sean más ilustrados, y porque siéndolo también las damas turcas, no querrán ya sufrir que se les den otras compañeras y se las trate como esclavas. Y cesando la multitud de las mujeres, cesaría igualmente el uso de ponerles guardianes; porque el progreso de las luces trae naturalmente consigo tales reformas. En España mismo se ha visto que, gracias á la mayor cultura, han desaparecido de nuestras costumbres el escudero y la dueña, que eran, en su género, casi tan odiosos y ridículos como los eunucos de Turquía.

CAPÍTULO XCIV

Constantinopla, de 1875 á 1878.

Los representantes extranjeros en Turquía.—Antes solían ser encerrados en las Siete Torres.—Ahora viven como Príncipes.—Sus palacios en Pera y en el Bósforo.—Sus banquetes y fiestas.—Dragomanes, Cavases y Protegidos.—El General Ignatief gran enemigo de los turcos.—Facilidad con que los calumniaba.—Sir Enrique Elliot, no menos enemigo de los rusos.—Los representantes de Austria, Alemania, Italia, Grecia y Francia seguían el ejemplo de Ignatief.—Los demás opinábamos como Elliot.—Razón de esta diferencia.—No podíamos aprobar que las Grandes Potencias tratasen con tanta insolencia á la Turquía. Instrucciones que yo recibía.—Personal de mi Legación.—Los frailes españoles.—Recuerdo del Padre Enrique.

El Cuerpo diplomático extranjero residente en Turquía es uno de los más numerosos que he conocido, y sus miembros gozan allí de un prestigio y de unas ventajas que no tienen sus iguales en ningún otro país. Antiguamente no era así, puesto que se hallaban sujetos á las más desagradables alternativas, reinando en aquel Imperio la bárbara costumbre de que, cuando se declaraba la guerra á cualquiera otra Nación, eran los representantes de ésta encerrados en un castillo, que existía ya en tiempo de los Emperadores griegos, y era llamado entonces Pentapirgos ó de las Cinco Torres, y tomó después el nombre de las Siete Torres, porque los turcos le reedificaron y le añadieron dos. En varios de sus aposentos se pueden todavía leer, escritos en la pared, los nombres de multitud de personajes, que pasaron largas temporadas en ellos. El último di-

plomático allí encerrado, fué cierto Mr. Ruffin, Encargado de Negocios de Francia al estallar la guerra del año 1798, que dió lugar á la ocupación del Egipto por Bonaparte.

Hubo también en aquella fortaleza otros prisioneros de mayor importancia, entre los cuales fué notable aquel Príncipe Constantino Bassaraba de Brancovan, estrangulado al fin por orden del Sultán en 1714, porque engañaba sucesivamente á turcos y austriacos, y aspiraba á emancipar y constituir en provecho suyo el Principado de Valaquia.

Pero estas y otras semejantes tragedias no han vuelto á repetirse, al menos en aquel sitio, y el castillo de que se trata está hoy vacío y es visitado por mera curiosidad, como la Torre de Londres y el no menos famoso de Elsenor.

Ni temen ya cosa alguna los representantes extranjeros, los cuales, como digo, tienen allí ahora una posición por todos conceptos privilegiada y agradable, pudiendo decirse que los Embajadores, principalmente, viven como verdaderos Príncipes. Desde luego, poseen todos en Pera y también á orillas del Bósforo, casas que merecen el nombre de palacios. No todas son modernas ni bellas; pero casi todas son espaciosas y tienen la ventaja de hallarse situadas de manera que disfrutan de un panorama delicioso. Las de Francia, Rusia, Austria, Holanda y Suecia, son las que poseen mejores vistas; las de Inglaterra y Alemania han sido reedificadas en este siglo y son las de mejor aspecto arquitectónico.

Como los Embajadores están muy bien retribuídos, reciben á menudo y dan muchos banquetes y fiestas. Sus bailes son para la sociedad de Pera como otros tantos recibimientos de Corte, y en ellos se ve la flor y nata de las

damas del país y de las europeas que en él residen. Y como hoy día las modas son cosmopolitas, el que asiste á ellos puede creer que no se halla en Turquía, sino en París ó Viena. La presencia de los bajás, beys y efendis *(caballeros)* con sus levitas largas y el fez colorado, es lo único que los diferencia de las fiestas de otras naciones.

Generalmente, el personal de las Embajadas y Legaciones es numeroso, pues á los Secretarios y agregados se unen allí los intérpretes ó dragomanes, quienes son siempre necesarios, á causa de la dificultad de la lengua. El nombre de dragomán es árabe y su uso es común en todo el Oriente. En lo antiguo tenían una posición todavía más importante que ahora, en razón de que casi ningún turco hablaba ni entendía las lenguas europeas, y de esto nacía que los intérpretes fuesen en realidad los verdaderos negociadores. Por lo cual, no había nación que no empleara para esos puestos personas de cierto mérito, y sobre todo, muy prácticas en los asuntos de Oriente.

Nada se podía hacer sin ellos, y ha quedado fama de algunos que fueron por mucho tiempo los verdaderos Embajadores y Ministros. Hoy día no son tan indispensables en las negociaciones diplomáticas, porque los nuevos bajás hablan ya bien el francés, y lo mismo sucede con los altos empleados de los Ministerios. Son, sin embargo, necesarios todavía para tratar los negocios corrientes en las oficinas públicas, y para ayudar á los súbditos y protegidos, que son reos ó actores en los tribunales mixtos. Y también se llevan aun á ciertas audiencias y ceremonias, á fin de dar más autoridad y brillo á los jefes de las misiones.

Como los cargos que desempeñan los intérpretes les dan muchas ocasiones de proteger los intereses de su país

y de sus nacionales á expensas de los turcos, suelen éstos quererlos mal y considerarlos poco más ó menos como nosotros consideramos á los Abogados y Procuradores embrollones. Y como prueba de ello, contaré una curiosa superstición á que ha dado lugar esa aversión del público. Hay comúnmente en el Bósforo una multitud de pájaros de la familia de las gaviotas, los cuales tienen la particularidad de vivir en continuo movimiento, y ora barren el agua con sus alas, ora siguen la orilla, ora se arremolinan ó suben á los árboles, dando gritos agudos. Pues bien: el vulgo de Constantinopla pretende que esos pájaros son las almas de los difuntos dragomanes, que andan así errando por el Bósforo en pena de sus fechorías.

Otro privilegio de los jefes de misión y también de los Cónsules, son los soldados llamados cavases, que les sirven de guardia personal. En general, son antiguos gendarmes y gente muy escogida, de cuya honradez he dado ya testimonio en otro capítulo. Su utilidad es siempre grande, pues á pesar de que la policía ha mejorado mucho en Turquía, no reina allí aun tanta seguridad en las calles, para que las señoras principalmente, puedan circular por todas partes sin la compañía de uno de esos fieles servidores. Ninguna esposa de diplomático ó Cónsul va á las tiendas ó al paseo sin llevar delante su cavás, armado de sable, pistolas y un bastón con el cual aparta los importunos y los perros. A la puerta de las oficinas diplomáticas y consulares, sirven también para que sean éstas más respetadas por el público, y por fin, es uso común que vayan delante de los representantes extranjeros, siempre que éstos hacen sus visitas.

Al principio me fastidiaba mucho esta costumbre, pero poco á poco me hice á ella, tanto más cuanto que mi mis-

mo cavás me suplicó que no dejase de llevarle siempre conmigo, especialmente de noche, porqué se aburría solo en la Legación y deseaba tener él también oportunidad de conversar con otros compañeros suyos en las casas á donde yo iba.

Por último, dan cierto prestigio á los Embajadores y Ministros el número considerable de sus protegidos, entre quienes suele haber algunos muy distinguidos por su posición y riquezas. Es este un hecho muy antiguo, sobre todo respecto de la Francia, que desde el siglo XVI ha tenido buenas relaciones y aun alianzas con el Turco, al punto de que Francisco I la ajustó muy estrecha á fin de contrarrestar el poder marítimo de Carlos V. Obtuvo también entonces ese país lo que se llaman Capitulaciones, ó sea un convenio en virtud del cual gozan allí sus súbditos ciertos privilegios, especialmente en materias comerciales, y se reconoce á sus Ministros y Cónsules el derecho de amparar, no sólo á sus propios nacionales, sino también á muchos otros cristianos que allí residen y que se acogen á la protección de la Francia. Decaído después el poder de la Turquía y obligada ésta á moderar su política belicosa, fué ajustando paces con las demás naciones de Europa y concediendo á cada una de ellas las mismas capitulaciones que había concedido á la Francia.

Pero como las cosas más útiles están expuestas al abuso, sucedió que el número de protegidos fué cada día en aumento, con notable menoscabo de los derechos y del decoro mismo de la Turquía, la cual se cansó al cabo de sufrirlo, y con una ley titulada del mes Cheval, dada en la mitad del pasado siglo, decidió que de allí en adelante ningún Gobierno extranjero pudiese ya aumentar el número de sus protegidos. Y si he de juzgar por mi propia experien-

cia, debo decir que la Turquía tuvo cien veces razón y nos hizo también un favor, porque á vuelta de algunos, que como ya he dicho, son muy bien vistos, los demás no son siempre dignos del privilegio que se les otorga, y más de una vez se ven los representantes extranjeros obligados á apoyarlos en reclamaciones y pleitos que son descabellados é injustos. Los embarazos que ocasionan no están compensados por las ventajas.

El Embajador que en aquella época tenía una posición más importante á los ojos de turcos y cristianos, era el famoso general Ignatief, representante de la Rusia. Joven todavía, de agradable presencia, aunque de tipo muy eslavo, inteligente, activo, amable y casi campechano, llano y generoso, era una de las personas más simpáticas posibles. Conocerle y cobrarle afecto y buscar su compañía era todo uno. Por mi parte desde el primer día que le vi me sentí muy atraído hacia él, y continué siendo siempre su amigo, á pesar de tener opiniones diferentes y de descubrir en su carácter varios defectos muy notables.

Porque en primer lugar su franqueza era sólo aparente y le servía para ocultar mejor sus verdaderas intenciones. Exageraba con la mayor facilidad del mundo, cuando así convenía á su propósito, y no tenía en esto más límites que la credulidad de la persona con quien discurría. Más de una vez observé que, habiéndome sostenido alguna especie demasiado gorda y leyendo en mi semblante que yo no le creía, soltó él mismo involuntariamente la risa y cambió luego de asunto. Inventar historias de todas clases para desacreditar á los turcos, era para él la cosa más sencilla del mundo; por lo cual le aborrecían mortalmente.

En realidad había en Ignatief como dos personas. La una era el Embajador del Zar, el representante de la polí-

tica secular de su país, que le impele á minar ocultamente el Imperio otomano á fin de preparar poco á poco su ruina. La otra era el representante del panslavismo, de esa secta medio pública, medio secreta, que quiere hacer eso mismo sin tardanza, comenzando por emancipar á todos los pueblos cristianos que se hallan desde el siglo XVI bajo el yugo de la Turquía. A la manera que Cavour y sus colaboradores secundaban sin el menor escrúpulo los manejos de los mazzinistas, así secundaba Ignatief los planes de los panslavistas. Y el servidor de un Soberano despótico venía á adoptar en muchas ocasiones la conducta de un conspirador de oficio.

Para que su influencia fuese aun más eficaz habíale dado el destino una mujer tan bella y honesta como astuta, la cual le ayudaba y completaba maravillosamente. Mientras que él dominaba á los unos con su talento, subyugaba ella á los otros con su gracia. En tiempo de la Conferencia el Conde de Zichy, Embajador de Austria, el italiano Corti y el francés Chaudordy estaban á sus pies, cautivados por su belleza. Lord Salisbury no se le rindió tanto; pero su mujer Lady Salisbury no pudo resistir á los hechizos de aquella sirena y creía cual artículos de fe todos los horrores que Madama Ignatief le contaba de los turcos. Había entonces en Pera una compañía de operetas francesas, á las cuales concurría todo lo mejor de la ciudad, y Madama Ignatief iba siempre á su palco lindamente adornada con el bonetillo y chaquetillo bordados que llevan las mujeres griegas, á fin de captarse el favor de los espectadores de aquella nación. No dejaba escapar oportunidad ninguna de hacer ver á los malcontentos que la Rusia estaba con ellos.

Los secretarios de Ignatief eran también muy hábiles.

Nelidoff, que después ha llegado él mismo á ser Embajador, parecía más moderado que su jefe, pero en el fondo era lo mismo, y Onoú, el primer dragomán, pasaba por inteligente y travieso.

Rival declarado de Ignatief era Sir Enrique Elliot, Embajador de Inglaterra, y es imposible hallar dos hombres que menos se pareciesen y que tuviesen opiniones y actitudes más opuestas. Elliot detestaba á los rusos, creyendo que no tenían más objeto que apoderarse ya de Constantinopla, y amaba y alababa á los turcos, porque tenía interés en que no perdiesen aquella ciudad y quería conservarles su prestigio. A fuerza de conformar su opinión á sus deseos, tenía fe en ellos, cerraba los ojos para no ver sus defectos, no daba crédito á la relación de sus crueldades y estaba persuadido de que eran tan capaces de progreso como cualquier otro pueblo europeo. Esta pasión suya por los turcos llegaba casi al ridículo. Recuerdo que una vez me quejaba yo delante de él del estrépito que hacían de noche los perros en las calles de Pera, y me aseguró con la mayor formalidad que por su parte no los oía y que con el tiempo me acostumbraría yo también á sus ladridos.

Por lo demás, era Sir Enrique un caballero amable, inteligente, honrado y todo lo contrario de Ignatief en su modo de hablar y proceder. Su esposa, Lady Elliot, tenía mucha distinción y hacía olvidar sus años con la amenidad de su trato; y su hija, la sentimental Lady Gertrudis, no carecía de atractivos. Su casa era una de las más agradables de Pera en aquella época.

Eran Ignatief y Elliot como dos adalides enemigos ó como dos jefes de partido, en torno á los cuales se agrupaban los demás miembros del Cuerpo diplomático; mas con esta diferencia: que los más importantes seguían al

primero y los menos al segundo. El Conde de Zichy, Embajador de Austria, veía por los ojos de Ignatief y hablaba por sus labios. Era entonces interés de su Gobierno el secundar las intenciones de la Rusia, porque el Austria tiene en sus fronteras unas provincias eslavas, las cuales anhelaban favorecer á las poblaciones de su misma raza de la Bosnia y Herzegovina. El General Rodich, que mandaba en Croacia, era connivente con los rebeldes, y el Gabinete de Viena, lejos de desaprobar su conducta, mostraba, como siempre, una tendencia natural á acercarse insensiblemente al Oriente.

Pero el Conde de Zichy se hallaba tan fascinado por la habilidad de su colega, que sin necesidad de esos motivos hubiera sido uno de sus principales fautores. Desde por la mañana muy temprano corría desalado á la Embajada rusa, y encerrado con Ignatief, leían juntos los despachos, examinaban los planos y comentaban los sucesos en el sentido que convenía á la Rusia. No era Zichy hombre de una grande inteligencia, y esto hacía que fuese con más facilidad presa de su astuto amigo. Era simplemente un magnate húngaro, rico y desocupado, á quien la ambición había llevado en edad ya madura á la carrera diplomática, en la cual brillaba por su lujosa hospitalidad y por la cortesanía de su trato. Era lástima solamente que su talla fuese tan pequeña. Cuando se vestía con la capita corta del traje magiar, recordaba involuntariamente un limpia plumas. Daba festines y bailes y tenía una gran posición como representante de un Imperio limítrofe, el cual ha vencido tantas veces á la Turquía y es quien más la ha despojado después de la Rusia.

Tiene Austria bajo su amparo un gran número de húngaros, croatas y dálmatas allí establecidos, y protege tam-

bién varias iglesias, que no son de Tierra Santa y que ha hecho edificar en época moderna, por cuyo motivo no están, como las nuestras, bajo el patronato de la Francia. Santa María, en el barrio de Pera, es bastante bonita, y estando servida por frailes italianos, hace la ilusión de una iglesia de Nápoles ó Florencia.

El Barón de Werther, Embajador de Alemania, era un Diplomático de carrera, conocido por haberse hallado en París cuando estalló la guerra del año 70. Serio y reservado, costaba trabajo saber á punto fijo lo que pensaba; mas no hay duda ninguna de que tenía también instrucciones para apoyar á Ignatief y que lo hacía de la mejor gana del mundo. Su noble consorte era no menos flaca y espetada que él, por manera que ambos no parecían de carne y hueso, sino figuras de madera.

El Conde Corti, Ministro entonces de Italia y después Embajador, era un piamontés de bastante talento. Ya he tenido ocasión de hablar de él en un capítulo sobre Londres. Era feo y tenía la nariz achatada, como Miguel Angel, por haberse caído cuando niño por una escalera; mas esto no le impedía hacer la corte á las señoras y esperar ser correspondido por ellas. Veíanse en su salón los retratos de las damas más hermosas que había conocido en sus viajes, y las prefería á todas las producciones del arte. No le faltaba sagacidad, y como prueba de ello diré que había sido Ministro en Madrid durante el efímero reinado de Amadeo, y aunque interesado, á fuer de italiano, en aquella empresa de un Príncipe de su país, comprendió desde luego que no lograría sostenerse y así se lo manifestó con franqueza á su Gobierno. En Constantinopla seguía las huellas de Ignatief, porque la Italia no podía menos de aprobar en las poblaciones cristianas sometidas á la Tur-

quía el espíritu de independencia, que había sido y seguía siendo la bandera tremolada por el Piamonte.

El Caballero Conduriotis, Ministro de Grecia, se contaba también, como era natural, entre los discípulos del Embajador moscovita. Los intereses de su país estaban, por necesidad, enlazados con los de Rusia y con los de los pueblos eslavos de Turquía, y aunque la Grecia sentía algunos celos del favor que se dispensaba á los búlgaros y servios, todo cedía entonces al objeto principal de la política de todos aquellos pueblos cristianos, que era derribar ó por lo menos desmembrar á la Turquía.

Los Embajadores franceses que se sucedieron allí entonces con bastante rapidez, Vogüé, culto y elegante; Bourgoing, sincero y católico, y Chaudordy, hombre de mundo, mostraron al principio alguna incertidumbre, luchando entre las tradiciones que había dejado á Francia la guerra de Crimea y el proyecto que ya se hacía notar en su política extranjera de buscar un apoyo en la Rusia contra el aislamiento á que la había reducido la guerra del año 70. Mas al cabo pudo ver la Turquía con toda claridad que se colocaban decididamente al lado de sus enemigos. El Conde de Moüy, encargado interino de Negocios, fué el solo que se mostró algo más imparcial.

Fuera de esta masa compacta de Diplomáticos importantes, más ó menos contrarios á la Turquía, quedaban sólo los Ministros Plenipotenciarios de las Potencias de segundo orden. El de Persia, Mohsin Khan, que después fué hecho Embajador, era muy agradable. ¿Cómo es posible ser persa? decía Madama de Sevigné la primera vez que vió en Versalles un Embajador de esa nación. Pues Mohsin no sólo era persa, sino tan festivo y agudo como cualquier francés, y con buenas ocurrencias que hacían

poca gracia á Ignatief, pero mucha á los turcos. Su país, cuya suerte, después de las victorias de Paskevich, es bastante parecida á la de Turquía, tiene mucho interés en que ésta no pierda su posición en Constantinopla; por cuyo motivo el astuto Mohsin veía con gusto la actitud de Elliot.

Heldevier, Ministro de Holanda, á quien yo había conocido ya en Londres y Florencia, el de Suecia, Ehrenhof, el americano Meynarg, el belga Grimberghe y mi humilde persona, sin seguir precisamente las huellas de Elliot, nos inclinábamos también á sus ideas. Dijo algún Embajador á propósito de esto, que lo hacíamos por despecho de no asistir á las Conferencias y desempeñar un papel secundario; mas eran otras las causas. Que la Turquía gobernaba mal á sus súbditos cristianos y que era deseable que éstos adquiriesen por lo menos una cierta autonomía, son cosas que no podía negar ninguna persona liberal é ilustrada. Podía ser también un deseo natural de todo pecho cristiano que Constantinopla cesase un día de hallarse ocupada por los turcos, y que la cruz volviese á ser adorada bajo las bóvedas de Santa Sofía; mas esto no bastaba para que viésemos con aprobación y ni aun con indiferencia la manera con que tantas grandes Potencias, y principalmente la Rusia, trataban á la Turquía, mezclándose en sus asuntos interiores, alentando á sus súbditos rebeldes y exigiéndole con amenazas que les hiciesen concesiones tan exorbitantes, que equivalían á una negación de su soberanía. Y esta era la verdadera razón de que sintiésemos más simpatías por las opiniones de Elliot que por las de Ignatief. Por lo mismo que éramos representantes de naciones pequeñas ó débiles, teníamos interés en que no fuese aceptado como cosa natural y corriente un abuso de la fuerza,

del cual alguna de ellas, la España, por ejemplo, ha sido al fin ella misma víctima, viéndose á su vez insultada, combatida y despojada por los Estados Unidos.

Por lo demás, estas simpatías en favor de los turcos no tuvieron nunca ocasión de manifestarse oficialmente, manteniendo todos la actitud más reservada en conformidad á las instrucciones de nuestros respectivos Gobiernos. Las que yo recibía del mío no podían ser más explícitas sobre este punto. Cánovas era decidido partidario de la neutralidad de España y exageraba casi el temor de que nos comprometiésemos en favor del uno ó del otro de los contendientes. Consecuencia todo de nuestra debilidad interior y del apocamiento á que nos ha reducido. Limitábame, pues, á observar los sucesos é informar de ellos al Gobierno.

El personal de mi Legación era muy distinguido. Los primeros Secretarios Ruata y Gil de Ulibarri, instruídos é inteligentes, estaban destinados á hacer lucidas carreras, y los dragomanes Marinich y Timoni, eran honrados y hábiles. Ya he referido cómo era el viejo palacio, á donde al fin tuve que alojarme, reparándolo á mi costa. Añadiré que teníamos también una iglesia española, la cual, aunque vieja, se hallaba en buen estado. Por desgracia, pertenecía á los frailes franciscanos de Tierra Santa, que de antiguo se encuentran bajo el protectorado de la Francia, por ser esta nación quien los defendía cuando las demás no tenían casi relaciones con la Turquía, ni fuerza para hacer respetar á sus súbditos. Sin embargo, este patronato extranjero no excluía que los buenos frailes se considerasen dependientes de la Legación de España y recurriesen á ella de continuo.

Por de contado eran carlistas, como la generalidad de nuestros religiosos, y de ello dieron buena muestra cuando

llegó el Pretendiente á Constantinopla de regreso del campo ruso. Por cierto que ocurrió entonces una escena muy cómica, de que tuve luego noticia. Fueron á ver á Don Carlos, quien los recibió con la mayor benevolencia, y animado por ella uno de los frailes, se levantó y le pidió la promesa de que apenas fuese Rey les devolvería cierto convento de su Orden, situado en la provincia de Murcia y ocupado ahora por el Gobierno liberal; y Don Carlos le respondió con mucha prosopopeya: «Concedido». Saltó luego otro fraile y le pidió otro convento, y Don Carlos le contestó: «Cuente usted con ello». Y de esta manera fueron solicitando ellos otras cosas y otorgándolas él con rostro benigno. De lo cual no hice más que reirme, pues hubiera sido tan sandio como los mismos frailes y su supuesto Monarca, si me hubiese dado por ofendido.

Mis relaciones con ellos fueron siempre muy cordiales, especialmente con el prior, llamado el Padre Enrique, que era un santo varón, pío, prudente, sobrio, casto y humilde. Mostrábame mucho afecto y á veces demasiado, obligándome á comer de cuándo en cuándo en el convento y á tragar los bodrios del lego cocinero. Y lo peor del caso era que, concluída la comida, le hacía venir á nuestra presencia con objeto de alabarle, y bastaba su vista para alterar el estómago más robusto, por lo repulsivo de su aspecto.

CAPÍTULO XCV

Constantinopla, de 1875 á 1878

La Sociedad de Constantinopla.—La oligarquía turca.—Sus banquetes y reuniones.—Dónde se ve á las señoras turcas.—Los baños públicos.—El paseo de las Aguas dulces.—Supuestas intrigas amorosas entre cristianos y turcas.—Poca afición de los turcos à divertirse.—El pulchinela Karagós.—Lengua y literatura turcas.—Grupo que forman con la árabe y persa.—*Las Mil y una noches*.—El poema de Ferdusi.—*El Gulistán* de Saadi.—La Sociedad griega y armenia.—La bella Madama Alá Verdi —Señoras levantinas.—La piadosa Madama Sneider.—Teatros de Pera.—Comedias griegas.—El Casino.—El veraneo en el Bósforo.—Terapia y Buyukderé.—El árbol de Godofredo.

Digamos en este capítulo alguna cosa de la Sociedad de Constantinopla. Hará sonreir á muchos la idea de que exista allí una, como en las demás capitales europeas; mas con todo, es así. En primer lugar hay los banquetes, bailes y saraos del Cuerpo diplomático, de que he hablado antes. Vienen después las comidas de los bajás y funcionarios turcos. Siguen las recepciones de las familias griegas y armenias y también levantinas y francesas; y, por último, hay algunos teatros de poca importancia, á la verdad, pero donde se reune toda la gente ociosa y amiga de divertirse. Conocemos ya el Cuerpo diplomático. Veamos ahora cómo era la oligarquía turca.

Lo más particular de sus reuniones es que se componen exclusivamente de hombres. Ningún bajá, por ilustrado que sea, deja que los extranjeros vean á su mujer ó mujeres. Esto es sólo permitido á las señoras del Cuerpo diplo-

mático, de cuyas visitas hablaré después. Antes diré de qué modo reciben los hombres. Como ya lo he indicado, suelen ocupar buenas habitaciones, llamadas *conak* en Estambul y *yali*, ó casa de campo, en el Bósforo, donde por lo general no residen en la orilla europea, sino en la asiática, no sólo por evitar á los *giaurs* ó infieles, sino también porque tienen la idea de que se halla más resguardada del viento Sud, y es, por lo tanto, menos húmeda.

He ponderado antes cuán aficionados son al esplendor; pero lo que más les agrada, no son los objetos de arte, sino cortinas, tapices, divanes, espejos y arañas de cristal, provistas de guardabrisas. Tienen algunos turcos buenas bibliotecas, mas forman una excepción. Sus comedores son amplios y sus festines abundantes. El oriental gusta de la buena mesa y en todos sus cuentos entran por mucho los banquetes de gran lujo. La servidumbre es numerosa y bien vestida. Los platos, poco más ó menos, como en Europa.

Sabido es que de todo hay en Oriente y que de allí se ha traído todo á Europa, que fué un día la más atrasada de las tres partes de la tierra conocida. «El Asia es la cuna del mundo». De allí le ha venido todo á la Europa, empezando por la religión y acabando por las cerezas. Y como la tierra es muy feraz y la humedad y el sol la fertilizan á porfía, todos sus productos son grandes, enormes, exquisitos. La uva, llamada *chauch*, es de dimensiones tales que hace más creíble lo que refiere el *Pentateuco* sobre el racimo que trajeron los israelitas de la Tierra Prometida. Las berengenas, á que, según Cervantes, son muy aficionados los turcos, tienen el tamaño de melones, y los melones de botijos.

Todos los víveres son allí buenos y abundantes. El pes-

cado es tierno y de buen gusto, y hay ciertos peces, llamados *palamites*, que cuestan pocos sueldos y bastan para alimentar una familia. El carnero de los Balkanes es tan perfumado y tierno como el de Inglaterra, y está también, por su precio, al alcance de todo el mundo. Pero el puchero de los turcos es el *pilaf*, ó sea un guisado de arroz muy nutritivo, y que si se mezcla, por ejemplo, con codornices, puede figurar en las mesas de los ricos.

Con tan buenos elementos, dicho se está que esas mesas son tan buenas como las europeas. Edhem, Safvet, Raschid, Reuf y otros bajás, daban excelentes convites. La sola cosa que puede criticárseles es que sus cocineros abusan de la grasa de carnero, cuyo sabor no es de los más gratos al paladar europeo. Hacen mucho uso del tomate y también de otra legumbre muy agradable de la misma familia, que no ha venido aún por Europa, á la cual llaman los orientales bamia, y los europeos clavo griego.

En materia de dulces y turrones tienen casi los mismos que nosotros, con la añadidura de las flores en confite, especialmente rosas y violetas. El *rajat lakun*, ó «reposo de la garganta», hecho con almidón y miel, es, asimismo, notable por su suavidad y frescura.

Mahoma prohibe el vino á sus adeptos, al igual de los juegos de azar y la idolatría, y, en general, todos ellos se abstienen de beberlo. Recuerdo que cuando me hallaba en Londres vinieron allí 800 marineros turcos con objeto de tripular dos fragatas de guerra en el Támesis para la marina de aquel Imperio, y todos se admiraron mucho de que durante los tres meses que allí estuvieron no hubo entre ellos ni uno solo que probara el vino. Hay, con todo, excepciones á esta regla. La gente rica inventa sus distingos y sus sofismas para excusar su desobediencia. Dicen, por

ejemplo, que el *Alcorán* habla sólo del vino y no dice nada del Champaña ni de la cerveza, ni tampoco del aguardiente, que llaman *rakí*, y que algunos turcos beben con tanto placer como los cristianos de Pera.

He referido ya que las señoras del Cuerpo diplomático suelen visitar á las damas turcas. Según ellas me lo contaban, todo es en sus habitaciones, parecido á la de los hombres. Muchas sedas, alfombras, cristales y bronces. A cualquier hora del día hacen servir café y dulces de flores, y las más pudientes tienen esclavas lindas y bien adornadas que saben cantar con primor, acompañándose con una especie de vihuela. Pero lo que más lisonjea el amor propio de las damas turcas es enseñarle á las europeas sus ricas y hermosas alhajas, de las cuales hay cantidades fabulosas en los harenes de Estambul.

Ocurre preguntar de qué manera viviendo tan separados los dos sexos, logran los turcos conocer á sus mujeres antes de casarse ó tener amores con ellas. A esto se responde que no obstante las precauciones de padres y maridos y también de los severos eunucos, tienen varias ocasiones de verse. Desde luego todos los viernes van las mujeres á las mezquitas ó asisten á la procesión del Sultán, llamada Selamlik. Por toda la carrera que recorre se ven mujeres que coronan las alturas y llenan el campo, luciendo sus ferrayés de diversos colores. Es verdad que llevan un velo; pero es á veces tan sutil, que deja notar bien las facciones, sobre todo, los ojos. «Comedia, comedia», decía á propósito de esto el viejo Kiamil Bey, Introductor de Embajadores.

Los baños públicos *(haman)* ofrecen también una buena ocasión de verlas, pues aunque tienen sus departamentos separados, es fácil que se encuentren á la entrada ó á

la salida. El baño caliente es tan antiguo como el mundo. Los españoles le hallaron muy usado en México, y Homero nos cuenta que el valiente Diomedes, después de haberse bañado en el río Escamandro, corrió á su tienda para bañarse otra vez en agua caliente. Pasó este uso de Oriente á Roma, donde llegó á su apogeo en las famosas termas, y de los griegos y romanos lo han tomado otra vez los orientales. Con todo, el que ahora tienen los turcos es, en realidad, un baño de vapor más bien que de agua caliente.

Y son tan aficionados á él que lo consideran casi una institución religiosa, fundándose en que Mahoma manda la purificación frecuente por medio de abluciones, y siendo tal en esto su rigor, que les ordena frotarse, por lo menos, las manos con arena, antes de comenzar la oración, si van de viaje ó no encuentran agua. Los musulmanes tienen, pues, por indispensable el baño, y no sé en qué libro he leído que una de las cosas que más sintieron los moriscos de España fué que les prohibiesen esa costumbre, porque á los cristianos les parecía supersticiosa.

Otro lugar donde se ven muchas mujeres turcas, sobre todo del *high life* de Estambul, son las llamadas Aguas dulces. Hay dos paseos de ese nombre: uno en Europa y otro en Asia. El segundo, más propio del verano, es poco frecuentado por los europeos. Al primero van mucho. Situado en un valle muy ameno, regado por un cristalino río, que los griegos llamaban Barbizés, tiene alamedas de cipreces, sicomoros, fresnos y olmos muy frondosos; y en su centro edificó el Sultán Achmed, en el siglo XVIII, un Sitio de recreo con jardines plantados de hermosas flores y poblados de pavos reales y otras aves de bellos colores. Acuden allí las señoras turcas en coches á la europea, y es fácil verlas al pasar y notar la hermosura de algunas, si

bien disgusta en todas la pintura con que se agrandan los ojos y añaden carmín á los labios.

Óyese hablar algunas veces de aventuras amorosas entre los europeos y las turcas; mas las tengo por cosas fantásticas. La empresa tiene demasiados riesgos, y no es fácil que nadie se enamore de ellas al punto de exponer la vida. No niego, sin embargo, que haya de esto algunos casos; pero suelen ser seguidos de serias desventuras. En mi tiempo se contó de un caballero inglés, que habiendo querido hablar con una señora turca, recibió un sablazo del eunuco que estaba á caballo detrás del coche. Díjose también que un joven griego muy gallardo había sido sorprendido en un harén y arrojado al Bósforo por orden de un celoso marido.

Por lo demás, fuera de los baños y los paseos, puede decirse que los turcos no tienen diversiones de ninguna especie. Odian el movimiento y les fatiga por pequeño que sea. No bailan, ni corren, ni juegan á juego ninguno un poco violento. La humanidad hacia los animales, que les inculca su religión, no les permite tampoco hacer uso de ellos para divertirse. Su literatura, rica de historiadores y poetas, carece por completo de teatro, por la sencilla razón de que no puede haberlo donde la mujer vive encerrada y esclava. Existirán entre ellos algunas intrigas amorosas; mas á ningún turco le agradaría que fuesen representadas en público.

Ultimamente han dado en Pera algunas operetas turcas, imitadas de las europeas; pero ni los autores ni los actores eran turcos, sino armenios cristianos, que poseen muy bien aquella lengua; y yo creo que pasarán, quizá, dos siglos antes de que las mujeres turcas asistan á ningún teatro, y todavía más tiempo antes de que una verdadera musulmana pise las tablas como comedianta.

El único pasatiempo del género cómico que conocen, no las mujeres, sino los hombres, es el de una especie de sombras chinescas, cuyo personaje principal es un títere grotesco, llamado, tanto en turco como en árabe, *Karagós* ó el Negro Gós, de cuyo nombre procede una interjección española, que nos han dejado los árabes como señal de la cadena. Es un pariente del Pulchinela europeo, aunque con la enorme diferencia de que se entrega á la vista del público á las acciones más deshonestas. Y por efecto, sin duda, del contraste, aquel pueblo tan serio se divierte mucho con esa sucia farsa; y nada prueba más el gusto grosero y el atraso moral de las clases bajas musulmanas como la circunstancia de que suelen llevar los niños á ese obsceno espectáculo.

Aman bastante la música, á pesar de que la que poseen es muy imperfecta y no podrá mejorar mucho hasta que no sea generalmente adoptada la gama de Europa. La suya, así como la persa y la árabe, tiene la singularidad de que en vez de tonos y medios tonos, usa tercios de tonos, lo cual la hace insufrible para un oído europeo. Exista ó no una gama modelo, que se halle conforme con las leyes de la Naturaleza, el hecho es que la de los musulmanes no corresponde á nuestro modo de sentir. Y la prueba de que la nuestra es más perfecta, es la tendencia que ya entre ellos se advierte á preferir nuestras melodías á las suyas. Ni en los conciertos que da el Sultán en su Palacio ni en la música que tocan al piano las señoritas turcas educadas por ayas europeas, se conserva ya el menor rastro de esa antigua gama, y probablemente con el tiempo será la europea la más general, con notable ventaja de ese arte divino.

La lengua turca tiene, como el árabe, muchos sonidos

guturales; mas no carece en ocasiones de cierta dulzura. Pronuncian la *u* como los franceses, y es agradable oirles decir, por ejemplo, *güzel hanum*, que significa mujer hermosa, y *gül*, rosa, y *bülbül*, ruiseñor. *Alá*, que es la palabra con que nombran á Dios, es más solemne y sonora que la que usan las lenguas europeas. El filólogo Müller admira mucho la variedad de sus conjugaciones, que superan á la de las demás lenguas ural-altáicas; y cita como ejemplo el verbo amar *(sevmek)*, del cual hacen *sev-isch-mek* ó amarse uno á otro; *sev-isch-dir-mek*, hacerse amarse uno á otro, y otra multitud de modificaciones.

Muchas veces tuve ganas de emprender su estudio; pero me arredró la dificultad del alfabeto, que es una especie de taquigrafía tan complicada, que se necesitan seis meses de buena aplicación para soltarse en la lectura. Reuf Bajá propuso que se adoptase el alfabeto armenio, el cual es más sencillo y contiene sin embargo todos los sonidos del turco; mas encontró para ello grande oposición, singularmente por parte de los ulemas. Un solo diplomático extranjero hablaba en mi tiempo el turco, y era el Vizconde de Grimberghe, Ministro de Bélgica, á quien se lo enseñó una armenia que tomó por querida, la cual lo sabía perfectamente.

La literatura turca no carece tampoco de atractivo. Aunque muy diferente de la nuestra, es, esto no obstante, la que más se acerca á las europeas entre las principales de Asia. Son célebres sus historiadores Naimán y Vasif; el poeta lírico Bakí, amigo y favorito de Solimán; Fazil, autor del *Libro de las mujeres*, en que describe las de treinta y cinco naciones diversas, y la poetisa Hibertulia, hermana de Mahometo II. Pero el estudio de estos autores trae consigo inevitablemente el de los árabes y persas,

por la razón de que, si bien sus idiomas tienen diferentes orígenes, siendo el turco turaniano, el persa aryano y el árabe semita, la convivencia y la similitud de religión las han unido de tal suerte y han tomado tanto los unos de los otros, que forman un grupo de los tres y no es fácil conocer bien uno si no se conocen los demás. Desde luego no hay turco bien educado que no sepa el árabe siquiera lo bastante para poder leer el Alcorán, siendo lícito decir que es para todos los tres pueblos lo que el latín para los europeos.

Lo mismo sucede con las tres literaturas. El cuento es su forma más general y más feliz, y no hay musulmán que no conozca, por ejemplo, la Novela de Antar, aquel poeta árabe que pasó por tantas vicisitudes, y sobre todo *Las mil y una noches*, de autor desconocido, pero encantadoras y obra maestra, no sólo de las letras árabes, sino del ingenio humano. En cuanto á la literatura persa, todos convienen en que hace en aquel grupo literario, un papel parecido al de la italiana en Europa. Su lengua es la más á propósito para la poesía; la más dulce, suave y armoniosa. Hafiz, autor de bellas gacelas y *cassides*, ha sido apellidado el Anacreonte de la Persia, y Ferdusi compuso el poema titulado el *Schah Nameh*, mezcla curiosa de historias y fábulas, cuyo héroe principal, Rustam, es el Cid de los orientales, celebrado á porfía por persas, árabes y turcos.

Pero la gloria de los Persas y de toda la literatura musulmana es el poeta Saadi, autor del *Gulistán ó Jardín de rosas*, que algunos comparan con Horacio, á causa de la sensatez que resplandece en sus obras. Citaré, como muestra, dos pensamientos suyos que me parecen muy bellos. La resignación, dice, es el solo escudo que conviene al débil mortal contra los golpes de la fortuna. Y en otro lugar:

Si tienes la dicha de estrechar contra tu pecho una esposa, con quien vives en unión inalterable, puedes hacer sonar los timbales delante de tu casa tres veces al día, como los Soberanos de Oriente.

Leí algunos de estos libros en traducciones y quedé muy complacido de ellos, aunque confieso que por mi parte no hallo que puedan compararse con los que poseemos en las lenguas europeas. Tienen grandes bellezas y pensamientos tiernos y elevados. La invención de los genios, magos y hadas, que han transmitido á la literatura occidental, recuerda mucho á las antiguas fábulas mitológicas. Pero choca en ellos la licencia de sus pinturas, la extravagancia de las imágenes, el abuso de los conceptos, y la repetición de ciertos temas, como por ejemplo, los amores del ruiseñor y la rosa. A ellos les parecen tímidos nuestros poetas; á nosotros nos parecen los suyos exagerados y sensuales.

Pero volvamos ya á la sociedad de Constantinopla, pues me queda aun por decir cómo era la de los griegos, armenios y levantinos. Zarifi, banquero del Sultán, era el personaje griego de más importancia, y en su casa hallaban muy buena acogida los diplomáticos extranjeros. Sus hijas eran muy agradables. Pero el honor de la colonia helénica era Madama Negroponte, belleza escultural, que no necesitaba de ningún adorno; antes bien, mientras más sencillo era su tocado, más hermosa parecía. La hija del Ministro de Grecia, Conduriotis y Madama Kalergi, mujer de su Secretario, eran muy agraciadas.

La señora más bella de la colonia armenia, era Madama Alá-Verdí. El nombre de esta familia es turco. Significa Dios me lo ha dado, y su origen es el siguiente. Uno de sus antepasados era banquero del famoso Sultán Maha-

mud, el primer reformador de la Turquía, y sucedió que hablando un día familiarmente con él, le preguntó el Sultán cómo había hecho para ganar tanto dinero como era fama que poseía. A lo cual le respondió el armenio: Dios me lo ha dado (Alá-Verdí). Agradóle mucho esta respuesta á Mahamud y le mandó que dejase su antiguo nombre y se llamase así en adelante.

Eran gentes muy ricas y vivían con cierto lujo. El marido poseía las cualidades de todos los de su raza: inteligencia, perseverancia y astucia. Ella era tan bella como graciosa y tan discreta é instruída como bella. Además de las lenguas orientales, poseía las principales europeas y estaba al corriente de nuestras literaturas modernas. Era, en fin, una de esas damas cristianas, incomprensibles para los turcos, que son fieles á un marido y tienen al mismo tiempo muchos amigos respetuosos, á quienes reciben en su casa y con quienes discurren de cuanto interesa en la vida.

Hasta la época de Mahamud II los *rayas* ó súbditos cristianos del Sultán, vivían casi como los musulmanes. Las señoras armenias, sobre todo, andaban cubiertas con un velo y sus costumbres eran muy semejantes á las de las turcas. Pero en aquella época lograron emanciparse y ser como las griegas y las demás cristianas. Algunas viejas de Pera me contaban la curiosidad con que eran miradas al principio, y la boga que obtuvieron algunas.

De la colonia levantina recuerdo á las señoras de Durand, Flori, Caro, Timoni y algunas otras. Había también entre ellas una Madama Souza, viuda de un antiguo dragomán nuestro, hermano del conocido Ministro de ese nombre, con la cual pasaba muy amenos ratos, porque ofrecía el tipo de la dama ya algo madura, pero inteligen-

te, amable y distinguida. Su nombre de soltera era Standahl y su familia procedía de Alemania.

En la misma categoría debo colocar á Madama Sneider, viuda de un Secretario de Austria y perteneciente por su nacimiento á una cierta familia Franchini, originaria de Florencia, pero establecida de antiguo en Turquía, donde habían sido sus antepasados dragomanes de la Rusia. Era una señora todavía de buen parecer, cuya conversación tenía mucho agrado, no obstante que se hallaba toda dedicada á obras de piedad y era una de las columnas de la Iglesia católica de Pera. En su casa veía algunas veces á Monseñor Graselli, Prelado inteligente, pulcro y ceremonioso, que era entonces el Vicario Apostólico, y á la angelical Sor Amalia, superiora de las Hermanas de la Caridad. Septimio Franchini, hermano de Madama Steiner, era excelente persona y amable conversador.

Hállase Constantinopla sumamente expuesta á los incendios, por estar sus casas construídas con más madera que ladrillo, y á cada momento resuena el grito terrible de *yanguin var* ó fuego hay. Poco antes de mi llegada había habido uno muy extenso que destruyó el gran teatro de Pera. Quedaban, sin embargo, otros dos teatros, en los cuales teníamos alternativamente, óperas, operetas y comedias, ejecutadas por compañías europeas. Todo era de tercer orden; pero servía para pasar el rato y tenernos al corriente del repertorio más reciente.

Venía también de cuándo en cuándo una compañía griega, dirigida por un cierto Tabularis, que era bastante buen actor, y sus espectáculos variados comprendían, además de las traducciones de piezas extranjeras, algunas de la cosecha nacional, tales como *Soldados y bandoleros (Palikari ke klepti)*, donde había pinturas interesantes de la

historia moderna de Grecia. Iba yo á menudo á aquel teatro por el solo placer de regalar mis oídos con las dulces sonoridades del idioma helénico.

No faltaba tampoco en Pera un Casino, donde se comía muy bien y había juego y tertulia por las noches, y allí conocí á varias personas agradables, principalmente una que no olvidaré jamás, y fué un caballero francés, llamado Camille Collas, antiguo diputado bonapartista, que había construído á sus expensas los faros de Turquía, y poseía con grandes beneficios la dirección de ellos. Era un hombre tan amable como instruído, cuya sociedad fué uno de mis recursos principales durante mi permanencia en aquel Imperio. Retirado más tarde á París, fué allí Collas hasta su muerte uno de los directores del *Diario de los Debates*, y ha dejado una *Historia de Turquía*, tan exacta como bien escrita.

La sociedad de Constantinopla tiene su veraneo á las orillas del Bósforo y también en las del Mar de Mármara. Los griegos prefieren las islas llamadas de los Príncipes, situadas en el último. Los turcos tienen sus *yalís* ó quintas, como ya lo he dicho, en la costa de Asia, desde Scutari hasta Beicos; los armenios y europeos en la de Europa. Yenikoi es el sitio favorito de los primeros. En Terapia, que significa *Remedio*, nombre bien merecido por la salubridad de sus aires, tienen sus quintas los Embajadores de Francia, Inglaterra é Italia. En Buyukderé, situado ya cerca del Mar Negro, poseen las suyas los de Rusia, Grecia, Alemania y España. La nuestra fué un día muy linda; mas se hallaba en tan mal estado como el palacio de Pera, por lo cual no me decidí nunca á habitarla. La habitaba nuestro Cónsul Rojas con su mujer y sus lindas hijas.

Para viajar por el Bósforo hay aun el antiguo *caique*,

tan poético como la góndola de Venecia; pero la mayoría del público prefiere los vaporcitos que salen cada dos horas del puente de Kadikói, en el Cuerno de Oro, y van hasta Buyukderé. Y la hermosura de aquel brazo de mar es en realidad incomparable, pudiendo asegurarse que sus orillas son todavía más variadas y pintorescas que las del lago de Como ó del golfo de Nápoles.

Buyukderé es quizá el punto más elegante del Bósforo. Su nombre significa *Gran bosque*, y le viene de uno que se halla á su espalda, llamado la Foresta de Belgrado. En sus frondosas alamedas admiran los viajeros un árbol secular, bajo el cual dicen que descansó un día el gran Godofredo de Bouillon cuando iba á Palestina, y á su vista vienen á la memoria los portentosos hechos de los cruzados, y también las quejas que éstos han aducido contra los griegos; porque desconfiando de ellos, no los acogían muy amistosamente. Pero la verdad es que los resultados dieron la razón á los griegos; pues aquellos guerreros ambiciosos, no pudiendo conservar á Palestina, acabaron por volverse contra ellos, acelerando así la ruina de su Imperio. Y, por regla general, no es prudente permitir que tropas de otra nación pasen por el propio territorio. El Príncipe de la Paz cometió la locura de permitírselo á los franceses, y España tuvo que llorarlo después con lágrimas de sangre.

CAPÍTULO XCVI

Constantinopla, de 1875 á 1878

Situación política de Turquía.—Su presente decadencia.—Necesidad de reformas.—Las empieza el Sultán Mahamud.—Las continúan Tuad y Alí.—Obstáculos que encuentran.—Las provincias cristianas desean ya su independencia.—Apoyo que les presta la Rusia.—Insurrecciones de Herzegovina, Bosnia y Montenegro.—Nota de Andrassy, aconsejando grandes concesiones.—Matanzas en Bulgaria.—La Servia se une á los rebeldes.—La joven Turquía promueve tumultos contra el Visir Mahamud.—Cede el Sultán y nombra Visir á Midhat.—Apresúrase éste á deponerle.—Muere á poco el Sultán y hacen creer en su suicidio.—Descúbrese más tarde que había sido asesinado por orden de Midhat y sus amigos.

Después de haber visto en Dinamarca una Monarquía privada de sus mejores provincias por dos grandes naciones europeas, quiso la suerte que fuese también testigo en Turquía de un despojo semejante, hecho igualmente por dos naciones muy poderosas. En ambos casos no les faltaron pretextos á los agresores. Invocábanse contra Dinamarca los intereses de la Alemania, unidos á los de las codiciadas provincias; invocábase el principio de la independencia de los pueblos y la necesidad de libertar á los alemanes de los Ducados de la opresión que sufrían. De las provincias de Turquía se decía esto mismo, y alegábase además el deber de proteger á los cristianos contra la tiranía de los turcos.

Si la Turquía se hubiese hallado todavía tan pujante como dos siglos antes, es probable que semejantes preten-

siones no habrían jamás entrado en la cabeza de sus enemigos. Su respuesta hubiera sido como la de Rusia cuando le reprocharon su tiranía con la infeliz Polonia. Pero aquel extenso y mal gobernado Imperio caminaba ya desde mucho tiempo á una irremediable decadencia. Los vicios de su gobierno y el carácter apático de sus pueblos, le condenaban á un deplorable atraso. Su misma grandeza era ocasión de su ruina.

Su historia ofrece muchos puntos de semejanza con la de España, y ya dijo Montesquieu, que era fortuna para la Europa que tanto los turcos como los españoles fuesen los hombres más á propósito del mundo para poseer inútilmente un vasto territorio. A lo cual se puede añadir que fué destino de unos y otros que sus posesiones fuesen tan heterogéneas que no era posible mantenerlas en la obediencia si no conservaba la Metrópoli una preponderancia decisiva entre las demás naciones de Europa.

Como quiera, es curioso observar que al glorioso reinado de Carlos V corresponde en Turquía el de Solimán el Grande, de quien ha dicho Robertson que no le faltó más que ser cristiano para ocupar el primer lugar entre los Monarcas de su tiempo. Después de él, Selim II se parece mucho á Felipe II. El uno sufrió la derrota de Lepanto, el otro la de la Gran Armada. Mahomet IV tiene bastante de Felipe IV, y la batalla de San Gotardo, ganada por Montecuculli, fué su Rocroy. Perdió la Morea y varias islas. A Carlos II le vemos en Mustafá II, quien batido por el Príncipe Eugenio, tuvo que firmar la paz de Carlovitz. Sublevároнse sus tropas en 1703 y pusieron en el trono á Achmed III, especie de Carlos III, que venció á los rusos, quitándoles Azof, y rechazó á los venecianos, recobrando la Morea.

La Rusia empezaba ya á hacer con la Turquía lo que la Francia y la Inglaterra con la España. Quitábale primero la Crimea, y fomentaba después la emancipación de Moldavia, Valaquia, la Grecia y el Egipto. Abdul Hamid, que recuerda á Carlos IV, se vió obligado á firmar con aquel Imperio, en 1774, el Tratado de Kainardji, que equivalía á la capitulación de Turquía.

Llega después la era de las revoluciones, y mientras en España la hace el pueblo, cansado de sufrir los males del despotismo, en Turquía la lleva á cabo un Sultán, el famoso Mahamud II, que fué en su género uno de los mayores reformadores de su siglo. Mejoró la administración y emprendió la reorganización del Ejército. Quisieron oponerse los genízaros, y entonces hizo de ellos una matanza que quedará tan célebre en la Historia, como la de los temidos Strelitz, hecha por Pedro el Grande.

Conservábase aún vivo en Constantinopla el recuerdo de aquella catástrofe, y una vieja señora armenia, madre de nuestro dragomán, me contó más de una vez las terribles escenas que había presenciado en aquellos días. Desde por la mañana del primero empezaron á resonar los cañonazos con que se destruía el cuartel principal de los genízaros, y al siguiente fueron oídas las descargas de fusilería y los tiros aislados con que las tropas de nueva creación cazaban materialmente á los rebeldes. Corrió la sangre á torrentes, y el vecindario de Estambul y más aún el de Pera, compuesto casi todo de cristianos que no tenían ningún odio particular á los genízaros, movido de compasión á la vista de aquel estrago, salvó á cuantos pudo, escondiéndolos en las habitaciones interiores y hasta en las cisternas medio vacías. Sacióse, al fin, la ira del Sultán, y muchos de aquellos infelices pudieron salir poco á poco de

la ciudad y fueron á esconderse en las más lejanas provincias.

Así acabó aquella milicia tan célebre y tan temida en otro tiempo cual los antiguos tercios españoles, y Mahamud completó la reforma militar que había emprendido. Dedicóse luego á la de la hacienda y la justicia; pero en esto tuvo que luchar con enemigos más poderosos que los genízaros. En primer lugar, la indiferencia del público, pues en Turquía no hay propiamente una aristocracia amiga del progreso, sino una oligarquía, que lejos de sufrir de los abusos, vive de ellos. Ni hay una burguesía que anhele reformas y apoye al que las realiza. Y en cuanto á la masa del pueblo, no tiene tampoco muchas aspiraciones; atribuye todos sus males al destino *(kismet)*, y se contenta con repetir la palabra *bakalum*, que significa paciencia.

Pero el mayor obstáculo para cualquier reforma política, son el clero y los doctores musulmanes, ó sean los molas y ulemas, cuyo carácter religioso, á la par que jurídico, les hace mirar con horror toda idea de igualar á los cristianos con los turcos ante la ley y los tribunales, ó de tocar á los *vacufs* ó bienes de las mezquitas, para aliviar la Hacienda pública. Contra estas dificultades, unidas á la insurrección de Grecia, no pudo nada Mahamud, y al fin murió sin haber ejecutado cambio alguno importante en la Administración del Imperio.

Apremiaba, sin embargo, la necesidad de detener de algún modo su ruina, en vista, principalmente, de la ambición de Mehemet Alí, virrey de Egipto, y del apoyo que recibían las poblaciones cristianas por parte de agitadores extranjeros; y á su vez Abdul Medjid, sucesor de Mahamud, aconsejado por su hábil Ministro Reschid, quiso dar una satisfacción á sus pueblos y también á la Europa,

otorgando algunas reformas por medio de un *Hatti Sherif* (decreto ó escrito noble) que fué llamado de *Gül Hané* ó del patio de las rosas, porque su proclamación tuvo lugar en los jardines del viejo palacio de *Top Kapú*.

Levantaron allí varios pabellones de ricas telas de seda, y en el principal de ellos Reschid bajá, Ministro de Negocios extranjeros, subido en un estrado, lo leyó á una numerosa asamblea, compuesta de los altos funcionarios del Imperio, el Cuerpo diplomático extranjero, los patriarcas y exarcas de las comunidades cristianas, el gran rabino, y una diputación de los principales banqueros de Constantinopla.

El Príncipe de Joinville, hijo del Rey Luis Felipe, que se hallaba en aquella capital de regreso de un viaje á Oriente, asistió también á la ceremonia invitado por el Sultán, y un público escogido, que llenaba el jardín y sus alrededores, unió sus aplausos á los de aquella ilustre asamblea.

El tenor del decreto imperial no podía ser más satisfactorio. Igualdad de derechos para musulmanes y *rayas*, ó sean súbditos cristianos; abolición de confiscaciones y monopolios; reforma de los impuestos y de la administración de justicia. Y según la costumbre musulmana, antes de fijar el día de su publicación, había sido consultado un astrólogo, que señaló el que le parecía más propicio. Pero desgraciadamente los resultados no correspondieron á las esperanzas que suscitaba, y aquella concesión fué poco menos que inútil, porque los obstáculos que encontró antes Mahamud, no desaparecieron por virtud de Abdul Medjid y de sus Ministros. Los cristianos mismos no mostraron el menor empeño en servir en el ejército turco, y preferían ser gobernados por sus patriarcas á someterse á las auto-

ridades otomanas. Lo que ellos querían ya, era la autonomía, la libertad, la independencia.

Después de la guerra de Crimea quedó la Turquía bajo la tutela de las grandes naciones, y para ganar el favor de éstas, volvió el Sultán á prometer reformas en el *Hatti Humayún*, ó rescripto universal del año 56. Había entonces en Turquía dos Ministros muy ilustrados, Fuad y Alí. El primero era hijo del poeta Izzet Moláh y sobrino de la poetisa Leilá Katún, y él mismo publicó versos tan armoniosos, que le han merecido el nombre del Lamartine de Turquía. Había desempeñado varias Embajadas, entre ellas una á España y Portugal, á fin de saludar de parte del Sultán á las jóvenes Reinas liberales Doña Isabel y Doña María. Era, no sólo inteligente é instruído, sino también culto, liberal, activo, laborioso, de carácter afable, de maneras insinuantes y de trato amenísimo. Don Gerardo de Souza, que le había conocido mucho, me hacía siempre de él los mayores elogios y le consideraba como uno de los estadistas más notables de su tiempo. Alí, educado en las oficinas de la Puerta, poseía igualmente grandes dotes, y era mirado como el discípulo y continuador de Reschid.

Mas aunque estos dos hombres tan notables hicieron cuanto estuvo de su parte para que los famosos *Hattis* fuesen algo más que letra muerta, el hecho es que los años pasaban y el estado del Imperio era siempre poco más ó menos el mismo.

Los ulemas resistían, los gobernadores ó *caimacanes* no cambiaban de conducta, las vejaciones y exacciones eran continuas, y creciendo así el descontento, no pasaba ya año sin que estallasen insurrecciones, ora en Creta, ora en la Herzegovina. La Rumania y la Servia, que habían logrado ya una media independencia, pugnaban por obtenerla

completa; Montenegro quería salir de sus ásperas montañas y extenderse por la llanura; la Bulgaria, la Bosnia y Armenia soñaban con ser libres.

Todo esto era muy natural. En las mutuas invasiones que se han hecho los pueblos de las tres partes del antiguo Continente, hay dos cosas notables. La una es que esas invasiones no han cesado casi nunca, y la otra que al fin se retiran. Los macedonios no pasaron de la Persia; los romanos del Eufrates. Las conquistas de los cruzados fueron efímeras. Los árabes destruyeron la dominación griega en el Asia, y atravesando el mar se enseñorearon de España. No pasaron, sin embargo, de los Pirineos, y los españoles recobraron paulatinamente todo su antiguo territorio. Vino después la invasión de los turcos, y Mahomet II se apoderó de Constantinopla. Y cayeron bajo el yugo musulmán, todas las naciones que componían la península de los Balkanes; los griegos sucumbieron en Bizancio y en Morea, y los servios y búlgaros tuvieron su Guadalete en Casovia. Y seis siglos, casi tanto como estuvieron algunas comarcas de España bajo los árabes, han estado aquellos desventurados países bajo los turcos, conservando sólo su religión y su lengua. Tiempo era ya de que reconquistaran su independencia y volvieran á respirar como naciones libres. Este era el hecho principal; esto era lo que no podían impedir ni los celos de las Potencias ni las reformas de la Turquía. Hubiera podido ésta emanciparlas á tiempo, mas se resistía á darles ni aun siquiera la autonomía.

Pero larga, muy larga habría sido la lucha, si la ambición de la Rusia, unida á las simpatías de su pueblo por las razas eslavas cristianas, no hubieran venido en su auxilio. A la reacción liberal producida en aquella nación por

la derrota de Crimea, había sucedido otra reacción del elemento nacional poco favorable á las reformas políticas, y un movimiento pesimista y socialista que trajo como consecuencia los terrores del nihilismo. Mas la generalidad del país conservaba los sentimientos generosos que la han impelido siempre á simpatizar con los eslavos cristianos de Turquía. Formóse pronto un partido llamado panslavista, cuyo objeto era la emancipación y la unión de todos los pueblos de su misma raza. La novela de Tolstoi, titulada *Ana Karenine*, da una idea del entusiasmo de la Rusia por la causa de esos pueblos, no sólo por parte del clero y las clases bajas, sino por la de la más alta nobleza y los salones de San Petersburgo. Y ansiosos de promover una nueva y más general insurrección, formaron luego comités panslavistas, los cuales, según fué comprobado después, se hallaban en relaciones continuas con los Cónsules de Rusia en Turquía, y probablemente con el mismo Ignatief.

Además, la ocasión no podía ser más propicia para una intervención de la Rusia en los asuntos de aquel Imperio. La Francia, vencida por la Alemania, no pensaba ciertamente en renovar su política del año 54. La Alemania estaba agradecida á la Rusia por la neutralidad que había guardado durante aquella guerra. El Austria, vencida también, como la Francia, tenía, quizás, ella misma el secreto deseo de hallar en las provincias de Turquía alguna compensación para sus pérdidas en Italia. Por último, en Inglaterra había muerto ya Lord Palmerston, y aunque Disraeli quería imitarle en su política extranjera, hallábase muy contenido por la oposición generosa y liberal de Gladstone, enemigo acérrimo de los turcos.

Teniendo presentes todas estas circunstancias, es sumamente fácil comprender los sucesos que tuvieron lugar

en Turquía en la época de que hablo. A poco de haber llegado yo á Constantinopla, estalló en el verano del año 75 una nueva insurrección en Herzegovina, á la cual se unió al instante una invasión por parte del Montenegro, que deseaba anexionarse aquella provincia y contaba para ello con el apoyo de la Rusia. Casi al mismo tiempo el Austria y la Rusia presentaron á la Turquía una nota, á que se llamó la Nota de Andrassy, por haber sido su redactor este Ministro, en la cual se le pedían, no sólo reformas, sino garantías para su exacto cumplimiento. Y fundaban ambas Potencias su intervención en el derecho que le daba la protección que dispensaban á la Turquía y el interés general de Europa.

Respondió el Gobierno turco, haciendo nuevas promesas; mas hé aquí que la Bosnia, impelida, como las demás provincias eslavas, por los comités panslavistas de Moscow, se unió también á la Herzegovina, lo cual acrecentaba los embarazos de la Turquía. Aumentó ésta su ejército y consiguió algunas ventajas; y entonces entran los búlgaros en escena, á fin de correr en auxilio de su vecino eslavo. Manda el Sultán á aquella provincia un cuerpo de cierta milicia irregular, á que dan el nombre de *bashi buzúks*, ó «cabezas locas», y alguna caballería de circasianos, pueblos mahometanos del Cáucaso, indisciplinados también y turbulentos, que se habían refugiado en Turquía, huyendo de los ejércitos rusos, y esta soldadesca desenfrenada hizo allí una matanza de muchos millares de cristianos. Alegaban las autoridades turcas que éstos los habían provocado, lo cual era poco probable. Negaban también que las víctimas fuesen tan numerosas; pero una averiguación hecha por delegados de las Embajadas probó que no bajaban de doce mil, entre hombres, mujeres y niños,

número, en verdad, desproporcionado á cualquier provocación que hubieran intentado los búlgaros.

Un grito de indignación y de horror se levantó al instante en toda Europa contra lo que llamó Gladstone las atrocidades de Bulgaria, y como si esto no fuera bastante, sucedía casi al mismo tiempo que los Cónsules de Francia y Alemania eran asesinados por el populacho de Salónica, sólo porque habían querido libertar á una muchacha cristiana, que, según los turcos, se había hecho voluntariamente musulmana, y según los cristianos, lo había realizado por fuerza.

Semejantes excesos añadían nuevo alimento al furor de que ya antes se hallaban poseídos los eslavos, y en su consecuencia, la Servia se puso luego en campaña, recibiendo voluntarios rusos y organizando un ejército cuyo mando fué confiado, precisamente, á un oficial de esa nación, llamado Tchernaief, el cual merecía toda la confianza de los panslavistas. El Príncipe Milán declaró luego la guerra á la Turquía y creyó, sin duda, que estaba llamado á hacer en Oriente lo que el Rey Víctor Manuel había hecho en Italia. La Turquía, por su parte, no rehuía la lucha, y dejando de pagar su deuda extranjera, lo cual equivalía á una bancarrota y le enajenó las simpatías de los especuladores de toda Europa, dedicó todos sus recursos á la creación de nuevas tropas.

Volvieron á aconsejarle las Potencias que calmase á los insurrectos, haciéndoles mayores concesiones, y los Embajadores reunidos en Berlín, aprobaron lo que se llamó el *Memorandum ruso*, por haberle redactado el Canciller Gortschakoff, en el cual se pedían á la Turquía todo género de reformas, y principalmente la creación de una Comisión europea para asegurar la ejecución de ellas, que es lo

que más desagradó al Gobierno turco. Pero no quiso firmar este nuevo apremio la vacilante Inglaterra, y esto le dió algunas esperanzas á la Turquía de que podría dividir á sus enemigos.

Con todo, los hombres de mayor sensatez empezaron á temer por la existencia del Imperio y á buscar el medio de salvarlo. Dos eran los bandos que se habían ido formando allí por la fuerza de las cosas. Los viejos turcos, enemigos de toda reforma, pero persuadidos de que la salud del Imperio dependía de una ciega sumisión á la voluntad de la Rusia. Su jefe era el antiguo Visir Mahamud, á quien por sus opiniones rusófilas llamaban vulgarmente Mahmudof. La Sultana madre ó Validé le prestaba en Palacio un decidido apoyo.

Componíase el otro partido de todos los que deseaban reformas, no sólo para los rayas ó súbditos cristianos, sino para los mismos turcos. Llamábase la Joven Turquía y volvía los ojos hacia la Inglaterra. Su jefe militar era Hussein Avní, á quien llamaron por lo liberal y ambicioso el Prim de Turquía. Su alma era Midhat, hombre ilustrado, á cuya sabia administración, cuando fué Gobernador de Bulgaria, debía aquella provincia una cultura superior á las demás del Imperio. Su aspecto no era noble y el color de su nariz estaba indicando que no se conformaba exactamente con los preceptos del Corán tocante al zumo de la uva; mas rescataba ésta y otras faltas con su talento, audacia y travesura.

Otro miembro importante de ese partido era el erudito Achmed Vefik, persona de vasta cultura y muy versada en la ciencia y literatura occidentales. Vivía en Beicos, en el lado europeo del Bósforo, y era tan aficionado á los libros, que en su casa se veían hasta sobre los divanes y las

sillas, de modo que no había apenas donde sentarse. Era más literato que estadista, y cuando fué elegido en su día Presidente de la Cámara de Diputados, no mostró mucha aptitud para las luchas parlamentarias.

Seguían á estos tres varios otros más ó menos notables, como Raschid, Ruschdí, Galib y también muchos profesores y softas, ó sea estudiantes. Estos últimos fueron los que empezaron la revolución, paseando tumultuosamente por las calles y pidiendo á gritos la caída del Visir Mahamud. Y como los ánimos estaban ya muy alterados con las noticias de la insurrección de tantas comarcas y se temían graves desórdenes en la capital misma, el Sultán, deseoso de impedirlos, decidió destituir á aquél y nombrar en su lugar al mismo Midhat, que tanto prestigio gozaba entre los Gobiernos de Europa.

Vióse, pues, al fin este hombre político encumbrado al poder, como tanto lo deseaba, y empleóse sin tardanza en preparar el terreno para sus planes, los cuales consistían nada menos que en obtener que el Sultán diese á sus súbditos una Constitución liberal, como la de los demás Estados modernos. Con esto creía él, no sólo curar los males del Imperio, sino hacer vanas las exigencias de las grandes Potencias, puesto que éstas no podían proponer reforma alguna interior que fuera más general ni más extensa que aquella.

El obstáculo para realizarlo era el Sultán mismo, porque su carácter orgulloso y autoritario no se había de plegar nunca á una concesión tan enorme. Si esto ha sido tan difícil en países ya muy civilizados y tratándose de príncipes más ó menos resignados á la rémora de ciertas Corporaciones y de ciertas clases, ¿qué no sería cuando se trataba de un Soberano altivo y despótico, acostumbrado á no hallar

la menor contradicción á sus más absurdos caprichos? Pensaron, pues, Midhat y sus amigos que era preciso deponerle del trono, como habían sido depuestos tantos otros Sultanes y también muchos Monarcas despóticos de Roma, Persia y la misma Rusia, siendo este un hecho casi inherente á la institución del despotismo, por la simple razón de que no hay otro medio de poner coto á sus delirios.

Y acto continuo reunió Midhat en el *Seraskierato* ó Ministerio de la Guerra, el Consejo de Ministros, compuesto de Hussein, Ruschdí, Raschid y también el nuevo Cheik el Islam, hechura suya y personaje de mucha importancia, porque sus prerrogativas judiciales y religiosas le asemejan bastante al antiguo Justicia de Aragón, y todos juntos decidieron deponer á Abdul Aziz. Encerraron á éste en el Serrallo, y sacando de él á su sobrino Murad, le llevaron á caballo al *Seraskierato*, y allí le proclamaron Sultán. El pueblo, amigo siempre de novedades y persuadido también de que por este medio cesarían las exigencias de los extranjeros, le aclamó con entusiasmo.

Hay, como he dicho, muchos casos de Sultanes depuestos y relegados por el resto de sus días en el interior del Serrallo, y citaré entre ellos á Mahometo IV, Mustafá II y el último Selim. Pero ha sido lo más frecuente que su muerte no se dilate. En el caso de Abdul era esto casi indispensable en el concepto de los rebeldes, en atención á que su carácter altanero y violento y el apoyo que podía suministrarle el partido de los viejos turcos, le hacían todavía muy temible. Decidieron, pues, darle muerte. Un crimen traía consigo otro crimen.

Temieron, sin embargo, la opinión pública y la venganza de los partidarios de Abdul, y procedieron de modo que todos creyesen que había cometido un suicidio. Repugna-

ba mucho esto á las ideas musulmanas, pero citaban casos de otros déspotas que habían atentado á sus días, sobre todo el famoso del Rey Saul. Además, una Comisión de médicos turcos y europeos, entre los cuales estaban los de las Embajadas de Inglaterra, Francia y Alemania, pasó á examinar el cadáver, y declaró por convicción ó por prudencia que, según todos los indicios, se había dado él mismo la muerte, cortándose las venas de los brazos con unas tijeras que se hallaron á su lado y que, según aseguraban algunos sirvientes del Palacio, le había pedido á la Sultana Validé para cortarse las barbas.

Muchos había, á la verdad, que no prestaban crédito á esta historia y sospechaban que había sido víctima de un asesinato palaciego; mas no se atrevían á decirlo, de modo que la versión oficial transmitida á todo el orbe, fué que se había dado voluntariamente la muerte, por poner así un término á su infausto destino. Pero acaeció cinco años después que la conducta de cierto guarda campestre, de nombre Mustafá, llamó la atención por su manera de existir é hizo averiguar que recibía una pensión de Palacio, á la cual no tenía derecho alguno.

Sometido Mustafá á un interrogatorio, confesó desde luego que había matado á Abdul Aziz, echando la culpa principal de ello á cierto atleta, nombrado asimismo Mustafá, el cual, á su vez, se la echó al eunuco Mehemed y á los chambelanes Fakri y Nedjibbeis. Por último, confesaron éstos todo, declarando que habían recibido órdenes de quitar la vida al Sultán, emanadas de Mahamud, Damat, Mariscal de la Corte, Midhat y Nurí bajá, quienes componían una comisión encargada de examinar las cuentas de la Casa imperial y se reunían con frecuencia en Palacio

Apenas supo esto el nuevo Sultán Abdul Hamid, los hizo prender y juzgar por un tribunal mixto de turcos y cristianos, cuyos debates fueron públicos. Y probada completamente la culpabilidad de todos ellos, fueron condenados á la última pena. Pero los Gobiernos extranjeros, sobre todo el de Inglaterra, por medio de su Embajador Dufferin, mostraron tanto interés por la suerte de Midhat y de los principales culpables, sin duda porque eran liberales y amigos de aquella nación, que el Sultán vino al fin en conmutarles la pena en destierro perpetuo en una ciudad de Arabia, donde han ido muriendo uno tras otro, odiados por los viejos turcos y olvidados por sus mismos amigos.

CAPÍTULO XCVII

Constantinopla, de 1875 á 1878

El circasiano Hassán asesina á varios Ministros.—El nuevo Sultán Murad pierde el juicio.—Proclaman á Abdul Hamid.—Pompa con que se ciñe el sable de Othman.—Los Servios, batidos por Abdul-Kerim, piden socorro al Zar.—Impone éste un armisticio y logra la reunión de una Conferencia en Constantinopla.—Llegada de Lord Salisbury y otros segundos Embajadores.—Todos piden la autonomía de los eslavos.—El Sultán lo rehusa y otorga una Constitución.—Retíranse los Embajadores y la Rusia se prepara á la guerra.—Mientras ésta no comienza hago una visita á mi familia en Florencia.—Encuentro allí á la Emperatriz Eugenia con su hijo.—Regreso á Turquía por el Danubio y el Mar Negro.

El fin trágico del Sultán Abdul Aziz no es el solo hecho de este género que consignan los anales de Europa. Dejando otros más antiguos, recordaré en los últimos siglos á Carlos I Stuardo y Luis XVI de Francia, ejecutados en un patíbulo; Gustavo III de Suecia y Pablo I de Rusia, víctimas de una conspiración de sus nobles; Murat fusilado en Nápoles y Maximiliano en México. Mas aunque todos estos crímenes se asemejan, encuentro que ninguno de ellos ofrece circunstancias más atroces que las del asesinato de Abdul. Terrible debió ser para todos los otros príncipes el morir, ya en un cadalso, ya á manos de ambiciosos señores; mas nada es comparable con la humillación y el dolor que debió sentir aquel altivo Sultán, al verse condenado por sus antiguos Ministros, vendido por sus chambelanes, y cruelmente martirizado por uno de sus eunu-

cos y dos viles asesinos. ¡Estremece el pensar cuánto debió padecer física y moralmente antes de rendir la vida!

El hecho era tan horroroso que, pasados los primeros momentos de terror, empezaron algunos á manifestar su indignación á pesar de los esfuerzos que hacía el Gobierno para calmar los ánimos, sosteniendo la verdad del suicidio. Y como es natural en tales casos, estos sentimientos eran más vivos en el Palacio mismo, y entre los parientes y antiguos servidores del Monarca difunto. Uno de ellos, el circasiano Hassán, oficial del ejército, á quien sin duda no se había ocultado aquel obscuro drama, porque vivía en Palacio como edecán de Izedin Efendi, hijo mayor de Abdul Aziz, y porque era hermano de una de las mujeres de este Sultán, concibió tal furor contra los Ministros y tal deseo de vengar á su señor, que tomó la resolución de asesinarlos á todos. Tenía sólo veinticinco años, y unía á las pasiones de su edad, un carácter feroz, turbulento y disoluto.

Celebraba consejo Midhat á las diez de la noche en su *conak* de Estambul, con Hussein Avní, Mehemed Ruschdí, Raschid y los demás Ministros, cuando Hassán, armado de dos revolvers, yatagán y cuchillo, se presentó de repente á la puerta, quitó la vida á los guardias, subió rápidamente la escalera y entrando en la sala del consejo, asesinó de un tiro á Avni, corrió tras de Midhat, que se salvó huyendo y encerrándose en las habitaciones interiores, volvió luego sobre sus pasos, mató al desventurado Raschid, á quien el terror había clavado en un sillón, y hubiera cometido aun otros crímenes, si los gendarmes acudidos á los gritos de la servidumbre no le hubiesen detenido y atado, a pesar de su ferocidad y de sus fuerzas hercúleas.

Por lo demás, Hassán cometió su delito, seguro de que perdería la vida. Sin cómplices ni partido que le siguiera, y cogido in fraganti, fué juzgado con la mayor rapidez y condenado á la última pena. En otros tiempos le habrían empalado; pero este horrible suplicio está ya abolido en Turquía. Ahorcáronle de un árbol en la plaza de Seraskierato, y todo Constantinopla desfiló delante de su cadáver y contempló horrorizado su fisonomía desesperada y salvaje.

Ibanse calmando los ánimos después de esta horrorosa escena, cuando empezó á correr la voz de que el nuevo Sultán había perdido el juicio. Explicaban el hecho diciendo que su constitución delicada no había podido resistir á las emociones de aquellos días, y que sacado casi contra su voluntad de la oscuridad del Serrallo, á la vista del público y á los peligros que acompañaron su inesperada elevación, sus nervios habían padecido mucho. Vinieron luego los nuevos terrores causados por el fin trágico de Abdul Aziz y el asesinato de los Ministros, y de allí á poco empezaron todos á notar que Murad daba señales de locura.

Fueron primero consultados los médicos de Constantinopla y después un especialista alemán, que hicieron venir los Ministros, y todos declararon que la enfermedad era incurable. Lejos de mejorar con los remedios que le aplicaban, iba empeorando por días. Y no era la suya una demencia melancólica y tranquila, como la de la Emperatriz Carlota de México, sino violenta y agresiva. Por lo cual, pasados más de tres meses en aquel angustioso estado, y considerando que el país no podía ser gobernado por un Sultán que no era dueño de su juicio, tomó Midhat la resolución de desposeer á Murad, como había desposeído á su tío Abdul Aziz. Reuniéronse otra vez los Ministros en

sesión solemne en el *Seraskierato*, y con aprobación también del Cheik el Islam, le declararon incapaz para reinar y proclamaron á su hermano Abdul Hamid, á quien, según la ley otomana, correspondía la sucesión al trono.

Tenía ya Abdul Hamid treinta y cuatro años de edad, y era al parecer inteligente y sano. Educado en el Serrallo, conocía poco los negocios del Estado; mas no le faltaba cierta instrucción general y un noble deseo de hacer la felicidad de sus pueblos. Agradaba sobre todo su carácter serio y benévolo, y sus gustos, menos dispendiosos que los de su tío Abdul Aziz. Saliendo sin demora de Palacio, fué á caballo á visitar á Santa Sofía, rodeado de muchos ulemas. De allí pasó al viejo Serrallo, donde sentado en el trono, recibió los homenajes de todos los altos funcionarios del Imperio; y por último regresó al Palacio de Dolma Batché en el caique de gala, conducido por remeros albaneses.

Sucedía esto el 31 de Agosto, y el 7 de Septiembre tuvo ya lugar la ceremonia de ceñirse el nuevo Gran Señor el sable de Othmán, que equivale entre los turcos á lo que era antes entre los franceses, la consagración de sus Reyes en la catedral de Reims. Celebróse la función en la mezquita dedicada á Eyub, portaestandarte de Mahoma, la cual se encuentra en el fondo del Cuerno de Oro, en un arrabal de Constantinopla. Según la tradición, Eyub pereció allí durante el inútil sitio que los árabes pusieron á aquella ciudad poco después de la muerte del Profeta; y cuando siete siglos más tarde se apoderó de ella el Sultán Mahometo II, edificó aquella mezquita sobre su sepulcro. Ignorábase el lugar de éste; pero un devoto cheik pretendió que le había sido revelado por medio de un sueño misterioso. Este mismo cheik le ciñó luego á Mahometo en

aquella mezquita el sable del famoso Othman, fundador de la dinastía otomana; y desde entonces todos los nuevos Sultanes van á ceñírselo allí y tienen esa ceremonia por una consagración de su poder.

Vino el Sultán en su caique dorado desde su Palacio al Cuerno de Oro, donde desembarcó. Subió después en un caballo blanco, y seguido de su Corte se dirigió á la mezquita de Eyub. Verificóse allí la ceremonia de ceñirle el sable, á la cual no asiste ningún extranjero, y se trasladó en seguida á Estambul, á fin de visitar la mezquita y el mausoleo de Mahometo II y el de su propio padre Abdul Medjid, tomando, con todo su séquito, el camino que pasa al pie de los antiguos muros. Una multitud de pueblo se apiñaba para verle, y las personas invitadas por la Corte ocupaban tiendas de campaña levantadas á ambos lados del camino. La destinada al Cuerpo diplomático era de ricas telas, como aquellas tan lujosas que usaban los Sultanes en sus campamentos cuando salían á la guerra en los tiempos gloriosos del Imperio.

Caminaba Abdul Hamid delante de todos y enteramente solo. Era de mediana estatura, de color pálido y de aspecto melancólico. Mas á pesar de esto y de las dimensiones de su nariz, terriblemente turca, parecía noble y distinguido. Sus ojos eran grandes y expresivos; su semblante sereno y benigno. Llevaba fez y levita bordada, y tanto en sus veneras como en su sable, brillaban hermosos diamantes. Conducía con facilidad y gracia su gallardo corcel árabe. Pocos días después tuve la honra de entregarle mis nuevas credenciales, y su vista de cerca me confirmó la buena impresión que me había hecho de lejos. Su sonrisa le iluminaba el semblante, y tenía una voz simpática. Noté, asimismo, que sus manos y sus pies eran pequeños y de

forma aristocrática. Hablaba el francés con dificultad, como su tío Abdul Aziz.

Venían detrás de Abdul Hamid los diferentes ulemas, con turbantes azules, grises y verdes; los patriarcas y exarcas cristianos, con sus venerables barbas; el Gran Rabino; los bajás y beys; los oficiales superiores, y finalmente el Cuerpo de alabarderos rojos, cuyo uniforme es muy pintoresco. Y todos iban á caballo, aunque algunos, como por ejemplo, mi amigo Safvet Bajá, Ministro de Negocios extranjeros, no parecían muy seguros, á pesar de que llevaban á su lado, como los demás, un par de palafraneros. Toda la cabalgata era de mucho lucimiento y hubiera podido servir á cualquier pintor para imaginar las pompas de Salomón ó el triunfo de Mardoqueo.

A juzgar por la actitud del pueblo y por las conversaciones que se oían por todas partes, el nuevo Sultán inspiraba bastante interés. Era sabido de todos que no había tenido la menor parte en la deposición de Abdul Aziz y que se había mostrado buen hermano, retardando su propia elevación mientras hubo esperanzas de que curase Murad. Manifestábase más afligido de las desgracias de su familia que contento de ocupar el trono. Y no dejó de recibir en los primeros días de su reinado algunas sonrisas de la fortuna. Sus tropas, mandadas por Abdul Kerim, batieron á los servios en Djunis y se apoderaron de Alexinats, que es la llave de aquel país, de cuyas resultas, aterrado el Rey Milán, telegrafió al Emperador Alejandro, implorando su socorro.

Y estaba cierto de ser oído, porque el partido panslavista y el Gobierno ruso, que le apoyaba, no podían consentir que la Turquía triunfase así de sus correligionarios y los conservase bajo su yugo. Ignatief, alma de toda aque-

lla política, marchó en seguida á San Petersburgo, á fin de incitar al Zar á la guerra, pintándosela muy fácil, y visitó á los Gobiernos de Berlín y París en busca de su ayuda. El Emperador Alejandro, por su parte, veía al Embajador inglés Loftus, en Livadia, y trataba de probarle el desinterés de la Rusia y la necesidad de exigir más amplias reformas al nuevo Sultán Hamid.

Restituído Ignatief á su puesto, exigió, pues, imperiosamente la conclusión de un armisticio con los rebeldes, el *statu quo* en Servia y Montenegro, la autonomía de las otras dos provincias eslavas, Bosnia y Herzegovina, y grandes reformas en Bulgaria. Obtenía al mismo tiempo la Rusia que la Inglaterra misma, donde gobernaba ya Lord Beaconsfield, propusiese la celebración de una Conferencia de las seis grandes Potencias en Constantinopla, á fin de discutir todas aquellas cuestiones é imponer sus decisiones á la Turquía.

Tuvimos, pues, allí un gran drama diplomático, cuyos personajes eran ilustres y numerosos, en atención á que casi todas las seis naciones creyeron conveniente enviar segundos Embajadores de cierto prestigio. La Inglaterra mandó á Lord Salisbury, que ocupaba en su país el Ministerio de las Colonias; la Francia al hábil Chaudordy, el Austria al Barón Calice, Ministro en Bucharest, la Alemania un Príncipe de Reuss.

Era Salisbury un hombre de mucho talento y de mucho saber, destinado á ser el jefe de su partido á la muerte de Beaconsfield. Sin embargo, su exterior pecaba de extraño. Con barba larga y poblada, poco atildado en el vestir y nada ceremonioso, tenía más de filósofo que de Diplomático. Su mujer, Lady Salisbury, pasaba por señora de mucho ingenio, aunque su aspecto era, asimismo, poco

elegante. Apoderóse luego de ella Madama Ignatief y le llenó la cabeza de todas las historias posibles é imposibles que se han inventado sobre los turcos.

Pertenecía Chaudordy á la diplomacia de carrera y brillaba por su buen sentido. Joven aun, siguió el ejemplo del Conde Corti y no tardó en rendir culto, como él, á la belleza de Madama Ignatief y al talento de su marido. Calice, de origen italiano, tenía una bella presencia y conocía muy bien los negocios de Oriente; mas como buen austriaco, no amaba mucho á los turcos.

Reuss era un digno representante de la más distinguida nobleza alemana, afable, pero digno; poco práctico, pero discreto. Había sido Secretario de Embajada en París, en tiempo del segundo Imperio, y fué uno de los bailarines preferidos de la brillante Emperatriz Eugenia. Era su mujer una Princesa de Sajonia Weimar, ni bonita ni fea, pero con un cuerpo hecho á torno y un talento original. Cultivaba con éxito la pintura, admiraba mucho á Heine, y propendía, como la Emperatriz viuda de Federico, de quien era muy amiga, á la filosofía escéptica, que estaba á la sazón de moda en su país. Sospecho que sentía alguna simpatía por los turcos, mas no se atrevía á mostrarla. La política de los alemanes era entonces la indiferencia, y el Príncipe de Bismarck repetía siempre que la integridad de la Turquía no valía los huesos de un solo granadero de la Pomerania. En suma, los nuevos diplomáticos traían poco más ó menos las mismas opiniones que los antiguos.

Representaban á la Turquía el amable Safvet Bajá, ilustrado, laborioso y benévolo, y el enérgico Edhem, cuya historia es bastante curiosa, pues era griego de nacimiento, natural de Chío, y siendo todavía muy niño, cuando los

turcos pasaron á cuchillo á millones de habitantes de aquella isla, en pena de su rebelión, un viejo bajá le halló solo y abandonado en el campo, y condolido de su suerte le tomó como hijo adoptivo, le hizo educar con esmero en Constantinopla y le colocó en la carrera diplomática. Y bien revelaba su origen en el fuego de su mirada y en la viveza de su carácter.

Hubo primero una Conferencia preliminar, presidida por Ignatief, que era, como ya he dicho, el alma de toda aquella invención, en la cual, y sin asistencia de los turcos, fueron fijadas las bases en que se debían fundar las decisiones de las Potencias, principalmente dos, á saber: gobernadores cristianos para las provincias sublevadas, y una Comisión internacional que vigilara la exacta ejecución de las reformas. Puestos de acuerdo sobre esto, llamaron á los plenipotenciarios turcos y les pidieron su aceptación. Repugnaban ellos á darla, porque juzgaban que equivalía á aceptar el desmembramiento de la Turquía. Y érales particularmente desagradable la exigencia relativa á la fiscalización internacional, porque venía á ser una negación de la soberanía del Sultán. Decidió entonces Abdul Hamid someter la cuestión á una Junta compuesta de todos los altos funcionarios turcos, los patriarcas cristianos y algunos ricos propietarios y banqueros, los cuales opinaron por unanimidad que las exigencias de las Potencias eran incompatibles con la seguridad y el honor de la Turquía, y que debían, por lo tanto, desecharse.

En mi sentir, las Potencias obraron en este caso con poca prudencia. Una vez que todas ellas creían necesario procurar la autonomía de las provincias eslavas, el problema consistía en hacer esto sin permitir que la Rusia tomase de ello ocasión para acercarse á Constantinopla y ase-

gurar su influencia preponderante en aquellas regiones. Y el sentido común dice que no había más que un medio de conseguirlo: unirse las Potencias para hacer todas juntas lo que la Rusia estaba ya decidida á hacer ella sola. De esta manera la Turquía no hubiera sentido tanta humillación en ceder á seis, como lo sentía en ceder á una, y la influencia que de ello resultase no habría sido de la sola Rusia, sino que se hubiera repartido entre todas. En vez de esto, ni juzgaron oportuno oponerse á la Rusia, ni se decidieron á amenazar, como ella, á la Turquía. Limitáronse á retirar sus Embajadores, no en son de guerra, como la Rusia, sino en son de amigo disgustado, que no rompe de una manera definitiva. La Rusia se retiró, bajando el escudo de sus armas. Las otras dejaron sus escudos y también un Encargado de negocios.

Esta marcha de todos los Embajadores estaba destinada á causar una gran sensación en Constantinopla, aunque no tanta como habían esperado ellos, y entre tanto un nuevo suceso, bastante extraordinario, vino á distraer los ánimos. Casi al mismo tiempo que se reunía la Conferencia, el desventurado Sultán, amenazado por los de dentro y los de fuera, por las grandes Potencias y por la Joven Turquía, tomó al cabo el partido de ceder á los ruegos de Midhat, dando á sus pueblos una Constitución liberal, á la moda de Europa, con sus dos Cámaras, sus Ministros responsables y todos sus demás requisitos. Una salva de diez cañonazos anunció su proclamación, y Midhat se apresuró á manifestar á los Embajadores, reunidos todavía en Conferencia, que esta grande reforma las comprendía todas y hacía ya superfluas las que pedía la Europa.

Pero los Embajadores no hicieron el menor caso de aquella extraña novedad; antes bien, se rieron mucho de

ella y de las bromas que se le ocurrieron á Ignatief sobre el anunciado Parlamento turco. Díjose que Salisbury y Elliot habían hecho en aquella ocasión muchos esfuerzos para impedir la ruptura y la guerra, que parecían ya inevitables; mas, por desgracia, la actitud de Gladstone, contraria siempre á la Turquía, fué causa de que la Rusia no tuviese temor alguno de una seria oposición por parte de la Inglaterra.

La guerra era, pues, inevitable. Así lo creían todas las personas bien informadas. Con todo, no parecía probable que empezara antes de la primavera, tanto por el mal estado de los caminos, como porque la Rusia necesitaba tiempo para movilizar un ejército tan numeroso como se requería para asegurar el éxito de la guerra. En virtud de lo cual resolví yo aprovechar aquella especie de tregua para pedir una licencia temporal y visitar á mi familia en Florencia.

Tomando luego un vapor del Lloyd austriaco, me trasladé á Corfú, pasando otra vez por los clásicos lugares que había visto á mi venida; la antigua Itaca, Cefalonia, el golfo de Accio, que trae á la memoria la victoria de Octavio sobre Antonio, y el de Lepanto, que recuerda la de Don Juan de Austria sobre la escuadra otomana. Pasé en una noche á Brindisi, y de allí fuí á Roma, donde visité á algunos amigos, entre otros á mi antiguo jefe Bermúdez de Castro, Marqués de Lema, á quien hallé establecido en el palacio llamado «La Farnesina», que le había cedido en enfiteusis el Rey Francisco II de Nápoles, y que él había salvado de una inminente ruina, salvando al mismo tiempo la divina *Roxana de Sodoma* y la todavía más divina *Galatea*, de Rafael, que con otros bellísimos frescos la adornan y avaloran.

Llegado á Florencia, pasé allí una deliciosa temporada al lado de mi esposa y de mis hijos, y frecuenté también la buena sociedad de aquella ciudad, siempre animada, siempre agradable. Tuve, asimismo, el gusto de volver á ver en ella á la amable y desgraciada Emperatriz Eugenia, la cual pasaba allí el invierno con su hijo el Príncipe Luis Napoleón, en la quinta del rico banquero Oppenheim, situada fuera de la puerta Romana.

La Augusta Señora recibía algunas noches, é invitado por ella, era para mí un gran placer el tratar otra vez de cerca á aquella ilustre Soberana, que había conocido en mi primera juventud, cuando no era más que Condesa de Teba, pero á quien apenas había visto durante su brillante reinado. Parecióme bastante cambiada en el semblante, mas no en el talento, la gracia y la dignidad que realzaban su noble persona. Aunque la pérdida de su trono y de su Augusto esposo la habían afligido por extremo, tenía todavía la dicha de poseer un hijo, en quien se cifraban sus esperanzas y también las del partido bonapartista, y esto la consolaba en su desgracia. Nadie podía prever entonces que aquel joven tan apuesto, inteligente y simpático perdería de allí á poco la vida, de la manera más lastimosa, combatiendo bajo una bandera extranjera, y á manos de los bárbaros zulús.

Para restituirme á mi puesto escogí entonces la vía de tierra, pasando por Viena, que visité por primera vez, quedando prendado de ella, y embarcándome en Pesth en uno de los vapores que recorren el Danubio y que me condujo á Rutschuk. Allí tomé el ferrocarril que va á Varna, y en Varna el vapor que en una noche lleva á Constantinopla. La navegación del Danubio es sobremanera agradable. No se ven en sus orillas viñedos ni ruinas de castillos feuda-

les, como en la de su rival el Rhin, mas en cambio tienen bosques muy frondosos y llanuras de grandes líneas. Las llamadas Puertas de Hierro, donde peñascos enormes dejan poco espacio para el paso de los buques, me parecieron imponentes y pintorescas. En algunos parajes de aquel azulado y caudaloso río, no parece estar en Europa, sino en las majestuosas soledades del Nuevo Mundo.

Después que se deja atrás la Servia, comienzan á verse en una orilla los pueblos búlgaros, y en la otra los valacos ó rumanos. Los campesinos de ambos países andan todavía vestidos de pieles, como los Dacios, que esculpió Apolodoro en la columna de Trajano. Sin embargo, los rumanos pasan por descendientes de las legiones de este Emperador, las cuales probablemente eran en parte españolas, y el hecho es que tanto sus costumbres como su idioma revelan su origen latino. Citaré una de aquellas bien característica. Cuando un valaco contrae matrimonio, la desposada llega con mucha comitiva á la casa del marido, y antes de entrar unta con miel el dintel de la puerta, para indicar que trae consigo la dulzura y la dicha. Pues según el gramático Servio, esto mismo se hacía antiguamente en Roma; de lo cual vino el llamar á la mujer *uxor*, ó como si dijéramos, *untadora*.

Su lengua contiene algunas voces eslavas y turcas como *Bog*, Dios, *nebo*, cielo, *calul*, caballo, y *sabaca*, perro; mas la generalidad de ellas parecen italianas ó españolas, como *buna siera*, *á revedere*, *dam painé*, *dam carné* y muchas otras. Y tienen también la *olla pútrida*, que es nuestra olla podrida. Y si no se les entiende al principio, esto proviene de la pronunciación y del acento.

Como quiera, su origen es latino, y todos los latinos debemos sentir un particular interés por aquel generoso

pueblo, que, oprimido durante tantos siglos y sometido alternativamente á la rapacidad de hospodares, húngaros, rusos ó fanariotas, ha renacido al fin á nueva vida en nuestros días. En aquella época había conseguido ya su unidad política, formando la Valaquia y la Moldavia un solo Estado, bajo el Príncipe Carlos de Hohenzollern, mas era aun tributario de la Turquía. La guerra que iba á empezar y en la cual tomó una parte tan gloriosa al lado de los rusos, debía darles al fin una completa independencia.

Al llegar á Rutschuk vi un nuevo pueblo, los búlgaros, y oí una nueva lengua, la eslavo-búlgara; pudiendo decir, como el Eclesiástico, *multa vidi errando, et plurimas verborum consuetudines.* El Mar Negro trajo á mi memoria multitud de recuerdos históricos, y ya cerca de Constantinopla vi la torre que llaman de Ovidio, porque se cree sea reliquia de la casa donde vivió desterrado este insigne poeta. Y al contemplar la furia de aquel mar y la soledad del sitio, me parecía que no le había faltado razón para lamentarse de su destino.

La entrada del Bósforo por el Mar Negro es todavía más bella que por los Dardanelos. Por la una se llega á la fachada principal de Constantinopla; por la otra á sus jardines.

En mitad del puerto se alza una antigua vigía, á la cual llaman la Torre de Leandro, como si señalase el sitio donde pereció aquel enamorado griego. Pero esta ficción, inventada por el vulgo, no tiene fundamento alguno. El mar que atravesaba á nado Leandro era el estrecho canal de Helesponto, hoy Dardanelos, pasando de Abidos á Sexto. Así lo dice Museo en su elegante poema, y lo repiten todos los poetas, que han tratado este patético asunto.

CAPÍTULO XCVIII

Constantinopla, de 1875 á 1878.

Apertura del Parlamento otomano.—Cómo terminó aquel ensayo de constitucionalismo.—*Ultimatum* de Gortschakof.—La Turquía lo desoye.—Los rusos pasan el Danubio.—Bella resistencia de Plevna.—Otras ventajas de los turcos.—Vuelta de los Embajadores.—Layard reemplaza á Elliot.—La Rusia, detenida, hace alianza con Rumania y Servia.—Osmán y Suleymán capitulan.—Los rusos llegan hasta las puertas de Constantinopla.—Terror del Sultán.—Tratado de San Estéfano.—La Inglaterra no lo aprueba.—La Rusia se irrita, pero cede.—El Congreso de Berlín limita sus pretensiones.—Quédale la gloria de haber devuelto su libertad á los cristianos de Oriente.

A mi regreso á Constantinopla hallé que los ánimos estaban cada día más alterados, por la amenaza de la guerra. Muchos temían que hubiese tumultos en la población, y casi todos los representantes extranjeros habían solicitado de sus Gobiernos, que mandasen buques de guerra para la protección de sus nacionales. La España también, á petición del Secreterio Encargado de Negocios, Gil de Ulibarri, envió la corbeta *Doña María de Molina*, que permaneció algunas semanas en la capital y fué luego á recorrer los puertos de Levante.

Pero la gravedad misma de la situación, fué causa de que los turcos pensasen más bien en conjurar el peligro exterior, que en promover alteraciones interiores. Además el astuto Midhat llevaba adelante su plan de gobierno constitucional, procurando persuadir á todos, que con él

se remediarían los males del Imperio, y quizás se evitaría la guerra. Algunos diplomáticos que vieron por aquellos días al Sultán, oyeron de sus mismos labios que él también estaba convencido de que aquella sería una especie de panacea, cuyos resultados no tardarían en sentirse.

No se prestaba con todo de muy buena gana á deshacerse por completo de su autoridad, por lo cual antes aun de que terminaran las elecciones y se reuniesen las Cámaras retiró su confianza á Midhat, mandándole desterrado á Italia y nombró Gran Visir al enérgico Edhem Bajá. Dió el Sultán por excusa las dificultades que aquél hallaba para concluir la paz con Servia y Montenegro, mientras no estallaba todavía la nueva guerra con Rusia. Pero la verdad era que no podía soportar el tono dominante que iba tomando en toda clase de asuntos.

Entre tanto llegó el día señalado para la apertura del flamante Parlamento turco, que fué el 25 de Marzo del año 77, y tuve el gusto de asistir á ella, porque había vuelto á mi destino á tiempo para hacerlo. Verificóse la ceremonia, no en el local destinado provisionalmente para la reunión de las Cámaras, sino en el gran salón del trono del Palacio de Dolma Bagtché, que por sus dimensiones y adornos, puede ser considerado como uno de los más magníficos de Europa.

Colocados en largas filas, hallábanse á derecha é izquierda del trono todos los altos funcionarios del Imperio, Bajás, Cazaskiers ó supremos magistrados, el Cheik el Islam con los ulemas y derviches, el Cheik de la Meca, Patriarcas y Exarcas, el Gran Rabino, y en lugar preferente el Cuerpo diplomático extranjero, que se componía de los Ministros de las Potencias de segundo orden y los encargados de Negocios, que habían quedado de las mayores. El

amable Kiamil Bei, Maestro de ceremonias, nos recibió y acompañó á nuestros sitios.

Llegado el Sultán, seguido de su Corte, se colocó en pie delante del trono, y detrás de él sus dos hermanos menores. El Gran Visir Edhem puso en sus manos el discurso de apertura, y un Secretario lo leyó por orden suya con voz clara y sonora. Estaba, como es natural, escrito en turco, y por el momento no supimos su contenido. Después se publicó una traducción francesa de él, que nos fué comunicada oficialmente, y por ella vimos que se gloriaba de introducir en sus Estados el régimen liberal, adoptado ya en toda Europa, y que esperaba mucho de la libertad que concedía á todos sus pueblos, sin distinción de religiones ni de lenguas. Gritaron vivas los turcos; despidióse luego el Sultán, saludando á derecha é izquierda; repitiéronse las aclamaciones cuando salió del salón y quedó así terminado aquel acto, que parecía un sueño á todo el mundo.

Empezó después de esto la nueva vida parlamentaria. El conocido Ahmed Vefik, uno de los corifeos más notables de la Joven Turquía, fué elegido Presidente de la Cámara de Diputados. Hallóse que las provincias habían enviado un número no pequeño de hombres instruídos é ilustrados, y que algunos se expresaban con facilidad y elocuencia.

Formáronse partidos y aun grupos, y todos rivalizaban en actividad y celo, tanto en las sesiones de la Cámara como en el seno de las comisiones. Un italiano, de nombre Bondini, amigo mío por cierto y persona de buena familia y de mucha instrucción y capacidad, aunque escaso entonces de recursos, organizó el servicio de taquígrafos, enseñando este arte á los turcos; de modo que pronto pu-

dieron los periódicos darnos un extracto bien hecho de cuanto ocurría en ambas Cámaras.

Había antes pocos periódicos y todos más ó menos oficiales. Entonces comenzaron á publicarse en todas las lenguas y de todos los colores políticos posibles. *El Tiempo* (*Vakit*) y *El Estambul* eran los más notables entre los turcos. Los armenios tenían *El Ararat* y *El Hairenik*; los griegos el *Neólogos* ó *Pensamiento moderno*; los franceses *La Turquie* y *El Phare du Bosphore*; los ingleses *El Levant Herald*, y hasta los judíos publicaron uno en español, pero con letras hebraicas. La caricatura, cuyo lenguaje es tan propio para mover al pueblo á causa de su claridad y rudeza, tuvo también su periódico. Pasaron al fin de veinte, y cuando mandé un paquete de todos á nuestro Ministro de Estado, se admiró mucho de ello.

Por desgracia había en todo esto más celo que experiencia. Faltaba un idioma general para que tantas nacionalidades pudieran entenderse. Los Jóvenes turcos empezaron á dividirse y muchos hostilizaban ya al Gobierno, no obstante que era liberal. Tevfikbei, joven y ambicioso, dirigía aquella poco cuerda oposición. Mahamud Damás, cuñado del Sultán, Said Bajá y Redif Bei no ocultaban tampoco su animosidad contra el Ministerio. Por otra parte, el carácter impetuoso de Edhem Bajá era poco á propósito para soportar las censuras que le dirigían á cada momento. Era casi imposible que un Visir turco gobernase como un Ministro constitucional europeo, tanto más cuanto que, según aquella Constitución, el Visir era irresponsable como el Sultán. Edhem decía de la Cámara: «ó ella se calla ó nosotros tendremos que cerrar nuestros Ministerios».

Pero lo que más perjudicó á aquel ensayo parlamentario fué que bien pronto pudo advertirse que ni lograba

impedir la guerra ni era adecuado para mantener la concordia necesaria en aquellas graves circunstancias, sino que antes bien exacerbaba más los ánimos. Si en la culta Europa vemos que la apertura de las Cámaras es siempre seguida de agitación y desasosiego, ¿qué no había de acontecer en una nación tan atrasada como Turquía? El resultado fué que así que llegó la hora de los desastres, temeroso el Sultán de las censuras de aquéllas, se apresuró á prorrogar sus sesiones, y después de una segunda y corta reunión no volvió á convocarlas. Abdul Hamid recobró después paulatinamente su gobierno personal, y no quedó de aquel desgraciado ensayo otra cosa más que un recuerdo desagradable.

Referían los viejos turcos que cuando el Sultán Mahamud II se hallaba más engolfado en sus planes de reforma y anhelaba mostrarse ilustrado, tuvo un día la idea de hacer descubrir los antiguos mosaicos de Santa Sofía, y mandó que fuese quitada la capa de pintura que los ocultaba desde el tiempo de la conquista. Llegóse á descubrir el que ocupa el centro del ábside y representa al Salvador del mundo sentado en un trono; mas fué tal el disgusto que esto causó entre los ulemas y el pueblo, que Mahamud dió al punto orden de que se volviese á cubrir, exclamando con tristeza: «todavía es demasiado pronto; déjese esto para otro Sultán y para otro siglo». Pues esto mismo, poco más ó menos, dijo, sin duda, Abdul Hamid al suprimir la nueva Constitución: «quédese para otro Sultán y para otros tiempos».

En el ínterin la guerra estaba ya próxima. Había hecho el Príncipe Gortchakof una última tentativa, proponiéndole un mínimum de concesiones á la Turquía; pero obcecada ésta por su orgullo y por la esperanza, que nunca aban-

donaba, de que algunas Potencias vendrían en su auxilio, como en el año 54, no titubeó en desecharlas. La Rusia no pensó entonces más que en reunir sus ejércitos, tanto en las orillas del Pruth como en las fronteras de Armenia, y la Turquía hizo, por su parte, otro tanto.

Tenía este último país un buen núcleo de soldados veteranos, organizados á la europea, que es lo que llaman *nizam*, y unió á ellos millares de hombres de la reserva ó *redif*, procedentes principalmente del Asia, y gente robusta, sobria y belicosa. Poseía, asimismo, un sinnúmero de voluntarios que dicen *bazi bujuks* ó cabezas locas, y no pocos circasianos, armados de lanza y alfanje, cada uno de los cuales me recordaba el famoso Sacripante del Ariosto. La artillería era buena y tenía cañones y fusiles de los modelos más estimados en aquella época. Faltaban sólo buenos Generales. No había, como antiguamente, militares europeos que quisiesen servir en aquel ejército. Sólo puedo citar al almirante Hobbart, que era inglés, y algunos oficiales alemanes ó belgas, que servían de instructores. No existían ya en Turquía los Barbarrojas y Koprolis de antaño ni los Bonneval y Fott de épocas más recientes, y ni aun siquiera aventureros del tipo de aquel Watteville, que al fin vendió á los turcos y obtuvo en Francia un beneficio eclesiástico y el apodo del abate Codillo, á causa de su habilidad en el juego del hombre.

Atravesaron los rusos el Pruth en fines de Abril y en Junio el Danubio. La primera parte de la guerra no les fué muy favorable. El Gran Duque Nicolás, hijo mayor del Emperador, que mandaba el cuerpo principal, se extendió, á la verdad, por la Bulgaria y llegó hasta la Albania. Gurko ocupó también el paso de Chipka en los Balkanes; y en Asia el Gran Duque Miguel, hermano del Zar, y Loris Me-

likof penetraron en Armenia. Mas el turco Osman, pasando con rapidez de Widin á Plevna, formó allí un campo atrincherado á la espalda de los rusos y los obligó á detenerse. Suleymán Bajá hizo otro tanto en Kazanlik, y aquel risueño valle, donde se cultivan los rosales con que se hace el perfume llamado oto de rosas, se vió manchado con la sangre de musulmanes y cristianos. Por fin Muktar Bajá batió á Melikof en Zewin.

Entusiasmáronse sin medida los turcos con este buen resultado de los primeros combates, y en toda Europa se empezó á temer ó esperar que los rusos se verían precisados á repasar el Danubio. Volvieron otra vez los Embajadores de todas las Potencias, Reuss, Zichy, Corti, Fournier, que reemplazó á Bourgoing, y Layard, que sustituyó á Elliot. Conocía á Fournier por haberle visto cuando éramos él Ministro en Stockolmo y yo en Copenhague, y me pareció siempre persona de mucha capacidad. A Layard también le había conocido en Londres, cuando era Subsecretario de Estado, y después le volví á ver en Madrid el año 69, en los primeros días de la Restauración.

Tenía este Diplomático un aspecto común, pero estaba dotado de mucho ingenio y debía principalmente su carrera al talento que mostró, descubriendo y dirigiendo las excavaciones de la antigua ciudad de Nínive, sobre cuyos resultados publicó después un libro sobremanera interesante. Mezclóse luego en política, profesando ideas muy liberales, y logró entrar en el Parlamento y ser nombrado Subsecretario de Estado y más tarde Ministro en Madrid. Palmerston le protegía mucho; pero Lady Palmerston no lo podía ver á causa de sus opiniones casi revolucionarias, y dijo una vez con gracia que no podía perdonarle á Nínive el haber descubierto á Layard. En España siguió tam-

bién sus instintos radicales, y engañado por ellos, se equivocó completamente acerca de la posibilidad de una Restauración inmediata. Y como esto era sabido en Madrid, su posición fué muy difícil á la llegada de D. Alfonso. Recuerdo que una noche, en casa de la Marquesa de Bedmar, tuvo esta amable señora que rogarme que fuera á hablar con él, porque nadie le dirigía la palabra. Mandado luego á Constantinopla, cuando la Inglaterra tenía tanto que temer de la ambición de la Rusia, desplegó en el servicio de su país mucha habilidad y celo.

Vino también entonces á Constantinopla una nube de corresponsales de la prensa, cuyas cartas pintaban los sucesos según el color político de cada uno. Esta costumbre de enviar agentes de los periódicos existía ya de antiguo; pero la guerra de Crimea le dió aun más importancia. Un inglés, Mr. Kinglake, corresponsal de *El Times*, escribió durante aquella guerra unas cartas muy notables, y después un buen libro, lleno de exactitud é interés. En mi época, el corresponsal de *El Times* era un cierto Gallenga, piamontés de nacimiento, comprometido en las primeras conjuraciones del tiempo de Carlos Alberto, y emigrado después en Londres, donde aprendió con perfección la lengua inglesa. Feo y de aspecto poco simpático, compensaba estos defectos con un talento nada común, y sus cartas, lo mismo que un libro que publicó después sobre aquellos sucesos, serían obras perfectas si no dejase ver en ellas un odio demasiado grande hacia los turcos. Le faltaba imparcialidad.

Mr. Gay, del *Daily Telegraph*, tenía igualmente mucho ingenio, pero formaba contraste con Gallenga, porque se inclinaba más bien á los turcos. Su actividad rayaba en extraordinaria. Periodista de primer orden, no daba so-

siego ni á diplomáticos ni á bajás, y era al mismo tiempo un informador infatigable. No contento con las noticias que se recibían de Plevna, fué él mismo á caballo á visitarla, y entró y salió de ella corriendo grandes riesgos. Su buena presencia y su genio jovial y franco le ganaban muchos amigos.

Otro corresponsal privado, pero notable por sus bellas prendas, era un cierto Olinski, de nación polaco y establecido en Londres, al servicio de los Rotschilds, quienes le enviaban á todas partes para recibir por su medio noticias más fidedignas que las que publican generalmente los periódicos. Sospecho que en su juventud se había comprometido en la insurrección de Polonia, porque desapareció de Constantinopla apenas se acercaron á ella los rusos, como si temiera su encuentro; por entonces no era más que el corresponsal bien retribuído de aquellos opulentos banqueros. Aunque de edad ya madura, su ameno trato y sus modales distinguidos le procuraron pronto muy buena posición en la sociedad de Pera. Era hombre de inmensa lectura, y habiendo hecho su conocimiento le debí mis primeras noticias sobre la literatura sanscrita, á la cual era muy aficionado.

Había, además, otros corresponsales de cuyos nombres no me acuerdo, y á ninguno le debía faltar ocupación en aquellos momentos, porque las noticias de la guerra eran variadas é interesantes. Las que nos había traído Mr. Gay no tenían un carácter muy halagüeño para los turcos, y la Sublime Puerta no ocultaba que en la segunda parte de la campaña la fortuna les sonreía mucho menos que en la primera.

Con efecto, viendo los rusos que no podían vencer con sus solas fuerzas la obstinada resistencia de Plevna, habían

al fin llamado en su auxilio á los rumanos, contrayendo una alianza formal con ellos. La bandera tricolor de Rumanía ondeó unida á las águilas moscovitas, y juntas dieron un nuevo asalto á aquella plaza. Mas tampoco así pudieron penetrar en ella. Entonces fué llamada al campo la Guardia Imperial rusa, y se aceptó también la cooperación de la Servia, la cual volvió á empezar la guerra, á pesar de que acababa de firmar una paz con los turcos. Entre todos debían ascender á más de 200.000 hombres. Añádase, y esto fué quizás lo más importante, que la dirección del sitio fu confiada al ilustre Totleben, que tanto se había distinguido defendiendo á Sebastopol en la guerra de Crimea. Este hábil General cambió luego el plan de ataque, reduciéndolo á un bloqueo en toda regla, y Osmán Bajá, viendo agotados sus recursos, se rindió al fin con todo su ejército, después de seis meses de asedio.

Corrieron luego los rusos hacia el Sud, y á pesar de que el invierno avanzaba y el termómetro marcaba 22 grados bajo cero en lo alto de los Balkanes, no titubearon en pasarlos inmediatamente. Allí rodearon con fuerzas superiores al valiente Suleymán, y le obligaron también á capitular con todas sus tropas. Las avanzadas rusas llegaban ya á Andrinopla, y no había á la mano ningún nuevo ejército para impedir que se acercasen á la capital.

Por la parte de Asia acontecía poco más ó menos lo mismo. Reforzado Loris Melikof, batió á Muktar delante de Kars, se apoderó en seguida de aquella importante fortaleza y ocupó Erzerúm, que es la capital de la Armenia. Orgullosos los rusos con tan repetidas victorias creían ya poder arrojar de Europa á los turcos, como si sus ciudades fuesen pobres chozas de pastores; *quasi tabernacula pastorum.*

Los restos de los ejércitos turcos, batidos y dispersos en los dos teatros de la guerra, empezaron á llegar á Constantinopla, primero á la desbandada, después con cierto orden y al sonido de sus tambores, instrumento turco por excelencia, pues así como los antiguos griegos iban á la guerra al son de las flautas, y los romanos al de las trompas, los tártaros y turcos adoptaron el tambor, cuyo nombre mismo está diciendo su origen. Usan también músicas militares, como los ejércitos europeos; pero las melodías que tocan tienen siempre ese carácter extraño que les viene del Oriente, y que imitó tan bien el divino Mozart, en la marcha turca del *Rapto del Serrallo.*

El aspecto de aquellos soldados, descalzos, harapientos y enfermos, no hizo más que aumentar el desaliento de los turcos. Atacados muchos de ellos del tifus y de calenturas contagiosas, las propagaron en la ciudad. Causó mucha impresión en el público la muerte de varias personas conocidas, especialmente la de una de las damas más inteligentes y agradables del Cuerpo diplomático, esposa del Ministro de Suecia, Ehrenhof, de la cual he hablado en otro capítulo. Llevada de su ardiente caridad, había asistido solícita con otras señoras á los enfermos que llenaban los hospitales, y cogiendo allí las calenturas, murió víctima de su celo.

El terror producido en Constantinopla por este cúmulo de desventuras fué tan grande, que el Sultán estuvo á punto de abandonarla para buscar refugio en sus provincias de Asia. Pero desechó pronto este funesto proyecto, después de haberlo consultado con varios altos personajes de su Imperio en una reunión íntima, á la cual asistió también el Embajador de Persia Mosin Khan, interesado, tanto como los turcos, en que la *Media luna* no desapareciese

del Bósforo. Sabido es que Justiniano, aterrado por los tumultos populares, quiso una vez abandonar á Bizancio, y debió á la presencia de ánimo de Teodora, el haber permanecido en ella. Heraclio también pensó en huir de aquella ciudad, temeroso de los persas, y fué detenido por el animoso Patriarca, que le hizo jurar sobre los Santos Evangelios que no saldría de su recinto. En el año 1878, la entereza de algunos viejos turcos libertó á Abdul Hamid de incurrir en esa vergüenza.

Hubo, además, otras causas que contribuyeron á ello, y en primer lugar la esperanza, siempre viva en los turcos, de que la Inglaterra no podría ver con indiferencia la ruina de la Turquía. Dióle entonces mayor fuerza la propuesta que le hizo aquel Gabinete de ocupar con sus tropas la península de Galípoli, á espaldas de los rusos, y el envío de sus escuadras á la bahía de Besika, cercana á los Dardanelos.

Sin embargo, como los rusos avanzaban siempre, y los turcos se retiraban con precipitación á la capital, el Sultán se apresuró á mandar á los Bajás Server y Namik, primero á Andrinopla y después á San Estéfano, para que concluyeran la paz con los invasores. Ignatief, el terrible Ignatief, estaba allí al lado del Gran Duque Nicolás, esperando á su víctima, y gozoso de poder pronunciar el *¡vae victis!* imponiéndole las más duras condiciones. Sólo que, por fortuna para la Turquía, no se condujo en aquel caso como un negociador discreto, sino como un ardiente panslavista; y exigiendo demasiado, provocó al fin la oposición de otras Potencias. Pidió, naturalmente, la restitución de la Besarabia para borrar hasta la última huella del tratado de París, en lo cual no podía criticársele, pero añadió á esto la formación de un gran Principado de Bulgaria,

que debía comprender ambas Rumelias y extenderse desde el Mar Negro hasta el Archipiélago. Como Layar se lo telegrafió á Lord Beaconsfield, la Rusia quería colocarse á las puertas mismas de Constantinopla.

Llegó, pues, el momento de que la Inglaterra se viera precisada á pronunciar su imperioso: *Quos ego.* Aquel Gobierno había declarado siempre que intervendría en la cuestión el día en que creyese amenazados sus intereses, y no podían serlo más que con el tratado de San Estéfano, en atención á que implicaba la aproximación de los rusos al Mediterráneo. En su consecuencia, puesta antes de acuerdo con el Sultán, dispuso que su escuadra entrase en los Dardanelos, y anunció que las tropas que llevaba á bordo y otras que vendrían de la India, desembarcarían en Constantinopla apenas los rusos amenazasen entrar en ella.

Difícil sería pintar la indignación de la Rusia al conocer este veto de la Inglaterra. Ufana con sus triunfos, que recordaban los de los alemanes en Francia, quería ella también dictar las condiciones de la paz, sin intervención de ningún otro Gobierno. Su orgullo le hacía olvidar que no era lo mismo conquistar dos provincias del Rhin que apoderarse de la península de los Balkanes y amenazar á la misma Constantinopla. Mas á pesar de su amargo despecho, no tuvo más remedio que ceder. La Turquía iba reuniendo dentro de los muros de la capital un buen número de soldados, y la Inglaterra podía sostenerlos con su escuadra y con sus tropas. El Austria no veía tampoco con indiferencia que se formase á su lado una Potencia eslava tan extensa; y el mismo Bismarck, que ya entonces deseaba recobrar la amistad de aquella nación, se sentía inclinado á apoyar sus intereses. Y no sólo el Austria, sino to-

das las demás naciones de primer orden comprendían que el día en que la Rusia se apoderase de Constantinopla, sería ella sola gran Potencia y las otras descenderían *ipso facto*, á un rango secundario. Por fin, la Rusia misma, á pesar de sus victorias, no se hallaba por el momento en estado de empezar una nueva guerra.

Mas aunque la Rusia cedió al fin, lo resistió cuanto pudo y pensó ya en el modo de vengarse, y quizá data de aquel día el hecho importante de la división de Europa en dos campos y en dos alianzas, la una doble y la otra triple. Como quiera, el tratado de San Estéfano fué sometido á la revisión de un Congreso de las grandes Potencias, celebrado en Berlín, donde Bismarck hizo, según él mismo decía, el papel de un desinteresado corredor, y Lord Beaconsfield el de un negociador muy enérgico, que defendió los intereses de su país, mereciendo por ello el ser recibido en triunfo á su regreso á Londres.

Respetó aquel Congreso la parte concerniente á la Besarabia y la independencia de Servia y Rumanía, pero disminuyó el territorio asignado á Bulgaria, organizando separadamente la Rumelia oriental, y dió al Austria la Bosnia y la Herzegovina. Montenegro vió aumentado su territorio, y lo mismo le sucedió poco después á la Grecia, á fin de evitar nuevas alteraciones en ambos países. En cuanto á la vencida Turquía, quedáronle todavía la mitad de la Rumelia, la Albania y la Macedonia, en las cuales domina la población turca; quedóle la codiciada Constantinopla, la más bella y mejor situada de las capitales europeas; quedóle el Bósforo y los Dardanelos, donde están las llaves del Archipiélago y del Mar Negro.

Así lo exigían por el momento la fuerza de las cosas y el equilibrio de las naciones. Así lo disponía la Providen-

cia, en cuyos designios no entra sin duda que ejerza un dominio avasallador ninguna Potencia europea. Quedó subsistente la amenazada Turquía, como subsisten también Holanda y Dinamarca, Portugal y Bélgica. Y tal vez sea interés de todos y aun de la misma Rusia, que exista y se consagre de este modo el derecho de todas las naciones, por débiles que sean, á que las demás respeten su independencia.

Extrañan los rusos que no todos los cristianos tengan, como ellos, el deseo de ver alzada otra vez la Cruz en la iglesia de Santa Sofía. Pero la razón de esto consiste en que ese bello triunfo costaría muy caro, si se comprase con la ocupación de Constantinopla por una nación tan excesivamente poderosa como la Rusia. Otra cosa sería si la ocupasen, por ejemplo, los griegos, cuya fuerza es menor y el derecho más claro y más antiguo.

Y, de todas maneras, á mí me parece que la Rusia tuvo todavía muchos motivos para alegrarse del resultado de aquella campaña. Con ella aplacó la sombra de Nicolás I, irritada por los reveses de Crimea. Con ella recobró la Besarabia y adquirió Kars y Batun. Con ella tuvo la gloria de devolver á los cristianos de Oriente la libertad que habían perdido hacía cuatro siglos. La Servia, la Rumanía y la Bulgaria, le deben su nueva existencia, y quizá no esté lejos el día en que sean también comprendidas en esta lista la Armenia, la Creta y otros territorios.

CAPÍTULO XCIX

Constantinopla, de 1875 á 1878

Constantinopla después de la guerra.—Carácter estoico de los turcos.—Cualidades y defectos de los rusos.—El General Skobelef.—El Embajador Labanof.—Tristes noticias de España.—Muerte de la Reina Doña Mercedes.—Me llaman á Madrid.—Visito otra vez á Atenas.—Atravieso la Italia y la Francia.—Llego á Barcelona y Madrid.—El Rey Don Alfonso piensa ya en contraer segundas nupcias.—Encargo que sobre ello me confía.—Soy nombrado Ministro en Viena.—Instrucciones que recibo de los Ministros.—Ideas del mismo Rey.—Deseos de las señoras de Madrid.—Hago un viaje á Toledo.—Su hermosa Catedral.—Palacio de Carlos V.—Recuerdos de este Emperador y de Padilla.—Voy también á Andalucía.—Parto al fin para Viena.

Ajustada por fin tan desventajosa paz, Constantinopla fué recobrando poco á poco su antiguo aspecto, siendo notable el estoicismo con que todos los turcos sobrellevaron aquella gran desventura. En las visitas que hacía á la Puerta no hallaba señal alguna de tristeza ni de desaliento. Llaman los turcos la Puerta, por excelencia, á la que da entrada al antiguo Serrallo, y también al Serrallo mismo, y al Ministerio de Negocios Extranjeros. Cuya costumbre fué tomada, según dicen, de la Persia, la cual la tomó á su vez de la Asiria. Por cierto que no iba nunca al Ministerio sin acordarme de la ocurrencia de Manolito Gázquez, quien preguntado para dónde eran unos grandes clavos que estaba elaborando, respondió que para la Puerta otomana.

La fisonomía de mi amigo Safvet Bajá, parecía inalterable. Recibíame con el mismo sosiego de otros tiempos, con

el mismo aire noble y tranquilo que es peculiar de su raza. Notábase lo mismo en el gran Visir Edhem, á pesar de que su genio era más vivo. En su palacio era el silencio todavía más completo, pues, como es sabido, los porteros del Visiriato son mudos, á fin de que no revelen ningún secreto. Exprésanse sólo por señas, y para que se vea de qué especie son éstas, referiré aquí un ejemplo: Llegué al Visiriato un día que Edhem se hallaba conferenciando con el Ministro de Rumanía, que era un Príncipe Ghika, pequeño de cuerpo, pero marcial y bien plantado. Preguntéle á uno de los mudos quién estaba con el Visir, y me lo explicó de esta manera. Puso la mano cerca del suelo para hacerme comprender que era un sujeto pequeñito; hizo después el acto de tirarse de unos grandes bigotes, y por último echó la cabeza hacia atrás y dió una gran patada en el suelo. No había duda; era el Príncipe Ghika.

Los soldados se mostraban también resignados con su suerte. Vivían de arroz y agua fresca, y hacía muchos meses que no recibían paga alguna. Mas, á pesar de esto, guardaban un orden perfecto, y sólo algunos más atrevidos pedían cigarrillos á los transeuntes. No hubo que lamentar robos, ni tampoco riñas con los soldados rusos, que venían á visitar la ciudad desde el campo de San Estéfano. Poco á poco fueron recibiendo nuevos uniformes y recobraron su aspecto marcial de costumbre.

En cuanto á los rusos, formaban un gran contraste con ellos. Había consentido el Gobierno turco que los que estaban en San Estéfano viniesen sin armas á la ciudad, y lo hacían en gran número. Y todos parecían joviales y amables, ofreciendo muchos de ellos el tipo de aquel Platón Karataief, valiente, ingenuo y bondadoso, que pinta Tolstoi en su novela de *La Guerra y la Paz*. Su único defecto era

la embriaguez, defecto nacional, pues no sólo ellos, sino los Oficiales y Generales adolecían de él en un grado inaudito. Los soldados beben el aguardiente llamado *vodka* y los Oficiales *Champaña*. Baste decir que el dueño del *Hótel de Inglaterra*, donde los más de los últimos se alojaban, tuvo que dar órdenes á sus sirvientes para que nunca les diesen vino antes del primer almuerzo, porque de lo contrario la mona de la mañana se unía con la de la noche y estaban siempre moros van y moros vienen. Por fortuna tienen el vino alegre y aun tierno, siendo frecuente el ver á los borrachos darse besos y abrazos como si fueran hermanos.

Ni quitaba este vicio nacional que los soldados fuesen valientes y la Plana mayor muy escogida. Radetzky, Gurko y Skobelef, llamaron justamente la atención por su aire militar y elegante. El último, sobre todo, ha dejado una fama casi legendaria por su temido sable, como Pappenheim en Alemania, Murat en Francia y Diego León en España.

Y fué lástima que más tarde se mezclase demasiado en política y pronunciase tales discursos *inter sciphos*, que dieron lugar á que el Gobierno ruso prohibiese semejantes desahogos á todos sus Oficiales.

Hubiera querido el famoso Ignatief volver otra vez á Constantinopla para continuar siendo el tormento de los turcos, pero su Gobierno pensó, sin duda, que eso hubiera sido una falta de tacto. Además, le tenían cierto rencor por haber exagerado la decadencia de los turcos, y porque sus excesivas exigencias habían sido causa de la humillación de Berlín. Sucedíale á Ignatief lo mismo que á tantos otros grandes políticos, lo mismo que á Felipe II, Luis XIV, Bismarck y el propio Bonaparte. Perdió gran parte de su

prestigio por haber traspasado los límites de lo práctico y de lo justo.

Vino en lugar suyo el Príncipe Labanof, que había sido años antes Secretario de aquella Embajada y había tenido que dejar su puesto, porque enamoróse de una bella dama levantina, y correspondido por ella, dió lugar á que se separase de su marido y fuese á vivir con él en la risueña Niza, que ha sido siempre el refugio de tales pecadores. Por fortuna para la ambición de Labanof, el cólera morbo le arrebató aquella hechicera amante, y libre otra vez, consiguió sin dificultad que el Gobierno ruso le perdonase sus extravíos, restituyéndole á la carrera diplomática.

Era hombre de buena edad y de agradable presencia, perezoso para el trabajo de escritorio, pero afable, bondadoso y hábil para negociar y ganar amigos. Amaba mucho los libros, de los cuales tenía una gran colección que llevaba consigo á todas partes, y conocía perfectamente la Historia moderna, con especialidad la de la Revolución francesa, conforme lo demuestra en una biografía de la célebre Marquesa de Coigny, dama de María Antonieta, que publicó por aquella época. Sin embargo, Layard, que no le podía ver, le consideraba poco menos que como un *erudito á la violeta*. Como quiera, sus cortesanos modales y su carácter amable le dieron luego muy buen lugar en aquel Cuerpo diplomático. Las damas del país le agradecieron mucho que, cuando llegó el verano y la temporada de Buyukderé, hiciese venir de San Estéfano la música de un regimiento ruso, para que animara el paseo del muelle, donde la buena sociedad se reunía por las tardes.

Allí venían también á menudo los colegas de Terapia y de Pera; y se hablaba mucho de política, pues á pesar de que la guerra había concluído, no faltaban todavía temas

muy interesantes, como por ejemplo, la compra que había hecho Lord Beaconsfield de las acciones del canal de Suez, y el convenio en virtud del cual adquirió Inglaterra la posesión de la isla de Chipre, en cambio de una protección poco definida de las provincias turcas de Asia. Cayó esta última noticia como una bomba en los círculos de Terapia y Buyukderé, y el Embajador francés Fournier, quien quizá por ser chico de cuerpo era vivo y colérico, puso el grito en el cielo. Labanof pareció sentirlo menos, y Conduriotis, Ministro de Grecia, se alegró casi de ello, porque pensaba, y tal vez no le faltaba razón, que andando el tiempo, la Inglaterra le daría aquella isla á su país, como le había ya dado Corfú y las otras llamadas Jónicas.

Pasaba yo así mi tiempo agradablemente con mis colegas y amigos, cuando llegaron noticias muy tristes de nuestro propio país. La bella Reina Doña Mercedes, cuya unión con el joven Rey D. Alfonso parecía prometer dilatados años de ventura á la familia real y á la nación española, fué arrebatada al cariño de todos por unas calenturas malignas. Según me informaban de Madrid, causó allí esta pérdida una aflicción general, no sólo por sí misma, sino también porque volvía á abrir el problema difícil de encontrar una digna compañera para el joven Rey, su viudo. Cánovas, sobre todo, que á la sazón era Presidente del Consejo, mostraba la mayor impaciencia por resolverlo de la manera más conveniente, y á fin de preparar el terreno en varias Cortes, pensó en dar cuanto antes un titular á la Legación de Viena, la cual estaba vacante por renuncia del Duque de Tetuán, que la había desempeñado por algún tiempo. Y fué fortuna mía que tanto el mismo Cánovas como el Ministro de Estado D. Manuel Silvela, juzgaron que yo podía ser un buen candidato para aquel pues-

to. No me lo manifestaron así desde luego, quizás porque querían que el Rey hablase conmigo antes de decidir mi nombramiento; pero me llamaron á Madrid *ad audiendum verbum.*

Dispúseme, pues, á partir, y no dejó de causarme cierta pena, primero porque no podía ya realizar el proyecto que tenía desde mi llegada y había ido aplazando á causa de la guerra, de visitar el Egipto y la Palestina, y además porque sentía ya afecto á los turcos. Porque me ha sucedido siempre en este punto lo mismo que al viajero de Montesquieu: le hé cobrado cariño á cada país que he visitado, é interesándome en sus destinos, le he deseado prosperidad y ventura.

No pude despedirme del Sultán, porque no sabía yo si mi ausencia sería definitiva; mas luego que fuí nombrado para Viena, tuvo aquel Soberano la bondad de mandarme el Gran Cordón del Medjidié, á cuya honra quedé muy agradecido. El Patriarca de Jerusalén se dignó también agraciarme con la Gran Cruz del Santo Sepulcro, aunque no nos conocíamos más que por cartas.

Hice mi viaje en un vapor de las mensajerías francesas, y toqué en el Pireo, teniendo tiempo para subir á Atenas y dar un nuevo y rápido vistazo al Partenón y despedirme del simpático pueblo griego, que llenaba aquel día las calles por ser la fiesta de uno de sus mártires. Porque los griegos veneran mucho á sus Santos y aun se jactan de que son los más notables del Calendario, según me lo refirió cierto caballero, de nombre Nikopulos, que era uno de mis compañeros de viaje.

Sostenía este buen patriota que aunque el Occidente posee muy grandes Santos de todas especies, ninguno de ellos es superior, en elocuencia, á los Crisóstomos, Basi-

lios y Gregorios, en la austeridad á los Pablos y Antonios, en devoción á la Iglesia á las Elenas, Irenes y Pulquerias. Recordaba también con complacencia las vidas extraordinarias y casi novelescas de un San Atanasio, terror de los secuaces de Arrio, que vivió disfrazado y escondido hasta que murió aquel heresiarca; una Catalina de Alejandría, que tuvo cátedra de filosofía y mereció la triple corona de mártir, virgen y sabia; una María Egipciaca, cuya vida fué el asunto de uno de los primeros poemas castellanos; y también Santa Pelagia, quien de célebre cómica pasó á ser célebre penitente; y el ermitaño Abraham, que se vistió de galán para sacar á su extraviada sobrina de un lupanar de Antioquía, de lo cual tomó argumento para una de sus comedias la famosa monja Rosvita, y otros y otras que sería muy largo referir.

Continuando mi viaje desembarqué en Nápoles, que viniendo de Constantinopla no me pareció ya la primera ciudad del mundo en punto á belleza pintoresca, sino la segunda. Atravesé luego la Italia para despedirme de mi esposa y familia en Florencia, y fuí por mar de Marsella á Barcelona, donde tuve el placer de pisar otra vez el suelo de la patria después de cerca de cuatro años de ausencia.

Aunque Barcelona me agrada mucho, no pude entonces detenerme en ella y pasé luego á Madrid, al alegre Madrid, cuyo cielo es tan risueño y los habitantes tan amables. Presentéme luego al Ministro de Estado, D. Manuel Silvela, célebre abogado y hombre político de tanta instrucción como talento, que parecía nacido para el puesto que ocupaba. Hablaba el francés con rara perfección, porque su madre era francesa y había pasado en aquel país su primera juventud. Tenía muy buena presencia y aun decían que abusaba de ella, galanteando á las buenas

mozas, á pesar de ser casado. Su mujer era muy rica, y esto le permetía hacer como pocos el papel de Ministro de Estado, recibiendo por las noches y dando buenas comidas á los Diplomáticos extranjeros.

Luego que me vió tomó sin demora la palabra y me manifestó en pocas, cuál era el motivo que había tenido el Gobierno para llamarme á Madrid. La muerte de la Reina Doña Mercedes, me dijo, ha dejado al Rey sumido en una grave pesadumbre, porque se amaban tanto como Flor y Blancaflor, ó más bien como Julieta y Romeo, habiéndose unido también en ellos los bandos hostiles de isabelinos y montpensieristas. Prolongar esta situación no sería cuerdo. Urge consolar en lo posible al Rey, dándole una compañera que llene otra vez su corazón. Urge, asimismo, que la Casa Real, donde no hay casi ningún varón, posea cuanto antes una descendencia masculina, que asegure la sucesión de la Corona. Para conseguir todo esto, es necesario que el Rey contraiga lo más pronto posible un segundo matrimonio. Pero el mal está en que no hay por el momentó en ninguna Casa católica reinante, una Princesa adecuada para ello. No existe en Sajonia, no en Baviera, no en Bélgica ni en otras naciones. Las unas pecan de maduras, las otras de niñas. Dicen que hay en Viena una Archiduquesa Cristina, hija de la Archiduquesa Isabel y sobrina del ilustre Archiduque Alberto, la cual pudiera convenirnos. Mas sería necesario conocerla y estudiar su carácter antes de decidirse por ella, y la misión que á usted se le confía, consiste precisamente en que vaya como Ministro Plenipotenciario á Viena, y sin decir nada al principio de las miras del Rey, antes bien, asegurando que no pensará en contraer segundas nupcias antes de que termine el año de su luto, estudiar con sagacidad las cualidades y el carác-

ter de la Archiduquesa Cristina. Vea usted hoy mismo á Don Antonio Cánovas, nuestro Presidente, y mañana probablemente será usted recibido por el Rey, después de lo cual se procederá á su nombramiento.

Pasé de allí á ver á Cánovas en la Presidencia, por cierto que se celebraba Consejo de Ministros, y tuve la rara honra de asistir á él sin serlo. Concluídas las conferencias, quedé sólo con Cánovas, á quien conocía desde hacía muchos años, y tomando él á su vez la palabra, como había hecho Silvela, vino á decirme poco más ó menos lo mismo. Añadióme con todo una cosa que ya había yo sospechado. El Gobierno, me dijo, ha escogido á usted porque teme que, si le confiara tal encargo á un hombre político, éste no tendría la imparcialidad necesaria para juzgar de los méritos de la Archiduquesa. Usted es un diplomático de carrera, que no se halla afiliado á ninguno de nuestros bandos, y eso nos hace esperar que formará sus apreciaciones sin tener en cuenta para nada los intereses particulares de ningún partido. Vaya usted mañana á ver al Rey y en seguida será extendido su nombramiento, si, como no lo dudo, obtiene la aprobación del Monarca.

Con efecto, al día siguiente tuve la alta honra de ver á Don Alfonso. Recibióme en su gabinete particular, y sentándose y haciéndome sentar, me manifestó en primer lugar que se alegraba mucho de conocerme de nuevo, pues aunque me había visto en el año 75 cuando partí para Constantinopla, no se acordaba bien de mí y celebraba que yo no fuera un viejo adusto, como él temía, sino un hombre todavía de buena edad y capaz de juzgar sobre la delicada materia que debía serme encomendada. Con una emoción mal reprimida, me contó después sus amores con su prima la Infanta Mercedes, á quien daba billetes

en Sevilla, á escondidas de sus padres. Ponderóme luego la felicidad que había gozado con ella, y el dolor que había sentido cuando le fué arrebatada por un destino inexorable. Con todo, añadió, ahora es preciso que piense en un nuevo matrimonio, puesto que así lo exige el bien de mi país. Pocas son hoy día las Princesas disponibles. Entre ellas está la Archiduquesa Cristina de Austria. Vaya usted á ver cómo es. No pretendo que posea una extraordinaria hermosura. Bástame que sea agradable y de noble aspecto. Pero lo que sobre todo deseo es que sea discreta y bien educada. Averigüe usted todo esto y escríbame á mí directamente lo que vaya observando. El tiempo no urge, pues no he de entablar los tratos formales hasta que acabe el año de luto.

Informóme después con mucha extensión sobre la Corte de Austria, donde había residido algunos años en el Colegio Teresiano, y sobre varias personas que podrían serme útiles para el objeto que llevaba, y acabó por insinuarme que se alegraría también mucho si yo podía conseguir que el Emperador pensase en el enlace del Príncipe Rodolfo con la Infanta Doña Pilar. Obtenga usted por lo menos, añadió, que el Príncipe venga á hacer un viaje por España, pues es más que probable que, si conoce á mi hermana, aprecie luego sus bellas prendas.

Después de esta conferencia con el Rey fuí á ofrecer mis respetos, en el mismo Palacio, á su hermana mayor la Infanta Doña Isabel, viuda del Conde de Girgenti, y señora no muy bella, pero dotada de exquisita prudencia, la cual tuvo asimismo la bondad de darme sobre la Corte austriaca muchos informes, que debían serme útiles para mi delicado encargo.

Concluídas todas estas entrevistas, tuve la satisfacción

de recibir mi nombramiento de Ministro en Viena y me dispuse á partir. Pero veía entre tanto á mis amigos y comencé á notar que las señoras principalmente, adivinando cuál iba á ser mi misión, mostraban muchas ganas de darme ellas también sus instrucciones. Y con efecto, al cabo tomó la palabra por todas ellas una de las más linajudas, agraciadas y discretas, que fué la Marquesa de Santa Cruz. Su marido ocupaba el alto puesto de Mayordomo Mayor del Rey, y ella misma fué luego la Camarera Mayor de la Reina Doña Cristina. Fuí á visitar una noche á aquella virtuosa dama, á quien he profesado toda mi vida una especie de culto, y cuando me levanté para retirarme, tuvo ella la bondad de acompañarme hasta la primera antecámara, y allí, donde ya no podían oirnos ni su marido ni las demás personas que había en la sala, me dijo que adivinaba perfectamente el asunto principal que llevaba á Viena, y que se atrevía á rogarme que por Dios hiciese de manera que Don Alfonso se casara con una Princesa austriaca, pues de lo contrario podría unirse con otra que de lejos ó de cerca perteneciese á los Orleanes, lo cual no sería nunca agradable á la nobleza española ni á la generalidad del país, hartos ya del influjo de aquella familia. Respondíle, como era mi deber, que si la Archiduquesa no reunía las condiciones necesarias para hacer la dicha del Rey no se la aconsejaría nunca, porque esto debía pasar antes de todo; pero que tendría presente la recomendación que me hacía y que, en tesis general, á mí también me parecía muy atendible.

Informado, pues, ya de los deseos de todo el mundo, me trasladé á la antigua ciudad de Toledo, que era la única, entre las importantes de España, que me quedaba por visitar. Mas ¡ay! ¿Cómo podré decir en compendio las im-

presiones que me produjo? Hállase situada en lo alto de un monte, como Praga, Buda, Granada y Edimburgo, y sus calles son estrechas y tortuosas. Fué un día la capital de los godos, y en ella se celebraron diversos Concilios, que contribuyeron mucho á la cultura de España, la cual, en política y leyes, fué entonces superior á las demás naciones formadas por los pueblos del Norte. Por desgracia duró poco esta relativa bienandanza, y los godos dieron á su vez el mismo triste ejemplo y sufrieron las mismas calamidades que los demás bárbaros. Las disputas teológicas y las que causaba la elección de los reyes, fomentaron continuas guerras civiles, y al cabo los mismos émulos del Rey Rodrigo, ansiosos de destruir su poder, abrieron la España á los árabes. En las orillas del Tajo hay aun algunas frondosas alamedas donde la fantasía del viajero busca la sombra de la hermosa Cava, la cual inspiró á aquel liviano Monarca una pasión que fué también muy funesta para su desdichada patria.

Tomada Toledo por los árabes, fué corte de uno de sus Reyes. Recobróla aquel Alfonso, que tuvo cinco mujeres y era en sus costumbres casi más musulmán que cristiano, y la hizo otra vez la capital de su reino. Mas no conservó mucho tiempo esa situación privilegiada. Devolviósela Carlos V y fué por algún tiempo la ciudad imperial, hasta que el segundo Felipe prefirió fijar su corte en el vecino Madrid, pueblo de mejor asiento, aunque muy frío. Hoy día está Toledo en gran decadencia, y sólo se visita á causa de sus monumentos.

De la época goda conserva alguno restos del palacio de Wamba; de la musulmana una sinagoga de estilo árabe, que es hoy la iglesia de Santa María la Blanca; de la reconquista cristiana una catedral, que es de las más bellas de

España; de Carlos V un grandioso palacio; de Padilla el solar de una casa arrasada. Fuera de la ciudad, á orillas del Tajo, existe siempre la fábrica de armas, que producía antes famosas espadas, y conserva aun cierta actividad. Un tal Zuluaga hacía allí toda clase de objetos, de acero adamascado, que son muy originales y lindos.

El edificio más notable de Toledo es sin duda la Catedral, construída, como la de Burgos, en el siglo XIII, á imitación de las que se elevaban por aquella época en Francia y Alemania. No posee la amplitud ni el bello patio de la de Sevilla, ni la riqueza de la de Burgos; pero está mejor situada que esta última, y tiene la particularidad de ofrecer en sus adornos muchos motivos del estilo árabe y morisco. Las capillas del Cardenal Mendoza y del Condestable, las pinturas de Bellini y Juan de Borgoña, y la estatua de San Francisco, esculpida por Alonso Cano, le añaden mucha belleza. Sus ventanas de cristales de colores, dibujadas por Petrus Petri y otros extranjeros, son quizá las más hermosas de España.

El coro es también soberbio. El célebre Berruguete, el maestro Rodrigo, y cierto Felipe de Borgoña, trabajaron sucesivamente en su rica sillería, conforme al gusto del Renacimiento. Lástima es sólo que desdiga del estilo general del templo. Es como si al Cid Campeador se le pusiera un sombrero con plumas. Tiene también el defecto de hallarse en medio de la nave principal, como el de otras Catedrales de España. Pretenden algunos que este sistema ha sido tomado de las antiguas basílicas cristianas; mas no tienen razón. Según puede verse en San Clemente de Roma y otras de esas iglesias primitivas, el coro se halla en ellas delante del altar; pero no separado ni cerrado con paredes que impiden ver la totalidad del edificio. El motivo más

probable del uso español en este punto lo he indicado ya en otro capítulo.

El Alcázar, que está harto deteriorado, es, sin embargo, grandioso. Empezólo el famoso Herrera y le terminó Covarrubias, adoptando uno y otro el estilo italiano de su época. Allí se recuerda á Carlos V, como en el Escorial á Felipe II. Pero la memoria del padre es más grata que la del hijo. Fué más valiente y generoso: mostróse menos cruel y fanático. No asistía con delicia á los autos de fe ni insistió en establecer la Inquisición en Nápoles, como Felipe en Flandes. Destinando los Países Bajos al hijo que naciera de Felipe y María Tudor, indicó también que le parecían una carga demasiado pesada para España.

Y simpático asimismo es, en su género, el recuerdo del desdichado Padilla. El español amante de su país, que ve ahora las últimas consecuencias de la derrota de Villalar, no puede menos de sentir que aquel heroico varón fuese vencido, y que España no haya tenido desde entonces un poco más de libertad aun á costa de un poco menos de grandeza, y de una grandeza que ha sido para nosotros tan costosa y tan efímera.

Consérvanse aún en Toledo algunos viejos palacios de la época imperial, pertenecientes á particulares, y el criado de la posada me llevó á visitar uno de ellos, cuyas salas están adornadas con esos cueros labrados que llaman guadamaciles. Contenían también arcones moriscos, vargueños, gabinetes y otros muebles esculpidos por los discípulos de Prado y Berruguete, los cuales pueden competir en belleza con los que hicieron luego en Francia los italianos Caffieri y Cucci.

Ha sido siempre Toledo un pueblo muy levítico, cuyos Arzobispos solían levantar tropas y dar muy malos ratos á

nuestros Reyes. El Embajador veneciano Navagero, que la visitó en el siglo XVI, dice que los dueños de todo eran los clérigos. Esto ha cambiado mucho por efecto de nuestras revoluciones; mas conservan aun mucho influjo. Casi todos son carlistas y hacen que sea allí siempre elegido diputado algún fanático.

El aficionado á buenos dulces debe comer en Toledo sus exquisitos mazapanes. Hácenlos de varias formas; pero los más característicos, son los que figuran un águila imperial, como la que está esculpida en mármol, sobre el portal del antiguo Alcázar.

Después de esto fuí á pasar unos días en Cádiz á fin de visitar á mi querida madre y hermanos y despedirme de ellos, y partí luego directamente para Viena, sin detenerme en ninguna otra parte.

CAPÍTULO C

Viena, de 1878 á 1885

Llegada á Viena.—Alegría de su cielo.—La ciudad de los Babenberg.—La ciudad de los Hausburgos.—La Catedral de San Esteban.—Los Capuchinos y el panteón imperial —San Agustín y el monumento de María Cristina.—La Burg ó Palacio imperial.—Otros palacios notables.—Estatuas de Emperadores y Príncipes.—El nuevo Ring ó bulevar.—Construcciones de Francisco José.—Iglesia votiva.—Parlamento, Casas consistoriales, Universidad, Museo y Teatros.—Jardines públicos.—El *Teseo* de Canova.—La ciudad más moderna.—Palacio de Belvedere.—La galería de pinturas.—Cuadros de Rafael, Velázquez y Rubens.—Colección Ambrás.—Galería Liechtenstein.—El famoso Prater.—Sitios imperiales de Schönbrunn y Laxenburgo.

Héteme llegado á la gran Viena. Conocíala ya por haberla visitado cuando volví á Constantinopla, después de la licencia que obtuve en el año 77; de manera que al llegar entonces á ella no recibí nuevas impresiones. Confirmé sólo las primeras, juzgándola una ciudad hermosa, culta y de cielo alegre. Al principio no me fué bien de salud, porque viniendo de Constantinopla, cuyo clima es bastante templado, extrañé la frialdad de aquella nueva residencia. Acostumbréme, con todo, paulatinamente á ella, y acabé por hallarme muy bien. Hay allí la ventaja de que el frío no es húmedo, como en Copenhague y Berlín, sino seco. Lo peor es el viento, que sopla de continuo, y á veces con tanta fuerza, que he visto el caso de que derribase á un cochero de su asiento. Los vieneses, sin embargo, no se quejan de él, y aun pretenden que si no existiera la ciudad

sería muy malsana, á causa de los miasmas del Danubio; por cuya razón, me aseguraron que hay siempre en la Catedral una Misa para pedirle á Dios que no cese. El mal está para las personas de pecho delicado y salud endeble.

Antes de engolfarme en otros temas haré, como de costumbre, una rápida descripción de la nueva ciudad en que me encontraba. Aunque casi todas las capitales de Europa se han formado por aumentos progresivos, en pocas es esto tan visible como en Viena, porque quedan aún muchas señales de su secular crecimiento. Existen allí como tres ciudades diferentes. La una es la antigua Viena de los Marqueses de Austria, de la Casa de Babenberg, la cual era bien pequeña. La calle llamada hoy el Mercado del Carbón *(Kohlen Markt)*, y la que dicen el *Gralen*, ó el foso, están indicando los límites que tenía por un lado; mientras que la plaza llamada *Treyung*, ó terreno libre, marca los que tenía por el otro. Cerca del *Gralen*, en el sitio donde está hoy el Ministerio de la Guerra, se hallaba el Palacio de los Babenberg, según lo indica una antigua lápida. Todo ello se puede andar en media hora.

Viene enseguida la segunda Viena, la Viena de los Hausburgos, á quienes, después de la extinción de la Casa de Babenberg, fué dada la Marca ó Ducado de Austria, destinada á defender el Imperio por aquella parte; y ésta se extendía desde la ciudad más antigua al sitio que ahora es el Ring ó bulevar, y antes era una serie de bastiones que la defendían.

La tercera Viena, ó sea la más moderna, se dilata desde el Ring hasta el final de sus numerosos arrabales.

Visitando una tras otra estas tres ciudades, hallaremos que la primera no encierra casi construcción alguna notable. Por el contrario, la segunda ofrece varias, de las cuales

la principal es la Catedral de San Esteban, empezada en el siglo XII y terminada en el XV. La antigua fachada, con sus dos pequeñas torres, es de estilo románico y bastante mezquina; pero las ventanas laterales y la torre que se levanta cerca del ábside, son más modernas y ostentan el estilo gótico más bello y más florido. La piedra está allí labrada como marfil, y puede decirse sin hipérbole que forma una bella masa de agujas y flores. Domina aquella torre la ciudad, como la Giralda á Sevilla, como el campanario de Giotto á Florencia. La vista que desde ella se disfruta es magnífica.

El interior de San Esteban es también gótico y hace una impresión muy agradable. Con todo, está bastante afeado por una multitud de construcciones modernas. El coro ocupa demasiado sitio. Los pilares de la nave principal están casi ocultos por altares, muy devotos sin duda, pero cuyo estilo no tiene nada que ver con el general de la fábrica. Fáltale, pues, lo que llama Ruskin la *Lámpara de la unidad y de la armonía*, y es de sentir que no haya gusto ni valor para hacer en aquella Catedral lo que ha sido hecho, por ejemplo, en la de Orvieto y en Santa Trinita, de Florencia; es decir, quitarle todas las adiciones modernas y dejarla reducida á la pureza de su primer diseño. Mas así y todo, es San Esteban uno de los más hermosos templos góticos del centro de Europa, y basta para darle á Viena un carácter noble y antiguo.

El sitio en que está edificado San Esteban se encontraba antiguamente fuera de la ciudad primitiva y se hallaba plantado de árboles, lo mismo que el *Gralen*, ó foso cercano. Hoy día no queda más que un tronco, el cual ofrece la singularidad de estar completamente cubierto de clavos, á causa de una añeja superstición, según la cual cada

aprendiz de cerrajero, que llegaba á Viena, acostumbraba clavar allí uno, con la idea de clavar también la rueda de su fortuna. Llámanle el *Stock in Eisen*, ó sea el Tronco de hierro, y hay sobre él la curiosa leyenda de una hada benéfica, que se enamoró de cierto aprendiz y le ayudó á hacer prodigios en su arte.

Las demás iglesias de Viena no corresponden á tan insigne metropolitana. Todas ellas son de poco mérito artístico y han sido reconstruídas ó adornadas en la época en que dominaba el estilo fomentado por los Padres Jesuítas, que consistía en multiplicar los dorados y los mármoles, prefiriendo la riqueza al buen gusto.

La iglesia de los Capuchinos es célebre porque su cripta sirve de panteón á los Soberanos y Archiduques de Austria desde el tiempo del Emperador Matías, en el siglo XVII. Pero lo más particular es que sus ataúdes no están enterrados, sino simplemente colocados en el suelo, como si fuesen baules ó cajas de piano. Algunos son de madera esculpida, otros de latón ó bronce dorado, en forma de sarcófago. Allí está el desdichado Duque de Reichstadt; allí está el todavía más desdichado Maximiliano, sobre cuyo ataud puse una vez una magnífica corona de metal cincelado, por encargo de varios caballeros mexicanos.

San Agustín, que es como la parroquia del Palacio imperial, contiene el bello sepulcro de la Archiduquesa María Cristina, hija de la Emperatriz María Teresa, esculpido por Canova, en el cual es muy notable la figura de *La Caridad*, que sostiene á un anciano y lleva de la mano á un niño. El Duque de Sajonia, Teschem, viudo de la Archiduquesa, lo mandó construir á sus expensas.

Aquella iglesia es famosa por la bella música vocal é

instrumental que en ella se ejecuta durante la misa mayor en las fiestas y domingos. El concurso es muy grande y no todo de devotos, sino también de personas mundanas, inclusas las actrices y las bailarinas de la Opera; de modo que tiene aquello más de concierto que de misa.

San Pedro, en el *Graben*, los Jesuítas y los Minoritas son, asimismo, iglesias muy concurridas. Pero la más de moda y adonde van los domingos á oir la misa de doce las damas más elegantes es la de San Miguel, cercana al Palacio.

Por lo demás, todas ellas están bastante concurridas los domingos; mas no tanto los días de trabajo, entre otras razones, porque no las calientan. Cuentan demasiado con el fervor de los fieles, y éste no basta. Ni cuidan tampoco de su policía interior. San Esteban, por ejemplo, sirve como de calle á los que quieren pasar de un extremo á otro de su recinto, y el frío es allí por eso tan grande, durante el invierno, que se hiela en sus pilas el agua bendita.

El edificio más importante, que se encuentra en la segunda Viena, después de las iglesias, es la Hofburg ó Palacio imperial. Consiste en un caserón inmenso y destartalado, sin estilo de ningún género y compuesto de construcciones de diversas épocas, las cuales se extienden á derecha é izquierda de las habitaciones del Emperador. En su patio principal vense esculpidas las armas de los Hausburgos, cuyo aspecto es muy vetusto. Su interior es más bello que su exterior, y la sala de baile, pintada de blanco y oro, y sostenida por columnas, es muy hermosa. Los muebles, cuadros y tapices corresponden, asimismo, á la idea que uno se forma del Palacio de un gran Monarca. Posee también una linda capilla, á la cual tiene acceso libre el Cuerpo diplomático, y puede oir cuando quiere la

bella música que en ella se ejecuta en todas las fiestas del año.

Forman parte y son como anejos de este gran Palacio la Biblioteca imperial, que es una de las más importantes de Europa; el Museo de Historia natural, muy bien clasificado y completo; el teatro de prosa, llamado de la Burg, y el famoso Tesoro. En este último se guardan las joyas de la Casa de Austria. Coronas deslumbradoras, ríos de brillantes, collares de gruesas perlas, montones de rubíes y esmeraldas, que brillan y centellean, como en los cuentos árabes, y son una fiesta para los ojos del bello sexo. Hay, además, objetos preciosos de cristal y marfil, relojes antiguos, autómatas, como los que inventó Vaucanson, camafeos, joyas de todos géneros, entre las cuales se distingue un famoso salero de Benvenuto Cellini, adornado con una pequeña, pero bellísima estatua de Anfitrite.

Hay también en la antigua Viena varios Palacios de grandes magnates, que tienen noble apariencia. La calle llamada de los Señores *(Herrengasse)* está casi toda compuesta de ellos, como la Vía Nuova de Génova. Pertenecen á los Liechtenstein, Trauttmansdorf, Kinski, Harrach y otros Príncipes y Condes. Por desgracia, la mayor parte han sido edificados ó restaurados en el siglo XVII, por lo cual son del estilo barroco de aquella época, abundando en ellos las cariátides y los adornos de guirnaldas y conchas. Son notables, asimismo, en otros sitios de la ciudad el Palacio de Schwarzenberg, el de Lobkowitz, donde reside de antiguo la Embajada de Francia, y el de Paar, que aloja á la de Rusia. En este último hay muy hermosos salones del estilo Pompadour, ejecutados por obreros franceses, hechos venir expresamente de París en tiempo de la gran amistad del Gabinete austriaco con Luis XV y su

linda favorita. Los Condes de Harrach, Schönborn y Czernin poseen galerías en que abundan los buenos cuadros de las escuelas flamenca y holandesa. Un *Nuestro Señor crucificado*, de Murillo, en la de Czernin, es su joya más preciada y creo sea el único que se conoce de nuestro famoso pintor.

En varios lugares de aquella ciudad hay estatuas ecuestres de bronce de personajes notables, algunas de las cuales no carecen de mérito. La del Príncipe Eugenio de Saboya, temido de franceses y turcos, es de mucho efecto, como también la del noble Archiduque Carlos, vencedor en Aspern, aunque vencido más tarde en Wagram. Ambas son del escultor Fernkorn. La del gran reformador José II, de Zauner, es elegante, y el monumento de Francisco I, del milanés Marchesi, en el patio principal de la Burg, es digno de aquel bondadoso Soberano, que supo luchar con tanta dignidad contra la adversa fortuna durante la tiranía de Bonaparte, y mereció ser apellidado el Padre de la Patria.

Algunas esculturas del género religioso ó alegórico que se ven en varios lugares de la vieja Viena, son de bastante mal gusto. Por el contrario, la fuente de la plaza del Nuevo Mercado *(Neuer Markt)* es una bella obra del escultor Donner. Las cuatro estatuas, que representan los ríos principales del Austria, son de muy buen estilo.

Hemos concluído de describir la antigua ciudad, llegando ya á lo que era antes sus fortificaciones y se ha convertido ahora en un bulevar espacioso, adornado de árboles, al cual llaman Ring ó anillo, porque rodea y ciñe toda aquella parte. El Emperador Francisco José, que ama con pasión la arquitectura, ha emulado á Justiniano y á Luis XIV, haciendo construir á derecha é izquierda de ese bulevar una multitud de edificios de todas clases, con la

notable diferencia que no los ha hecho con el dinero del público, como aquellos Soberanos, sino con el producto de los terrenos ocupados antes por los bastiones, que pertenecía á la Corona. Circunstancia que aumenta el mérito del Emperador, cuya memoria harán imperecedera estos nobles rasgos de generosidad y buen gusto.

Forman estos edificios un conjunto admirable; pero constituyen también una prueba más de que el siglo XIX, ecléctico por excelencia, no ha tenido un estilo propio, como lo tuvieron otros siglos, limitándose á copiar lo que han hecho los anteriores. Es esto tan verdad, que la Ring Strasse de Viena pudiera servir de un Museo de Arquitectura, que no falta más que un edificio árabe para que contenga todos los estilos conocidos. Comenzando por uno de sus extremos, hallaremos el grandioso Arsenal militar, diseñado por el arquitecto Müller, que es de estilo románico. Viene después la linda iglesia llamada votiva, porque ha sido edificada en virtud de un voto hecho cuando Francisco José fué objeto de un atentado en el año 1853, la cual, fabricada por Terstle, es de un estilo gótico florido. Las Casas consistoriales son tambien góticas, aunque de un gusto más antiguo. Más adelante el dinamarqués Hansen, que estudió y residió mucho en Atenas, ha hecho con un estilo griego puro el Palacio del Parlamento, mientras que la nueva Universidad y el Palacio de Justicia, que están á su lado, son del Renacimiento. El Teatro de la Opera, de Siccardsburg, y el de la Comedia, de Hasenhauer, son del género italiano, y del Renacimiento ó italianos son asimismo el nuevo Museo de Pintura, el Industrial y la Academia de Bellas Artes.

Adornan también el Ring los lindos palacios de los Archiduques Víctor y Guillermo, el del banquero Todesko y

muchas hermosas casas, hoteles y tiendas de lujo, que compiten con las de los bulevares de París. Delante de la Academia de Belias Artes hay una bella estatua del popular y simpático poeta Schiller, y en una plaza central se alza la del enérgico general Schwarzenberg, cuya entrada triunfal en París, en el año 1814, puso fin á las guerras de aquella época.

Las nuevas construcciones del Ring han respetado y aun mejorado dos paseos internos de Viena, que son muy lindos. El uno es el llamado Parque de la ciudad (*Stad Park*), que es muy agradable en todas estaciones y contiene frondosas alamedas, en una de las cuales han colocado un busto de Schubert, que fué, después de Mozart, el compositor vienés más apreciado de sus contemporáneos. El otro es el Jardín del pueblo (*Volks garten*), donde durante las noches del verano toca la orquesta del célebre Strauss, otro favorito de los vieneses. En el centro de este jardín hay un templete griego, que encierra el *Teseo* de Canova, obra enérgica y bella, que bastaría por sí sola para asegurar la fama de este escultor.

Enfrente de la Burg, casi en mitad del Ring, han erigido después de mi salida de aquella capital, un grandioso monumento á la célebre Emperatriz María Teresa, que es siempre el ídolo de los austriacos. Ha sido obra de Zumbusch, discípulo brillante del bávaro Schwanthaler, y me dicen que en él ha imitado el monumento de Federico II, que posee Berlín. Dudo, sin embargo, que haya podido igualarlo, porque su autor Rauch, tenía no sólo talento, sino genio, y puede ser considerado, á mi parecer, como el primer escultor de Alemania en este siglo.

Pero pasemos ya el Ring y veamos la tercera ciudad, que se extiende desde allí hasta los últimos arrabales. No

todo es nuevo en ella; pero á lo antiguo se ha unido lo moderno, formando un conjunto notable. Allí está el Palacio dicho Floridiana, habitación del Archiduque Carlos Luis, el que ocupan los Archiduques Raniero, los de Schwarzenberg, Metternich, Nassao y Rotschild, y las Embajadas recientemente construídas por Inglaterra y Alemania. Allí está el Palacio del Belvedere, residencia un día del Príncipe Eugenio de Saboya, y que servía de Museo hasta que fué construído el nuevo del Ring. Allí está el que sirve para la colección de antigüedades, llamada de Ambrás; y por último, en uno de los arrabales se alza un antiguo palacio del Príncipe Liechtenstein, cuya galería de cuadros es comparable con las que tienen en Roma los Príncipes Doria y Borghese.

Y aunque sea muy de prisa, daré aquí alguna idea de las riquezas artísticas contenidas en estas diversas colecciones. La galería nacional ó imperial, que ahora está, como digo, en el nuevo Museo del Ring, y antes se hallaba en el Belvedere, es tan rica de preciosos cuadros que se considera la tercera de Europa central, inferior sólo á las de Dresde y Munich. Limitándome á enumerar sus pinturas más notables, diré que del divino Rafael hay una *Santa Margarita*, un *Reposo en Egipto* y una Virgen con Jesús y San Juan, llamada del *Verde*, por el paisaje que la hermosea. La creo comparable con la del *Jilguero* y con la *Jardinera*.

Del maestro de Rafael, Perugino, hay una hermosa *Virgen gloriosa*. Ticiano ostenta el carmín de su pincel en un magnífico *Ecce-Homo*, una *Lucrecia*, una *Mujer adúltera* y el retrato de su bella amiga, que ha repetido tantas veces. Una *Adoración de los magos*, del Veronés, es rica de tonos plateados y de detalles pintorescos. Moretto de Bres-

cia, pintor poco conocido fuera de Italia, tiene allí una obra maestra en una *Santa Justina*, á cuyos pies hinca la rodilla uno de sus devotos. Es este un gallardo caballero veneciano y ella el retrato de una dama cualquiera, su mujer ó quizás su querida, según la costumbre de aquel tiempo. Pero si el cuadro no inspira devoción, admira en cambio la hermosura de los personajes y la brillantez del colorido. Son asimismo obras maestras dos lienzos del Correggio, que representan, el uno el *Rapto de Ganimedes*, y el otro la ninfa *Yo* abrazada por *Júpiter*, transformado en *Nube*.

De la escuela española existen allí dos excelentes Velázquez, la *Infanta Margarita* y el retrato del autor rodeado de su mujer, la hija de Pacheco, y de todos sus hijos. En color, perspectiva é ilusión puede ser comparado este cuadro con el famoso de las *Meninas*.

De Rubens, del fecundo Rubens, hay una multitud de grandes lienzos; pero el más bello de todos y comparable en brillantez y vigor al *Descendimiento de Amberes*, es un *San Ildefonso*, que recibe la casulla de manos de la Virgen. Forma un gran tríptico, en cuyos lados están los retratos del Archiduque Alberto, gobernador de los Países Bajos, y de su esposa la Infanta Clara Eugenia, hija de Felipe II. No hay en aquella pintura cosa alguna que no merezca alabanza. Es forzoso rendirse á tanta excelencia.

Del discípulo de Rubens, Van Dyck, hay un patético *Cristo crucificado* y un retrato de Carlos I de Inglaterra, repetición de otros del mismo autor. De Rembrandt el de una vieja, que dicen su madre, y que habla con ser pintada.

Vienen luego la *Trinidad*, gran lienzo de Durero; el retrato de *Carlos el Temerario*, de Holbein; un *Médico*, de

Dow, que es obra admirable, países de Ruysdael y Hoblema, muchos Teniers, Breughel y otros flamencos.

La colección de objetos antiguos y curiosos, llamada de Ambrás, fué formada en el siglo XVI por el Archiduque Fernando de Tirol y colocada en un castillo de aquel nombre, de donde se trajo más tarde á Viena. Encierra antigüedades egipcias y romanas, y también, como la *Bóveda verde* de Dresde, marfiles de Italia y Alemania, cristales de Murano y Bohemia, esmaltes de Limoges, joyas y piedras preciosas.

En el lugar de la moderna Viena, edificaron los romanos una ciudad, á que dieron el nombre de Vindobona, y no lejos de ella tenía una quinta el célebre Emperador Marco Aurelio, donde vivió y compuso el libro de sus *Pensamientos*, que es una bella exposición de la filosofía moral de los estoicos. Pero las excavacionas allí practicadas no han dado grandes resultados. Procedentes de ellas hay sólo en la colección de Ambrás una bella estatua de basalto, un Germánico de bronce, una sacerdotisa de Isis, de mármol negro, y varios bustos de Emperadores.

En punto á armaduras son las más notables las de Fernando II, Alejandro Farnesio y el Marqués de Pescara, la última de las cuales hace perder muchas ilusiones, porque demuestra que el marido de Victoria Colonna y el vencedor en tantas batallas, era un hombre pequeño y regordete.

La galería Liechtenstein es, como ya he dicho, comparable con las de Doria y Borghese de Roma, y contiene casi tantos cuadros como la Imperial. No comprende, sin embargo, todas las escuelas, y está compuesta principalmente de las de Flandes y Holanda, donde un individuo de aquella familia, que la fundó, fué por mucho tiempo

Embajador. Citaré lo que más recuerdo. En primer lugar, la *Historia del Cónsul romano Decio*, contenida en seis grandes telas, es una obra maestra de Rubens, que la trató de una manera pintoresca y, por decirlo así, á la Shakespeare. En segundo, el retrato de la joven Princesa de la Tour y Taxis, hecho por Van Dyck, que es quizá el mejor de este pintor de una persona del bello sexo, y otro de un gallardo guerrero, en el cual quieren ver algunos al famoso Wallenstein, aunque no se parece á otros de él más auténticos. Van der Helst tiene también allí un caballero, apoyado en su espada, que llama mucho la atención por su verdad y belleza. Por último, del gran Rembrandt, su propio retrato, con la gorra de terciopelo de costumbre, á la cual ha añadido una pluma muy airosa.

Llaman también la atención de los forasteros, aunque por otros conceptos, las caballerizas del Emperador, que contienen más de doscientos caballos de varias razas, inclusa la española, y una colección de coches modernos y carrozas antiguas de gala, entre las cuales hay algunas adornadas con pinturas que parecen de Rubens, ó por lo menos de sus discípulos.

Para completar la descripción de Viena, queda por mencionar el famoso Prater, que es el sitio á donde acuden de preferencia toda clase de personas para buscar un agradable esparcimiento. Pretenden algunos que fué hecho á imitación del Prado de Madrid, cuando todo lo español estaba allí de moda. Mas en ese caso la copia se ha aventajado al original, porque es cinco veces mayor que el nuestro. Hállase dividido en dos partes; la una plantada de grandes árboles, sirve para que paseen á pie, á caballo ó en coche las personas más elegantes. La otra, abundante de verdes praderas, es como el jardín del pueblo y está

llena de cafés y salas para bailes y conciertos. Llámanle Wurstelprater, ya sea por la cantidad de salchichas *(wurst)* que allí se consumen, ó por los teatrillos del pulchinela *(Hanwurst)*, que antes había en su recinto. En el centro de aquel paseo tuvo lugar la gran Exposición de 1872 y de ella queda todavía un edificio cerrado, dicho la Rotonda, que sirve para exposiciones particulares y espectáculos de toda especie; y en la parte más cercana al Danubio tienen lugar durante la primavera las carreras de caballos, á que son también muy aficionados los vieneses.

A poca distancia de Viena se encuentra el Sitio imperial de Schönbrunn, nombre que significa Bella Fuente y le fué dado por una, que existe en sus jardines, cuya agua es muy hermosa. Equivale á Fontainebleau ó Fontaine Belle Eau de Francia. Empezólo el Emperador Matías en el siglo XVII y lo terminó María Teresa en el XVIII. Su exterior no tiene mucho mérito, pero en su interior hay salones muy elegantes del estilo de Luis XV. El comedor y la galería contigua son piezas muy alegres y muy bellas. Los jardines, de estilo Le Nôtre, con arrayanes y bojes recortados, son espaciosos y amenos. La Casa de fieras y los invernáculos para plantas tropicales llaman mucho la atención. El pueblo de Viena va con placer á aquel sitio, y los extranjeros visitan con interés las habitaciones que ocupó Napoleón cuando abusó de sus victorias, imponiéndole al Austria el tratado llamado precisamente de Schönbrunn, en el año 1809. Todos hallan notable que allí muriese después el joven Duque de Reichstadt, arrebatado en edad temprana por una tisis pulmonar, que le produjo su débil constitución y la vida alegre de Viena. Y pocos hay que no vean en eso un ejemplo patente de los juicios de Dios, que privó de la vida al hijo en la misma alcoba

en que había dormido el padre en los días de su orgulloso triunfo.

Algo más lejos de Viena, en una comarca muy risueña, está el Sitio de Laxenburgo, bello también, aunque sencillo, en cuyo extenso parque han imitado un castillo feudal del Tirol, que encierra cuadros, estatuas, armaduras y muebles de aquellos tiempos antiguos.

CAPÍTULO CI

Viena, de 1878 á 1885

Voy á Buda para entregar mis Credenciales.—Soy recibido allí por el Emperador. Noble aspecto de Francisco José.—Sus grandes cualidades.—Su bondad y sencillez.—Su constancia en las adversidades.—Exactitud con que cumple sus deberes.—De regreso á Viena soy recibido por los Archiduques.—Amabilidad de Carlos Luis.—Belleza de María Teresa.—Luis Víctor, ocioso y elegante.—Alberto, gloria del Austria.—Grande ilustración de Raniero y María.—Bondad de los Toscanos.—Originalidad de Juan Salvador.—Más tarde fuí presentado á la Emperatriz.—Hermosura que conservaba.—Rarezas de su carácter.—Su hijo Rodolfo tiene también las suyas.—Varios Príncipes extranjeros, Cumberland, Nassao y Brunsvick.

Apenas llegado á Viena, solicité audiencia del Emperador para entregarle mis Cartas Credenciales; pero me fué respondido que Su Majestad Imperial se hallaba en Buda Pesth, y que por consiguiente, debía trasladarme á aquella capital, si no quería aguardar su regreso. Y como éste no era probable por algún tiempo, tuve que verificar lo que me indicaban, emprendiendo sin demora mi viaje. Hácese éste en una noche, que pasé durmiendo sabrosamente, sin más interrupción que una en la estación de Presburgo, porque cierta orquesta de gitanos acostumbra saludar allí á los viajeros con su música, á fin de sacarles algunos cuartos. Son estos gitanos de la misma raza que los de España, y tienen fama merecida de buenos instrumentistas. Y no les llaman allí bohemios como en Francia, donde los suponen venidos de Bohemia, sino *zigauner* ó ziga-

nos, cuyo vocablo deriva, al parecer, como el de gitano, de la palabra egipciano, porque los creen originarios del Egipto, aunque lo más probable es que vengan de la India.

Parecióme Buda Pesth un pueblo ó más bien dos pueblos grandes, pero entonces poco bellos. El uno, más moderno, se extiende por el llano á la izquierda del Danubio, y es el llamado Pesth; el otro, más antiguo, está sobre una colina, á la derecha de aquel río, y tiene el nombre de Buda. Allí se halla el antiguo Palacio real, que es pequeño y de escaso mérito artístico, y á poca distancia se divisa un pueblecito, que es en todo igual á las aldeas de Turquía, y parece que está recordando que los turcos ocuparon aquella ciudad por bastantes años, hasta que el Austria los obligó á retirarse.

Estaba, entonces, Pesth, llena de albañiles y carpinteros, que trabajaban con mucho afán en agrandarla con nuevas calles, de las cuales la principal debía llevar el nombre de Avenida de Andrassy. Semejaba aquello á Salento en tiempo de Idomeneo ó á Cartago en el de la Reina Dido. Siete años después, cuando volví allí para asistir á la apertura de la Exposición de 1884, la hallé convertida en una ciudad de primer orden. Por cierto que no le costó poco trabajo al famoso Tisza, que era entonces Presidente del Ministerio húngaro, conseguir que los Diputados aprobaran la cuentecita de varios millones que les presentó con este motivo, porque el cuarto de hora de Rabelais no es grato para ningún deudor.

Obtenida luego mi audiencia, fuí recibido por el Emperador en su Palacio de Buda, y tuve la alta honra de entregarle mis Cartas Credenciales y también la de comer aquel mismo día á su mesa. Hízome Su Majestad la más amable acogida, y me causó la impresión más agradable,

porque, si bien vestía un simple uniforme, como cualquiera otro General, y no tenía manto ni corona, ni cetro ni globo, como los antiguos Emperadores, bastaba para darle prestigio la nobleza de su persona. Conservaba todavía en aquella época muy buen talle y un aspecto muy militar. Parecióme que sus ojos eran bondadosos, lo mismo que su sonrisa. Hablaba poco y con cierto estremecimiento de la cabeza, que es peculiar de su Augusta familia, y cuando se movía ó cambiaba de posición, chocaba un talón con otro, produciendo un sonido muy marcial.

El único defecto de su fisonomía era la boca, cuya forma bastante grande es también una peculiaridad de los Hausburgos, que se perpetúa á pesar del transcurso de los siglos y de los matrimonios que han contraído con otras familias Reales de Europa. Es en ellos un rasgo permanente y característico, como la nariz larga de los Borbones, los ojos saltones de los Wasas, y la obesidad de los Braganzas y Brunsvick. Y según algunos historiadores, viene nada menos que de una cierta Margarita del Tirol, que se casó en el siglo XIV con un Hausburgo, la cual adolecía de ese defecto, á tal punto que fué apellidada *Maultasch* ó Boca Ancha. Sin embargo, en Francisco José era esta falta menos visible, porque la ocultaba mucho con el bigote.

En cuanto á su carácter moral, supe bien pronto que era más notable aun que su físico. Lo primero que resplandecía en él era su bondad. Puédense formar juicios diversos sobre su conducta política; pero todos convienen en que tiene el corazón más humano y generoso del mundo. No se cita ningún acto suyo que ni aun de lejos tenga apariencias de crueldad ó tiranía. Socorrer, ayudar, perdonar ó cerrar los ojos sobre las faltas ajenas, son las acciones

más frecuentes de su vida. Y aunque sabe sostener siempre la dignidad de su persona, puede ser clasificado, esto no obstante, de sencillo y aun modesto. Quejábase una vez el Príncipe Rodolfo á su madre, la Emperatriz, de que el Emperador le trataba con altivez, y ella le interrumpió, exclamando: «No digas eso, hijo mío, porque más pecados de orgullo cometes tú en un solo día, que tu padre en un año».

Pero lo más admirable en el carácter del Emperador es la entereza con que ha soportado los ultrajes de la fortuna. Esta ciega y caprichosa deidad le ha perseguido cruelmente desde su primera juventud; le ha hecho perder batallas decisivas; le ha arrebatado reinos y provincias; le ha expulsado de la Alemania, y le ha colmado de amarguras en el seno mismo de su familia; mas no ha podido nunca abatirle ni hacer que se queje ó murmure. Rara constancia en un Soberano dotado de tan bellas prendas, y que merecía tener mejor suerte.

Porque hay en el día pocos Monarcas que cumplan con mayor conciencia que él los deberes de su elevado cargo. Conforme á las costumbres militares de las Casas imperiales de Rusia, Austria y Prusia, viste siempre de uniforme y á veces no se lo quita ni aun para dormir cuando viaja en camino de hierro. Es siempre el jefe militar de su país, y el primer General del Austria. Lee largos informes de sus Generales, asiste á las maniobras, y va á revistar sus tropas á lejanas provincias, aunque tenga que exponerse para ello á grandes incomodidades. Y no contento con esto, estudia por sí mismo los negocios más importantes de su vasto Imperio. La mayor parte de los otros Soberanos se contentan con que sus Ministros les den cuenta sucinta de los asuntos públicos, aderezando sus relatos de

la manera que más conviene á sus fines. Francisco José lee por sí mismo todos los principales despachos de sus Diplomáticos y de los Gobernadores de las provincias. Tiene también la curiosidad de leer los periódicos más acreditados del Austria y del extranjero, para lo cual se los envían de la Sección especial de la prensa del Ministerio de Negocios Extranjeros, señalándole lo más interesante con lápiz rojo. Durante la comida, en la cual tuve el honor de estar sentado á su derecha, se dignó hablarme de los sucesos de Turquía, y advertí con sorpresa que los conocía con tal exactitud que se veía claramente la atenta lectura que había hecho de los despachos de sus Embajadores.

Es también gran madrugador, y á las ocho de la mañana está ya pronto para trabajar y recibir. Generalmente la primera persona á quien veía era al Conde de Urbna, administrador de su patrimonio particular, con el cual conversaba un breve rato. Leía después toda clase de informes, y por último, recibía separadamente á sus Ministros. Como la Emperatriz se hallaba casi siempre ausente, puede decirse que lo más del año carecía de la vida de familia, por lo cual un viejo empleado de Palacio me dijo una vez que el Emperador era el hombre más solo y desgraciado de todo su Imperio.

En su juventud gustó mucho del baile; después, su distracción principal ha sido la caza, que ama con pasión como todos los de su estirpe, y debía añadir, como todos los austriacos, pues no he visto país en que haya más afición á ese ejercicio. El teatro también le agrada bastante, aunque no tanto que no lo sacrifique á sus deberes. Por lo común en aquélla época, se retiraba de la Opera ó de la Burg poco después de las nueve, á fin de leer periódicos y

papeles antes de retirarse á dormir. Los domingos solía haber comida de familia en Palacio, á la cual asistían casi todos los Archiduques y Archiduquesas presentes en Viena, y decían que gozaba mucho en estas reuniones íntimas. Es, pues, ejemplar como Soberano, y todos convienen en que lo es también como padre y como jefe de la familia imperial.

Debería ocuparme ahora de su conducta política y de sus costumbres. Mas de lo primero trataré en un capítulo separado, y sobre lo segundo diré que le creo bastante irreprensible.

Ciertamente no ofrece en este punto un tipo tan perfecto como el Rey Cristián IX de Dinamarca, ó el Príncipe Alberto de Inglaterra, pero ha sido siempre más correcto que otros muchos soberanos de su tiempo. El vulgo pretende que en su juventud no fué siempre un esposo muy fiel, mas en todo caso no tuvo nunca amores escandalosos como Alejandro II de Rusia ó Leopoldo de Bélgica. Habrán sido los suyos tan cortos que no ha quedado de ellos dato alguno positivo.

Últimamente se ha dicho que estaba muy prendado de una bella comediante del Teatro de la Burg, llamada Schratt, mujer separada de un caballero húngaro. Pero las damas vienesas, que no admiten que su Emperador tenga defectos, sostienen que no se trata más que de una inclinación platónica, y aducen como prueba de ello el hecho bastante singular de que la misma Emperatriz, cuando estaba en Ischl durante un verano, fué un día á visitar á aquella actriz, haciendo ver así que por su parte consideraba inocente la amistad que le manifestaba su Augusto esposo, ó que reconocía por lo menos que viviendo éste casi siempre muy aislado, era natural que buscase alguna

distracción al lado de una mujer, la cual, sobre ser hermosa, es también amable y discreta.

Hecha mi presentación al Emperador y mis visitas oficiales á los Ministros húngaros, y también al Conde Andrassy, que se hallaba entonces en Pesth para asistir á las Delegaciones, regresé inmediatamente á Viena y comencé á solicitar y obtener audiencias de los señores Archiduques. Son éstos 66, porque la Emperatriz María Terela tuvo una multitud de hijos, de los cuales proceden; pero hablaré solamente de los principales, que residían entonces en Viena.

El Archiduque Carlos Luis, hermano segundo del Emperador, era alto y de buena presencia, como aquél, sin más defecto también que la famosa boca grande, heredada de Margarita de Tirol. Hablaba con más facilidad que su hermano y era más franco y afable. Había tenido tres esposas y todas ellas muy guapas, especialmente la última, María Teresa de Braganza, hija del famoso D. Miguel de Portugal. Es difícil ver una Princesa más hermosa. Lo reunía todo, y no había tacha que ponerla. Podíale convenir cualquiera de las pinturas de perfección femenina hechas por los grandes poetas, con tal que le diesen cabellos y ojos negros, y una dulzura que enamoraba á cuantos tenían la dicha de verla. Añádase que era modesta, virtuosa é inteligente. Parece imposible que fuese hija de un padre de tan poco mérito, y sin duda la sangre alemana de su madre había prevalecido en la formación de su carácter.

Tenía el Archiduque Carlos varios hijos de sus tres matrimonios, de cuya educación se ocupaba mucho. Hánle tachado de reaccionario, pero en las diversas ocasiones que me habló, le oí siempre hacer alarde de ideas ilustradas. Lo que sí tenía era un carácter más entero y enérgico que

el Emperador, por cuyo motivo se comprende que cuando murió el Archiduque Rodolfo el partido liberal hiciese todo lo posible para denigrarle, á fin de impedir que subiese al trono si fallecía su Augusto hermano, y no ocultó su alegría cuando murió en edad relativamente temprana.

Luis Víctor es el hermano menor, y vale indudablemente mucho menos que los dos mayores. Jamás le han confiado cargo alguno del Imperio. Es un Príncipe soltero, ocioso, elegante y de buena presencia, aunque algo afeminado, cuya única ocupación es vestir uniformes muy bien hechos, frecuentar el teatro y los salones y hacer la corte á las damas. Y aun en esto mismo es de tal condición, que nunca se oye decir que tenga una verdadera pasión ó tenga relaciones amorosas con alguna. Limitábase á bailar con ellas, decirles flores y convidarlas á unos bailes muy escogidos y elegantes que daba en su lindo palacio. Pasaba por tener opiniones reaccionarias, como Carlos Luis, y con más motivo, á lo que pienso, y mostraba á veces caprichos originales, como, por ejemplo, cuando convidaba á las condesitas jóvenes sin convidar á sus madres, para que el número de damas maduras no fuera muy grande. En otro país no hubieran aceptado, pero allí se respeta tanto á los Archiduques que no se atrevían á rehusar, y confiaban varias jóvenes solteras á una sola de las madres privilegiadas.

El venerable Archiduque Alberto, primo del Emperador é hijo del famoso Archiduque Carlos, formaba el mayor contraste posible con el adamado Luis Víctor. Es difícil hallar un Príncipe de más mérito como militar y al mismo tiempo más natural y afable. La victoria de Custozza le daba una aureola de gloria que realzaban su rara modestia y sus correctas costumbres. Era con razón la gloria de

su país, y tengo por una grande dicha el haberle conocido. Tenía el cargo de Inspector general de los ejércitos austriacos; mas, por desgracia, no podía ya ocuparse mucho, porque le iba faltando la vista de tal modo, que necesitaba que su Mayordomo mayor, el Barón Piret, le avisase cuando alguna persona conocida estaba cerca y quería hablarle. Merecíle muchas atenciones y me manifestaba siempre el mayor interés por la felicidad del Rey y de la España.

Siendo ya anciano y viudo, tenía por familia propia la de su cuñada la Archiduquesa Isabel, y habitaban el mismo Palacio. Era dueño de grandes riquezas, que había heredado de su pariente el Duque de Sajonia Teschen, y poseía una rica librería y una colección de grabados, llamada de su nombre la Albertina, que era muy admirada de los inteligentes.

Hermano de Alberto era Guillermo, muerto no hace muchos años de una caída de caballo, á pesar de que montaba como un centauro. Era bastante más joven que aquél y se distinguía por un carácter vivo, franco y simpático. Instruído y laborioso, tenía á su cargo la Dirección de la Artillería, en cuyo ramo le decían muy competente. Habíale concedido también el Emperador el cargo de Gran Maestro de la Orden Teutónica, lo cual le procuraba una renta muy pingüe. Es verdad que tiene el inconveniente de que los caballeros que la profesan no pueden casarse y hacen voto de castidad; mas no creo que el Archiduque Guillermo tomase esto muy al pie de la letra, porque, según de público se murmuraba, tenía siempre intrigas amorosas con cómicas y mujeres amables. Admiraba mucho á una actriz del teatro de Operetas de la Wien, llamada Finali, que cantaba con bastante gracia *La Mascotte*, y

sin duda por eso le había dado este nombre á su yegua inglesa favorita.

El Archiduque Raniero y su esposa la Archiduquesa María se distinguían entre los demás por sus sentimientos liberales y su grande ilustración. Es él hijo de aquel Archiduque del mismo nombre, que gobernó con tanta prudencia la Lombardía antes de los sucesos del año 1848, y cuya hija, la bella y virtuosa Archiduquesa Adelaida, casó con el famoso Víctor Manuel, entonces Príncipe real de Cerdeña. Instruído y conciliador, como su padre, el joven Raniero fué Presidente del Ministerio á raíz de la revolución y pareció demasiado liberal á los reaccionarios de aquella época. Ha sido después Director de la Reserva, y no ha vuelto á tomar parte activa en la política. Ha viajado mucho y con provecho, y dicen que la egiptología, especialmente, le debe muchos progresos. En la actualidad es Presidente de la Academia de Ciencias de Viena.

Su esposa la Archiduquesa María es hermana de Alberto y ha heredado el talento de ese ramo de la familia. Conoce bien varias lenguas, incluso la española, y se interesa y está al corriente de cuanto pasa en el mundo. Raniero ha sido muy buen mozo; ella sólo agraciada; pero su conversación tiene mucho encanto. Viven en la mayor armonía y acogen á todos con una franca urbanidad, que más parece de particulares que de Príncipes. Los otros Archiduques tienen todos más ó menos cierta secreta simpatía por la familia de Don Carlos y por la causa de éste, que consideran más legítima que la de Isabel II y su descendencia; los Ranieros profesan una amistad muy sincera á esta última. Imposible me sería referir todas las bondades que les debí durante mi permanencia en Viena.

Los Archiduques toscanos de la rama leopoldina, se

distinguen sobre todo por la bondad de su carácter. El mayor, Fernando, habita Salzburgo y viene poco á la capital. Luis reside en las Baleares, y es apasionado de aquellas islas, sobre las cuales ha publicado un libro muy interesante. Carlos Salvador, vive en Viena. Su esposa, María Inmaculada, hija de Fernando II de Nápoles, era entonces una preciosa mujer, con unos hoyitos en las mejillas tan graciosos como los de su tía la Reina Cristina de Borbón. Formaban una pareja modelo y tenían una numerosa progenie.

El Archiduque Juan de Toscana, el más mozo de esta familia, descollaba por su gran talento y por la originalidad de su carácter. Era pequeño de cuerpo, pero de linda presencia. Buen militar, músico y poeta, estudiaba siempre y entendía de muchas cosas. En mi tiempo compuso un baile titulado *Los Asesinos,* tomado de la historia de Hassan, *El Viejo de la Montaña*, que gustó mucho al público. Detestaba los charlatanes, y una vez que vino á Viena uno de esos modernos Cagliostros, que se dicen espiritistas, dió un sarao en su casa y le convidó para que luciese su habilidad; mas luego que quedó la sala á oscuras, hizo que sus criados cerraran de repente las puertas y trajeran luces, poniendo así en descubierto las artimañas que aquel impostor había colocado para llevar á cabo sus tretas.

Escribía folletos militares y políticos; mas, por desgracia, empleaba en ellos unas ideas y un lenguaje que no gustaba en altos lugares y que le atrajeron justas reconvenciones. Un matrimonio muy desigual acabó de hacer imposible su permanencia en Viena. Dedicóse entonces á la navegación y al comercio, y embarcado con su joven esposa en un buque de su propiedad, que mandaba él mismo con el nombre de Capitán Juan Orth, se dirigió á la

América del Sud. Súpose su llegada á un puerto de la Argentina. Después han transcurrido muchos años sin noticia alguna de él ni de su barco, y esto ha hecho creer que naufragó en aquellos mares. ¡Tan triste fué su destino!

El lector habrá observado que visité á todos los Archiduques antes de ser presentado á Su Majestad la Emperatriz Isabel, lo cual es contrario á la etiqueta de las otras Cortes. Pero la razón de esto fué que la Augusta Señora estaba ausente, y además porque no solía tampoco conceder audiencias. La costumbre por ella establecida era que los Ministros extranjeros le fuesen presentados en un baile ó recepción de Palacio. No pude, pues, verla hasta que llegó el mes de Enero.

Conocía yo á la Augusta Señora por sus retratos; mas, á pesar de esto, quedé muy admirado de ver qué bella presencia conservaba aún, no obstante que era ya abuela. No podía decirse que fuese hermosa, porque á fuerza de ser delgada le faltaba casi la persona. Era sí muy esbelta y elegante, y tenía muy bonita cara, muy buenos ojos, unos cabellos hermosísimos, que solía llevar tendidos por la espalda, y un aire noble y majestuoso que la hubiera hecho conocer por Señora de un Imperio, aunque estuviese mezclada entre un millar de otras damas. Su solo defecto, además de la excesiva delgadez, eran los dientes, que tenía bastante feos; por lo cual hablaba con la boca casi cerrada para no enseñarlos, y era difícil comprenderla. Movíase despacio y hablaba también despacio, de modo que el Emperador acababa siempre el Círculo de Corte mucho antes que ella y tenía que esperarla.

Mostrábase en general bondadosa y amable sin sombra de orgulló; mas no gustaba de la sociedad. Fuera de los bailes de Corte, que eran solo dos, y de algunas comidas ofi-

ciales, no veía ni se dejaba ver de nadie. Ni daba audiencias ni iba al teatro, ni paseaba más que por sitios solitarios. Y había dos causas para este retraimiento; en primer lugar su delicada salud, y en segundo, preciso es decirlo, su carácter melancólico y extravagante, propio de los Wittelsbach, según lo hemos visto en los últimos Reyes de Baviera. Sus placeres consistían en montar á caballo y dar largos paseos. En el picadero que hay en las caballerizas imperiales se veían las barreras, que hacía poner para dar saltos, porque no contenta con correr á caballo por los campos, ejecutaba además toda clase de ejercicios ecuestres en aquel reservado recinto. Y decía ella misma por donaire, que esta afición suya no era extraña, puesto que su propia madre no faltaba nunca á las representaciones del Circo cuando estaba en cinta de ella, inspirándole así, aun antes de nacer, el gusto de tales cosas.

Dedicábase asimismo á la esgrima, y el Príncipe de Taxis, Caballerizo Mayor, me contaba una vez que estando un día hablando con el Emperador en el Sitio real de Godolo, cerca de Pesth, le llamó la atención el ruido de espadas que se oía en una cámara inmediata, y notándolo aquél le dijo: No se sorprenda usted; es la Emperatriz, que está tirando al florete.

Cuando yo llegué á Viena asistía todavía á algunas ceremonias públicas, tales como el piadoso Lavatorio de los pies de doce pobres en el Jueves Santo, la procesión que se acostumbra allí hacer en el patio de la Burg el Sábado de Gloria, y la más solemne aun del Corpus Domini. Pero poco á poco dejó de hacerlo, con pretexto de su mala salud. Comenzó también á ausentarse de Viena largas temporadas, viajando por varios países de Europa en busca de climas más templados. En Corfú, que le agradó sobremanera,

hizo que el Emperador le mandase construir una hermosa quinta, á que llamó Aquileion, y que costó algunos millones. Pero pronto se cansó de ella y la abandonó por la célebre cornisa de Italia. Y donde quiera que se hallase hacía siempre la misma vida, comiendo muy poco y dando paseos de muchas millas.

Vino á Florencia en el año 1888, y hacía tan largas caminatas, que los agentes de policía, que por orden del Gobierno italiano la seguían á cierta distancia para asegurar su persona, se rendían al cansancio. La muerte funesta de su hijo aumentó, como era natural, su melancolía y también su continuo desasosiego, y no se sabía ya qué punto de la Europa podía darle una hospitalidad duradera.

¡Desventurada Señora, condenada por su extraordinario temperamento á vagar así lejos de su excelso esposo y del trono en que la había colocado éste, hasta que su vida errante la expuso al fin en Ginebra al puñal de un anárquico infame!

Quédame sólo hablar de su hijo el Archiduque Rodolfo, que entonces era todavía muy joven. Parecióme gallardo y amable. Era rubio, como su augusto padre, y se le semejaba bastante en las facciones; pero en el carácter tenía más de su madre y de la familia de Wittelsbach. Por entonces no mostraba más defectos que los que son propios de la juventud, y parecía tener grande afición al estudio, con especialidad al de las ciencias naturales. Mas observábanse ya en su manera de ser algunas excentricidades notables. Era, no sólo apasionado é indócil, sino también voluntarioso, precipitado y vehemente. En aquella época pasaba todo esto poco advertido; pero se ha recordado mucho cuando algunos años después puso fin á sus días

con un acto de locura, mayor aun que la de su pariente el Rey Luis de Baviera.

Vivían también por entonces en Viena tres Príncipes extranjeros, á quienes era necesario visitar: el duque de Cumberland, el de Nassao y el de Brunsvick. El primero, despojado del Reino de Hannover por las victorias del Rey de Prusia en 1866, era de buena presencia, con el solo defecto de una nariz harto chata. Su esposa la princesa Tyra era hija del Rey Cristián de Dinamarca, y aunque no tan hermosa como sus dos hermanas la Emperatriz de Rusia y la Reina de Inglaterra, tenía muy buenos ojos y muy buen cuerpo. Nassao, desposeído también, ofrecía el tipo perfecto del Príncipe alemán, instruído y afable. Brunsvick, viejo rico y voluptuoso, daba muy buenas comidas y no faltaba nunca á los teatros. La voz pública decía que era tan benéfico, que alojaba y mantenía con mucho decoro á una linda bailarina de la Opera.

CAPÍTULO CII

Viena, de 1878 á 1885

Refiero de qué modo desempeñé los encargos del Rey.—Soy recibido por la Archiduquesa Isabel y por su hija.—Exterior agradable de ambas.—Noticias que adquiero sobre Doña Cristina.—Su bondad y talento.—Su carácter serio y reservado.—Su educación religiosa.—Su instrucción nada común.—El Rey se inclina á tomarla por esposa.—Ella quiere que la conozca antes de decidirse.—Tienen una entrevista en Arcachón.—Confírmase el Rey en su propósito y manda al Duque de Bailén para que pida su mano.—Marcha luego la Archiduquesa á España, acompañada de su madre, y se celebran las bodas en Madrid.—El Príncipe Rodolfo va también á España.—Cómo se desvanecieron ciertas esperanzas fundadas en su viaje.

Debería haber hablado en el capítulo anterior de la Archiduquesa Isabel y de su hija Cristina, futura Reina de España, de las cuales obtuve también audiencia; mas lo he dejado adrede para éste, á fin de poder manifestar al mismo tiempo de qué manera procedí á desempeñar los dos encargos del Rey y su Gobierno.

Recibido por Sus Altezas, quedé agradablemente impresionado por la buena presencia de ambas. La madre, que había sido muy hermosa, conservaba aún bellos restos y tenía un aspecto de suprema distinción, unido á la cortesía más exquisita. La hija, aunque de facciones más Hausburgo, agradaba asimismo por su gracia y frescura. Sus ojos eran lindos, su talle elegante y sus manos tan pequeñas, que no se comprendía cómo podía tocar el piano con la perfección de que tenía fama. Distinguida como su madre,

manifestaba al mismo tiempo más viveza y más carácter. Durante la audiencia ocurrió hablar de un atentado de que había sido objeto poco antes nuestro joven Rey, y noté con placer que Doña Cristina tomaba en ello mucho interés. Temblaba su voz y brillaban sus ojos, como si sintiera no haberse hallado presente para formar con su pecho un escudo á la persona de Don Alfonso.

Quiso la fortuna que á poco de esta primera entrevista comenzaran los placeres del invierno, y como la Archiduquesa asistía al teatro y á los principales bailes, tuve luego ocasión de verla bastante á menudo. Observábala yo con toda la atención posible, y cada día hallaba más motivos para confirmarme en mis primeros juicios. Los trajes de sociedad aumentaban la gracia de su rostro, y la animación de las fiestas no quitaban nada á la nobleza de su persona. Parecía divertirse mucho, como era propio de sus pocos años, pero siempre se veía en ella el reposo y dignidad de su rango.

No contento con examinar estas circunstancias exteriores, procuré también adquirir noticias positivas acerca de su carácter y de la educación que había recibido. Obligábame á ello lo que me había dicho el Rey mismo y lo que me recomendaron los Ministros, y sentía yo también la responsabilidad inmensa que pesaba sobre mí. Considerábame casi como otro servidor de Abraham encargado de buscar una nueva Rebeca. El problema era complicadísimo. Era indispensable que la futura Reina de España fuese tal físicamente que agradara á su joven esposo y prometiese una sucesión de príncipes sanos y robustos, y era todavía más necesario que fuese, no sólo virtuosa á fin de contribuir á la felicidad del Rey y al prestigio del trono, sino también prudente y discreta para no comprometerlo, como

otras Reinas, con veleidades de una política personal y autoritaria.

Acerca de lo primero quedé desde luego satisfecho, pues si bien no podía decirse que la Archiduquesa ofreciese el tipo de una hermosura completa, tenía, como ya lo he dicho, todo lo necesario para ser una joven muy agradable. Añádase que la nobleza de su estirpe era visible en toda su persona. Con esto, un aire de buena y de amable, un buen humor contenido, pero constante, cual se requiere para la dicha doméstica, y un tacto muy superior á sus años.

Por lo que hace á su inteligencia y carácter, su tía la Archiduquesa María Raniero, que la amaba con extremo, me hacía de ella los mayores elogios. Pero no contento con esto, traté de sondear acerca de ello á las señoras que daban el tono en la sociedad, y todas me repitieron que la creían buena é inteligente. Supe también por otras menos encumbradas, pero que la conocían muy de cerca, que no obstante lo festivo de su genio, eran notables en ella la seriedad y la reserva que usaba en todas sus cosas, de tal manera que jamás desahogaba sus desazones con persona alguna, ni hacía á nadie confidencias.

Era mi director espiritual en Viena un eclesiástico muy ilustrado, y de éste me valí para averiguar cuál había sido su educación moral y religiosa, pues aunque él mismo no conocía á la Archiduquesa, era amigo personal del sacerdote que la había instruído, y por su medio supe que no sólo había aprendido el catecismo en su niñez, sino que después había continuado recibiendo lecciones de religión en edad más adulta, pudiéndose decir que poseía en esta materia una instrucción superior á la generalidad de su sexo. Y lo mejor, en mi concepto, era que si bien su piedad

era notoria, como la de todas las damas de su familia, no se debía llamar una piedad gazmoña, sino ilustrada. Pues es necesario saber que aunque el Austria es un país tan católico como el nuestro, no han pasado allí en vano la guerra de treinta años y las reformas del Josefismo; y á esto se debe que los austriacos en general sean menos intolerantes que los españoles y también menos fanáticos. Ningún Príncipe ó Princesa austriacos se dejaría influir, como la Reina Isabel II, por una monja alucinada y visionaria.

En fin, por lo que hace á estudios generales, habíalos hecho de varios géneros. Conocía bien la Historia y la Literatura; hablaba con perfección, además de su propia lengua, el francés, el inglés y el italiano, lo cual le permitió aprender pronto el español con un maestro que le mandó el Rey apenas estuvo decidido su casamiento. Tocaba también el piano con mucho gusto, y en cuanto á bailar, bastaba que fuese austriaca para que lo hiciera con gracia, pues es aquel uno de los países de Europa en que más se cultiva ese arte encantador.

Bello retrato en verdad, dirá tal vez alguno; pero ¿no tenía sombras? ¿No se veía ninguna imperfección en esa rara Princesa? En aquel tiempo no; después sí. Porque la suspicacia ha creído descubrirlas cuando el destino quiso que Doña Cristina pasase de la posición secundaria de esposa de Don Alfonso á la de Reina Regente de España. Brillaron entonces sus raras virtudes, con especialidad su prudencia; mas al propio tiempo quisieron notar algunos que Doña Cristina tenía en cierto modo los defectos de sus cualidades. Vieron ó creyeron ver que, nacida con un temperamento frío, su prudencia y su reserva estaban unidas con un disimulo que rayaba á veces en astucia, y una cier-

ta indiferencia bastante parecida al egoísmo. Mas en primer lugar, ninguna de estas cosas se advertían en la época de su casamiento, y además, aunque se hubieran advertido no creo que habrían parecido graves faltas, especialmente lo primero, pues en general, se conceptúa más bien cualidad inapreciable para el difícil arte de reinar.

Habíame encargado el Rey que además de los despachos que enviaba al Ministro de Estado le escribiese también á él directamente, comunicándole todas las noticias que adquiriese sobre la Archiduquesa; honra singular y casi única en esta época, á causa del régimen constitucional, que no consiente las relaciones directas del Soberano con sus agentes; y conformándome á este deseo, que por lo demás era conocido de los Ministros y consentido por ellos, tratándose de un asunto que interesaba tanto á la dicha personal de Don Alfonso, empecé desde luego á dirigirle algunas cartas en las cuales le manifestaba el resultado de mis indagaciones y también mis propios juicios. Y habiéndole comunicado todo lo que antecede, observé con placer que se mostraba muy complacido de ello. «Cada día considero mejor la idea de esa boda, me decía en 25 de Febrero. En los retratos me parece muy agradable; está en mejor edad que ninguna otra Princesa católica de Europa, y ha sido educada en una Corte en que tiene que haberse acostumbrado al trato de las gentes más que ninguna parte. Además, me fío mucho en la impresión de usted».

A pesar de la reserva que todos observábamos empezó luego á sospecharse cuáles eran las miras del Rey, y noté con gusto que no sólo no hallaba aquel proyecto de boda oposición alguna por parte de la Corte austriaca, sino que la nobleza misma de aquel país, en general independiente

y bastante inclinada á Don Carlos, por las razones que he expuesto en otro lugar, veía con gusto la probabilidad de que una Archiduquesa se uniera en matrimonio con el entónces Rey de España. El Nuncio Luis Jacobini, que era muy amigo mío, y no pocos de mis colegas extranjeros, se manifestaban también partidarios de aquel enlace.

En España, igualmente, era muy general la aprobación que merecía, porque se han conservado allí siempre muchas simpatías por la familia de Austria, que, si degeneró pronto y nos dejó una grandeza muy ficticia, nos dió en cambio bastante gloria. Había, con todo, algunas personas contrarias á la boda. El Rey mismo se dignaba decirme en carta del 26 de Abril: «Todo lo que usted me dice de la Archiduquesa, me hace arder en deseos de conocerla. Además, he visto cierta prevención contra ella por parte de algún diplomático extranjero y de algún hombre político español, y eso no hace más que confirmarme en mi parecer. Una circunstancia igual decidió mi boda con la Infanta Mercedes, y no digo más, pues en esta sucederá lo mismo». El diplomático á que aludía el Rey, no podía ser otro que el representante de la Francia. Cosa curiosa que una República quisiera también imitar las impertinentes pretensiones de Luis XIV y Napoleón, impidiéndonos casar á nuestros Reyes y Reinas de la manera que más nos agrade, y se ve cuánta razón tenía Lord Palmerston cuando decía que las ambiciones de la Francia son siempre las mismas y están como pegadas á las paredes de sus Ministerios, por lo cual son contagiosas y se comunican á todos sus Gobiernos.

En cuanto al hombre político de que hablaba el Rey, no acierto á adivinar cuál fuese, pues ni los liberales ni los conservadores podían indicar una Princesa alemana ó bel-

ga que fuera de edad proporcionada para Don Alfonso; y en cuanto á los montpensieristas, la muerte de la última hija del Duque, acaecida poco después de la de Doña Mercerdes, los había dejado sin candidatura para una nueva boda. Mas de todos modos, éstas no constituían más que contadas excepciones, y la aprobación del público era, como digo, muy general en todas partes. En Viena todos me acosaban á preguntas, á las cuales respondía yo al principio evasivamente, recordando el luto que aun llevaba el Rey; hasta que terminado éste pude confesar sus intenciones.

Y fué ya también necesario hablar sobre ellas á la Señora Archiduquesa Isabel y á la misma interesada. Mostráronse ambas muy complacidas, como era natural; pero la Archiduquesa Cristina puso al punto una condición para su aquiescencia, que no dejaba de ofrecer dificultades. Quería absolutamente la Augusta joven que el Rey la viera antes de pedir oficialmente su mano. «Quiero, me dijo un día, que me conozca antes de contraer compromiso ninguno, á fin de que no pueda nunca decir que se casó conmigo sin saber si era yo tal como él lo suponía».

Había, en mi sentir, dos motivos para que la Archiduquesa obrase de esta manera: primero, su amor propio de mujer, que no quería ser tomada únicamente por razones de conveniencia ó de política; segundo, el carácter de las alemanas, naturalmente sentimentales y románticas. «Si después de verme, me pide, pensaba ella sin duda, será señal de que le agrado. Si no me ve antes, ¿cómo sabré yo nunca su verdadera opinión sobre mi persona?»

Participé en seguida á Don Alfonso este deseo de la Archiduquesa, y no sólo le pareció natural, sino que se ocupó al instante del modo de satisfacerlo. Ocurrían, con

todo, varias dificultades para ello. Los Ministros, especialmente el Marqués de Molíns, que lo era á la sazón de Estado, se inclinaban á la política que llamaremos de Tirteafuera, por lo mucho que se parece á la del famoso médico de Sancho, y no querían que el Rey se alejase, diciéndole, entre otras cosas, que la Constitución se lo prohibía, á menos de pedir antes licencia á las Cortes y establecer una Regencia, lo cual traería consigo varios inconvenientes. Y cuando yo le escribí al mismo Marqués, encareciéndole la oportunidad del viaje, me recordó en su respuesta aquellos conocidos versos de un antiguo romance:

Muchos daños han venido
Por los Reyes que se ausentan.

Proponía Molíns en vez de eso, que la Archiduquesa fuese á Madrid, acompañada de su madre, con pretexto de visitar la España. Mas esto era obligarla á que hiciese ella á los ojos del mundo, el papel de pretendiente y exponerla á un desaire, si el Rey no la encontraba de su agrado. Así, pues, insistieron las augustas señoras é insistí yo con Molíns, á quien, para pagarle en su misma moneda, dándole versos por versos, le hice reflexionar que, si oponíamos tantas dificultades al viaje del Rey, podía la Archiduquesa imaginarse que España era un país de donde no se salía nunca, y que veía escrito en el puente del Bidasoa:

Lasciate ogni speranza ó voi che entrate.

Propuso entonces Molíns Biarritz para lugar de las vistas; mas esto no agradó tampoco, ni á la Archiduquesa, porque era casi lo mismo que ir á España, ni al Rey, porque en aquel pueblo, tan lleno de españoles y forasteros, no hubiera tenido la libertad necesaria.

Entre tanto, el Rey me escribía asegurándome que no

deseaba menos que la misma Archiduquesa el ir á hacer su conocimiento, y añadía: «tan cierto es esto, que si ella insiste en que vaya á Viena, lo haré á pesar de Molíns y de todo el mundo, pues desde ahora quisiera probarle que, más que una corona, deseo ofrecerle un corazón y las felicidades de la familia». Y como cuando se quiere una cosa hay siempre medio de hacerla, se le ocurrió, por fin, al Rey que Arcachón, pueblo de mar situado á poca distancia de Burdeos, podía ser un lugar muy oportuno para la entrevista, porque se halla más lejos de España que Biarritz, y no era tan violento que fuesen hasta allí las Archiduquesas, ni necesitaba tampoco D. Alfonso permiso de nadie para un viaje tan corto. Agradó mucho en Viena esta propuesta, y aceptada por todos, marcharon luego las dos egregias damas, acompañadas de sus respectivas servidumbres.

Quedéme yo, entre tanto, con algún recelo, porque en materia de gustos no hay reglas fijas y podía ser que Doña Cristina no fuese del agrado del Rey. Pero pronto salí de mi ansiedad por varias cartas del mismo Monarca, en las cuales se mostraba prendado de la Archiduquesa, no sólo por su mucha discreción, sino también por la gentileza de su persona. Agradóle todo en ella, y no dejó de notar sus pequeñas manos, que calificaba de una monada. Felicitéle al punto por ello, y entonces el enamorado D. Alfonso, que tenía todavía un corazón joven y no se había contagiado con la intimidad de amigos estragados é indiscretos, me decía, entre otras cosas, lo siguiente:

«Muchas gracias por sus calurosas felicitaciones, que sé, á no dudarlo, ser las más sinceras que pueda recibir, y á mi vez debo dárselas á usted, con todo mi corazón, no sólo por sus anteriores cartas, sino también por sus esfuer-

zos; por lo mucho que ha contribuído al estado de cosas actual, á la nueva felicidad que entreveo en el horizonte. Usted podrá decir que ha devuelto un alma á quien la había perdido, y por consiguiente, que de medio hombre, me ha puesto en el caso de tener que portarme por dos. De mi pasión, aunque en tan pocos días parezca mentira, nada le digo, pues ya la conoce.»

No cabía, pues, duda. Doña Cristina era del completo agrado del Rey. Y por otra parte, el Rey había agradado por extremo á Doña Cristina, según lo supe por la Archiduquesa, su madre, y por las damas que la acompañaron á Arcachón. Por consiguiente, podía decirse con verdad que aquel enlace iba á ser un matrimonio de inclinación. Y puesto en claro este punto, todo marchó después como sobre ruedas y con la mayor facilidad del mundo, á lo cual contribuyó mucho la salida de Molíns del Ministerio para volver á su Embajada de París, y la entrada en su lugar del Duque de Tetuán, que era persona menos meticulosa y formalista.

Restituído el Rey á Madrid, se apresuró á mandar al Duque de Bailén, como Embajador extraordinario, para que en su nombre pidiese oficialmente la mano de la Archiduquesa. Era el Duque un Grande de España, sobrino de aquel famoso General Castaños, quien ganando la batalla de Bailén sobre las tropas de Napoleón I, le dió á España la gloria mayor que ha tenido en el pasado siglo. General, como su ilustre tío, tenía un aire bastante marcial, no obstante su mediana estatura. Además, sus modales eran corteses y su carácter amable; por lo cual y por el nombre que llevaba, fué muy bien recibido en Viena. Hubo en su obsequio una gran comida de Corte en el Palacio imperial y otra en el de los Archiduques Raniero, á que asistió natu-

ralmente, con su augusta madre, la Archiduquesa Cristina, en cuyo rostro se leían los sueños de ventura que le era ya lícito formar.

Tratóse en seguida de la redacción del contrato de boda, y el Emperador quiso que tuviese la forma de un convenio diplomático, concluído entre los dos Gobiernos. Oponíanse á esto en Madrid, alegando que tales actos no eran posibles de parte de un Gobierno constitucional, en lo cual padecía equivocación, según se lo pude probar á nuestro Ministerio, citándole varios, que habían sido hechos en países constitucionales y modelos del moderno derecho público. El uno era el que pactó el matrimonio del Rey Leopoldo de Bélgica con una hija de Luis Felipe, y el otro el del Príncipe Alberto de Coburgo con la Reina Victoria de Inglaterra, conforme se puede ver en tratados recientes de Derecho internacional y especialmente en la *Guía* del Barón García de la Vega, exacto tratadista belga. Y si yo insistí en esto fué porque me parecía conveniente que no nos opusiéramos sin motivo á un deseo natural del Austria, y porque, tratándose de un país, como el nuestro, que había pasado pocos años antes por tantas alteraciones y revueltas, era oportuno dar la mayor seguridad diplomática posible á la situación de la futura Reina. Y convencido al cabo nuestro Gobierno, cedió en su infundada resistencia, contentándose con que se extendiese también en Madrid otro acto autorizado por el Ministro de Gracia y Justicia, como Notario mayor del Reino.

Quedaba después de esto otra formalidad que llenar, y era la renuncia, que según la Pragmática vigente en Austria desde el tiempo de María Teresa, debía hacer Doña Cristina de todos sus derechos á la Corona imperial, tanto por sí como por sus descendientes de ambos sexos, al con-

traer matrimonio con un Príncipe extranjero. La cual tuvo lugar con imponente ceremonia en el Salón del Trono del Palacio imperial de Viena.

Reuniéronse allí á las dos de la tarde los Altos funcionarios de la Corte y del Estado, los Caballeros del Toisón de Oro y los llamados Consejeros íntimos, todos de grande uniforme y adornados con cruces y bandas, y cuando llegó el Emperador y se colocó en pie debajo del dosel, fué el Conde de Huniady, Maestro de ceremonias, á llamar á la Archiduquesa Cristina. Entró luego esta augusta señora sola y se adelantó atravesando el salón y saludando á los que en él se encontraban. Estaba yo entre ellos y jamás olvidaré el aire modesto, pero noble y tranquilo, con que se presentó Doña Cristina. Y como la mayoría de los presentes se componía de ancianos encanecidos en el servicio de su país, el contraste que ofrecía con ellos su lozana juventud conmovía á todos.

Venía vestida con suma elegancia y parecía ya una Reina. Adelantóse el Emperador á recibirla, y haciéndole la debida mesura la puso luego á su lado. Entonces el Mayordomo Mayor, Príncipe de Hohenlohe, le entregó el acta de la renuncia, que ella leyó con voz clara y segura. Invitóla después á que se dignase firmarla en una pequeña mesa colocada á la izquierda del trono. Hízolo así la futura Reina, y acto continuo tuve yo la alta honra de poner también mi firma debajo de la suya en aquel importante documento. Acercóse luego el Emperador á la Augusta Señora, y salieron juntos del salón, respondiendo con risueños saludos á las profundas reverencias de los circunstantes.

Preparábanse entre tanto en Madrid las fiestas con que debían ser celebradas las Regias bodas, y la futura Soberana salió ya de Viena el 18 de Noviembre de aquel año

de 1879, á fin de llegar á Madrid antes del 29 del mismo mes, que era el día señalado para la ceremonia. Acompañaba á Doña Cristina su Augusta madre la Archiduquesa Isabel, con un lucido séquito de ambos sexos. Las señoras eran: la Princesa de Pallavicino, noble y distinguida dama, que hacía funciones de Camarera Mayor de la futura Reina; la Condesa Taaffe, hermana del Conde del mismo nombre, que fué Presidente del Consejo austriaco, Camarera Mayor de la Archiduquesa Isabel; la Condesa Daun, Dama de honor de la misma, y las Condesas Irma Andrassy, sobrina del Ministro de este apellido, y Enriqueta Cappy, hoy Condesa de Buquoy. Estas dos últimas, ambas muy lindas, tenían poco más ó menos la misma edad que la Archiduquesa Cristina, y eran sus damas de honor.

Los señores eran: el Príncipe Fernando Kinsky, Caballero del Toisón, y uno de los magnates más ilustres de Austria, el cual funcionaba como Mayordomo Mayor de Doña Cristina; el General Barón Schloissnig, Mayordomo Mayor de la Archiduquesa Isabel, y los Condes de Bellegarde y de Mitrowski, gentileshombres del Emperador, puestos al servicio de la futura Reina.

Fueron también á Madrid para asistir á las Regias bodas, el Archiduque Raniero y su esposa la Archiduquesa María, tíos de Doña Cristina, acompañados del gentilhombre Barón Glaubig y de la Baronesa Inés de Frauttenberg, Dama de honor. Esta última merece una mención especial, porque se distinguía entre todas las otras señoras de la comitiva por su discreción y cortesía. Morena y de ojos negros habría podido pasar fácilmente por una española, y su talento natural, unido á su gracia vienesa, la hacían muy agradable.

Verificáronse los desposorios con la suntuosidad propia

de nuestra Corte, y Don Alfonso se mostraba cada día más prendado de su nueva esposa, cuyas alabanzas resonaban ya por todas partes. El Gobierno parecía también muy complacido del suceso, y se sirvió manifestarme su satisfacción enviándome la Gran Cruz de Isabel la Católica. Por su parte, el Emperador Francisco José tuvo la bondad de conferirme la de Leopoldo, que es de las más apreciadas de Austria. Pero lo que más me lisonjeó fué que la nueva Reina se dignase darme antes de marchar su propia fotografía, escribiendo al pie de ella estas palabras: *Como recuerdo de su agradecida María Cristina.* Y al poner el pie en España, tuvo asimismo la delicada atención de enviarme desde San Sebastián un telegrama, en el cual me decía amablemente: «Llegada con felicidad á España, mi nueva patria, le mando á usted mis más finas expresiones».

Terminadas las fiestas de Madrid, volvieron á Viena tanto la Archiduquesa Isabel como los Archiduques Raniero y María, y todas las personas que habían ido á España con ellos y con la Reina, las cuales venían enamoradas del Rey y encantadas de cuanto habían visto en nuestro país. Sólo la Condesa Taaffe murmuraba un poco, porque estuvo á punto de asfixiarse en el Pardo, donde se alojaba, á causa de un brasero mal encendido que le habían puesto en su cuarto. Y algunas de las damas se sentían tan entusiasmadas que se dedicaron luego seriamente al estudio del español, y no sólo leían *La Epoca* y *El Imparcial*, que recibía la Archiduquesa Isabel, sino también las novelas de Fernán Caballero, Valera y Galdós, y las poesías de Grilo, Becquer y Núñez de Arce.

Y terminada ya la relación de este gran acontecimiento, fáltame sólo referir cómo cumplí también el otro encargo que me había dado el Rey acerca del Archiduque

Rodolfo. Lo más urgente y lo que más dependía de mí era que el Príncipe hiciera un viaje á España, y esto tuve la satisfacción de conseguirlo, aun antes de que el Rey fuese á Arcachón. Rodolfo fué, en efecto, á nuestro país y vió algo de él, si bien muy deprisa, como acostumbraba á hacer todas sus cosas. Detúvose, con todo, en Madrid, y asistió á un baile de Corte, dado en su obsequio, en el cual ocurrió un incidente muy notable. Preguntóle el Rey al Príncipe cómo le parecían las varias jóvenes de la aristocracia allí reunidas, y él le respondió que las hallaba en general demasiado rubias para su gusto, y que la que más le agradaba era una hija de la Duquesa de Sotomayor, la cual tenía pelo negro, ojos negros y la tez bastante morena, como las mujeres de Andalucía. El mismo Rey me lo refirió dos años después, y yo lo recordé mucho cuando supe la funesta pasión de Rodolfo por la Baronesa María Vetchera, que era precisamente de ese mismo tipo.

En cuanto á la Infanta Doña Pilar, nada habló de ella Rodolfo con el Rey, y de todos modos la muerte prematura de esta desventurada dama, acaecida poco después, cortó en flor las esperanzas de su enlace con aquel Príncipe. Rodolfo se casó al fin dos años después con la Princesa Estefanía de Bélgica, muy bella ciertamente, pero rubia, como Doña Pilar, y, por consiguiente, poco conforme á su ideal de belleza; y más adelante referiré el fin tan lamentable que tuvo aquel matrimonio principesco.

CAPÍTULO CIII

Viena, de 1878 á 1885

Conducta política del Emperador.—Antecedentes históricos.—Aquel Imperio es una federación de Estados muy diferentes.—Dificultad de gobernarlos.—El Príncipe de Metternich exageró el absolutismo.—La revolución del año 1848 le derriba.—Francisco José lucha contra ella; pero vencedor al principio, fué al fin vencido.—Por no ceder á tiempo pierde sus posesiones de Italia y su supremacía en Alemania.—Mayor prudencia que ha demostrado después.—Establece el dualismo entre Austria y Hungría.—Otorga instituciones liberales á todos sus pueblos.—Las mantiene con lealtad en medio de las furiosas pasiones de alemanes y checos.—Acepta la Bosnia y la Herzegovina y hace alianza con Alemania é Italia.—Merece un lugar muy distinguido entre los Monarcas de su siglo.

Habiendo ya dado cuenta de lo que se refiere al casamiento del Rey con la Archiduquesa María Cristina, razón será que vuelva á ocuparme del Emperador Francisco José, considerando su conducta política. Mas el asunto requiere que haga antes una breve reseña de la historia de aquel Imperio.

Sabido es que la Nación alemana, dividida ya en tiempo de Tácito en más de 40 pueblos diferentes, formó siempre un conjunto de Estados casi independientes, entre los cuales adquirieron sucesivamente la supremacía algunas Casas ilustres, como las de Sajonia, Franconia y Suabia, cuyos Príncipes, más afortunados ó belicosos que los demás, constituyeron un Imperio electivo.

Largas fueron las luchas que estos Emperadores sostu-

vieron, ora con la Francia, ora con la Santa Sede y las Repúblicas de Italia, victoriosos las más veces, vencidos otras, y siempre mal seguros y mal obedecidos en la misma Alemania. Al fin vino un período de completa anarquía, después del cual fué dado el trono imperial á Rodolfo de Hausburgo, que era un simple Conde de Suiza; pero notable entre los Príncipes de aquel tiempo por su religiosidad, valor y fortuna.

Todo el mundo conoce la linda balada de Schiller, que ha inmortalizado la piedad de aquel Monarca, cuando al llegar al vado de un río, encuentra un sacerdote que llevaba el Viático á un enfermo, y le cede su caballo, continuando á pie su camino. Su posteridad ha conservado siempre el mismo carácter piadoso, unido al valor y á la energía.

Refieren en Viena que cierto Conde Mülinen, hablando una vez con el Emperador Francisco I, tuvo la sandez de recordarle que su familia tenía el mismo origen que la suya, puesto que sus antepasados eran también Condes de Suiza, como los abuelos de Rodolfo. A lo cual le respondió con gracia el Emperador: «Muy cierto es eso que usted dice; pero convendrá conmigo en que los Hausburgos han hecho mejor carrera». Y en efecto, no hay casi ninguna otra familia real en Europa que le aventaje en crecimiento, brillo y ventura, habiendo llegado con Carlos V á un apogeo de poder que no había tenido su igual desde los tiempos de Carlomagno. Sus armas fueron en general afortunadas, y extendió también su dominio por medio de ventajosos matrimonios, lo cual dió lugar á que dijera Matías Corvino: *Bella gerant alii, tu, foelix Austria, nube.*

Pero dejando los particulares y considerando sólo la totalidad de los sucesos que forman la historia de aquella

nación, hallamos desde luego dos circunstancias que la caracterizan. La primera es que no ha tenido una posición estable, como las demás de Europa, sino que ha cambiado de lugar y se ha movido, por decirlo así, caminando de Occidente á Oriente. Conserva fijo su centro en Austria, país montuoso, que parece destinado para ser la fortaleza que defienda la Alemania de los ataques de los pueblos eslavos; pero se retira siempre por un lado, al mismo tiempo que avanza por el otro. Pierde primero la Suiza, que fué la cuna de los Hausburgos, y después la España y Flandes, con cuya ayuda había contenido las ambiciones de la Francia, y más tarde la Silesia, y ahora por último la Italia; casi todo en Occidente. Mas adquiere primero la Hungría y luego la Bohemia, y en seguida la Galitzia, y por último la Bosnia y la Herzegovina, que le abren el camino del Mar Egeo; todo ello eh Oriente. Al principio puso en su escudo un águila con dos cabezas, que amenazaban en dos direcciones opuestas; ahora no necesitaría más que una ó puede volver las dos hacia el mismo punto.

La segunda circunstancia característica del Austria es que, no sólo no ha tenido una situación estable, sino que ha carecido de un gran núcleo homogéneo de población, como lo tiene, por ejemplo, la Rusia, y ha debido sus aumentos á la anexión de países que no tenían la misma raza ni la misma lengua, ni las mismas costumbres que ella. Esto ha hecho de aquel país una vasta federación de Estados en vez de un Estado solo, y la tarea de gobernarlos ha ofrecido siempre las mayores dificultades. Para conseguirlo ha tenido que valerse de los unos contra los otros, y cuando creció la cultura general, y húngaros, bohemios, italianos, rumanos, croatas, eslovenos y polacos aspiraron á la vez á la autonomía y también á la independencia, no

le bastó el pequeño núcleo alemán de sus provincias centrales para someterlos á todos.

Este hecho no es solo de ahora; ha sido de todos tiempos. Cuando el célebre Mr. Guizot encontró en Inglaterra al no menos célebre Príncipe de Metternich, después de la revolución del año 48, que los había derribado á ambos, felicitaba el francés al austriaco por el poder de que había gozado durante tantos años dentro y fuera de su país; á lo cual le respondió el último, sonriéndose, que con efecto, había tenido la suerte de dirigir por mucho tiempo la política de Europa; pero que por lo que hace al Austria misma, nunca había podido considerarse verdadero dueño de ella.

Semejante estado de cosas ha traído á veces consigo la necesidad de luchas y represiones; pero es otro rasgo peculiar de aquella nación que eso no ha impedido nunca que sus Emperadores hayan sido populares y tan amados como los que, según la expresión de Confucio, fueron el padre y la madre de sus súbditos. Puede atribuirse esto en parte á esa misma naturaleza federal de sus instituciones, porque el poder central es siempre menos despótico y por consiguiente más amado allí donde existen otros poderes locales muy fuertes. Pero lo que más contribuye á ello es, en mi sentir, el carácter alemán, que hace bondadosos á los Monarcas, y fáciles de contentar á los súbditos. La Nación Austriaca guarda grata memoria, no sólo de Carlos V, Fernando II y otros Soberanos poderosos, sino también de María Teresa, á pesar de la pérdida de la Silesia; de José II, no obstante las reformas con que hirió las creencias de su pueblo, y de Francisco I, que tan humillado fué por Napoleón al empezar el pasado siglo.

Pero viniendo ya á épocas más recientes, recordaremos

que había sucedido á Francisco I su hijo Fernando y que era siempre Ministro ese mismo Metternich, cuyas palabras he citado poco antes. El sistema de este estadista consistía en la última exageración de los principios conservadores y absolutistas. Mantener la Santa Alianza, repartir los pueblos de Europa cual si fuesen rebaños de ovejas, odiar y perseguir todo lo que se pareciese á la libertad é independencia, hé aquí su credo político. Y era tal su obcecación que, según refiere en sus viajes Missis Trollope, por haberlo oído de sus labios, no sólo desaprobaba la insurrección de los griegos, á pesar de ser tan buen cristiano, sino que veía con malos ojos hasta la emancipación de los católicos de Inglaterra.

Mas estallaron al fin las revoluciones del año 48, y Metternich, vencido por la opinión, tuvo que retirarse á Londres. Rebelóse la Italia, levantóse la Hungría, el pueblo de Viena mató bárbaramente al Conde de Latour, Ministro de la Guerra, y todo parecía anunciar una próxima disolución de aquel Imperio. Aterrado el anciano Emperador Fernando, se apresuró luego á abdicar, y entonces empezó á reinar su sobrino Francisco José, el cual no contaba más que dieciocho años.

Entablóse luego una lucha terrible entre la Monarquía y la Revolución, cuyo primer resultado fué el triunfo de la primera y la derrota de la segunda. Mas este triunfo fué comprado á muy caro precio: á un precio que convertía la paz en una mera tregua y hacía prever nuevos y mayores conflictos para lo futuro. El Austria cometió entonces la misma falta que han cometido antes y después muchas otras naciones; que cometió España tantas veces; que cometió la Dinamarca en el año 1864; que acaba de cometer la Turquía en el año 78. Empeñada en no ceder ni un solo

palmo de lo que poseía, aunque lo poseía contra los dictados del sentido común, empleó sus ejércitos para contener á los italianos y no titubeó en llamar á los rusos para que sometiesen á los húngaros. Negaráse quizá la posteridad á admitir que esto haya sido posible. ¡Lo leerán un día nuestros nietos y les costará trabajo creerlo!

El castigo de tamaño desacuerdo no tardó mucho en sentirse. El General ruso Paskievich, después de haber vencido á los húngaros en Vilagos, le telegrafiaba á su Emperador, al Emperador de Rusia, que la Hungría estaba á sus pies, sin mentar siquiera al Soberano austriaco. Y no transcurrieron muchos años sin que los italianos se volviesen á levantar, sostenidos aquella vez por la Francia, y entonces el Austria, vencida en Magenta, tuvo al fin que ceder la Lombardía.

Quedaba aun bajo su yugo la noble Venecia, vilmente vendida en Campo Formio; pero la guerra que el Austria tuvo que sostener en 1866 con la Prusia, que le disputaba la supremacía en Alemania, dió nueva ocasión á los italianos para libertar también aquella antigua República. El Austria, atacada otra vez por dos lados, venció en el tablero de Italia; mas fué vencida donde más le importaba, que era el tablero de Alemania.

Los errores cometidos en ambas guerras por el Emperador Francisco José saltan á los ojos de todos. Para verlos aun con más claridad, no hay más sino suponer que, no á última hora, como quiso en vano hacerlo, sino cuando era todavía buen tiempo para ello, hubiera renunciado aquél á sus posesiones de Italia, constituyendo un Reino lombardo véneto separado, para un Archiduque austriaco. Desde luego no hubiera habido ya motivo alguno para la guerra de la independencia de Italia, puesto que todos sus

Estados hubieran sido independientes. Ni hubiera habido por consiguiente, la ocasión de realizar la unidad de aquel país, que fué luego ofrecida al Piamonte por esa misma guerra.

Hay más. Si el Austria hubiera renunciado con tiempo al empeño, impropio de nuestra época, de mantener bajo su yugo á los lombardos y venecianos, no habría tenido necesidad de llamar á los rusos para someter á los húngaros en el año 48, sino que le hubiera bastado para ello los ejércitos que mandaba Radetzky. Ni hubiese sido tampoco vencida en Sadowa, porque el ejército del Archiduque Alberto, en vez de hallarse en Italia, se hubiera hallado en Bohemia, dándole así una gran superioridad sobre los alemanes. Por manera que no es aventurado decir que la obstinación del Austria en ambas ocasiones fué la causa principal, tanto de la independencia de Italia y de la humillación sufrida en Hungría, como de la preponderancia de la Prusia en Alemania.

Parecería que faltas políticas tan graves hubieran debido perjudicar mucho á la reputación y prestigio del Emperador Francisco José; mas, sin embargo, no fué así. En primer lugar, le servía de excusa su corta edad y su consiguiente inexperiencia. Además, el error del Soberano había sido en aquellas circunstancias el error de las clases más importantes de su país. El ejército, la nobleza y el clero eran enemigos de transacciones, y todavía hay allí muchas personas de esas clases que echan de menos los dominios de Italia. Y por lo que hace á la burguesía, los deseos que ya tenía de tomar parte en el Gobierno eran motivo de que se alegrase involuntariamente de los apuros de la monarquía absoluta.

Con efecto, ella fué quien más ganó con aquellas gue-

rras y revueltas, porque, viendo el Emperador el mal éxito de su política de resistencia, y que sólo halagando á las clases medias podría obtener los recursos que necesitaba para atender á los crecientes gastos de su Imperio, tomó la resolución de reconciliarse con Hungría y otorgar instituciones representativas á todos sus demás Estados. Entonces empezó el segundo período del reinado de aquel Monarca, en el cual mostró mucha más habilidad que en el primero.

El famoso Conde de Beust, Ministro que había sido del Rey de Sajonia, y fugitivo de aquel país después de haber luchado en vano con el genio de Bismarck, fué la persona que eligió en 1867 para llevar á cabo sus ideas con respecto á la Hungría. Correspondió el Conde plenamente á la confianza imperial é inventó con mucha felicidad lo que se llama el Dualismo, ó sea la reunión bajo un mismo Monarca, de dos Estados, que conservan una independencia casi completa. Obtuvieron por él los húngaros su suspirada autonomía y formaron una nación distinta y separada del Austria. Francisco José no fué ya más su Emperador, sino su Rey. Tuvieron milicias separadas y bandera propia, y el conjunto que forman los Estados se llama Austria-Hungría. Tres solos asuntos tienen comunes: las relaciones exteriores, la guerra y la hacienda, y para tratar de ellos se reunen un año en Viena y otro en Buda, Delegaciones nombradas por las Cámaras de ambos.

Consintió Francisco José tan de buena fe en estos arreglos, que desde entonces, siguiendo un conocido consejo de Maquiavelo, pasa casi la mitad del año en Hungría, llevando consigo mientras vivía á su esposa la Emperatriz, la cual era muy aficionada á aquel país. Allí da fiestas en el Palacio de Buda, reside con placer en el de Godolo,

que es como el Schönbrunn de Hungría, habla con los húngaros su difícil lengua, y no sólo no les guarda rencor por su antigua rebeldía, sino que parece casi más ufano de ser Rey de aquella nación y sucesor de los Arpades, que Emperador de Austria y descendiente de los Hausburgos.

Concesiones no menos importantes fueron las que hizo luego también á los países propiamente austriacos, que llaman la Cisleithana, por hallarse del lado acá del río Leitha.

Abandonando el sistema absolutista que había sostenido durante tantos años, les otorgó en 1867 una Constitución liberal. El ilustrado y respetable Schmerling fué nombrado Presidente del Consejo y se encargó de plantear esas nuevas reformas, las cuales alcanzan á todos los ramos de la administración pública, incluso las relaciones del Estado con la Iglesia. Varias leyes, llamadas confesionales, modificaron en sentido más tolerante el Concordato concluído con la Santa Sede durante el pasado período de reacción, é introdujeron novedades contra las cuales protestó el Papa, calificándolas de nefandas. Todo, en fin, tomó en Austria un aspecto moderno, un aspecto liberal y progresista.

Desgraciadamente, no era posible que los partidarios de las antiguas instituciones dejasen de hacer oposición á tan osadas reformas, ni les faltaron auxiliares para ello. Desde luego encontraron uno muy importante en las tendencias autonómicas de aquellos países de Austria que no son alemanes, sino eslavos, y tienen historia propia y recuerdos particularistas. La Bohemia principalmente quiso reclamar á su vez las mismas concesiones que había obtenido la Hungría, pretendiendo que en vez del Dualismo se constituyera un Trialismo, dentro del cual hiciese aquel

país el mismo papel que la Hungría; que hubiera, en fin, tres Estados unidos en vez de dos solos.

A primera vista tenía esta pretensión ciertos visos de justa. La Bohemia poseyó también en su día vida propia, y no han sido menos célebres sus rebeldías y agitaciones que las del Reino de Hungría. Allí hubo Duques y Reyes que fueron el terror de sus vecinos, y ciñeron á veces con gloria la Corona imperial. Allí predicó Juan Huss, precursor de Lutero, y dió ocasión á una de las guerras más sangrientas que recuerdan los anales de Alemania. En Bohemia, en fin, fué donde principió la guerra de Treinta años, cuando los protestantes de aquel Reino echaron por la ventana del Palacio á los Comisarios del Emperador, que es lo que se llamó la *defenestración* de Praga. Mas, por otra parte, su población no pasa de tres millones, de los cuales sólo dos son de raza *checa*; hace más de tres siglos que fué incorporada al Austria, y no se ha conservado allí un Gobierno separado ni las instituciones aristocráticas y representativas que han hecho de la Hungría un pequeño remedo de la Inglaterra.

Con todo, en una cosa tenían razón los checos, y era en pretender que se les permitiese el uso de su propia lengua y no se les obligara á usar la alemana en los actos oficiales, escuelas y tribunales. Fué aquella región habitada primitivamente por los Boios ó Boienses, pueblo celta, de donde le vino su nombre de Bohemia. Ocupáronla después los marcomanos, que eran germanos, y derrotados éstos por el Emperador Aureliano, sufrió al fin la invasión de los checos, que eran una rama de los eslavos. Forman los descendientes de estos últimos invasores la mayoría de su población, y por lo tanto, parece justo que sea respetado su idioma. Alegan los alemanes en contra de esto, la ne-

cesidad de que haya en toda la Cisleithana una lengua oficial común á los diversos pueblos que la componen, y que ésta sea la alemana, porque es también alemana la mayoría de los moradores cisleithanos, y porque los alemanes poseen una cultura superior á la de los checos, eslovenos, polacos y dálmatas. Y no hay medio de que unos y otros se avengan.

Son, asimismo, auxiliares poderosos de la reacción, una parte de los nobles cisleithanos, que no sólo favorecen á los checos, sino que quisieran hacer de toda el Austria una gran federación de Estados autónomos, dando mayores atribuciones á sus respectivas Landstags ó Dietas, en las cuales les sería más fácil llevar á cabo medidas retrógradas de todo género. Llámanles feudales, federalistas y también clericales, porque el clero, temeroso de las reformas modernas, se sirve de ellos para combatir á los liberales.

Para colmo de dificultades hase formado también en Austria un partido obrero socialista, como en Alemania y en Francia, y otro antisemita, como en el centro de Europa, los cuales aumentan la confusión y forman un nuevo obstáculo para la pacificación de los ánimos. Es el socialismo la última consecuencia de las revoluciones modernas. Carlos Marx le dió una forma científica, y algunos lo hacen derivar de la famosa teoría de la evolución, expuesta por Hegel. Mas la verdad es que ha nacido del deseo natural que tienen las clases obreras de mejorar su bienestar. Quieren hacer á su vez lo mismo que ha hecho la burguesía. En tiempo de Luis Felipe los amigos de esas clases inventaron en Francia el comunismo, que era una utopia demasiado absurda. Después han excogitado el socialismo, que es asimismo irrealizable cuando quiere abolir la propiedad, sin la cual no hay cultura posible; pero que tiene

su lado práctico, puesto que por medio de tumultos unas veces, y de huelgas otras, ha conseguido que los Gobiernos atiendan á los obreros, haciendo leyes en su favor, y que los capitalistas se les muestren más benignos.

El antisemitismo es también hijo del odio al capital. Compónenlo en parte aquellos que envidian las riquezas de los hebreos ó que son sus deudores. Unense á éstos muchas personas de ambos sexos poco ilustradas, que los odian por fanatismo. La ley ha emancipado á los judíos, pero las costumbres de una parte del público no están todavía á la altura de la ley.

Si la población fuese allí más homogénea, la lucha entre liberales y feudales, y entre centralistas y federalistas, que es la más importante de todas, podría fácilmente arreglarse por medio de la opinión pública, manifestada en los comicios. Pero siendo sus pobladores tan diversos de raza y costumbres, el resultado es que vienen á la Cámara tantos grupos diferentes como son sus diferentes nacionalidades, y no hallando el Emperador una mayoría homogénea de donde sacar sus Ministros, como hacen los Monarcas en las naciones de Gobierno parlamentario, se ve obligado á tomarlos, ora de un partido, ora del otro, con la esperanza de que ellos se procuren después una especie de mayoría, uniendo varios grupos afines. Así, una vez da el Poder al Príncipe Auersperg, constitucional y centralista; otra, al Conde Hohenwart, feudal y federalista, y ensaya enseguida al Conde Taaffe, que creía poder reconciliarlos á todos, y vuelve después á llamar á los constitucionales, repitiendo inútilmente los mismos turnos.

El espectáculo de tan vanas y continuas variaciones y la animosidad demostrada por los diversos partidos, los cuales recurren á veces al más violento obstruccionismo,

ha hecho temer á muchos que tales dificultades no tengan solución posible, y que aquel Imperio está destinado á disolverse, apenas cierre los ojos el Emperador Francisco José. Mas por mi parte no lo creo así. Cada cual de esos Estados es demasiado pequeño para que pueda lisonjearse de existir separado del Austria. No sólo los checos, polacos y eslovenos, cuyos diversos conjuntos no llegan cada uno á tres millones, sino los húngaros mismos, que cuentan seis, serían pronto absorbidos, bien por los rusos, bien por los alemanes, en el momento que se separasen del Austria; y en cuanto á los alemanes de la Cisleithana, claro es que caerían luego en el piélago inmenso de la gran Germania, dentro del cual no tendrían nunca una posición más ventajosa que la que gozan ahora en el Austria. Por consiguiente, el verdadero interés de todos ellos consiste en permanecer como están; y lo más probable es que acaben por ceder y transigir luego que vean la imposibilidad de llevar á cabo sus exclusivas pretensiones.

Otro tanto me atrevo á decir sobre las dificultades suscitadas por socialistas y antisemitas. El tiempo les hará ver á los primeros que no con revoluciones, sino con huelgas y otros medios del mismo género, podrán mejorar la situación actual de los obreros; y la mayor cultura hará comprender á los segundos que su antipatía contra una raza entera del linaje humano, no es más que un resto vergonzoso de la barbarie medioeval, como las corridas de toros, los desafíos y tantas otras costumbres tan crueles como absurdas.

Y entre tanto, lo que yo hallo admirable es la actitud del Emperador Francisco José. Jamás se advierte en él la menor tendencia á los golpes de Estado, como la demostraron Carlos X, Isabel II ó Fernando de Nápoles, y ni

aun siquiera á interpretaciones demasiado latas de la Constitución, como las usaron el Rey Guillermo de Prusia ó Cristián de Dinamarca. No muestra tampoco ningún despecho, ninguna impaciencia, ningún mal humor. Es siempre leal, siempre moderado, siempre prudente y conciliador. Algunos le tachan de débil; pero ¿de qué le serviría el empleo de la fuerza, cuando no hay allí todavía ningún partido que no se exceda y delire? ¿A quién ha de dar razón, si cada cual exagera sus pretensiones como si estuviera solo en el mundo? De todos modos, no creo que las lecciones del pasado hayan sido tan enteramente inútiles para Francisco José, que no recuerde siempre la terrible situación en que le puso por dos veces el partido clerical y reaccionario, y la necesidad que tuvo de apoyarse al fin en los hombres más liberales de sus dominios alemanes y húngaros, tales como Schmerling, Anersperg y Fizza.

Y si de la política interior pasamos á la exterior, veremos también nuevos motivos de aplauso en la conducta del Emperador. En efecto, nada más difícil que resignarse á ser excluído de Alemania, donde ocupaba antes el primer lugar, y buscar una nueva orientación para sus alianzas después del desastre de Sadowa. Y sin embargo no tardó en hallarla, aceptando las compensaciones que le ofrecía el astuto Bismarck. Cuentan que en un caso parecido la Emperatriz María Teresa no quiso aceptar su parte del reparto de Polonia en compensación de la Silesia, y que cuando al fin consintió en ello, fué derramando algunas lágrimas y diciendo como el filósofo de la fábula, al comerse el tierno pajarillo: «*¿Quién lo creyera? haber yo devorado un inocente*». Francisco José no lloró; pero no hay duda de que se resistió mucho á aceptar la Bosnia y la Herzegovina. Aceptólas sin embargo, y desde entonces no ha vuel-

to nunca la cara atrás, ni ha manifestado el menor deseo de obtener un desquite, sino que ha ajustado una alianza con la misma Alemania, que le había tratado tan duramente. Hecho á mi parecer tan notable, como lo sería ahora la alianza de la Francia con esa misma nación.

Otro tanto tuvo lugar por lo que respecta á Italia. Tampoco titubeó en estrechar la mano que le ofrecía, y olvidando que aquel país acababa de desposeerle de la Lombardía y Venecia, ha concluído también con él una estrecha alianza; lo cual fué á su vez lo mismo que si España la pactase ahora con los Estados Unidos de América.

Grande prudencia y grande habilidad ha mostrado, pues, Francisco José, tanto en el gobierno interior como en la política extranjera, y si á esto se añade su religiosidad sin hipocresía, su aplicación á los negocios, su celo por el bien público y todas las demás cualidades que he mencionado ya en otro capítulo, será fuerza reconocer que merece un lugar muy distinguido entre los Monarcas de su siglo.

CAPÍTULO CIV

Viena, de 1878 á 1885.

La Corte de Viena.—El Príncipe de Hohenlohe, Mayordomo mayor.—Otros altos funcionarios.—Fiestas palaciegas.—Bailes y banquetes.—Funciones religiosas. La procesión del Corpus.—El Lavatorio del Jueves Santo.—La política austriaca.—Los Ministros y jefes de partido.—Schmerling, Decano de los liberales.—Anersperg, centralista.—Hohenwart, federalista.—Liechtenstein, clerical.—Los checos Krieger y Clam.—Tres Ministros más importantes que los demás.—Beust, autor del dualismo.—Andrassy, que concluyó la alianza con Alemania.—Taaffe que logra durar catorce años.—Haymerle y Kalnoky continuaron la obra de Andrassy —Los periódicos de Viena.

La Corte del Emperador de Austria tiene más importancia que la de otros Estados de Europa, porque á pesar de las reformas constitucionales, no ha variado en nada de lo que era en otros tiempos. En Hungría ha sufrido algunas modificaciones; en Austria ninguna. Todo tiene allí un carácter cerrado y exclusivo, al punto de que no son admitidas en las fiestas de Palacio ni aun las esposas de los Ministros, si no tienen el número de cuarteles de nobleza necesario. Una hija del célebre Duque de Malakof, casada con un Conde polaco, no pudo ser admitida, porque los abuelos de su padre no eran nobles.

Dicen los austriacos que el aparato y la etiqueta que allí se observan han sido traídos de España, y en España es común el creer que nos han venido de Austria. Probablemente la verdad será que españoles y austriacos los han tomado de la Borgoña. Es la pompa palaciega tan antigua

como el mundo. Conocíanla los egipcios y asirios, según lo vemos en sus bajorelieves y pinturas. De allí la tomaron los persas, y de los persas los griegos, y de éstos los romanos. Floreció con esplendor en Bizancio, y de aquella Corte copiaron algunos usos los Reyes bárbaros, que fueron estableciéndose en Europa después de la caída del Imperio de Occidente. La Borgoña, donde por razón de su riqueza y de su posición privilegiada se difundió antes que en otras partes el cultivo de las artes y el lujo de la vida, fué también la primera que adoptó en la Corte de sus Duques las antiguas ceremonias cortesanas. Y de Borgoña nos habrá venido de la manera más natural á españoles y austriacos con Felipe el Hermoso y Carlos V. Como quiera, esos antiguos usos subsisten y no dejan de tener sus ventajas al lado de algunos inconvenientes, pues mientras más socavan el trono los reformadores de todas especies, más necesario es que se le asegure el debido respeto por todos los medios posibles.

Mayordomo mayor y jefe de la Casa imperial era en aquella época el Príncipe Constantino Hohenlohe, perteneciente á una de las familias más antiguas de Alemania, ó según algunos de Italia, donde se llamaron Altafiamma y fueron señores feudales de Lombardía. Pasados de allí á Alemania, consiguieron en ella un Principado independiente; pero han sido mediatizados en el siglo anterior. Hállanse divididos en varias ramas, y muchos Hohenlohes han ocupado grandes posiciones, no sólo en Alemania, sino también en Francia, como Generales, Gobernadores de provincias y altos dignatarios eclesiásticos. El de Viena tenía un hermano que era Canciller del Imperio alemán, y otro Cardenal en Roma. Distinguíase por una agradable fisonomía y un carácter simpático, y desempeñaba su pues-

to admirablemente, según lo probaba el orden y exactitud de todas las fiestas palatinas. Lástima era sólo que fuese muy pequeño de estatura, al punto de que entre el Cuerpo diplomático solía ser llamado por broma Pipino el Breve, nombre, como es sabido, de otro más célebre Mayordomo de Palacio. Su esposa, la Princesa María, era más bien fea que bonita, pero distinguida, inteligente y afable.

Después de Hohenlohe venían una porción de altos funcionarios con todos los cargos conocidos en las antiguas Cortes: Sumiller de Corps, Caballerizo mayor, Montero mayor, Gran Mariscal, y hasta un Cocinero mayor, que era el Conde Kinski. Había, asimismo, varios Maestros de ceremonias, de los cuales era el principal el Conde de Hunyadi, de quien ha dicho con gracia el Conde Vasili que era muy poco ceremonioso. Aunque no descendía de la antigua y famosa familia de los Corvinos, extinguida hace dos siglos, pertenecía á otra del mismo nombre más moderna, pero ilustre también y radicada en Hungría, y esto explica su posición en la Corte, donde es costumbre que haya siempre algunos nobles de aquel país, aunque sean de genio adusto.

El General Crenneville, á quien había conocido en Italia, era el Gran Chambelán, y después le reemplazó el Conde Fernando Frauttmansdorf, cuyos antepasados fueron compañeros de los Babenberg, primeros Marqueses de Austria, antes de los Hausburgos, y según las crónicas, asistieron 24 caballeros de la misma familia á la batalla de Machfeld. El Conde Fernando, que ocupaba también el puesto de Presidente de la Cámara alta, era un gran señor rico y amable, á quien por ser pomposo en todas sus acciones, daban el apodo de D. Magnífico. Pero no le faltaba talento ni ilustración. Su esposa, una Liechtenstein, había

sido hermosa, del tipo de Juno, y de una Juno afable y discreta. Su conversación era por extremo agradable, y muchos la preferían por esa razón á otras bellezas más jóvenes.

El Barón Nopcsa, húngaro como Hunyadi y más cortesano que él, ocupaba el cargo de Mayordomo mayor de la Emperatriz, y la Condesa Göess, señora ya madura y respetable, el de su Camarera mayor. Había, además, una multitud de damas y caballeros, que componían las servidumbres de los diferentes Archiduques. Ya he citado antes los que acompañaban á Isabel y María. A esos añadiré ahora el Conde Pejachevich, amable é ilustrado Mayordomo mayor de Carlos Luis; el General Messey de Bielle, que lo era de Raniero, y la linda Condesa Carla Attems, Camarera mayor de la Archiduquesa Inmaculada, la cual era sobrina de otra del mismo nombre, á cuya tertulia fué siempre muy asiduo el famoso poeta Metastasio.

Las fiestas principales de Palacio son los dos bailes que en él se celebran á principios del año. Al uno, llamado *Hofball* ó baile de Corte, va el mundo oficial y todas las personas que son *hoffähig* ó sea aptas por su posición y nacimiento para asistir á la Corte; al otro, dicho *Ball bei Hoffe*, ó baile de la Corte, van sólo aquellos que reciben un convite especial, y, por lo tanto, es más exclusivo. A uno y otro asiste el Cuerpo diplomático. La sala de baile, que es blanca y oro, adornada con plantas y flores, ofrece un aspecto deslumbrador cuando se llena de hermosas damas ricamente vestidas y caballeros con vistosos uniformes, entre los cuales se distinguen por lo pintoresco los magnates de Hungría, Bohemia y Polonia. Las vienesas, procedentes de la mezcla de sangres muy diversas, son, en general, muy bellas.

¡Válgate Dios por Viena
y cuáles son tus mujeres!

dijo Calderón en una de sus comedias, y esto es siempre verdad, tanto en el pueblo como en la aristocracia. Además, tienen todas muy buen oído y mucha gracia; por lo cual bailan de una manera admirable. En los bailes de Corte, algunas figuras del cotillón, en que se mueven reunidas muchas parejas, ofrecen una vista tan agradable como las que ejecutan las bailarinas de la Opera.

La cena es servida en varias mesas pequeñas, colocadas en diferentes salas. En la principal, presidida por los Emperadores, toman asiento los Embajadores; en las otras, presididas por las Archiduquesas, los Ministros Plenipotenciarios y sus señoras. Todo es allí rico, elegante y bien ordenado, y para colmo de placer para los que no gustan de trasnochar, la fiesta empieza y acaba siempre temprano. A las nueve se llega, y poco después de media noche se retiran los Emperadores y se van también los convidados.

Los banquetes de Palacio eran más numerosos que los bailes, y los había de tres clases: militares, á los cuales asistían por turno los Oficiales generales residentes en Viena; civiles, que comprendían á Ministros, Senadores, Diputados y altos funcionarios, y por último diplomáticos, á los cuales estaban convidados, también por turno, los Embajadores y Ministros extranjeros. Todo en ellos era excelente, y hacía honor al buen gusto del Conde de Kinski, que desempeñaba, según ya he dicho, el cargo de Cocinero Mayor ó «Grand Queux» *(cocus)* como le llamaban antiguamente en Francia. Y eran asimismo tan cortos, en su género, como los bailes, pues por numerosos que fuesen los asistentes, nunca duraban más de una hora. Antes y después, había un círculo de Corte, en que el Emperador

y la Emperatriz se dignaban hablar con cada uno de los convidados, y era la ocasión en que más se veía á la Emperatriz y se podía decir que se había hablado con ella, porque si bien tenía también círculo en los bailes, el concurso en ellos era tan numeroso que no era posible decir más que pocas palabras.

Hay igualmente varias solemnidades religiosas en las cuales figuran los Soberanos, porque el Centro y el Oriente de Europa ha tenido, lo mismo que el Occidente y Mediodía, sus Santas coronadas, como Isabel, Matilde y Cunegunda, y sus Santos Emperadores y Reyes, como Esteban, Casimiro, Leopoldo y Enrique, y éstos han dejado modelos de piedad á los Monarcas sus sucesores. La procesión del Sábado Santo, por ejemplo, es sobremanera solemne. Estando Viena muy cerca ya del Oriente, donde los griegos conmemoran la Resurrección del Señor en la noche del sábado, no la celebran allí por la mañana, como los occidentales, sino por la tarde, y con este motivo tiene lugar la procesión de que hablo. Verifícase en el patio interior de Palacio, y le presta mucho realce la asistencia de los Soberanos y de toda la Corte. La Emperatriz Isabel asistió siempre á ella mientras que se lo permitió su salud.

Otra procesión notable es la del Corpus Christi, en la cual van también á pie los Emperadores. Recorre varias calles principales, como sucede en Madrid, y tiene de particular que la comitiva imperial va formada, no por orden de empleos, sino por el de las condecoraciones civiles y militares. Empieza por las menos ilustres y acaba por los Caballeros del Toisón, que caminan cerca ya del Soberano. Todas son famosas, principalmente las de San Esteban, María Teresa, Leopoldo y la del Toisón, dividida desde el siglo XVIII entre España y Austria, sobre cuyo

origen, como sobre el de la Jarretiera, hay dos versiones, una oficial y otra popular. Según la primera, fué instituída en el siglo XV por el Duque Felipe el Bueno de Borgoña, cuando se casó con la Infanta Isabel de Portugal, haciendo tal vez una poética alusión á las hazañas de los Argonautas. Según la segunda, la estableció aquel Duque en honor de su querida, la bella María de Crumbruge, cuyos cabellos le parecían á él color de oro, aunque sus mismos cortesanos decían que eran de un rojo muy subido.

La vista de tantos Caballeros Grandes Cruces de esas diversas órdenes, no deja de ser imponente, si bien, como acontece en todas partes, haya muchos que no sean de un mérito extraordinario, sin duda para que esto modere la vanidad de los demás. A cuyo propósito no puedo menos de recordar cierta anécdota, referida por Saint Simón. Cuenta, pues, que el Duque de Choiseul se puso tan ufano cuando le concedieron la banda azul de la orden del Espíritu Santo, que no hacía más que mirarse en todos los espejos que encontraba. Advirtiólo su bella amiga, la célebre Ninon de Lenclos, y cansada de ello, le dijo al fin un día: «Señor Duque, si le vuelvo á coger mirándose la banda en el espejo, le recordaré quiénes son sus compañeros».

Es asimismo notable la ceremonia del Lavatorio de los pies de doce pobres, que se celebra en la Corte de Viena como en otras católicas, en memoria del que se dignó hacer á sus doce apóstoles el Salvador de los hombres. En Oriente, donde á causa del clima, andaban todos casi siempre descalzos, era muy común el uso de lavar los pies á los caminantes. Leemos en la *Odisea* que la bella Elena se los lavó á Ulises, y las lindas criadas de Penélope á Telémaco y á Laertes. Cuando los ángeles visitaron en figura de hombres á Abraham, lo primero que éste hizo fué ofre-

cerles agua para los pies. Pero la acción de nuestro Salvador pareció con razón extraordinaria, porque nunca se hubiera creído que el Divino Maestro se los lavase á sus discípulos. Aquel acto de amor y humildad pareció á todos tan prodigioso, que en los primeros tiempos de la Iglesia, pensaron algunos Padres que Nuestro Señor había querido establecer por ese medio un octavo Sacramento. Y por eso también ha sido conmemorado siempre en la Iglesia, y lo han imitado en el Jueves Santo el Papa mismo y los Monarcas y Obispos, lavándole los pies á doce mendigos.

Probablemente esa ceremonia tenía al principio mucha más verdad que hoy, y vemos que todavía en el siglo XVI se ejecutaba con menos melindres, como lo prueba el ejemplo de Margarita de Parma. Esta Princesa, hija natural de Carlos V y Regente de los Países Bajos, era fea, bigotuda y hombruna; pero tenía un alma tan piadosa, que exigía que los doce pobres que lavaba tuviesen los pies realmente sucios. En la actualidad se los hacen lavar antes, y todo está reducido á una simple ceremonia. Mas así y todo tiene un carácter de humildad, tan bello como edificante.

Inspiraba mucho interés en Viena la modestia y sencillez con que la Emperatriz Isabel, ayudada de sus damas, algunas de las cuales eran tan hermosas como ella, hacía el acto de lavar á doce ancianas pobres y ponía luego los platos en la mesa que les estaba destinada. El Emperador, acompañado de todos los Archiduques, lavaba y servía también á doce ancianos, y lo hacía con una naturalidad que no excluía la grandeza. Un público escogido obtenía billetes de entrada para esta función tan piadosa, y no sólo los católicos y protestantes, sino hasta los turcos y japoneses que la veían, confesaban que era una cosa admirable.

Esto es lo más notable que recuerdo de la Corte de Viena, y ahora pasaré á referir cuáles eran los Ministros y hombres de Estado austriacos. Aquel Imperio ha tenido en todas épocas algunos de bastante mérito. Carlos V empleó mucho los talentos de Granvela y Gattinara. Fernando II se aconsejó sobre todo de jesuítas y frailes, á quienes fué debido aquel imprudente Edicto de restitución, que tanto fomentó la guerra de Treinta años. El Príncipe Eugenio y Zinzendorf, sirvieron con celo á Carlos VII. Kaunitz, fué director de la política de su país durante el reinado de María Teresa, é ideó una inesperada alianza del Austria con la Francia, haciendo que aquella orgullosa Soberana escribiese de su puño á la Marquesa de Pompadour, querida de Luis XV. El resultado no correspondió á las esperanzas que en ello se fundaban; pero aquel Ministro conservó la fama de un consumado diplomático.

José II fué su propio Ministro, porque imbuído en las ideas de los filósofos de su siglo, y sintiendo involuntariamente la influencia de Federico de Prusia, disminuyó, sin consultar á nadie, la autoridad de los nobles, abolió las costumbres feudales, suprimió más de mil conventos, concedió la libertad de conciencia y se mezcló hasta en los pormenores del culto; por lo cual, Federico solía llamarle *mi primo el sacristán.* Su hermano Leopoldo, que le sucedió en el trono, tuvo que anular casi todas estas prematuras reformas. Con todo, dejaron allí una semilla que ha producido después un espíritu más tolerante que el que reina en Italia y España.

Ministro de Francisco I fué el famoso Metternich, hombre de gran talento, quien, como ya hemos dicho, dirigió, no sólo la política del Austria, sino la de toda Europa durante la primera mitad del siglo pasado. Caído, al fin, este

hombre de Estado á impulso de las revoluciones, el Austria ha tenido después bajo el Emperador Francisco José, tantos Ministros cuantos lo exigían las continuas oscilaciones de su política. El Príncipe Félix Schwarzenberg, contuvo con mucha energía el movimiento revolucionario de Viena en 1849; fué el Narváez de Austria. Vinieron más tarde diferentes Ministros constitucionales. Schmerling fué el primero, y yo le comparo á Martínez de la Rosa, por su amor ilustrado á la libertad, hermanada con el orden; por la buena fe con que había profesado siempre las mismas opiniones, y por la constancia con que las había defendido.

El Príncipe Adolfo Anersperg, Presidente del Ministerio á mi llegada, me hizo muy buena impresión. Gordo y pacífico, ilustrado y constitucional, parecía nacido para gobernar con una mayoría constitucional también y moderada, sólo que se veía combatido con mucha violencia por los federalistas y clericales. Es la familia Anersperg una de las antiguas de Austria, y en todas épocas ha habido alguno de ese nombre que brillara en las armas, la política ó las letras. A principios del siglo XIX el Conde Alejandro Anersperg escribió, bajo el pseudónimo de *Anastasio Grün*, varias poesías muy populares. Sus *Paseos de un poeta vienés* y su *Cura de Kalenberg*, son finas sátiras, expuestas con un lenguaje claro y cortesano.

Unger, jurisconsulto muy distinguido, pertenecía, como Anersperg, al partido constitucional alemán y centralista, y también el simpático Chlumeski, y el elegante Coronini, cuyo nombre revela su procedencia de Gorizia, que tan cercana está de Italia.

En el partido contrario, formado de feudales, federalistas y clericales, había igualmente muchos hombres distinguidos. El Conde de Hohenwar, que cayó poco antes de

mi llegada, era como el Bravo Murillo de Austria, un reaccionario declarado, con la añadidura, propia de aquel país, de ser feudal y federalista. Belcredi, venía á ser un instrumento de los jesuítas, y el Príncipe Adolfo Liechtenstein trabajaba por formar allí un centro católico, á semejanza del que existe en Alemania.

Son también los Liechtenstein una de esas familias cuyo origen se pierde en las tinieblas de la Edad Media. En el siglo XIII había ya un Ulrico Liechtenstein, que era Trovador ó *Minesäanger*. Llegaron después á ser Príncipes independientes en premio dè sus hazañas, y han brillado en todos tiempos. Como *stein* significa piedra, dijeron durante la guerra de Treinta años que el Emperador Fernando II tenía tres piedras preciosas: Liechtenstein, Dietrichstein y Wallenstein. Este último acabó trágicamente; los otros dos merecieron mucha fama. En el pasado siglo ha habido varios Generales del nombre de Liechtenstein y también algunos diplomáticos y hombres de Estado. La hermosura es hereditaria en la familia, pues en general las mujeres son bellas y los hombres gallardos. Y todos grandes señores y personas simpáticas.

En las filas de otros partidos se señalaban Suess, gran liberal; Schönerer, violento alemán y furioso antisemita; Krieger, jefe de los bohemios más jóvenes, y Clam-Martinitz, gran señor y corifeo de los feudales y moderados de aquel Reino. Por último, Kronœwetter, hijo de un obrero, pero educado en la Universidad de Viena y dotado de cierta elocuencia natural, representaba al bando más radical y democrático. Y es característico de aquel país que cada jefe de partido tenga un Club ó reunión propia que lleva su nombre, de modo que hay el *Club Hohenwart*, el *Club Liechtenstein* y el *Club Coronini*.

Pero los hombres políticos que más han durado como Ministros, dejando allí una huella sensible, han sido tres Condes: Beust, Andrassy y Taaffe, el primero sajón, el segundo húngaro y el tercero originario de Irlanda. Estableció el primero lo que se llama dualismo entre Austria y Hungría; concluyó el segundo la alianza con Alemania, y el tercero formó un Ministerio de coalición y conciliación que duró catorce años. Ya he hablado de Beust en otro capítulo. Hablaré en este de Andrassy y Taaffe.

La familia Andrassy es originaria de Transilvania, de esa provincia de Hungría, indócil y belicosa, que ayudada por los turcos y gobernada por Príncipes valientes, luchó durante tres siglos contra todo el poder del Austria. Establecidos luego en Hungría, los Andrassy recibieron á fines del siglo pasado el título de Condes. Son, pues, nobleza moderna. Dotó la naturaleza al Conde Julio de un talento poco común y de un exterior simpático. Alto, moreno, con ojos negros y pelo negro y rizado, era de un tipo elegante, aunque recordaba un poco los caballerizos del Circo. Su anhelo fué siempre el ser un hombre á la moda, y mostraba más afición á frecuentar los salones que á ocuparse en cosas serias.

Era sobremanera perezoso. Cuando desempeñó el Ministerio de Negocios Extranjeros tenía dos ó tres secretarios muy hábiles, que le redactaban casi todos los despachos, limitándose él á corregirlos. Recibía lo menos posible, y era muy difícil verle; por lo cual el día en que dejó su puesto fué de júbilo general para el Cuerpo diplomático y para todos los que tenían asuntos que tratar con él. No tenía tampoco mucha formalidad. Sucedió más de una vez que una Comisión de Senadores ó Diputados, á quienes había dado cita, fuera á su casa inútilmente y oyera

de boca del portero, que el Conde había ido á pasear á caballo por el Prater. Odiaba los pormenores y sólo se ocupaba de lo que él llamaba las grandes líneas de cada negocio.

Envuelto durante su juventud en los disturbios de Hungría, tuvo que huir al extranjero cuando el Emperador restableció allí su autoridad con el auxilio de la Rusia, y condenado á muerte, fué ahorcado en efigie en una plaza de Pesth. Pero amnistiado después, volvió á su país con un ánimo aleccionado por la experiencia, y elegido Diputado, adoptó el programa conservador del famoso Deak. Hiciéronle pronto Ministro, y entonces dió muestra de las más brillantes cualidades, como orador y publicista. Establecido luego el dualismo, fué él quien vino á ponerlo en práctica en Viena, ocupando el Ministerio de Negocios Extranjeros.

Al principio siguió la política entonces en boga, que consistía en el acuerdo de los tres Emperadores; mas luego que la Rusia descubrió sus miras ambiciosas en el tratado de San Estéfano, comprendió que el Austria tenía necesidad de nuevas alianzas para contener aquella potencia. Ofrecíale Bismarck que ocupase la Bosnia y la Herzegovina; pero Andrassy le respondió que tenía ya el Austria en su seno bastantes cortadores de narices, aludiendo á los eslovenos y croatas, cuyas costumbres eran antes muy bárbaras. Insistió el Canciller alemán, y entonces el Conde hizo como la dama de Byron,

Que diciendo nunca consentiré, consintió.

Y no sólo consintió, aceptando aquellas dos provincias, sino que acabó por contraer la alianza de su país con la Alemania, del vencido con el vencedor; la cual tuvo en

realidad una significación lisonjera para el Austria, porque hizo patente que la Alemania, después de haberla excluído de su confederación, no se creía segura sin su auxilio.

Taaffe era en muchas cosas lo opuesto de Andrassy. Ocultaba su buen sentido natural bajo un aspecto poco atildado. No desdeñaba los pormenores y sobresalía en el arte difícil de suavizar asperezas, unir voluntades y ganar amigos.

Tenía en esto bastante parecido con nuestro Ministro Sagasta. Era amigo personal del Emperador, porque la Archiduquesa Sofía, madre de éste, le había dado á Taaffe por compañero de estudios y de juegos, cuando ambos eran niños, y decían en Viena que se hablaban de tú apenas se veían solos.

Había sido gobernador de varias provincias y conocía bien las necesidades de todas ellas, y sus diversas tendencias. Al principio no mostró mucha ambición; pero viendo que Anersperg no había conseguido mantenerse con el solo apoyo de los liberales alemanes, formó el proyecto, grato también al Soberano, de gobernar con una coalición de conservadores alemanes, clericales, feudales, polacos y checos, y lo consiguió, como he dicho, durante catorce años. Veíasele poco en los salones, porque de día trabajaba mucho, y de noche pasaba su tiempo en las cervecerías, según lo probaba el color amoratado de sus narices.

Cuando cayó el Ministerio Anersperg ante los ataques de federales y feudales, Andrassy dió su dimisión, y entonces entró á reemplazarle en Negocios Extranjeros el barón de Haymerle, de quien he hablado ya en otro capítulo.

Una enfermedad del corazón le arrebató á los pocos

meses, y fué sustituído por el Conde de Kalnoky, que había sido mi colega en Londres. Uno y otro continuaron la política de Andrassy, y aun la robustecieron más y más, constituyendo la triple alianza por medio de la adhesión de la Italia, á la que ya existía entre Alemania y Austria.

Kalnoky era, como Haymerle, un diplomático de carrera y hombre afable y laborioso, por manera que se vió pronto muy querido, así en la sociedad como entre el Cuerpo diplomático. No sólo nos recibía en días fijos, sino también cada vez que ocurría algo urgente. En uno solo se hallaban inaccesibles tanto el Conde como los altos empleados de su Ministerio, y era el sábado, porque hay allí la excelente costumbre de que en ese día se reunan todos para leer juntos los principales despachos políticos y comerciales que llegan de todas partes; lo cual produce el buen resultado de que cada Director se halle al corriente de cuanto sucede, y aun es probable que las opiniones que emiten sean útiles para el mismo Ministro.

Para completar esta materia diré también algo de los periódicos de aquel país, que son ya muy numerosos y de varios colores.

El principal de todos es *La Nueva Prensa libre*, órgano del partido liberal alemán y diario de grandes dimensiones, bien escrito, bien informado y bien impreso. Dicen que pertenece á judíos; pero sus opiniones son las de la alta banca, el comercio y la burguesía. Viene á ser como el *Times* de Austria. El *Fremden Blatt* ú *Hoja de los Extranjeros*, es semioficiosa, como también la *Correspondencia política*. *La Patria*, clerical y feudal, es la lectura predilecta de las viejas señoras devotas. *La Prensa*, retrógrada también, tiene ideas más ilustradas. El *Tagblatt* es

un diario popular, liberal y barato, que trae siempre muchas noticias, unas verdaderas, otras no tanto.

Hay también allí periódicos satíricos. Si Berlín se ufana con el *Kladeradatsch* y Munich con el *Fliegenden Blatter*, Viena posee *La Pulga* y el *Kikiriki*, que no tienen menos gracia.

CAPÍTULO CV

Viena, de 1878 á 1885

El Cuerpo diplomático extranjero.—Frialdad con que es acogido.—Posición excepcional del Príncipe de Reuss.—Visible prestigio de la Alemania.—Los Embajadores Elliot y Paget.—Simpatías que allí inspira Inglaterra.—D'Oubril y Labanof.—Partidarios que aun conserva la Rusia.—El Conde de Robilant, primero sospechoso, después amigo.—Buena posición de Duchatel.—Prestigio de los Nuncios Jacobini y Vannutelli.—Posición poco agradable de Edhem Bajá.—Los Ministros Plenipotenciarios.—Espíritu separatista de Baviera, Sajonia y Wurthemberg.—Dificultades que suscitan los tres nuevos Estados del Danubio. Lujo del Conde de Valmar, Ministro de Portugal.—Agradable posición que tuve yo en Viena.

El Cuerpo diplomático de Viena ha sido siempre muy brillante, porque tratándose de una Corte tan aristocrática, todas las naciones procuran mandar á ella representantes, no sólo inteligentes, sino muy distinguidos. Mas á pesar de eso, son muy pocos los que consiguen una acogida afectuosa. Algunos de mis colegas estaban tan quejosos de aquella sociedad que, generalizando demasiado, decían que los Diplomáticos no estaban allí más que tolerados. Más exacto sería decir que los acogen con una frialdad notable.

Son varias las causas que contribuyen á esto. Perjudícales, en primer lugar, como en Londres, su mismo número. Entre Jefes y Secretarios éramos más de cien personas; por consiguiente, no era fácil convidarnos á todos, fuera de los grandes bailes. En las pequeñas reuniones íntimas

sólo eran admitidos los más elegantes ó simpáticos, prefiriendo á veces un Secretario á un Embajador. En segundo lugar, la sociedad de Viena es tan rica que no necesita de las reuniones de los Diplomáticos para divertirse, y por lo tanto, no los busca ni adula. En tercero, es tan homogénea, que forma como una sola familia y prefiere, sobre todo, hablar alemán y tratar de sus intereses locales sin testigos extranjeros. Por fin, según lo explicaré en el capítulo especial que le dedico, aquella sociedad tiene un espíritu de exclusivismo que las revoluciones modernas, no sólo no han disminuído, sino que han aumentado bastante. Como quiera, la tarea de penetrar en los salones de la aristocracia vienesa es algo difícil. Se necesita allí más tiempo y más paciencia que en Londres, y lo principal es no querer imponerse, sino esperar tranquilamente á ser conocido y apreciado.

En aquella época la Embajada que representaba el primer papel era, como es natural, la de Alemania, á causa de la reciente alianza. Era Embajador el mismo Príncipe de Reuss, de quien he hablado en un capítulo de Constantinopla, que había sido Secretario en París durante el segundo Imperio y se distinguía por su urbanidad y buenas formas. Su esposa, una Princesa de Weimar, era igualmente muy amable y elegante. La Alemania acababa de construir en Viena un hermoso Palacio con el dinero que había recibido de Francia, y en él daban los Príncipes fiestas muy lindas, en las cuales hacían gala de una exquisita cortesía. Recuerdo, por ejemplo, que en una ocasión en que daban una comedia de sociedad, no se sentaron ni él ni ella hasta que todos los numerosos convidados habían tomado asiento con toda comodidad.

Tanto el Príncipe como la Princesa tenían aficiones ar-

tísticas, lo cual realzaba su mérito. Por lo demás, no diría toda la verdad si no añadiese que, á pesar de la alianza de las dos naciones y de las bellas cualidades que á ellos los adornaban, no dejaba de haber aun algunas damas de ideas anticuadas, que los miraban con cierta prevención por ser los representantes de Bismarck, á quien no habían perdonado todavía sus victorias del año 66.

Donde se veía más completamente el prestigio de la Alemania y de su Embajador era en las esferas oficiales, pues no sólo trataba Reuss con Kalnoky los grandes negocios, sino que no se resolvía ya nada en Viena sin que con él se consultase.

La Embajada de Inglaterra ha sido siempre allí muy bien vista, porque desde los tiempos en que Marlborough los ayudó á contener la ambición de Luis XIV, profesan los austriacos mucha estimación á aquel país. Aumentóse ésta, naturalmente, cuando Wellington les ayudó también á contener la de Napoleón I, y se afianzó de tal modo, que ni las reformas liberales de los whigs ni las excentricidades de Gladstone han bastado para borrar esas antiguas impresiones. Para la sociedad de Viena todo Diplomático inglés es, sin más examen, un *gentleman* más ó menos «tory», á quien se puede recibir con entera confianza. La facilidad con que los ingleses aprenden el alemán, á causa del origen común de ambas lenguas, es también motivo para que sean bien acogidos en Austria.

Era entonces Embajador de Inglaterra Sir Henri Elliot, á quien puedo llamar mi amigo, porque nos habíamos tratado ya mucho en Turquía. Mylady, su mujer, y la simpática Miss Gertrudis, su hija, hacían muy agradable la Embajada con su afable cortesía. Él era algo seco, pero veraz y seguro. Marchóse pronto, por haber cumplido la

edad reglamentaria, que en Inglaterra son los setenta años, y le reemplazó Sir Augustus Paget, conocido también mío, en razón á que habíamos sido colegas en Dinamarca, y nos habíamos vuelto á encontrar en Florencia. Era, como ya lo he dicho, un caballero de ilustre linaje, inteligente y afable, por lo cual tuvo pronto una posición excelente. Su esposa, aunque más joven y hermosa que Lady Elliot, no pudo conseguir la misma acogida, sin duda porque no era inglesa, sino prusiana, y por consiguiente menos simpática á la aristocracia austriaca.

La política de Inglaterra en aquel país es siempre la de una Potencia conservadora, que desea el *statu quo* en Oriente. Elliot no luchaba allí con rivalidades terribles, como en Constantinopla, y la Embajada toda tenía un carácter de diplomacia pacífica, más ocupada de jugar al *lawn tennis* que de descubrir las intrigas de otras naciones. Las fiestas que allí se daban eran de grande elegancia.

D'Oubril, primero, y Labanof, después, fueron en mi tiempo Embajadores de Rusia. Esta nación había sido desde la época de Alejandro I hasta hace poco tiempo la íntima aliada y casi directora del Austria como de las demás Potencias alemanas, de manera que nada se hacía en Viena sin consultarla. La guerra de Crimea la hizo al fin sospechosa, y la del año 77 acabó con su prestigio. Todos comprendieron que aspiraba á una preponderancia exclusiva en el Oriente de Europa. El Congreso de Berlín defraudó estas ambiciones, pero quedó siempre el peligro de que se renovasen con el auxilio de la Francia, y esto producía cierta frialdad en las relaciones de ambos países. Con todo, algo quedaba siempre de la antigua amistad de los Emperadores, y la Rusia tenía allí todavía bastantes partidarios, según podía notarse en las discusiones del

Senado. El Barón Hübner, por ejemplo, quiso más de una vez probar la conveniencia de una alianza con la Rusia y se atrajo contestaciones harto vivas del Barón de Haymerle, que era entonces Ministro de Negocios Extranjeros y defensor de la alianza alemana. Podíase comparar en aquella época la situación de la Rusia en Viena á la de una esposa antes querida y después divorciada, que se encuentra en los salones con su primer esposo y con la rival que la ha usurpado su cariño. Resígnase cuanto puede, pero no abandona la esperanza de volver á ser amada y preferida.

D'Oubril y yo nos conocíamos desde los principios de nuestras carreras, aunque él era de más edad, puesto que desempeñaba ya el cargo de Secretario en Lisboa cuando yo fuí allí de agregado en el año 44. Era gran lingüista, muy instruído, y como buen ruso, estaba muy al corriente de la literatura contemporánea. En su casa no faltaban nunca las Revistas francesas é inglesas, ni los últimos libros históricos de Broglie y Duruy, ni la última novela de Bourget. Viudo y sin hijos, no daba grandes fiestas, pero sí buenas comidas. Bismarck, que no le podía sufrir por la oposición que había hecho á su política, no tuvo paz hasta que el Zar le trasladó desde Berlín á Viena; y cuando oía decir á alguno que sentía su partida, contestaba con un tono sarcástico: «Tenéis mucha razón, porque su cocinero era excelente». En Viena era muy querido de todas las damas, que le habían conocido años atrás como Secretario. D'Oubril, por su parte, las admiraba mucho, singularmente á la bella Condesa Trauttsmandorf, nacida en Liechtenstein, sin duda porque ella era muy alta y él muy pequeñito.

Del Príncipe de Labanof he hablado ya, por haberle

conocido en Turquía. Aunque instruído, como D'Oubril, se mostraba cada día más holgazán, á la manera de Istúriz, Andrassy y tantos otros. Su Secretario Fonton, que era inteligente y celoso, le recordaba algunas veces la necesidad de escribir algún despacho sobre los sucesos de Viena. Mas, por lo general, no le hacía caso, y unas veces le respondía que la cosa no era bastante interesante; otras le decía que no valía la pena, porque en San Petersburgo no lo leerían. Y, sin embargo, había logrado adquirir cierta reputación, y fué nombrado Ministro de Negocios Extranjeros á la muerte de Giers. Cuantos le conocíamos nos admiramos mucho de ello; mas se ve que basta ser inteligente y tener dos ó tres ideas oportunas en un momento dado, para conseguir los más altos destinos. Al igual de su predecesor D'Oubril, daba Labanof buenas comidas y hacía la corte á las damas, á pesar de ser ya bastante maduro. El recuerdo de sus amores con una bella levantina, que he referido en otro capítulo, le hacían siempre interesante á los ojos del bello sexo.

Era Embajador de Italia el Conde de Robilant, hijo de aquella Condesa de este nombre, que fué Camarera Mayor de la Reina María Teresa de Cerdeña y amiga del Rey Carlos Alberto. El vulgo lo creía hijo de este Soberano, y la verdad es que se le parecía mucho en lo alto, lo feo y lo señor.

Había llegado á ser General antes de recibir la Embajada, y le faltaba el brazo izquierdo, que había perdido en Novara, lo cual le daba un aire muy marcial. Conservaba siempre sus aficiones militares, y muy á menudo salía temprano de su casa para asistir, entre el pueblo, á la parada y relevo de la guardia en la plaza del Palacio Imperial. Su esposa era una Condesa Clary, de buen parecer y de fami-

lia austriaca, y ambos eran muy amables y daban espléndidos banquetes y bonitos bailes.

A su llegada á Viena tuvo Robilant que luchar con muchas dificultades, porque el Representante de Italia era todavía un personaje poco grato al acabar la crisis del año 70, y damas hubo que se negaron á recibirle. Pero poco á poco fué venciendo esas prevenciones, y cuando al fin concluyó la alianza de su país con Alemania y Austria para formar la famosa Tríplice, se convirtió de rival en amigo, y de sospechoso en confidente.

Era hombre laborioso, que dirigía por sí mismo los pormenores de la Embajada, y por cierto que la cordialidad de nuestras relaciones me permitió conocer una costumbre de las cancillerías italianas, que me parece interesante, y es que el Ministerio de Negocios Extranjeros de aquella nación cuida de enviar á todas sus Embajadas y Legaciones copias litografiadas de cuantos despachos se refieren á los asuntos que tratan. De esta manera el Conde de Robilant sabía perfectamente lo que el Gobierno francés, por ejemplo, había manifestado al Representante de Italia en París sobre tal ó cual materia interesante, y á su vez sabía éste lo que le decían á Robilant en Viena. Nada de esto sucede, por desgracia, en España, y recuerdo entre otros casos el de las negociaciones que se siguieron una vez para la neutralización del istmo de Suez, durante las cuales mi amigo el Marqués de Casa-Laiglesia, nuestro Ministro en Londres, supo sólo por el *Libro Azul inglés* lo que el Conde de Kalnoky me había dicho sobre aquel asunto.

Fueron sucesivamente Secretario de Robilant, Galvagna y Curtopassi, dos jóvenes de instrucción y talento. El segundo se había distinguido mucho como Encargado interino de Negocios en México durante los últimos azarosos

días del infeliz Emperador Maximiliano, á quien prestó diversos servicios, que la Corte de Austria le premió con la Gran Cruz de Francisco José.

La Francia, cambiando continuamente Ministerios, cambiaba también sus Embajadores. Primero lo fué el Conde de Vogüé, gran señor y buen diplomático, á quien había conocido en Turquía. Después, el Conde de Duchatel, cuyo padre, monárquico del justo medio, había sido Ministro de Luis Felipe; y monárquico también era el hijo, aunque servía á la República, con la esperanza, sin duda, de que pronto se restablecería en Francia la realeza. Esto le hizo ser bien recibido en Viena, así como su mujer, que era tan hermosa como elegante. Daban fiestas espléndidas, y fué lástima que su Embajada duró poco, en atención á que después del retraimiento del Conde de Chambord, el fracaso de Mac-Mahón y el decreto desterrando á los Príncipe de Orleans, el Conde se apresuró á dar su dimisión, dejándonos un inolvidable recuerdo.

Su sucesor Tesseyrenc, pasaba por muy inteligente en filosofía y ciencias sociales, y gozaba de cierta autoridad en su país. Pero sus formas no eran como las de Duchatel, y además, no podía, en su calidad de republicano, ser persona grata en una sociedad tan legitimista como la de Viena. El Duque de Abrantes y el Conde de Montmarín, eran secretarios brillantes, y sus señoras, distinguidas también, recibían con mucho agrado.

La posición de Francia era entonces muy delicada, durando todavía la sorda hostilidad de Bismarck, en quien se veía casi el deseo de recomenzar otra guerra, á fin de impedir la resurrección de su rival. Ni había por otra parte en Francia, la cordura necesaria para hacer vanos los proyectos del Canciller alemán. Se necesitó la caída de éste y

la alianza franco-rusa para que aquella nación recobrase al cabo la seguridad de que carecía.

El Nuncio de S. S. es siempre un gran personaje en Viena, y su prestigio natural se hallaba entonces realzado por el mérito poco común de Monseñor Luis Jacobini, que era la persona revestida de tan alto cargo. Era sobrino de aquel Camilo del mismo nombre, único Ministro seglar que conservó Pío Nono á su regreso de Gaeta, encargándole la cartera de Obras públicas, y al cual se debió la construcción del magnífico puente de piedra que une la Riccia con Genzano. La familia Jacobini posee algunos bienes en este último pueblo, y se ha distinguido siempre por su devoción á la Santa Sede. Varios sobrinos de Camilo han sido príncipes de la Iglesia, y el Nuncio en Viena fué después Cardenal, y descolló entre todo el Sagrado Colegio por su saber y prudencia. Pequeño de cuerpo, pero con unos ojos negros y vivos como dos centellas, era una figura inolvidable. Docto, amable, jovial y conciliador, parecía nacido para el puesto que ocupaba, y también para el de Secretario de Estado, que desempeñó después hasta su muerte.

A él se debieron algunas modificaciones importantes en las leyes confesionales del Ministerio Anersperg, que tanto habían disgustado al Papa, especialmente en lo que se refiere á la educación de la juventud católica. Jacobini empezó también las negociaciones para establecer un *modus vivendi* en Alemania, y visitó con este objeto á Bismarck en Gastein. Y al mismo tiempo que defendía los intereses de la Santa Sede, sabía hacerse querer de católicos y protestantes. Sólo tuvo una vez dificultades con las señoras de Viena, y fué por el motivo siguiente:

La Duquesa de Hamilton, esposa del Príncipe de Móna-

co y tan voluble como bella, quiso anular su matrimonio, y los tribunales eclesiásticos de Roma le dieron razón, de tal suerte que pudo pasar á segundas nupcias con el Conde de Festetics, noble húngaro, joven, rico y gallardo. Pareció esto poco justo á las damas de Viena, porque decían que aquellos tribunales no podían ignorar que la Duquesa tenía de antiguo relaciones amorosas con Festetics y que todos los papeles y testimonios que había presentado en el proceso eran puras invenciones. Y era tal la libertad con que desaprobaban la sentencia de la Curia, que el prudente Jacobini no tuvo más remedio que dejar de ir á sociedad por espacio de algunas semanas, á fin de no encontrarse con sus terribles enemigas hasta que éstas calmasen sus ánimos.

Vicente Vannutelli, sucesor de Jacobini, era también un Prelado de mucho mérito, que algunos ponen entre los llamados papables, ó dignos de llegar á ser Papas.

La Turquía tuvo mucho tiempo por Embajador á aquel Edhem Bajá, que era Gran Visir á mi salida de Constantinopla, hombre culto, inteligente y muy celoso en el servicio de su país. Su situación no era muy lisonjera, pues si bien comprendía cuáles eran las tendencias naturales del Austria hacia Salónica, tenía que hallar buena la ocupación de la Bosnia y la Herzegovina y aun contribuir á que se convirtiera virtualmente en una posesión definitiva. Era esto traído por la fuerza misma de las circunstancias, puesto que así lo exigía el equilibrio de Oriente. Además, aunque aquellas provincias no estaban del todo contentas, es preciso confesar que se mostraban por lo menos resignadas, habiendo ambas ganado mucho bajo el dominio del Austria, especialmente desde que las administraba el Ministro de Hacienda Kallai, hombre dotado de cuantas con-

diciones de entendimiento y carácter son necesarias para introducir en un país la cultura europea y hacer reinar en él la paz y la justicia.

El Decano de los Ministros Plenipotenciarios era el Conde de Bray, representante de Baviera, el cual tenía una posición excepcional á causa de las alianzas de familia, siendo bávara la Emperatriz, y estando casadas en aquel país dos Archiduquesas. Era hombre de mucha edad, pero tan bien conservado, que todavía montaba á caballo como un joven. La Condesa, su mujer, una Dentici de Nápoles, había tenido mucha habilidad para intimar con las damas vienesas. Estaba siempre en casa por las tardes y allí se sabía todo lo que pasaba en la ciudad. Era el gran recurso de los noticieros, como la Condesa de Menou en Roma y la de Bille Brahe en Copenhague. Daban los Brays frecuentes comidas, y aunque su cocinero era muy mediano, por no decir malo, la elección de los convidados y la cordialidad de la Condesa, que aunque jamona era muy viva, las hacía sumamente agradables.

Maucler, Ministro de Wurtemberg, cuyo nombre está indicando su descendencia de algún refugiado protestante francés del tiempo de Luis XIV, unía la viveza de aquella nación con la formalidad alemana. Su mujer, una Bethman de Francfort, era jovial y agraciada. En su salón se reunían por las noches una docena de personas amables que departían sin ceremonia. El Conde Edmundo Zichy, benemérito de las artes, y la Condesa Gallenberg, con sus bellas hijas, eran sus tertulianos más asiduos. No olvido nunca los ratos alegres que he pasado en aquella casa.

Asiduo concurrente era allí Helldorf, Ministro de Sajonia, que había hecho la última campaña de Francia, como ayudante de su Rey, y recibió después aquella misión. Ha-

bía perdido un ojo en la caza; pero esto no quitaba mucho á su natural elegancia. Fuímos muy buenos amigos, y frecuentábamos casi siempre las mismas tertulias.

Estas tres Potencias, Baviera, Sajonia y Wurtemberg, son un ejemplo notable de lo que se llama suerte, aunque no es más que un efecto natural de multitud de circunstancias. Las tres poseen una historia gloriosa. La Suabia tuvo un día Emperadores poéticos y belicosos, á quienes perjudicó únicamente sus querellas con la Santa Sede. La Baviera estuvo á punto de ceñir la corona de España, y no dejaba de merecerla. La Sajonia dió grandes Emperadores á la antigua Alemania, y obtuvo en el siglo pasado el cetro de Polonia, que por desgracia no conservó á causa de las intrigas de Catalina. Ninguna de ellas ha alcanzado, pues, la gran situación que tienen la Prusia y el Austria. Su destino ha sido menos brillante. Con todo, lo ha sido bastante para que el recuerdo de sus antiguas grandezas mantenga en ellas un espíritu muy marcado de dignidad y particularismo.

Tres nuevas naciones, Rumanía, Bulgaria y Servia, nacidas de la última guerra de la Rusia con la Turquía y que pudiéramos llamar Estados del Danubio, forman también como un grupo separado en el sistema de Europa. Sus Ministros ó Agentes, Carp, Stang y Christich, personas ilustradas y hábiles, tenían bastante buena posición en las esferas oficiales, porque el Austria cultiva mucho la amistad de sus Gobiernos á fin de que no embaracen la libre navegación del Danubio, ni se conviertan en posiciones avanzadas de la Rusia. Y no es igual la situación de todas ellas.

La Rumanía, gobernada por una dinastía alemana y más acostumbrada que las otras á un régimen independiente, propende á convertirse en una especie de Bélgica

del Oriente, y es ya más alemana que rusa. Tuve la honra de conocer en Viena á sus Soberanos y quedé prendado de ambos, especialmente de su bella, inteligente y simpática Reina, que bajo el nombre de Carmen Silva ha publicado libros tan amenos como bien escritos.

La Bulgaria, que es la más atrasada, se halla también más dominada por la influencia moscovita. Viene á ser una pequeña Polonia. Cuando el Príncipe de Bathenberg quiso mostrar cierta independencia, los partidarios de la Rusia le arrebataron un día de su Palacio, como fué también arrebatado en Polonia el infeliz Rey Estanislao Poniatowski en tiempo de Catalina. Retiróse luego Bathenberg, sintiéndose odiado por la Rusia, y Fernando de Coburgo, hijo de Clementina de Orleans y ambicioso y despreocupado, trata ahora de sostenerse allí, captando la benevolencia del Zar á fuerza de humillaciones, y sacrificando hasta la religión de su propio hijo.

La Servia, después de varias alternativas, es la que parece más dispuesta á escuchar los consejos del Austria, y según un convenio concluído últimamente por el Ministro austriaco de Negocios Extranjeros, Goluchowsky, con el Gobierno ruso, puede el Austria influir allí sin contraste con tal de que deje á su vez las manos libres á la Rusia para influir en Bulgaria. Por desgracia la tarea del Austria es muy difícil, porque los servios están también poco menos atrasados que los búlgaros, sus partidos no conocen freno y su joven Rey Alejandro, ha sido hasta hace poco un mero juguete de su padre el antiguo Rey Milán, hombre de bastante talento, pero de costumbres tan estragadas, que vivía divorciado de su bella y discreta consorte la Reina Natalia, y escandalizaba al mismo Viena. De desear es que su hijo no le imite.

Volviendo á la enumeración de los Plenipotenciarios, citaré como nuevos y raros á los de China y Japón, por ser casi los primeros representantes de la raza amarilla en una Corte europea; y el del Japón principalmente, mostraba bien en todas sus acciones esa aptitud para civilizarse que ha hecho de su país la Potencia más importante del Asia.

El Conde de Yonghe, Ministro de Bélgica, gozaba, como Bray, de una posición ventajosa, después del casamiento del Príncipe Rodolfo con la Princesa Estefanía. La Condesa de Yonghe era muy guapa, y su casa un gran recurso para los diplomáticos. Durante el verano daban muy bonitas fiestas en una quinta que tenían cerca de la ciudad.

Los Condes de Essen, de Suecia, mis amigos de Copenhague, eran también una pareja muy simpática; ella siempre hermosa; él siempre amable.

Los Condes de Valmar, de Portugal, ambos asimismo distinguidos y afables, eran personas muy ricas, lo cual le permitía vivir con el lujo de Embajadores. En su casa tuve la honra de ser presentado al actual Rey D. Carlos, entonces Príncipe heredero, quien en aquella época estaba muy enamorado de la Infanta Doña Eulalia, y se hubiera casado con ella, si la opinión pública de su país, que teme siempre ser absorbido por España, no le hubiese sido contraria.

Citaré también por ser antiguos amigos míos á los Andrades del Brasil, Talbe, Knuth y Kier de Dinamarca, Akermán de Suecia y por fin Don Miguel Cané, Ministro de la República Argentina, hombre de mucho valer y sincero amigo de España.

En cuanto á mí, sólo diré que estuve allí sumamente

contento, porque mi posición fué pronto muy grata, por efecto sobre todo del casamiento del Rey y del gran número de conocidos que tenía entre mis colegas. El personal de la Legación era también sobremanera agradable. Creus y Perojo, con sus amables señoras, Torrepalma, Baguer y Aranguren fueron para mí más bien amigos que secretarios. Sólo me contrariaba el no poder tener conmigo á mi familia á causa de la salud delicada de mi esposa, que no podía resistir aquel clima, y también por la escasez de mi sueldo.

Tuve mi habitación en el Seilerstatte, que es un punto muy central, y la amueblé, si no con lujo, al menos con comodidad y elegancia. Tenía en ella una sala bastante espaciosa, y para darle un carácter nacional, la adorné con buenas copias de los retratos de Carlos V y Felipe II, de Ticiano, y Felipe V y Carlos III, de Ranc, que están en el Museo del Prado, pareciéndome que rodeado de tan ilustres abuelos hacía mejor figura el de nuestro amado Alfonso XII.

CAPÍTULO CVI

Viena, de 1878 á 1885

La sociedad de Viena.—Su espíritu exclusivo.—Su carácter frívolo.—Tiranía de las señoritas.—Costumbres decorosas de las señoras.—Salones principales de aquel tiempo.—Recepciones de la Condesa Goes y de Hohenlohe.—La Condesa Clam y la Princesa Dietrichstein tenían el cetro de la sociedad.—Carácter excéntrico de la Princesa Metternich.—Originalidades de la Condesa Taaffe.—El pianista Liszt en casa de Andrassy.—Zimialkowsky y las señoras polacas.—Salón de la Baronesa Langenao.—Grandes bailes de Schwarzenberg, Auersperg, Paliavicino y Harrach.—Un abrazo que no se olvida.—Tertulia de la Baronesa Löwenthal.—Banquetes del Príncipe Kinski.—El Jockey Club y el Casino de la Nobleza.—La sociedad burguesa y la israelita.—Los paseos y el patinaje.

La sociedad de Viena es, como ya lo he dicho, una de las más exclusivas de Europa. La raza es amable, pero orgullosa. Nadie olvida en Austria la antigua preponderancia ni las antiguas glorias. Además, la aristocracia ha tenido siempre allí una situación muy privilegiada y le cuesta mucho renunciar á ella. Es verdad que las revoluciones modernas han dado entrada en el Gobierno á la clase media; pero esto mismo es una razón para que la aristocracia no la admita en sus salones. Ni mucho menos admite á los ricos judíos, aunque están ya emancipados por la ley. Los magnates austriacos no comprenden que los descendientes de aquellos mercaderes, tanto cristianos como israelitas, que hace pocas generaciones tenían tienda abierta en Viena, quieran ahora hombrearse con ellos. En una palabra, las costumbres están allí aun poco de acuerdo con las

leyes, y si se hace una excepción en favor de los Rotschilds, esto nace de que son casi una potencia en el mercado europeo, pues «poderoso caballero es Don Dinero».

A este orgullo de raza anda unido en Viena cierto carácter frívolo, hijo igualmente del antiguo régimen aristocrático. Viven aquellas damas sin ocuparse apenas de otra cosa que de sus trajes y diversiones. Pocas son las que leen. Recuerdo que una vez fuí con mi amigo el Conde de Bray á hacer una visita, y mientras la dueña de la casa no salía á la sala, nos cercioramos de que no había por allí libro alguno más que el Almanaque de Gotha. Algunas leen las novelas inglesas y también las del húngaro Jokai y las alemanas de Freitag y Ebers, pero son excepciones.

Además, por un resto también de añejas costumbres, no está bien visto allí el hablar del Emperador ó de la Emperatriz, como no sea para elogiarlos, ni de religión ni de política. Sería cosa de mal tono. Ni se interesan tampoco en lo que acontece fuera del Austria, de tal suerte que están menos al corriente de lo que sucede, por ejemplo, en Inglaterra ó Francia, que de lo que pasa en China. Sus conversaciones versan sólo sobre cosas menudas de Viena, y especialmente las que interesan al círculo estrecho de la nobleza, y el resultado de esto es que les incomoda la presencia de los extranjeros, porque con ellos tienen que hablar de otros asuntos.

No se piense, sin embargo, que aquellas señoras se parezcan en lo gazmoñas á las legitimistas del barrio de San Germán. No hay nada de eso. Sus preocupaciones son sólo políticas. Pocas son las que se crían en conventos ó colegios. La generalidad se educa en casa con una aya, la cual, aunque piadosa, es casi siempre despreocupada. Y como prueba del espíritu exclusivo de las vienesas has-

ta en estas materias, referiré que una vez que algunas de ellas pensaron hacer venir un predicador francés de mucha fama, todas las otras se opusieron fuertemente á ello. El mismo Arzobispo de la diócesis quieren ellas que sea, no sólo austriaco, sino vienés.

Pero donde más se advierte ese carácter es en el bello campo de las señoritas jóvenes, á quienes llaman Condesas, aunque no tengan título, y en el cual figuraban entonces las Kinski, Trauttmansdorf, Schönborn, Cappy, Clam, Pejachevich, Dietrichstein y otras muy lindas. Forman estas damiselas un mundo separado, y se apoderan en todos los bailes de un salón, que llaman el salón de las Condesas, al cual tienen que ir los caballeros jóvenes para empeñar las diversas danzas. Y si alguna señorita extranjera quiere entrar también allí, no siempre es bien recibida. El interés se une para esto con la vanidad, porque en Austria todos los bienes de la familia van al mayorazgo, y las hembras tienen, en general, un dote muy escaso. Baste decir que las mismas Archiduquesas no llevan al matrimonio más que cien mil florines, ó sea poco más de doscientos mil francos. Y el resultado de esto es que los casamientos no se hacen por cálculo, sino por inclinación, con ventaja de las buenas costumbres, mas con el inconveniente de aumentar los celos de las Condesitas contra toda damisela extranjera que pueda disputarles los buenos partidos del país.

Y ejercen por esa razón tal tiranía que no permiten que los jóvenes austriacos bailen con las forasteras, amenazándoles con no volver á bailar con ellos si las desobedecen en este punto. Lo cual dió lugar en una ocasión á un dicho bastante gracioso del Archiduque Raniero. Fué éste una vez á visitar cierto famoso potrero de Hungría, y notó que

en un rincón del campo había tres caballos enteramente solos. Preguntó la causa de ello, y le fué respondido que eran caballos extranjeros recién llegados, y que los del país no podían sufrirlos y los recibían á coces si intentaban acercarse á ellos. «Por vida mía, dijo entonces el Archiduque, que esto se parece mucho á la sociedad de Viena».

Otra circunstancia que aumenta el poder absoluto de las Condesas solteras es que en aquel país no hay muchas señoras jóvenes casadas que frecuenten la sociedad. Generalmente se van á vivir al campo después del matrimonio y no vuelven á aparecer por Viena hasta que tienen ya hijas grandes que colocar. Por lo demás, el tono de aquellos salones no puede ser más distinguido, y cuando las damas vienesas quieren ser amables, lo son como pocas. Tienen, no sólo afabilidad, sino lo que llaman *gemuthlichkett*, que significa algo más.

También son dignas de elogio las costumbres de aquellas señoras. La sociedad de Viena no es ya en este siglo lo que era cuando la visitó la célebre Lady Mary Montegu en el pasado. Allí, como en Italia y en casi todas las naciones de Europa, existen siempre galanteos; pero el adulterio no se ostenta ya públicamente como en épocas anteriores. Débese esto, en primer lugar, á las modernas revoluciones, que han dado más dignidad á los hombres, y por consecuencia, más decoro á las mujeres; y en segundo, al aumento de la riqueza pública, que ha traído consigo el de las cortesanas y ninfas alegres, con las cuales pasan su tiempo los jóvenes solteros, en vez de solicitar á las mujeres ajenas.

Pero veamos ya cuáles eran los salones principales de Viena en la época á que me refiero. La primera gran fiesta

del invierno tenía lugar en la última noche de Diciembre. Según costumbre muy antigua, la Camarera Mayor y el Mayordomo Mayor recibían, en representación de los Emperadores, las felicitaciones del Cuerpo diplomático y la nobleza para el año nuevo, la una esa noche, y el otro la siguiente. La Condesa de Goes lo hacía en el mismo Palacio Imperial, el Príncipe de Hohenlohe en uno que ocupaba en el Augarten, situado á un extremo de Viena, y lugar muy frío y siempre cubierto de nieve en aquella época del año, por cuya razón, á pesar del coche y la pelliza, la mitad de los concurrentes cogíamos allí un buen resfriado. Era aquello, en verdad, una diablura deplorable.

Una vez entrado Enero empezaban á abrirse los salones particulares, y los más importantes eran los de dos hermanas que tenían entonces el cetro de la buena sociedad, á saber: la Condesa Clotilde Clam Gallas y la Princesa Alina Mensdorf Dietrichstein. Ambas nacían de Dietrichstein, familia antigua, á la cual pertenecía aquel célebre Cardenal de este nombre, que fué el Mazzarino de Austria en tiempo de Fernando II. El Conde Clam, marido de la primera, era un General de Caballería, que se había distinguido mucho en las guerras de Italia, pero que fué muy desgraciado en Koenigsgratz. La familia Clam es de Bohemia y ha producido en todos tiempos buenos militares. La Condesa Clotilde había sido muy bella, y conservaba aún algunos restos de sus pasadas glorias. Era caprichosa en sus simpatías, pero recibía todos los viernes y á su palacio concurrían las damas más brillantes de Viena, por lo cual no era considerado de buen tono quien no era convidado á sus saraos.

Su hermana Alina, viuda de un Príncipe Mennsdorf, no se le parecía en la figura, pues la Clam era alta y delgada,

y ella pequeña y gruesa; pero tenía el mismo carácter y aun lo exageraba. Recibía los días impares á un número muy reducido de personas, á la nata de la nata, y era muy difícil en la elección de sus amigos. Además, no trataba á todos de la misma manera. A unos les daba toda la mano, á otros tres dedos, á otros dos. Pero en el fondo era buena amiga, y sólo las personas muy susceptibles hacían caso de tales niñerías. Daba lindos bailes y en el verano era un gran recurso para los que nos quedábamos en Viena, porque ocupaba una quinta muy hermosa en Weidlingau, cerca de la ciudad, y en ella recibía á sus amigos. Vivían también cerca de allí la Condesa Yonghe y la Pejachevich con sus preciosas hijas, y todas juntas formaban una *coterie* muy agradable.

La Princesa Paulina Metternich, nacida Sándor, recibía asimismo dos veces por semana, y se mostraba todavía más excéntrica que la Dietrichstein. Era fea á tal punto que ella misma dijo en una ocasión: «Reconozco que soy fea como una mona, pero como una mona muy bien vestida».

Con efecto, su elegancia era extremada, realzando su esbelto talle la hermosura de sus trajes. Aunque era ya abuela no por eso rendía sus armas, y continuaba representando comedias y haciendo en ellas alarde de unas gracias que agradaban mucho en París cuando ella era más joven, pero que entonces parecían ya algo maduras. Pero su pasión por la escena y por el canto popular rayaba en locura, y tengo para mí que más bien que Princesa austriaca hubiera querido ser canzonetista parisiense. Era artista de temperamento, y no hay que olvidar que á ella se debió la primera representación del *Tannhauser*, de Wagner, en París el año 61, aunque el éxito no fué muy

feliz, á causa de las pasiones políticas de algunos jóvenes del Jockey Club.

La Princesa Paulina era también muy despreocupada, según lo prueba el hecho de que el principal amigo de su casa era un banquero judío, el Barón Nataniel Rotschild. Y también convidaba siempre á sus saraos al hermano de éste, el Barón Alberto, y á su mujer la linda Bettina. En aquella casa no se hacía caso de la locura antisemita.

Lástima es sólo que el carácter de la Princesa fuese á veces tan impertinente. Preguntáronle un día por qué razón no quería recibir al Representante de cierto país conocido por su política rovolucionaria, y respondió que por temor de que se anexionase sus cucharas. Su marido, hijo del famoso Ministro de Francisco I y Embajador en París durante el segundo Imperio, era, por el contrario, el hombre más cortés del mundo, y en muchas ocasiones tuvo que poner remedio á las genialidades de su noble esposa. Fué célebre, entre otras, una reyerta que tuvo ésta nada menos que con el Archiduque Víctor, hermano del Emperador, y decían que cuando el Archiduque se quejó al Príncipe, éste se limitó á responderle que lo sentía mucho, pero que, por desgracia, no era él quien había educado á su mujer.

La familia Metternich procede de Colonia, fué soberana y es de las mediatizadas á principios del siglo XIX. Aunque radicada hoy en Austria, posee todavía los famosos viñedos de Johannisberg, cuyo vino es el más preciado entre los del Rhin.

La Condesa Irma Taaffe, esposa del Presidente del Consejo, recibía también á menudo. Era húngara y, por lo tanto, más amable que la generalidad de las austriacas. Pequeña de cuerpo y gordita, gustaba mucho á Edhem

Bajá, sin duda porque le recordaba las mujeres turcas. Era, en su género, tan original como la Metternich, y divertían infinito sus respuestas. Preguntéle yo un día si no tenía, como las otras señoras, un día fijo para recibir visitas por la tarde, y me contestó: «No, señor; no tengo nada fijo más que mi marido, y esto me basta».

La Condesa Catinka ó Catalina Andrassy, consorte del célebre Ministro, daba igualmente saraos, que eran de un género muy íntimo. Ella, hermosa todavía, poseía, como la Taaffe, la afabilidad de las húngaras, mas su marido la obligaba á ser exclusiva en sus convites. Y si sabía que alguien se quejaba, Andrassy, en todo *sui géneris*, le hacía decir que no era él ni su señora quienes hacían las invitaciones, sino su hija soltera, la cual las mandaba sólo á sus amigos preferidos. Por cierto que esta hija era un querubín de amor, una criatura lindísima, incapaz de semejantes caprichos.

La Condesa amaba con pasión la música, y en su casa tuve el placer de oir al famoso Liszt, que ha sido en el pasado siglo el príncipe de los pianistas. Yo había oído en Copenhague al estrepitoso Rubinstein, y en Turquía al elegante Thalberg, mas ninguno de ellos podía ser comparado con Liszt, bajo cuyos mágicos dedos era el piano unas veces tan sonoro como una orquesta, y otras tan suave como una flauta. Venía entonces de Roma, y le llamaban el abate Liszt, porque había recibido las Ordenes menores, y según la gente maliciosa, no lo había hecho por vocación, sino simplemente por no casarse con la ya vieja Princesa de Wittgenstein, con quien había tenido amores muchos años.

Zimialkoski, Ministro de Polonia, recibía también y veía su casa muy concurrida, porque los polacos de la Ga-

litzia formaban entonces parte de la abigarrada coalición que sostenía al Ministerio Taaffe. Había sido revolucionario en su juventud y condenado á muerte, lo mismo que Andrassy y tantos otros, que se han visto después aceptados como Ministros por los pobres Monarcas de este siglo. Su esposa era igualmente polaca, y en aquella casa se admiraban muchas señoras de ese país, las cuales son siempre notables por su belleza, y más aun por su amabilidad y gracia. Una había, sobre todo, que se llevaba la atención, porque unía á la hermosura una elegancia extremada. Llamábase la Condesa Mirr y contaba entre sus admiradores al Conde Nigra, sucesor de Robilant como Embajador de Italia.

La Baronesa Langenao, viuda de un antiguo Embajador austriaco en San Petersburgo, tenía un salón muy agradable en el cual reunía á los diplomáticos extranjeros y á muchas personas del país. Siendo muy amiga de las damas principales, conseguía que hicieran la excepción de ir á su casa, á pesar de que tenía un carácter muy cosmopolita y de que por esta razón se hablaba á veces allí de cosas más serias que las pequeñas anécdotas de Viena.

Era la Langenao dinamarquesa de nacimiento y no lo desmentía en la extremada delgadez de su persona. En su juventud había sido bonita; entonces era sólo agraciada y agradable. Con placer recuerdo los buenos ratos que he pasado en su amable compañía y en la de las Condesas Testetich, Zichy, Harrach y otras discretas conversadoras que frecuentaban sus salones.

Eran estos recibimientos casi todos semanales; pero había además grandes bailes, que sólo tenían lugar una ó dos veces durante el invierno en los palacios de los grandes magnates. Citaré primero los del viejo Príncipe de

Schwarzenberg, de cuya célebre familia he hablado antes. Pasaba por ser el particular más rico de Austria y quizá de Europa, especialmente en bienes raíces. Era ilustrado, amante de las artes y coleccionista de muchas cosas, entre otras, de periódicos, de modo que yo gané su corazón haciéndole traer de España un ejemplar de todos los nuestros.

Tenía su antiguo Palacio un aire casi regio. Ya en la escalera, daban una idea del esplendor de la familia las filas de infinitos criados con lujosas libreas, que eran procedentes de sus diversas posesiones y como siervos de aquella casa. El lujo de cuadros, tapices y muebles antiguos era grande. Podíase pasar la noche con sólo el entretenimiento de observarlos. Servíanse antes de la cena dos mesas de té, y en la una el servicio de porcelana era de viejo Sajonia, y en la otra de viejo Viena, ambos muy bellos. Todo era allí rico y magnífico. En aquel Palacio fué donde se ejecutó por primera vez la *Creación* de Haydn, en el año 1809, y sus nobles poseedores han dispensado siempre una generosa protección á los grandes artistas.

El Príncipe Anersperg, de cuya ilustre familia he hablado también en otro lugar, daba igualmente hermosos bailes. Su nuera era una Kinski, y por lo tanto muy linda, como todas las mujeres de esta familia.

No menos brillantes eran los bailes del Príncipe de Pallavicino. La Princesa madre fué la dama que acompañó á España, como Camarera mayor, á la Reina Doña Cristina. El hijo estaba casado con una húngara, de la familia Scheny, que era quizá la mujer más bella de Viena en aquella época. Faltábale sólo un poco de animación. La familia Pallavicino es originaria de Italia, donde tiene diversos é ilustres ramas. En Parma obtuvo el primer lugar an-

tes de que dominaran allí los Farnesios. Ha dado Duces á Génova, Cardenales á la Iglesia y Generales á casi todos los Estados de Italia y también al Austria. Un Pallavicino entró el siglo XVIII al servicio de esta nación en sus guerras contra los turcos y de él desciende la rama actual, que se halla establecida en Hungría.

Lucidos eran también los bailes del Conde Juan de Harrach, cuyo Palacio competía en elegancia con los de Schwarzenberg y Pallavicino. La familia Harrach cuenta entre sus antepasados Diplomáticos y Ministros y también una bella dama que fué esposa del famoso Wallenstein y le ayudó en su carrera. En España se guarda memoria de uno de ellos, porque era Embajador de Austria á la muerte del Rey Carlos II. Y es probable que no se olvide tampoco en aquella familia el desaire que allí sufrió el Conde de Harrach, ni el abrazo que, según Saint Simón, le dió el Duque de Abrantes cuando supo el tenor del testamento del Rey, diciéndole de buena fe: «Permitidme que así me despida de la ilustre Casa de Austria».

Tenía el Conde de Harrach un hermano, Alfredo, cuya esposa, la Condesa Ana, hija del Príncipe de Lobkovich, era tan linda como inteligente, y muchas veces disputamos sobre la cuestión de la herencia de Carlos II, criticando ella mucho la conducta de este Rey y de sus Ministros. Pero yo le respondía que para juzgar bien de ese hecho histórico, es necesario representarse cuál era el estado de España en aquella época después de la ofensa hecha á sus intereses y á su decoro por el reparto anticipado de sus posesiones, y el deseo natural que por esto tenía de que un Monarca poderoso la ayudase á conservarlas. Además su decadencia era tal, que el esplendor de Luis XIV no podía menos de ejercer sobre ella una fascinación irresistible.

Todo era en Francia grande; todo era brillante: la Corte, los oradores sagrados, los poetas y los artistas de todo género; y por el contrario, todo era mezquino y hechizado en España. No había ejército ni marina; no había ciencias, ni letras ni artes. Después de la muerte de Coello no existía más pintor en Madrid que el italiano Jordán. El pueblo no tenía más diversiones que las comedias de Cañizares y las hogueras del Santo Oficio. El vestido mismo era tan negro y estrecho que todos los españoles parecían alguaciles. Es cierto que el cambio de dinastía no impidió la pérdida de muchas posesiones; pero tuvo, al menos, la ventaja de que las perdiésemos con las armas en la mano. Además, la nación realizó después muchos progresos, y si no recobró á Gibraltar, esto fué culpa del carácter español, siempre propenso á preferir lo que halaga la vanidad ó la codicia á lo que importa á la seguridad y á la honra.

Aunque eran círculos muy pequeños tenían mucha importancia para los Diplomáticos algunas otras casas, donde recibían siempre que no había en otras grandes bailes ó saraos. Tales eran las de mis colegas Essen, de Suecia, Yonghe, de Bélgica, y Maucler, de Wurtemberg, y también la Baronesa de Löwenthal, aunque las recepciones de esta última eran más bien tertulias de la tarde.

Estaba la Baronesa casada con un General austriaco, y había pasado ya los límites de la juventud; pero brillaba en todas partes por su talento y distinción. Era polaca de nacimiento, y cuando llegó á Viena tuvo muchas dificultades para penetrar en la alta sociedad; sólo que, como era linda y graciosa, vió luego á sus pies al Príncipe Félix Schwarzenberg, y este célebre Ministro le prestó luego su protección y la hizo recibir en todas partes. Pasaba la mitad del año en París, donde era, asimismo, visitada por

personas de importancia, y esto hacía que se hallase al corriente de la política francesa y también de la europea. No he conocido una mujer que tuviese más sagacidad para juzgar de los hombres y de las cosas. Robilant, D'Oubril, Beust, Taaffe y otros más, iban, como yo, á su casa y gustaban de oirle discurrir sobre los asuntos del día.

No necesito decir que había también en Viena buenos banquetes, aunque no tantos como en Londres. Los más elegantes eran los de Trauttmansdorf, Harrach y Kinski. Ya he hablado de todos estos magnates, y he dicho que el Príncipe Kinski fué quien acompañó á España á la Reina Doña Cristina como Mayordomo mayor. Su familia es antigua y enumera en su árbol genealógico muchos individuos, que han hecho un papel distinguido en la guerra ó en la paz. El Príncipe de entonces era el tipo perfecto de un gran señor, y su esposa, una Liechtenstein, el de una gran dama. Muy notable en aquella familia eran también las hijas, todas bellísimas, principalmente la llamada Fany, que estaba casada con el Príncipe de Monte Nuovo. Aquella mujer lo reunía todo; parecía una pintura y era, además, graciosa, amable y discreta. Obtuvo la palma de la hermosura en cierto baile de trajes, en que figuró como la Dama de Corazón, llevando un vestido del Renacimiento y un bonetillo con plumas.

Eran también muy agradables en Viena sus varios clubs, con especialidad el «Jockey» y el «Adel Casino» ó Casino de la Nobleza. Al primero no iba, porque no se hacía allí más que jugar, á lo cual no fuí nunca aficionado. Iba sí al Casino, donde hallaba una reunión de personas graves y distinguidas, que se limitaban á jugar un modesto *whist* y gustaban de conversar. Había buena mesa y un palco en la Opera á disposición de los socios que reclama-

ban un puesto con la debida anticipación. Allí pasaba muy buenos ratos leyendo periódicos y Revistas y conversando con algunos Diplomáticos y militares y no pocos caballeros de la aristocracia, entre los cuales se hallaban los Liechtenstein, los Kinski, Trauttmansdorf, Edmundo Zichy, Schloissnig, Coudenhof, Khevenhüller y otros que sería largo enumerar.

Ya he dicho que la sociedad de Viena tiene un carácter muy exclusivo. Pues si tarda á recibir á los iguales, no necesito decir que es todavía más difícil para admitir ă los inferiores. Los ricos burgueses, los banqueros, tanto cristianos como judíos, es raro que penetren en sus salones. Ni tampoco los hombres distinguidos en la literatura ó las artes. Sólo era admitido en algunas casas el académico Arneth, autor de una Historia muy estimada de María Teresa, y el pintor Angeli, que ha sido el Federico Madrazo de aquel país, pues ha hecho, idealizándolas, los retratos de las principales señoras.

Mas no por eso carecía la rica burguesía de las mismas diversiones que la nobleza, siendo frecuentes los banquetes, bailes y saraos en casa de los Barones de la Finanza, como Königswarter, miembro de la Alta Cámara, Sina y Biedermann. Oíase también hablar de las recepciones del israelita Todesko, y de las de cierta Madama de Wiener Welten, que reunía en sus salones lo más selecto de la burguesía. Yo, sin embargo, no traté de conocer esa otra sociedad: en primer lugar, porque no tenía tiempo para ello, bastándome ya la diplomática y la aristocrática, y en segundo, porque, como ya lo observaba Missis Trollope á principios del siglo anterior, la división de las clases se encuentra allí tan marcada, que es difícil frecuentar ambas sin cometer una especie de traición.

El paseo es en Viena un terreno más neutral que los salones, y en el Ring como en el Prater, circulan confundidos el Príncipe con el plebeyo. Es sólo notable que los trenes de los particulares no tienen en aquella gran ciudad ni el lujo ni la elegancia de los de otras Cortes. Son inferiores, no sólo á los de Londres y París, sino también á los de Madrid y Florencia. En cambio los fiacres ó coches de alquiler son excelentes. Tienen todos dos buenos caballos, y sus cocheros pasan por ser los primeros de Europa. Hacen pagar caro; mas no exigen propina ni molestan con sus malas maneras.

El patinaje es, asimismo, una diversión favorita de aquella capital, y tiene para ello un local espacioso cerca del Stadt Park. Infinidad de personas de ambos sexos pasan allí las tardes del invierno patinando ó viendo patinar á las lindas vienesas, las cuales despliegan en ese ejercicio tanta gracia y elegancia como en el baile. Y en aquel hielo tan frío se encienden á veces las más grandes pasiones.

Fáltame sólo hablar de los teatros; pero á éstos les dedicaré un capítulo separado, porque la materia lo requiere.

CAPÍTULO CVII

Viena, de 1878 á 1885

Afición de los vieneses al teatro.—Pasión por la música.—El Gran teatro de la Opera.—Su variado repertorio.—Respeto por Gluck y Mozart.—Pasión por Meyerbeer.—Aprecio de otros maestros.—Entusiasmo por Wagner.—La Lucca, la Bianchi, la Materna.—Afición también al baile.—*Silvia*, *Coppelia* y *Excelsior*.—Las bailarinas y sus amantes.—Teatros de Operetas.—La Finali y Girardi.—Teatros de comedias y dramas.—El famoso de la Burg.—Mérito de sus actores.—Dramas de Schiller y Gœthe.—Piezas francesas, inglesas y españolas.—La Wolter y la Hohenfels.—Sonnenthal y Lewinsky.—Carácter alegre del pueblo vienés.—Corrupción que se le nota.—Causas que la limitan.

El deseo de divertirse y la afición al teatro son generales en Viena. Ricos y pobres, nobles y plebeyos, se mueren por espectáculos de todo género. Pretenden algunos que esta propensión ha sido fomentada por el Gobierno mismo, á fin de distraerlos de la política; mas sin necesidad de ese profundo maquiavelismo, la población de Viena ha sido siempre más inclinada á pasatiempos que á las preocupaciones de otra especie. Lerminier, enfadado, sin duda, porque no encontraba allí filósofos como en Berlín, dijo que debía ponerse á la entrada de Viena un poste con esta inscripción: *Aquí no se piensa.* Y ya mucho antes, el famoso Enea Silvio y el médico Gui Patín, habían dicho que Viena era una ciudad dada exclusivamente á los placeres, y tan divertida como París.

En mi sentir, es posible que la forma de su Gobierno, que excluía de los negocios al pueblo, haya contribuído á

ban un puesto con la debida anticipación. Allí pasaba muy buenos ratos leyendo periódicos y Revistas y conversando con algunos Diplomáticos y militares y no pocos caballeros de la aristocracia, entre los cuales se hallaban los Liechtenstein, los Kinski, Trauttmansdorf, Edmundo Zichy, Schloissnig, Coudenhof, Khevenhüller y otros que sería largo enumerar.

Ya he dicho que la sociedad de Viena tiene un carácter muy exclusivo. Pues si tarda á recibir á los iguales, no necesito decir que es todavía más difícil para admitir ă los inferiores. Los ricos burgueses, los banqueros, tanto cristianos como judíos, es raro que penetren en sus salones. Ni tampoco los hombres distinguidos en la literatura ó las artes. Sólo era admitido en algunas casas el académico Arneth, autor de una Historia muy estimada de María Teresa, y el pintor Angeli, que ha sido el Federico Madrazo de aquel país, pues ha hecho, idealizándolas, los retratos de las principales señoras.

Mas no por eso carecía la rica burguesía de las mismas diversiones que la nobleza, siendo frecuentes los banquetes, bailes y saraos en casa de los Barones de la Finanza, como Königswarter, miembro de la Alta Cámara, Sina y Biedermann. Oíase también hablar de las recepciones del israelita Todesko, y de las de cierta Madàma de Wiener Welten, que reunía en sus salones lo más selecto de la burguesía. Yo, sin embargo, no traté de conocer esa otra sociedad: en primer lugar, porque no tenía tiempo para ello, bastándome ya la diplomática y la aristocrática, y en segundo, porque, como ya lo observaba Missis Trollope á principios del siglo anterior, la división de las clases se encuentra allí tan marcada, que es difícil frecuentar ambas sin cometer una especie de traición.

El paseo es en Viena un terreno más neutral que los salones, y en el Ring como en el Prater, circulan confundidos el Príncipe con el plebeyo. Es sólo notable que los trenes de los particulares no tienen en aquella gran ciudad ni el lujo ni la elegancia de los de otras Cortes. Son inferiores, no sólo á los de Londres y París, sino también á los de Madrid y Florencia. En cambio los fiacres ó coches de alquiler son excelentes. Tienen todos dos buenos caballos, y sus cocheros pasan por ser los primeros de Europa. Hacen pagar caro; mas no exigen propina ni molestan con sus malas maneras.

El patinaje es, asimismo, una diversión favorita de aquella capital, y tiene para ello un local espacioso cerca del Stadt Park. Infinidad de personas de ambos sexos pasan allí las tardes del invierno patinando ó viendo patinar á las lindas vienesas, las cuales despliegan en ese ejercicio tanta gracia y elegancia como en el baile. Y en aquel hielo tan frío se encienden á veces las más grandes pasiones.

Fáltame sólo hablar de los teatros; pero á éstos les dedicaré un capítulo separado, porque la materia lo requiere.

aquella inolvidable noche en que fué ejecutado por última vez delante de él su *Oratorio de la Creación*, en el Palacio Lobkovitz. Era ya entonces muy anciano, y cuentan que las damas principales le cubrieron con sus pellizas y le acompañaron hasta su coche. Pero Haydn fué más eminente en la sinfonía que en la Opera; por consiguiente, prefieren ahora á Mozart, el divino Mozart, que brilló más bien en las composiciones dramáticas, y tiene tal sencillez y tal elegancia de formas, que con razón ha sido llamado el Rafael de la música. El *Don Juan* es representado muy á menudo, y también las *Bodas de Fígaro* y *La Flauta mágica*, donde se ve la pasión que tenía por ese suave instrumento, mientras que no podía sufrir los timbales y las trombas.

Los Hugonotes, del gran Meyerbeer, del cual se muestran asimismo apasionados, son igualmente muy repetidos y los tienen por la obra maestra de la música del siglo XIX. La escena de la conjura y el duo *Lasciami partir*, les parecen la última palabra de ese arte. *Roberto* y *La Africana* son cantados también de cuándo en cuándo.

Guillermo Tell, del no menos grande Rossini, viene inmediatamente después de *Los Hugonotes*, en el concepto de los alemanes, y agrada infinito, á pesar de que su asunto no es lisonjero para la Casa de Hausburgo, por cuya razón, sin duda, se observa que el Emperador y los Archiduques se marchan antes del final, que representa el triunfo de los suizos. Un cantor llamado Beck, hacía el papel de Tell con mucha fuerza dramática.

El Barbero de Sevilla es, asimismo, popular, aunque me atrevo á decir que la lengua alemana no se presta á su letra, ni los cantantes á su música. Tienen que hacer más lento el compás, y es aquello, en realidad, una sombra de

lo que se oye en otros países. No es tan malo como *El Barbero* en inglés, pero poco menos.

El *Oberon* y *Treyschutz*, de Weber, y *Tidelio*, de Beethoven, forman también parte del repertorio. Weber muestra siempre grande originalidad; Beethoven brilla más en las sinfonías que en su única ópera.

Las obras del melodioso Bellini y del romántico Donizetti, gozan allí mucho aprecio. Del primero dan la *Norma*, que juzgan casi clásica, y la bella *Sonámbula*. Una primadonna, educada al canto italiano, y que llevaba el nombre de Bianchi, aunque era de Wurtemberg, cantaba ésta y otras óperas del mismo género con mucho aplauso. *La Favorita*, *Elixir de amor*, *Lucrecia* y *Lucía*, de Donizetti, eran oídas con sumo placer, especialmente la última, y decían los alemanes más exclusivos que el final de su segundo acto puede ser comparado con lo mejor de la música clásica.

Verdi, el maravilloso Verdi, era oído de cuándo en cuándo, sobre todo en *Rigoletto*, *La Traviata* y la *Aida*, que son obras muy bellas, cada una por su estilo, siendo lástima que la primera pierda bastante, como *El Barbero*, cuando es cantada en alemán, lengua dura, dígase lo que se quiera, y poco grata á los oídos latinos.

Y gusta también el *Mefistófeles*, de Boito, cuyo prólogo, tomado del libro de Job, es tan original, y el último acto tan poético.

De la escuela francesa preferían, entre las antiguas óperas, *La Dama Blanca*, del elegante Boieldieu, cuyo libreto trata una leyenda siempre popular en Alemania, y *La Judía*, del armonioso Halevy, aplaudida por su hermosa música, á despecho de los antisemitas.

Entre las modernas francesas, agrada el *Fausto*, del brillante Gounod, y la *Mignon*, de Thomas. La letra de ambas

está tomada de Gœthe, cuyo genio añadió mucha poesía al *Fausto* de las leyendas y á la *Gitanilla* de Cervantes. Dan también la *Manon*, de Massenet, melodiosa por extremo, pero cuyo asunto es poco simpático, como el de *La Traviata*, de Verdi.

Pero la composición francesa más repetida era la *Carmen*, del malogrado Bizet, la cual ha sido en el final del pasado siglo tan popular como *El Barbero* en su principio y *Don Pasquale* en su medio. Y es mucha lástima, en mi opinión, que estando la *Carmen* tan llena de reminiscencias españolas, tanto en la letra como en la música, sea obra de un extranjero, mientras que los compositores de nuestro país imitan más bien en las suyas la música de allende el Rhin, que tan contraria es á nuestro genio. Paulina Lucca, artista de linda cara y buena voz, cantaba esa ópera con mucha gracia.

Complemento y corona de esta serie de bellas composiciones, son las óperas del famoso Wagner, por el cual tienen los vieneses, como los demás alemanes, un verdadero entusiasmo. Inútil es que sean tan conocidos su egoísmo, su vanidad y su falta de sentido común en política, filosofía y bellas artes. Inútil que su casamiento con la mujer de Büllow, que se la cedió, como Catón la suya, á Hortensio, le haya expuesto á críticas y burlas. Vano también que algunos digan que sus libretos son cuentos ingenuos y capaces de hacer dormir en pie á quien no ha nacido en Alemania. Vano, en fin, que algunos le crean más hábil para componer armonías que para inventar nuevas y agradables melodías.

De nada de esto se hace allí caso, antes bien, lo consideran disparates y herejías. No sólo juran por aquel maestro, sino que se extasían con su *leit motiv:* no encuentran

nunca bastante largas sus melopeas y le colocan sobre todos los habidos y por haber.

Por mi parte, no entraré en tales polémicas, y limitándome á mis impresiones personales, diré que algunas de sus óperas me agradan infinito. *Lohengrin,* por ejemplo, me parece muy poético, y le oigo siempre con placer. Con todo, le noto sus larguras, y recuerdo que en Viena la Kupfer, que cantaba el papel de Elsa, tenía que hacer traer una silla cuando el Caballero del Cisne le espetaba en el último acto la larga relación de su vida. *Tannhauser* me gusta también, aunque no carece tampoco de pesadeces. En *La Valkiria*, *Sigfrido*, *Parcival* y sus demás obras, encuentro que abundan los bellos trozos de orquesta, pero tienen más de música sagrada que de dramas. Hay en ellas recitados y declamaciones tan inacabables, que se necesita una gran paciencia para aguantarlas.

Era Wagner, si no me equivoco, un hombre de mucho genio, que merece ser puesto al lado de los mayores compositores que han existido; pero su excesivo amor propio y su carácter extravagante le han hecho incurrir en exageraciones que dañarán á su fama. La Kupfer y la Materna, Reichmann y Scaria, cantaban muy bien en Viena sus varias óperas, y las han cantado después en el famoso teatro construído *ad hoc* en Bayreuth, que es ahora la Meca de los fanáticos wagnerianos.

Después de las óperas llaman la atención en Viena los bailes, por los cuales tienen asimismo una verdadera pasión, y que son puestos en escena con tanto esplendor como gusto. Las bailarinas, procedentes de las diversas regiones del Imperio y también de Italia, son muy bonitas, y como hay allí, lo mismo que en Milán, una famosa escuela de baile, ejecutan sus danzas con suma perfección. La

Cerale, la Linda, la Haufe y otras varias, eran artistas de mucho mérito, aunque no tanto como las Taglioni y Essler de antaño. El Director Frappart, un francés, poseía mucha habilidad para poner en escena obras tan diferentes como *Robert Macaire* y *Versalles.*

Eran muy aplaudidos en aquel tiempo *Silvia* y *Coppelia*, cuyos asuntos son muy poéticos y su música dos obras maestras de Delibes. Y también el *Excelsior*, compuesto por el coreógrafo milanés Manzotti, con música de Marenco, que creo ha sido el baile más notable de la segunda mitad del siglo, porque glorifica la cultura moderna, representando de un modo muy pintoresco la navegación de vapor, el telégrafo, la apertura del istmo de Suez y la perforación del Mont Cenis.

Las bailarinas, que ejecutan toda clase de danzas y pantomimas, son, como ya lo he dicho, sumamente lindas, y, por lo tanto, también en sumo grado peligrosas. Que todas las de su oficio lo son, no hay quien lo ignore, y de ello existen muchos ejemplos, empezando por Salomé y acabando por Lola Montes; y ya dijo el eclesiástico: *Cum saltatrice ne assiduus sis.* De las de Viena es bueno también guardarse, y pocas hay que no tengan algún amante entre sus garras. Desde las primeras noches que fuí á la Opera oí decir á mis amigos: esa es la querida del Duque de Brunsvick, aquella del Mayordomo mayor de la Emperatriz, esa otra del Maestro de ceremonias, y así de casi todas las demás.

Acaba temprano el teatro, porque empieza á las siete y media y los entreactos son cortos, no habiendo allí la costumbre de hacer durante ellos largas visitas á los palcos, como en Italia. A las once está todo terminado. Y el extranjero que no puede penetrar en la sociedad de Viena,

tiene una buena ocasión de ver á todas las señoras en la escalera central, que es donde aguardan que les anuncien el coche. Es un espectáculo muy brillante.

Pero mucho más curioso en su género es observar la salida de las bailarinas por la puerta del escenario, que está á espaldas del teatro. Espéranlas allí bajo el pórtico sus respectivos protectores, y se las ve partir, dando el brazo la una á un Coronel, la otra á un Secretario de Embajada, la otra á un joven de la nobleza ó á un viejo rico y disoluto de la finanza. Van de ese modo á cenar en algún café, prefiriendo las más elegantes el Restaurant de Sacher, que está enfrente del teatro y tiene gabinetes y salones á propósito para las citas de los amantes. Cuando el Príncipe de Gales vino á Viena con el objeto de asistir á las bodas del Archiduque Rodolfo, dió allí una lujosa cena á algunos jóvenes que conocía, tan ligeros como él, y á varias de esas bailarinas. Y contaban que después de cenar bailaron todos la famosa charda húngara, que en alegría y animación se parece mucho á nuestra jota.

Como apéndices de las Operas deben considerarse las Operetas, género ligero, perfeccionado en Francia por el festivo Hoffenbach, que descansa un poco de la música seria y solemne. Las había en el *Carl Theatre* y en el teatro *An der Wien*, y aunque el Emperador no las frecuentaba, los Archiduqueses sí, con especialidad Guillermo, y también un público muy escogido. Las composiciones alemanas alternan allí también con las francesas, y las ponen en escena con tanto esmero y las cantan con tanta gracia, que forman en su género un espectáculo muy grato.

El *Boccaccio*, de Suppé y *La Lustige Kriege* ó Guerra alegre, de Strauss, eran las más notables entre las primeras, y *La Mascotte*, de Audran, *Las Campanas de Corneville*, de

Planquette y *Madama Angot*, de Lecoq, entre las segundas. Esta última hizo en su tiempo un efecto contrario al que hicieron en el suyo *Los Puritanos* y *La Muta di Portici*, pues estas dos Operas ayudaron en todas partes á la revolución, al paso que la Opereta de Lecoq favoreció bastante la reacción con aquellas coplas en que Madama Angot pinta los vicios del Directorio y canta como estribillo:

Pues vemos que tanto crecen
La injusticia y corrupción,
No creo que valía la pena
De hacer la revolución.

Blaser y la linda Schlägel daban mucho realce á estas piezas en el *Carl Theatre*, y la Gallmeyer, la Finali y Girardi, en el llamado *An der Wien*. Girardi, sobre todo, era uno de esos actores tan graciosos, que basta que se presenten en escena para hacer reir al público.

Dejando ya la música y el baile, entremos ahora en el templo de Melpómene y Talía, que tal vez hubiera debido ocupar el primer lugar en esta reseña. El teatro principal para la prosa está ahora en el Ring y es uno de los nuevos edificios que tanto honran el reinado de Francisco José. En mi tiempo se usaba uno bastante viejo, construído dentro del recinto mismo de la Burg, de modo que los Emperadores podían ir á su palco sin pasar por la calle. Y cuentan que cuando el Gran Duque Leopoldo de Toscana tuvo su primer hijo, la Emperatriz María Teresa, su madre, se apresuró á anunciárselo ella misma al público allí reunido, asomándose al palco imperial, vestida de bata, como estaba en su cuarto.

Pero más que el edificio es en Viena notable la reunión de excelentes actores, que forman un conjunto de perfección parecido al del teatro francés ó academia de Francia.

Y aun creo que, como sucede en la Opera, posee un repertorio más variado, comprendiendo, no sólo todas las obras principales de los autores alemanes, desde Lessing á Moser, sino también las mejores francesas, las de Shakespeare, y algunas españolas.

De Lessing dan *El Sabio Nathan* y *Emilia Galotti*, que es una especie de *Virginia* moderna, en la cual brillaban mucho la Weseley, como protagonista, y la Wolter como Condesa Orsina.

Pero los autores alemanes más apreciados son, como es natural, Gœthe y Schiller. Ofrecen estos dos grandes poetas el ejemplo bien raro de haber sido siempre fieles amigos, ayudándose en la vida y animándose mutuamente en sus trabajos, sin celos, sin envidias, sin más emulación que la de producir las obras más bellas de todo género. Por eso los representó juntos el elegante escultor Rietschel en una plaza de Weimar, que fué la ciudad donde vivieron y escribieron, protegidos por aquel Duque. Por eso viven unidos también en la memoria de los hombres. Y fué tanto más notable esta fina amistad cuanto que, si se asemejaban en el genio poético, eran bastante diferentes en todo lo demás. Gœthe tenía un talento más universal; pero fué egoísta en sus amores é indiferente en religión y en el culto de la patria. Apenas mostró interés por la lucha que Alemania sostenía contra Napoleón, y se excusaba de su silencio, diciendo que no sabía odiar. Schiller, por el contrario, era todo abnegación y entusiasmo. Fué el primer corifeo de los románticos, y todas sus poesías respiran el amor de la libertad y de la patria.

No son representadas en Viena todas las obras de estos dos ingenios, algunas de las cuales tienen ya poco interés, sino sólo las principales. De Gœthe, *El Egmont*, *Goetz de*

Berlichingen y *El Fausto*, sobre todo la primera parte, pues la segunda, que compuso cuando tenía ya ochenta años, se resiente mucho de su edad avanzada.

En *El Egmont* se admira con razón Prescott de que haya tratado de excitar un interés impuro, introduciendo una querida imaginaria llamada Clara, en vez de la animosa mujer del Conde, mucho más á propósito por su belleza y raras prendas para compartir la fortuna de su marido y ennoblecer sus sufrimientos. La escena en que Clara parece deslumbrada por el uniforme dorado de Egmont, recuerda otra igual entre Amy, Robsart y Leicester en una novela de Scott.

El *Goetz* es muy popular, porque representa costumbres alemanas de una época grata á los románticos, y en esta pieza, lo mismo que en *El Egmont*, ha imitado Gœthe al gran Shakespeare, que ha sido el principal modelo de todos los dramaturgos de Alemania. Sólo que, en mi concepto, la imitación no es siempre muy feliz. El personaje de *Goetz* está bien pintado; los demás, dejan que desear. Adelheide es un tipo más odioso aún que Lady Macbet, porque ésta al menos amaba á su marido, mientras que ella es, no sólo ambiciosa, sino infiel.

Más bello indudablemente es el *Fausto*. Es su obra más perfecta. Una linda actriz, llamada Weseley, representaba muy bien la Margarita, y el actor Gabillon era un excelente Mefistófeles. El drama todo interesa y conmueve, aunque los que no somos alemanes no comprendemos ciertas cosas que ellos encuentran muy aceptables. Así, por ejemplo, no nos parece muy inocente una joven que da un narcótico á su madre para poder recibir en su cuarto á un amante. Ni tampoco nos parece natural que Fausto, después de dar su alma al diablo para rejuvenecerse,

tenga que regalarle joyas á Margarita, como lo hacen los viejos con las bailarinas.

De Schiller, del simpático Schiller, dan un buen número de obras. Los *Bandoleros*, parto de su juventud, es un drama exagerado, que sólo agrada á cierta parte del público. El carácter de Carlos recuerda el que nos ha dejado Cervantes de Roque Guinart, bandido romántico de Cataluña. Pero son mucho más bellos *María Stuardo*, interpretada muy bien por la famosa Carlota Wolter, que era la actriz principal de aquel tiempo, *Guillermo Tell*, la trilogía de *Wallenstein* y *Don Carlos*.

Hacía el papel de Wallenstein el primer actor, de nombre Sonnenthal, cuya noble presencia, hermosa voz y movibles facciones, le hacían excelente en todos los géneros, especialmente el trágico. La *Muerte de Wallenstein*, me parecía siempre tan interesante como cualquiera tragedia antigua, pues el caso de aquel caudillo asesinado cuando se hallaba al frente de un poderoso ejército, es casi único; recuerda sólo un poco el de Sertorio.

Don Carlos cautiva también; pero tiene larguras. La Wolter representaba con talento á la astuta Princesa de Eboli, sobre cuyos amores con Felipe II no ha querido decir la verdad mi compañero Don Gaspar Muro, en el libro que sobre ella ha escrito, temiendo, según me dijo y fué donosa excusa, que esto pudiera ofender á los Duques de Pastrana, que de ella descienden. Hubo un tiempo en que la pintura que hace Schiller del carácter de Felipe y de su sumisión al Inquisidor Mayor, me parecían algo exagerados. Mas después que he leído en Prescott que el Papa Pío V y un cierto Padre Villavicencio se atrevían á reprenderle porque no era bastante severo con los herejes, pienso que el poeta alemán no ha pasado de lo justo. Lo que me pa-

rece menos aceptable son los amores de Don Carlos.

Representaban también en la Burg, los dramas del vienés Grillparzer, autor más moderno, y otros alemanes de más ó menos mérito; pero las dos terceras partes del repertorio se componía de dramas y comedias francesas, las cuales tienen más interés y un diálogo más animado que la generalidad de las del país. El *Vaso de agua*, de Scribe, hacía lucir á la bella Schratt en el papel de Reina Ana y á la Hohenfels en el de Abigail. Tenía la Hohenfels, además de linda cara y mucha gracia, una cualidad rara entre las actrices, que es la distinción de los modales. Pero el Emperador, como ya lo he dicho, admiraba más á la Schratt.

Mademoiselle de la Seigliere, era también otro triunfo de la Hohenfels, mientras que la Wolter lucía mucho en *Fedora*, la *Extranjera* y otras obras más dramáticas de Dumas y Sardou.

Del famoso Shakespeare daban, no sólo las principales piezas, como *Romeo y Julieta*, *Macbet*, *Hamlet* y *El Mercader de Venecia*, sino también otras que no se representan ya ni en la misma Inglaterra, como por ejemplo, *Enrique IV* y *Enrique V*. Tienen una verdadera adoración por él. La Wolter era una admirable Lady Macbet y la Weseley una interesante Ofelia. Lewinsky hacía un Shilock que conmovía á los más duros antisemitas, y Sonnenthal, aunque ya algo maduro, era todavía un simpático Hamlet.

De nuestro divino Calderón habían escogido *El Alcalde de Zalamea*, en que el actor Gabillon, que he citado antes, daba mucho realce al papel de Pedro Crespo. El mismo Emperador no podía menos de aplaudirle. Del elegante Moreto, el *Desdén con el desdén*, que llaman *Doña Diana*, y que excitaba mucho interés.

Había además otros teatros de segundo orden, pero los

omitiré en obsequio de la brevedad. Basta lo dicho de los principales para que se vea cuán brillante es Viena, no sólo en su sociedad, sino en sus fiestas de toda especie. Mas no se crea que no tenga también sus sombras y lunares, cual todas las grandes ciudades del mundo. Por desgracia, los tiene. La corrupción de las costumbres es allí muy grande, según lo prueba el número de las mujeres vagabundas, y si no ha llegado al último y más triste extremo que vemos en Londres, esto se debe, en mi sentir, á las siguientes causas. Primero, el clima, que no siendo demasiado húmedo, no requiere el uso de las bebidas alcohólicas. Las vienesas beben sólo cerveza ó un vino ligero del país que llaman Voslao. Segundo, el carácter agrícola del Austria, que no produce esas crisis de la industria, que tanta miseria ocasionan en Inglaterra. Tercero, la religión católica, la cual, dígase lo que se quiera en contrario, evita mejor que otra alguna la excesiva degradación de la mujer. Y por último, el carácter sentimental de la raza. Son allí muchas las mujeres de mala vida que quieren, cual la Filenia de Plauto, tener alguna ovejita preferida, y en vez de acabar en un hospital, como las ninfas callejeras de Londres, suelen retirarse á tiempo y casarse con algún artesano ó cochero de buen carácter, que ha sido su amante por muchos años.

CAPÍTULO CVIII

Viena, de 1878 á 1885.

Visitas que hace á Viena la familia Real de España.—Llegada de la Infanta Isabel. Su bello carácter.—Su grande actividad.—Venida de la Reina Cristina en 1883. Vida tranquila que lleva al lado de su Augusta Madre.—Cambio que en ella advierto.—Viaje del Rey Don Alfonso en 1883.—Acogida lisonjera que obtuvo en Austria y Alemania.—Simpatías que inspiraba.—Defectos que se le notaban. Regresa á España pasando por París —Es allí insultado por el populacho.—Culpa que en esto tuvo nuestro Gobierno.—Visita de la Reina Isabel en 1885.—Cómo conservaba su antiguo carácter.—Venida de otros personajes.—Veo á Cánovas en Carlsbad.—Encuentro allí à la Emperatriz Eugenia.

El enlace de nuestro Rey Don Alfonso con la Archiduquesa Cristina, produjo naturalmente una grande intimidad entre las familias de España y Austria, y esto trajo luego consigo algunas mutuas visitas de los altos personajes que las componen. Los Archiduques Raniero y María, Alberto, Federico y Eugenio, fueron sucesivamente á Madrid después del Archiduque Rodolfo. Entre los españoles dió el primer ejemplo la Infanta Doña Isabel, la cual vino á Viena en el verano de 1882 á fin de visitar á los Archiduques Raniero y María, que habían estado en España para asistir al casamiento del Rey. Es la Infanta viuda del Conde de Girgenti, sobrino de aquellos Archiduques, y por lo tanto muy amada de ellos, profesándoles á su vez mucho cariño. Vino acompañada de los Marqueses de Nájera, y se alojó en la quinta que los Archiduques poseen en Baden, pasando allí una temporada.

Repitió después su viaje en la primavera del año de 1885, presentándose entonces con algún mayor séquito, pues además de los Marqueses de Nájera, venía con ella el Conde de Monistrol, jefe de su casa, y la Condesa de Superunda, su Camarera Mayor. Y como había aun mucha gente elegante en Viena, asistió al teatro y estuvo en un sarao de la Condesa Clam Gallas y en un té del Príncipe de Reuss. Su grande inteligencia y su carácter afable agradaron mucho á todos. Era además muy de notar su actividad incansable, al lado de la cual debíamos rendirnos todos cuantos teníamos el honor de acompañarla. Recuerdo que una vez, visitando el Convento de la Santa Cruz en Baden, después de haber dado otros paseos, tuvimos todos que descansar un poco, con su permiso, mientras que ella se fué á ver no sé cuál lejano jardín, que querían enseñarle los frailes.

En Baden fué muy agasajada por los Archiduques Alberto é Isabel, que tienen también allí una hermosa quinta; en Viena dieron varias comidas y saraos en su obsequio los Archiduques Raniero y María, en cuyo palacio se hospedaba. Lleváronla estos, asimismo, á varias excursiones, entre otras á la pintoresca colina de Kahlenberg, poblada de pinos y abetos, donde hay un hotel muy elegante y una vista muy bella. Por aquel bosque pasó el célebre Rey Sobiesky, cuando vino con sus valientes polacos á libertar á Viena, sitiada por los turcos.

Viendo casi diariamente á la Infanta, tuve ocasión de observarla de cerca, y me pareció que es difícil hallar una persona Real más notable por todos conceptos, puesto que reune todas las cualidades de entendimiento, corazón y carácter que son necesarias en su rango, siendo á la par, inteligente, buena, virtuosa, caritativa y discreta.

El Marqués de Nájera era un caballero muy cortés, y la Marquesa su mujer, una señora bastante guapa. El Conde de Monistrol tenía el tipo del noble antiguo, destinado desde la cuna á acompañar á sus Príncipes. La Condesa de Superunda no brillaba por la hermosura; pero nacía Toreno y había heredado el talento de su familia. Tenía buenas respuestas. Un día, que era viernes de Cuaresma, observé que cuando le sirvieron el té, por la tarde, no quiso tomar leche ni tocar á ninguna de las golosinas que le ofrecían. Condesa, le dije entonces, veo que es usted muy exacta en cumplir el precepto de la Iglesia. Pero ¿observa de la misma manera todos los otros mandamientos? No, señor, me respondió con viveza, y por eso precisamente guardo bien este.

En el verano de 1883, poco después del primer viaje de la Infanta, vino á Viena la Reina Doña Cristina, con sus dos tiernas hijas, las Infantas Doña Mercedes y Doña María Teresa. Era su principal objeto visitar á su Augusta Madre la Archiduquesa Isabel, por cuya razón se estableció en la quinta que esta señora habita en Baden, cerca de Viena, y allí permaneció todo el tiempo, llevando una vida muy tranquila. Sólo por excepción vino algunas veces á la capital y visitó calles y tiendas. En Baden paseaba por el campo y estuvo algunas noches en un pequeño teatro, donde daban operetas que la divertían mucho. Con todo, algunos creyeron notar que no era ya tan jovial como antes, y que sin estar precisamente triste, no mostraba la misma alegría de otros tiempos. Citaré un dicho suyo que prueba el carácter serio que habían tomado sus ideas. La noche de su partida se dignó recibirme cuando estaba ya cenando con sus hijas, y al verlas tan lindas me ocurrió decirle: ¿quién sabe si estas niñas estarán destinadas á

ceñir algún día una corona? No se lo deseo, fué la respuesta de la Reina.

Acompañaban á Doña Cristina el Duque de Tetuán como Mayordomo Mayor, y la Duquesa de Medina de las Torres, como Camarera Mayor. El Duque era un sobrino del General O'Donnell, que heredó, con el título de su tío, una notable posición política. Contribuyó también á darle importancia su afable condición y sus cualidades nada comunes, pues aunque no era de mucha instrucción ni mucha elocuencia, poseía lo bastante de una y otra para hacer buen papel en las luchas parlamentarias. Fué algún tiempo militar, y en la apariencia franco y modesto; en el fondo era tanto ó más ambicioso que otro cualquiera. Fué Mayordomo Mayor de Don Amadeo, y después fué acogido con favor por otros bandos políticos á causa de su valer y de su nombre. Fué Ministro de Estado; mas ha muerto sin llegar á la Presidencia del Ministerio, que fué constantemente su sueño dorado.

No dejó de extrañarse en Austria que viniese acompañando á la Reina un personaje como el Duque, que había servido antes á Don Amadeo. Mas después de todo, estos cambios y perdones son comunes hoy día en todas partes, y ya hemos visto que dos de los Ministros del Emperador, Andrassy y Zimialkoski, habían sido condenados á muerte por haber tomado parte en la revolución del año 1848.

La Duquesa de Medina de las Torres era una de las damas más linajudas y respetables de España, y muy digna ciertamente de acompañar á la Reina. Pero su edad y su aspecto no parecían muy á propósito para dar brillo á una Corte.

Poco después de la Reina vino á Viena el mismo Rey Don Alfonso, y le acompañaban el Marqués de la Vega de

Armijo, Ministro de Estado; el Duque de Sexto, Mayordomo Mayor; el General Blanco, el Coronel Mirasol y su Secretario particular, el Conde de Morphy. Había tenido lugar en Madrid un cambio de Gobierno, en cuya virtud tuvo que dar su dimisión Don Antonio Cánovas y le sustituyó el liberal Sagasta. Éste y su Ministro de Estado Vega de Armijo, sugirieron probablemente al Rey la idea del viaje, aunque otros pretenden que su primer inventor fué el mismo Don Alfonso. El proyecto en sí parecía muy bueno, siendo conveniente que el joven Monarca fuese conocido en las principales cortes europeas é hiciese á su vez el conocimiento personal de los grandes Soberanos, que deciden, por decirlo así, de los destinos del mundo. Mas, por desgracia, no hubo la necesaria prudencia en la manera de ejecutarlo, conforme lo referiré después.

La acogida que tuvo Don Alfonso en Viena no pudo ser más lisonjera. Hospedóle el Emperador en su Palacio y se esmeró en dispensarle toda clase de obsequios. Un banquete que dió en honor suyo en la sala blanca de la Burg, fué una de las cosas más brillantes que puedan verse en su género. Hubo además teatro de gala, maniobras y revistas. Los Archiduques Alberto, Raniero y Guillermo, le dieron también comidas espléndidas, y el público de Viena le mostró siempre respeto y simpatía.

En general, hizo Don Alfonso muy buena impresión en cuantos tuvieron oportunidad de conocerle. Su bella presencia, la distinción de sus modales, su grande amabilidad y la inteligencia que revelaba en todo cuanto decía, le ganaron con facilidad los corazones. Distaba mucho, á la verdad, aquel malogrado Soberano del tipo que se atribuía antiguamente á nuestros Reyes. Pretende, por ejemplo, Tallemant, que cierto viajero español se mostraba muy

admirado de que el Rey Luis XIV saludase cortésmente á todo el mundo, y notándolo un francés, le preguntó si su Monarca no hacía lo mismo. «El Rey, mi amo, contestó el español, no le quita el sombrero más que al Santísimo Sacramento, y eso de muy mala gana». Don Alfonso se lo quitaba á chicos y á grandes, y tenía siempre la sonrisa en los labios.

Mostrábase además muy liberal y moderno en sus ideas, á tal punto que él mismo solía decir por donaire: «En mi casa no es posible vivir, porque mi mujer es sagastina, mi hermana canovista y yo republicano». Tomaba interés en todo, no por mera curiosidad, sino por el deseo de instruirse; y todo lo retenía, pues su memoria era un prodigio. Recuerdo que una noche mientras se fumaba después de comer en casa del Archiduque Raniero, tuvo la bondad de recitarme, como si las leyera en un libro, las más lindas poesías de Espronceda, Núñez de Arce y Campoamor, y también algunas de poetas de otros países, mostrando así conocer muy bien las principales literaturas de Europa.

No era ya, sin embargo, tan aplicado como lo había sido en sus primeros años. No era ya el joven tranquilo y laborioso que yo había conocido en Madrid á raíz de la Restauración. Sea que no pudiese realizar los proyectos que entonces se le atribuían de intervenir activamente en la dirección del Ejército y en los negocios del Estado, ó que se sintiera dominado por el deseo de divertirse, propio de la juventud, el hecho es que, según me fué dicho por las personas que le acompañaban, Don Alfonso andaba siempre distraído. Y no sólo durante el viaje, sino en el mismo Madrid.

Dos jóvenes de la aristocracia, á quienes había escogido

por amigos, le daban, por desdicha, muy malos ejemplos en este punto.

Adolecía, además, de un defecto muy peligroso para su salud. Era imprudente, por no decir temerario, en exponerse sin defensa á la acción del frío. Una mañana que salió de Viena muy temprano para asistir con el Emperador á unas maniobras, se presentó sin capote militar ni abrigo de ninguna especie, á pesar de que el tiempo era muy desapacible; por lo cual, tanto el Emperador como los Archiduques, le reprendieron amistosamente. En España se expuso sin la menor precaución al frío y á la nieve cuando visitó las provincias que fueron devastadas por inundaciones y terremotos; y la repetición de tales imprudencias, unidas á su delicada complexión, le atrajeron al fin una enfermedad de pecho que le llevó temprano al sepulcro.

Conocidos y estimados de todos eran el Duque de Sexto y el Conde de Morphy, que presidieron á la educación del Rey. El General Blanco, es, según dicen, uno de nuestros mejores militares, enérgico, inteligente y de opiniones liberales. Fué muy afortunado en la primera parte de su carrera, contribuyendo mucho á la restauración de Don Alfonso y también á la conclusión de la guerra civil. Nombrado después por Sagasta Gobernador de Cuba, fué allí más desgraciado, porque á él le tocó el triste encargo de abandonar aquella isla con todo su ejército en fuerza de un Tratado, sin tener siquiera ocasión de ver de cerca al enemigo.

El Coronel Conde de Mirasol era un militar muy simpático, que perdió la vida poco después, cumpliendo su deber de noble y leal soldado, el día en que se sublevó en Madrid el republicano Villacampa.

El Marqués de la Vega de Armijo, Ministro de Estado, es un aristócrata que une al prestigio de su cuna el de una buena ilustración literaria recibida en la Universidad de Madrid. Por su instrucción y laboriosidad es un buen modelo de lo que deberían ser todos los nobles que quieren mezclarse en la política. Unióse en matrimonio con la bella Zenobia, hijastra del General O'Donnell, y esto facilitó mucho su carrera. Después se ha elevado más y más con sus propias alas y ha ocupado con mucha distinción el Ministerio de Estado y la Presidencia del Congreso. Su pecado es la vanidad. Quiere siempre el primer lugar en todas partes. Es asimismo apasionado y excesivo, lo mismo en sus aficiones que en sus odios. Dura mucho en sus rencores, y por otra parte, nada le parece bastante para sus amigos. Compuso un *Reglamento de la Carrera consular*, que está produciendo muy buenos efectos; pero en cambio ha hecho bastante daño á la diplomática, nombrando para sus principales puestos á personas que, no sólo no han servido nunca en ella, sino que no tienen tampoco ninguna importancia política ni más mérito que el de ser amigos suyos.

En mi sentir, existe bastante parecido entre el Marqués de la Vega de Armijo y el Duque de Tetuán. Ambos proceden de O'Donnell; ambos tienen una buena posición política y sueñan con la Presidencia del Consejo, sin poder conseguirla. Pero al mismo tiempo hay entre ellos varias diferencias, porque el Marqués ha mostrado siempre más constancia en sus opiniones y el Duque más bondad en su carácter. Uno y otro habrían ocupado ya el puesto elevado que ambicionan, si la Reina Cristina fuese tan amiga de variar sus Ministerios como la Reina Isabel, y si Cánovas no hubiera establecido con Sagasta el turno de nuestros

dos principales partidos, que tanto está contribuyendo á dar seriedad y solidez al Gobierno parlamentario de España. Con estos dos hombres políticos acaba la ilustre dinastía de los o'donnelistas.

Desde Austria pasó D. Alfonso á Alemania y vió allí al anciano Emperador Guillermo, quien le convidó á las grandes maniobras, le agasajó de mil modos y le confirió al marchar el título de Coronel de un regimiento de hulanos. Esto último es muy usado entre los Soberanos de aquel país y los de otros varios Estados, por lo cual nada tenía de extraordinario. Pero los franceses, celosos siempre de su preponderancia en España, y llenos de suspicacia á consecuencia de sus recientes derrotas, lo llevaron muy á mal. Disgustóles, sobre todo, que el regimiento que le daban á D. Alfonso fuese de hulanos, en atención á que estos cuerpos de caballería ligera son los que, con razón ó sin ella, han dejado más odios en Francia. Y aun hubo entonces quien supuso que el Príncipe de Bismarck lo había escogido á propósito, porque deseaba sembrar cizaña entre franceses y españoles, sabiendo cuánto irrita á la Francia que la España ó la Italia, á quienes ha tenido desde hace tanto tiempo en su órbita política, quieran dejar su amistad por la amistad de la Alemania.

Entre tanto D. Alfonso, después de haber concluído allí su visita, dió al fin la vuelta á España, pasando por París, conforme al programa que había formado de antemano. Mas no fué recibido en aquella capital con la misma cordialidad que en otras partes. Una turba de gente soez, que le aguardaba en la estación del ferrocarril, cometió la villanía de silbarle. El Presidente Grevy y sus Ministros se apresuraron á ofrecerle todo género de excusas, atribuyendo el hecho á una minoría despreciable; pero alguna res-

ponsabilidad tenían en él los hombres políticos de aquel país, por haber dejado que la prensa extraviase la opinión pública sobre el significado del viaje del Rey y de los obsequios que había recibido. Y también se culpó mucho entonces al Marqués de la Vega de Armijo y al Gobierno español, porque, habiendo sabido con tiempo cuál era el estado de los ánimos en París, hubiera debido impedir que D. Alfonso lo visitase. Mas la verdad es que era muy difícil cambiar á última hora su itinerario, sin exponerse á la tacha de descortés ó de cobarde. La culpa de todo lo ocurrido fué el egoísmo del Presidente Grevy por la variación que introdujo en el programa del viaje que presentó el Gobierno español. La primera capital en que debía detenerse el Rey era París, según parecía exigirlo los deberes de buena amistad y cortesía. Pero hallándose en aquella fecha el anciano Presidente en su casa de campo á Mont-Sous-Vaudrey, en el Este de Francia, indicó que deseaba recibir á D. Alfonso cuando regresaba de Alemania, y el Gobierno accedió á su ruego.

De todas suertes, la amistad que reinaba entre España y Francia no se resintió mucho por este incidente: en primer lugar, porque nuestra nación es hoy demasiado débil para persistir por mucho tiempo en sus rencores, y en segundo, porque conviniéndole una política de neutralidad, no hubiera ganado nada en reñir con la Francia. Creyóse entonces, generalmente, que nuestro Gobierno se hallaba muy inclinado á hacer su ingreso en alguno de los grupos de alianzas que empezaban ya á formarse con miras, ora de ambición, ora de defensa, entre los varios Estados de Europa. Pero pronto se vió que semejantes conjeturas carecían por entero de fundamento. Y si bien se considera, la España no tenía interés alguno en unirse á ninguna de

las Potencias del Continente. Su única preocupación en aquel tiempo eran sus colonias, y ninguna Potencia continental poseía fuerzas marítimas suficientes para garantírselas. Y en cuanto á la recuperación de Gibraltar, que será siempre su ambición más natural y legítima, tampoco puede ninguna de ellas prestarle en esta cuestión un auxilio eficaz y seguro.

En el verano de 1885 vino á Munich la Reina madre Doña Isabel, á fin de ver allí á su hija la Infanta Doña Paz, casada con el Príncipe Luis de Baviera, y desde aquella ciudad se trasladó á Viena, con objeto de visitar también á las Archiduquesas Isabel y María Raniero. Alojóse en un hotel del Ring, llamado el Imperial, y permaneció solo pocos días. Acompañaban á la augusta señora la Duquesa viuda de Híjar, como Camarera mayor, y el Marqués de Villasegura, como jefe de su casa. La Duquesa había sido muy guapa y se conservaba aun muy agradable. El Marqués era un oficial de marina, de buena presencia y finos modales.

Hallándose ya el Emperador en Ischl, que es donde suele pasar el verano, no pudo ver ni agasajar á la Reina, limitándose á poner á su disposición uno de los palcos que tiene la Familia imperial en la Opera. Pero Doña Isabel lo disfrutó poco, porque comía tarde y le agradaba más quedarse después en casa, jugando al *besigue* con la Duquesa de Híjar.

Hallé á la Reina bastante cambiada físicamente de cuando había tenido la honra de ofrecerle mis respetos en París, después de la Revolución del año 68. Moralmente se conservaba la misma. Exponíase siempre á las murmuraciones del vulgo con la elección de sus servidores, y no acababa de comprender lo que llamó Martínez de la Rosa

el espíritu del siglo. Hablábamos á veces de la situación de España, que á mí me parecía bastante satisfactoria. Ella, sin embargo, no la juzgaba del mismo modo, y presagiaba mil desventuras, comparando á nuestros liberales con aquel caballero sevillano, nombrado D. Amaro, que se tiró desde lo más alto de la Giralda, y por el aire iba diciendo: «hasta ahora va mal».

Oía la Reina misa diaria en la linda iglesia de San Pedro en el Graben, y á su marcha le hizo entregar al párroco una cantidad que á todos nos pareció excesiva. Pero ella no lo creyó así, y nos dijo entre seria y festiva: «Déjenme que sea muy generosa con los clérigos, porque mi política ha sido siempre el estar bien con ellos y tenerlos por amigos». En lo cual no había ciertamente nada criticable, sólo que se le podía haber recordado que en la hora del peligro esa política no le había sido de ningún auxilio, y que más le hubiera valido, sin duda, contentar también un poco á los liberales, conforme lo han hecho después con tan buen éxito, así su hijo D. Alfonso, como la Regente Doña Cristina.

Por lo demás, la Reina Isabel mostraba siempre la misma bondad y el mismo buen humor de otros tiempos, unidos á la mayor dignidad y á la cortesía más exquisita, y tuve á gran fortuna el haber pasado aquellos días á las órdenes de tan excelsa y amable señora.

Vinieron también á Viena, mientras yo residía en ella, muchos españoles de distinción, entre otros mi antiguo jefe Don Manuel Silvela, que me había elegido para aquel puesto, y era, como ya he dicho, el modelo de los Ministros de Estado; el Conde de Benomar, mi colega en Berlín y que tanto se ha distinguido entre los diplomáticos de nuestro país, y mi querido amigo el Conde de Casa Valen-

cia, escritor elegante, orador insigne y á la vez hombre político y diplomático de carrera. Vinieron igualmente la amable duquesa de Bailén, mi antigua amiga la Marquesa viuda de Bedmar, tan afectuosa como discreta, y la célebre Duquesa de la Torre. Esta última se conservaba aun muy buena moza. Llevéla un día al taller del famoso pintor Mackar, quien por su brillante colorido y su habilidad para pintar mujeres hermosas, ha sido el Ticiano de este siglo, y apenas la vió no pudo menos de decirme que le parecía una de las damas más brillantes que había conocido en su vida.

Vino por fin, no á Viena, sino á Carlsbad, el eminente hombre político Don Antonio Cánovas del Castillo, á quien debía, como á Silvela, mi último nombramiento, y creí de mi deber ir á visitarle á aquellos baños. Hícelo así sin tardanza y tuve el gusto de pasar algunas horas en su amable compañía. Estaba allí también en aquella sazón la bella cuanto desgraciada Emperatriz Eugenia, y tuvimos el honor de ser recibidos por ella. Nuestra audiencia fué bastante larga, porque la ilustre señora se alegró mucho de verse entre españoles, y éramos tres los visitantes, habiéndose unido á nosotros el general San Román, militar muy distinguido, que también se encontraba en Carlsbad.

Imposible sería decir todo lo que charlamos los cuatro, pues la amable Emperatriz parecía deleitarse de hablar su lengua nativa, Cánovas estaba en vena de chistes, y San Román y yo no dejábamos de meter nuestra baza de cuándo en cuándo. Recuerdo entre otras buenas ocurrencias de Cánovas la siguiente. Hablábase del carácter indócil y mudable de los franceses, y la Emperatriz expresó la opinión de que se parecían mucho á los españoles. Es muy cierto, le respondió Cánovas; nos parecemos mucho los dos

pueblos; pero con esta diferencia: que los franceses son unos españoles ricos, mientras que los españoles somos unos franceses pobres.

Cuando salimos de la presencia de la Emperatriz, empezamos á hacer comentarios sobre ella, elogiando su noble carácter y la admirable resignación y dignidad con que había soportado, no sólo la pérdida de un trono, un marido y un hijo único, sino también las infidelidades del Emperador en el período más venturoso de su reinado. Sin embargo, acerca de esto último no estábamos todos de acuerdo, pues, según Cánovas, las esposas de los Emperadores y Reyes no sufren tantos celos como las demás mujeres, porque consideran casi natural que sus maridos cedan á las infinitas y poderosas tentaciones que su elevada posición trae consigo.

Mas yo me permití recordarle muchos casos que prueban lo contrario, y entre otros el de la sufrida y virtuosa María Teresa, esposa de Luis XIV, de quien refiere Saint Simon que un día en que la liviana Montespan hacía gala en los salones de Versalles de sus amores con el Rey, le dijo á una de sus damas: «esa p.... me hará morir».

CAPITULO CIX

Viena, de 1878 á 1885

Viajes que hago en la buena estación.—Voy á ver la Exposición de Pesth.—Progresos de la Hungría.—Analogía del carácter húngaro con el nuestro.—Temporadas que paso con mi familia en Gorizia.—Amenidad de aquel pueblo.—Visito el Palacio de Miramar en Trieste.—Lecturas que hago en Gorizia y en Viena.—Libros alemanes que fuí conociendo.—Los Nibelungos y los poemas de Klopstock y Wieland.—Las poesías de Schiller, Goethe, Korner y Uhland.—La *Luisa* de Voss.—Mi juicio sobre Heine.—Los historiadores más notables.—El bello libro de Herder.—Mérito de Kant.—Errores de Hegel y Schopenhaüer.—El *Guillermo Meister* y otras buenas novelas.

Cuando llega el verano, dispérsase poco á poco la buena sociedad de Viena, y los unos se trasladan á sus posesiones del campo, á la manera de los nobles de Inglaterra, los otros á los baños de mar de Holanda, Francia y Alemania. No pocos van también, por motivos de salud, á las aguas termales de Alemania y Bohemia. El Emperador ha tenido siempre la costumbre de pasar los calores en el pueblo de Ischl, que por estar situado en las montañas de la Alta Austria, goza de una temperatura fresca y agradable.

Antiguamente iba también á Ischl el Cuerpo diplomático; pero desde que las comunicaciones se han hecho más fáciles, casi todos los jefes de misión obtienen un permiso de verano para ir á su país ó al extranjero. Hubiera querido yo hacer otro tanto; mas no podía tomar muchas licencias á causa de la escasez de mi sueldo. Hubiera que-

rido al menos hacer una nueva excursión á Alemania para ver á Berlín y Dresde; pero tampoco esto me fué dado por entonces.

Sólo dejé una vez á Viena durante el verano, y fué para ir á Hungría por encargo del Gobierno, el cual quiso que asistiese yo, como mis demás colegas, á la apertura de la Exposición celebrada en aquel país el año 84. Fué un viaje muy agradable. Hallé á Pesth cada vez más agrandado y elegante, y la ceremonia de la apertura ofreció un aspecto bellísimo. El Emperador, rodeado de los magnates húngaros con sus pintorescos vestidos, y de otros varios personajes, leyó en lengua magiar un corto discurso de circunstancia y pasó luego á examinar los objetos allí reunidos, seguido de sus Ministros y del Cuerpo diplomático. No era ciertamente aquella Exposición comparable con las de otras mayores capitales; mas con todo llamaba justamente la atención, porque hacía ver los rápidos progresos realizados en la segunda mitad del siglo XIX por un país que se hallaba antes tan atrasado como Portugal ó Turquía.

Hubo luego un baile en el Palacio real de Buda, una función de gala y varias fiestas en casa de los principales nobles, donde pudimos admirar la hermosura de las damas de Hungría, que en nada ceden á las de Viena. Bathiany, Zichy, Festetic, Andrassy, Zcheny y otros varios señores poseen bonitos palacios, y dan muestra en sus festines de esplendor, riqueza y gusto. Faltaba sólo un representante de la familia Esterhazy de Galanta, que es la más antigua quizá de todas, si es cierto que procede de Pablo Esterás, descendiente de Atila, y también la más decaída, al punto de acabar en punta, según la expresión de Cervantes.

Débese esto á la prodigalidad del Príncipe Pablo, que vivía en la primera mitad del siglo XIX, y es fabuloso lo

que supo gastar, especialmente en lujo y en amores, dejando luego entre naturales y legítimos, más hijos que ningún Shah de Persia, y proveyéndolos bien á todos, así como á sus diversas madres. El Príncipe actual vive muy retirado, y ha vendido casi todo lo que le dejaron sus pródigos progenitores, incluso una hermosa colección de cuadros que se hallaba antes en Viena. Por fortuna, esta última ha sido comprada por el Gobierno húngaro, á fin de enriquecer la escasa colección que existía ya en el Museo de Pesth, fundada por el ilustrado arzobispo Pyrker. Contiene buenos lienzos de varias escuelas, entre ellos algunos de pintores españoles, cuya vista en aquel apartado país, me produjo doble placer que si los hubiera encontrado más cerca; á la manera que se ve con más gozo á un compatriota cuando le hallamos muy lejos de España.

Fuímos también convidados al Casino de la Nobleza, que es elegante y espacioso, y donde se reune por las noches lo más escogido de la aristocracia, amiga del juego y de la tertulia. Allí pude notar que el modo de ser de los húngaros tiene bastante analogía con el nuestro en lo ardiente y bullicioso. No eran sus conversaciones compasadas y tranquilas como las de los señores de Viena. Gesticulaban, alzaban la voz, y á veces disputaban con tanta vehemencia que parecían prontos á venir á las manos. Todo lo cual confirma que ciertos rasgos del carácter nacional, no nacen tanto del clima como de la raza, puesto que el clima de Pesth es poco menos frío que el de Viena. Comuniquéle mi observación al Conde Andrassy, que había estado en España, y éste me dijo, sonriendo, que tenía yo mucha razón, y me añadió que si viajaba por el interior, hallaría también mucha semejanza entre los campesinos húngaros y los españoles, no sólo en el vestido y el sombrerillo re-

dondo, sino también en el carácter, pues aunque sirvan á un amo, cada uno de ellos se cree tan caballero como él.

He dicho ya que me alejaba poco de Viena en verano. En cambio tomé la costumbre de ir todos los años durante el otoño á Gorizia, y pasar allí una larga temporada con mi mujer y mis hijos, á quienes hacía venir de Florencia. Hallándose aquella ciudad en mi territorio, no necesitaba de permiso para residir en ella, tanto más cuanto que podía trasladarme á Viena en pocas horas, si ocurría algún asunto que reclamase allí mi presencia.

Es Gorizia una ciudad muy bonita, y está en una situación tan soleada, que su clima es muy benigno. Es casi la última del Austria por aquella frontera, y su territorio se encuentra habitado en parte por la raza yugo-eslava ó eslava meridional, y en parte también por la italiana y la alemana. Si se va por las mañanas al mercado, nótase luego que todos los campesinos hablan una lengua extraña, que es eslava. Mas si se leen los letreros de las tiendas, adviértese igualmente, que hay en aquel país tres pueblos mezclados. Así, por ejemplo, un sastre se llama Bonelli, y el librero que está á su lado tiene por nombre Blumenthal, y más allá hay un joyero, cuyo apellido es Millowski. Es decir, que el uno es italiano, el otro alemán y el tercero eslavo. Y de este mismo modo continúan alternando las tres nacionalidades en todas las tiendas de la ciudad. Y por cierto que causa mucha admiración que la raza eslava, la cual se extiende por un lado hasta la Siberia y el Cáucaso, llegue también por otro lado hasta las puertas mismas de Italia, conservando siempre su fisonomía particular y su lenguaje.

Habitan en Gorizia varias personas de distinción, entre otras el Conde Coronini, uno de los jefes de los liberales

de Austria, que posee allí una quinta muy hermosa. Un compañero mío de carrera, el Conde de Baguer, también se estableció en aquella ciudad, después que dejó el puesto de Primer Secretario que desempeñaba en nuestra Embajada de Roma. Él es tan inteligente como distinguido; su esposa, nacida en el país, es amable y agraciada.

Es cosa bien sabida que la rama mayor de los Borbones de Francia escogió Gorizia por residencia, después de la revolución del año 30. Allí vivió y murió Carlos X, y tanto él como su familia están enterrados en la cripta de una iglesia de Capuchinos, situada en la colina llamada de Castagnavizza. Tienen estos religiosos una habilidad especial para escoger el lugar de sus conventos, y aquel es de los que gozan una vista más hermosa. Muchas veces fuí á visitarlo por ese motivo y visitaba también con interés las tumbas de los Borbones, que recuerdan con mucha elocuencia las terribles revueltas del pasado siglo.

Desde Gorizia pueden hacerse excursiones muy agradables. Todos los años íbamos, por ejemplo, á Trieste, que es el puerto más cercano y tiene una situación pintoresca. En sus cercanías se encuentra el Palacio de Miramar, hecho construir por el desdichado Archiduque Maximiliano, el cual pasó en él los años más felices de su vida, en compañía de la no menos desgraciada Princesa Carlota. Hállase á la orilla del mar, pero el aire del Adriático no impide que crezcan en sus jardines toda clase de árboles y plantas, cuyo verdor y perfume los hacen amenísimos. Su arquitectura exterior peca quizá de sencilla, mas su distribución interior es cómoda y sus muebles de buen gusto. No le visité nunca sin hacer tristes reflexiones sobre el error de los juicios humanos, y especialmente los de aquel malogrado Príncipe que dejó las ventajas de su posición en

Viena y las delicias de su Palacio de Miramar, para ir á buscar una corona poco segura entre los indios del Nuevo Mundo.

Durante el tiempo que permanecía en Gorizia, no sólo paseaba por sus floridos campos, sino que ocupaba mis ocios en agradables lecturas, principalmente de libros alemanes, á los cuales me dedicaba siempre con preferencia desde que llegué á Viena. Conocía ya bastante el idioma alemán antes de ir allí por haberlo estudiado un poco en Nápoles con un maestro prusiano, y después en Constantinopla con cierto profesor llamado Neeser, que era un bávaro muy instruído y autor de una novela en que pinta muy bien la lucha sorda que existe en Oriente entre griegos y musulmanes. Pero en Viena tenía, por decirlo así, una lección práctica en los teatros que frecuentaba y en las conversaciones que por precisión tenía que sostener con algunos austriacos que no hablaban más lengua que la propia.

Mencionar todos los libros que leí sería demasiado largo. Recordaré, con todo, los más notables, á fin de dar una idea de aquella literatura á quien no haya tenido ocasión de estudiarla. *La epopeya nacional de los Nibelungos*, es, por decirlo así, un libro indispensable, aunque no agrada tanto á los extranjeros como á los alemanes. Las hazañas de Sigfrido no son tan épicas como las de Roldán ó Rodrigo, y la rivalidad de Crimilde y Brunilde no tiene mucha grandeza. Además, la intervención de los enanos llamados nibelungos y de las ondinas, valkirias y otros seres fabulosos, enfrían mucho el interés histórico. Por todo lo cual, me parece menos bello que *La Canción de Roldán* ó el *Poema del Cid*.

La Mesiada, de Klopstock, tuvo en su tiempo grande

aplauso, y los alemanes la creyeron superior al *Paraíso perdido,* de Milton. Ahora no se lee mucho, y por mi parte la encuentro algo monótona. Tiene, con todo, algunos episodios interesantes, como, por ejemplo, la muerte de María, hermana de Marta y de Lázaro, y la historia de dos amantes resucitados. Es también bello y original el carácter del ángel Abbadonah, que se muestra arrepentido y llora su rebeldía con amargura. Al terrible Milton no se le ocurrió nada parecido; es una invención muy propia del carácter sentimental de los alemanes.

El *Oberon,* de Wieland, es más humano, demasiado humano quizás. Está tomado de la antigua historia francesa de Huon de Burdeos, é imita mucho al *Ariosto,* no sólo en la forma del poema, sino también en la licencia.

Después de estos autores, ya algo anticuados, preséntanse á nuestra vista los dos colosos, que los han puesto casi en olvido, y son Schiller y Gœthe. Su mérito es tan grande, que cuando uno se engolfa en su lectura tiene que hacer un gran esfuerzo para dejarlos. Ya he hablado en otro capítulo de la excelencia de sus dramas. Pues lo mismo puede decirse de sus demás obras. Sus poesías líricas, sobre todo, son admirables, y apenas necesito mencionarlas, pues están traducidas ya en todas las lenguas y son bien apreciadas por las personas de gusto. ¿Quién no conoce, por ejemplo, *La Campana,* de Schiller, cuyas pinturas son comparables con las del famoso Escudo de Aquiles? ¿Quién no conoce su *Nadador,* tomado de una leyenda siciliana, ó *El Guante,* cuyo asunto es igualmente antiguo y está citado por Mira de Amescua en una de sus comedias?

Gœthe también compuso canciones muy bellas, como *La Desposada de Corinto, El Pescador* y *El Parque de Lilí,*

aunque confieso que, reconociendo, como reconozco, su gran mérito, no las prefiero á las de Schiller.

Dice Cicerón que se necesitaba la vida de un hombre para leer todos los líricos griegos. Mucho tiempo sería preciso, asimismo, para leer todos los alemanes. Los unos atraen por un ardiente patriotismo, despertado en aquel país después de la invasión francesa; los otros por sus acentos enamorados y por sus pinturas, ora suaves, ora terribles. Las canciones de Arndt, respiran el amor de la libertad; las de Körner, tituladas *La Lira* y *La Espada*, excitan el odio de los invasores. Bürger, expone bien las leyendas nacionales en el *Cazador salvaje* y en la *Canción de Leonor*, tan populares en Alemania.

Freiligrath canta con imaginación y elegancia la *Gran Germania* y el *Clarín de Gravelotte*, sin olvidar por eso las dulzuras del amor. Repite, como Anacreonte:

Ama mientras amar puedas,
Ama mientras puedas amar.

Las baladas de Uhland son dechados de una gracia tan elegante, que con razón han sido imitadas ó traducidas por los primeros poetas de otras naciones. Muy conocidas son *El Caballero nocturno* y *La Hija del joyero*, que nuestro poeta Valera ha puesto en castellano con felicidad suma.

Enrique Heine pasa por epicúreo y escéptico; pero es mejor que su fama y que sus exagerados imitadores. Es un alemán que tiene tanta gracia como un francés, sin perder por ello la sensibilidad de su raza. De cuándo en cuándo se le escapan bufonadas de mal gusto contra las mujeres y aun contra la religión y la patria; pero su tono no es nunca amargo, sino amable y festivo. Abundan sus poesías de versos admirables, y su forma es siempre bellísima.

La posteridad se muestra muy severa con este poeta en su propio país, quizá porque se burló de los alemanes, y todavía no se ha encontrado allí una ciudad donde se permita que sus admiradores le levanten una estatua. Sin embargo, tiene siempre partidarios, especialmente entre las damas, y ha sido el poeta favorito de las últimas Emperatrices de Alemania y de Austria. Además, la segunda mitad de su vida fué mejor que la primera. Al fin deploró el tiempo que había pasado *guardando puercos en el campo de los hegelianos*, y se declaró deista. Y es muy probable que si hubiese vivido en nuestros días, hubiera dado un paso más, profesando una religión positiva. El matrimonio le había dado la necesidad de creer, y dijo con gracia en una de sus poesías:

¡Señor! dadme dinero y alegría
Dadme salud y buen humor,
Para vivir años felices
Con mi mujer in statu quo.

El idilio es una forma de poesía cultivada también en aquel país, y tiene modelos bellísimos en los que compuso Gessner y en el *Hermán* y *Dorotea* de Gœthe. La *Luisa* de Voss es igualmente un libro muy lindo, que muchos alemanes aprenden casi de memoria á fuerza de repetir su lectura. Scheffel ha escrito *El Trompetero de Sakkingen*, que es otro poemita, cuya sentimentalidad gusta sobremanera á las mujeres. Muchas hay que repiten y aplican con placer estos versos con que el enamorado Werner termina su tierna despedida:

Guárdete Dios ¡hubiera sido tan bello!
Guárdete Dios ¡no era posible que fuese!

Son los alemanes sumamente aficionados al teatro, y ya en el siglo IX la monja Rosvita componía en latín varias

comedias, cuyos asuntos eran bastante alegres. Pero las continuas guerras y las revoluciones religiosas que retardaron el desarrollo de la cultura alemana, y también el carácter harto serio de la nación, no permitieron que este ramo tan importante de la literatura diese buenos frutos hasta mucho más adelante. Lessing, en el siglo XVIII, compuso la primera tragedia verdaderamente bella. Iffland y Werner, dramas y comedias de reconocido mérito. Kotzebue, más fecundo que ellos, hizo varios dramas interesantes, como *Misantropía y arrepentimiento* y los *Dos Hermanos*, que eran dados todavía en los teatros de Italia, en el año 1848, y agradaban mucho á mi jefe Martínez de la Rosa.

Pero en este género Schiller y Gœthe eclipsaron pronto á todos los demás, y ahora mismo la inmensa fama de estos dos poetas, pesa como una capa de plomo sobre cuantos cultivan allí el arte dramático. Ya he dicho en otro capítulo cuál era el aplauso que lograban sus composiciones en el teatro de Viena. Por mi parte, además de oirlos en la escena, los leía y releía con el mayor placer, especialmente los de Schiller.

Pasando de la poesía á la prosa hallamos una serie de historiadores, que pueden competir con los de cualquiera otra nación, si no en la forma, al menos en el fondo, pues los alemanes se distinguen por su gran talento de investigación. Durante algún tiempo les perjudicó bastante la influencia de Hegel, cuyo dogmatismo racionalista dominaba allí sin contraste. Después han vuelto á la observación imparcial de los hechos y á las inspiraciones del buen sentido. Fáltales sólo la gran amenidad de los franceses y ese espíritu liberal que anima siempre á los ingleses.

Conocía ya á Heerén, Ranke, Leo, Hurter, Gervinus y

Niebuhr por las traducciones francesas; pero entonces tuve el gusto de leerlos á ellos y á muchos otros en su propia lengua. Müller me cautivó por su buen estilo, y Schiller por su forma pintoresca. Su *Historia de la Guerra de Treinta años* es una obra clásica y la de la *Rebelión de los Países Bajos* será siempre leída, á pesar de que Motley ha escrito otra más filosófica; á la manera que leemos siempre á Solís, á pesar de que Prescott es más exacto. Los hermanos Schlegel son asimismo muy agradables, el uno en sus *Lecciones de literatura dramática* y el otro en su *Filosofía de la Historia.*

Pero el libro más bello de este género es el de Herder, intitulado *Ideas para la Filosofía de la Historia.* Unense en él, como en ningún otro, la imaginación del poeta con la razón del sabio; eleva el alma, enamorada del progreso y de la cultura; hace pensar y sentir al lector más indiferente. Tienen también mucho mérito las *Historias* de Mommsen y Gregorovius, aunque en ellos se halla más que en otros autores, la propensión de los alemanes á toda clase de paradojas. Sus osadías son á veces tan grandes que quitan dignidad á la historia.

La reina de las ciencias, la orgullosa Filosofía, ha sido cultivada también allí con tanta libertad como en Inglaterra, y ha producido libros muy notables. Kant y sus discípulos se han atraído muchas censuras, que no siempre son injustas. Yo creo, sin embargo, que, si bien se considera, hay bastante que agradecerles. El sensualismo, padre natural del materialismo, dominaba allí, como en otros países de Europa, al principio del pasado siglo, y si el escocés Reid lo rebatió magistralmente, armado sólo del sentido común, no le hizo menos daño el profundo Kant con su *Crítica de la Razón pura.* Fichte exageró después su espi-

ritualismo; pero Jacobi, otro filósofo poeta como Herder, devolvió al fin á la filosofía su base religiosa y los sufragios del público.

El retroceso que tuvo después lugar, por obra del obcecado Hegel, no es tampoco bien juzgado, porque no todos comprenden á este filósofo. Tennemán y el francés Michelet trataron de explicarlo; mas no lo consiguieron enteramente. Chalibeus hizo de su doctrina una exposición más popular, y ésta es la que deben leer los que no tienen tiempo para estudiar al mismo inventor del sistema. Como quiera, su mayor aberración consiste en confundir la conciencia ó sentimiento interior con el mundo exterior, ó sea el yo con el no yo, para usar el lenguaje de la escuela, y eso conduce al panteísmo, que es el mayor de los absurdos. Esto bastó para ocasionar su pronta ruina. Quedó sólo en pie la teoría de la evolución, que entendida con ciertas restricciones, es muy útil para explicar los hechos históricos.

Otra filosofía, que ha estado allí muy de moda, porque también hay modas en filosofía, es la que propagó Schopenhaüer, ó sea el pesimismo. Su idea principal ha existido en otros países, pues pesimista fué Leopardi y también Alfredo de Vigny. En Alemania ha sido un producto del orgullo y de la desesperación producida por la pérdida de la fe. El estudio de la literatura india ha contribuído, asimismo, á su gran boga. Ahora ya se reconoce que Madame Staël tenía razón en decirle á Schlegel que perdía su tiempo con el estudio del sanscrito, no habiendo nada en el Ramayana ni en el Mahabarata, ni tampoco en Sakúntala, que valga un canto de Homero ó de Virgilio. Pero hace algunos años no era así, y todos creían que la India escondía tesoros literarios valiosísimos. La triste religión de

Budha, singularmente, era objeto de grande admiración, y en realidad Schopenhaüer no hizo otra cosa que darle una forma científica.

Mas, como ha dicho con gracia el francés Caro, semejante doctrina puede gustar en pueblos que beben cerveza; pero no prospera donde el Burdeos aclara la inteligencia y la libra de pesadillas. Creer que todos acabaremos en el Nirvana, ó sea en la nada, es un diletantismo de gentes ociosas, que sólo dura todavía por el afán que tienen ciertas personas de singularizarse lo más posible.

Ni deja de haber entre los mismos alemanes quienes se mofen de tales delirios, pues aunque propenden más á lo serio que á lo jocoso, tienen también disposición para la burla. No hay allí una sátira tan importante como el *Quijote*, ni aun como Hudibras ó Gulliver; pero poseen varios libros de ese género, que son muy divertidos. El *Simplicius Simplicissimus* es una buena burla de aquel joven Parsifal, á quien fué confiada la custodia del Santo Grial por ser tan puro y sencillo. *El Viaje fisionómico*, de Museus, ridiculiza el sistema de Lavater, que creía adivinar los caracteres con sólo observar las facciones; y la fábula de la zorra es una sátira política que existía ya en la Edad Media y ha sido remodernada por Gœthe.

Abunda, por último, la literatura alemana en cuentos y novelas de toda especie. En mi opinión, los primeros en este género son los ingleses, por la naturalidad de su estilo, el conocimiento que muestran de la sociedad y la moralidad de sus fábulas. Los novelistas franceses son divertidos, pero pecan de libres y abusan de las descripciones. Los alemanes tienen menos interés que unos y otros; mas en cambio no son tan inmorales como los franceses. Los cuentos de Hoffman están traducidos en todas las lenguas

y es también muy conocido aquel *Peter Schlemil*, de Chamisso, que había vendido su sombra.

Menos exagerado que estos escritores es Hackländer, cuyo *Viaje á Italia* está lleno de ocurrencias de buena ley; y también Richter, á quien llaman en Alemania Juan Pablo, como en Francia á Rousseau Juan Jacobo. Sus *Años de juventud* es un libro original, que recuerda á la vez á Quevedo y á Sterne y se lee con sumo gusto.

En un género ya más serio merece Gœthe, como siempre, el primer lugar con su *Guillermo Meister*, especie de autobiografía, que algunos ponen por las nubes y que no pocos alemanes leen todos los años, como algunos españoles el *Quijote*. Su estilo es claro, cual la fuente de Blandusia, y contiene episodios muy interesantes. Los de *Mignon y Filine* han llegado á ser célebres, y según el crítico Zelter, no es una novela, sino una pintura del mundo, de sus grandezas é imperfecciones. Con todo, no conviene exagerar este elogio, y por mi parte no creo que pueda ser comparado con *Don Quijote* ó *Gil Blas*, ni aun con *Tom Jones* ó *Ivanhoe*. El primer puesto en cierta clase de producciones está ocupado ya desde hace siglos.

Durante el período que llaman de los románticos publicó Tieck su *Victoria Acorambona*, que es una especie de Corina, y Novalis el *Enrique de Ofterdingen*, delicia de las almas poéticas. Vienen después otros novelistas más naturales, sin dejar de ser idealistas. Auerbach, el principal de ellos, ha escrito los deliciosos *Cuentos de la aldea*, de que se ha acordado mucho nuestro Trueba. *La Descalza* es una verdadera joya. El suizo Zschokke pinta bien los caracteres en sus diversas novelas y su inspiración es siempre religiosa.

La Condesa Ida Hahn Hahn, quien de protestante se

hizo católica, es la Lady Fullerton de Alemania, y ha compuesto lindas novelas. *La Sibila* es su propia biografía.

Debo citar igualmente *La Familia Nerdorf*, de Fany Ewald; *La Princesa Egipcia* y *La Burgomaestra*, de Ebers; *Haber y Debe*, de Freitag; *Ekkehard*, de Scheffel, y *La Criada del Intendente*, de Marlitt.

El húngaro Jokai ha publicado también varias novelas excelentes, entre las cuales hay algunas, como *Morir dos veces*, que contienen pinturas de las revoluciones y guerras recientes de su país más exactas é interesantes que las que se leen en verdaderas Historias. Todas han sido traducidas al alemán.

Pero advierto que mi pasión por los libros me ha llevado más allá de lo justo. Es una afición que nada cura. Decía por chiste el célebre Doctor Johnson que esperaba hallar en el cielo una bonita edición de Shakespeare. Por mi parte, confío en que Dios se dignará conservarme en la vida futura un cierto recuerdo de las cosas buenas y bellas que he leído en este mundo.

CAPÍTULO CX

Viena, de 1878 á 1885

Noticias alarmantes de España.—Grave enfermedad del Rey Don Alfonso.—Muerte de este amado Monarca.—Honda pena que causa.—Grandes méritos que se le reconocen.—Se le debe la sincera práctica del sistema constitucional, y la tolerancia religiosa.—La Reina Cristina asume la Regencia.—Cánovas cede el poder á Sagasta, á fin de que los liberales den su apoyo á la Reina.—El nuevo Ministro de Estado me separa de mi cargo.—Pesar con que dejé á Viena.—Me despido del Emperador y los Archiduques.—Refiero el fin trágico de Rodolfo.—Atribuyo su conducta á un acceso de locura.—Decido fijar mi residencia en Florencia.—Vida agradable que llevo en ella.

Hallábame precisamente en Gorizia en el otoño de 1885, haciendo allí la vida que he descrito en el capítulo anterior, cuando llegaron noticias alarmantes de España sobre la salud de nuestro querido Rey Don Alfonso. Ya he dicho que su constitución no era muy robusta, y que la existencia que llevaba no era la que hubiera necesitado para conservarse sano. Comenzaron luego á circular rumores de que mostraba esa propensión á los padecimientos del pecho, que no es rara en la familia de los Borbones. Vióse que, dejando poco á poco las cabalgatas y diversiones fatigosas á que le arrastraban indiscretos amigos, se retiraba á vivir en la Granja, buscando con preferencia la compañía de su esposa y de sus tiernas hijas. Renovóse en aquel Sitio Real el idilio de Arcachon, y la Reina Cristina pasó entonces una de las temporadas más felices de su vida. El Rey también parecía muy dichoso. Acabada la

temporada de verano, la Reina regresó á Madrid, y los médicos prescribieron se instalase solo el Rey en el Pardo, y cuando preguntábamos noticias de su salud se nos respondía que era mejor que nunca. Corrían con todo, otras voces de muy distinto carácter, y viajeros y cartas las traían á la misma Corte de Viena. Decían que el estado de Don Alfonso era muy grave; pero que el Gobierno lo ocultaba por razones de prudencia. El Monarca mismo no quería que fuese conocida su enfermedad, y echaba á la chimenea los pañuelos en que arrojaba su sangre. Vivíase, pues, en esta engañosa duda, cuando de repente llegaron una tras otra las noticias de que Don Alfonso estaba muy enfermo, de que su estado era desesperado, y por fin, que había fallecido en el Pardo el día 25 de Noviembre. Y trascurrió tan poco tiempo entre las primeras noticias y las últimas, que se hubiera podido imitar en aquel caso una célebre frase de Bossuet, diciendo á la vez: el Rey está enfermo, el Rey se muere, el Rey ha muerto.

La impresión producida por este triste suceso fué grandísima. Costaba trabajo creerlo. El Emperador, que quería mucho á Don Alfonso, dió muestras de un sincero sentimiento. Los Archiduques y el público de Viena, que le habían visto poco tiempo antes y estaban aun bajo el influjo de su gracia y cortesía, manifestaron asimismo grande pena. Pero mucha mayor la experimentaba la inmensa mayoría de los españoles. Todos deploramos la pérdida de un Rey, que en edad relativamente temprana había demostrado ya las cualidades necesarias para labrar la felicidad de su patria. Parecíanos que perdíamos en él la última esperanza de restituir á nuestra noble nación la tranquilidad de que la habían privado por tantos años sus guerras y discordias. El tiempo ha probado que había mu-

cha exageración en esos juicios, pero entonces eran naturales, y el mismo Don Alfonso los compartía cuando, viendo ya cercana su muerte, y pensando en la minoría que amenazaba otra vez á nuestro país, exclamaba con acento dolorido: ¡Dios mío! ¡qué conflicto!

Descanse en paz el malogrado Soberano, y consuélenos el pensar que tal vez se ahorró con su muerte las tribulaciones que rodean hoy más que nunca á cuantos ciñen una corona. Recordemos aquellos versos de Hesiodo, en que preguntándose cuál es la dicha mayor que puede caber al hombre, responde:

No ser Rey, ó si lo fuere,
Bajar temprano al sepulcro.

Consuélenos también la idea de que, si su reinado fué corto, bastó para marcar una época importante en los anales españoles. Todavía es temprano para juzgar como se debe á Don Alfonso; mas á mí me parece que no es posible negarle desde luego estos tres grandes méritos. En primer lugar fué el primer Soberano español que, aleccionado por la experiencia, se resignó á gobernar constitucionalmente, sin ningún deseo secreto de sustraerse á sus juramentos y promesas. En segundo lugar, fué el primero también que no temió llamar espontáneamente á sus consejos á los hombres políticos más liberales del país, y aun los prefirió algunas veces á los que le habían dado el trono y se intitulaban conservadores. Por último, Don Alfonso, educado en Austria y en Inglaterra, mostró el ilustrado propósito de poner término en España á la antigua intolerancia religiosa, que la constituía una deplorable excepción entre las naciones civilizadas del mundo. La revolución del año 68 lo había ya hecho; pero Don Alfonso lo confirmó del

modo más solemne. Probablemente todos los Reyes ó Reinas que vengan después, seguirán este noble ejemplo; mas el hecho datará de él. Su reinado señalará una nueva era en la política española.

Aunque el dolor que causaba en todos la muerte de Don Alfonso era muy grande, claro es que no puede compararse con el que sentía su Augusta viuda, la enamorada Doña Cristina, que le amaba como esposo mucho más que como Rey.

Quedó tan aterrada y suspensa, que no quería ocuparse de cosa alguna, y costó mucho trabajo á Cánovas que se prestase á firmar los documentos indispensables en aquella situación azarosa. Pues era preciso que el trono no quedase un momento vacante, y que Doña Cristina asumiese sin tardanza la Regencia del Reino durante la menor edad de su hija Doña Mercedes, ó del póstumo que pudiera nacer pocos meses después, porque la Reina se hallaba en cinta.

Y la prisa de Cánovas estaba tanto más justificada, cuanto que el partido liberal empezaba ya á agitar la opinión con el objeto de conquistar el poder, y aun se dijo que, temeroso de no ser tan acepto á la Reina Cristina como á Don Alfonso, estaba dispuesto á ofrecer la Regencia á la Reina Doña Isabel. Añadíase, no sé con cuál fundamento, que esta Augusta Señora no dejaba por su parte de mostrarse dispuesta á favorecer esas intrigas, reclamando la Regencia como abuela del futuro Rey ó Reina. Aseguróse, por fin, que Sagasta había llegado á tratar formalmente de esto con la misma Doña Isabel, lo cual no parecía extraño ni increíble á los que conocían el carácter poco escrupuloso de aquel antiguo revolucionario, que ya en el año 67 había fingido, por lo menos, acercarse

á Don Carlos, á fin de intimidar al Gobierno de aquella época.

Como quiera que esto fuese, D. Antonio Cánovas pospuso entonces toda ambición personal, y escuchando sólo los dictados del patriotismo, tuvo la feliz idea de no aceptar la confirmación de su autoridad, que le ofrecía con mucha instancia la afligida viuda de Don Alfonso, y le indicó la conveniencia de confiar el poder á Sagasta, con el objeto de obtener que tanto él como su partido le diesen su apoyo y no turbasen la paz con sus impacientes pretensiones. Y el resultado no pudo ser más satisfactorio. Cesaron, como por encanto, los rumores de intrigas y las amenazas de trastornos, y Sagasta se convirtió inmediatamente en el defensor más decidido de la Regencia de Doña Cristina.

Y aprendió tan bien esta Augusta Señora la lección de alta política que así le daba Cánovas, que la volvió á aplicar varias veces y siempre con el mismo buen éxito, durante todo el tiempo de su gobierno. Y aun es opinión general que, sintiéndose siempre más segura con Sagasta y siendo también éste menos dominante y absoluto que Cánovas, le estimaba sinceramente y aun le cobró mucho afecto.

Han criticado algunos esta especie de alternativa establecida entre los dos grandes Ministros, á la manera de la fábula de Cástor y Polux ó de las figuritas de un barómetro, y la han llamado por burla el pacto del Pardo, imaginando que había sido convenido entre Sagasta y Cánovas en aquel Real Sitio pocos días después de la muerte de Don Alfonso. Pero la verdad es que aunque Cánovas lo aconsejó entonces, existía ya en tiempo del Rey y ha nacido naturalmente de la fuerza misma de las cosa s,

siendo indispensable que en los Gobiernos constitucionales haya dos principales partidos, que se reemplacen mutuamente cuando la política de cualquiera de ellos pierde el apoyo de la Cámara ó de la Corona. Y como no podría haber tales partidos, si no tuvieran jefes que por su talento, su historia y su experiencia fuesen aptos para tal oficio, de aquí vino también la necesidad de que á éstos solos y no á otros menos importantes, confiase la Corona la dirección de los negocios públicos. Podrán darse casos en que sea indispensable hacer una excepción á esta regla; pero siempre será un recurso peligroso, porque alienta á aquellos espíritus díscolos, que no quieren vivir sujetos á la disciplina de ningún partido.

La alternativa establecida así entre Cánovas y Sagasta no debe, pues, ser criticada: ha sido la más á propósito para conservar su prestigio al régimen representativo; es la que se practica en Inglaterra y en otros países más acostumbrados que nosotros á esa clase de Gobiernos; y donde se falta á ella, como antes en España y ahora en Italia, no tarda mucho en advertirse que eso trae consigo los más perniciosos efectos.

Constituído el nuevo Ministerio de Sagasta, mostró este hombre político mucha habilidad para consolidar la nueva situación creada por la muerte del Rey y el establecimiento de la Regencia; y aunque su misión fué facilitada por la actitud reservada y patriótica del partido conservador, es justo tributarle por ello los mayores encomios. Mas por desgracia para mí y para otros muchos, hay males en España que no se pueden curar en un solo día ni aun quizás nunca, porque son propios del carácter nacional y del régimen democrático que nos rige, y uno de ellos es la costumbre de que cada nuevo Gobierno

cambie la mayor parte de los empleados con el objeto de satisfacer á sus amigos, á la manera que se practica en todas las Repúblicas de América, empezando por los Estados Unidos del Norte.

Y este abuso es más común cuando entran á mandar los liberales, porque sus huestes son más necesitadas é impacientes que las que siguen la bandera conservadora. Sagasta, pues, y más aun sus compañeros de Gabinete, y entre ellos el Ministro de Estado, que era D. Segismundo Moret, antiguo republicano convertido y hombre de mucho talento, pero de poca conciencia, empezaron á colocar á sus amigos en buenos puestos, destituyendo caprichosamente á los que los ocupaban en tiempo de Cánovas. De estos últimos fuí yo, y ni mi larga carrera ni mis recientes servicios valieron nada para impedir que me separasen. Fuéme dicho después que la Reina Regente había tenido la bondad de hablar en favor mío, y por mi parte no dudo que así lo hiciese; mas no supo ó no pudo oponerse con eficacia á la voluntad de Moret, por lo cual persistió éste en su decisión y tuve que someterme á ella, pues cuando el Rey posee poca autoridad, su protección es inútil. Conocida es á este propósito la anécdota de aquel oficial francés, quien cansado de que no le hiciesen justicia á pesar de las promesas que le daba siempre el Rey Luis XV, tuvo un día la ingenuidad de rogarle que le diera una recomendación para Madama Pompadour, la cual, según había oído decir, tenía mucho influjo con los Ministros.

No necesito decir que esta desgracia inesperada fué para mí una gran pena, pues no tenía aun más que sesenta y dos años de edad, me hallaba en el goce de perfecta salud, y me parecía que tenía todavía derecho á disfrutar por algún tiempo el elevado y agradable puesto á que ha-

bía llegado á fuerza de años de servicio y pasando paulatinamente por todos los grados de mi carrera. Dolíame también dejar á Viena, donde había hallado tan buena acogida y tenía ya muchos amigos y una posición muy lisonjera. Pero la divina Providencia me ha dado, entre otros bienes, un carácter jovial y optimista, que no sólo se conforma fácilmente con sus decretos, sino que halla en todos los males alguna compensación que los dulcifica. Pensaba que iba á vivir en adelante en el seno de mi familia, y esto calmaba mi pesadumbre.

Con todo, hice algunos esfuerzos para obtener otra Legación, no sólo porque me parecía que no era aun bastante viejo para vivir completamente ocioso, sino también por dar gusto á mi querido hermano José, que soportaba con menos paciencia que yo, la idea de verme sin destino, y me animaba á solicitarlo. Verifiqué, pues, con este objeto dos viajes á España, apenas cambió otra vez el Ministerio, y hablé con los Ministros y con la misma Reina. Mas aunque manifestaron mucho interés por mi suerte, no pudieron ó no quisieron remediarla. Sólo el Duque de Tetuán tuvo la bondad de ofrecerme, cuando fué Ministro de Estado, la Legación de San Petersburgo, la cual no me fué posible aceptar á causa del clima; de modo que, cansado de esperar, tomé, al fin, la resolución de pedir mi retiro definitivo, que en España llamamos jubilación, aunque no creo que á nadie le produzca ningún júbilo.

Antes de dejar á Viena, cumplí el deber de despedirme del Emperador y de los Archiduques en audiencias especiales, según se acostumbra. El Emperador tuvo la bondad de manifestarme que sentía mi partida, y me dijo también que le había sorprendido mucho que Cánovas hubiese abandonado el poder cuando precisamente hubie-

ran sido más necesarios sus servicios. Sobre lo cual le dí las explicaciones oportunas, aunque no era fácil hacerle comprender el estado y condiciones de nuestros partidos, ni los peligros que había conjurado Cánovas dando el poder á Sagasta.

Después del Emperador hubiera debido ver á la Emperatriz Isabel; pero ésta se hallaba ausente, según su costumbre. Pasé, pues, á despedirme de los Archiduques, los cuales tuvieron igualmente la bondad de mostrarme el sentimiento que les causaba mi marcha, llegando algunos á decirme con franqueza que lo extrañaban mucho. Pero yo les dí también acerca de esto las explicaciones necesarias.

Entre aquellas audiencias de despedida hubo una que me ha dejado una impresión más viva que las otras, y fué la que me otorgaron los Archiduques Rodolfo y Estefanía. Recibiéronme sin la menor etiqueta y entraron en la sala en que yo los esperaba, dados del brazo y radiantes de belleza y juventud. Durante todo el tiempo de la audiencia permanecieron muy alegres y no parecía sino que querían hacérme testigo del cariño que los unía y de la felicidad que gozaban. Mas, por desgracia, esa felicidad no fué duradera y acabó cuatro años después de la manera más trágica posible. Rodolfo, por desdicha suya y de su ilustre familia, conoció en la sociedad de Viena á una joven muy linda, y no rubia, como Estefanía, sino morena y de ojos negros, que era, conforme lo he dicho en otro lugar, el género de belleza que prefería.

Era hija del Barón Vetchera, Diplomático austriaco, y de una dama, de apellido Baltazzi, nacida en Constantinopla de padres griegos levantinos. Conocía yo mucho á esta señora y asistía á su tertulia. La hija era aun muy niña

cuando dejé á Viena, pero prometía ya ser muy bonita; y según me han dicho varias señoras austriacas, se había convertido después en una verdadera hermosura, en una imagen del amor. Veíala Rodolfo en los salones y también en algunas cacerías á que ella asistía con su madre, y se prendó locamente de sus encantos. La joven María, que así se llamaba, se enamoró también del Príncipe, y creció tanto esta recíproca pasión, que al cabo de algunos meses Rodolfo, cegado por ella y desoyendo la voz de la religión y los dictados del deber y del honor, concibió la idea descabellada de divorciarse de Estefanía bajo pretexto que no tenía de ella sucesión masculina, y casarse con la baronesa.

Poseído de esta locura, se atrevió á pedirle su consentimiento al Emperador, su augusto padre, y aun se dijo que había escrito sobre ello al mismo Papa, lo cual es poco probable. Dióle el noble Emperador la respuesta negativa que merecía tan desatentado propósito y le afeó duramente su conducta. Pero esta repulsa, en vez de calmar á aquel amante obcecado, no hizo más que aumentar el incendio en que ardía.

Entre tanto, notábase ya en Viena la pasión del Príncipe, y tanto su posición como la de María Vetchera se hacían por extremo comprometidas. La pasión de aquella joven no le permitía romper unos lazos que el amor hacía tan dulces, y el orgullo de su noble nacimiento no le permitía tampoco consentir en ser la querida de un Archiduque. Es cierto que se han conocido en otros tiempos muchos amores de Príncipes y Reyes con damas solteras, y en el pasado siglo hemos visto á una Princesa, Dolgoruky, noble y soltera también, ser públicamente la querida del Emperador Alejandro II, del cual tuvo varios hijos. Pero

las ideas actuales no son afortunadamente las de los siglos anteriores, ni las costumbres de Austria se parecen ahora á las de Rusia. La sociedad de Viena no hubiera sufrido nunca un escándalo de esa especie. ¿Qué recurso les quedaba, pues, á aquellos dos enamorados sentimentales, como todos los alemanes, y contagiados de las ideas del siglo? Ningún otro más que el suicidio. Y esto es allí hoy día tan común, que los periódicos de Austria y Alemania refieren á cada momento que dos amantes desesperados se han quitado la vida. Al suicidio, pues, recurrieron los desventurados Rodolfo y María.

Salió ella de Viena en uno de los últimos días del año 88, y burlando la vigilancia de su madre, se unió fuera ya de la ciudad con Rodolfo, quien la llevó en su coche á un sitio real de caza, á poca distancia de la capital. Hallábanse ya allí el Príncipe Felipe de Coburgo, propio cuñado de Rodolfo, y el Conde de Hoyos, que era su gentilhombre, los cuales estaban enterados, según parece, de los amores del Príncipe con la baronesa. Aquella noche no advirtieron novedad, y Coburgo se marchó á Viena, llevando una carta del Príncipe para el Emperador en que se excusaba de no asistir á una comida de familia, que debía tener lugar aquel día. Mas á la mañana siguiente, en que debían ir á la caza, le llamó la atención al Conde de Hoyos que Rodolfo no salía de su aposento ni llamaba á su camarero. Además un jardinero le dijo que le parecía haber oído hacia la madrugada el sonido de dos tiros. Alarmado entonces el Conde, penetró en el cuarto del Príncipe y fué allí dolorosamente sorprendido por el espectáculo más lastimoso del mundo.

El desventurado Rodolfo yacía muerto en su lecho con una herida en la sien derecha; su brazo pendía hacia el

suelo, y no lejos se veía un revólver. La no menos desventurada María Vetchera yacía al lado del Príncipe muerta también, con una herida en la espalda. Sobre su cuerpo había algunas flores. El drama estaba bien claro. Rodolfo la había matado, la había cubierto con flores y se había matado después.

El Conde de Hoyos, lleno de espanto, se apresuró á correr á Viena para informar de esta tragedia á los Emperadores, y es fácil adivinar cuál sería la sorpresa, el horror y el dolor de éstos y también de todo Viena, donde poco á poco se fué esparciendo la noticia. Al principio se dijo que el Príncipe había fallecido de una apoplegía; después se habló de un asesinato; al fin se confesó el suicidio. Además, el lecho en sí lo probaba; confirmáronlo la opinión de los médicos que examinaron el cadáver de Rodolfo; y lo evidenciaban dos cartas de éste á sus augustos padres, implorando su perdón, y otra para su amigo el Duque de Braganza, en la cual le decía: «Caro amigo: es preciso que muera; no puedo hacer otra cosa; adiós». También la desgraciada María le escribió á su pobre madre una carta con estas solas palabras: «Madre mía: muero con Rodolfo; nos amamos demasiado. Perdóname; adios». La Agencia Havas dió luego publicidad á todos estos pormenores.

Han sido hechos en Austria y en Alemania muchos esfuerzos de ingenio, á fin de explicar esta funesta tragedia de un modo que no hiciese aparecer á Rodolfo como homicida; pero el empeño es vano y aun absurdo. Su sola explicación posible es la locura que aquel Príncipe heredaba de los Wittelbach. Tan convencido están de ello los austriacos, aunque no lo digan, que por eso, sin duda, cesaron pronto de elogiar sin medida su memoria. Reconocieron probablemente que si su muerte había sido muy sensible

para sus Augustos padres, no podía serlo tanto para el Austria, que había escapado con ella de un gran peligro. Porque si la pequeña y tranquila Baviera ha soportado sin graves inconvenientes á dos Soberanos poco sensatos, no hubiera sucedido lo mismo en el Imperio austriaco, tan vasto y agitado.

Después de estas audiencias, despedíme igualmente de todos mis colegas y del Conde de Kalnoky, que me obsequió con un banquete, al cual asistieron todos los jefes de su Ministerio. Y no me dió una nueva condecoración, porque ya tenía yo desde el matrimonio del Rey la Gran Cruz de Leopoldo, que es la más elevada que reciben en Austria los Ministros Plenipotenciarios. Llegó después mi sucesor, que era Don Rafael Merry del Val, antiguo compañero mío en Londres, y yo dejé á Viena y vine á establecerme en Florencia, que es donde desde entonces he residido.

Podrá quizá parecer extraño que no fuese á establecerme en mi patria; pero mis recursos personales no me permitían residir en Madrid, ni en Cádiz ó Sevilla, ciudades hoy día muy caras. Florencia es todavía una de las más baratas de Europa, y en ella tengo también la ventaja de que mi esposa posee una casa pequeña, pero suficiente para nuestra familia, disminuída ya bastante por la colocación de algunos hijos é hijas. Aquí, pues, vivo hace ya catorce años, y vivo muy contento, porque me encuentro en el seno de mi familia. El clima es benigno, los habitantes amables. Conozco á todo el mundo y de todos soy conocido. Hállanse aquí bellas iglesias, con buenos predicadores y buena música, Museos donde se encierran mil joyas preciosas de las Bellas Artes y monumentos notables de todo género. Gracias á Dios, me conservo aún sano y activo, por lo cual me intereso en todo. Asisto de cuándo

en cuándo á los teatros para estar al corriente de las novedades musicales y dramáticas, y voy algunas veces á saraos y comidas. Por fin, tiene mi casa un pequeño jardín, que en el verano me da la ilusión de estar en el campo. ¿Qué más puedo desear? *Céstassez pour qui doit mourir.*

Y aquí pudiera poner fin á este libro, puesto que los sucesos posteriores á mi salida de Viena son demasiado recientes para merecer el nombre de recuerdos, y no pueden todavía ser juzgados sin dar oído á las pasiones del momento. Con todo, siento la necesidad de decir aún alguna cosa por lo menos de Italia y España, á fin de cumplir mi propósito de dar una idea completa de ambas en todo el siglo fenecido. Dedicaré, pues, un capítulo á describir las novedades que han tenido lugar en Florencia durante estos últimos años, y otro á referir el estado general de Italia. Manifestaré después las impresiones que he recibido en mis últimos viajes á España, y añadiré, por fin, una rápida pintura de la situación de nuestro país, donde, por desgracia, no todo es halagüeño. Y excuso asegurar que escribiré estos últimos capítulos con el mismo espíritu que los demás; es decir, con la mayor imparcialidad posible, y sin animosidad ni adulación, para las cuales no tengo causas.

CAPÍTULO CXI

Florencia, de 1886 á 1899

Novedades que hallo en Florencia.—La fachada del Duomo.—Fiestas con que se inaugura.—Los nuevos bulevares.—El nuevo centro de la ciudad.—Escalera monumental de la Galería Pitti.—Nuevos objetos de arte en el Bargello.—Pintores y escultores del día.—Barabino y Romanelli.—La presente sociedad de Florencia.—Casas florentinas y extranjeras que reciben.—Damas que se distinguen por su belleza.—Teatros de música y dramas.—Operas de Mascagni y Puccini.—Dramas de Prieto Cossa y Giacosa.—Poesías de Carducci.—Novelas de Fogazzaro, Serao y D'Annuncio.—Historias de Checchi y de Cesare.—Obras filosóficas de Conti.—Escritos criminalistas de Lombroso.—Muchas reformas modernas son consecuencias naturales del Cristianismo.

Una de las mayores novedades que hallé á mi regreso á Florencia, fué la fachada de su Duomo ó Catedral. El hecho de haber dejado pasar tantos siglos sin atreverse á construirla, pinta bien el carácter meticuloso de los últimos Médicis y de los Lorenas-Vasari; en el siglo XVI se la puso pintada sobre un muro de ladrillo, y como es natural de estilo greco-romano, tan grato á aquel artista, cuyo gusto exclusivo le hacía odiar todo lo gótico. Y es quizá una fortuna que no se pensase después en hacerla de piedra, porque lo más probable es que le hubieran dado el mismo estilo adoptado por Vasari, en vez que ahora, en el siglo ecléctico en que vivimos, todos comprendieron la necesidad de que el exterior correspondiera al interior, y fuese por lo tanto gótico toscano y de ricos mármoles de

colores, como los otros tres frentes y el lindo campanario de Giotto.

Faltaba sólo un hombre que tuviese el valor de iniciar el proyecto, y al fin se encontró en el famoso síndaco ó alcalde Ubaldino Peruzzi, notable por todos conceptos y uno de los florentinos que más han contribuído al movimiento político moderno de la Toscana. Siguióle después el Príncipe Tomás Corsini, persona, asimismo, de gran gusto, y al cabo de diez años se vió concluída tan grandiosa obra. Hízose por suscripción, y su costo fué de un millón de liras, suma mucho menor de lo que se podía temer, gracias al desprendimiento de los propietarios del mármol y de los mismos artistas. Fué igualmente notable la liberalidad con que contribuyeron á costearla todas las familias florentinas, movidas del amor de su pueblo y también de un poco de vanidad, porque el astuto Peruzzi, conocedor del corazón humano, prometió que toda persona que diese cinco mil liras tendría derecho á que su nombre y sus blasones fuesen esculpidos en el zócalo á la altura de la vista.

La obra resultó bellísima, y no desdice ciertamente del resto del edificio, ni por la elegancia del diseño, ni por la riqueza de los mármoles, ni por las estatuas y mosaicos que la adornan. Durante los primeros años relumbraba quizá demasiado. Después ha ido adquiriendo esa pátina que dan el sol y la lluvia, y que, moderando los reflejos de la piedra, hace que armonice mejor con la parte antigua. El arquitecto que la dibujó y edificó se llamaba De Fabris, y ha sido enterrado en una de las naves laterales. Las estatuas más bellas son de Romanelli y Fantacchiotti. Los mosaicos fueron hechos en Venecia con dibujos de Barabino. Las puertas de bronce fueron debidas á Passaglia y

Cassioli, y parecen bastante bellas, aunque tienen que competir con las famosas que Ghiberti esculpió para el vecino Bautisterio.

La inauguración tuvo lugar el 12 de Mayo del año 87, y fué acompañada de fiestas muy hermosas, cuyo recuerdo conservaré siempre. Vinieron á presenciarlas los Reyes Humberto y Margarita, con el Príncipe de Nápoles. Hubo iluminación y castillo de fuego, baile de trajes en el Palacio de la Señoría y función de gala en el Teatro de la Pérgola. Pero lo más original y memorable fué un paseo histórico en el cual tomaron parte los principales caballeros de la nobleza y algunos ricos burgueses. Representaba, con idea muy feliz, la entrada en Florencia del Duque Amadeo VI de Saboya, cuando, de vuelta de una expedición á Oriente, atravesó la Italia en 1367. Llamábanle sus contemporáneos el Conde Verde, porque en un torneo que tuvo lugar en Chambery, se había presentado vestido todo de ese bello color, como cierto personaje de Cervantes. Y fué en aquellos tiempos un Príncipe de mucho prestigio, en atención á que, por acceder á las instancias del Pontífice Urbano V, había ido á guerrear contra turcos y búlgaros, dando socorro á su pariente Juan Paleólogo.

El Marqués Carlos Ginori representaba muy bien, por su apostura y noble semblante, al Conde Verde de la Historia, y salieron á recibirle Strozzi, Corsini, Gherardesca, Guadagni, Antinori, Frescobaldi y otros muchos jóvenes descendientes de los que saludaron cinco siglos antes al verdadero Amadeo de Saboya. Montaban briosos caballos y vestían el traje pintoresco de la época, notable por la esclavina ceñida al cuerpo, que los italianos llaman *lucco*, y por el birrete en forma de turbante muy chato, con cintas pendientes airosamente por ambos lados, que fué in-

ventado en Flandes, y de allí se extendió á toda Europa. Caminaban precedidos de timbales y trompetas, y seguidos de un escuadrón de ginetes de la República con escudos, lanzas y banderas.

Y no les faltaba razón á los florentinos para festejar así este magnífico adorno dado á su Duomo, porque con él se ha completado su belleza y los ha libertado en parte del reproche que se les hace de no acabar nunca sus principales edificios. Y digo en parte, porque todavía están sin fachada iglesias tan hermosas como San Lorenzo, Santo Spirito y el Carmen. Y también sería decoroso que Florencia honrase al fin con algún monumento público la memoria de aquel Lorenzo el Magnífico, cuya fama es tan grande, y la del Papa León X, que dió nombre á su siglo y es una de las glorias de su patria. En mi concepto, deberíase elevar una estatua ecuestre al primero delante de la iglesia de San Lorenzo, y una estatua sobre una columna al segundo en la plaza de Santa María Novela. Entonces sí podría decirse que Florencia estaba completa.

Otra novedad que la ha embellecido mucho ha sido la construcción de una cinta de alamedas ó *viali* que forman alrededor de ella un espacioso bulevar cercado de casas y quintas. Siguen luego nuevos barrios que se prolongan hasta los pies de la colina de Fiesole, formando una nueva ciudad tan grande casi como la antigua. Y á la par que se ensancha, crece también su población de tal manera, que pasa ya de 200.000 almas. Y no sólo la pueblan los italianos, sino también muchos extranjeros, principalmente ingleses, de los cuales hay ya más de dos mil con domicilio permanente.

Pero la obra más notable y que más ha hermoseado y saneado á Florencia ha sido el derribo de la antigua jude-

ría y de un viejo mercado, que ocupaban precisamente el centro de la ciudad y eran por la estrechez de sus calles y el mal olor de tenduchos y casas pobres un recinto abominable, donde raras veces penetraba una persona decente. En el lugar espacioso quedado allí libre, hase edificado un barrio completamente nuevo, con una hermosa plaza adornada de bellos pórticos y una estatua ecuestre del Rey Víctor Manuel, esculpida por Zocchi.

El promovedor de esta transformación ha sido el Marqués de Torregiani, celoso é inteligente alcalde, secundado por varios Consejeros municipales también muy ilustrados. Mas como sucede siempre en estos casos, su gloria ha sido amargada por las críticas más injustas de propios y extraños. Muchos florentinos, apegados supersticiosamente á todo lo antiguo, y también algunos extranjeros, especialmente ingleses, que no quisieran que desapareciese aquí ni una piedra de los edificios de otras edades, aunque ellos no se han hecho escrúpulo de demolir el «Marble Arch», y todo cuanto estorbaba la circulación en las calles de Londres, han calificado con duros epítetos la obra de Torregiani. Y es posible que tengan razón, bajo un punto de vista puramente arqueológico, y que ni la estatua de Víctor Manuel, ni las nuevas casas, sean de un estilo muy bello; pero lo importante para el público, es que posea Florencia una plaza central espaciosa, donde se reune los domingos una culta y desahogada burguesía á tomar refrescos y oir una buena música militar, y que haya en aquel sitio calles bien iluminadas con luz eléctrica y nuevas y hermosas tiendas, cafés, panoramas, cinematógrafos y todas las distracciones que hacen tan agradable la vida en las ciudades modernas.

En los Museos se han introducido asimismo algunas

mejoras. La escalera mezquina que daba antes acceso á la Galería del Palacio Pitti, ha sido sustituída por otra verdaderamente regia, obra del distinguido arquitecto Del Moro, y costeada por el generoso Rey Humberto. Es toda de piedra y de la misma arquitectura que la fachada, y se halla adornada de medallones de mayólica, con las armas de todas las Princesas desposadas con los antiguos Grandes Duques, empezando por Doña Leonor de Toledo.

En los Uffizi han ensanchado la antigua escalera, dándole dos tramos, y han colocado en nuevas y mayores salas los retratos de todos los pintores, cuyo número crece por días. Y al fin figuran entre ellos uno español de los más modernos, que es Villegas, siendo de esperar que esto anime á Pradilla, Viniegra, Benlliure y los demás á enviar los suyos.

En el Bargello hay igualmente varias adiciones notables. Primero, una nueva sala, donde han reunido, en originales ó vaciados, la estatua ecuestre de Gatamelata, el San Jorge, el San Juan y todas las otras obras de Donatello, por manera que allí puede admirarse en sus diversos aspectos el simpático talento de este escultor eminentemente florentino, quien á la par que copiaba la Naturaleza sabía añadirle mucho encanto. En segundo lugar, otra sala con la colección dejada á aquel Museo por un caballero francés, de nombre Carrand, quien durante su larga permanencia en Florencia logró reunir muchos ejemplares preciosos de marfiles, bronces, mayólicas, esmaltes, medallas y otros objetos de lo que se llama arte pequeño, aunque á veces tiene un mérito muy grande.

En la Academia de Bellas Artes han colocado muchos cuadros modernos, que dan idea de lo que ha sido la pintura florentina durante el siglo XIX. *La Expulsión del Du-*

que de Atenas, tirano de Florencia, por Ussi, me parece un cuadro muy hermoso, y *La Muerte de Rafael,* de Morgari, produce grande efecto. Ambas pinturas pertenecen á una época de correcto dibujo y buen colorido, que duró hasta hace veinte años. Después ha venido otra de ensayos de toda especie, bajo el influjo de prerrafaelistas, impresionistas y simbolistas, cuyos perniciosos ejemplos han hecho abandonar á los artistas italianos su estilo natural, para seguir otros que, á la verdad, no me parecen tan bellos.

Con todo, hay aun algunos que conservan buen diseño y buen color, tales como Gordigiani, Gelli y Tito Conti, cuyos retratos no desmerecen al lado de los de Bonnat ó Lembach. Añadiré á Ciseri, autor de un notable *Martirio de los Macabeos,* que se admira en la iglesia de Santa Felícita, y Barabino, cuya *Virgen de Monza* es ya tan popular como otras de épocas más antiguas.

La escultura, menos decaída que la pintura, ofrece bellos ejemplares de todo género. Romanelli, Passaglia y Fantacchiotti, siguen en Florencia las buenas tradiciones de Dupré, Bartolini y Fedi. La bella estatua ecuestre de Carlos Alberto, que adorna en Roma los jardines del Quirinal, es obra de Romanelli.

Pasando ahora á hablar de la Sociedad florentina, diré que se advierten también en ella novedades y mejoras. Desde luego, si Florencia ha perdido en importancia con dejar de ser capital, sus salones han ganado bastante en homogeneidad, porque están ahora libres de una turba de damas recientemente encumbradas á consecuencia de la carrera política de sus maridos, las cuales no siempre adornan las reuniones á que concurren. Añádase que el juego establecido en Monte Carlo y la anexión de Niza á

la Francia han llevado hacia allí ese mundo algo equívoco que venía antes á Florencia. El resultado ha sido que esta ciudad posee hoy una sociedad menos mezclada que antes, y puede jactarse de ser una de las primeras de Italia en punto á corrección y buen tono, y merced también á la residencia en ella, primero del Duque de Aosta, y después del Príncipe de Nápoles y del Conde de Turín, tiene en la actualidad ciertas apariencias de Corte.

Y no quiero decir con esto que sea demasiadamente exclusiva, pues la verdad es que Florencia fué en todos tiempos sumamente republicana, y su aristocracia ha recibido siempre en sus fiestas á la rica burguesía, con tal que fuese bien educada. Ni es raro hallar también en sus salones abogados, escritores ó artistas. Ultimamente han dado algunas damas en la veleidad de no convidar á las señoras hebreas, aunque las hay bellas y elegantes. Pero esto no es más que una imitación de lo que sucede en otras capitales donde reinan aun ciertas preocupaciones impropias de nuestro siglo; y los Reyes Humberto y Margarita han dado á las tales damas exclusivas una buena lección de cultura, convidando á las señoras israelitas á las fiestas de Palacio.

Las casas florentinas que ahora reciben son poco más ó menos las mismas que antes, con la sola diferencia de que están representadas por una nueva generación. El Príncipe Tomás Corsini, nieto del que yo conocí en 1848, recibe todos los lunes en su palacio de Puerta al Prato, y da además grandes bailes en otro que posee á la orilla del Arno, de esa arquitectura, bella, pero teatral, que fué adoptada en el siglo XVII. Es el Príncipe un hombre tan instruído y memorioso, que la Reina Margarita siempre que le vé se dirige luego hacia él, diciendo: voy á hojear á Cor-

sini, como si se tratara de un libro. Es Senador y de ideas muy modernas. La Princesa su esposa, es una Barberini de Roma, tan distinguida como amable.

El Príncipe Pedro Strozzi da asimismo bellas fiestas, ahora sobre todo que por su casamiento con una Condesa Braniska, ilustre y rica polaca, reune bienes cuantiosos. En su juventud fué el árbitro de la elegancia. Hoy día es Senador, como Corsini, y muy querido del pueblo por su generosidad y llaneza.

El Marqués Pedro Torregiani, alcalde casi perpetuo, comparte con los dos patricios anteriores el cariño de los florentinos. Recibe también de cuándo en cuándo, y su inteligencia, laboriosidad y celo por el bien público le hacen verdaderamente notable.

Dan también comidas, saraos y bailes los Condes de Pandolfini, Gherardesca, Bastogi y Serristori, los Príncipes de Scilla y los Marqueses de Montagliari y de Ginori, que son la nata de la elegancia florentina, y además varias damas extranjeras, como las americanas Mistres Fisher y Mistres Van-Schaik, las Condesas de Talleyrand y de Perchenstein, ambas rusas, la señora Basilewsky, de la misma nación, la Baronesa de Gunderrode, holandesa, la condesa Bonasi, alemana, Madama Brun, suiza, y otras que sería largo enumerar. Ni faltan para quien gusta de la buena conversación, señoras amables que reciban en día fijo y ofrezcan el té de las cinco, cuya costumbre es ya universal.

Florencia es asimismo el asilo de varios antiguos diplomáticos, retirados como yo del servicio. Allí han acabado sus días Talleyrand, Hudson y Paget. Allí viven ahora sir Charles Mansfield, con su inteligente hija, Lady Paget; el barón de Stumm, tan conocido en Madrid, y el caballe-

roso conde de Peón de Regil, que fué Ministro en Italia del desgraciado Maximiliano de México, y no ha podido consolarse aun del malogramiento de sus ideales, á pesar de la relativa prosperidad que ahora disfruta aquel país bajo la dictadura de Porfirio Díaz.

Decir ahora cuáles son las damas más bellas de Florencia en estos días, sería como contar las flores de Mayo. Me limitaré á mencionar algunas. La Condesa Clementina Bastogi representa bien el tipo de la hermosa florentina, menos corpulenta y más graciosa que la romana y también más sencilla. Es asimismo muy distinguida, la Marquesa Tecla Ginori, hija de los marqueses de Ruccellai; tiene mucho de su bella madre, de quien he hablado en otro capítulo, y es de ese género excesivamente delgado, que vemos en los pintores prerrafaelistas. Tan bondadosa como linda, su alegría natural se halla realzada por la viveza de su lenguaje y por su acento muy toscano. La Marquesa de Montagliari no es italiana sino inglesa; pero inglesa de ojos garzos y pelo castaño, es bella como una ninfa. La Baronesa Levi ha nacido en Viena, la ciudad de las buenas mozas, y no desmiente su origen: es una hermosa Raquel, seria y de modales tranquilos.

Los teatros líricos de Florencia, siento decirlo, han decaído bastante, porque la subvención concedida por el Municipio á la Pérgola es tan mezquina, que rara vez vienen á cantar allí los artistas de *primo cartello*. En cuanto al repertorio, es el mismo que antes, con la adición de algunas óperas modernísimas. Ponchielli dijo la última palabra de la escuela romántica italiana en su preciosa *Gioconda*. Después ha venido la moda de imitar á Wagner. El mismo Verdi le ha rendido tributo en *Falstaff* y el *Otelo*, que no son sus mejores obras. Los jóvenes compositores llegados

después vacilan, como los pintores, entre los diversos estilos que se disputan ahora el predominio de su arte, y queriendo imitar la polifonia del gran maestro alemán, producen obras poco espontáneas, de que el pueblo no gusta demasiado, porque no las puede retener y cantar, como hacía con las antiguas.

De Wagner mismo dan allí solamente *Lohengrin* y *Tannhauser*, y en Bolonia y Milán *Parsifal* y la *Valkiria*. De los nuevos maestros italianos agradan bastante la *Cavalleria rusticana*, de Mascagni, inspirada por la *Carmen* de Bizet, y la *Bohemia* y la *Manon*, de Puccini, que recuerdan las obras de Massenet. El maestro Leoncavallo en *Los Payasos* y Giordano en *Andrés Chenier*, hacen gala de mucha fantasía y de mucha doctrina. Perosi se ha dedicado á la música sagrada, en la cual es excelente. Pero ninguno de estos es el gran compositor que desearía la Italia; ninguno se acerca á Verdi ni á los otros grandes genios que dieron por tanto tiempo á este país el cetro del dulce canto.

En los teatros de prosa tenemos por turno las grandes compañías de Italia y también del extranjero. Aquí se formó el talento universal de Novelli, que es tal vez el primer actor del mundo, con perdón sea dicho de Coquelín y Mounech Sully. Aquí oímos también en sus primeros tiempos á la Duse, rival de Sara Bernhart. Los dramas del gran Sardou, Ibsen y Suderman, las comedias de Meilhac y Hennequin y también del inglés Brandon y del alemán Moser forman lo principal del repertorio.

Por lo que hace á los autores dramáticos italianos, son ahora en verdad muy pocos y no tan excelentes como Del Testa, Ferrari y otros de la primera mitad del siglo decimonoveno. Pedro Cossa ha escrito el *Nerón* y la *Cleopatra*, que cuando están bien representados producen cierto efec-

to. Praga en *La Mujer ideal* y Giacosa en *El Conde Rojo*, obtienen muchos aplausos. El poeta Gabriel D'Annunzio ha compuesto la *Gioconda* y otros dramas; pero son, como sus novelas, tan admirables por su brillante estilo, como inmorales y extravagantes. Y poco hay que citar de otros autores.

Casi todos los dramáticos italianos escriben en vil prosa; pero la bella poesía es aun muy cultivada en Italia. Los versos de D'Annuncio son muy brillantes. Stecchetti, ó sea Guerrini, compone poemitas amenos, aunque demasiado libres; Panzachi recuerda á Heine; Marradi es armonioso y Mazzoni imita á Carducci. Algunas damas pulsan también la lira con inspiración y bello lenguaje. Carlota Ferrari obtuvo un premio de España por una oda á Calderón; la Duquesa de Andria ha publicado una colección de elegantes versos que intituló *La Cruz y la Lira*; y la señora Botti Binda es la musa del hogar doméstico. Pero el mayor poeta de la época es siempre Carducci. Sus comienzos no fueron felices, porque pagó tributo á la influencia francesa, imitando las exageraciones de Baudelaire y su elogio del diablo. Más tarde los graciosos agasajos de la Reina Margarita le cambiaron poco á poco, hasta el extremo de ser hoy día uno de los más ardientes paladines de la Realeza.

En punto á novelas acontece lo mismo que con el teatro; la gran mayoría de las que se leen son inglesas y francesas, de las cuales encuentran las señoras florentinas gran copia en el gabinete de lectura de Vieusseux, que puede competir con el famoso de Mudy, delicia de las de Londres. Hay, sin embargo, algunos novelistas italianos de ambos sexos, cuyas obras merecen aprecio.

Fogazzaro ha seguido las huellas de Azeglio en *Malom-*

bra y *Daniel Cortis*. Agradan mucho la *Teresa*, de Neera y *Fantasía* y el *País de Cucaña*, de Matilde Serao. En esta última novela hay una excelente pintura de las costumbres napolitanas, y es chistoso el tipo de un caballero arruinado por la lotería, que tira al pozo un *Ecce Homo* de su capilla, porque no le inspiraba buenos números. De Amicis sigue publicando libros agradables, aunque no tanto como sus viajes.

D'Annunzio en el *Inocente*, De Roberto en *Los Virreyes*, Rovetta en *Baraonda* y Verga en la *Cavallería rusticana* muestran mucho talento, aunque mezclado las más veces con una licencia excesiva.

El Padre Agostino de Montefeltre es un predicador que se distingue, entre todos los de su tiempo, por una facundia tan persuasiva como elegante.

Son economistas de mucho mérito y también oradores políticos Sonnino, Luzzatti, Giolitti y Zanardelli, y gozan de gran popularidad en Florencia como publicistas y escritores humorísticos, Collodi, Piccini (Yarro) y Ferrigni (Yorick).

La Musa austera de la Historia, tiene igualmente quienes le rindan culto. Chechi ha publicado una buena *Historia contemporánea de Italia*, y De Cesare otra titulada *La fine d' un Regno*, en la cual describe, bajo un punto de vista liberal, los últimos días de los Borbones de Nápoles. La *Vida de Savonarola*, de Villari, es exacta y amena. *Imiei Ricordi*, de Azeglio, es la mejor entre otras muchas Memorias. El Conde de Gubernatis posee un talento universal, es indianista distinguido, ha compuesto un diccionario de escritores contemporáneos y una historia de la literatura que tienen mucho mérito.

En fin, de todo se escribe en Italia, y en general bas-

tante bien, aunque sin llegar á la perfección de otras épocas. La Filosofía, por ejemplo, ha contado allí últimamente representantes apreciables de sus diversas escuelas, como Ferri, Cenni y otros varios, pero en realidad no hay más que uno eminente, que es el florentino Augusto Conti, cuyo libro titulado *Evidencia, amor y fe*, encierra una doctrina que, sin ser esclava de la Teología, es muy espiritualista. *El Problema dell'umano destino*, de Eugenio Alberí, es asimismo un libro muy bello, aunque peca un poco de reaccionario.

Las ciencias físicas poseen también expositores; mas por desgracia, el espíritu irreligioso del siglo y el influjo de Büchner y otros profesores venidos de Alemania, han dado á sus producciones un carácter demasiado materialista.

Mantegazza, que ha escrito varios libros de antropología y fisiología, es el que goza de más fama.

Pero el más original de los escritores científicos de la Italia moderna es Lombroso, cuyas teorías sobre el atavismo, el determinismo, el reo nato y otras no menos atrevidas cuentan ya muchos partidarios, á pesar de que tienden á negar el libre albedrío. Deplóranse sus exageraciones; pero tanto el jurado como el público van sintiendo su influjo. La justicia vacila en su trono y se ve paulatinamente sustituída por otra virtud, cristiana también, que es la Misericordia. Porque en este caso, como en tantos otros, las reformas modernas no hacen más que sacar, sin advertirlo, las últimas consecuencias del Evangelio.

Con efecto, la abolición de la esclavitud, la supresión en varios Estados de la pena de muerte, la mayor emancipación de la mujer, á que llaman feminismo, las leyes

protectoras de los obreros, la institución de la Cruz Roja y la Convención internacional de Ginebra, que tanto suavizan los usos de la guerra, y por último, esa mayor indulgencia hacia los delincuentes, que en Italia y en otras naciones se observa, no son más que corolarios naturales de las doctrinas de Jesucristo.

CAPÍTULO CXII

Italia, de 1886 á 1899

Importancia del nuevo Reino de Italia.—Sus adelantos de todo género.—Circunstancias que le favorecen.—Mérito de sus Reyes y Príncipes.—Ilustración de la nobleza.—Liberalismo de la burguesía.—Sensatez del pueblo.—Parte que han tenido todos en la formación del nuevo Estado.—Circunstancias que le debilitan.—La ocupación de Roma.—La consiguiente hostilidad del Papa y del clero.—Peligro de una futura intervención de la Francia.—Inconveniente de la megalomanía é irredentismo.—Dificultades para practicar el régimen parlamentario.—Crecimiento del socialismo y del anarquismo.—Atraso de Nápoles y Sicilia.—Necesidad de que los italianos vivan muy unidos.

Descritas ya las novedades más notables de Florencia, voy á exponer ahora brevemente el estado en que se halla actualmente el nuevo Reino de Italia. Es opinión muy común que la formación de este Reino, su unidad é independencia es el hecho más importante de la centuria pasada y quizá de la Historia moderna. Con efecto, en todas las épocas ha habido sucesos de esa especie. Dejando siglos más antiguos y subiendo sólo hasta el undécimo, hallamos durante la Edad Media la formación de las Repúblicas italianas, los Reinos de Hungría, Portugal, Polonia y Rusia, los varios Principados de Italia y la República de Suiza. Llegados á tiempos más recientes, vemos en el siglo XVII la emancipación de Portugal y de Holanda; en el décimooctavo la formación del Reino de Prusia y la emancipación de Nápoles y los Estados Unidos de América; y por último, en el décimonono la de toda la América española, Bél-

gica, Grecia y los Estados cristianos del Danubio. Pero aunque todos estos hechos hayan tenido bastante transcendencia, ninguno de ellos iguala al de la unión é independencia de Italia.

La unión de los Estados de Alemania bajo la hegemonía de la Prusia, es el solo acontecimiento que puede comparársele. Ambos formarán época en los anales del mundo; ambos han herido tantos intereses, que tendrán todavía que luchar mucho para consolidarse, porque si hay circunstancias que les favorecen, no faltan tampoco otras que les son contrarias y de que pueden aprovecharse sus enemigos.

Concretándonos al Reino de Italia, veamos primero lo que le es ventajoso. Desde luego es imposible desconocer que todo ha correspondido á las esperanzas que habían concebido los italianos. El adelanto general del país es tan notorio como grande. Libertad política asegurada por el Estatuto de Carlos Alberto; aumento de población, de comercio y de riqueza; desarrollo de nuevas industrias; crecimiento y embellecimiento de sus ciudades; construcción de caminos de hierro y de carreteras, cuyo estado de conservación es admirable; decuplación de su marina mercante; creación de un ejército numeroso y de una importante marina de guerra; en fin, todo lo que constituye un Estado poderoso y respetable.

En segundo lugar, tiene la fortuna de que los Reyes de la dinastía de Saboya, tan ilustrados como leales, emplean los mayores esfuerzos para conservar su unidad, después de haberla realizado, y lejos de pensar en disminuir sus libertades, hacen cuanto les es posible para mantenerlas. Después de Víctor Manuel ha reinado su hijo Humberto, y aunque no tan brillante como su padre, tenía, esto no

obstante, todas las cualidades necesarias para labrar la felicidad de sus pueblos. Siendo todavía Príncipe hereditario hizo patente su valor en el combate de Villafranca. Después ha demostrado, como Rey, una notable entereza en ocasiones de gran peligro. Acúsanlo de débil en el ejercicio de sus funciones, y con efecto, no ha mostrado siempre la firmeza necesaria para defender la causa de la justicia. Mas, por desgracia, esto es achaque de muchos Monarcas del pasado siglo, quienes á fuerza de quererse conformar con la Constitución, dejan que sus Ministros abusen del poder que les han conferido. Comparo yo á estos Reyes modernos con el famoso confesor citado por Passavanti, que, amenazado de muerte por un parricida si no le daba la absolución, dijo para sus adentros: «A mí no me matarás tú»; y se la otorgó sin demora. Están tan acobardados y tan avezados á transigir en todo, que hay muchas ocasiones en que les sería fácil hacer el bien y no se atreven á hacerlo por falta de resolución.

Desde luego en la cuestión de las personas y de la separación y nombramiento de empleados, el Rey Humberto manifestaba una indiferencia inexcusable. Otro tanto sucedía en cuestiones todavía más importantes. Pondré un ejemplo de ello: la venta de los bienes de la Propaganda. No sólo el Papa, sino todas las Potencias católicas la veían con marcado disgusto, por considerarla injusta y perjudicial á los intereses religiosos; y sin embargo, el Rey Humberto no quiso hacer nada para impedirla, siendo evidente que los Ministros de entonces no hubieran dado su dimisión por esa causa.

En una sola cosa dió pruebas de firmeza, y fué en la política extranjera. Fueran quienes fuesen sus Ministros no admitió nunca en esto variación alguna, y permaneció

fiel á su alianza con la Alemania y el Austria, la cual, no sólo libra á la Italia del temor de Francia, sino que es conforme á las tradiciones de la Casa de Saboya.

El Rey Humberto ha sido, asimismo, muy alabado por su carácter generoso. A cada momento anunciaban los periódicos las sumas considerables que daba para remediar toda clase de infortunios, y con razón ponían antes de la noticia este significativo epígrafe: *El Corazón del Rey*. Fué igualmente generoso con los que ofendían á su persona, y era casi excesiva la facilidad con que concedía perdones y amnistías.

Como padre y como marido fué también bastante irreprensible, aunque recordó algunas veces los devaneos aristocráticos de su abuelo Carlos Alberto. No descendía, como Víctor Manuel, hasta cortejar toda clase de mujeres; mas no se hizo escrúpulo de galantear á algunas damas. Cuando iba á Milán frecuentaba mucho la casa de la Duquesa de Litta, señora de tanta belleza como talento, y aun se dijo que sólo por complacerla había hecho Ministro á Giolitti. Por fortuna la virtuosa Reina Margarita no ha dado mucha importancia á estas flaquezas de su marido, bastándole con que no fuesen escandalosas, como las de su abuelo y su padre, ni disminuyesen las consideraciones y continuos agasajos con que la trataba.

La Reina Margarita probaba en esto, como en todo, su talento y su tacto. Bella, inteligente, instruída y aun docta en algunas cosas, buena, sencilla, amable, caritativa y generosa, es imposible exagerar los elogios cuando de ella se trata. Ha sabido unir las cosas más contrarias, hasta el punto de ser fiel á la causa de Italia sin dejar de agradar por su piedad y virtudes al mismo Santo Padre. Llámanle algunos la coqueta (*civetta*) del Quirinal; pero

coqueta de buen género, puesto que ha desarmado á muchos enemigos, atrayéndolos al amor de la dinastía y de la Realeza.

El Príncipe de Nápoles, que es ahora Rey, ha heredado el aire marcial de su padre y muchas de las cualidades de su madre, aunque no es tan afable como ella. Su figura no es muy gallarda. En cambio tiene mucho talento y mucho carácter. Recuerda en esto á su abuelo. Liberal por lealtad y convencimiento, es seguro que gobernará como Monarca ilustrado y será también fiel á su alianza con Alemania y Austria.

El Duque de Aosta, el Conde de Turín y el Duque de los Abruzos son Príncipes valientes, bien educados y amables. Todos han heredado la noble presencia y regularidad de facciones de su madre la Duquesa de Aosta, que fué por algún tiempo Reina de España.

La nobleza italiana ha sido en todos tiempos cuanto valiente ilustrada, y sus miembros han figurado siempre con brillo en la historia de muchas naciones, porque privados de una patria italiana, han ido á buscar en el extranjero ocupación, gloria y fortuna, y España le debió un día muchos Generales ilustres. En el siglo XIX se ha mostrado muy ardiente en el amor de la libertad y de la independencia, siendo característico del movimiento nacional italiano que al lado de la burguesía figuraron siempre los primeros patricios. Basta recordar á Azeglio y Alfieri, en Turín; Litta y Borromeo, en Milán; Ricasoli y Lajatico, en Toscana; Sermonetta, en Roma, y Caracciolo, en Nápoles. Las damas de la nobleza han probado, por su parte, que todo lo posponen á la causa de la patria, y es muy notable que á pesar de ser buenas católicas, casi todas vieron con placer que la capital se estableciera en

Roma, y cuando se habla ahora de las protestas del Papa, las atribuyen á la influencia de ciertos Cardenales, ó bien á las sugestiones é intereses del clero extranjero, con especialidad el de Francia y Bélgica, que se había acostumbrado á señorear en Roma durante el Pontificado de Pío IX. Sólo se exceptúan de esta regla algunas señoras muy devotas, que se hallan dominadas por los jesuítas y por el clero más intransigente.

La burguesía italiana es todavía más liberal que la nobleza, y ella es aquí, como en todas las naciones latinas, la que tiene en sus manos la gobernación del Estado. En cuanto al pueblo, se distingue por su laboriosidad, singularmente en el Centro y el Norte de la península, y también por su carácter sensato. Forman una excepción deplorable los napolitanos y sicilianos, no sólo á causa del clima, sino también de su atraso y mal gobierno.

Pretenden los reaccionarios, que todas las novedades ocurridas en este país durante el siglo que terminó, son debidas á la masonería y á la Joven Italia, las cuales han tenido aquí, ciertamente, mucho influjo y siguen teniéndolo aun en cierta medida. Pero sería delirio pensar que la Italia habría conseguido nunca su unidad y su independencia, si tanto la nobleza como la burguesía y el pueblo no les hubiesen prestado su apoyo y no siguiesen prestándoselo.

Mencionados ya los principales elementos que contribuyen á la estabilidad del nuevo Reino, digamos ahora cuáles son las varias circunstancias que tienden á debilitarlo. La primera es, sin duda, la ocupación de Roma. El hecho cuenta ya treinta años de existencia, y va haciéndose tan antiguo que no es posible considerarlo como transitorio. Si Dios no lo quiere, es evidente que por lo

menos lo permite, como permite tantos otros del mismo género; como permite, por ejemplo, la ocupación del Santo Sepulcro de nuestro Salvador por los musulmanes, que ha durado ya catorce siglos.

Pretenden algunos que esto último tiene su explicación en el designio providencial de que no se combatan entre sí por su posesión las diferentes comunidades cristianas, como suelen combatirse ahora mismo algunas veces por las causas más fútiles, dando lugar á que los gendarmes turcos los separen. Y discurriendo de esta manera, no sería tampoco difícil descubrir también algún otro designio providencial en la ocupación de Roma por parte de los italianos, pues por medio de ella resulta que el Romano Pontífice evita las luchas, dificultades y aun rigores que acompañan ahora por do quiera á todos los Gobiernos temporales, y goza de una tranquilidad y también de una libertad é independencia que no siempre ha disfrutado, desde que recibió la primera donación de Carlomagno. Porque es cosa sabida que las revoluciones ó rebeliones que desde aquella época han tenido lugar en Roma contra la autoridad del Santo Padre, empezando por Formoso en el siglo IX y acabando por Pío IX en el nuestro, ascienden al enorme número de ciento sesenta y cuatro, sin contar las caricias que le han hecho, en diversos tiempos, algunos Soberanos muy católicos, incluso nuestro famoso Emperador Carlos V. De modo que rara vez han pasado los Papas treinta años más tranquilos que estos que empezaron con la ocupación de Roma por parte del nuevo Reino de Italia.

Mas apenas necesito decir que el Papa no lo cree así, antes bien sostiene siempre que se halla prisionero, y no pierde ocasión alguna de protestar contra la usurpación

de su soberanía. Lo cual, en verdad, no sorprende, porque así lo exigen, no sólo su dignidad y sus antiguos derechos, sino también la opinión de todo el clero europeo, y se necesitarán años y aun siglos para que un hecho que había durado tanto como el Poder temporal de los Papas, llegue á convertirse en un mero recuerdo, del mismo modo que ha sucedido, por ejemplo, con el poder temporal de ciertos Arzobispos. Y todos saben que la Santa Sede ha protestado hasta hace pocos años por cosas de menos valor, como, por ejemplo, la usurpación del Ducado de Parma, que databa del siglo XVIII, y el tributo de la hacanea, que le fué impuesto al Reino de Nápoles en tiempo de los Normandos.

Por manera que es casi una candidez por parte de los italianos el mostrar admiración y enojo cuando hace tales protestas el Santo Padre, así como es una ilusión de la Santa Sede el figurarse que la Italia va un día á arrepentirse de cuanto ha hecho y á devolverle Roma y sus Estados. Pues la verdad es que si es ahora difícil mantener la paz en Italia con esa capital, mucho más lo sería cuando sus otras ciudades principales se disputasen la preeminencia, sintiendo celos unas de otras, y cuando existiera, como existiría de seguro, una conspiración permanente por parte de los radicales para volver á ocupar á Roma.

Mas sea de esto lo que fuere, semejante estado de cosas es un gran peligro para Italia; en primer lugar, porque impide la educación religiosa de la juventud, en atención á que no puede existir en ella un clero que le inculque á la vez la fe y el amor de la nueva patria italiana; y en segundo, porque mientras dure esa enemistad entre el Gobierno italiano y la Santa Sede, no será posible que los católicos acudan á las urnas y formen un partido religioso y dinás-

tico que sirva de contrapeso al de los radicales y socialistas.

Pero el inconveniente mayor que de este desacuerdo resulta es que la Italia se halla siempre expuesta á una intervención más ó menos inminente por parte de la Francia. En el momento actual no tiene motivos para temerla, porque existe allí una República, y una República que está obligada á luchar contra clericales, nacionalistas, antisemitas y otra porción de enemigos. Mas, por desgracia, en aquella nación nada dura y nada es imposible. Lo mismo puede establecerse allí el día menos pensado una República roja, que una Dictadura napoleónica ó una Monarquía orleanista; y si esto último sucediese, sería muy posible que el proyecto de restaurar el Poder temporal del Pontífice sirviese de pretexto para hacerle la guerra á la Italia, á fin de dividirla otra vez en tres ó cuatro pedazos, que ha sido siempre la política tradicional de Francia.

Y ya de esto hubo una vez serios temores, cuando dominaban en Francia los reaccionarios en tiempo de Mac-Mahón, y ésta fué la primera causa porque la Italia pensó en adherirse á la alianza de Alemania y Austria, decidiéndose por fin á ello luego que la Francia se apoderó de Túnez y se colocó á las puertas de Sicilia. El Gobierno francés quiso entonces vengarse de este país, causándole toda clase de embarazos políticos y económicos, y se quejó mucho de lo que se imaginaba ingratitud de la Italia, poniendo en olvido que si la Francia le había ayudado para sacudir el pesado yugo del Austria, ella se lo había pagado muy suficientemente, dándole la Saboya, cuna de su dinastía, y Niza, que era una de sus mejores ciudades. Mas al cabo de algunos años, viendo que no cedía cambió de sistema, y trata ahora de ganar sus simpatías mostrándosele otra

vez muy amiga, aunque no deja al propio tiempo de excitar secretamente al partido radical, que es el único que tendría interés en su alianza. ¡Pero desgraciada de la Italia si se dejase algún día persuadir por ese partido y quedase de nuevo á merced de su encubierta enemiga!

Otra circunstancia que puede perjudicar mucho á la Italia es la llamada megalomanía, ó sea la locura de las grandezas. Proviene ésta principalmente del carácter nacional, que por ser imaginativo es también vanidoso; y contribuye mucho á fomentarla la relativa facilidad con que ha sido realizada la unidad de Italia, que no se ha debido á ningún esfuerzo duradero y extraordinario de sus Gobiernos, como la unidad de Francia y España, sino al auxilio ajeno y á la fuerza de las cosas, de tal modo que los mismos italianos lo atribuyeron á lo que han llamado la buena suerte ó la estrella de Italia. Y fiados después en esa misma estrella, creen poder aspirar á todo, y se muestran tan ambiciosos de nuevas grandezas, que no se reune ninguna Conferencia europea sin que pretendan sacar de ella alguna ventaja.

Llevados de tal locura, hanse lanzado asimismo á empresas coloniales, y estando todavía fresca en sus cuellos la señal de las cadenas austriacas, quisieron imponérselas á la Abisinia, país atrasado, sin duda, pero cristiano é independiente. La fortuna no les fué propicia. La Rusia y la Francia ayudaron secretamente á los abisinios, y el General garibaldino Baratieri condujo tan mal la campaña, que sufrió una completa derrota. Este triste resultado, junto con el temor de los grandes gastos que traía consigo aquella guerra, les hizo renunciar á ella; mas han perseverado en sus ambiciones, ya en Asia, ya en Africa, ya en Europa misma, codiciando la Albania, á pesar de que per-

tenece á la Turquía y de que la separan de Italia el Mar Adriático y las posesiones del Austria.

Consecuencia igualmente de esa locura, es lo que llaman el irredentismo, ó sea el deseo de apoderarse del Tirol meridional y de Trieste, bajo pretexto de que en ambas regiones se habla el italiano. Mas no consideran que esos territorios son indispensables al Austria, porque sin ellos perdería la línea de sus montes y quedarían abiertas sus fronteras. De todo lo cual resulta que por satisfacer una vanidad nacional corren el riesgo de perder la buena amistad del Austria y aun de la misma Alemania.

Por último, la nación italiana, no obstante el genio feliz de sus habitantes, lucha, como España, con las dificultades inherentes al sistema parlamentario, por carecer del contrapeso de una aristocracia con poder político y de un carácter nacional dócil y práctico. Han adoptado en todo las ideas más adelantadas, pero las costumbres no corresponden todavía á ellas. Así, por ejemplo, han abolido la pena de muerte, imitando á Suiza y Dinamarca, y no por ninguna razón jurídica, sino sólo por un sentimiento humanitario. Lo cual hace mucho honor á su cultura, mas no tanto á su prudencia, pues los crímenes van en aumento y se necesitará quizá un siglo para que nuevas costumbres justifiquen tan generosa reforma.

Otro tanto acontece con el jurado, que no produce, á la verdad, muy buenos efectos. El festivo escritor Collodi, ha dicho con gracia que es la cosa más ridícula entre las cosas serias de este mundo; y tengo para mí que á semejanza de los soldados, que apenas vuelven á su casa cuando tiran á un lado el corbatín y las botas, los ciudadanos de Italia se desharían de esa institución si eso les fuese posible. Y en vano les dicen los amantes del progreso que el

remedio para sus inconvenientes es que todas las personas instruídas formen parte de ella y desempeñen con celo sus funciones; la mayoría lo rehuye como la peste, y ha de pasar mucho tiempo antes de que cumplan su deber en este punto.

El sufragio no es todavía universal, puesto que se exige que el elector conozca las primeras letras, comprobándolo con la escritura de su papeleta; mas por efecto de la educación ya muy esparcida, son muchos los que pueden hacerlo y hay entre ellos no pocos que, careciendo de independencia personal, se venden al que más les ofrece ó bien se afilian al partido radical y socialista, confiando en sus promesas.

Este último partido, preciso es confesarlo, va cada día en aumento, porque las clases obreras quieren mejorar su condición, aumentar sus goces y hacer á su vez lo mismo que han visto hacer á la burguesía y la nobleza; y no pudiendo realizar revoluciones, por no disponer de fuerza armada, acuden á las urnas electorales en mayor número, y con más unión que los partidarios de las instituciones existentes. Ni faltan burgueses de talento que se presten á dirigirlos y representarlos, sirviéndose de ellos para satisfacer sus ambiciones. Y así organizados, recurren luego á las huelgas, con objeto de conseguir un aumento de los salarios, y obligan al Gobierno á adoptar medidas destinadas al alivio de los tributos y á la protección de los obreros. Todo lo cual no tendría en sí grandes inconvenientes, antes bien sería digno de aplauso para los que se interesan por el bienestar de las clases trabajadoras, si no fuese acompañado en muchas ocasiones de exigencias exageradas, y si no diese aliento á otro partido todavía más peligroso, que quisiera, no sólo aliviar la suerte de los obre-

ros, sino abolir el capital para sustituirlo con el socialismo y el colectivismo, y destruir la patria, la propiedad y la familia, estableciendo en su lugar lo que llaman el anarquismo.

Yo equiparo este último partido con aquellas sectas de socinianos y anabaptistas, que fueron las postreras consecuencias de la Reforma religiosa, y que acabaron por mancharse con toda clase de crímenes. Porque el anarquismo ha recurrido también al asesinato y ha llenado de luto á todas las naciones de Europa y á la misma Italia, privándola de su buen Rey Humberto. Y es una vergüenza para este país que, según se advierte por el número de los italianos que cometen esos delitos, es en él donde más abundan tales sectarios, ora provenga esto de la exaltación y vanidad del carácter nacional, ora se deba al mal ejemplo de Mazzini y del partido de la Joven Italia, que no titubeó en emplear ese odioso medio cuando así convenía á sus fines.

El estado de Nápoles y Sicilia, es igualmente un motivo de seria preocupación para el Gobierno de Italia. Allí, después de treinta años de régimen liberal, está todo lo mismo, si no peor, que en tiempo de los Borbones. Allí reinan sin contraste la *camorra* y la *mafia*, la inmoralidad de los Bancos compite con las de las Municipalidades; la justicia yace subordinada á la política; la industria no prospera, y en cambio sigue cada día más floreciente el juego de la lotería, contra el cual se declamó tanto y con tanta razón en tiempo del Gobierno absoluto, porque impide el ahorro y es un manantial perenne de inmoralidad y pereza.

Para colmo de desventuras, después de la muerte de los hombres de Estado piamonteses y toscanos, Cavour, Sella, Minghetti y Ridolfi, ha pasado el Gobierno á manos de los políticos de otras regiones, principalmente napoli-

tanos, y los unos por su inmoralidad y megalomanía, como Crispi y Depretis, y los otros por sus ideas radicales, como Zanardelli y Giolitti, han puesto al país al borde de un precipicio. El partido conservador podría remediar estos males; mas se halla él mismo dividido en fracciones, que piensan más en escalar el poder que en presentar una falange compacta al enemigo. Todos quieren ser Presidentes del Consejo, todos se creen con aptitud para dirigir los destinos del país, pocos se resignan á obedecer á ningún jefe, á esperar y á transigir. Los Ministerios son tan poco estables, que se tiene por cosa rara cuando duran más de un año. De esta manera la marea revolucionaria crece, como lo prueba entre otras señales, que los periódicos radicales cuentan ya más lectores que los que defienden opiniones conservadoras.

En resumen, la situación actual de Italia presenta un cuadro, donde, si hay bastantes luces, abundan también las sombras, y sería necesario que los italianos tratasen de disiparlas. En primer lugar, deberían asistir con más asiduidad á los comicios, y renunciando después á ambiciones particulares, formar dos principales partidos que alternasen en el mando y constituyesen Ministerios durables. Sería, asimismo, oportuno que, apreciando en lo que valen la independencia y la unidad que han conseguido, atendiesen más bien á consolidarlas que á adquirir otras glorias. Convendría, por fin, que se conservasen siempre muy unidos, recordando que, si ha habido muchos casos en que los extranjeros han venido á destruir la unidad de Italia, y á subyugar sus más ricas provincias, esto se ha debido principalmente á sus discordias interiores, y no han faltado tampoco ocasiones en que los han llamado ellos mismos.

CAPÍTULO CXIII

España, de 1886 á 1900.

Hago varios viajes á España.—Progresos de Cataluña.—Mejoras de Madrid.—Restauración de San Francisco el Grande.—Tengo el honor de ser recibido por la Reina Cristina.—Virtudes que todos le reconocen.—Imperfecciones que le notan.—Poder excesivo de los Ministros.—Estado atrasado del país.—Lentitud con que progresa.—Desidia de la nobleza.—Bandos en que se divide la burguesía.—Inmoralidad administrativa.—Actitud hostil del clero.—Reacción favorecida por religiosos y frailes.—Pereza del pueblo.—Progresos del socialismo.—Crimenes de los anarquistas.—La lealtad del ejército compensa estos males.—Doy una idea sucinta de la vida de Madrid y de nuestra literatura y artes á fines de siglo.

Después que privado de la Legación de Viena vine á establecerme en Florencia, hice varios viajes á España, desde el año 88 hasta el 96. Tuvieron los primeros por principal objeto abogar mi propia causa á fin de obtener algún otro puesto diplomático: después fuí únicamente por ver á mi familia y amigos. Entrado ya en años y poco inclinado por lo tanto á los viajes, no he vuelto á tener ánimo para emprender otra vez uno tan largo. Añádase que ha fallecido ya el único hermano que me quedaba, y que un hijo que tengo establecido en Cádiz, viene él ahora á visitarme de cuándo en cuándo.

Reuniendo en un solo conjunto todas mis reminiscencias de esos últimos viajes, las referiré sin distinción de épocas, á menos que no lo exija el caso. Generalmente he entrado en España por Barcelona, ciudad que me agrada

mucho y que, como toda Cataluña, encontré muy adelantada. Siéntese allí vivir un pueblo inteligente y activo, que aspira de continuo á mejorar su estado, y mi deseo sería que se le pareciese todo lo demás de España.

Hallé de nuevo y me agradó infinito el monumento erigido á Cristóbal Colón al final del hermoso paseo de la Rambla y á la orilla misma del mar. Es grandioso y de mucho efecto en aquel sitio. Bahigas le inventó y Rafael Atché esculpió la estatua del gran navegante y también algunas de las que adornan la base y representan á Castilla y León, Aragón y Cataluña. Las otras son de Carbonell y todas me parecieron buenas.

En el Teatro del Liceo oí cantar *Los Hugonotes* y noté con satisfacción que la concurrencia era tan distinguida como la del Real de Madrid. Cantaron muy bien, y tanto el escenamiento como el baile eran asimismo excelentes. En el teatro de prosa asistí á una comedia de Ramos Carrión y Vital Aza, titulada *El Señor Gobernador*, que me hizo reir bastante y en la cual lucía su talento y sus elegantes trajes la notable actriz María Tubau.

Madrid me pareció también embellecido y tan alegre como de costumbre, pues es siempre una de las ciudades más divertidas del mundo. Noté en él algunos nuevos edificios bastante hermosos, con especialidad el destinado al Banco, que ocupa el lugar del antiguo palacio de Alcañices.

En el Museo del Prado, que visité muchas veces y siempre con un nuevo placer, hallé la novedad de una hermosa sala llamada de Isabel II porque se empezó en su reinado, en la cual han colocado las obras más notables de varias escuelas, como en la célebre Tribuna de Florencia. Ya lo he dicho y me complazco en repetirlo: aquel Museo es

una de las maravillas del mundo y la sola cosa que da idea en Madrid, de nuestra grandeza antigua. Sólo se necesitaría que cuando abunde el dinero para fomentar las artes, se adquieran en Italia una media docena de cuadros de los pintores prerrafaelistas, singularmente de Credi, Boticelli y Ghirlandaio, que son los únicos que nos faltan.

Vi en las plazas de Madrid algunos monumentos agradables; mas en general continúa aquella capital bastante mal de nuevas estatuas. El monumento de Colón, de Suñol, es mezquino y no puede compararse con los que le han levantado Génova y Barcelona. Por manera que en mi opinión, el bellísimo grupo de Daoiz y Velarde, de mi inolvidable amigo Solá, es siempre la mejor obra de escultura moderna que hay en Madrid, y es muy sensible que se le mude de sitio á cada instante, con riesgo de que se rompa, como se ha roto en Viena el *Teseo* de Canova.

En punto á iglesias no hallé tampoco nada nuevo. El siglo ha concluído sin que Madrid tenga una catedral comparable, no ya con las de Toledo y Sevilla, sino siquiera con las que poseen algunas pequeñas capitales de provincia, como Jaén y Cádiz. Para tener una han bautizado de tal á una antigua iglesia, que es bien mediana. Lo único nuevo que han hecho ha sido restaurar y adornar á San Francisco el Grande, que tiene forma de rotonda é imita el Panteón de Roma.

Don Jacobo Prendergast, empleado superior de la Secretaría de Estado y Administrador de la Obra Pía de Tierra Santa, dedicó parte de los fondos de ésta á costear pinturas, esculturas y adornos de toda especie para aquel templo. Los frescos son de Plasencia, Jover, Cubells y Degrain, y las estatuas de Benlliure y Bellver. Pero el total resulta recargado y confuso. Por todas par-

tes reluce el oro y los colores y apenas hay donde reposar la vista.

En el Palacio Real noté que estaban construyendo una nueva Armería, que después ha sido concluída y es digna, según dicen, de las riquezas en ella contenidas y descritas ya en otro capítulo.

Apenas llegué á Madrid el año 1888, solicité una audiencia de S. M. la Reina Cristina y tuve la alta honra de ofrecerle mis más humildes respetos. Hallé á la Augusta Señora poco cambiada físicamente. Su noble fisonomía y su porte verdaderamente regio, son tan duraderos como las grandes dotes que la adornan. Un reinado bastante largo ha confirmado cumplidamente cuantas esperanzas hizo concebir desde el principio. Buena, amable, piadosa, culta, clemente y en todo irreprensible, ofrece un conjunto de amables virtudes que le gana los corazones, aunque su carácter es tan frío y reservado que, como he dicho en otro lugar, casi parece adusta. El elegante poeta Grilo le compuso en cierta ocasión estos versos, que la hacen mucha justicia:

Vale más la corona
De su clemencia,
Que la que dió á sus sienes
La Providencia;
Porque de sus virtudes
Con el ejemplo,
Hace del Regio Alcázar
Altar y templo.

Recibióme la augusta señora con su acostumbrada afabilidad, y se dignó interesarse en mi suerte; y aunque ésta no produjo resultado alguno, no por eso le agradecí menos su buena intención, comprendiendo que en realidad no

podía hacer mucho en favor mío, porque quienes disponen de todo en España son los Ministros.

Antes y después de la audiencia tuve oportunidad de saludar á las damas ilustres, pero maduras, que se hallaban en la antecámara, y no pude menos de sonreirme al ver cómo confirmaban cierta anécdota que corría entonces por Madrid. Decían que un Embajador de Marruecos, venido en aquel tiempo á España, preguntado sobre la impresión que le había hecho nuestra Corte, respondió de esta manera: «El Palacio real me ha parecido magnífico; la Reina agraciada y digna; el harén endeblito».

Tuve el placer de encontrar de Mayordomo mayor al Duque de Sotomayor, caballero sumamente distinguido, que era Agregado de nuestra Legación en Londres cuando yo era allí Secretario.

Era muy alabada de todos la educación que la Reina daba á sus hijos, y principalmente la solicitud con que atendía á robustecer la salud del joven Rey D. Alfonso XIII, que había sido harto delicada durante sus primeros años. Puede decirse que Doña Cristina vivía exclusivamente para él y para las Infantas, sus hermanas, no separándose de ellos más que el tiempo indispensable para atender á los deberes de su alto cargo.

He dicho que la Reina es bondadosa y culta. Una clara prueba de ello la tenemos en su aversión al inhumano espectáculo de las corridas de toros. Critícanla por esto algunos cortesanos del vulgo; mas yo le encuentro tanto mérito como el que hubiera tenido, verbi gracia, cualquier Soberano español del siglo XVII si no hubiese asistido á las horribles chamusquinas del Santo Oficio. La Historia dirá algún día con elogio que Doña Cristina ha sido la primera Soberana de España que no ha frecuentado las

corridas. Y quiera Dios que su hijo D. Alfonso XIII imite ese noble ejemplo de verdadero espíritu cristiano, de humanidad y de cultura.

Por lo demás, puesto que el historiador está obligado á decir, no sólo la verdad, sino toda la verdad, añadiré aquí que la Reina Cristina, á pesar de estar dotada de las más bellas cualidades, ha mostrado á veces algunas imperfecciones. Ha representado esta augusta señora el segundo período del moderno régimen político. En el primero sufrían los Reyes de mala gana las instituciones destinadas á suprimir sus antiguas prerrogativas y ansiaban recobrarlas; tipos de ellos fueron Carlos X é Isabel II. En el segundo, han sido completamente leales; mas han caído en un defecto contrario, mostrándose retraídos y amilanados más de lo justo; Humberto II y Doña Cristina pertenecen á este género. Hemos visto á Humberto indiferente en la cuestión de las personas y neutral en otras todavía más importantes. La Reina Cristina ha sido lo mismo. Jamás se ha sabido que se opusiera con eficacia á la separación de antiguos servidores del país, ni ha levantado tampoco su voz para impedir ninguna injusticia.

He citado la conducta impasible de Humberto en el asunto de los bienes de la Propaganda. Pues citaré ahora también, como ejemplo, la de Doña Cristina en la cuestión de los maestros de escuela, los cuales han dejado de ser pagados año tras año por los Ayuntamientos durante su reinado, sin que ella se interesara en su triste destino. Si el Gobierno no pensaba nunca en socorrer á esos infelices educadores del pueblo, cuyo ministerio es el más importante después del de los curas párrocos, ¿no podía haber hecho algo la Reina para que los Ministros salieran de su culpable apatía? ¿Podrá nadie creer que hubieran dado su

dimisión si ella les hubiese exigido que resolvieran sin demora ese asunto, conforme lo demandaban la justicia y el bien público?

En cambio es preciso elogiar á la Reina por el tacto é imparcialidad con que ha procedido siempre en la elección de sus Ministros, pues no sólo no ha tenido nunca repugnancia en llamar al poder á Sagasta, sino que casi ha manifestado hacia él una cierta preferencia. Fué éste, como ya lo he dicho, un ejemplo que le dejó su inolvidable esposo el Rey D. Alfonso XII y una lección que le dió el mismo Cánovas cuando ella empezó á ejercer la regencia. Si en esto ha habido algo de astucia, será una astucia muy laudable en quien rige los destinos de una nación libre.

De deplorar es únicamente que no haya imitado también á su augusto esposo, oponiéndose á las imprudencias de Sagasta en la cuestión de Cuba, como D. Alfonso se opuso á las que deseaba en la cuestión de las Carolinas. Con todo, no es justo exigir de una débil dama la misma energía que de un joven Rey. La linda y festiva Duquesa de Borgoña le dijo un día á Luis XIV que en Inglaterra las Reinas gobernaban mejor que los Reyes, porque bajo los Reyes gobiernan las mujeres, mientras que bajo las Reinas gobiernan los hombres. El dicho tiene gracia; mas no puede servir de regla general, sobre todo en los países agitados por guerras y revoluciones. En España hemos tenido en el siglo XIX tres Reinas, de las cuales las dos primeras pecaron de autoritarias, y eligiendo mal sus Ministros, perdieron míseramente el trono. La tercera, más prudente, ha dejado gobernar á sus Ministros y ha llegado así al fin de su reinado, siendo siempre estimada y respetada por la inmensa mayoría de la nación. Si no ha evitado ciertos males, no es justo imputárselo á ella sola.

Y la verdad es que durante la regencia de Doña Cristina los Ministros han sido los Reyes y como tales los ha tratado su partido. Cánovas y Sagasta tenían más corte y más cortesanos que la Reina, y me admiré mucho de ver cómo eran adulados en la tertulia que tenían todas las noches, presidida por su respectiva esposa, y qué tropel de Senadores, Diputados y amigos íntimos les acompañaban á la estación del camino de hierro cada vez que salían ó volvían á Madrid, con otras atenciones y agasajos que no son usados con los Ministros en ningún otro país.

Eran ambos, como ya lo he manifestado, personas de mucho mérito, y aunque desiguales en carácter, se parecían en más de una cosa, porque en realidad, después que quedaron triunfantes las ideas liberales con la restauración de Don Alfonso, y se adoptaron el sufragio universal, la tolerancia religiosa, el jurado y demás instituciones liberales, los dos partidos, conservador y fusionista, se han diferenciado más bien en la conducta y las tendencias que en los principios, y es singular que no caen comúnmente por los ataques de sus adversarios, sino por la defección de sus propios amigos, pudiéndose decir que cada uno de ellos no sirve más que para castigar y corregir las discordias del otro. Y para que esos dos Ministros no se engrían demasiado, ambos han sido víctimas algunas veces de los caprichos del vulgo. Precisamente estando yo una vez en Madrid fuí testigo de una silba estrepitosa con que recibió el populacho de aquella capital á D. Antonio Cánovas, cuando volvía de una larga ausencia y temían los liberales que ambicionase de nuevo el Poder. Y también fué silbado y apedreado dos años después su rival Sagasta, en San Sebastián, de tal suerte que tuvo que permanecer un día encerrado en una posada y protegido por la Guardia civil.

Entre tanto, el país en general ha realizado progresos notables, aunque no tantos como la Italia, y esto por dos motivos; primero porque la Italia se hallaba más adelantada que España al comenzar su revolución, gracias á los Gobiernos absolutos, pero ilustrados, que poseían sus diferentes Estados; y segundo, porque en ella duraron muy poco tiempo la guerra civil y los desórdenes revolucionarios. En España faltaba casi todo por hacer y no había capitales disponibles. La industria, decaída desde el siglo XVII, sólo florecía en Cataluña y alguna otra provincia; el comercio era casi nulo después de la pérdida de la América continental. Vuelve todo esto á renacer, mas con mucha lentitud. Hanse construído ya varios ferrocarriles; pero casi todos por capitalistas extranjeros, con una sola vía y con estaciones mezquinas. Las carreteras se hacen despacio y mal, y no se las mantiene en buen estado. En fin, hay progreso indudable, pero paulatino.

Si examinamos las diversas clases del país, hallaremos que nuestra nobleza no demuestra aún tanta actividad como la de Italia, ni mucho menos como la de Inglaterra. Si ya no le conviene la sátira de Jovellanos, todavía le está bien aquella del festivo Joaquín de Mora, que comienza:

¡Trabajar! Vive Dios que tal insulto
Otro menos sufrido no aguantara.
¿No ves que soy Marqués?

Algunos nobles toman parte con brillo en la cosa pública, pero son excepciones, y la generalidad deja que gobierne y que trabaje la burguesía. Esta, á su vez, es bastante laboriosa; mas anda muy dividida, y una parte de ella se inclina al fanatismo, mientras que otra es aficionada á la república. Esta circunstancia tiene la ventaja de

que esos extremos se hagan entre sí equilibrio, de tal modo que se puede considerar la España como una democracia templada por el miedo del carlismo. Con todo, lo más conveniente sería, en mi concepto, que desapareciesen poco á poco esos dos partidos exagerados, quedando sola y triunfante una masa moderada, sensata y amiga en todas cosas de una justa medida.

La inmoralidad administrativa, plaga antigua, no sólo de España, sino de otras naciones, influye asimismo en nuestro atraso. Nace principalmente, según ya lo he dicho, del mismo régimen parlamentario, que tiende á confundir la administración con la política, y la aumentan los mismos gobernantes. Los empleados están tan mal retribuídos y tan poco seguros en sus puestos, que con facilidad ceden á las tentaciones. Para colmo de desdichas, quieren ahora privarles de la cesantía, lo cual, reemplácese como se quiera, los hará de peor condición que los funcionarios turcos. Añádase que los caciques que dirigen los diferentes partidos en las provincias, dan el mal ejemplo de utilizar su posición para ejercer las extorsiones más punibles, y que la mayoría de los Ayuntamientos, empezando por el de Madrid, son acusados de malversaciones y abusos. Por fin, el Gobierno mismo da cada día más extensión al juego de la lotería, cuyos efectos son desastrosos para la moralidad pública.

El clero español no es tampoco como sería deseable. Por punto general, tiene hoy día más virtudes que antes. Está ya lejos el tiempo en que Hernán Cortés no quería que fuesen Canónigos ni Obispos á Nueva España, porque dificultaban con su mal ejemplo la conversión de los indios. Está lejos también la época en que el Padre Calatayud deploraba sus desórdenes. La pérdida de sus riquezas

y la persecución de los revolucionarios, han purificado ya sus costumbres. Pero es todavía sensible que, á pesar de la experiencia del pasado y de las amonestaciones del Santo Padre, unos eclesiásticos sean carlistas, y otros, diciendo que no lo son, desacrediten hasta en el mismo púlpito las instituciones que nos rigen.

Abusando precisamente de las libertades que ahora posee el país, las Ordenes religiosas han vuelto á introducirse en España, siendo notable que Sagasta haya permitido su establecimiento con más facilidad que Cánovas, excusándose con decir que el día que le incomoden las suprimirá como Mendizábal. De esta manera, España está otra vez llena de religiosos y frailes, y los efectos que esto produce no son muy favorables para la concordia. Yo estimo mucho á los clérigos seculares como sacerdotes y como educadores de la juventud; mas no puedo menos de reconocer que pecan de intolerantes y tienen el gran defecto de quererse mezclar siempre en política, no obstante que la experiencia ha debido enseñarles que se han equivocado en todas partes.

En cuanto á los frailes, me parece que fué malo el suprimirlos todos en el año 35; mas al mismo tiempo creo que no es bueno que vuelva á haber demasiados, según tiene que suceder en un país como el nuestro, tan falto de ilustración, y cuyo pueblo es tan supersticioso como holgazán é ignorante. En esto, como en todo, se requiere cierta medida. De todos modos, es ya notorio que la reacción religiosa va aumentando en España. Cuando yo era niño, se veían pocos caballeros en las iglesias. Después de la revolución del año 48 empezaron á frecuentarlas los liberales arrepentidos; ahora se ha llegado al extremo de que personajes tan ilustrados como Madrazo, Cos-Gayón,

Cueto y Campoamor, se hayan hecho enterrar con el hábito de fraile, á pesar de que durante su vida no renunciaron á ningún placer ni desdeñaron ningunos honores. Hecho tan singular, cual lo sería, por ejemplo, el que un sujeto cualquiera, que no ha sido militar ni ha oído nunca las balas, se hiciese enterrar con el uniforme de artillero. Y si esto sucede entre el sexo fuerte, fácil es adivinar lo que sucederá entre las mujeres, que por naturaleza son más supersticiosas y fanáticas.

El pueblo bajo español tiene igualmente sus divisiones, lo mismo que la burguesía. La masa sensata y laboriosa es ya bastante grande; mas hay al lado de ella muchos individuos de un carácter á la vez perezoso é inquieto, quienes, con tal de no trabajar, los unos se meten á frailes, y los otros á guerrilleros, ya sea en favor de Don Carlos, ya sea en favor de la República. Además, aunque España no tiene aun tanta industria como otras naciones, va extendiéndose también en ella el socialismo con sus huelgas y sus motines, y lo que es mucho peor, con el último y más funesto corolario de las revoluciones modernas, que es el anarquismo. Los partidarios de este sangriento delirio han enlutado también á nuestro país con el horrible asesinato del ilustre Cánovas del Castillo, cuya pérdida fué una desgracia irreparable.

Por fortuna hace contrapeso á estos males el bien incomparable de un ejército disciplinado y valiente, que parece haber renunciado ya á sus antiguos resabios de pronunciamientos, y cumple lealmente la noble misión de defender la monarquía y sostener el orden. Lo cual es asimismo un resultado de la Restauración de Don Alfonso, porque la victoria que ésta dió á las ideas liberales ha quitado á los Generales inquietos y ambiciosos el

pretexto que antes tenían para fomentar revoluciones.

Habiendo hecho todos mis viajes en primavera ó en otoño, no puedo contar mucho de la sociedad de Madrid durante el invierno. Vi, sin embargo, á todos los personajes más importantes. Obtuve una audiencia de la Señora Infanta Doña Isabel, espejo de discreción y cortesía. Visité á Cánovas en su Huerta, á Vega de Armijo en el Ministerio, y asistí á la tertulia de Tetuán en su famoso salón, llamado la Rotonda. De todos fuí recibido con mucha afabilidad; pero ninguno pensó en darme otra vez un puesto de mi carrera. Si la Reina puede poco, los Ministros á su vez prefieren, como es natural, á sus paniaguados y partidarios. Mi larga ausencia de España y la muerte de sus antiguos hombres de Estado, me habían dejado sin protectores.

Hallé á Madrid sumamente brillante en punto á diversiones. Las casas aristocráticas que reciben son ya infinitas, más que en el tiempo de mi primera llegada á aquella capital, en el año 41. Entonces no había casi más salones que los de Montijo y Miraflores; en la actualidad existen los de Alba, Denia, Squilache, La Laguna, Vilana, Castillo de Chirel y otros muchos. Los bellos carruajes que se ven ahora en el Retiro y la Castellana pueden competir con los de las primeras capitales de Europa. Antes no había más que cuatro teatros, ahora hay más de doce. Las buenas mozas de mi tiempo son ya damas muy maduras; pero en cambio han ocupado su lugar otras más jóvenes, que obtienen la palma de la belleza. Las hijas del Marqués de la Puente y Sotomayor, de las cuales la una casó con Cánovas y la otra con mi querido amigo el Conde de Casa-Valencia, son muy guapas. La joven Duquesa de Alba, la Villa Gonzalo y otras varias son elegantes y lindas.

En el Teatro Real ejecutan las óperas del repertorio moderno con cantantes de primer orden y un escenamiento muy bello. La música española sigue en progreso, y tenemos un maestro español, de nombre Bretón, el cual ha compuesto *Los Amantes de Teruel* y otras obras que revelan buenos estudios. En el género ligero somos aun más felices. *La Gran Vía,* de Chueca y Valverde, por ejemplo, ha sido cantada con aplauso en todos los teatros de Europa.

En los coliseos de prosa sucede como en los de todos los demás países; por regla general, dan en ellos piezas traducidas ó imitadas del francés. Con todo, hay algunas nacionales bastante buenas. Echegaray, Cavestany, Dicenta y Sellés, componen dramas interesantes, al paso que Blasco, Serra, Ramos Carrión y Vital Aza escriben graciosas comedias. Mario, Calvo, la Tubau, Díaz de Mendoza y la Guerrero son actores de mucho mérito.

Es indudable que todo el mundo lee en España más que antes, incluso las señoras; y no sólo los periódicos, sino también novelas, que son siempre un género de literatura muy cultivado en nuestro país. Una noble dama, Doña Emilia Pardo Bazán, las compone muy notables por su estilo castizo y el interés de sus asuntos. *El Cisne de Vilamorta* pasa por la mejor de todas. A Valera ha seguido Pereda, autor de *Sotileza,* y otros varios que escriben con excelente lenguaje, pero imitan demasiado á la escuela realista francesa. De Pérez Galdós son muy lindas *Doña Perfecta* y *Gloria,* en las cuales se advierte un espíritu más liberal que el de la generalidad de nuestros escritores. Pero lo que más fama le ha dado, son sus *Episodios nacionales,* donde, á pretexto de una novela más ó menos divertida, describe con mucha amenidad los hechos más cul-

minantes de nuestra historia moderna. Este género de composición es antiguo. La *Historia del Cautivo*, en *Don Quijote*, es ya un episodio nacional, puesto que en ella se refiere la famosa batalla de Lepanto; y en nuestro siglo, Scott, Stendhal, y sobre todo Erckmann Chatrian han dado ejemplos muy bellos de esa mezcla de verdad y ficción.

La grande *Historia de España* de Lafuente, ha sido continuada por Pirala, Valera y Borrego con buen estilo y grande exactitud, mas con sobrada reserva en sus juicios. Las *Memorias* de Mesonero Romanos, Córdova, Galiano y Miraflores son interesantes, á pesar de que sus autores se muestran más solícitos de explicar su propia conducta que de referir las ajenas. No tienen los españoles, como los franceses, una afición muy marcada á pintar los sucesos contemporáneos por sólo el placer de pintarlos.

Cultívanse también siempre en España las nobles y agradables ciencias de la elocuencia y la poesía. Después de las liras de Grilo y Núñez de Arce ha resonado la de Balart; y en el lenguaje particular de Cataluña ha cantado armoniosamente Víctor Balaguer, á quien llaman algunos el Mistral de España. Privados ya prematuramente de Cánovas y Castelar, poseemos aun á Silvela, Moret, Pidal, Romero Robledo, Canalejas y otros oradores de merecida fama.

Ni faltan tampoco quienes escriban libros serios y científicos. El Padre Ceferino González es un filósofo didáctico de gran mérito; y el Padre Blanco ha escrito con buen criterio una *Historia de la literatura española* del pasado siglo. Cánovas, en todo eminente, ha dejado, además de varios libros históricos, dos tomos de *Discursos sobre los problemas sociales contemporáneos*, que son una joya en su género. Me-

néndez Pelayo, émulo de Cánovas en erudición y estilo, es autor de una *Historia de las ideas estéticas en España*, cuya lectura instruye y deleita. *Las Vicisitudes de la monarquía constitucional en Francia*, de Lasala, Duque de Mandas, son un libro tan juicioso como bien escrito; y unas *Lecciones de la libertad política en Inglaterra*, publicadas por el Conde de Casa-Valencia, están escritas con pluma elegante y contienen preceptos sumamente útiles para los que siguen la carrera parlamentaria.

El gaditano Benot se distingue mucho entre los eruditos, y el General Gómez Arteche es conocido por una excelente *Historia de Carlos IV*. Abundan en España los buenos periodistas, que no sólo defienden los intereses de cada partido, sino que contribuyen á aumentar la cultura general del país. No pudiendo citarlos á todos, mencionaré, por lo menos, al Marqués de Valdeiglesias, Director de *La Epoca*; Gasset, de *El Imparcial*, y Ferreras, de *El Correo*. *Zeda*, ó sea Villegas, y Gómez de Baquero, tienen mucha reputación como escritores amenos y críticos de buen juicio.

De los artistas del día he dicho antes alguna cosa. Añadiré aquí sólo los nombres de Querol y Benlliure, que son excelentes escultores, y los de Villegas, Viniegra, Palmaroli, Garnelo, Sorolla, Carbonero, Degrain y otro Benlliure, los cuales se distinguen entre los buenos pintores. Algunos de ellos imitan demasiado á los impresionistas de otras naciones; pero todos continúan la tradición de buen color, que es propia de la escuela española.

CAPITULO CXIV

España, de 1886 á 1900

Temporadas que paso en Andalucía.—La feria de Sevilla.—La Semana Santa.—Procesión y corridas.—Reacción en la burguesía.—Malas costumbres del pueblo.—Veo en Cádiz las tropas que iban á Cuba.—Nueva insurrección de aquella isla, apoyada por los norteamericanos.—Resistencia exagerada de Cánovas.—Muerte de este Ministro.—Sagasta concede la autonomía á los rebeldes.—Insuficiencia de esta medida.—Ilusiones de nuestro país.—Voladura del *Maine*.—Irritación que produce en los Estados Unidos.—Conminaciones brutales de Mac Kinley.—Sagasta se decide á la guerra.—Desastres de Cavite y Santiago.—Pronta conclusión de la paz.—Pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Después de detenerme algún tiempo en Madrid iba de ordinario á Andalucía y sobre todo á Cádiz, donde pasaba algunas semanas. Había fallecido ya mi anciana y adorada madre y también mi buen hermano mayor Francisco; mas tenía aun allí á mi hermano José y á mi hijo mayor, y también una gran cantidad de parientes y amigos, como los Lerdo de Tejada, Aramburo, Ravina, Gómez, Mora, Puente y mi compañero de infancia Miguel Guilloto, á quien hallé siempre ocurrente, buen escritor y poeta á sus horas, y tan verde, á pesar de sus muchos años, que espero ha de imitar el ejemplo de aquel Argantonio, gaditano también, de quien refiere Cicerón que llegó á cumplir ciento veinte.

La bella Cádiz, la tacita de plata, tiene siempre para mí ese encanto inexplicable que va unido al lugar de nuestro nacimiento y á los sitios en que hemos pasado los prime-

ros años. Sevilla también me agrada sobremanera y la hallé muy agrandada y más bellos que nunca sus paseos y jardines, con especialidad el Alcázar y las Delicias. Parecióme muy notable su nueva y ya célebre feria, en la cual se admiran magníficos caballos, y más aun hermosas mujeres.

Visité á mis amados primos los Lerdo de Tejada y á mi amiga de juventud la Condesa de Castilleja de Guzmán, cuya casa era siempre uno de los centros del buen tono en aquella ciudad encantadora.

Vi, tanto allí como en Cádiz las famosas procesiones de Semana Santa, que en vez de disminuir han aumentado de una manera, que me atrevo á considerar excesiva, porque no se debe á motivos de piedad, sino al interés que tienen los Ayuntamientos, tanto liberales como conservadores, en atraer con ellas á los forasteros. Y el resultado es que la devoción es poca y que no en todas reina el respeto y recogimiento que serían necesarios en unos actos tan solemnes. Y también pude notar que no se ha hecho progreso alguno tocante á la parte artística y estética de ellas, pues son pocas las imágenes de buen estilo, y abundan todavía las vírgenes vestidas como damas del tiempo de los Felipes, y ciertos Cristos, cuyas túnicas son de terciopelo, tan bordadas de oro, que podrían servir para el mismo Shah de la Persia.

Las corridas de toros han aumentado, asimismo, de tal suerte, que el día del Corpus del año 97 hubo en toda España la friolera de cincuenta. Y en Andalucía, especialmente, todas las personas ordinarias se mueren por ellas, y los hombres imitan la manera de vestir de los toreros, y van, como ellos, con toda la cara afeitada, sin las patillas de boca de hacha de otros tiempos. El pueblo que se ve

ahora por las calles de Sevilla parece compuesto únicamente de chulillos y banderilleros.

Ya he dicho varias veces cuánto me desagrada ese cruel y anticristiano espectáculo, y cuánto deploro que nuestro Gobierno no se atreva á impedirlo ó por lo menos á modificarlo, como se ha hecho en Portugal y como lo hizo el Emperador pagano Marco Aurelio con los combates de gladiadores, dando á éstos espadas sin filo. La única cosa que ha hecho nuestro Gobierno en punto á humanidad, ha sido suprimir otro espectáculo muy horrible también, que eran las ejecuciones públicas de los reos de muerte, disponiendo que tengan lugar dentro de la cárcel, como en la culta Inglaterra. Así ha desaparecido, al menos, una de las costumbres que contribuían, como los toros, á hacer al pueblo español cruel é inhumano.

Hanse aclimatado allí últimamente las corridas de caballos, las cuales son rara vez peligrosas y pueden servir para el fomento y perfección de la raza caballar; mas no son aun muy populares ni podrán serlo hasta que no desaparezca la afición á los toros. Lo que por fortuna disfruta siempre de mucho favor son los teatros, y tanto en Sevilla como en Cádiz, los hay casi tan buenos como en Madrid. Y otro tanto puede decirse de los paseos, pues el pueblo español es siempre partidario de esa diversión, y no hay en Andalucía pueblo ninguno, por pequeño que sea, que no tenga, por lo menos, una bonita alameda.

En Cádiz hay también regatas, que resultan muy lindas, y han establecido la galante costumbre de que los jóvenes remadores, que obtienen los premios, los reciban de manos de las muchachas más bonitas de la ciudad, que eran entonces, entre otras, María Darján, la hija del Alcalde Toro, y una Ramírez de Arellano, morena de ojos ne-

gros, que parecía una Zulema. Y pues de bellas mujeres trato, alabaré también á las casadas, que no lo eran menos que las solteras. Las señoras de mi tiempo habían perdido ya ese privilegio, en confirmación de lo que dice el Tristán de Lope:

Brava cosa es ser mujer,
Si no llegaran á viejas.

Pero las de la presente generación eran comparables con ellas. Citaré entre las más hermosas á la Marquesa de Casa-Recaño, rubia como una inglesa y salada como todas las andaluzas.

Cuando llegó la Semana Santa tuve ocasión de notar la devoción de las damas gaditanas, y oí con mucho placer los sermones del actual obispo y entonces doctoral Rancés, hermano de mi amigo el Marqués de Casa Laiglesia, y los del canónigo Elijalde, que eran los mejores predicadores de la época, y dignos sucesores de Herrero y Arbolí. Porque en Cádiz, no obstante ser una ciudad esencialmente mercantil, todo es muy culto, y no sólo tiene dos Casinos, sino un Ateneo, y su público entiende y juzga, y no se contenta en nada con lo mediano. Allí viven el erudito Adolfo de Castro y la elegante escritora Doña Patrocinio de Biedma, y se publican buenos periódicos y revistas. Las artes también son cultivadas, y aunque no existen ya en Cádiz las buenas galerías de particulares que menciona Pons en su viaje, hay un bonito Museo y una Academia que produce buenos pintores. Viniegra, que he citado antes, como uno de los mejores de España, es hijo de aquella ciudad.

Como es de suponer, notábase también en Cádiz la misma tendencia reaccionaria que en Madrid, y existía ya allí un buen número de nuevos jesuítas y frailes, que iban

insinuándose en el favor de la población. El republicano Salvochea había suprimido en el año 73 un convento de monjas; en cambio se habían establecido después otros tres nuevos. El pueblo parecía más bien incrédulo; pero la nobleza y la rica burguesía se mostraban asustadas y arrepentidas. Las iglesias estaban llenas, no sólo de señoras, sino de caballeros, y todos parecían hallar buena la tendencia devota del momento. No eran precisamente absolutistas, como los neocatólicos del año 52, pero echaban de menos los tiempos anteriores á la Restauración, y detestaban la famosa tolerancia concedida por Don Alfonso.

Traté de averiguar si las alarmas de estos intolerantes eran fundadas, y hallé que aunque existían capillas protestantes en varias grandes ciudades de Andalucía, eran en general frecuentadas por ingleses y alemanes, siendo muy escaso el número de prosélitos españoles. En cambio el extranjero católico que llega á España, recibe bastante escándalo al notar que uno de los principales preceptos de nuestra iglesia, que es la abstinencia de comer carne en todos los viernes del año, no es observado en España, y se redime con el pago de una peseta. Antiguamente no era así, y vemos, por ejemplo, en el capítulo III del *Quijote* que, cuando éste llegó á la venta, no había en ella, por ser viernes, más que unas raciones de pescado. Mas posteriormente se extendió la presente corruptela, que, si bien autorizada por una bula pontificia, y destinada al presupuesto del clero, nos constituye una excepción en el mundo católico. En esto parecemos ya protestantes.

Por lo que hace á las costumbres generales, la España sigue el ejemplo de los demás países de Europa y América, y esto por varias razones. Primero, porque las revoluciones modernas han debilitado mucho el freno religioso;

segundo, porque la continua lucha entre el clero y los Gobiernos, ha aumentado este hecho deplorable; tercero, porque las pasiones del pueblo bajo, que aspira á su vez á las mismas ventajas que ha conseguido ya la burguesía, le hacen indócil y agresivo; y en fin, porque el orgullo y el individualismo, que domina en todas las clases, las hace ambiciosas y descontentas.

Desde luego, el pueblo en su mayoría es, como digo antes, bastante incrédulo y libertino. Citaré un solo hecho muy significativo, y es la decadencia que se advierte en la moralidad de los sirvientes. En Cádiz hay muchas familias que no se atreven á ir el verano al campo porque no tienen un criado ó criada á quien confiar su casa. Y según he oído decir, sucede otro tanto en todas las grandes ciudades. Raro es el criado que no tiene algún vicio; rara la criada que no tiene algún amante.

Abundan en España los crímenes pasionales, y el Jurado se muestra inclinado á excusarlos. Abundan las separaciones conyugales y la tendencia al divorcio, aunque en esto hay todavía menos escándalos que en otras naciones. Son frecuentes las riñas y desafíos, no sólo entre el pueblo, sino entre las personas educadas, sin que nadie quiera seguir en esto el buen ejemplo de los libres y civilizados ingleses. Finalmente, son también comunes los suicidios en todas las clases, no habiendo casi día en que no se cometa uno en algún pueblo de España, sin que produzcan ya tan dolorosa impresión como los primeros, que tuvieron lugar después del año 1830, á causa de las exageraciones de los románticos.

Ha sido siempre Cádiz una población muy alegre. Con todo, la última vez que la visité, que fué el año 96, la hallé bastante entristecida, á consecuencia de la guerra que sos-

teníamos nuevamente en Cuba, y que amenazaba durar tanto como la anterior. Las causas de estas desgracias eran varias: *series complexa causarum*, como dice Séneca; mas he aquí las principales: el deseo que animaba ya á los cubanos de emanciparse de nuestro yugo, y el interés que tenían los norteamericanos en ayudarles, tanto para acabar en aquel Continente con toda dominación europea, según la doctrina de Monroe, como por la esperanza de apoderarse de aquella isla ó de sujetarla á su protectorado.

Inútil me parece tratar aquí la cuestión de si era buena ó mala la administración española, pues yo creo que aunque hubiera sido la más perfecta del mundo, no era posible que así lo reconociesen los cubanos, ansiosos ya de ser independientes, como todos los demás americanos. Puédese, con todo, asegurar que no era peor que la que disfrutaba la misma España. Cuba era considerada como una provincia española, y enviaba, como las demás, sus Diputados y Senadores á las Cortes. Mas, como digo, nada de esto podía bastar á quienes se creían ya en estado de aspirar á una completa independencia. La larga guerra que habían sostenido antes y la no menos larga que sostenían entonces, lo probaban de un modo indudable.

Tampoco me ocuparé de la cuestión relativa á la inmoralidad de nuestros empleados, que es otra de las causas que se han querido asignar á la rebelión de aquella isla. Por mi parte no creo que fuesen impecables, y en Cádiz, sobre todo, había pruebas evidentes de ello, porque á aquella plaza mercantil solían enviar su dinero en letras de cambio. Pero ni menos esto podía ser considerado como causa principal de la insurrección, sino como una de las secundarias. La principal, la determinante, era la que ya he indicado: el deseo natural de emanciparse.

En el estado á que habían llegado las cosas, después de dos guerras tan inútiles como porfiadas y sangrientas, todo indicaba la necesidad de que España, nación hoy día libre, y tan celosa en todos tiempos de su propia independencia, le concediese al fin la autonomía á los cubanos y también á los filipinos, que habían imitado su ejemplo, á la manera que la Inglaterra se la había concedido al Canadá y á la Australia. Mas, por desgracia, oponíanse á ello, no tanto los intereses y el amor propio de los españoles de la Península, como el egoísmo de los que vivían y traficaban en aquellas islas, los cuales preferían la ruina de la madre patria á la pérdida de sus ganancias. El ilustre General Martínez Campos quiso hacer ceder á esos españoles de Cuba, pero ellos le obligaron con su actitud intransigente á regresar á Madrid.

Y venidos algunos de ellos á España, rodearon al mismo Cánovas, y unidos con sus amigos de la Corte fueron tales sus clamores y sus manejos, que aquel hombre político, con ser tan moderado y prudente, llegó á perder en esta cuestión su calma habitual, y se atrevió á declarar que no cejaría en su guerra á los cubanos hasta después de haber sacrificado el último hombre y la última peseta. Y cuando en vista de que ellos tampoco cedían creyó oportuno prometerles más amplias concesiones y reformas, subordinó la realización de éstas á su sumisión absoluta, cual si se tratara de algún motín callejero ó de una algarada insignificante. Cánovas imitaba, por desdicha, la terquedad de Felipe II, como el General Weyler imitaba los rigores de Alba.

Entre tanto, marchaban de continuo nuevos soldados á Cuba, y yo vi en Cádiz los que iban allí á embarcarse. Espectáculo, en verdad, muy lastimoso, porque todo el

mundo estaba persuadido de que la mitad por lo menos de aquellos infelices, reclutas la mayor parte, no volverían á ver sus hogares, y perecerían lejos de su patria, al rigor de la guerra y de las fiebres.

Lo más humano, justo y perfecto, en punto á la formación de los ejércitos, es lo que se practica en Inglaterra y en los Estados Unidos, y consiste en que no sean soldados más que los que quieren serlo mediante una cierta paga. Después de este sistema, parece también justo el que ha adoptado la Alemania é imitan ya también las demás naciones cultas de Europa, que consiste en el servicio general obligatorio, de tal manera que lo mismo sirve el noble que el campesino y el rico que el pobre. Pero España, atrasada siempre en todo, es todavía el único país de alguna importancia que conserva el antiguo sistema de quintas y redenciones pecuniarias, impropio de un pueblo libre, injusto y aun inhumano en alto grado. Lo mismo liberales que conservadores, todos los Gobiernos mantienen ese odioso proceder. Y la razón de ello es que no les permite abolirlo el estado angustioso de nuestro Tesoro, para el cual tiene mucha importancia el producto de las redenciones. De esta manera, uno de los primeros deberes del ciudadano, que es la defensa de la patria, se redime con cierta cantidad de pesetas; sólo los pobres son soldados, y todos ellos pueden decir, como el paje de Cervantes:

A la guerra me lleva
Mi necesidad;
Si tuviera dineros
No fuera, en verdad.

Lo cual, sobre ser, como digo, muy injusto, tenía entonces el gravísimo inconveniente de que hacía más arrogantes á los ricos, porque tranquilos sobre la suerte de sus

hijos, á quienes redimían por dinero, nada ponía límites á sus declamaciones belicosas en los cafés, en los periódicos y hasta en las mismas Cámaras.

Una cosa parecida acontecía con la manera de sufragar los gastos, cada día más crecidos, de aquellas guerras. El Gobierno no podía contratar empréstitos ventajosos en el extranjero por faltarle el crédito necesario, y los impuestos producían poco á causa de la inmoralidad de los empleados y de la exagerada política proteccionista que alentaba el contrabando. Ni quedaban ya tampoco bienes del clero y de manos muertas que vender, como hacían los Ministros de la Reina Isabel para costear las descabelladas guerras de su tiempo. Por consiguiente, liberales y conservadores echaron entonces mano de otro recurso todavía más ruinoso, que fué la autorización dada al Banco para emitir billetes sin tasa. Huyó luego el oro al extranjero, y la moneda fiduciaria, unida á un poco de plata, que no vale la mitad de lo que representa, ha sido desde entonces la sola moneda que al fin le quedó á la desventurada España. Una imprenta y un par de tijeras: he aquí toda nuestra hacienda durante la Regencia de Doña Cristina de Hausburgo. Lo cual ha empobrecido más y más á la nación y elevado el precio de los cambios, como en las Repúblicas más atrasadas de América.

Para colmo de desdichas, un horrible delito privó de repente á nuestro país de su hombre de Estado más importante. Cánovas del Castillo fué alevosamente asesinado en los baños de Santa Agueda por un malvado anarquista. Odiábale particularmente este partido á causa de la merecida severidad con que había castigado sus desmanes en Barcelona y otros puntos, y le inmoló cobardemente por mano de un obscuro sectario.

La Reina Regente confió entonces el Poder por algún tiempo al experimentado General Azcárraga; mas al cabo tuvo que dárselo á Sagasta, que era, después de Cánovas, la persona que tenía mayor prestigio. Esperaron algunos que este cambio de Gobierno, seguido de un cambio de sistema con los rebeldes, podría remediar la desesperada situación en que nos encontrábamos. Vana ilusión. Mandóse á Cuba al General Blanco, que pasaba por más liberal que Weyler, y el nuevo Ministro de Ultramar, Moret, se atrevió á conceder al instante la autonomía á aquella isla; mas todo fué inútil. Esta concesión habría sido quizá suficiente si se hubiese otorgado en tiempo de Cánovas; después ya no lo era, porque los cubanos contaban cada día más con el socorro de los Estados Unidos. Hubiera sido preciso hacer más. Prim, con espíritu práctico y previsor, quería vender Cuba á los americanos en el año 69. No siendo ya esto posible, porque los Estados Unidos esperaban adquirirla por medio de una guerra facilitada por la insurrección de los cubanos y la inferioridad de nuestros recursos, hubiera sido preciso concederle desde luego la independencia. Así se habrían burlado los cálculos de los americanos; así se habría conseguido tal vez retener una especie de protectorado y hacer un tratado ventajoso para nuestro comercio; así se hubiera conservado al menos y quizá por mucho tiempo, la posesión de Puerto Rico y Filipinas.

Pero ni Sagasta ni Moret tuvieron el valor necesario para decirle la verdad al país, y desoyendo los consejos de la prudencia, atrajeron sobre él la más deplorable catástrofe. Con efecto, el nuevo Presidente de los Estados Unidos, Mac Kinley, hombre de grande ambición y de pocos escrúpulos, comprendió que había llegado el momento de des-

poseer á nuestra Nación de todas sus colonias. Contaba con la rebelión de los cubanos y filipinos; sabía que no poseíamos una marina capaz de resistir á la suya; sabía que nos faltaba también el nervio de la guerra, que es el dinero; preveía en fin que ninguna de las naciones de Europa tendría un interés directo en acudir en nuestro socorro; y que, si no se habían movido en favor de la Dinamarca ni de la Turquía, ni de la Francia, ni del Papa, menos aun se moverían para impedir el despojo de España, tanto más cuanto que para hacerlo no bastaban los ejércitos de tierra, sino que era necesario tener una marina de primer orden. Y en efecto, excusáronse los unos con la actitud de los otros, y nadie osó sacar la espada. La Inglaterra era la sola nación que hubiera podido hacerlo; pero le importaba demasiado vivir en paz con los norteamericanos y asegurarse así su neutralidad en las cuestiones del Transvaal, la China y Fashoda.

Y para hacer todavía más fáciles los proyectos de Mac Kinley y sus partidarios, sucedía desgraciadamente que el público español, no sólo desconocía todas estas realidades, sino que se forjaba las quimeras más deplorables. Olvidando la guerra que los Estados Unidos habían hecho á México en el año 47, apoderándose de la mitad de su territorio, suponían que por ser republicanos, no habían de emprender una guerra de conquistas, y un hombre de tanto talento como Castelar, lo sostenía así en sus escritos. Olvidando que tenían cuatro veces más población que nosotros y diez veces más recursos, se imaginaban que podíamos luchar con ellos sin desventaja.

Nuestros oficiales de marina más distinguidos, con quienes tuve ocasión de hablar en Cádiz, estaban persuadidos de que no teníamos buques capaces de medirse con

los americanos; pero nuestro Gobierno y casi todos nuestros hombres de Estado y nuestros periodistas soñaban ya con victorias. El ilustre Don Francisco Silvela, que después ha sido el jefe de los conservadores, el eminente publicista Mañé y Flaquer, y algunas otras pocas personas de buen sentido, que quisieron oponerse á esta tendencia general, no fueron escuchados. La mayoría del país se hallaba poseída de una verdadera locura. Sólo la Reina Cristina hubiera podido libertarnos de nuestra propia obcecación; mas por desgracia, aunque cuerda y sagaz, no tenía la energía necesaria para hacerlo.

Entre tanto, y cuando menos se aguardaba, nos sobrevino otra nueva desgracia. El acorazado americano *Maine*, que se hallaba en las aguas de la Habana, voló con toda su tripulación, y el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos creyeron que no había sido por efecto del acaso, sino por dolo. Esta persuasión acabó de enloquecerlos y los indujo á sostener la pretensión de que les permitiésemos intervenir en Cuba. Sagasta, considerando que esto era incompatible con nuestro honor, se negó terminantemente á ello, y la réplica de Mac Kinley fué pedir brutalmente que evacuásemos luego aquella isla. No quedaba, pues, otro recurso que la guerra, y Sagasta lo adoptó, no siéndole ya posible hacer otra cosa. La primera culpa había sido de Cánovas, que no dió á tiempo la autonomía á los cubanos; la segunda fué de Sagasta y Moret, que no les dieron á tiempo la independencia bajo un protectorado: la guerra que sobrevino después era el resultado forzoso de ambos errores.

La lucha no fué larga. De nada nos servían los ejércitos mandados á Cuba y Filipinas, porque apenas bastaban para contener á los rebeldes, y no podíamos enviarles víveres ni socorros, porque el mar se hallaba ocupado por los

enemigos. El principal papel fué, pues, reservado á la marina.

El almirante americano Dewey, con una escuadra de acorazados y con cañones de mucho alcance, destruyó sin gran dificultad los cruceros que tenía Montojo en Cavite; y el almirante Sampson, con otra poderosa escuadra, destruyó también los pocos buques que mandaba Cervera, cuando quisieron salir de Santiago de Cuba. Dueños así de la mar, desembarcaron fuerzas numerosas cerca de aquel puerto, y su guarnición se rindió, principalmente por falta de víveres. Lo mismo hicieron en Puerto Rico y Manila; y viéndolos ya libres de dirigir sus ataques á todas partes, y aun á la misma Península y sus islas adyacentes, sin que nosotros pudiéramos impedirlo, fué grande el desaliento que se apoderó de los ánimos en toda España. Nadie acudía en nuestro auxilio, y era imposible que improvisásemos buques, como se improvisan soldados. Prolongar por más tiempo la resistencia no hubiera servido más que para aumentar las exigencias del enemigo.

Comprendiéndolo así Sagasta, tuvo al fin la cordura de pedir la paz. Sólo que en esto mismo dejó ver también un amor propio muy mal entendido. En vez de dirigirse directamente á los Estados Unidos, como se dirigieron la Dinamarca, la Francia y la Turquía, después de sus reveses, á la Alemania, al Austria y á la Rusia, se presentó en Washington asido de las faldas de la Francia, dejó que esta nación negociase allí en nuestro nombre los preliminares de paz, y siempre bajo esta misma tutela, ajustó por fin en París un tratado definitivo. Subterfugio tan pueril como inútil, porque con él no evitamos ni una sola de las condiciones que nos imponía el vencedor, y le cedimos Cuba, Puerto Rico y Filipinas. No fué propiamente una ne-

gociación, porque negociación no existe cuando el uno exige y el otro concede y firma.

En resumen: los Ministros, los militares y los diplomáticos fueron todos desgraciados en aquel grave conflicto, y la Historia no alabará más que al General Vara de Rey y al capitán Las Morenas, dos nobles soldados, que resistieron heroicamente á los norteamericanos; el uno delante de Santiago, y el otro en un fuerte de Filipinas.

CAPÍTULO CXV

España, de 1886 á 1900

Dolor producido por nuestros desastres.—Los partidos extremos quieren aprovecharlos para sus fines.—Exageraciones en que incurren.—Nuestra vanidad y nuestra imprevisión fueron sus verdaderas causas.—No pueden atribuirse á la forma actual del Gobierno.—El sistema parlamentario, á vuelta de sus defectos, tiene también sus ventajas.—Es susceptible, asimismo, de perfección y mejoras. Bastaría que cada cual cumpliera bien con su deber.—Concluyo mi libro pidiéndole á Dios se digne proteger á la noble Nación española.

El dolor producido en España por los desastres de la guerra y por la pérdida de las tres hermosas islas que conservábamos todavía en América y Oceanía fué por extremo profundo, sin que bastara para mitigarlo el convencimiento, que era lisonjero para nuestro amor propio, que tantas naciones diversas y lejanas nos debieran su religión, su cultura y su lengua.

Por el momento no se pensaba en nada de esto, y lo natural era que las pérdidas recientes nos fueran muy sensibles. Amargábanos, sobre todo, el haber sido vencidos en una lucha tan poco gloriosa, á causa de nuestra irremediable inferioridad en armamentos y recursos. Estos sentimientos son propios de todos los pueblos vencidos, y los hemos visto últimamente en varios países de Europa. Y es, asimismo, un hecho general que produce notables alteraciones en la organización interior de los Estados, porque el público propende á achacarlos principalmente á los vi-

cios del Gobierno establecido. Así hemos observado que después de sus derrotas la Dinamarca se vió dominada por el partido de los campesinos, el Austria tuvo que conceder el dualismo á la Hungría y las instituciones más liberales á sus demás dominios, y la Francia derribó el régimen imperial y se constituyó en República.

Esto mismo estuvo á punto de acontecer entre nosotros, porque tanto los carlistas declarados como los que se ocultan con la máscara de absolutistas, y también los radicales y republicanos y los que se dicen regionalistas y federales, todos creyeron que podrían realizar sus planes, aprovechándose del descrédito en que, según ellos, había caído el liberalismo, á consecuencia de nuestros desastres. Y no sólo en las calles y en la prensa, sino en el púlpito mismo se oía decir que la causa de nuestros males eran la libertad y el Gobierno parlamentario. Exagerábanse nuestras desgracias; acusábase despiadadamente á nuestros Generales de mar y tierra, y el Conde de las Almenas pedía un día tras otro en el Senado que fuesen castigados sin misericordia.

Por fortuna había demasiada exageración en estos asertos, y el público español tuvo la sensatez de advertirlo. Si se había engañado antes de la guerra, no tardó en reconocerlo después. Preguntábale Napoleón en Tilsitt á la Reina Luisa de Prusia cómo su país se había atrevido á hacerle la guerra á la Francia, y ella le dió esta noble respuesta: «Señor, la gloria de Federico nos ha engañado sobre nuestro poder». De la misma manera el pueblo español podía decir entonces que si había hecho la guerra á los Estados Unidos, era porque el recuerdo de sus antiguas hazañas le había hecho esperar otras nuevas.

Además, la verdad es que su situación no era tan deses-

perada como querían decirlo los partidos extremos. En primer lugar, sus pérdidas no eran mayores que las que han sufrido en nuestros días, la Dinamarca privada de sus Ducados del Elba; el Austria privada del Lombardo Véneto y de su supremacía en Alemania; la Turquía despojada de sus provincias cristianas del Danubio, y la Francia desposeída de la Alsacia y la Lorena. Y si por derrotas va, cada una de esas naciones las ha sufrido mayores que las nuestras; y la Italia, Estado también importante, acaba de ser vencida, no por ningún país poderoso, sino por las hordas de la Abisinia. Es cierto que la España ha perdido todas sus colonias; mas eso mismo le sucedió á la Francia en tiempo de Luis XV y á la Inglaterra, en América, en tiempo de Jorge III, y son muchos los Estados de Europa que no poseen ninguna.

Llegaron algunos á decir que nuestras recientes derrotas hacían nacer la sospecha de que la Nación española no posee la aptitud necesaria para la marina. Error inaudito; pues durante la Edad Media catalanes y aragoneses por una parte, y vizcaínos por otra, vencieron muchas veces á los marinos de Italia y de Francia. Cubrióse después de gloria la marina española en Lepanto, donde derribó la soberbia otomana, y en las Terceras, donde aseguró la posesión de Portugal venciendo á la escuadra de Francia. Además, ¿quién ha hecho más descubrimientos que los españoles? ¿Quién ha navegado más en mares peligrosos y distantes? Parece imposible que la pasión política domine tanto á algunos escritores que les haga incurrir en tales desaciertos.

No; las pérdidas que ha sufrido España desde los tiempos de los Felipes, se debe exclusivamente, si no me equivoco, á nuestro carácter nacional, más vanidoso que prác-

tico. Si hemos perdido ahora nuestras últimas colonias, eso ha sido por la misma causa que perdimos Portugal, mientras nos obstinábamos en conservar á Flandes, y que no recobramos á Gibraltar cuando nos lo ofrecían en cambio, ora de Nápoles, ora de la Florida, ó de los presidios de Africa. Y quiera Dios que no volvamos á repetir en adelante las mismas faltas, perdiendo algún día las Baleares y las Canarias por no desistir de la locura de Marruecos y renovar la siempre funesta alianza con Francia.

Y por lo que hace á las derrotas que ha sufrido nuestra marina en varias ocasiones, mi opinión es que han nacido también de esa misma vanidad de nuestro carácter, y de la imprevisión de nuestros Gobiernos. Ya he explicado en otros capítulos cuáles fueron las faltas cometidas por Felipe II en la organización de su famosa Armada, y la clase de barcos que mandó Carlos IV á San Vicente y Trafalgar. Pues, lo mismo puede decirse de la expedición de Sicilia en tiempo de Felipe V, y de las escuadras de Montojo y Cervera en nuestros días. Nuestros pobres marinos han sido mandados siempre á hacer prodigios imposibles, con malos buques y tripulaciones poco aguerridas.

Equivócanse también, en mi sentir, los que quisieran achacar nuestras desgracias á la clase de Gobierno que nos rige. En varios lugares de estos RECUERDOS he indicado yo mismo los grandes defectos de que adolece, y los perjuicios de todo género que ha ocasionado á nuestro país; mas de esto no se deduce que sea también la causa de nuestras desgracias actuales, pues en todas épocas las hemos sufrido parecidas, habiendo comenzado justamente nuestra decadencia en los tiempos del Gobierno absoluto.

Y de todos modos, no hay razón para pedir ahora un cambio de sistema de Gobierno, que de seguro traería con-

sigo el triunfo de republicanos y carlistas. En primer lugar, la forma del Gobierno no depende propiamente de la voluntad de uno ni de muchos, y es más bien la expresión de un estado social determinado; de tal manera, que así como una democracia propende á organizarse en república, así una nación militar propende á organizarse en monarquía; y donde, como sucede en España, son de diversos géneros los elementos que constituyen el país, la tendencia es á la monarquía representativa, porque ni le conviene la república ni tampoco el absolutismo.

Mas aunque fuera posible escoger la forma del Gobierno, como se escoge la del vestido, todavía creo que España no tendría motivo ninguno para preferir á la actual, cualquiera otra de las conocidas. De la república no hay que ocuparse, pues aunque la experimentamos sólo dos años en 1873, su recuerdo es tan vergonzoso, que, con razón, es odiado por todos los buenos españoles. El regionalismo no es más que una forma del federalismo y del cantonalismo, que convertirían las ciudades de España en otras tantas Tumbuctús. Y en cuanto al absolutismo, paréceme también que la memoria que conservamos de él, no es muy á propósito para echarlo ahora de menos. Con efecto, ya la hemos tenido esa clase de Gobierno, con sus Reyes fanáticos ó alelados, con sus legiones de clérigos y frailes, con sus hogueras y su intolerancia, con sus guerras descabelladas y vanidosas, y sin más hacienda que la plata que nos venía del Nuevo Mundo. Y á consecuencia, precisamente de ese sistema, la decadencia de España empezó desde los tiempos de Felipe II, y ha sido mayor que la de Suecia y Turquía. Es verdad que el Gobierno constitucional no la ha contenido; pero comenzó mucho antes que éste fuese adoptado por los españoles.

Añádase que, aunque el Gobierno constitucional tiene por sí muchos defectos, y no ha impedido nuestra ya iniciada decadencia, es preciso confesar que posee por otra parte ciertas ventajas. Desde luego, es más conforme con la dignidad del hombre, el cual ha nacido para ser libre, y no para obedecer como un esclavo. Además, donde hay libertad hay siempre la posibilidad de levantar la voz y de quejarse, según vemos que sucede ahora en las naciones más civilizadas, siendo ya muchos los adelantos y mejoras que se deben á ese recurso, y que han aumentado el bienestar general y la cultura de los pueblos, como, por ejemplo, la abolición de la esclavitud, la igualdad civil y política, la libertad de imprenta, la mayor humanidad de los códigos y la tolerancia religiosa.

Por último, es también permitido asegurar, que si el sistema liberal tiene defectos, no es imposible el remediarlos. Entre las encíclicas de Pío IX hay una muy notable, en la cual sostenía que todos los males de la sociedad desaparecerían fácilmente, si cada uno cumpliese bien su deber. Aplicando esta idea á la política, paréceme que el sistema parlamentario tendría menos inconvenientes, si desde el Rey hasta el obrero tuvieran todos un especial empeño en cumplir aquellos deberes que la divina Providencia ha impuesto á su posición y á su clase en este período de la cultura y de la historia.

Los Reyes, por ejemplo, deberían ser ejemplares, ilustrados y leales: lo primero, porque la burguesía, que es ahora la reina del mundo, es menos tolerante que la nobleza con las flaquezas de los Monarcas, y hoy día no se sufriría en ningún país civilizado, un Rey escandaloso como Luis XIV; lo segundo, porque tampoco puede ser respetado hoy día, un Rey intolerante ó fanático, y el pue-

blo todo se burlaría de él, en lugar de respetarle; lo tercero, ó sea la cualidad de leal, es también necesaria, porque sin ella no habría seguridad en ese pacto tácito que existe entre la realeza y el país, y es la mejor garantía contra nuevas alteraciones. Lo cual no impide al Rey que trate de ser el jefe verdadero del ejército, como los Soberanos de Alemania y Austria, ni que defienda la estabilidad de los empleados é intervenga eficazmente en las graves cuestiones políticas. Una cosa es ser fiel á sus juramentos y otra cosa ser indiferente.

Los Ministros deberían por su parte ser justos y prudentes: justos en la elección de las personas, atendiendo más á la capacidad de ellas, que á los intereses de su bandería, pues de esto depende que esté bien administrado el país; y prudentes y previsores, porque de las faltas de esas cualidades han nacido los mayores males de España. Dejando tiempos más antiguos y los desaciertos de Olivares y Aranda, es evidente que la poca prudencia de San Luis y González Bravo fueron causa de las deplorables revoluciones de los años de 54 y 68; la poca previsión de O'Donnell, le hizo gastar alegremente el producto de los bienes del clero y manos muertas en guerras inútiles, en vez de dedicarlo al arreglo de nuestra Hacienda y á la creación de una buena marina de guerra, que hubiera hecho muy diferentes los destinos de nuestra patria; y en fin, la escasa prudencia de Cánovas y Sagasta, nos han traído la última guerra con los Estados Unidos y la pérdida de las colonias.

El clero español, ya lo he dicho varias veces, tiene hoy día una ejemplaridad muy respetable, pero debería ser más tolerante. Sus excesivas riquezas y su oposición á toda reforma le atrajeron hace dos siglos la persecución, pri-

mero de los mismos Reyes, y después de los masones, carbonarios y liberales de toda especie. Pero la divina Providencia, que sabe sacar el bien del mal, le ha dado en cambio de los bienes que ha perdido, unas virtudes que no poseía en los siglos anteriores. Conserva, esto no obstante, una actitud poco benévola hacia las instituciones modernas; escribe y predica casi más de política que de moral cristiana, y quisiera volver á los tiempos pasados de intolerancia y fanatismo. Olvida que la libertad de la conciencia es uno de los hechos más importantes y generales del siglo pasado; que hasta en Dinamarca y Suecia, últimos baluartes de la intolerancia luterana, la encuentran ya los católicos, y que en la misma China la imponen ya á cañonazos todos los Gobiernos civilizados. Desconoce, por fin, que si la pobreza le ha hecho más virtuoso, la presencia á su lado de otro clero y de otros cultos le hará más instruído y más vigilante, pues Dios permite probablemente la diversidad de religiones, á fin de que no se adormezca ni debilite la católica.

Como lo he dicho ya en más de un lugar de estos RECUERDOS, la Nación española es una democracia contenida por dos fuerzas contrarias; la una es el miedo del carlismo, y la otra el miedo del Ejército. Pero este Ejército no ha sido siempre tan fiel como lo exigiría su instituto. Las guerras civiles, por un lado, y las que inventó el General O'Donnell, por otro, han producido más Marios y Catilinas, que Pompeyos y Césares. Narváez, Quesada, Pavía y otros, fueron siempre paladines de la realeza; pero Espartero, O'Donnell, Serrano, Prim y otros muchos, buscaron sus propios medros por medio de las revoluciones. Hase querido sostener que éstas eran necesarias; mas lo cierto es que quienes las promovían no eran los pueblos, sino los

militares, y que después de realizarlas se apresuraban á premiarse con sus propias manos, mostrando así el interés personal que les había guiado en ellas.

Mas de todos modos, si esto tuvo alguna excusa cuando las dos primeras Reinas soñaban con reacciones y excluían sistemáticamente del poder al partido progresista, ahora que nuestros Monarcas, aleccionados por la experiencia y por el ejemplo de todos los demás Soberanos constitucionales de Europa, son dechados de lealtad, es todavía mayor la obligación que tienen nuestros militares de no tomar parte en la política, abandonando para siempre sus antiguos hábitos de indisciplina. Aconséjaselo así, no sólo el patriotismo, sino también su propio interés, pues las derrotas sufridas en una guerra extranjera, no son más que desgracias comunes á todos los ejércitos del mundo, mientras que los pronunciamientos infaman y deshonran á sus autores.

La nobleza española no tiene el poder político de la inglesa, y ni aun siquiera el prestigio de la alemana y austriaca. Al vencer á Padilla se venció también á sí misma, y quedó sometida al poder de los Reyes. Mas pudiera todavía ejercer mucho influjo en la gobernación del Estado y también en las opiniones del pueblo. Para lo primero sería necesario que fuese más instruída. Si han figurado en nuestra revolución y en nuestro Gobierno algunos nobles como Toreno, Miraflores, Molíns, Casa-Valencia, Vega de Armijo y Sardoal, eso se debe á la esmerada educación que recibieron en su juventud. Necesitaríase, pues, que todos ellos asistieran á las Universidades, como los nobles de Inglaterra, y perfeccionasen luego su instrucción por medio de viajes al extranjero. Convendría, asimismo, que los que no tienen afición á la política, ni tampoco á las

carreras del Estado, se ocupasen en cualquiera profesión útil, según sucede también en Inglaterra, donde está casi mal visto que un caballero, por linajudo que sea, no trate de conservar y aumentar su patrimonio por medio de su trabajo é industria.

En cuanto al influjo que les correspondería en las opiniones y en la conducta del pueblo, nada más fácil que adquirirlo, ora formando parte de las Corporaciones electivas de todo género, ora yendo á sus propiedades del campo, no por poco tiempo y con el solo objeto de hacer gala de su lujo en fiestas y cacerías, sino para vivir allí por varios meses del año, y socorrer, aconsejar, aliviar y dar buenos ejemplos á los campesinos, como lo hacen, no sólo los ingleses, sino también los alemanes y los italianos. Excúsanse ahora con la inseguridad de los campos; pero esto es un mero círculo vicioso, pues si los campos están en ese estado, es porque los nobles no los habitan y no obligan así al Gobierno á tenerlos seguros.

Por fin, los nobles deben ciertamente fomentar el comercio y la industria con sus gastos; mas no por esto han de llenarse de deudas, ni dar escándalo al pueblo, haciendo de la noche día, cual si fueran nuestros antípodas, y mostrando una especie de rabia de gozar y divertirse.

La burguesía liberal, enriquecida con los bienes de la Iglesia y de las manos muertas, y también con el comercio y la industria, va siendo ya la mayoría de la nación, y el siglo pasado ha visto su completo triunfo, puesto que los carlistas y republicanos no son ya más que una minoría, destinada á desaparecer con la propagación del bienestar y de la cultura. Mas por esto mismo tienen grandes deberes que cumplir. En primer lugar, no debe imitar los vicios de la nobleza después de haberlos criticado tanto,

pues no hay, en verdad, personaje más ridículo que el burgués ó nuevo noble que quiere echarla de pervertido, en vez de dar buenos ejemplos á la clase más baja que le acecha y critica.

Necesario es asimismo que los burgueses no se contenten con haber obtenido la libertad y la igualdad, sino que luchen siempre para conservarla tomando parte activa en las elecciones, en el jurado y en todas las instituciones que constituyen y sostienen el régimen representativo. No hagan como los indios de la Oceanía, que apenas se alejan los europeos, se quitan los vestidos que les han dado y vuelven á andar desnudos. Conserven, antes bien, celosamente esa libertad y esas instituciones por las cuales clamaron tanto, dando siempre ejemplos de sensatez y patriotismo. No se contenten tampoco con ser devotos y limosneros, sino sean también generosos con sus obreros y sirvientes, á fin de que éstos no tengan que recurrir á las huelgas para obtener condiciones más justas.

Las clases obreras atraviesan ahora una crisis terrible. Viendo las ventajas conquistadas por la burguesía, quisieran ellas mejorar también su condición y aumentar su bienestar y sus goces. En vano es predicarles las virtudes cristianas. Por el momento, no se fían más que de sus propios esfuerzos, y los emplean en organizar y mantener las huelgas. A veces, no les falta del todo razón, y por mi parte miro siempre con interés y aun con respeto sus rostros tostados y sus manos encallecidas: mas es imposible que ni aun sus mayores amigos se la den en todas ocasiones. Sus reclamaciones no son siempre justas, porque suponen un completo olvido de los beneficios que corresponden de derecho al capital y del respeto que merece la propiedad. Ni tampoco son siempre muy fundadas, según lo prueba

el hecho notable de que muchos de esos mismos obreros, que tanto se quejan de la mezquindad de los salarios y del exceso del trabajo, tienen siempre tiempo y dinero para asistir á los toros, jugar á la lotería y pasar las noches en la taberna, mientras su mujer y sus hijos yacen sumidos en la miseria. Deben, pues, mostrarse más laboriosos y razonables si quieren ser más atendidos.

Cualquier ánimo imparcial confesará fácilmente que si cada uno hiciese lo que acabo de decir, los males de España disminuirían como por encanto, sin necesidad de cambiar sus instituciones. Pidámosle, pues, á Dios que así suceda. El elocuente Veleyo Patérculo acaba su historia rogando al Omnipotente que conserve la prosperidad de Roma: yo también acabaré mis RECUERDOS con una plegaria: *Voto finiendum volumen.* ¡Dios mío, dignáos proteger á la noble Nación española! Cambiad su antiguo carácter. Mantened en ella la Monarquía hermanada con la libertad y la religión unida con el progreso. Dadle Reyes ilustrados y Ministros prudentes, un clero transigente y un ejército fiel. Concededle también una nobleza instruída, una burguesía sensata y un pueblo laborioso. Libertadla de revoluciones y reacciones, de guerras, vanidades y fanatismos. Y haced que vuelva á ceñir á sus sienes nuestra querida patria los laureles de la gloria.

FIN

BINDING SECT.
SEP 2 8 1972

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

DP
202
C6
t.3

Conte, Augusto
Recuerdos de un
diplomatico

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 09 25 08 014 8